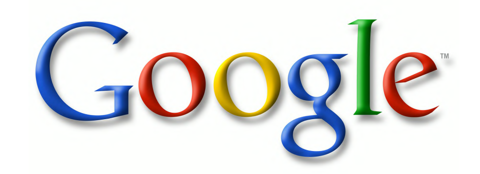



EX LIBRIS.
LUIS MONTT

HISTORIA JENERAL

DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE.

DE LA [illegible]

[illegible]

HISTORIA JENERAL

DE LA

INDEPENDENCIA DE CHILE,

POR

DIEGO BARROS ARANA.

"El deber del historiador es contar cada cosa como ha pasado. . . . . El historiador debe ser sin temor, incorruptible, franco, amigo de la libertad i la verdad, i como se dice vulgarmente, llamar al pan pan, sin conceder nada al odio o la amistad, i escribir sin piedad, sin disfraz i sin vergüenza: juez equitativo, benévolo para todos."

LUCIANO—"Historia verdadera."



TOMO II.

SANTIAGO.
IMPRENTA DEL FERRO-CARRIL,
CALLE DE LA MONEDA, NUM. 25.
—1855—

HISTORIA JENERAL

DE LA

INDEPENDENCIA DE CHILE.

CAPITULO I.

I. Predisposicion del virrei Abascal contra la revolucion de Chile.—II. Antecedentes del jeneral Pareja.—III. Se le encarga la pacificacion de Chile.—IV. Comienza a organizar un ejército en Chiloé.—V. Lo engruesa en Valdivia.—VI. Desembarca en San-Vicente.— VII. Accion de Chepe i toma de Talcahuano.—VIII. La traicion de los jefes militares entrega a Pareja la ciudad de Concepcion.—IX. Manda alcanzar los caudales de la tesorería, i hace jurar la constitucion española.

I. La revolucion prendió facilmente en todas las provincias hispano-americanas: solo en el Perú se mantuvieron firmes los celosos defensores de los derechos del rei, sofocando la insurreccion en unos puntos, combatiendo a los ejércitos insurjentes en otros, i organizando por todas partes los elementos i recursos para una larga lucha.

El virrei Abascal, que allí mandaba, era uno de

esos hombres que no se dejan abatir por los contrastes. Habia puesto el hombro a la atrevida empresa de sofocar el espíritu revolucionario en las provincias vecinas, i debia acometerla por todos medios, sin temer a las fatigas consiguientes.

La revolucion de Chile llamó con preferencia sus miradas. Parece que sospechaba la futura importancia del movimiento revolucionario; desde el dia de la instalacion de la primera junta gubernativa habia vijilado paso a paso su política, i el desarrollo de ésta lo indujo a proferir severas amenazas. En un oficio en que exijia de la junta de Santiago el reconocimiento de la constitucion de Cadiz decia al concluir: "Admitan UU. la constitucion nacional, de que acompaño un ejemplar, i que con inesplicable placer i júbilo acaban de jurar los pueblos españoles, i entre ellos esta inmortal e insigne capital que tengo el honor de mandar: condenen UU. a las llamas i a un eterno olvido la que estan para adoptar i tienen puesta a exámen, como un eterno padron de ignominia i el mas feo borron de la fidelidad del reino; i cuenten UU. con cuantos ausilios pueda i deba prestar: de lo contrario las tropas reales, que puestas al norte de este virreinato deben descansar ha mucho tiempo en la capital de Quito, i las del sud, que posesionadas ya del Tucuman continuaran estrechando la infiel capital del Rio de la Plata, dejando quieto i tranquilo el Perú, se abriran en mui breve paso por esas cordilleras, que consideran UU. inaccesibles; i tomando sus victoriosas banderas bajo su proteccion a esos inocentes i desgraciados pueblos, acabaran con

los ambiciosos usurpadores i tiranos que los oprimen (1)."

I no debia quedar en amenazas únicamente. Abascal proyectaba la invasion de Chile con un ejército, i solo la escasez de recursos i de hombres a que lo reducia la guerra del Alto-Perú lo habia separado de sus propósitos. Por fortuna de su crédito, se le presentó un militar de talento i ciencia que se prometia conquistar a Chile sin mas ausilios que un cuadro de oficiales, i algunos miles de pesos.

II. Ese militar se llamaba D. Antonio Pareja. Contaba en aquella época cincuenta i seis años, cuarenta de los cuales habia empleado en el ejercicio de las armas, en mar i tierra. Su cuerpo conservaba una honrosa herida que recibió en el famoso combate de Trafalgar, i en su pecho llevaba la venera del órden de Santiago; si su salud estaba quebrantada a causa de los años i de los padecimientos de la guerra, su ánimo conservaba la virilidad i nervio de la juventud.

Pareja pertenecia a una familia que produjo a los Alcalá Galiano i a otros muchos marinos ilustres de la España: estaba ésta establecida en un villorio a inmediaciones de Medina-Sidonia, cerca de la costa de Cadiz. A los quince años de su edad se alistó entre los guarda-marinas de la escuadra, i en las campañas de Arjel, Melilla, Ceuta i Oran, en que se distinguió, alcanzó un honroso ascenso. El bloqueo de Gibraltar, i ataque de las flotantes, el

(1) *Nota del virrei Abascal a la junta de Santiago.* Lima 19 de octubre de 1813. Mss.

sitio de Tolon, con la escuadra combinada de España e Inglaterra, i la toma de las islas de San-Pedro i Antioco le valieron el grado de capitan de fragata.

Con este grado i al mando de la *Perla* se halló en el desgraciado combate del cabo de San-Vicente: ascendido despues al de capitan de navio mandó el *San-Agustin* i el *Príncipe-de-Asturias*. Mas tarde tomó el mando del *Argonauta*, hermoso navio de tres puentes i de 92 cañones, i a su bordo combatió heroicamente en Trafalgar: de los setecientos noventa i ocho hombres que formaban su tripulacion perdió trescientos entre muertos i heridos, i el casco quedó tan maltratado en el combate que se fué a pique el dia siguiente. Esto solo formaria el elojio de su denuedo en la refriega si no hubiese recibido una grave herida.

Pareja era entónces uno de los marinos españoles de mas renombre i gloria. En pago de sus buenos servicios fué ascendido a brigadier, i en 1808 contribuyó eficazmente a la rendicion de la armada francesa en Cadiz, i alcanzó el mando de la escuadra lijera de la isla de Leon.

En esa época la rejencia española comenzó a temer seriamente por la tranquilidad de sus colonias de América. El espíritu de insurreccion podia asomar i cundir facilmente, i para contenerlo era preciso ocupar en los puestos militares hombres espertos i entendidos, capaces de cortar el mal a tiempo. Con este objeto confió al brigadier Pareja, en 26 de julio de 1810, el mando militar i político de la provincia de Concepcion de Chile.

III. Cuando Pareja llegó al Perú, esa provincia no obedecia ya a los decretos de la rejencia española. El virrei, que seguia una correspondencia secreta con varias personas de Santiago i Concepcion, estaba al corriente del estado de Chile, i lo detuvo allí por algun tiempo.

En Lima se impuso Pareja, por las comunicaciones de Abascal, del rápido vuelo que tomaba la revolucion de Chile. En ellas le esplicaban sus ajentes la escasez de recursos militares que se esperimentaba, i las rivalidades que tenian divididos a los corifeos del movimiento. De su lectura infirieron ámbos que era una empresa fácil la organizacion de un ejército en Valdivia i Chiloé, i la reconquista de todo el pais.

Desde luego Pareja fué nombrado comandante jeneral de Valdivia i Chiloé; con este título disimulado se pensaba ocultar al gobierno de Santiago el verdadero objeto de la proyectada espedicion. Debia organizar una division invasora en aquellas provincias, i pacificar todo el pais publicando completo olvido de las anteriores disidencias.

Pero el Perú no podia facilitarle los ausilios necesarios para la empresa. Abascal le dió únicamente la cantidad de cincuenta mil pesos, i le facilitó cinco embarcaciones para el transporte de las tropas: las tesorerías de Chiloé i Valdivia debian tambien suministrarle todos sus fondos.

En cumplimiento de su encargo, Pareja comenzó desde luego los aprestos necesarios para la organizacion del ejército. El Perú tenia entónces muchos militares esperimentados en la instruccion

de milicias, i de entre ellos pensaba formar la base veterana del ejército pacificador. Para esto estableció una nueva dotacion, i ascendió a sarjento mayor al teniente don José Rodriguez Ballesteros, que debia disciplinar el batallon de Chiloé, i nombró ayudante del mismo cuerpo a don José Hurtado, de la asamblea veterana de Lima (2). Tomó tambien cincuenta soldados para repartirlos en los cuerpos invasores.

Tan reducidos aprestos no pedian mucho tiempo. Pareja, activo de carácter, los hizo en mui pocos dias: estaba convencido de la necesidad de obrar con prontitud, i queria aprovecharse de la estacion de verano, ántes que las lluvias viniesen a retardarlo en Chiloé i Valdivia. Con este deseo zarpó del Callao el 12 de diciembre de 1812 (3).

IV. La navegacion fué corta, i por tanto favorable a sus propósitos: arribó a Chiloé el 18 de enero sin averia alguna, i desde luego se hizo reconocer de comandante jeneral. Ocupaba el gobierno de la provincia un militar habanero de fidelidad i decision, el teniente coronel don Ignacio Justis, quien se apresuró gustoso a suministrarle cuantas noticias necesitaba, i todos aquellos recursos que estaban en sus manos.

Impúsose Pareja con brevedad del estado de las milicias i de los fondos de la real hacienda. Aquella tesorería pudo facilitarle mas de doscientos mil pesos, i las milicias estaban arregladas bajo un buen

(2) Ballesteros. *Revista de las obras sobre la guerra de la independencia de Chile.* Cap. I. Mss.

(3) *Relacion de los méritos i servicios del coronel Ballesteros* Mss.

pié. El sarjento mayor Ballesteros fué encargado de disciplinar todas las de la provincia i con ellas debia formar un batallon de ochocientas plazas, agregando a él la asamblea veterana que llevaba desde el Perú.

Estos no eran todos los recursos que podia sacar de allí. Chiloé poseia tambien entónces cinco compañías de tropa de línea, i una brigada de ocho piezas de artillería. Pareja las aprovechó, confiando las primeras, despues de alguna vacilacion, al capitan don Cárlos Oresqui, i al teniente don Tomas Plá el mando de ésta, habiendo montado su dotacion a 120 hombres.

El jeneral comenzaba sus aprestos estimulando a los jefes subalternos con rápidos ascensos; de este modo queria suplir la notoria escasez de hombres de importancia que hasta aquel tiempo sufria. En los momentos de abrir una campaña aventurada, Pareja no se desalentaba por esas pequeñas continjencias, i con una decision mayor de la que podia esperarse de su avanzada edad, velaba cuidadosamente por los aprestos necesarios de la espedicion.

Su anhelo por activarla fué mas allá todavía. Inmediatamente despues de su arribo a Chiloé despachó para Valdivia al Ministro de la real hacienda don Juan Tomas Vergara, i al teniente coronel don Ignacio Justis: debian anunciar a las autoridades políticas i militares de la provincia la próxima espedicion que iba a invadir a Chile, i procurar los preparativos de tropas i víveres.

Con tanta actividad su permanencia en Chiloé

fué corta. El mayor Ballesteros puso en veinte i un dias en buen pié de guerra a los voluntarios de Castro, como se llamó a las milicias, i los otros jefes no estuvieron en breve ménos adelantados en sus trabajos. El jeneral Pareja, para dar a la tropa una garantía de la puntualidad con que debian hacerse los pagos, decretó que la tesorería provincial cubriese a las familias de la jente de su ejército las asignaciones correspondientes a sus sueldos respectivos. Despues de esto fijó los dias 12 i 13 de marzo para el embarque de la tropa: la division espedicionaria contaba entónces cerca de mil cuatrocientos hombres (4).

V. No se condujo con menor actividad en Valdivia. Sus comisionados Vergara i Justis habian animado el espíritu público ántes de su arribo en favor de la espedicion, i las autoridades de la provincia se prestaron gustosas a suministrarle los recursos con que podia contribuir la plaza en aquella campaña.

Estos fueron considerables. La provincia de Valdivia mantenia un batallon fijo de infantería veterana, i una brigada de artillería bien montada. Ambos pasaron inmediatamente a engrosar su ejército. Mandaba el primero el sarjento mayor don Lucas Ambrosio de Molina, militar tan fiel como valiente, i la segunda, compuesta de doce ca-

(4) Formados de los cuerpos siguientes:

Batallon veterano	450
Voluntarios de Castro	800
Artillería	120
Total	1370

ñones, el teniente coronel don José Berganza. Con ellos el ejército montaba a dos mil setenta hombres (5).

El tren i municiones correspondian al ejército. Valdivia era una plaza bien guarnecida, que poseia bastantes elementos de guerra, i todos ellos estaban a su disposicion en virtud de los ámplios poderes que le confirió el virrei.

Al paso que Pareja empleaba tanta actividad en la formacion del ejército, habia tenido la táctica de ocultar a la tropa el verdadero objeto de la espedicion. Segun las palabras que se le oían, pensaba unicamente tomar el mando político i militar de Concepcion, como se le conferia por el nombramiento de la rejencia de Sevilla. A los jefes sin embargo se les descubrió, segun parece, con mas franqueza.

La forma que Pareja dió al ejército le permitiá este engaño. Habia dividido el total de sus fuerzas en tres cuerpos, formados de cada uno de los tres batallones, i a cada cual le dió seis piezas de artillería con su dotacion respectiva: sus comandantes pasaron desde luego a ser jefes de division. Solo estos jefes, depositarios de su confianza, debian entenderse con él.

El jeneral, sin embargo gustaba del arreglo hasta en sus mas ínfimos detalles. El estaba al corriente de todo lo que pasaba, i a todo atendia con gran

(5) El batallon de Valdivia tenia 600 plazas, i la artillería 100. M. Gay sufre muchas equivocaciones al dar cuenta de los preparativos de esta espedicion. Mis datos i notas están perfectamente acordes con la obra manuscrita del coronel español Ballesteros, que formaba parte principal de la espedicion.

celo. Para esto le servia mucho don Juan Tomas Vergara, nombrado intendente de ejército, hombre empeñoso i entendido, i el mayor-jeneral coronel don Manuel Montoya.

Estando todo tan espedito en Valdivia, el ejército espedicionario no debia quedar allí mucho tiempo mas. Pareja ardia en deseos de abrir la campaña; i su tropa, sin conocer a punto fijo el objeto de la espedicion, anhelaba tambien por el pronto embarque. Efectuado éste con felicidad, pudieron soltar velas el 23 de marzo.

VI. Las circunstancias favorecian los propósitos de Pareja: tres dias despues, el 26, se hallaba a la vista del puerto de San-Vicente, que por su falta de defensa se prestaba mas a sus propósitos. "Entre las doce i la una del dia, dice el Gobernador de Talcahuano en una nota, arribó al puerto de San-Vicente la espedicion enemiga que se dirijia de Chiloé i Valdivia en cinco buques, de los que dos erán fragatas i tres bergantines. A las cuatro i media dió fondo en el surjidero del rio Lenga, i en el momento se conoció ser espedicion enemiga venida de Chiloé, por la construccion de las chalupas que echaron al agua (6)."

El puerto de San-Vicente está situado a espaldas de Talcahuano, de que solo dista media legua de un terreno cortado por las serranias de Gualpen. Su poblacion era unicamente compuesta de pescadores, i no poseia mas medio de defensa que una batería de dos cañones ineficaces para impedir el

(6) Nota del Gobernador de Talcahuano don Rafael de la Sota. Mss.

desembarco, si el enemigo tenia la precaucion de escojer un buen fondeadero (7). Pareja habia previsto esto mismo: al escojer el puerto de San-Vicente para el desembarco de la espedicion, queria evitar el primer choque, i habia tenido la precaucion de anclar en el surjidero del rio Lenga, fuera del alcance de aquella batería.

El jeneral solo aguardó el anochecer para efectuar el desembarco. Para comenzarlo, fué comisionado el sarjento mayor don José Ballesteros a la cabeza de la primera division: puso a sus órdenes doce lanchas, tres de las cuales iban armadas de un cañon, i con ellas tomó tierra en corto tiempo. Situó bien su artillería, i distribuyó sus avanzadas i guerrillas para protejer el desembarco del resto del ejército, que debia concluirse en la noche.

Hasta ese momento Pareja no habia encontrado estorbo alguno, ni podia conocer el espíritu de la provincia por la calma i la tranquilidad que reinaban en aquel punto de la costa. Parecia que nadie se habia apercibido en tierra de la escuadra espedicionaria. La realidad era mui diversa cosa.

Gobernaba la plaza de Talcahuano el teniente coronel de milicias don Rafael de la Sota, hombre audaz, que habia abrazado con gran calor i entu-

(7) *Relacion de gobierno del Presidente Aviles a su sucesor don Joaquin del Pino.* Mss.—El historiador Carvallo cuenta en la segunda parte de su curiosa obra que en San-Vicente se habian construido buenos buques en el siglo pasado, entre otros la *San-Miguel*, hermosa fragata de guerra (*Historia jeneral de Chile*)Mss—I el injeniero don Juan de Ojeda asegura que sus alrededores abundaban en maderas de construccion, i que el uso anticipado que de ellas se hacia empleándolas ántes de secar las desprestijió mucho (*Descripcion de la frontera de la Concepcion*). Mss.

siasmo la causa de la revolucion. Sabedor del arribo de la espedicion invasora ofició luego al intendente gobernador don Pedro José Benavente, informándolo de lo ocurrido, i consultando su dictámen sobre lo que debiera hacerse, sin descuidarse por esto de poner sobre las armas los ciento i cincuenta hombres que tenia disponibles. En esa misma noche se puso en marcha para San-Vicente, i despues de algunas escaramuzas que pusieron en peligro su vida, hizo disparar por elevacion los dos cañones a fin de dar la alarma a la ciudad, i de simular una resistencia al enemigo. Despues de la primera descarga, considerando imposible la resistencia, dió la órden de inutilizarlos (8).

Ballesteros no se dejó intimidar por el fuego dándole mayor importancia; inmediatamente despachó al teniente don Pablo Vargas, al mando de cincuenta granaderos de los voluntarios de Castro; éstos encontraron desmontado uno de los cañones, clavaron el otro i volvieron al punto del desembarco. Vargas no volvió con ellos: tan pronto como se hubo alejado de la division se separó sijilosamente de los soldados, i fué a engrosar el número de los enemigos de la invasion.

El gobernador de Talcahuano, entre tanto, no se habia desalentado: al abandonar en ese momento la resistencia, meditaba ya un proyecto de ataque mas vasto i vigoroso que debia efectuar en la mañana siguiente. Para combinarlo mejor, i a fin de poner la guarnicion de Talcahuano en mejor pié de

(8) Carta del gobernador de Talcahuano. Mss.

guerra, volvia a la plaza en la misma noche, cuando encontró al intendente del ejército invasor don Juan Tomas Vergara, que tranquilamente se dirijia a Concepcion, con el encargo de parlamentario. En su acaloramiento, Sota no trepidó en llevarlo prisionero a Talcahuano, exijirle con amenazas los pliegos de que era conductor i dejarlo bien asegurado, miéntras remitia las comunicaciones al gobernador intendente (9).

VII. La noticia del arribo de la flota invasora causó en Concepcion gran sorpresa. El coronel Benavente mandó luego tocar jenerala, i formar en la plaza todas las tropas disponibles: éstas no alcanzaban a ochocientos soldados, i de ellos apartó ochenta hombres, i cuatro cañones de poco calibre que salieron en la misma noche a reforzar al gobernador Sota.

No fué menor la sorpresa cuando se recibieron los tres pliegos de que era conductor el intendente Vergara. Iban dirijidos al gobernador de la provincia, al cabildo eclesiástico i al ayuntamiento, i en los tres pedia clara i esplícitamente la pronta rendicion de la ciudad, con la promesa de completo olvido de los anteriores movimientos.

Despues de una corta deliberacion con algunas personas de importancia e influjo, se ofició al gobernador Sota encargándole pusiese inmediatamente en libertad al parlamentario Vergara, i recomendándole la resistencia miéntras le fuese posible, para lo que se le ofrecian todas las tropas de

(9) Carta del gobernador de Talcahuano don Rafael de la Sota. Mss.

la plaza; si esto no le era fácil debia replegarse a Concepcion. A la nota del jeneral invasor contestó el intendente que nada podia resolver definitivamente hasta no oir el parecer de los jefes i corporaciones, justificando tambien a la provincia de Concepcion del cargo de rebeldia (10).

No creyó Sota que era llegado este caso: en sus ventajosas posiciones, las alturas de Chepe, podia resistir largo tiempo, miéntras venia el refuerzo de la ciudad a tomar al enemigo entre dos fuegos. Contestó unicamente que esperaba el pronto socorro, i se preparó para sostener el choque. Su determinacion de mantenerse en aquel punto era fija e irrevocable.

Pareja no dormia entre tanto. A la vuelta de Vergara al campamento supo cuales eran los propósitos de los insurjentes de Talcahuano: solo un pronto ataque podia hacerlo dueño de aquel puerto, i no trepidó en ordenarlo inmediatamente. A las tres, una division de su ejército, compuesta de 1500 hombres, estaba a tiro de cañon de la plaza: sus primeros fuegos hicieron abandonar sus puestos a una guerrilla de veinte i cinco dragones, que a las órdenes del alférez don Ramon Freire tenia destacada a la espectativa el gobernador Sota.

Resuelto como estaba éste a resistir hasta la llegada del refuerzo que esperaba de Concepcion, dió prontamente la órden de romper el cañoneo. Pareja hizo desfilar mañosamente su ejército, de

(10) *Nota del intendente de Concepcion al jeneral Pareja*. Marzo 27 de 1813—Parte del mismo al gobierno de Santiago, id., id. Mss.

modo que las balas hacian mui poco estrago en sus filas; pero las tropas realistas, que no esperaban resistencia alguna retrocedieron tres veces casi despavoridas, lamentándose del engaño de que eran víctimas: se les habia hecho entender que no necesitarian batirse para pacificar el reino entero, i el segundo dia despues de tomar tierra sufrian ya los estragos de un fuego vigoroso.

Pareja conoció en el instante las desventajas del desaliento de sus soldados, i mandó cargar a la bayoneta, a fin de posesionarse de los cañones de Sota; pero los artilleros de éste, despues de clavarlos precipitadamente, los disputaron por breve tiempo con sus fusiles, hasta que envueltos por el mayor número les fué forzoso quedar prisioneros o tomar la fuga. El gobernador salvó por entre las bayonetas del enemigo favorecido por la velocidad de su caballo, i se dirijió en busca del refuerzo que venia de Concepcion.

Talcahuano quedó entónces abierto al enemigo. Pareja avanzó sin dificultad alguna i se posesionó del pueblo ántes de oscurecer: a su entrada se siguió el desórden que de ordinario acompaña al triunfo (11).

VIII. Miéntras Sota resistia en las alturas de Chepe a las fuerzas realistas, habia salido de Concepcion el ausilio prometido por el intendente de la provincia. Su jefe era el comandante del batallon veterano, don Ramon Jimenez Návia; pero léjos de avanzar a favorecer al gobernador de Talcahuano,

(11) Carta del gobernador de Talcahuano. Mss.

se retardó estudiadamente hasta que la victoria estuvo pronunciada en favor de Pareja. Sota lo encontró en el camino, i en presencia de la tropa lo improperó fuertemente llamándolo traidor, i excitando a los soldados a volver sobre Talcahuano: Jimenez Návia abrigaba pérfidas intenciones, i no poseia la suficiente resolucion para intentar unirse a Pareja; manifestó unicamente las instrucciones del gobernador Benavente, en que le mandaba replegarse a Concepcion si el enemigo habia penetrado a Talcahuano, i dió la órden de volver a la ciudad.

La hora avanzada de la tarde no era tampoco favorable a un ataque de esta especie: cuando la division entró a la ciudad eran las ocho de la noche. A esa hora llegó a Concepcion el intendente del ejército realista don Juan Tomas Vergara, con oficios del jeneral Pareja, en que intimaba la pronta rendicion de la plaza.

Tan perentoria era esta intimacion, que habiéndole pedido el intendente el término de diez dias para contestarle, espuso Vergara que no podia dar uno; pero no queriendo Benavente resolver por sí solo en un asunto tan grave, reunió inmediatamente a todas las corporaciones para deliberar sobre lo que debia hacerse.

La opinion de aquella junta estuvo dividida i casi inclinada por la entrega de la ciudad. Espíritus timoratos que creian ver un completo desquiciamiento social los unos, mezquinos especuladores que temian la pérdida de títulos o perjuicios pecunarios en la revolucion los otros, hubo muchos que pensaron de ese modo, i entre ellos el dean de la catedral don

Mariano Roa, i el conde de la Marquina don Andres del Alcazar. Sus palabras fueron contestadas con un enérjico discurso de don Rafael de la Sota, que habia asistido tambien a la reunion. El, que acababa de batirse con el enemigo, trató de probar que era fácil resistirle si inmediatamente se reunian las milicias de los alrededores, miéntras que otros sostenian que era preciso abandonar la ciudad, llevándose los caudales, pertrechos de guerra i ganados de las inmediaciones para organizar la resistencia fuera de ella.

El espíritu revolucionario, como se ve, habia perdido mucho en aquella provincia. Al paso que los godos habian cobrado alientos, los rebeldes se habian sustraido a las discusiones políticas desanimados para seguir en ellas por mas tiempo. El asesor de la intendencia don Manuel Vazquez de Novoa, vocal que habia sido de la estinguida junta, conociendo cuan poco habia que esperar del desaliento de los unos, de las dilijencias i empeño de los otros, llamó a parte al procurador de ciudad don Juan de Dios Mendiburu, i le sujirió la idea de pedir un cabildo abierto para la mañana siguiente. Ambos se pusieron de acuerdo con el coronel Benavente, que debia acceder a la peticion : Novoa dictó el escrito dando por pretesto la gravedad del asunto, pero con el objeto de ganar tiempo, i tomar de acuerdo algunas medidas de urjencia. Miéntras Benavente trataba de sustraer al invasor los capitales de la tesorería, Novoa, que no queria firmar la capitulacion el dia siguiente, se puso en marcha precipitada para la capital a instruir al gobierno de lo ocurrido.

La peticion de Mendiburu fué concedida en el acto: en conformidad, Benavente avisó al parlamentario que en la mañana siguiente se le contestaria, despues de oir el parecer de los vecinos en un cabildo abierto que pensaba convocar. Vergara accedió fácilmente a esta exijencia.

Se reunió éste, en efecto. La mayoría del pueblo opinaba por la resistencia, como habia propuesto Sota, a quien se nombró en definitiva segundo jefe de las fuerzas que mandaba Jimenez Navia i se le ordenó retirar las tropas a Puchacai, para engrosarlas allí con las milicias de la provincia.

Pero ya el comandante Jimenez Navia habia seducido secretamente a la infantería de su mando, i cuando Sota llegó a la alameda, en donde estaba acampada la guarnicion, la tropa se hallaba en completa rebelion, i los soldados pisoteaban la escarapela tricolor que habian arrancado de sus sombreros. Los dragones, que mandaba don Pedro Lagos, i la artillería estaban tambien sublevados. En vano quiso poner atajo con su presencia: algunos soldados del batallon de Concepcion se echaron sobre él, i escapó casualmente de los balazos que le dispararon al huir (12). El capitan de dragones don Juan José Benavente, que habia intentado hacer otro tanto, quedó prisionero de sus soldados (13).

La turbacion i el desaliento se apoderaron de los insurjentes de Concepcion: traicionados por la tropa, nada podian hacer sino era capitular con un ene-

(12) Carta del gobernador de Talcahuano. Mss.— Martinez, *Memoria historica*. Mss.

(13) Benavente. *Memoria sob. las prim. camp.* Cap. I.

migo que podia entrar a la plaza como vencedor. El intendente i muchos otros vecinos creyeron mui angustiada su situacion para alcanzar una avenencia, i se resolvieron a dejar la ciudad i dirijirse a la capital: pero fuéle forzoso al coronel Benavente quedarse en Concepcion para protejerla del saqueo, i entregarla al enemigo despues de un tratado de avenencia.

El parlamentario Vergara podia servir para esto: habia prometido la noche anterior esperar el resultado del cabildo abierto, i debia volver al campamento de Pareja con la resolucion adoptada. Benavente se aprovechó de esta circunstancia: por las bases del tratado debia reconocer el invasor la perpetua fidelidad de los habitantes de la provincia a Fernando VII, i ésta se sometia a la autoridad de las córtes i de la constitucion española. Pediase ademas a Pareja que a nadie se persiguiese por sus opiniones, ni se le privase de su empleo, como tambien que no se obligaria a los oficiales ni a las tropas veteranas i milicias a tomar las armas contra la provincia de Santiago, con la que estaba relacionada.

Esto era cuanto podia hacerse en aquellos momentos de angustia i de temor: cuando no habia fuerza con que resistir al enemigo esta capitulacion era mui ventajosa. El jeneral Pareja, que podia ocupar la ciudad militarmente, pasó por todo: solo a la última cláusula le puso la condicion de someterla al parecer del cabildo i demas corporaciones ántes de aprobarla.

Arreglado este convenio, la ciudad quedó abier-

ta a los invasores: la traicion la habia dejado indefensa, i una honrosa capitulacion la ponia en manos del vencedor. En el mismo dia hizo su entrada el ejército realista: su jefe parecia dispuesto a respetar el tratado.

IX. Desde luego Pareja pudo conocer que el gobierno de Concepcion habia capitulado cuando no se podia resistir, i despues de haber tocado los últimos estremos para privarlo de recursos. La tesorería provincial se encontraba exausta, i los cuerpos de tropa no estaban completos: faltaban algunos oficiales de dragones, i no pocos soldados.

En la noche que precedió a la entrada del ejército realista, el intendente Benavente dió órden al ministro interino de la tesorería de Concepcion don José Jimenez Tendillo, de empaquetar todo el dinero existente en cajas, que montaba a 36,000 pesos, i de ponerse prontamente en marcha: debia esperar nuevas órdenes en algun punto de las inmediaciones.

El siguiente dia, cuando la tropa veterana de la ciudad se pronunció en contra de las autoridades, el capellan de dragones don Pedro José Eleyzegui, aquel sacerdote que habia fugado de Valdivia despues de la disolucion de la junta provincial, salió de las filas con arrojo inaudito acompañado de siete soldados, un sarjento i un tambor a quienes entusiasmó con sus palabras, i se puso en precipitada marcha en busca de Jimenez Tendillo. En el mismo dia despachó el intendente en alcance de éste a su hijo el cadete de dragones don Manuel José Benavente, para recomendarle que siguiera el ca-

mino de Santiago. Esta órden i las exijencias del capellan Eleyzegui lo decidieron a apurar el paso para salvar los caudales de mano del enemigo. Los insurjentes debian recibir en sus pobres cajas ese valioso refuerzo.

Pareja contaba con él para los gastos de la espedicion: al ver frustradas sus esperanzas, exijió del intendente que despachase en su alcance una partida de dragones al mando de un oficial de reconocida fidelidad que le diera alcance. El oficial elejido fué el teniente coronel don Melchor Carabajal; salió de Concepcion el siguiente dia de la entrega de la plaza, el 29 de marzo, de modo que Jimenez Tendillo i sus compañeros le llevaban un dia de ventaja.

Desde entónces, Pareja se ocupó de la organizacion política de la provincia, para proseguir la campaña.

En sus instrucciones le encomendaba Abascal que hiciese jurar i reconocer solemnemente en Chile la constitucion que las córtes de Cádiz habian sancionado en 1812: ella debia ser la piedra fundamental de la nueva organizacion que los liberales de España querian dar al réjimen administrativo. El jeneral invasor, soldado tambien en la causa de la independencia de la península, aceptaba de corazon el código constitucional con que los defensores de los derechos de Fernando VII lo esperaban a la vuelta de su cautiverio.

Dueño de Concepcion, quiso hacerla reconocer allí desde luego: los principios liberales consignados

en aquella constitucion podian atraerle algunos indiferentes, i dar firmeza en sus opiniones a los parciales. Pareja, inducido por este propósito, fijó el dia 4 de abril para el público i solemne juramento de obediencia i fidelidad a la constitucion.

La plaza mayor estaba rodeada de tropas desde la mañana, i en el centro se elevó un tablado en que tenian sus asientos el jeneral Pareja, el obispo Villodres, el intendente Benavente i las corporaciones i empleados eclesiásticos, civiles i militares. Allí se leyó la constitucion para prestarle el juramento; i despues de este acto se cantó en la iglesia catedral una solemne misa en accion de gracias al Dios de las batallas que habia protejido hasta entónces las armas españolas, i cuya proteccion se imploraba para lo futuro.

En breve comenzó Pareja los aprestos para seguir la campaña, aunque la falta de caballada le impedia alijerarla tanto como deseaba. Habia dado el cargo de mayor jeneral a don Ignacio Justis, que tan bien le habia servido hasta entónces; i a fin de obtener los ausilios de que necesitaba para seguir la campaña, habia pasado con fecha de 2 de abril el primer parte oficial al virrei Abascal. En su nota reclamaba el pronto envio de los socorros ofrecidos por el virrei al partir de Lima; sin ellos serian esteriles los triunfos que alcanzaba al abrir la campaña, que segun ésta comenzaba podia decir como Cesar, "vine, ví i vencí." En ménos de tres dias se habia hecho dueño de dos ciudades importantes, i sin duda las mejor defendidas de todo el reino; pero, por

dicha de la república que creaban nuestros padres, sus triunfos debian de quedar en esto solo (14).

(14) Entre los muchos documentos que he tenido a la vista para formar este capítulo, me han servido principalmente la carta o parte del gobernador de Talcahuano don Rafael de la Sota, los oficios de Pareja al intendente Benavente, las contestaciones de éste, i sus partes al gobierno de Santiago. Estos sucesos le han merecido unas pocas pájinas a Ballesteros, Gay i Guzman.—El señor Benavente en su apreciable *Memoria sobre las primeras campañas* pasa tambien mui a la lijera sobre ellas. Creo que esta parte de mi trabajo no solo es absolutamente nueva, sino que rectifica los errores en que han caido, por falta de documentos, los historiadores que me han precedido. He tenido tambien a la vista el primer borrador de la *Mem. histórica* del P. Martinez, i por él he visto que la cópia de la Biblioteca nacional, i por tanto la obra que corre impresa, carecen de una hoja en que da cuenta de la toma de Concepcion i otras ocurrencias. Basta leer con atencion la pájina 164 de la obra impresa para notar esa falta. La publicacion completa de los documentos i memorias históricas es un trabajo que exije estudios detenidos, i que todavía está por emprenderse en Chile.

CAPITULO II.

I. Tercera conspiracion contra los Carreras.—II. Preparativos de don José Miguel para un viaje al sur.—III. A la noticia del desembarco del ejército invasor marcha a Talca a organizar la resistencia.—IV. Se le incorporan en el camino algunos patriotas.—V. Llega al campamento el coronel don Bernardo O'Higgins.—VI. Antecedentes biográficos de éste—VII Su primer ensayo militar.—VIII. Se incorporan a Carrera algunos cuerpos de milicias del otro lado del Maule.—IX. Llegan los socorros de Santiago.—X. Primeras operaciones militares de Carrera.—XI. Oganizacion del nuevo poder ejecutivo.

I. Miéntras el brigadier Pareja organizaba el ejército con que proyectaba invadir a Chile, el gobierno de Santiago, que debia resistirle, seguia pacíficamente la marcha política trazada anteriormente. No se habia prestado mucha atencion a las amenazas del virrei del Perú, i nadie creia próxima la invasion.

Preocupados los ánimos con las ocurrencias domésticas de la revolucion, la política interior mantenia en espectativa a todas las personas que habian tomado alguna parte en ella. Proyectos de utilidad pública llamaban la atencion del gobierno, miéntras sus enemigos murmuraban i se reunian en juntas secretas a tratar sobre poner algun atajo a sus medidas.

En uno de esos círculos se comenzó a tramar una conspiracion dirijida a quitar el mando a los hermanos Carreras. Se reunian en casa del escribano don Juan Crisóstomo Alamos varios amigos suyos, que se manifestaban disgustados con el gobierno: don Manuel Rodriguez, ese perpetuo conspirador contra todo gobierno establecido, que poco ántes habia desempeñado el cargo de secretario de la junta i de don José Miguel Carrera, era uno de éstos. Los tertulianos pasaron de las quejas a los proyectos de revolucion: hablaron libremente en contra del gobierno, i principiaron a aglomerar elementos para realizarla.

No avanzaron mucho estos aprestos: don José Miguel Carrera estaba instruido dia a dia de todo lo que pasaba, por el órgano de uno de los iniciados en la proyectada revolucion, un sarjento con cuyo ausilio pensaban seducir a la tropa; i seguia con paciencia la trama de los conspiradores, fomentándolos con vanas esperanzas. El 28 de enero puso fin a sus quiméricos propósitos, haciendo apresar a todos los iniciados en el proyecto. Despues de una causa demorosa fueron condenados a deportacion a varias provincias de Chile, o desterrados a Mendoza (1).

(1) Los pormenores de esta conspiracion son altamente cómicos. Los iniciados en ella eran dos padres domínicos Fr. José Funes i Fr. Ignacio Mujica, tres escribanos, don Juan C. Alamos, don Manuel Solis i don Juan Lorenzo Urra, el hijo de éste don Tomas José, don José G. Argomedo, don Manuel, don Cárlos i don Ambrosio Rodriguez, i el subteniente retirado de artilleria don Ramon Picarte. Una casualidad presentó como culpable al rejidor de la municipalidad de Santiago don José Manuel Astorga, que sabia de la conspiracion pero que no tomó parte alguna en la trama. Este, i los padres Mujica i Funes fueron desterrados a Mendoza.

Carrera sin embargo le dió a aquella intentona mas importancia de la que merecia: en su interes estaba presentar como séria i temible la conspiracion de unos cuantos ilusos que creyeron derrocarlo sin elementos para hacerlo. En una proclama de 22 de marzo, aludiendo a ella, se jactaba de su magnanimidad al cartigar tan suavemente a los que trabajaban con teson contra el órden público i el gobierno cimentado de hecho (2).

II. En ese mismo tiempo don José Miguel meditaba un vieje a las provincias del sur: su objeto era estrechar las relaciones de éstas con la capital, i ponerlas de acuerdo en sus ideas i tendencias Si sus recursos le alcanzaban, debia tambien promover la union de Valdivia al réjimen revolucionario.

El senado consultivo apoyaba este viaje, que creia de gran importancia; i por indicacion de Carrera procedió el 27 de marzo a elejir la persona que debiera subrogarlo en el puesto de vocal. La eleccion recayó en su hermano don Juan José, con quien habia estrechado nuevamente sus relaciones desde la jura del reglamento constitucional.

Carrera pensaba armar los partidos del sur, i prepararlos para la resistencia, en caso que se realizasen las amenazas del virrei Abascal. En ellos habia muchos enemigos de la revolucion que la combatian con actividad i eficácia, i éstos estaban dispuestos a plegarse al invasor tan pronto como pusiese en tierra un puñado de hombres capaz de dar con-

(2) Proclama inserta en la *Aurora* núm. 11 tom. 2 de 25 de marzo de 1813.

sistencia a sus esperanzas. Desde la disolucion de la junta provincial de Concepcion, en muchos vecinos se habia resfriado el entusiasmo, i los enemigos de la revolucion cobraron ánimos. Don José Miguel llevaba consigo una larga lista de personas que, segun noticias ciertas, se sentian en abierta oposicion con el gobierno revolucionario, i dispuestas a promover una contrarevolucion realista (3).

III. El viaje de Carrera no alcanzó a emprenderse. El 29 de marzo, cuando sus preparativos estaban mui avanzados, llegaron a Santiago los primeros rumores del arribo a las costas de Concepcion de la flota enemiga. Desde luego se estendieron por toda la poblacion aumentados por el temor.

Dos dias despues, en la tarde del 31, llegó la nota en que el intendente de Concepcion daba parte al gobierno del arribo i desembarco de la espedicion realista. Don José Miguel, que recibió los pliegos, convocó prontamente a los otros vocales de la junta ejecutiva, el senado i jefes militares, i dió cuenta en la reunion de las noticias que acababa de recibir. Allí se le confirió el delicado cargo de jeneral en jefe de la frontera, como decian sus títulos, comisionado de espulsar al invasor i pacificar las provincias del sur. El vacío que dejaba en el gobierno ejecutivo fué llenado por su hermano don Juan José, como se habia elejido anteriormente.

En el primer momento de confusion, Carrera supo hacerse el órgano del entusiasmo jeneral, i diri-

(3) *Informe sobre la conducta observada por los P.P. Misioneros de Chillan.* Mss.

jirlo por buen sendero. A las cinco de la tarde de ese mismo dia circulaba una proclama firmada por él en que hablaba del triste estado de la España, i de las avanzadas pretensiones del virrei del Perú, que proyectaba subyugarnos, traspasando sus atribuciones i sin atender a los intereses del rei cuando estaba "decidida la causa de nuestra libertad (4)." El senado lo acababa de investir de omnímodas facultades, i él, sin pérdida de tiempo, despachó sus órdenes al gobernador de Valparaiso, el capitan don Francisco Lastra, concediéndole ámplios poderes para sujetar los buques de propiedad peruana que allí hubiesen, i para poner sus fortalezas en estado de defensa. Con la misma actividad ofició a los jefes de milicias de todos los partidos inmediatos convocándolos a la capital para organizar la resistencia.

Su actividad fué mas allá todavía: desde luego quiso indicar su marcha, para intimidar al enemigo. En esa misma noche, i a la luz del farol de la retreta, hizo publicar la solemne declaracion de guerra al virrei del Perú, prohibiendo desde aquel dia toda comunicacion con el enemigo i las provincias de su mando, amenazando con la pena de muerte al que infrinjiese esta órden o al que diese pruebas de simpatias por la invasion, o esparciese noticias falsas para alarmar a las autoridades.

Para dar mayor fuerza a este bando, Carrera hizo plantar inmediatamente la horca en la plaza principal, i decretó la imposicion de un empréstito o

(4) Proclama inserta en la *Aurora*, núm. 12 tomo 2 del 1 de abril de 1813.

contribucion extraordinaria de doscientos sesenta mil pesos, que debia gravar a los enemigos de la revolucion únicamente (5). Con este aparato i esta actividad, el jeneral improvisado en el momento del conflicto, imprimia a todo un sello de enerjia que lo colocaba a la altura de la situacion.

Así lo creyeron todos los vecinos de Santiago: los enemigos de Carrera enmudecieron en aquel momento. Segun ellos, solo esa cabeza llena de recursos podia salvar el pais de la invasion armada, i don José Miguel por su parte parecia corresponder perfectamente a esa esperanza. Empleó toda la noche i el siguiente dia en el apresto para su viaje, convocando las milicias i dictando órdenes militares, i a las seis de la tarde del dia 1.° de abril se puso en marcha. Lo acompañaban solamente el cónsul norte-americano Poinsett, el capitan de la Gran Guardia don Diego José Benavente, doce soldados, un cabo i un sarjento. Con esa pequeña partida pensaba llegar a Talca, i esperar allí las tropas que debian formar el ejército insurjente.

IV. Don José Miguel emprendia un viaje precipitado: su mision era importante i su responsabilidad inmensa para que descansara un momento. Caminaba con la celeridad de un correo, i solo se detenia en los puntos en que necesitaba dar órdenes, o escribir notas, poner sobre las armas las milicias, formar juntas de ausilios del ejército, confinar a los enemigos de la revolucion o tomar unos

(5) *Epocas i hechos memorables de Chile.* Mss.
Carrera propuso a las corporaciones que montase a 400,000 pesos, pero solo alcanzó poder para 260,000.

pocos milicianos para plantear un rejimiento de caballería que organizaba el capitan Benavente.

No le faltaban motivos para apurar la marcha: en el camino encontraba a menudo algunos patriotas que abandonaban las provincias del sur en vista de la ineficácia de toda resistencia que quisiese oponerse al invasor, i por ellos sabia que era menester apresurarse a fin de salvar algunas milicias del otro lado del Maule.

Encontró al primero en la angostura del Paine: era éste el licenciado don Manuel Vasquez de Novoa. Dejaba las provincias del sur cuando creia inevitable la entrega de Concepcion i venia a Santiago a ofrecer sus servicios para la campaña que debia abrirse. Carrera, que conocia la importancia de hombres de sus conocimientos i esperiencia, i la necesidad que de ellos habria en el campamento, le confió el delicado destino de auditor de guerra.

Novoa no le dió noticias mui adelantadas acerca de las ocurrencias de Concepcion, porque habia salido de la ciudad cuando aun quedaba alguna esperanza de resistencia; pero en San-Fernando se encontró el dia 3 con el teniente-coronel don Rafael de la Sota, el gobernador de Talcahuano que habia presenciado la defeccion de Jimenez Navia. Amenazado entónces por la tropa insurrecta, Sota huyó por el camino de Penco viejo, i de allí siguió por la montaña de la costa hasta Coelemu: en su tránsito por Quirihüe i Cauquenes, informó a las autoridades militares de lo ocurrido en Concepcion, e indujo a sus jefes a regresar i marchar en busca del ejército de Santiago, que debia

comenzar la campaña (6). El traia a Carrera la noticia lisonjera de la buena disposicion de las milicias del otro lado del Maule.

El dia siguiente recibió el jeneral *un ausilio importante i necesario* en la villa de Curicó. Era éste el tesoro de las arcas de Concepcion que escoltaban Jiménez Tendillo, el capellan de dragones Eleyzegui, catorce soldados i algunos sacerdotes i militares. Habian emprendido su marcha casi al mismo tiempo que el gobernador de Talcahuano; pero tomaron el camino de Chillan, de donde sacaron mas de cien fusiles, i solo se juntaron con Carrera el dia 4 (7).

Este resfuerzo, por insignificante que parezca, era de gran importancia: el jeneral en jefe iba a organizar su campamento en Talca sin tropas, sin armas i hasta sin dinero. Confiaba mucho en el entusiasmo jeneral del pais, i esperaba el arribo de las milicias: esas pocas armas eran para él un valioso presente en aquellas apuradas circunstancias.

A su arribo a Talca, el 5 de abril, vino a conocer de cerca su verdadera situacion. Pocos momentos ántes de haber entrado recibió notas del intendente de Concepcion en que le comunicaba quedar ocupada la ciudad por el ejército enemigo a causa de una forzosa capitulacion. Esa noticia habia producido en Talca una triste impresion: a consecuencia de ella se recibió con frialdad i hasta con desconfianza al

(6) Carta de don Rafael de la Sota sobre el desembarco de Pareja. Mss.
(7) *Monitor Araucano*, núm. 1 de 6 de abril de 1813.

jeneral insurjente. Creyendo inútil e ineficaz toda resistencia, el vecindario temió comprometerse por una causa desesperada, cuando el enemigo estaba tan inmediato. Carrera descubrió esa timidez, i en el mismo parte en que comunicaba al gobierno de Santiago la entrega de Concepcion i el arribo de los capitales de su tesoreria, reclamó con interes i empeño la tropa reglada de Santiago, i la pronta salida del obispo ausiliar Andreu i Guerrero.

V. El mismo dia en que don José Miguel llegó a Talca, se le presentó el coronel de milicias de la Laja don Bernardo O'Higgins, que al anuncio del peligro venia a ofrecerle gustoso su espada. El conocia a palmos el territorio de las provincias meridionales, tenia entre sus habitantes un gran influjo, i poseia bastante audacia para dirijir un golpe de mano: Carrera lo recibió desde luego como un importante ausiliar.

Hallábase O'Higgins en los Anjeles a la época del arribo de Pareja: con este motivo recibió una órden del intendente de Concepcion para ponerse en marcha con las milicias de su mando a fin de engrosar las tropas con que pensaba resistir al enemigo. Sin pérdida de tiempo mandó armar los escuadrones de lanceros de los Anjeles, i a su cabeza se dirijió a Concepcion a marchas forzadas.

Cuando hubo cruzado el rio de la Laja, fué informado de la rendicion de la ciudad; al saber lo ocurrido resolvió volverse a los Anjeles, pero este pueblo se habia pronunciado por el invasor: allí se encontraba el obispo Villodres, a quien el cabildo habia pedido que exijiese de sus vecinos el juramento solemne

de fidelidad (7). Por otra parte habian salido de Concepcion varias partidas de dragones, i O'Higgins, no teniendo plena confianza en su tropa, resolvió dispersarla, despues de una breve arenga para que no hiciese armas contra la patria, i se puso en marcha para Santiago, acompañado de dos de sus criados (8). A pesar de esta precaucion, le fué forzoso tomar el camino de la cordillera para no caer en manos de los dragones de Carabajal.

VI. Ese militar que se presentaba en el campamento con el pobre título de teniente coronel de milicias, debia ser en el trascurso de la guerra el primer soldado del ejército chileno. A un arrojo sin límites, unia un aplomo singular, i una modestia superior a todo elojio. Era sin duda uno de los jefes mas entendidos e ilustrados del ejército, el hombre de posicion mas encumbrada entre todos ellos, i sin embargo venia dispuesto a desempeñar cualquiera comision con el entusiasmo i fé de un buen sarjenton.

O'Higgins contaba en aquella época treinta i siete años de edad. Nació en Chillan el 20 de agosto de 1776 (9): era el fruto de una union ilejítima, de que fueron culpa las promesas falaces de su padre i el candor de una hermosa jóven. Aquel era don Ambrosio O'Higgins, teniente coronel de ejército en

(7) *Informe de P. Ramon sobre la conducta de los misioneros de Chillan.* Mss.
(8) Noticias comunicadas por el jeneral Riquelme.
(9) Hasta ahora no se habia asentado con fijeza la época del nacimiento de O'Higgins. Los biógrafos pasaban en silencio esta fecha; i en ningun documento ni memoria impresa ni manuscrita se encontraba dato alguno para inferirla. Debo esta noticia al señor jeneral don Manuel Riquelme, tio materno de O'Higgins.

aquel año, i capitan jeneral, presidente de Chile, i virrei del Perú mas tarde; i su madre doña Isabel Riquelme, señorita principal de aquel vecindario.

Pasó su niñez en Chillan, i cursó las primeras letras en el convento de misioneros franciscanos. Acompañó a su padre a Santiago cuando vino a tomar el mando del reino, i al Perú cuando fué nombrado virrei. De allí se embarcó para Inglaterra, mandado por don Ambrosio a seguir sus estudios en un colejio católico.

Don Bernardo residió fuera de su patria nueve años. En ese período adquirió una regular instruccion en humanidades, i algunos conocimientos en medicina i cirujía; en poco tiempo habló el ingles con gran perfeccion i el frances con bastante facilidad. Cursó los principios elementales de dibujo i de música, i si no alcanzó a ser un artista regular, era quizá el chileno mas apto para trasladar al papel un paisaje.

O'Higgins sacó aun otro mejor provecho de su permanencia en el colejio. Separado de sus padres, i confiado a la direccion de maestros severos, adquirió, apesar de sus cortos años, una seriedad de carácter mui poco comun en los hombres i sumamente rara en un jóven. Su cuerpo se habituó a la carencia de comodidades, i su espíritu tomó cierta gravedad que le abrió el camino para comunicarse desde luego con personas notables, i que vino a ser mas tarde la calidad distintiva de su carácter público.

A su vuelta de Inglaterra tocó en España, i allí contrajo relaciones con varios americanos residentes en Cádiz, que hablaban ya de segregarse de la domi-

nacion peninsular. El jóven O'Higgins, gracias a la seriedad de su carácter, obtuvo la confianza de la mayor parte de esos proyectistas revolucionarios i con ellos se convino para trabajar en Chile por el triunfo de la independencia. En Inglaterra habia oido esto mismo de boca del famoso jeneral Miranda, i esas ideas echaron en breve hondas raices en su ánimo.

De vuelta a Chile, O'Higgins estuvo a punto de desmayar en sus propósitos. A juzgar por las apariencias, el pais no estaba dispuesto para proclamar su independencia; i con la excepcion de poquísimos hombres, aquella idea habria sido desechada por todos como el mayor de los crímenes. Los sucesos posteriores vinieron a dar consistencia a sus esperanzas, cuando su influjo era mui considerable, i teniendo a su disposicion las milicias de la Laja, que mandaba en jefe.

Sus mejores amigos desde entónces fueron los hombres de pensamiento que residian en las provincias meridionales: se comunicó con algunos patriotas de Santiago, i con todos ellos hablaba de la necesidad de reformas materiales, i de ensanchar las libertades públicas. Mas sólido i positivo en sus ideas que los otros corifeos de la revolucion, que estudiaban la política en Rousseau, O'Higgins traducia al español las leyes constitucionales de la Inglaterra, como la base para formar un gobierno liberal i progresista. Todo esto se hacia en gran secreto, hasta que en el año de 1809 esas conversaciones alarmaron sériamente a los delegados del gobierno peninsular.

Hasta entónces O'Higgins habia sido solamen-

te un, hacendado emprendedor i de tino, sin aspiraciones a la vida pública, i sin mas ocupacion fija que la que le procuraban sus faenas de campo que él habia planteado en grande escala, i con arreglo a los adelantos agrícolas de la Inglaterra, en la valiosa hacienda de las Canteras, que habia heredado de su padre. Los ejercicios militares eran para él un agradable pasatiempo en que daba rienda suelta a su entusiasmo; pero sin la revolucion su nombre no habria salido del reino de Chile, i quizá de la provincia de Concepcion. El nuevo sistema encontró en él un ardoroso sectario, un constante propagador de las ideas liberales, i mas tarde un atrevido campeon, acreedor al título de héroe.

El pueblo de los Anjeles lo elijió diputado al congreso de 1811, i en ese mismo año ocupó el alto puesto de vocal de la junta gubernativa que residia en Santiago. Pero disgustado con la política de Carrera, se retiró a su hacienda resuelto a sustraerse a la política.

VII. Al presentarse en el campamento de Carrera a ofrecerle sus servicios, O'Higgins olvidaba sus anteriores resentimientos que lo habian mantenido separado de la política. En el mismo dia reclamó enérjicamente que se le confiase una partida de tropa, con que atacar a los dragones de Carabajal que él habia dejado en Linares: su plan era atravesar el Maule en la noche, i atacar al enemigo por la madrugada.

La empresa no mereció la aprobacion del jeneral en jefe: a su juicio era de mui poca importancia para aventurar sus soldados, cuando habia tanta

escasez de ellos, i para esponer la persona de un oficial de confianza. Pero instado por el cónsul Poinsett, accedió al fin a las exijencias de O'Higgins.

La partida se compuso de casi toda la fuerza que habia en Talca i algunos oficiales. A su cabeza cruzó O'Higgins el caudaloso Maule en la noche del 5 de abril, en medio de una tempestad deshecha, que lo hizo estraviarse en el camino, i en la mañana siguiente se acercó a Linares. La fuerza realista que ocupaba este pueblo era formada de veinte i un dragones, mandados por el teniente don José María Rivera, al cual intimó rendicion por medio del parlamentario don Lúcas Melo. La partida de Rivera, aunque era inferior en número, estaba mejor armada, i obraba con mas táctica i disciplina, pero no se atrevió a resistir: los dragones engrosaron las filas de O'Higgins, i su jefe quedó en clase de prisionero de guerra (10).

Este triunfo correspondia a los deseos del comandante insurjente; pero no satisfecho con él se dispuso a seguir a la villa de Cauquenes, en donde creia encontrar a Carabajal. Para esto reunió precipitadamente las milicias de la provincia, que obedecian al coronel don Santiago Arriagada; pero como supiese que Carabajal se habia dirijido a marchas forzadas a Chillan, desistió de sus intentos, despues de encargar a los jefes militares de los partidos vecinos que se juntasen prontamente con el jeneral Carrera.

VIII. Este encargo del coronel O'Higgins no era inútil. Las milicias del otro lado del Maule, en

(10) Parte de O'Higgins inserto en el *Monitor Araucano* núm. 8.

su mayor parte de caballeria, eran numerosas i cada uno de sus soldados tenia un conocimiento práctico del terreno destinado a ser el teatro de la guerra. Si ellas carecian de instruccion militar en cambio cada soldado podia servir de guia a las guerrillas, i aun al ejército. Esas milicias eran un ausiliar poderoso del ejército a que se plegasen, i convenia atraerlas cuanto ántes al campamento insurjente.

Por fortuna, sus jefes habian abrazado la causa de la revolucion, i desde que supieron que las nuevas autoridades se encontraban amenazadas se prepararon a defenderlas. El coronel de las milicias de Quirihue don Antonio Merino las puso sobre las armas al saber el desembarco de Pareja, i a su cabeza se dirijió a Concepcion por llamado del intendente: en el camino encontró a Sota, que dejaba a la tropa de esa provincia en abierta rebelion, i en vista de las noticias que éste le comunicaba, se volvió a Quirihue (11). Su objeto fué engrosar sus milicias, retirar los recursos que pudiesen servir al enemigo, i seguir su marcha a Santiago hasta encontrar el ejército que, segun sus conjeturas, debia formarse en la capital. Antes de ponerse en camino se apoderó de un sarjento i dos dragones, que llegaron a Quirihue encargados por los jefes invasores de comprar caballos: para ésto llevaban seiscientos pesos que les quitó el coronel Merino, para llevarlos al jeneral Carrera.

Las milicias de Cauquenes corrieron en todo la misma suerte. Reunidas por el subdegado del par-

(11) Carta del Gobernador de Talcahuano sobre el desembarco de Pareja. Mss.

tido don Juan de Dios Puga, su comandante don Fernando de la Vega, i el ayudante don Juan Felipe Cárdenas, se dirijieron a Concepcion, i, habiéndose encontrado con Sota, volvieron por el camino de Santiago hasta llegar a Talca. Con su arribo se engrosó la fuerza del campamento con 1800 hombres que componia el total de las milicias de Cauquenes.

Con no menor empeño se reunian los ganados de la provincia del Maule. Los insurjentes querian a todo trance privar al enemigo de esos recursos, i llevarlos al campamento de Carrera. En estos trabajos se emplearon los subtenientes don Jerónimo Villalobos i don José Ignacio Manzano: entre ambos retiraron cinco mil vacas, algunos carneros i bastantes mulas i caballos(12).

IX. En Santiago entre tánto se trabajaba empeñosamente por la salida de las tropas i el envio de los recursos que necesitaba Carrera para comenzar la campaña. Un gran entusiasmo mantenia ajitados a todos los vecinos, miéntras el gobierno tomaba las providencias mas activas a fin de poner el pais en el mejor estado de defensa.

Al dia siguiente de haber salido don José Miguel Carrera de la capital, las corporaciones que lo nombraron jeneral en jefe procedieron a la eleccion de dos miembros ausiliares de la junta gubernativa: esta recayó en don José Miguel Infante i don Francisco Antonio Perez García, liberales de corazon i de firmeza.

Desde luego llevaron al gobierno enerjia en sus resoluciones. Sin abrigar temores de ninguna espe-

(12) Benavente, *Mem. sob. las primeras campañas, etc., etc.*

cie, comenzaron a decretar medidas vigorosas contra los enemigos de la revolucion. Por un supremo decreto se mandó cerrar el camino de las cordilleras para todo español, i poco despues se prohibió solemnemente toda comunicacion con las provincias ocupadas por el enemigo.

Trabajaba el gobierno con la misma enerjia en el equipo de las tropas que debian salir de Santiago al campamento de Talca. Para infundir mayor entusiasmo en la oficialidad decretó premios para los militares que salvaron los capitales de la tesoreria de Concepcion, i para el capellan Eleysegui (13), i mandó acuñar medallas con pomposas inscripciones para los que mas se distinguiesen en la campaña que se iba a abrir.

Con ese empeño pudo salir en los primeros dias de abril una partida de ochenta húsares de la Gran Guardia a las órdenes del teniente don Manuel Cuevas, que escoltaban al obispo ausiliar Andreu i Guerrero. En breve salió el resto del cuerpo a las órdenes de su comandante don Juan Antonio Diaz Muñoz, i las milicias regladas del Príncipe i la Princesa.

A estas milicias siguieron luego las de Maipo i el cuerpo de artilleria, que montaba en su totalidad a diez i seis piezas de campaña i a doscientos hombres, al mando del coronel don Luis Carrera: para su conduccion i el transporte de municiones se emplearon setenta carretas, i 400 mulas (14). La artilleria de la capital quedó al cargo del batallon de Pardos.

(13) Nota de la junta de 4 de abril inserta en el *Monitor Araucano*, núm. 1.

(14) *Monitor Araucano* núm. 3.

Hasta el 6 no salió de la capital el rejimiento de granaderos. Era este sin duda el mejor cuerpo de cuantos se habian organizado en Chile: su fuerza ascendia a 1000 hombres, i sus oficiales eran jóvenes notables por su nacimiento, fortuna i patriotismo. Llevaba por jefe al mayor don Cárlos Spano, militar intelijente, que habia servido hasta poco ántes en los fuertes de la frontera. Su nacimiento español habia despertado al principio algunas sospechas, pero su caballerosidad característica dió confianza al gobierno para emplearlo en una guerra en que debia sucumbir (15).

Spano llevaba ademas el destino de secretario de ejército, i acompañaba en este rango al brigadier don Juan José Carrera, que dejó en ese mismo dia el puesto de vocal del gobierno para servir en el ejército. Con ellos marchó tambien el coronel de injenieros don Juan Mackenna: el gobierno lo habia llamado a la capital para darle el importante destino de jefe de estado mayor, o, como entónces se decia, cuartel maestre jeneral de ejército.

Estas fuerzas llegaron a Talca con prontitud. El dia 9 de abril entró el obispo con los ochenta hombres que lo acompañaban, i tres dias despues el resto de la Gran Guardia i las milicias regladas de Santiago.

El obispo llevaba su mision especial: Carrera lo habia pedido a la junta de Santiago para que con sus prédicas infundiese entusiasmo a las tropas. Con este fin se celebró el 11 de abril, en la iglesia

(15) Conversacion con el jeneral Aldunate.

matriz de Talca, una misa solemne en que predicó el obispo. Sus palabras, si bien sencillas, iban acompañadas de enerjía i uncion en defensa de los principios liberales. En ese mismo dia se enarboló el estandarte tricolor en medio de las salvas de fusilería (16).

X. Con este refuerzo pudo ya Carrera dar principio a las operaciones de la guerra. Antes de esta época habia meditado ocupar los partidos del Maule, estender la línea de operaciones hasta el otro lado del Ñuble, i apoderarse de Chillan. A este fin, O'Higgins habia quedado en el Parral, esperando ser reforzado para avanzar al sur; pero su plan se vió frustrado ántes de tiempo por la actividad de los realistas. Chillan se pronunció por la causa de los invasores; i sus milicias pasaron a acordonar el Ñuble, oponiendo una valla a las correrías de los insurjentes. Desde entónces Carrera tuvo que desistir de su proyecto.

A pesar de este contratiempo, el jeneral no perdió la oportunidad de reforzar a O'Higgins tan luego como tuvo a su disposicion algunas tropas. Pensaba ocupar uno de los pasos del rio, construyendo fortificaciones en el cerro de Bobadilla, distante como doce cuadras al sur del Maule: el cónsul Poinsett, que dirijia esos trabajos, formaba allí una especie de reducto. El 14 de abril le mandó Carrera tres cañones a las órdenes del sarjento mayor don Hipólito Oller, i 200 milicianos de Cauquenes: estos debian servir en los trabajos de la fortificacion,

(16) Oficio de Carrera, inserto en el *Monitor Araucano* núm. 6.

porque no tenian armas i carecian de toda instruccion militar.

O'Higgins, a la cabeza de esta fuerza, comenzó a escaramusear contra la vanguardia enemiga que habia avanzado hasta las inmediaciones de Linares. Cuando llegó Mackenna al campamento fué informado del estado del ejército, i del terreno que ocupaba aquella partida avanzada. Quiso reconocer por sí mismo las fortificaciones de Bobadilla, i desde luego se opuso tenazmente a que se mantuviese por mas tiempo una guarnicion en aquel punto. Segun él, esas fortificaciones eran inútiles, e importaban el sacrificio seguro del valiente O'Higgins, puesto que el rio tenia muchos vados transitables, i que desde ellas mui poco o nada se podia hacer contra el que intentase cruzarlo: dejar una division del ejército en la ribera sur del Maule equivalia a dejarla abandonada al enemigo. Carrera que lo acompañó tambien en esta inspeccion, conoció su error en vista de razones tan poderosas, i dió la órden de volver a Talca (16).

Sin embargo, la visita al otro lado del rio no fué infructuosa: el jeneral pudo recojer mejores noticias sobre las fuerzas del enemigo, i a su vuelta a Talca despachó a Santiago al coronel de milicias don Antonio Mendiburu a pedir a la junta gubernativa el pronto envio de las milicias de infanteria que pudiese remitirle.

En efecto, habia una gran escasez de infanteria en

(16) Mackenna, *Informe sobre los Carreras,* inserto en el *Duende,* núm. 15.

el campamento, miéntras sobraban tropas de caballeria, aunque faltas de instruccion i disciplina. Carrera trabajaba en las asambleas con teson, i a fin de metodizar los ejercicios i de organizar desde luego la disposicion del ejército, hizo de él tres divisiones que estacionó en la ribera del norte del Maule. "La primera, dice un militar distinguido de aquel ejército, se componia de 200 granaderos, las milicias que habia retirado de Cauquenes el teniente coronel Vega i las partidas i piezas de campaña que tenia el de igual clase O'Higgins en Bobadilla : esta se puso al mando del coronel don Luis Carrera.—La segunda la formó el resto del batallon de granaderos, cuatro piezas de artilleria i el rejimiento de Maipo, mandado por el brigadier don Juan José Carrera i se situó en Duao.—La tercera la formaban la Gran Guardia, la Guardia jeneral cuatro piezas de campaña i los rejimientos del Príncipe i Princesa a las inmediatas órdenes del jeneral en jefe i acampó a una legua de distancia de la segunda (17)". Debian mantenerse a la defensiva únicamente, sin acometer empresa alguna al otro lado del Maule.

XI. El modo como el jeneral Carrera acababa de distribuir el mando del ejército suscitó desde luego algun disgusto entre sus enemigos, i predispuso en contra suya al gobierno de Santiago. El celoso republicano don José Miguel Infante, que ocupaba un asiento en él, desaprobó esta conducta, calificándola de ambiciosa e injusta con militares de me-

(17) Benavente, *Mem. sob. las primeras campañas*, cap. I.

jores aptitudes i mayor mérito que sus hermanos.

Verdad es que Carrera no poseia mucho partido entre los hombres de importancia i de valer de Santiago. Solo la tropa de que disponia pudo mantener acallado el encono de sus enemigos; pero tan pronto como hubo salido de la capital, las corporaciones que él habia hecho elejir le volvieron la espalda.

Desde la salida de don Juan José, el gobierno quedó confiado a los otros dos vocales de la junta ejecutiva; pero ni uno ni otro se hallaron con ánimo para sobrellevar la carga que les imponian las circunstancias, i renunciaron sus puestos dejando el gobierno confiado a los dos miembros ausiliares, Infante i Perez Garcia.

Pero este estado no podia durar mucho tiempo: era preciso regularizar la marcha administrativa, colocando en el poder hombres de crédito e influjo que le acarreasen partidarios. El senado hizo la eleccion el 15 de abril, i recayó en don Agustin de Eyzaguirre i los dos vocales ausiliares. Todos tres eran antiguos enemigos de don José Miguel Carrera.

Con no menor entusiasmo siguió el nuevo gobierno el sendero que mas convenia en aquellas circunstancias. Desde luego tocó con la escasez de fondos, cuando la guerra demandaba tan injentes gastos. Para subvenir a ellos ya se habia acordado hipotecar las entradas fiscales, i especialmente cuatrocientos regadores del canal de Maipo, a fin de aumentar el monto del empréstito de contribucion que impuso don José Miguel en los primeros mo-

mentos de llegada la noticia de la invasion (18); pero todos estos arbitrios dieron mui pobres resultados.

Los donativos por el contrario ayudaron mucho en aquellas circunstancias. El vecindario de Santiago contribuyó con grandes erogaciones, mui superiores a lo que podia esperarse de los recursos del pais : miéntras unos daban gruesas sumas de dinero, i algunos empleados se ofrecian gustosos a servir sin sueldo, otros ciudadanos mandaban sus ganados al ejército. Habia algunos que sostenian a sus espensas hasta diez soldados, que perdonaban a sus inquilinos los arriendos miéntras durase la guerra, o que se comprometian a llevar a sus haciendas a las viudas de los soldados que muriesen en la campaña.

A fin de estimular estos donativos, i de reglamentar el envio de subsidios al ejército, el ejecutivo acordó mas tarde la formacion de una junta de auxilios compuesta de tres individuos (19). Debia ésta velar por los recursos para la guerra, i remitirlos al cuartel jeneral así que se fueran colectando, o cada vez que se pidiesen.

De este modo dirijia el gobierno el entusiasmo de los pueblos : con esa política fuerte i vigorosa, a que todos los ciudadanos prestaban alguna cooperacion con sus personas i vidas, la revolucion se encarnaba mas i mas, i creaba mayores brios para arrostrar los peligros i seguir su marcha.

(19) Decreto supremo, inserto en el *Monitor Araucano*, núm. 2.
(20) Don Maduel de Barros, don José Maria Guzman, i don José Manuel Lecaros.—Decreto de 7 de mayo de 1813.

CAPITULO III.

I. Primeros aprestos del brigadier Pareja para abrir la campaña.—II. Sale de Concepcion a la cabeza de su ejército.—III. Avanza para cruzar el Maule.—IV. Sorpresa de Yerbas-Buenas.—V. El ejército realista desobedece las órdenes de su jefe.—VI. Pretende éste entablar negociaciones con el enemigo.—VII. Emprende su retirada perseguido por Carrera.—VIII. Batalla de San-Cárlos.—IX. Se retira a Chillan el ejército realista.

I. Iguales aprestos hacia el brigadier Pareja en Concepcion. Sin pérdida de momento habia activado empeñosamente los aprestos de guerra para proseguir la campaña. Su propósito era tomar posesion de las provincias centrales del reino, i avanzar hasta la capital, ántes que el gobierno insurjente alcanzase a organizar un ejército capaz de resistirle.

Guiado por este deseo, i a fin de engrosar cuanto pudiese su ejército, privando al enemigo de sus recursos, despachó varios destacamentos a los fuertes de la frontera i demas puntos guarnecidos de la provincia en que estaban repartido el batallon veterano de infanteria i el cuerpo de dragones. Su intencion era penetrarse bien del espíritu de la tropa, sacar de cada guarnicion algunos soldados i per-

trechos, i dejar el resto para mantener la tranquilidad.

Esta empresa era sumamente fácil : desde la disolucion de la junta provincial se habian enfriado los ánimos de los revolucionarios, i en la tropa esa indiferencia rayaba en desagrado por el nuevo sistema. Por otra parte, todos los oficiales tildados de godos habian sido confinados a los fuertes del interior en donde mandaban una pequeña partida que se agregó gustosa al ejército del brigadier Pareja.

Estos aprestos no podian hacerse con toda la brevedad que exijian las circunstancias. Pareja carecia de caballadas i demas elementos para mover su ejército, i por grande que fuera la actividad de sus comisionados no pudo salir de Concepcion con la presteza que deseaba.

Otra dificultad con que topó desde luego, fué la escasez de oficiales para su ejército. Por un artículo del tratado de rendicion, no se podia obligar a ningun militar a hacer armas contra la provincia de Santiago, i fueron tantos los que dejaron el servicio, que el batallon veterano de Concepcion salió de esta ciudad con solo dos oficiales subalternos (1).

El mando de este cuerpo fué confiado a uno de sus capitanes, don Juan Francisco Sanchez, militar de firmeza i valentia, que estaba destinado a figurar en grande escala en el trascurso de la guerra ; pero como se sacaron de él algunos soldados para los otros cuerpos, quedó tan reducido su número que solo al-

(1) Tan curiosas noticias las he sacado del manuscrito ántes citado del P. Martinez. La *Memoria histórica* que corre impresa carece de todo detalle sobre el particular.

canzába a 130 hombres. Estas fuerzas se engrosaron luego con las milicias de los cercanos partidos Rere, Arauco i Chillan, las que recibieron su armamento a medida que se incorporaban al ejército.

II. Estos eran sus aprestos para abrir la campaña : lleno de vigor i de enerjia, Pareja no vacilaba en marchar prontamente al norte, a encararse cuánto ántes con el enemigo. En su juicio, de la actividad pendia en gran parte el resultado de la empresa.

Un temor sin embargo vino a asaltarlo ántes de ordenar la marcha. Concepcion habia sido hasta cierto punto el núcleo de exaltados insurjentes que podian sublevarse, i quizá inquietarlo por la retaguardia. Para poner un remedio a ese mal, quitó la intendencia al coronel Benavente i se la dió al obispo de la diócesis, don Diego Antonio Navarro i Villodres, hombre de un carácter fuerte i vigoroso, a quien una bien entendida prudencia habia hecho disimular de algun modo i en cuanto le era posible la firmeza de sus convicciones contra la revolucion, pero que al arribo del brigadier Pareja se habia mostrado con valentia i desemboso. Como fuerza de resguardo, se le dejaron en Concepcion 60 soldados veteranos i 300 milicianos de lanza (2).

El ejército pacificador contaba con 2000 soldados veteranos o milicias regularmente instruidas, i gran número de milicias de caballeria sin órden ni disciplina, que iban llegando poco a poco de las inmediaciones. Entre los veteranos contaba 200

(2) Martinez. "*Mem. hist.*" Mss.

artilleros con 25 piezas de artilleria de campaña, regularmente montadas i servidas.

Para el mejor arreglo, Pareja respetó la division de su ejército que habia hecho en Valdivia, aunque engrosó considerablemente los tres cuerpos de que constaba. Formó ademas una division de vanguardia compuesta de caballeria miliciana, cuyo mando confió al capitan don Ildefonso Elorreaga que se le acababa de agregar, i otra de retaguardia, compuesta del batallon veterano de Concepcion i seis cañones, a las órdenes del capitan don Juan Francisco Sanchez.

En este mismo órden rompió la marcha el ejército invasor : el 8 de abril salió la vanguardia, el 9 la primera division, el 10 el centro, el 11 la tercera division i con ella la retaguardia, bagajes, parque, provisiones : solo el 14 pudo salir el jeneral en jefe con sus ayudantes, entre los cuales iba don Antonio Quintanilla, tan famoso mas tarde por la defensa de Chiloé : lo acompañaba tambien el estado mayor, el cuartel maestre Tejeiro, i el mayor jeneral Justis, 180 dragones veteranos i algunos milicianos. Pensaba reunir todo el ejército en Chillan para engrosar sus fuerzas, aunque la vanguardia debia avanzar a marchas forzadas a defender la línea del Maule (3).

III. En Chillan no habian contado con mucho partido los insurjentes : los padres franciscanos del colejio de propaganda ejercian un ilimitado influjo en aquella poblacion, i habian sabido ponerlo en

(3) Martinez, *Mem. hist.* etc., Mss.—Ballesteros.—*Revista de las obras sobre la independencia de Chile*, cap. 2 Mss.

juego en todas las cuestiones políticas, pronunciándose desde el principio en contra de la revolucion. A la noticia del desembarco de la espedicion, se efectuó un inmediato cambio en el personal del gobierno, i se desterró a muchos de los señalados como patriotas o rebeldes (4).

El nuevo subdelegado don José Maria Arriagada, que desde tiempo atras los miraba de reojo, reunió prontamente el rejimiento de caballeria, i el sarjento mayor don Clemente Lantaño, tan célebre en el curso de la campaña, el batallon cívico de infanteria que mandaba accidentalmente.

Con este refuerzo se encontró Pareja al entrar a la ciudad. Su ejército ascendia ahora a cerca de seis mil hombres, i contaba con no pequeños recursos. Los padres misioneros, por su parte, se apresuraron empeñosamente a suministrarle todos aquellos de que podian disponer : desde luego dieron al ejército quinientos pares de ojotas para otros tantos soldados que marchaban descalsos, una gran cantidad de hortalizas i galleta, i los demas ausilios que pudieron proporcionarle. Ellos mismos se ofrecieron gustosos para recibir en sus claustros a los enfermos militares, i presentaron al jeneral uno de sus mas distinguidos miembros para el cargo de capellan del ejército : era este Fr. José Amirall, hombre astuto e insinuante, capaz de prestar importantes servicios como consejero (5).

(4) Informe del P. Ramon sobre la conducta observada por los misioneros de Chillan.—Mss.

(5) Informe del P. Ramon, etc. Mss. El cura Venegas, que desempeñaba hasta entónces este cargo, volvió a Chiloé a causa del mal estado de su salud.

La vanguardia, a las órdenes de Elorreaga, habia avanzado miéntras tanto sin resistencia alguna hasta la villa de Linares, de que tomó posesion pocas horas ántes que se acercase a ella don José Miguel Carrera con el mismo objeto. Allí se juntó el grueso del ejército el 25 de abril, i la vanguardia, compuesta de 300 hombres a las órdenes de Elorreaga, avanzó el 26 hasta Bobadilla acompañando a un parlamentario que mandaba Pareja al jeneral insurjente.

Era este don Estanislao Varela, sarjento mayor del rejimiento de Rere, patriota de corazon a quien cierta debilidad de carácter hacia servir en las filas de los invasores. Llevaba un oficio de Pareja en que éste pedia a Carrera la rendicion de su ejército a fin de evitar la efusion de sangre, pero desempeñaba esta comision tan a su disgusto que luego que se halló en el campamento insurjente, i a instancias del auditor de guerra Novoa, pasó nota al jeneral avisándole que a causa de un golpe del caballo se hallaba imposibilitado para volver al ejército (6).

IV. Elorreaga pensaba reconocer el campo de Carrera con el pretesto de enviar ese parlamentario. Al pasar Varela el Maule, hizo avanzar algunas partidas de su destacamento hasta cubrir el vado de Bobadilla, i aun ocuparon algunas isletas del rio. Una de estas partidas, sea que tuviese órdenes superiores o que obrase por su sola voluntad, tuvo la imprudencia de hacer fuego contra el rejimiento de

(6) Conversacion con don Manuel Novoa.

San-Fernando, que acordonaba la ribera norte del Maule, con notorio desprecio de las leyes de la guerra: dos centinelas del ejército insurjente quedaron en el sitio.

Carrera fué informado mui pronto de lo que ocurria; i, en su despecho, resolvió escarmentar prontamente al enemigo. Creyendo que Elorreaga no se habria retirado de Bobadilla, determinó sorprenderlo en la noche con un destacamento superior en número: el parlamentario Varela le aseguró que solo lo acompañaban 300 hombres, i que el grueso del ejército se hallaba en Linares con el jeneral en jefe (7).

Para un golpe de mano de esta especie, ninguno de los oficiales de su ejército era mas aparente que el teniente coronel O'Higgins; pero se encontraba postrado en la cama, sériamente enfermo a consecuencia de las ajitaciones i fatigas con que para él se habia abierto la campaña: sus escaramuzas en el canton del Maule lo ocuparon de tal modo que en mas de veinte dias no tuvo reposo ni aun para quitarse las botas ántes de tenderse a dormir, no sobre una cama sino sobre la montura que llevaba a su caballo (8). Por esta causa, Carrera dió el mando de la division al coronel don Juan de Dios Puga, subdelegado, que habia sido de Cauquenes.

Esta se compuso de 200 granaderos que mandaba el teniente don Santiago Bueras, 100 huzares o nacionales, i 300 milicianos de caballeria. En la misma

(7) Conversacion con don Manuel Novoa.

(8) *Memorias sobre los hechos principales de la revolucion de Chile*, cap. 7, Mss.

noche cruzó el Maule el coronel Puga; pero al llegar a los cerrillos de Bobadilla, donde creia encontrar a Elorreaga, supo que se habia retirado esa misma tarde a la hacienda de Yerbas-Buenas, i no vaciló un momento en seguir en su alcance: sus guias eran prácticos i fieles, i él mismo conocia a palmos el terreno que cruzaba.

La capilla de Yerbas-Buenas era entónces el sitio en que estaba acampado todo el ejército realista. En la tarde del 26, a puestas de sol, llegó Pareja a marchas precipitadas con todas sus fuerzas, i sin reconocer el terreno, ni tomar mas providencia de seguridad que repartir algunos centinelas en los alrededores, dió la órden de pasar la noche en aquel punto: cuando tenia un parlamentario en el campo enemigo, i encontrándose separado de éste por un rio caudaloso i una distancia de ocho leguas, no abrigaba temores de ser inquietado en esa noche (9).

El terreno, en verdad, no era mui aparente para infundir esa confianza. El estado mayor ocupaba las casas del cura de Yerbas-Buenas; estas, la capilla i una cerca de rama, formaban un cuadro, abierto en uno de sus lados, que comprendia una superficie de media cuadra.

No era esta la única circunstancia desfavorable al ejército realista: la noche estaba oscura, i los soldados i jefes dormian en completo descuido, cuando, como a las tres de la madrugada, cayó sobre ellos i sin ser sentida la division de Puga: los cen-

(9) Ballesteros. *Revista de las obras sobre la guerra de la independencia de Chile*, cap. 2, Mss.

tinelas dieron las señales de alarma despues de las primeras descargas de fusileria.

Desde este momento todo fué turbacion i desórden: los Voluntarios de Castro, que cerraban el cuadro de edificios, se entreabrieron dejando pasar a los granaderos, i haciendo siempre una tenaz aunque incierta resistencia. La artilleria fué tomada por los insurjentes, i su jefe, el teniente coronel don José Berganza, cayó prisionero del capitan don José María Benavente. La tropa se dispersaba en desórden causando gran estrago entre los suyos, miéntras una gran parte de los batallones veteranos de Concepcion, Valdivia i Chiloé, permanecian inmóviles apegados a la muralla de la capilla. Para aumento de la confusion, habia caido a los primeros tiros mortalmente herido el intendente de ejército don Juan Tomas Vergara, cuando salia de las casas a organizar la resistencia; i el coronel Puga quedó herido i prisionero en los primeros momentos, i solo pudo escaparse poco ántes de amanecer.

Los agresores, entretanto, no se daban un momento de descanso: creyendo al enemigo en completa dispersion amontonaban armas, cuidándose únicamente del botin que debian presentar al jeneral Carrera. Recorrian victoriosos todo el campo de la accion, infundiéndo el pavor con gritos i amenazas, al mismo tiempo que sus enemigos se manifestaban inermes i rendidos; miéntras los primeros juzgaban que acometian a una sola division del ejército de Pareja, las tropas de éste se mostraban amilanadas, creyéndose envueltas por todas las fuerzas insurjentes. Los soldados de Puga se incorporaban en los

piquetes enemigos, creyéndolos de los suyos, miéntras los jefes de éstos daban sus órdenes a los agresores, confundiéndolos con sus soldados. Berganza fué apresado por los húzares que tomaron sus cañones, i a los cuales mandaba como si fuesen sus artilleros; i en la mañana siguiente aparecieron algunos soldados patriotas en las filas de los veteranos de Valdivia (10).

Solo al amanecer del siguiente dia vino a conocer uno i otro contendiente la fuerza contra la cual combatia. Los primeros albores descubrieron a los patriotas que habian atacado a un ejército diez veces mayor, i a los realistas que solo tenian por contendores a un corto destacamento: i miéntras los primeros proyectaban retirarse, éstos cobraron ánimo, i se organizaron para cargar contra los patriotas. El teniente don Mateo Loyola, de la asamblea veterana de Chiloé, tomó a su cargo un cañon abandonado hasta entónces, i con él causaba sérios estragos en las filas de Puga, al mismo tiempo que la infanteria realista hacia sobre ellos sus fuegos de fusileria.

Apesar de esto, los agresores se retiraban en buen órden, llevándose los cañones, prisioneros i demas botin que habian asegurado en la noche, cuando cayó sobre ellos el rejimiento de milicias de caballeria de Rere, que estaba acampado a una legua mas

(10) Ballesteros *Revista de las obras sobre la guerra de la independencia.* Mss.—*Relacion de los servicios del coronel Ballesteros,* Mss. El parte oficial de Carrera no arroja mucha luz para descubrir los detalles de la jornada. Ni la fecha del dia del ataque está designada en él, descuido que ha inducido al señor Benavente a asentar que la sorpresa tuvo lugar en la noche del 28 de abril, atendiendo a que el parte fué escrito el dia 29.

al norte del ejército. Los prisioneros, a ejemplo del coronel Berganza, que apresó al alferez de milicias de Maipo don José Molina, que le servia de custodia, trataron de escaparse, aprendiendo a sus conductores i unidos con sus salvadores, rescataron los cañones i tomaron a los insurjentes mas de cien prisioneros. En esa retirada, recibió el valeroso capitan de granaderos don Enrique Ross, aventurero norteamericano, cinco heridas, i su ropa las señales de diez i nueve balazos (11).

Esta persecucion duró hasta que el ejército hubo llegado a las orillas del Maule: don Luis Carrera, que mandaba la division de vanguardia, tenia órden de pasar el rio a favorecer a Puga, si las circunscias lo exijian, i a las primeras noticias lo cruzó con alguna artilleria; si bien ésta era incapaz de batir a los realistas, que cargaban en mayor número i con la rabia de la venganza, ella bastó a protejer a los patriotas, cuando volvian al campamento.

El jeneral en jefe recibió a la division como si hubiese alcanzado un triunfo espléndido. En efecto, aquel puñado de hombres habia introducido la confusion en un ejército numeroso i bien armado, i llevaba consigo treinta i un prisioneros, que fueron remitidos a Santiago, i muchos fusiles i bagajes, que eran de gran valor para el ejército de Carrera. En su parte, felicitaba al gobierno por la victoria, i como tal se celebró en la capital. Si ella habia costado cincuenta muertos i cerca de 200 prisioneros,

(11) Decreto del gobierno supremo de 15 de julio de 1813, inserto en el *Monitor Araucano,* núm. 46.

bien indemnizados estaban con haber infundido el pavor i el desaliento en las filas enemigas.

Aquel golpe de mano habia hecho en realidad estragos mui sérios en las filas de Pareja. La dispersion de las milicias de caballeria fué la primera consecuencia de la sorpresa; i muchas entre éstas no se volvieron a unir al ejército. Al siguiente dia de la accion, murió el intendente don Juan Tomas Vergara, uno de los hombres mas útiles de su ejército, i en la misma noche el capitan don Ventura Vargas, los subtenientes don José Pacheco i don José María Martinez, i mas de sesenta soldados.

Pero no fué este el mayor de los males que le resultaron de aquella jornada. Las tropas se manifestaron recelosas i desconfiadas del resultado de una campaña, que, contra lo que se les habia dicho, comenzaba de un modo tan desastroso. El historiador Torrente, dispuesto siempre a deprimir la importancia de las victorias de los americanos, consideraba la sorpresa de Yerbas-Buenas como "el oríjen de todas las desgracias que esperimentaron sucesivamente las armas del rei (12)."

V. Léjos de desalentarse con este contratiempo, Pareja hizo en pocas horas sus aprestos para seguir hasta la ribera del Maule: la sorpresa no habia desalentado su espíritu superior, i a las diez de la mañana se puso en marcha: pero conducido pérfidamente por caminos estraviados, solo llegó a las cuatro de la tarde del dia 30. Segun las palabras

(12) Torrente. *Hist. de la revol. hispano-americana,* tomo 1.º, cap. XXVIII, páj. 370.

de su parte al virrei, marchaba deseoso de avistarse con el enemigo (13).

Desde luego el ejército patriota lo divisó por el vado de Andarivel; pero al anochecer fué a acampar en los altos de Queli. La division del mando de don Luis Carrera no lo habia perdido de vista un momento, i en la noche hizo pasar una guerrilla de treinta dragones a las órdenes del teniente don Francisco Molina, catalan emigrado de Concepcion, que debia inquietarlo, i tomarle algun ganado. Los movimientos de éste fueron bastante acertados i felices; i habria pasado un destacamento mas numeroso a incomodar a Pareja, si no se hubiese notado pruebas de insurreccion en la partida de granaderos que formaba parte de dicho destacamento.

En ese mismo tiempo, el campo realista estaba en abierta resistencia a las órdenes del jeneral en jefe. El ejército, que no esperaba encontrarse con enemigos en la campaña, segun se le habia anunciado, no podia rehacerse del pavor que le infundió la sorpresa de Yerbas-Buenas: i las vehementes sospechas de ser traicionado por algunos jefes que merecerian la confianza de Pareja, produjo un verdadero motin militar.

Entre estos lo acompañaba el jefe del rejimiento de milicias del Parral don Juan Urrutia, conocido en el campamento con el apodo de Coronel de la manta verde, a quien tenian los soldados una séria ojeriza. Servia de guia al ejército como mas prácti-

(13) Parte del jeneral Pareja al virrei Abascal.—Linares, Mayo 8 de 1813, publicada en la *Gaceta de Lima*, núm. 54.

co en los caminos; pero abrigaba deseos de pasarse al ejército insurjente, segun lo verificó mas tarde, i tenia un particular empeño en retardar la marcha de Pareja: en el camino solo de Yerbas-Buenas a las orillas del Maule, demoró tres dias, porque tomó el sendero de la sierra, dando así una vuelta tan grande como inútil (14).

La tropa, que aun no se reponia de la sorpresa de la noche del 26, se creyó traicionada: solo la traicion pudo, segun ellos, poner en noticias de Carrera el lugar en que estaban acampados i el descuido que reinaba en el campamento. A estos motivos de queja se agregaron en breve otros mas poderosos: se les habia dicho que el único objeto de la espedicion era posesionarse de la provincia de Concepcion, lo que se podia conseguir sin disparar un solo tiro; i se hallaban en la ribera del Maule, a punto de cruzarlo, i en los principios de una cruda guerra.

No fué éste el único contratiempo que le sobrevino al ejército realista en aquellas circunstancias. Su desgracia habia comenzado con la sorpresa de Yerbas-Buenas, i el pavor producia en sus filas el desaliento. En la orilla del Maule, la alarma no habia cesado un momento, i los milicianos de caballería que seguian el ejército, tras de creerse amagados a cada instante por graves peligros, ardian en deseos de volver a sus hogares. A esto no accedia de modo alguno el jeneral, ni tampoco lo aprobaba la tropa veterana: pero esos sencillos campe-

(14) Ballesteros, *Revista de las obras sobre la guerra de la independencia de Chile*, cap. 2.º, Mss.

sinos, militares improvisados en los momentos en que creian seguro su triunfo, no se dejaron estar: habiéndose estendido la voz de que venia sobre el campamento todo el grueso del ejército de Carrera, desampararon las filas todos los rejimientos de milicias de caballeria, con sus jefes i oficiales. El cronista Ballesteros, testigo presencial de todo esto, asegura que de 6,000 hombres de esa arma que acompañaban a Pareja, "no quedó uno para memoria (15)."

Una circunstancia casual vino aun a infundir en sus filas el espíritu de desobediencia. Carrera, en vista de la insubordinacion de una partida de granaderos en la noche del 30 de abril, i temiendo que ésta cundiese en el ejército, lo retiró todo a Cancha-Rayada, al norte de la ciudad de Talca, lo que hizo creer a su enemigo que le dejaba franco el paso del rio por estratejia militar, para sorprenderlo cuando lo hubiese cruzado i ya tuviese a sus espaldas esa formidable barrera.

Todas estas circunstancias influyeron en el ánimo de la tropa para desobedecer la órden de pasar el Maule. Creyéndose traicionados, i lamentándose de su engaño los batallones de Valdivia i Chiloé, se negaron resueltamente a dar un solo paso adelante: ni las órdenes de sus jefes, ni las insinuaciones de Pareja pudieron nada en el espíritu de los soldados.

En circunstancias tan angustiadas, el jeneral tuvo que resolverse a perdonar la insubordinacion: cuando se le desobedecia abiertamente, las amena-

(15) Ballesteros, *Revist. sob., etc.*, cap. 2.°, Mss.

zas harian sido infructuosas i el castigo imposible. Quiso mas bien disimular la falta haciéndose desentendido, o considerarla como una indicacion del ejército sobre la marcha de las operaciones militares (16).

VI. La ruina de Pareja se habia completado. Carecia hasta de caballeria con cuya ayuda emprender su vuelta a cualquiera de los pueblos del sur para tomar cuarteles de invierno, cuando ya no le era posible permanecer por mas tiempo en aquel punto falto de muchos recursos i tan inmediato al enemigo.

Sin embargo, estas consideraciones no lo arredraron para pedir al jeneral insurjente un tratado de avenencia o rendicion. Con este objeto, pasó el Maule el dia 3 de mayo el teniente coronel don José Hurtado, trayendo una nota de Pareja para Carrera: hablaba en ella de la inportancia i magnitud de los preparativos i recursos con que contaba la espedicion invasora venida del Perú. Segun sus palabras, el ejército que mandaba era una parte de ella, i otras divisiones debian desembarcar en Coquimbo i Valparaiso. Por estas razones, lo invitaba a fijar un sitio en que debiesen tener una entrevista, para discutir i sancionar un convenio que evitase "los estragos consiguientes a la guerra entre individuos que por ningun título deben considerarse enemigos, siendo propiamente hermanos, hijos de una madre que mira a todos con igual afecto, i que sa-

(16) Martinez, *Mem. hist.*, i Mss.—Ballesteros, *Revist. sob.*, etc., cap. 2.o, Mss.

brá olvidar jenerosamente cualquier defecto en que hayan incurrido" (17).

El parlamentario, por su parte, no se descuidó en esponerle al jeneral insurjente la magnitud de los recursos con que contaban los espedicionarios: con este motivo se empeñó en probar que su causa era perdida puesto que muchas personas de suposicion del reino mantenian relaciones con el virrei Abascal. Segun él, la junta de guerra de Concepcion, i el padre fr. José María Torres, su asesor, esperaban desde tiempo atras el arribo de la espedicion (18).

Carrera creyó que, en aquellas circunstancias, convenia ganar tiempo. Esperaba refuerzos de la capital, i con ellos podia ya pensar en comprometer una accion decisiva con ese enemigo que se decia tan poderoso. Siguiendo este propósito, en su contestacion admitia la entrevista, i fijaba la isla del paso del Duao para ella.

Con esa contestacion volvió el mismo dia Hurtado al campamento realista. En las pocas horas que pasó entre los insurjentes, pudo imponerse del buen espíritu del ejército de Carrera i de los recursos con que contaba, mui superiores a los de Pareja, de modo que llevaba a éste noticias desfavorables. Estas, sin embargo, no hicieron sospechar al jeneral que la pronta i buena acojida que Carrera daba a su invitacion de avenencia era solo una asechanza estratéji-

(17) Oficio del jeneral Pareja—Mayo 3 de 1854.

(18) Oficio de Carrera al gobierno de Santiago—Mayo 9 de 1813. —Mss. Este documento, así como muchos otros que me han sido de gran utilidad para escribir la historia política de los primeros años de la revolucion, los he encontrado entre los papeles i manuscritos del señor don Mariano Egaña.

ca, puesto que manifestándose dispuesto a entrar en avenencia el 5 de mayo, dos dias despues contestó su nota.

Creyendo haber asertado en sus cálculos, Pareja aceptó la propuesta del jeneral insurjente, i se prestó gustoso a concurrir al sitio designado con solo cien hombres, a fin de no mover sin necesidad su ejército : pero su oficio llegó al campo de Carrera cuando éste estaba resuelto a acometer decididamente al enemigo. En esos dias, habia recibido informe del verdadero estado del ejército realista, del mal espíritu de sus soldados, i de los principios de insubordinacion que se notaban.

Si ántes habia vacilado en cruzar el Maule, i aun si se habia abstenido de mantener su ejército en la orilla, esa noticia lo alentó para desechar toda propuesta de avenencia, tanto mas cuanto que acababa de recibir de Santiago el batallon de Infantes de la patria, que, en número de 250 hombres conducia su comandante don Santiago Muñoz Bezanilla, i que se le pedia en rehenes a su hermano don Luis (19). El pretesto para romper las negociaciones fué el haber caido prisionero de los enemigos en Nueva-Bilbao, miéntras estaba Hurtado en su campo, el capitan del rejimiento de Lautaro don José Cruz Villalobos, i una partida de 25 hombres. En su nota, se quejaba de esta trasgresion de las reglas de la guerra, i se manifestaba decidido a no transijir.

(19) Este batallon era el conocido ordinariamente con el nombre de *Pardos*, i que por un decreto supremo de 25 de abril de 1813 tomó el de *Infantes de la patria*. M. Gay dice que fué formado en 1812, confundiéndolo con el de *Voluntarios de la patria*, creado en ese año : éste llegó a Talca el 9 de mayo.

VII. Este oficio vino a desconcertar a Pareja. No le era posible permanecer por mas tiempo en aquel punto : las lluvias casi diarias, la carencia de recursos, i la falta de subordinacion que reinaba entre sus soldados, eran motivos capaces de decidirlo a retrogadar, cuando sus medios no bastaban para tomar siquiera una actitud defensiva.

Por estas razones, emprendió su marcha a Chillan. Los últimos acontecimientos causaron en su ánimo tan gran pesar, que su salud comenzó a sufrir los efectos de una fiebre maligna que nada pudo contener. En su retirada carecia ya de las fuerzas para montar a caballo, i seguia al ejército llevado en una parihuela que cargaban gustosos sus soldados. Los pueblos de su tránsito, por los cuales habia pasado poco ántes con las apariencias de un conquistador, atribuian su precipitada marcha a una fuga vergonzosa.

La inmediata persecucion del ejército de Carrera vino a corroborar esas sospechas. Así que éste supo el movimiento que acababa de verificar el enemigo, se resolvió a seguir en su alcance : solo los aprestos tan necesarios en aquellos momentos, cuando abria decididamente la campaña i se separaba del centro de sus recursos, pudieron retardar la marcha del ejército hasta el 11 de mayo.

Habia llegado a Talca el dia 9 el batallon de Voluntarios de la Patria que mandaba el teniente coronel don José Antonio Cotapos : su fuerza montaba únicamente a 250 hombres, de escasa disciplina, pero entusiastas, i capaces de infundir alientos a los milicianos que seguian al ejército.

Los cuerpos que éstos formaban necesitaban de ese estímulo : los campesinos que los componian, sin instruccion militar se encontraban en el campamento llevados por el entusiasmo de sus jefes, que a la vez eran sus patrones. Carrera conoció bien la desventaja de semejante séquito : armados de malas lanzas, esos milicianos llegaron a ser mas bien un estorbo que un ausilio, puesto que era menester mantenerlos aun cuando de nada sirviesen en la campaña. Separó sí cuatro brigadas, compuesta cada una de 600 hombres, dos de las cuales confió al mando de O'Higgins a quien el gobierno acababa de elevar a coronel, i al de igual grado don Luis de la Cruz : el resto quedó en el ejército para conducir a la grupa a la infantería, i acompañar los comboyes (20).

Estos arreglos retardaron a Carrera. El mismo dia en que él cruzó el Maule, el 12 de mayo, despachó al capitan de la Gran-guardia don Diego José Benavente, al mando de 250 hombres para que picase la retaguardia de Pareja, que alcanzó el siguiente dia, tomándole mas de dos mil vacas, 20 soldados veteranos que la escoltaban, i muchos milicianos, mujeres i vivanderos que seguian al ejército (21).

El resto del ejército insurjente seguia su marcha en mal órden a causa de las copiosas lluvias que caian : el invierno se anunciaba borrascoso, i mui

(20) Así aparece de los boletines del *Monitor Araucano*, aun cuando el señor Benavente dice en su obra citada que se licenció el resto, despues de armadas las cuatro brigadas, como innecesario.
(21) Benavente, *Mem. sob. las prim. cam.*, cap. III.

desfavorable para la campaña comenzada. Los soldados no guardaban formacion, i marchaban dispersos, sin que las órdenes e instancias de algunos oficiales pudiesen decidirlos a esponerse en cuerpo a la intemperie de una cruda estacion. En este estado llegó el ejército a Linares, i al dia siguiente, Carrera queriendo proporcionar a su infantería algun descanso, desmontó las milicias de caballería para que le sirviesen sus caballos. En Longaví, confió el mando de la tercera division al cuartel-maestre Mackenna : constaba de los Infantes i Voluntarios de la patria, las brigadas de caballería de O'Higgins i de Cruz, i las piezas de artillería de mayor calibre (22).

La vanguardia entre tanto, a las órdenes del coronel don Luis Carrera, no se habia retardado en su marcha : las noticias que recibia del estado de dispersion del enemigo lo decidian a apurar el paso para darle alcance. El 14 se juntó con la division de Benavente en el estero de Buli, i entre ambos sorprendieron un carro cargado de equipajes, i sesenta hombres que se habian atrasado (23).

Pareja se hallaba a dos leguas únicamente de aquel sitio : las lluvias incesantes habian desordenado su ejército, i le fué forzoso acampar en la villa de San-Cárlos el 14 de mayo. Allí llegó ese mismo dia don Manuel Vega, ayudante de don Luis

(22) *Informe del brigadier Mackenna sobre los Carreras*, impreso en el *Duende*, núm. 15.

(23) Benavente, *Mem.*, etc., cap. I. M. Gay, que en esta parte sigue la memoria del señor Benavente, dice equivocamente que se le tomaron al enemigo doscientos prisioneros, *Historia de Chile*, cap. XXII. Muchos de sus errores provienen mas de un descuido, como en este caso, que de falta de investigacion.

Carrera, pidiendo que se rindiese el ejército enemigo.

Vega habia propuesto un envío de un parlamentario, i él mismo se habia ofrecido para desempeñar el encargo, aunque no llevaba credencial alguna. Cuando llegó a San-Cárlos, Pareja aquejado por sus dolencias i enfermedades, habló con él unas pocas palabras para vindicar la espedicion que capitaneaba de los graves cargos que le hacian sus enemigos: segun se espresó no habia creido que le fuese necesario hacer uso de las armas para pacificar el pais entero, i ya que esto no le era posible no distaba mucho de hacer un tratado bajo bases que debian acordar los oficiales presididos por el mayor jeneral Justis.

No trepidaron éstos en entrar en negociaciones; pero ántes de esponer las bases bajo las cuales debia tratarse, reclamaron la devolucion de los equipajes que contenia un carro apresado por la vanguardia, despues que el parlamentario habia dejado el campo insurjente (24). Con el pretesto de este reclamo, querian los realistas ganar tiempo, i paliar un poco lo angustiado de su situacion a fin de obtener mayores concesiones en el tratado.

El parlamentario volvió al campo de Carrera trayendo la lisonjera noticia de los deseos de capitular que abrigaban los jefes invasores. Pidió única-

(24) El señor Benavente dice en su *Mem.*, etc., que uno de los baules apresados contenia pocas prendas de vestuario, pero muchos paquetes de pastillas de Lima. Las *Memorias* atribuidas al jeneral O'Higgins asientan la misma incidencia, i aseguran que ese baul pertenecia a un oficial Hurtado.

mente la intimacion por escrito i algunos pesos con que resarcir el valor de los equipajes. El mismo estendió el oficio que debia llevar en términos moderados como lo exijian las buenas intenciones en que se hallaban los jefes enemigos; pero el cónsul norteamericano Mr. Poinsett, que consideraba mui desfavorable la situacion de aquellos, puso una nota altanera en que reclamaba la inmediata rendicion del enemigo, i esto solo en virtud de la "jenerosidad i humanidad que distingue al ejército de la patria." En el mismo momento se le envió al jeneral en jefe, que todavía distaba una legua de Buli, para que la firmase. Se creia que con esas espresiones de superioridad i ventajas se lograria rendir a un enemigo abatido, pero no humillado.

Con esta contestacion volvió Vega a San-Cárlos, llevando tambien quinientos pesos para compensar el valor de los equipajes apresados. Fué bien recibido i agasajado, pero las exijencias de la nota de Carrera no merecieron la aprobacion de la oficialidad: su posicion no era de modo alguno tan desesperada que debiesen rendirse a discrecion. Contaban con algunos elementos de guerra, i si la fortuna no les habia sonreido en los principios de la campaña, podian tomar mui diversa actitud en poco tiempo mas, así que recibiesen los ausilios que esperaban del Perú.

Por esta consideracion los jefes militares contestaron la nota de Carrera ofreciéndose gustosos a entrar en capitulaciones, para las cuales prometian enviar a su campo al mayor jeneral Justis, al intendente de ejército don Matías de la Fuente,

o al secretario fr. José Amirall, si el jefe insurjente enviaba un parlamentario, que quedase en rehenes miéntras se estipulaba el tratado. Con esa contestacion volvió Vega despues de media noche (25).

VIII. No era esto cuanto esperaba Carrera. En su juicio el enemigo no podia hacer otra cosa que capitular para no rendirse a discrecion, de modo que solo necesitaba presentarse para batirlo. En esa misma noche se reunió todo el ejército en Buli, i ya no se pensó mas que en atacar al enemigo en la mañana siguiente. La batalla debia darles el resultado que no alcanzó la intimacion.

La division de vanguardia a las órdenes de don Luis Carrera se puso en marcha en la mañana del 15 (26). Al acercarse a San-Cárlos alcanzó a ver que el ejército de Pareja abandonaba a gran prisa aquel pueblo, i no trepidó un momento don Luis en seguir en su alcance para presentarle batalla con la corta division de su mando; tal era la confianza que tenia su jefe en el estado de postracion en que se hallaba el ejército realista.

En efecto, ni Pareja ni sus jefes lo creian en estado de mantenerse en San-Cárlos, a dos leguas únicamente del enemigo. Temerosos del resultado de una batalla campal, i dudando que Carrera quisiese capitular con un ejército que podia batir, creyeron mas prudente repasar el Ñuble, i fortifi-

(25). *Memoria sobre los hechos mas notables de la revol. de Chile*, cap. VIII. Mss.

(26). El señor Benavente dice en su *Mem.* citada que la vanguardia avanzó con el objeto de interponerse entre San-Cárlos i el rio Ñuble, para cortar al enemigo. No hai duda que este movimiento era estratéjico, pero si se dió tal órden don Luis Carrera desempeñó mui mal el encargo.

carse en Chillan miéntras llegaban los nuevos refuerzos del Perú. En la misma noche del 14, poco despues de haber salido de San-Cárlos el parlamentario Vega, dió órden el jeneral Pareja que saliesen para Chillan las municiones, parque i bagajes, a las órdenes del mayor jeneral Justis, del cuartel maestre Tejeiro, i que cada cuerpo diese una pequeña partida de soldados para la escolta: con ellos salió tambien una multitud de oficiales i tropa en clase de enfermos.

El resto del ejército se movió a las nueve de la mañana siguiente. A las once, en los momentos en que los artilleros trabajaban empeñosamente por sacar del fango dos piezas que se habian atollado, pudieron ver que la vanguardia enemiga distaba solo un tiro de cañon. Desde luego el jeneral pudo conocer que ya no le era posible seguir su marcha, cortado como iba a hallarse en breve por el caudaloso Ñuble: intentar pasarlo perseguido de cerca por un enemigo poderoso habria sido una empresa desgraciada. Forzoso le fué resolverse a organizar la resistencia.

Inmediatamente, Pareja ordenó a los dragones veteranos, única caballería con que contaba, que alcanzasen las municiónes, ántes que separados de ellas por el rio no le fuese ya posible sostener el choque. Sus tropas siguieron siempre avanzando a fin de ganar la altura de una loma, en que queria formar la línea.

Sin embargo de la sangre fria con que dictaba estas órdenes, el brigadier Pareja no estaba en situacion de dirijir su ejército en la batalla que se

iba a empeñar. Hasta entónces había sido transportado en una camilla, su cuerpo estaba agoviado por las dolencias físicas, i su espíritu carecia en aquel momento del reposo que las circunstancias exijian. A fin de calmar la inquietud que tenia dominado a todo el ejército, hallándose sin un jefe que lo mandase, hizo reconocer por tal al capitan don Juan Francisco Sanchez, comandante interino del batallon veterano de Concepcion.

Su eleccion fué mui acertada : en pocos instantes Sanchez pudo disponer el mejor plan de batalla que era posible adoptar en aquellas circunstancias. Hizo formar su línea en la eminencia mas pronunciada de aquellas lomas, dando su frente al noroeste que era el punto en que se hallaba el enemigo; i como temiese que éste lo atacase por el flanco, dobló las estremidades de la línea formando un cuadrilongo de infanteria veterana, i colocando entre filas los veinte i siete cañones de que podia disponer. Las carretas, los tercios de víveres i bagajes del ejército fueron colocados adelante de la línea para servir de trincheras. Su determinacion era la de mantenerse allí todo el tiempo que le fuese posible, defendiendo sus posiciones con la artillería.

Inmediatamente dió la órden de romper los fuegos de cañon. Desde entónces algunos relijiosos franciscanos que acompañaban a su ejército comenzaron a recorrer las filas infundiendo por todas partes valor i resolucion con palabras acaloradas i prometiendo las delicias de la vida futura a los que sucumbiesen en defensa de su rei. El casi agonizante jeneral Pareja se hizo montar a caballo i recorrió

tambien la fila para infundir entusiasmo en la tropa.

La division de vanguardia del ejército insurjente era mui inferior en número a las fuerzas de Sanchez: pero su jefe sin arredrarse un momento siguió avanzando hasta que estuvo al alcance de la artillería enemiga. Llevaba dos cañones i con ellos contestó sus fuegos, hasta que a causa de su mal estado, se les desmontaron despues de los primeros tiros.

Entónces cabalmente llegó la segunda division: don José Miguel comenzó desde luego a impartir órdenes para formar la línea. Los cuerpos entraron al combate en columna natural, i fueron estendiéndose en batalla: tomó el centro la infantería, la Gran-guardia i artillería, los Granaderos ocuparon la derecha, i la izquierda los Infantes de la patria. Las milicias de caballería marcharon a ocupar los estremos, con el objeto de formar un círculo fuera del alcance de los tiros del enemigo, para rodearlo, i colocarse a retaguardia, a fin de cortarle el paso del rio.

Esta disposicion era bastante estratéjica: las fuerzas de Sanchez, que no alcanzaban a mil hombres, estropeados por marchas largas en una estacion sumamente cruda, no podian de modo alguno tomar la defensiva. Pero el ejército de Carrera no tenia la disciplina necesaria para llevar a cabo este plan, i la turbacion i el mas completo desórden vinieron a desconcertar sus propósitos. El comandante de la segunda division don Juan José Carrera, "lleno de ignorancia i de insubordinacion, dice su

hermano don José Miguel en su diario militar, apénas formó en batalla, cuando mandó atacar a la bayoneta marchando a toda carrera; pero no habian avanzado cien pasos cuando empezaron a sufrir las descargas del enemigo, cuyo efecto unido al cansancio la dispersó en una quebradilla que estaba al pié de la posicion del enemigo." Desordenado así el cuerpo de Granaderos, abandonado por dos de sus capitanes, Portales i Tuñon, la tropa se dispersó en pelotones, que mantenian un fuego graneado, aunque ineficaz contra el enemigo.

El ejército insurjente, como se vé, estaba persuadido que solo le bastaba presentarse para rendir al enemigo. Los Infantes de la patria que mandaba Muñoz Bezanilla, participaban de esa persuasion, i avanzaron en seguida de los Granaderos para retroceder así que comenzaron a sufrir los fuegos de los cañones de Sanchez.

Para mayor confusion la artillería de la segunda division se desmontó e inutilizó a los primeros tiros, i sus jefes, el capitan don Joaquin Gamero i el teniente don Nicolas Garcia se mantuvieron sentados sobre sus cañones para defenderlos. En esos mismos instantes la caballería miliciana, que habia recibido órden de formar a retaguardia del enemigo, se dispersaba desordenada: sus jefes no habian querido o no habian sabido dar un rodeo para evitar los tiros de la artillería realista, i a las primeras balas que alcanzaron a sus fuerzas desistieron de sus propósitos. El rejimiento de Melipilla, que mandaba don Baltazar Ureta, habia intentado, a la voz de su jefe, atacar el cuadro realista, desobedeciendo las órde-

nes del jeneral, pero tuvo tambien que dejar el campo en completa dispersion.

Sin embargo, la infantería formando pelotones separados entre sí se estendió en torno del cuadro enemigo, haciendo sus fuegos de fusil, que no alcanzaban a las tropas de Sanchez. Avanzando poco a poco dió una vuelta entera a aquella loma describiendo un gran círculo segun le permitian los fuegos de la artillería realista. Solo en la tarde volvieron a encontrarse en el punto en que formaron la línea por la mañana.

La batalla estaba concluida con esto solo: el ejército insurjente se hallaba disperso i desordenado. No habia ya mas esperanza de triunfo sino era en lo que pudiese hacer la division de retaguardia, que mandaba el cuartel-maestre Mackenna. Así lo entendió el jeneral en jefe, i le despachó repetidas órdenes para que apurase la marcha i viniese a hacer algo a fin de evitar una derrota. La artillería gruesa que conducia lo habia demorado toda la noche anterior en el paso del rio Perquilauquen, i marchaba del modo que ella le permitia.

Mackenna era sin duda el militar mas esperimentado de todo el ejército, i traia consigo un buen refuerzo en el valiente O'Higgins; pero su division estaba sumamente reducida. Antes de salir de Bulli, don José Miguel apartó de ella la brigada de caballería de Cruz, i el batallon de Infantes de la patria, dejándole solo 600 milicianos que mandaba O'Higgins, i los Voluntarios que no alcanzaban a cien hombres, con solo una veintena de fusiles útiles, i algunos cañones de grueso calibre. Al entrar

en el campo, la desercion redujo este cuerpo a sesenta hombres, sin mas oficiales que el comandante Cotapos, i el capitan don Francisco Cruz, que fué muerto en la accion por uno de sus mismos soldados i por casualidad.

Esta reserva no alcanzaba a mejorar la situacion del ejército; pero Mackenna, instado por Carrera para hacer un esfuerzo que impusiese al enemigo, se avanzó a reconocer sus posiciones a pesar del cañoneo, i fué a ocupar su retaguardia con toda la artillería disponible, i las milicias de caballería.

O'Higgins, que mandaba las milicias, comenzó el ataque dispersando a una partida de dragones veteranos que Sanchez habia colocado a su espalda a fin de mantener espedito el paso del rio, para el caso de una retirada, i para recibir municiones del otro lado del Ñuble.

Desde luego se hicieron sentir los efectos de esta evolucion, Sanchez, que habia sostenido un vivo fuego de cañon desde la mañana, se encontraba en la tarde exhausto de municiones, cuando el ejército insurjente comenzaba a obrar con mas órden i acierto. Su infanteria, sin embargo, estaba fresca, i bien provista de cartuchos; i ella podia tomar con ventaja la ofensiva contra esos pocos soldados que intentaban cerrar el paso, tanto mas cuanto que el grueso del ejército insurjente estaba disperso.

Movióse en efecto, con intencion hóstil; pero informado Mackenna de que avanzaba sobre sus cañones, previó luego el peligro que corrian, i en pocos momentos le puso el remedio mas eficaz i quizá el único que le permitia su apurada situacion.

El cuartel-maestre era mui prudente para comprometerlo todo en una accion; pero sin tener otro arbitrio que tocar, dió a O'Higgins la órden de cargar con su caballeria contra el cuadro enemigo. Este jefe acometió sable en mano a la cabeza de sus lanceros sin calcular el seguro sacrificio a que se esponia: sus soldados i oficiales lo siguieron alentados por el valor que su presencia les infundia, hasta que el jefe de uno de sus cuerpos comenzó a dar gritos avisando que se iba a sacrificar a toda la brigada en un ataque infructuoso. A esa voz la línea se desorganizó haciendo un remolino, i comenzó a triplicar i cuadruplicar su fondo, hasta formar una columna en que no reinaba mui buen órden. Este solo movimiento, que a la distancia parecia estratéjico, mantuvo en sus puestos al cuadro realista.

La noche vino a poner término a aquella singular jornada: Mackenna i O'Higgins, que habian alcanzado a contener al enemigo, o a impedirle al ménos que cantase victoria, fueron los últimos en retirarse del campo. Al frente de la caballeria dieron una vuelta por el lado del oeste recojiendo dispersos e imponiéndose del estado del ejército de Sanchez; hubieran querido hacer un reconocimiento del cuadro que él formaba, pero carecian de una partida de fusileros que los acompañase, i en valde la habrian buscado, porque todas las fuerzas de Carrera volvian por su órden a la villa de San-Cárlos (27).

(27) Martinez, *Mem. hist., etc.* Mss.—Ballesteros, *Revista de las obras, etc., etc.* cap. 2.º Mss.—Benavente, *Mem. sob. las prim.*

En ese pueblo se reunia, en efecto, todo el ejército: pero era tan grande la dispersion, que se pasó la mayor parte de la noche reuniendo soldados ocultos en las inmediaciones. La jornada costaba, por otra parte, cerca de cien muertos i setenta heridos, que se colocaron del mejor modo posible en un hospital improvisado, i bajo la asistencia del cirujano don José Olea, de escasísimos conocimientos profesionales.

Las ocurrencias de aquel dia habian infundido por todo la turbacion i el desórden. En medio de ella, la exaltacion de las pasiones indujo a un acto de inhumanidad. En los primeros momentos del combate, cuando Sanchez no formaba su línea, se separaron de su ejército algunos soldados que cayeron prisioneros de la caballería insurjente, cuyo núme-

camp., cap. III.—O'Higgins, *Mem. sob. los hechos mas not., etc., etc.*, cap. IX, Mss. El *Informe sobre la conducta militar de los Carreras*, del brigadier Mackenna, inserto en el *Duende* (periódico de 1818) núm. 15, contiene la mejor relacion que haya visto de la batalla de San-Cárlos, apesar de los fuertes cargos contra el jeneral en jefe i sus hermanos. El *Diario militar* de don José Miguel Carrera contiene detalles mui curiosos e importantes, i que no discordan de los que asienta Mackenna en su *Informe*. De una i otra pieza se puede conocer cuanto se odiaban aquellos dos hombres: Carrera dice que Mackenna no cumplió sus órdenes al atacar, i éste intenta probar que las malas disposiciones de Carrera pusieron en derrota su ejército ántes de comenzar la batalla. El parte oficial de Carrera no es de utilidad alguna para el historiador: recargado de exajeraciones, inexacto en los detalles, abunda ademas en contradicciones i vaguedades. El P. Martinez le hace una graciosa i justa crítica en su *Mem. hist.*—El historiador Torrente, no satisfecho en esta parte con acordar la victoria a Sanchez, hace montar a cifras imajinarias el ejército de Carrera. Este, por su lado, asienta en su *Manifiesto á los pueblos de Chile*, publicado en Buenos-Aires en 1818, que no tenia a sus órdenes aquel dia mas de 3000 hombres, miéntras que Sanchez contaba 6000; para conocer la exajeracion, baste saber que le dá 8000 soldados de caballería, cuando solo tenia 25 dragones.—Debo algunos detalles de aquella accion al jeneral don José Santiago Aldunate, que servia en clase de ayudante de Granaderos.

ro, unido a los que se habian tomado en los dias anteriores, alcanzaba a 200 hombres. Algunos de esos soldados, que se habian atrasado en el camino, i que no alcanzaron a formar el cuadro, temerosos de caer en manos de los enemigos, se subieron a unas pataguas i otros árboles que allí habia, i fueron fusilados desde abajo por las partidas que volvian al anochecer a la villa de San-Cárlos (28). En varias memorias de aquella época, se asegura que tambien fueron pasados a cuchillo algunos prisioneros.

IX. Ninguno de los dos ejércitos podia cantar victoria despues de aquella singular batalla. El campo quedó por los muertos: los realistas no se movieron de sus atrincheramientos, i los insurjentes se replegaron a San-Cárlos para reponerse de sus fatigas, i prepararse para el dia siguiente.

La jornada infundió un gran desaliento en el campo de Carrera: cuando se creia fácil batir al enemigo, cuando los jefes se disputaban la gloria de prenderlo en su retirada, aquel duro desengaño vino a cortar el vuelo a su entusiasmo. El comandante de la division del centro, don Juan José Carrera, que temeraria i confiadamente habia comprometido la accion, pensaba que era preciso volver atras i repasar el Maule para reorganizar sus tropas. El jeneral en jefe se sentia abatido por aquel contraste, i desesperaba de la salvacion del ejército i de la patria (29). Pero don José Miguel supo mostrarse

(28) Conversacion con el jeneral Aldunate.

(29) *Diario militar* de don José Miguel Carrera. Mss. Carrera asegura allí mismo que Mackenna pedia como su hermano don Juan

superior a tamaña desgracia: sin pérdida de momento ordenó que se compusiesen los fusiles que se hallaban en mal estado, i lo dispuso todo para recomenzar el combate el dia siguiente. La Gran guardia a las órdenes del comandante don Juan Antonio Diaz Muñoz, i algunas milicias de caballeria quedaron esa noche en observacion del enemigo.

No faltaban motivos para que desesperasen los jefes patriotas: los fusiles habian sufrido mucho con el fuego de ese dia, i las municiones no alcanzaban mas que para dos horas: la caballeria estaba cansada i estropeada, i solo cinco cañones quedaron servibles. El mal armamento del ejército habia sufrido cuanto es dable en un solo dia con el torpe manejo de soldados inhábiles.

El ejército invasor no se hallaba en situacion mas favorable. En la jornada habia consumido sus municiones de artillería, a tal punto que solo le quedaron cuatro balas de cañon; i perdió una pieza de a cuatro, que se desmontó, i otras dos que quedaron en poder del enemigo. La batalla le costaba ademas seis muertos i quince heridos.

El desaliento habia cundido en sus filas, apesar del éxito favorable del combate. Sanchez habia sabido sostenerse en su puesto contra tropas mui superiores en número, i habia estado en situacion de arrollarlas i concluirlas, cuando marchaba en retirada a encerrarse a Chillan para evitar un encuentro en campo raso; pero esas ventajas no habian

José que se volviese a Talca: pero este, que no conocia el escrito de Carrera, dice en su *Informe* citado lo contrario.

alentado al ejército, que se consideraba débil en número, i traicionado por algunos de los que lo acompañaban.

Sánchez mismo no creia ventajosa su situacion: ignoraba la del enemigo, la turbacion i el desórden que en sus filas habia infundido la batalla, i quiso consultar el parecer de sus oficiales para tomar sus medidas segun lo que acordase la mayoría. La opinion allí fué unánime: todos pidieron que se repasase el Ñuble para ir a encerrarse a Chillan. Segun ellos, ese movimiento debia verificarse en la misma noche, aprovechándose del descuido del enemigo.

En efecto, a las once de la noche movió su campo en buen órden i silencio, para no inquietar a las tropas que pudiesen estar en observacion. Formó sus cuerpos en columna cerrada en situacion de resistir por cualquier punto que se le atacase, i al amanecer llegó al rio, sin la menor molestia i sin ser perseguido por la Gran-guardia.

Este descuido del enemigo no dió mayor confianza al astuto Sanchez. Las primeras lluvias del invierno habian aumentado considerablemente las aguas del caudaloso Ñuble, i el paso presentaba mas de un inconveniente: a fin de vencerlos, el jefe realista hizo pasar ante todo algunos cañones que colocó en una altura en la ribera del sur, en las casas de una hacienda, para favorecer el paso del ejército, i al mismo tiempo situó otros en la ribera del norte para impedir que fuese molestado por la retaguardia. A la orilla del rio se hallaban los dragones veteranos, equipajes i municiones que se habian

enviado a Chillan ántes de la batalla; i con este refuerzo podia maniobrar para el paso del rio. El resto de sus fuerzas siguió pasando en balsas (30).

A esa misma hora Carrera dió la órden de marcha a su ejército, apesar del desórden i confusion que se habia introducido en su campo el dia anterior. Salió primero una guerrilla que mandaba don Francisco Molina, conocido en el campamento con el apodo de *Catalan*, i tras de ella la vanguardia mandada por don José Miguel en persona: su objeto era atacar a Sanchez en sus posiciones; pero viendo que habia burlado la vijilancia del comandante de la Gran-guardia, aceleró su marcha, i dió sus órdenes para activar la de las otras divisiones.

Molina se adelantó a todo el ejército: ese diestro guerrillero tenia pasion por la guerra, i gustaba de burlar el peligro con maña i audacia. Era peninsular de nacimiento, i habia servido en el batallon fijo de Concepcion, que pagaba el rei de España: pero a la época del desembarco de Pareja corrió a ponerse a las órdenes del jeneral insurjente, porque habia abrazado la causa de la revolucion con entusiasmo, i queria servirla con eficacia.

A las diez de la mañana llegó Molina a la orilla del rio, porque el mal estado de los caminos no le habia permitido andar con mayor presteza las cuatro leguas de su marcha. Entónces cabalmente pasaban las últimas partidas del ejército realista: su sola presencia desconcertó al enemigo, que se pre-

(30) Martinez, *Mem. hist.*, Mss.—Ballesteros, *Revist., etc., etc.*, cap. 2.° i Mss.

cipitó al rio dejando abandonados dos cañones, algunas carretas de equipajes i pertrechos, i perdiendo muchos de sus soldados que fueron arrastrados por la corriente (31). La bateria que Sanchez habia colocado en la rivera sur del rio hizo sus fuegos contra Molina; pero apesar de la confianza que debia darle su segura posicion, abandonó el punto en que se habian situado a los primeros tiros de dos piezas con que el teniente don Nicolas Garcia vino a reforzar al guerrillero insurjente.

La fortuna acababa de protejer visiblemente a las armas realistas. Si la Gran-guardia i demas partidas de observacion hubiesen inquietado a las tropas de Sanchez en el paso del rio, su ruina habria sido inevitable i completa. Por su dicha pudieron pasar el rio sin gran pérdida, engrosar sus filas con los dispersos que vagaban al otro lado del Ñuble, i entrar en esa misma tarde a la ciudad de Chillan.

Los misioneros franciscanos esperaban allí al ejército con camas para los enfermos, i víveres en abundancia. "Todo el gozo de la comunidad en la primera entrada del ejército, dice uno de esos misioneros, se convirtió en amargura a su regreso a esta ciudad. Su vista movió el corazon de los relijiosos a la mayor compasion, porque llegaron las tropas estropeadas de las marchas, faltas de ali-

(31) El parte oficial de Carrera habla de cuatro cañones quitados al enemigo.—Tengo a la vista una *Relacion de servicios i campañas del jeneral de brigada don Joaquin Prieto*, Mss., formada en 1819, que contiene muchos detalles mui exactos sobre aquellos sucesos, i que asienta fueron solo dos los cañones tomados. Los partes de Carrera abundan de ordinario en exajeraciones.

mento i fatigadas de los choques de Yerbas-Buenas i San-Cárlos, i para corona de males el jeneral gravemente enfermo (32)."

Desde entónces el ejército invasor se encontró parapetado por murallas i edificios, pero dueño solo del terreno que pisaba, i crudamente hostilizado por un enemigo tenaz. Se necesitaba de muchas peripecias para que pudiese dejar el encierro que voluntariamente se habia impuesto.

(32) *Relacion de la conducta observada por los PP. misioneros del colejio de Chillan, desde* 1810 *hasta* 1814, por el P. Fr. Juan Ramon, Mss.

CAPITULO IV.

I. El gobierno fomenta el espíritu militar.—II. Donativos con que que contribuian los particulares al sostenimiento de la guerra.—III. Los insurjentes arman dos buques para cortar al enemigo sus comunicaciones.—IV. Zarpan del puerto i se entregan a la fragata *Warren*.—V. Aprestos del gobierno para impedir un desembarco del enemigo en Valparaiso.—VI. Creacion de un juzgado de policía i de una junta de arbitrios.—VII. Organizacion de patrullas para cuidar del órden.—VIII. Medidas represivas de la junta contra los españoles.

I. La invasion de Pareja, como se ve, no habia calmado la fiebre revolucionaria; ni la salida de Carrera para el sur habia disminuido el entusiasmo de la capital. La junta de gobierno que le habia sucedido en el mando obraba con gran actividad, i dictaba toda clase de providencias para despertar el espíritu de resistencia i crear recursos militares para la guerra.

Las batallas de la campaña se celebraban en Santiago como victorias decisivas que destruian completamente al enemigo. Los partes oficiales de Carrera, recargados de exajeraciones, servian perfectamente a los propósitos del gobierno, i bastaba su sola publicacion en el periódico oficial, el *Monitor Araucano*, para que todo el mundo se impu-

siese con avidez en los detalles muchas veces inexactos de la jornada.

Pero, no se crea que se carecia en la capital de noticias verdaderas acerca del modo como se conducia la campaña, i que no habia quien estuviese al corriente de lo que pasaba en el teatro de la guerra. No faltaban en el ejército insurjente militares murmurones que informaban a sus amigos i deudos, i hasta al gobierno, de los pobres resultados de la campaña, i que descubrian la verdad de lo ocurrido en esas decantadas victorias. Sus comunicaciones venian a Santiago junto con el parte oficial de Carrera, de modo que con la primera noticia llegaban los informes secretos que desmentian al jeneral en jefe (1).

El gobierno, por su parte, cuidaba de dar a esas batallas mucha mas importancia de la que tenian en realidad. A cada noticia se seguia alguna celebracion, algun gran banquete en que se pronunciaban bríndis entusiastas por la libertad de Chile, i por las victorias de sus ejércitos.

Las proclamas de la junta gubernativa respiraban ese mismo entusiasmo: en una de ellas se hablaba a las guardias cívicas de Santiago, invitándolas por la gloria i la inmortalidad a marchar a engrosar la guarnicion de Valparaiso, en circunstancias en que se temia un desembarco del enemigo: "Dejad vuestros hogares, decia, corred valientes ántes que pase el dia de la gloria...... i al volver

(1) Martinez, *Mem. hist., etc., etc.* año de 1813, Mss.—O'Higgins, *Mem. sob. los hechos notables de la revol. de Chile*, cap. IX, Mss.

cubiertos de honor i de la admiracion i gratitud de un millon de ciudadanos, recibireis por recompensa ese tierno respeto con que se digan unos a otros: "He aquí un valiente de la lejion inmortal (2)."

Para dar mayor aliento a ese espíritu militar, el gobierno decretó la construccion de una pirámide en la plaza mayor de Santiago, en cuya cúspide debia colocarse una estátua de la Fama, con inscripciones alegóricas i entusiastas. En ella debia fijarse láminas de bronce con los nombres de todas las personas muertas en defensa de la patria: i para ayudar a elevarla, se acordó que se vendiesen los escudos de armas españolas que adornaban el solio del despacho del gobierno, i el de los tribunales.

No satisfecho el gobierno con el efecto de las proclamas, ni las espontâneas manifestaciones de civismo de muchos vecinos, dió un decreto, por el cual se mandaba bajo penas, que todo ciudadano se alistase en los cuerpos militares, señalando las tardes para los ejercicios doctrinales, i autorizando a los comandantes para la recoleccion de las armas que poseyesen los particulares, con un simple recibo para cuando llegase el caso de devolverlas.

II. En realidad esta era una nueva contribucion que se imponia a los poseedores de armas, pero contribucion mui suave i soportable para los parciales de la revolucion, si se atiende a las fuertes sumas con que contribuian, por via de donativos, al sostenimiento de la guerra.

Desde los primeros aprestos para la organiza-

(2) Proclama de la junta gubernativa.—Santiago, mayo 3 de 1813.

cion i equipo del ejército insurjente, se habia colectado espontáneamente algunas cantidades de consideracion entre los ciudadanos, las señoras i algunos superiores de las órdenes relijiosas. Muchos empleados servian sin sueldo alguno, i cada cual contribuia con efectos, víveres o caballos para el ejército, sosteniendo por su propia cuenta a algunos soldados. Don José Antonio Rojas i don Juan Antonio Ovalle, las primeras víctimas de la revolucion chilena, inscribieron sus nombres en las listas de erogaciones, presentando mil pesos aquel, i quinientos este. Don Pedro Prado, don Ignacio de la Carrera, don Martin Encalada, don Domingo Toro, don Pedro Solar, don Domingo Errázuris i don Agustin Eyzaguirre, contribuyeron con una suma igual a la de Ovalle. Don Juan de Dios Vial del Rio, que servia el destino de juez del tribunal de apelacion, dejó la mitad de su sueldo; don Mariano Egaña, que desempeñaba la secretaria de la junta gubernativa, los vocales Infante i Eyzaguirre, i el juez de policía, don Martin Encalada, se prestaron a seguir en sus puestos sin emolumento alguno, miéntras durase la guerra. El coronel del rejimiento de milicias de Melipilla, don Manuel Barros, se ofreció graciosamente a recojer en su hacienda a todas las viudas de los soldados de su cuerpo muertos en la campaña; i el marques de Cañada-Hermosa, que remitió al gobierno un buen ausilio de vacas i trigo, ofrecia que se usase su hacienda hasta consumirla (3). Los donativos en metálico dieron

(3) El *Monitor Araucano*, contiene largas listas de donativos voluntarios, de que he sacado los razgos del testo.

al gobierno, en los meses de abril i mayo, mas de veinte i seis mil pesos.

III. Estos donativos fueron tambien considerables en las provincias. En Valparaiso, sobre todo, se vió un desprendimiento singular, hasta de parte de los oficiales de la guarnicion, jóvenes muchos de ellos de corta fortuna, sin mas renta que sus sueldos, i estos tan escasos que el gobernador don Francisco de la Lastra los mantenia en su casa del mejor modo que le permitian sus recursos.

Allí, en verdad, se necesitaba estraordinariamente de esos donativos para dar cima a un proyecto del gobierno. Se trataba nada ménos que de armar dos buques para dar caza a cierta fragata corsario del virrei del Perú, que bloqueaba el puerto, i se mantenia fuera del alcance de las baterías que lo guardaban. Esa fragata era la *Warren*; ella no podia hacer mal alguno, sino era incomodar al comercio; pero el gobierno habia creido que una vez desembarazado de ese estorbo, podia tomar la ofensiva, i mandar su débil escuadra a bloquear a Talcahuano, i cortar al enemigo sus comunicaciones con el Perú. Este proyecto fué discutido por el cabildo de Santiago en sesion de 8 de abril, cuando la *Warren* no se habia acercado a las aguas de Valparaiso, i se acordó consultar al gobernador Lastra sobre el particular. Su informe fué favorable a la empresa, i el gobierno comenzó desde luego a dictar las órdenes conducentes a su realizacion.

Aquella obra requeria recursos que no estaban al alcance del gobierno. Era preciso equipar prontamente buques, sin poseer un solo casco, sin arma-

mento, sin marineros i sin capital para tamaños gastos. Se necesitaba mucha audacia para emprender ese trabajo; i, por fortuna, los hombres que dirijian el estado no carecian de fibra i de constancia.

Una casualidad vino a dar alientos al gobierno en aquellas circunstancias. En los primeros dias de abril, cuando la junta de Santiago estaba preocupada con la idea de echar al oceano una flotilla insurjente, acababa de entrar al puerto de Valparaiso una fragata portuguesa, la *San-José de la Fama*, mandada de Rio Janeiro, segun decian sus papeles, por Lord Strangford, embajador de S. M. B., a cargar trigo en los puertos de Chile, para semilla, que hacia falta en Inglaterra. La fragata venia armada como de guerra i bien equipada: sus cañones eran buenos, i poseia armas de abordaje.

Informado de estas ventajas, el gobierno no trepidó en emplear la fragata para la proyectada empresa. Su capitan era un teniente de la armada portuguesa, llamado don Dionisio Manuel Costa, i el sobrecargo don Andres Munró: a ambos invitó la junta a entrar en un arreglo para formar parte de la escuadrilla que se preparaba, i ambos se negaron decididamente. En vista de esta negativa, el gobierno acordó usarla, apesar del desagrado de la tripulacion.

El reconocimiento del buque hizo conocer que era necesario carenarlo, i entrar en crecidos gastos: el gobierno desistió de su propósito, i quiso únicamente emplear sus armas en las otras embarcaciones que debian salir en caza de la *Warren*. Estos

eran la fragata *Perla*, i el bergantin *Potrillo*, que el gobierno tomó en alquiler a una compañía de filibusteros americanos, interesándolos en la presa: para tripularlos se buscaron marineros de las naves mercantes surtas en la bahía, i se dió el mando inmediato de la *Perla* i el jeneral de ambos buques a don Vicente Barba, capitan de una de aquellas naves. El gobierno ofreció a la tripulacion su parte de presa.

IV. Los esfuerzos incesantes del gobernador dieron los buenos resultados que esperaba la junta de Santiago. Lastra habia servido en la escuadra española, i conocia mui bien las dificultades de la empresa i los medios de subsanarlas. No hubo fatiga, ni trabajo que no soportase con gusto para el mejor desempeño de su encargo. El gobierno premió desde luego sus afanes, concediéndole el grado de coronel.

Todo estaba listo el primero de mayo, i solo se esperó que se avistara la *Warren* para desplegar las velas. El siguiente dia, que era el domingo 2, el audaz corsario se acercó hasta las entradas del puerto, i la escuadrilla solo tardó en zarpar el tiempo preciso para oir la misa que dijo su capellan a bordo de la *Perla*.

La poblacion entera ocupaba la playa para ver salir a la escuadra insurjente. Todos creian inevitable un combate, si la *Warren* no huia, i muchos esperaban verla entrar en aquella tarde, remolcada por la *Perla* i el *Potrillo*. Salieron estos felizmente de la bahía sin que la *Warren*, que permanecia inmóvil, les disparase un solo cañonazo: la *Per-*

la, que marchaba adelante, siguió acercándose a la fragata enemiga hasta ocupar un lugar a su costado, miéntras el *Potrillo*, que se veia traicionado, recibia los fuegos del corsario. Siguió un momento de confusion, en que parecia que el bergantin intentaba el abordaje, i al oscurecerse, cuando los observadores veian apénas lo que pasaba fuera del puerto, muchos creyeron que seguia mar afuera sin grave daño, i libre ya de los tiros del enemigo.

Lo que el pueblo de Valparaiso veia desde la playa era una horrorosa traicion, dispuesta de antemano i efectuada por el influjo i el dinero de algunos comerciantes i vecinos de aquel puerto, de acuerdo con la tripulacion de la *Warren*.

En el tiempo en que se armaba la escuadrilla, algunos godos de aquella poblacion supieron que la fragata que bloqueaba el puerto solia acercarse a las caletas del lado del sur, i mandar botes a tierra a hacer aguada. No faltó entre ellos quienes espusiesen hasta su vida por entablar comunicaciones con los marinos del corsario: por desgracia tuvieron en breve la primer entrevista en Playa-Ancha, i tras de esta muchas otras, en que impusieron a la jente de abordo del equipo de la escuadra, i de los recursos con que contaba el gobierno. De allí se empezó a hablar sobre seducir a la tripulacion que debia embarcarse: i se pusieron en todo de acuerdo para conquistarse por medio del dinero a algunos marinos de las naves nacionales.

Uno de estos era un italiano llamado Antonio Cárlos Magi, marinero sacado de la fragata portuguesa *San-José de la Fama*, el cual se embarcó en

la *Perla* resuelto a revolucionar la tripulacion el dia mismo de su salida del puerto, tan pronto como se hallase fuera del alcance de las baterias de sus castillos.

Realizó en efecto la revolucion, poniendo una pistola en el pecho al comandante Barba, i fué a ofrecerse a las órdenes de la *Warren*: ambas fragatas dirijieron entónces sus fuegos al bergantin *Potrillo*, que tuvo que rendirse despues de corta resistencia. Los tres buques quedaron desde entónces a las órdenes del virrei del Perú (4).

V. Este suceso produjo desde luego una gran turbacion en Valparaiso, i no pocos temores en Santiago. La traicion de la escuadra, acaecida cuando el ejército insurjente no habia tenido con el enemigo mas encuentro que la sorpresa de Yerbas-Buenas, vino a afirmar en sus esperanzas a los enemigos de la revolucion, i a hacer vacilar en las suyas a sus parciales.

En valde se quiso evitar esos temores, dejando sin publicacion los partes de Lastra en que imponia a la junta gubernativa de lo ocurrido, i ocultando la noticia. La traicion de la *Perla* fué en breve tiempo un suceso que nadie ignoraba, apesar de la reserva del *Monitor Araucano*; éste solo comunicó en sus boletines que el *Potrillo* se habia salvado de los tiros de la *Warren*, i que seguia felizmente mar afuera.

(4) *Manifiesto del gobierno de Chile a las naciones de América i Europa*. Santiago, mayo 30 de 1813.—*Proclama a la valerosa marina de Chile*. Abril de 1813.—La mayor parte de las noticias sobre aquella escuadra las he tomado del *Manifiesto*, antedicho i de algunas comunicaciones orales

El Gobierno temió, despues de aquella desgracia, un desembarco de tropas del virrei en el puerto de Valparaiso, tanto mas, cuanto que no habian fuerzas para impedirlo. A fin de evitar un suceso de esta especie, dió órden inmediatamente al capitan don Fernando Marquez de la Plata para que partiese en la mañana del 4 de mayo, a ponerse a las órdenes del gobernador Lastra, al mando de una division de ciento veinticinco Voluntarios de la patria.

Para entusiasmar a los milicianos el Gobierno publicó una proclama el mismo dia: apelaba en ella al sentimiento patriótico de cada chileno, i hablaba de la gloria que iba a darles la guerra. Muchos de entre ellos quisieron partir a Valparaiso con los Voluntarios, i el gobierno formó una pequeña division, cuyo mando confió al valiente gobernador de Talcahuano, don Rafael de la Sota, que habia opuesto la primera resistencia al ejército invasor (5).

Esta desgracia desalentó decididamente al gobierno, para entrar de nuevo en empresas navales. Desde entónces desistió de sus proyectos de formar una escuadra nacional: en vano fué que un rico vecino de Valparaiso, don José Vicente Iñiguez, se ofreciese a armar por su propia cuenta un bergantin, porque el gobierno se limitó a darle las gracias, i no volvió a acometer una empresa cuyo primer ensayo le costaba tan caro.

VI. La noticia de la traicion de la *Perla* llegó a Santiago un dia despues del parte oficial de la sorpresa de Yerbas-Buenas: ella venia a minorar

(5) *Monitor Araucano*, num. 12.

el contento que este produjo, i a separar momentáneamente al gobierno de los proyectos que tenian ocupada su atencion.

El gobierno no habia desatendido un momento las necesidades de la guerra por cuidarse de los otros trabajos. Como sufria una gran escasez de recursos, apesar de los cuantiosos donativos i de los ingresos del estado, que ponia infinitas trabas a las reformas que lo preocupaban, quiso oir los consejos de algunas personas de prudencia i patriotismo, capaces de sujerirle algunos pensamientos útiles para remediar las necesidades del erario.

Para esto, acordó la creacion de una junta de economia i arbitrios, encargada de "examinar el estado del erario público, i que formando un cómputo de los gastos a que debe ocurrirse propondrá al gobierno los medios mas equitativos con que pueda llenarse el déficit que resulte; cuidando de ahorrar todos los gastos que no sean de indispensable necesidad, contando que para el desempeño de su comision se le facilitaran los informes, razones i documentos que pidiere(6)." Por medio de esta junta, i con los consejos de sus miembros, el gobierno creia reunir recursos para hacer frente a las urjentes necesidades de la guerra, i para mejorar la administracion pública.

El réjimen colonial era tan sumamente vicioso que los corifeos de la revolucion lo atacaban por todos lados para correjir sus defectos, i arreglar la

(6) Decreto de 12 de abril de 1813. Los miembros elejidos para formarla fueron el senador don Juan Egaña, el intendente de hacienda don José Santiago Portales, los rejidores don Joaquin Gandarillas, don Antonio José de Irisarri i el procurador de ciudad don Anselmo Cruz.

administracion bajo bases de libertad i progreso. El ayuntamiento de Santiago, la junta gubernativa i el congreso habian trabajado empeñosamente desde 1810 por el triunfo de ciertas ideas que desde luego dieron sazonados frutos. El senado consultivo, que parecia el sucesor del alto congreso, no se mostraba menos interesado por la reforma del antiguo sistema.

De un acuerdo de este cuerpo con la junta de gobierno celebrado en los primeros dias de abril, resultó un aumento de doce rejidores para el cabildo de Santiago (7). Su primer trabajo fué el nombramiento de inspectores de barrio para la capital, i de un juez mayor de policía, segun un nuevo reglamento discutido en el congreso de 1811, i mandado observar por el gobierno en el partido de Santiago primeramente, i despues en todo el pais (8).

Ese reglamento exijia la creacion de un prefecto o juez de alta policía en cada partido o provincia, dependiente en el ejercicio de sus atribuciones del prefecto de Santiago. Debian ser nombrados por la junta gubernativa i proceder de acuerdo con el cabildo, respetando en todo el reglamento jeneral de policía, a menos que entre sus artículos encontrare alguno que no fuese adaptable a las circunstancias de la provincia, en cuyo caso era de su cargo informar inmediatamente al ejecutivo.

(7) Fueron estos rejidores don Joaquin Gandarillas, don José Manuel Encalada, don Agustin Eyzaguirre, don Martin Encalada, don José María Rozas, don Miguel Ovalle, don José Antonio Rojas, don Juan Francisco Barra, don Francisco Cisternas, don Timoteo Bustamante, don Manuel Ortúzar, i don Joaquin Tocornal.

(8) Decreto de 17 de mayo de 1813.

VII. Este arreglo en la policía de seguridad estaba destinado a mantener el órden público en todo el reino. La revolucion habia ajitado bien poco los ánimos en las provincias; pero desde que se comenzó la organizacion del ejército insurjente, se hizo sentir por todas partes una séria alarma. Los caminos se infestaron de bandidos que querian enriquecerse en la turbacion i el trastorno; i hasta en las mismas poblaciones se cometieron asesinatos i robos, a que no estaban acostumbrados sus habitantes.

Pero como no bastase la sola institucion de ese juzgado mayor de policia, el gobierno decretó otra providencia que creia complementaria de aquella. Con fecha de 5 de mayo, ordenó que todas las noches saliesen rondas mayores, con el encargo de velar por la seguridad i tranquilidad públicas, a las órdenes de sujetos caracterizados i de confianza, comisionando para ello a siete personas que debian alternarse cada dia de la semana (9). De este modo el sostenimiento del órden imponia un sacrificio personal a unos cuantos hombres ricos i bien acomodados, que ya habian prestado a la patria otros servicios mas importantes.

VIII. Los enemigos de la revolucion, godos i sarracenos, como únicamente se les llamaba, infun-

(9) Decreto de 5 de marzo de 1818.—Segun él debian mandar esa ronda las personas siguientes: El domingo el señor don Joaquin Echeverria.—El lúnes el comandante de guardias cívicas don Javier Errázuris.—El mártes el rejidor don Jose Maria Guzman.—El miércoles el vocal de la Junta don Agustin de Eyzaguirre.—El juéves el juez mayor de policía don Martin Encalada. —El viérnes el rejidor don Antonio Hermida.—I el sábado el senador don Francisco Ruiz Tagle.

dian tambien una parte de estos recelos. Se hablaba ya con tanta franqueza de libertad e independencia, que los españoles de nacimiento i algunos chilenos o americanos, adictos a la causa de la metrópoli, trabajaban incesantemente i del mejor modo que les permitian las circunstancias, en contrariar las providencias de los insurjentes i en favorecer el ejército invasor que ocupaba las provincias del sur. Algunos de estos fueron los verdaderos aunque disimulados autores de la traicion de la fragata *Perla*. Muchos entre ellos ocultaban cuidadosamente al gobierno su modo de pensar, i no pocos contribuian con erogaciones graciosas para ayudarlo en su escasez de dinero; pero las autoridades no se dejaban engañar por esas mentidas manifestaciones, i vijilaban con constancia por el mantenimiento del órden público. Sus providencias contra los enemigos de la revolucion eran vigorosas de ordinario, i desde el principio de la guerra fueron aun mas fuertes i represivas. Se habia prohibido entrar a Chile a los españoles de nacimiento, i el gobierno velaba sobre la conducta que observaban los residentes.

El 8 de mayo espidió la junta un decreto para reglamentar i restrinjir la adquisicion del derecho de ciudadanía. Por él permitia a todo español solicitar del gobierno la carta de ciudadano chileno, "justificando su adhesion a la causa de la patria," i a los americanos sindicados de enemigos de la revolucion se les permitia que pudiesen "reclamar un decreto del gobierno, que les compurgue i justifique de estos indicios, probando su adhesion en forma bastante." Para el mayor acierto, la junta no de-

bia dar la carta de ciudadania sino despues que el interesado obtuviese un informe favorable del prefecto del distrito de su residencia, i aun asi podia revocarla i recojerla si no reconociese "en los agraciados pruebas manifiestas de su adhesion e interes por la patria." Sin esa carta, o sin ese decreto comprobante de notorio patriotismo, ningun español o americano podia adquirir empleo alguno (10).

Este era el modo como la junta gubernativa queria mantener alejados de los empleos a sus enemigos, para verse libre de conspiraciones durante la campaña. Cuando esta ocupaba toda su atencion, se proponia atar las manos a los que podian turbar la tranquilidad pública.

(10) Decreto inserto en el *Monitor Araucano*, núm. 15.

CAPITULO V.

I. Apurada situacion de los realistas en Chillan.—II. El jeneral Carrera los inquieta en sus posiciones.—III. Se rinde la ciudad de Concepcion.—IV. Divide su ejército don José Miguel para atacar en detalle al enemigo.—V. Toma de Talcahuano.—VI. Captura de la fragata *Tomas*.—VII. Campaña de O'Higgins en la frontera.—VIII. Preparativos del jeneral en jefe para estrechar al enemigo en Chillan.—IX. Los fujitivos de Talcahuano introducen la alarma en el norte de Chile.

I. El ejército realista tocaba a su ruina poco despues de haber llegado a Chillan. La insubordinacion militar habia introducido la desmoralizacion en sus filas, i la muestra de preferencia que acababa de dar el jeneral Pareja por el capitan Sanchez, confiándole el mando de sus tropas, vino a despertar el desagrado i la envidia entre los jefes de mayor graduacion.

Entre todos ellos Sanchez era sin duda el mas digno i el mas capaz de dirijir la campaña, i aquel que hubiese dado mejores pruebas de amor al servicio i de intelijencia para mandar. Pero sus émulos no conocian o al menos no confesaban esas ventajas, i, tan pronto como el ejército hubo entrado a Chillan, espusieron que no podian seguir sirviendo a las órdenes de un militar de inferior graduacion.

Tres de ellos, el mayor jeneral Justis, el cuartel-maestre Tejeiro i el sarjento mayor Jimenez Navia, pasaron en seguida a Talcahuano; si algunos comandantes de cuerpos, que como ellos se creian desatendidos, no siguieron las mismas huellas, fué solo por evitar la desercion que inevitablemente se habria seguido así que hubiesen dejado el campamento (1).

Este rasgo de desprendimiento era tanto mas laudable cuanto que estos jefes consideraban mui angustiada su situacion, i por lo mismo inútil todo lo que se intentase para resistir al enemigo de quien huian. La campaña habia sido hasta entónces mui desgraciada para el ejército realista; i esos desastres, debidos en la mayor parte a su mala fortuna, les hacia presajiar derrotas sin término i todo jénero de males. Se necesitaba de mucho celo, de mucho entusiasmo para seguir sirviendo en ese ejército, que cuando no creia necesario disparar un solo tiro, la sorpresa habia abatido, diezmó la desercion i la insubordinacion vino a desmoralizar.

Para colmo de males, la salud del jeneral Pareja empeoraba de dia en dia. Ya no le era posible ordenar nada desde el lecho en que se hallaba postrado, i ápenas podia imponerse a medias de la resistencia que organizaba el esforzado Sanchez. Era este en realidad el alma de ese esquilmado ejército, que un accidente casual habia puesto a sus órdenes: él debia organizarlo para resistir a un enemigo su-

(1) Ballesteros, *Revista de las obras sobre la guerra de la independencia de Chile*, cap. II. Mss.

perior en número, i que a su juicio, poseia los recursos de que el comenzaba a carecer.

II. En este punto las conjeturas de Sanchez no eran mui acertadas. El ejército con que tenia que batirse no era tan temible como lo creia, i si no le escaseaban los recursos, su jefe no sabia sacar todo el provecho posible de ellos.

Hasta entónces la campaña habia sido conducida por Carrera sin grandes movimientos de estratejia i del modo mas natural que era dado conducirla: se habia buscado i perseguido al enemigo llana i simplemente hasta encararse con él en San-Cárlos. El mal éxito de aquella jornada, en que Carrera creia concluir con el ejército realista, vino a dar otro rumbo a la guerra i a desconcertar las operaciones militares.

El siguiente dia de aquella batalla, el 16 de mayo, el ejército insurjente salió de la villa de San-Cárlos i acampó en la rivera del Ñuble. Desde allí despachó don José Miguel al capitan de la Gran-guardia don Joaquin Prieto, al mando de una partida de cien hombres entre los cuales llevaba al teniente Molina; su encargo era el de cruzar el rio i observar los movimientos del enemigo, entreteniéndolo miéntras se sacaban dos piezas de a 8 que habia dejado abandonadas. Prieto pudo acercarse a Chillan, i, aun cuando lo atacó una division cuádruple en número i de todas armas, supo desempeñar su comision disputando bien el terreno que tenia que abandonar, i todo esto con la pérdida de mui pocos hombres (2): dos soldados suyos que cayeron en [illegible]

(2) *Relacion de campañas del jeneral Prieto. Mss.*

poder del enemigo se fugaron esa misma noche de Chillan, trayendo noticias del campo realista, i en particular de la postracion en que se hallaba el jeneral Pareja.

En ese mismo dia descubrió Carrera a los jefes de su ejército el plan de campaña que pensaba seguir, i que iba a poner en planta en la mañana siguiente. Segun él, Concepcion i Talcahuano debian estar mui mal guarnecidos, i era fácil posesionarse de ambas plazas, cortando de este modo la comunicacion al enemigo y privándolo de sus recursos militares.

Este plan mereció la censura del cuartel-maestre Mackenna: en su juicio el camino que tenia que andarse era pésimo, i debia agotar los sufrimientos de la tropa al mismo tiempo que se iba a dejar abierto el camino de la capital. En efecto, la adquisicion de esos puntos no era el objeto principal de la campaña, sino un mero accesorio que empeoraria mui poco la suerte de los realistas: la prudencia aconsejaba que se atacase desde luego al grueso de su ejército, para concluir la campaña ántes que las lluvias del invierno, que se anunciaba terrible, viniesen a embarazar las operaciones militares (3). Nada de esto tomó en consideracion el jeneral en jefe.

(3) En un *Ensayo acerca de las causas de los sucesos desastrosos de Chile*, escrito en Buenos Aires en 1815 por Camilo Henriquez, i que dejó inédito, se encuentran las siguientes palabras: "El enemigo se retiró precipitadamente a Chillan donde habria sido vencido, si inmediatamente lo hubieramos atacado, pues en San-Carlos se burló de la misma fuerza con que debiamos atacarlo." El opúsculo que contiene ese reproche a la conducta militar del jeneral Carrera dista mucho todavia de ser imparcial: el autor no quiso herir suceptibilidades, i entró en disculpar los actos mas injustificables de ese jeneral.

III. En cumplimiento de este plan, la vanguardia se movió en la mañana del 17 en marcha para Concepcion. Habia sido reforzada con algunos fusileros i cuatro piezas de artillería, i llevaba a su cabeza a don Luis Carrera.

Marchaba este resuelto a atacar la ciudad; pero habiendo cruzado el Itata el dia 20, se le reunieron algunos ciudadanos fujitivos de Concepcion, por quienes conoció que era posible que se rindiese sin disparar un solo tiro. A fin de alcanzarlo despachó a uno de ellos, a don Juan Estevan Manzano, encargado de exijir la pronta entrega de la ciudad, como el único medio capaz de evitar un ataque cuyo resultado no podia ser dudoso. Si, como era de esperarse, esta intimacion surtia buen resultado, el nuevo plan de campaña del jeneral en jefe comenzaba a dar sus frutos.

Por fortuna, Concepcion no se hallaba en estado de resistir: los jefes que se separaron del ejército realista en Chillan llevaron las noticias de los descalabros que habrian sufrido las armas espedicionarias, i el desaliento se introdujo desde luego en las autoridades i en la guarnicion. La presencia de Manzano, i el objeto de su mision bastó para que el obispo Villodres, que desempeñaba el cargo de intendente, depositase el gobierno en manos del cabildo que allí habia ántes de la invasion, i del conde de la Marquina, i se replegase precipitadamente a Talcahuano, en donde creia mas posible la resistencia.

Así que tuvo noticia de esta ocurrencia, el jeneral en jefe despachó a su edecan don Antonio Mendiburu, con cien hombres de caballería, a ocupar a

Concepcion : el capitan Prieto, que habia marchado poco ántes con una partida de igual número, lo puso en posesion de la ciudad en los momentos en que mas se necesitaba de fuerzas que asegurasen el órden público. Los soldados enemigos habian saqueado algunas casas (4) ; pero a la aproximacion de Prieto i Mendiburu se replegaron precipitadamente a Talcahuano.

IV. Don José Miguel no habia sido un frio espectador de este triunfo; léjos de eso, nada se habia hecho sin su intervencion, a pesar de que su espíritu estaba mui ocupado con las otras providencias que requeria la ejecucion de su plan de campaña.

A fin de avanzar sin temor alguno por las fuerzas que quedaban encerradas en Chillan, Carrera nombró comandante jeneral del canton del Ñuble al coronel don Luis de la Cruz : debia este inspeccionar simplemente al enemigo, sin empeñar accion, i aun se le encargó que, en caso de ser atacado, se replegase a Talca, en donde se organizaba una division de reserva, a las órdenes del coronel don Juan de Dios Vial. Algunos Voluntarios è Infantes de la patria, i una compañia de Voluntarios de Talca formaban las fuerzas que a sus órdenes dejaba el jeneral Carrera : ellas debian engrosarse con las milicias de caballería de Linares, Parral, Quirihue i San-Cárlos, tan pronto como las reuniese el coronel don Fernando de la Vega, que marchaba con este objeto a Cauquenes, i don Francisco Barrios, que se dirijia con igual mision a Quirihue.

(4) Parte de Carrera, inserto en el *Monitor Araucano*, núm. 23.

Mas vasto fué el encargo con que despachó al coronel O'Higgins al mando de una corta partida de fusileros i milicianos. Debia reunir los escuadrones de lanceros de la Laja de su dependencia, apoderarse de los Anjeles i otros fuertes interiores de la frontera, i traer al campamento todas las armas, soldados i ausilios que pudiese recojer para proseguir la campaña. Deseando O'Higgins aprovecharse de la confusion que reinaba entónces en las provincias meridionales, a causa de los descalabros que acababa de sufrir el ejército de Pareja, emprendió la marcha prontamente.

Con no menor actividad se movió don José Miguel, con el centro de sus fuerzas. Siguió su marcha por la orilla del Ñuble, con direccion a la costa, i cruzó este rio el 20 de mayo, en la parte en que ya ha aumentado sus aguas con las del Itata. El dia siguiente fué a situarse a Collanco, a inmediaciones de Chillan, i desde allí despachó al capitan don Diego Benavente, a exijir la rendicion la plaza : debia manifestar a los jefes enemigos que era inútil cuanto hiciesen por mantenerse en aquel punto, habiendo cambiado tanto las circunstancias, i habiendo mandado una parte de su ejército a ocupar a Concepcion i Talcahuano, solos puntos de que podia esperar refuerzos.

El mismo parlamentario cuenta su entrevista con Sanchez del modo que sigue : "Benavente fué recibido a una legua de Chillan por una partida, i vendados los ojos le condujeron por entre mil rodeos i centinelas que se multiplicaban para dar la idea de un campo estenso i de fuerzas numerosas. Sanchez

le recibió en medio de todos los oficiales, i contestó que participaria estas ocurrencias al jeneral, i él resolveria lo que creyese conveniente, despachándole sin mas contestacion.—Era el caso que Pareja se hallaba actualmente agonizando (5)."

Inútil fué en realidad el envio de ese parlamentario: Sanchez ni aun se dignó dar la contestacion ofrecida, permaneciendo firme en su obstinado empeño de fortificarse en Chillan. En vista de esa descortez negativa, Carrera se resolvió a marchar en persona a Concepcion, que acababa de rendirse, a activar las operaciones de la guerra, para caer despues sobre Chillan con todo el grueso de su ejército. Entónces cabalmente, se hallaba todo él fraccionado i dividido en varios puntos, miéntras el enemigo con gran maña, reconcentraba la parte mejor, o mas bien dicho, su única fuerza en uno solo.

Como medida de mera precaucion dejó a su hermano don Juan José al mando de una division de 300 hombres de todas armas, encargado de cubrir a Concepcion de cualquiera tentativa de Chillan. Esa fuerza debia observar por el sur los movimientos del enemigo, al mismo tiempo que la de Cruz debia inspeccionarlo por el norte; pero ni una ni otra division era capaz de contener a Sanchez en caso de hacer una salida, i no bastaban de modo alguno para inquietarlo en sus posiciones. Eran, en realidad, centinelas avanzadas, que no podian tomar la ofensiva, i ni siquiera la defensiva.

V. Don José Miguel entró a Concepcion el 25

(5) Benavente, *Mem. sob. las primeras campañas de la guerra de la independ.*, cap. III.

de mayo. Animado como estaba por los deseos de concluir pronto la campaña por aquel punto, despachó en el mismo dia al capitan de la Gran-guardia, don José María Benavente, a Talcahuano á intimar rendicion. Allí se hallaban asilados el obispo Villodres, a quien le pasó nota para que volviese a Concepcion, i varios jefes del ejército realista: todos ellos trataron al parlamentario con gran consideracion, aunque sin acceder a sus exijencias. El coronel Tejeiro, que hacia las veces de gobernador, le contestó tercamente que no se rendiria hasta que no viese sobre Talcahuano las fuerzas patriotas.

Esta contestacion hizo creer al jeneral Carrera que no habia transaccion posible con aquel puñado de hombres, que o dudaban de sus victorias, o estaban resueltos a resistir a todo trance. Desde luego despachó al capitan Prieto con su guerrilla para que se mantuviese a las inmediaciones de Talcahuano inspeccionando e inquietando al enemigo, i publicó un bando ofreciendo indulto a todos los chilenos que hasta entónces servian en sus filas, i una gratificacion a los soldados que presentasen su armamento. Esta providencia surtió tan buen resultado que en poco tiempo se le presentaron mas de 300 hombres llevando aun mayor número de fusiles.

El jeneral en jefe no vaciló ya en dar el asalto a Talcahuano. Concepcion lo habia recibido con los brazos abiertos, habia celebrado con una solemne misa en accion de gracias la salida de los invasores i por todas partes engrosaba su ejército con dis-

..rsos i pasados. Un sarjento de artillería, Tadeo Villagran, prisionero de guerra de los realistas, que logró fugarse de los pontones de Talcahuano, le descubrió el estado precario de la guarnicion de la plaza i la absoluta imposibilidad de mantenerse por largo tiempo. Todo esto lo inclinó a atacar al enemigo en sus posiciones, sin esperar otras fuerzas para engrosar las suyas.

El 28 salió Carrera, acompañado del cónsul Poinsett, i escoltado por la guerrilla de Prieto, a reconocer personalmente las posiciones del enemigo. Apesar de varios tiros de cañon con que este quiso incomodarlo, el jeneral pudo conocer por sí mismo los puntos por donde convenia atacar; i tan seguro creyó su triunfo que en la misma noche hizo avanzar toda su division, compuesta de 700 infantes, 300 jinetes i 4 cañones.

Este movimiento fué ejecutado con felicidad, protejido como estaba el ejército por una noche oscura i conducido por guias tan prácticos como fieles. A juzgar por las apariencias, el enemigo ignoraba los preparativos para el asalto: ninguna resistencia opuso a la division patriota, i solo se dió por apercibido del ataque cuando las guerrillas de los capitanes Prieto i Freire avanzaban a ocupar las alturas en que él pensaba hacer su defensa.

No quiso don José Miguel ordenar el asalto ántes de exijir nuevamente la rendicion de la plaza; pero los realistas que no estaban dispuestos a rendirse a un enemigo a quien temian, i solo deseaban ponerse en salvo para evitar las prisiones i penas que en su juicio debia imponerles Carrera, pidieron

a su parlamentario el término de cuatros horas para resolver. En ese tiempo creian alcanzar a embarcarse para buscar un asilo contra la saña de los insurjentes.

En vista de esta contestacion, se dió la órden de ataque a las guerrillas de Prieto i Freire, reforzados con 200 Infantes de la patria, que capitaneaba su comandante Muñoz Bezanilla, una carronada i un cañon de a cuatro, dirijidos por el capitan don Joaquin Gamero i el teniente don Pedro Nolasco Vidal. Estas fuerzas bastaron para tomar las alturas de la izquierda, que ocupaban 150 realistas, i obligarlos a replegarse a la plaza despues de un corto tiroteo. El resto de la infanteria, apoyada por un cañon que mandaba el capitan Morla, habia avanzado al mismo tiempo, i tomó posesion de las alturas de la derecha sin obstáculo alguno.

Esas ventajas no importaban el triunfo. Los realistas, apoyados por las lanchas cañoneras, hacian un fuego vivísimo sobre las filas patriotas, aunque siempre retirándose al pueblo, sea porque se considerasen débiles para resistir el ataque, o a causa de los estragos que hacia entre ellos la artilleria enemiga : el cañon de Morla les echó a pique un bote armado, i la carronada de Gamero hizo grandes estragos en una lancha.

Sin embargo, solo despues de cuatro horas de accion dió don José Miguel la órden de tomar el pueblo. El fuego de los realistas habia hecho mui poco estrago en la línea insurjente, de modo que sus soldados avanzaron con rapidez i decision : la partida de Granaderos que mandaba el capitan don

Manuel Rencoret, i a la que acompañaba el capellan de ejército don Juan Manuel Benavides, entró a la poblacion casi sin resistencia alguna, abriendo el camino al resto de la tropa. Este último, no contento con haber penetrado al pueblo, avanzó seguido de unos pocos granaderos, sin respetar el fuego de los enemigos, hasta colgarse de la bandera real; no pudiendo sacarla entera, la redujo a jirones en pocos momentos. Este heroico razgo del capellan contribuyó bastante a asegurar en breve el triunfo.

Persiguióse al enemigo hasta la plaza, cuando ya se embarcaba en botes para alcanzar un asilo a bordo de la fragata corsario *Bretaña*, adonde se habian asilado el obispo Villodres, los jefes i las autoridades de Talcahuano. Los soldados insurjentes entraron al mar con el agua hasta la garganta, i sacaban de los botes a los fujitivos. Algunos jefes no ménos audaces abordaron las lanchas cañoneras i se preparaban a gran prisa para atacar a la fragata, cuando esta levó ancla i zarpó del puerto huyendo de la récia persecucion que se organizaba (6).

La toma de Talcahuano costó mui poca pérdida al ejército insurjente, miéntras que sus soldados tomaron al enemigo 150 prisioneros, entre ellos siete oficiales, i rescataron del ponton *San-José* mas de cien hombres que estaban detenidos allí desde la sorpresa de Yerbas-Buenas. El jeneral en jefe, por

(6) El parte oficial de Carrera no da detalle alguno acerca de esta accion, i ni aun fija el dia del ataque. Su *Diario militar*, seguido en esta parte por el señor Benavente en el cap. IV de su *Memoria* citada, i estractado por don Claudio Gay en el cap. 23 de su 5.º tomo, contienen buenas noticias. De ellas me he aprovechado, agregando otros pormenores que he recojido de boca de algunos testigos; i de la *Memoria* atribuida al jeneral O'Higgins, cap. IX. Mss.

un estravio culpable, i quizá por dar un premio a la tropa, permitió el saqueo de la poblacion por algunas horas. Pasado este, la comisaria de ejército inventarió las municiones i víveres que se encontraron en la plaza.

VI. La victoria acababa de dar a los patriotas la posesion de aquel puerto importante, sin sacrificios ni pérdidas. Desde luego don José Miguel confió el mando de la plaza al teniente coronel Muñoz Bezanillas, i dió la direccion de dos lanchas cañoneras quitadas al enemigo al capitan de artilleria don Nicolas Garcia, oficial de prudencia i de valor, i que habia navegado ántes de abrazar la carrera de las armas, con encargo de abordar la *Bretaña*, que aun estaba a la vista. Atajada por los nortes, que comienzan a soplar en aquella estacion, la fragata permanecia anclada en la isla de la Quiriquina, esperando solo una ráfaga bonancible para abandonar aquellas aguas; pero el mismo obstáculo que la atajaba impidió a las lanchas darle caza, de modo que a la aparicion del viento sur pudo salvarse ántes de ser inquietada.

Esa flotilla que capitaneaba el esforzado Garcia vino a ser de gran utilidad en corto tiempo. El 6 de junio se avistó en Talcahuano una hermosa fragata, que voltejeaba a la entrada de la bahia. Bien que el jeneral Carrera hubiese ordenado que se conservase en las fortalezas la bandera española, a fin de atraer al puerto las embarcaciones enemigas, la fragata parecia recelar de esas señales, i solo en la tarde despachó un bote a tierra a adquirir noticias para buscar un fondeadero seguro. El bote, monta-

do por el oficial de marina don Felipe Villavicencio i por otros cuatro marineros, tocó tierra en Tumbez: habíanse despachado ya partidas de observacion a los diversos puntos de la costa, i una de estas lo apresó sin gran dificultad. Súpose entónces que el buque que estaba a la vista era la fragata *Tomas*, procedente del Perú, i que conducia a su bordo treinta i ocho oficiales, i cien mil pesos entre efectos i dinero para el ejército de Pareja.

La demora de los esploradores debió haber causado desconfianza a bordo de la fragata; pero como no se apercibiese señal alguna de preparativos hóstiles en tierra i como por todas partes flamease el pabellon español, la *Tomás* fué a echar el ancla en el puerto del Tomé. Su capitan tuvo la precaucion de fondear cuando ya estaba bien entrada la noche, pero sus movimientos no pasaron desapercibidos a los patriotas de tierra. Gracia preparó sus lanchas, i confiando el mando de una al bizarro capitan Freire, que años atras habia navegado en calidad de sobrecargo de un buque mercante, salió de Talcahuano a atacar a la fragata, seguido por algunas faluas armadas para el caso de un abordaje. Aprovechándose de la oscuridad de la noche, fué a situarse al costado de la fragata, i al venir el dia le intimó rendicion en términos amenazantes. Los marinos de la *Tomas*, que no esperaban aquella sorpresa, i que carecian de elementos para resistir, creyeron mas cuerdo rendirse a discrecion, que sostener un choque de funesto resultado, tanto mas cuanto que creyeron completamente perdida la espedicion del jeneral Pareja, a la que querian reforzar i

La captura de la fragata *Tomas* produjo desde luego resultados mui favorables al ejército insurjente. Su cargamento i los capitales que conducia pasaron a la caja militar; i entre los pasajeros que traia a su bordo para servir al ejército realista, venia don Manuel Grajales, hábil cirujano, que ya habia recorrido a Chile con la mision de propagar la vacuna, i cuyos conocimientos fueron en breve de gran utilidad en el campamento patriota. Entre esos mismos pasajeros venian el brigadier Rávago, el coronel de injenieros Olaguer, el capitan de fragata Colmenares, el teniente coronel de artilleria Montuel, i muchos otros oficiales (7): algunos fueron remitidos a Santiago, i tratados con toda consideracion. Don José Miguel por su parte se empeñó en atender al marino Villavicencio, a quien lo ligaba el doble lazo de amistad i gratitud por sus buenos servicios durante su permanencia a bordo de la corbeta *Castor*, en la bahía del Callao.

VII. Tan prósperos sucesos fueron acompañados por otros no ménos felices. La mayor parte de las plazas de la frontera, defendidas por una regular guarnicion i bien provistas de municiones i víveres, cayeron en poder del coronel O'Higgins despues de una campaña de pocos dias.

Queda dicho ya que O'Higgins se separó del jeneral en jefe en Collanco, para reunir las milicias de la Laja ocupar algunos pueblos de la frontera araucana. El mismo habia pedido tan importante comision, i a su desempeño partió el 23 de mayo,

(7) El *Monitor Araucano*, núm. 38, contiene una lista de todos ellos.

acompañado únicamente por una partida de 20 Infantes de la patria e igual número de milicianos de caballeria de Lautaro, con sus respectivos oficiales i clases. Su armamento i equipo no pasaba de lo que tenian sobre el cuerpo, i siete paquetes de cartuchos a bala.

Las lluvias, que entónces caian a torrentes en aquellos campos, lo retardaron algo en su marcha, bien que a los pocos dias ya se hallaba en las inmediaciones de la plaza de Yumbel, ocupada por el enemigo. Sin tener probabilidades de buen éxito para emprender el ataque de la plaza, tanto mas cuanto se hallaba allí cerca el capitan don Antonio Bites Pasquel con 80 dragones, O'Higgins tuvo buen cuidado de ocultarse en un bosque vecino, para no ser sorprendido en su marcha. Felizmente el siguiente dia pasó esa fuerza a Chillan a juntarse con el grueso del ejército, i O'Higgins pudo avanzar hasta el vado del Salto del rio de la Laja.

Guardaban ese vado 20 lanceros de las milicias de los Anjeles, que ántes de esos dias habian estado bajo su mando. Aquellos sencillos campesinos profesaban a su jefe un respeto que rayaba en veneracion, i bastó su sola presencia para que pasasen gustosos a engrosar sus filas. A su cabeza avanzó O'Higgins hasta el pueblo de los Anjeles, a donde llegó despues de oscurecerse; allí despachó en busca de noticias a su asistente, que era un dragon veterano mui conocedor de aquellas localidades, i hombre de valor i astucia. Por él supo O'Higgins que hasta la puerta del rastrillo del fuerte no habia avanzado alguno, i que las centinelas ocupaban única-

mente las puertas i las murallas, i por un hacendado de las inmediaciones, apellidado Guevara, se impuso que el gobernador era un coronel español, don Fermin Sorondo, i que la guarnicion se componia solamente de 50 dragones veteranos i una compañia de artilleria de milicias; pero que el batallon de la villa estaba sobre las armas i pronto a acudir al primer llamado.

No vaciló ya O'Higgins en dar el asalto a la plaza en la misma noche; si fuertes temporales le habian impedido avanzar con la presteza que deseaba, no queria perder un instante en inútiles preparativos. Reunió a sus soldados, i despues de una corta arenga i de recomendarles el silencio, se adelantó seguido de dos de ellos, miéntras el resto ocupaba la plaza mayor del pueblo. Sea por el tino con que se ejecutó este movimiento o a causa del estado excepcional de aquella poblacion, sesenta hombres a caballo penetraron en ella sin ser notados.

O'Higgins, tomando las apariencias de un campesino, se dirijió tranquilamente a la puerta del fuerte, que custodiaba un soldado. Acércose a este, i se echó sobre él para desarmarlo, lo que consiguió fácilmente: los dos soldados que lo seguian impusieron silencio al centinela, amenazándolo con quitarle la vida. Hizo a su tropa la señal de acercarse i echar pie a tierra, i penetró en la fortaleza, seguido a alguna distancia por sus soldados.

Los dragones que la defendian se hallaban reunidos al rededor del fuego en una sala interior. O'Higgins, aprovechándose de esta ventaja, entró al cuerpo de guardia que encontró abandonado, i

distribuyó a su jente los fusiles que estaban arrimados a la muralla. El mismo se adelantó hasta encontrarse con los soldados que componian la guardia, i les dió el grito de ¡viva la patria! presentándose como vencedor dispuesto a perdonarlos. Sea que asi lo creyese la tropa, o que el influjo de O'Higgins la indujese á abandonar el servicio de una causa que no habia abrazado con gusto, los dragones contestaron viveándolo, i manifestándose rendidos i dispuestos a seguir sus banderas.

Desde ese momento, O'Higgins quedó dueño de la plaza de los Anjeles: los artilleros milicianos imploraron el perdon de los vencedores, presentándose rendidos a tomar las armas por la causa de la patria: a esta súplica accedió desde luego O'Higgins, sin mas garantia ni seguridad que la de apresar al gobernador Sorondo, relevar los centinelas del fuerte, i conducir a él todo el batallon de infanteria de milicias bajo la direccion de los tres hermanos Soto, sus oficiales, que lo acompañaban en la sorpresa.

Las ventajas de la toma de los Anjeles fueron mui grandes. O'Higgins engrosó sus fuerzas con 50 dragones, 120 artilleros con 6 piezas de a cuatro bien provistas de municiones, un batallon de infanteria miliciana i bastantes pertrechos de guerra. Hizo conducir al fuerte el rejimiento de lanceros de la Laja, de su mando, i despachó a varios oficiales con el encargo de intimar rendicion a las otras plazas militares. Tucapel, Vallenar, Santa-Bárbara, Príncipe Cárlos i Mesamavida, se sometieron sin dificultad alguna, i entregaron su armamento, com-

puesto de algunos cañones. Seis de ellos fueron remitidos al jeneral Carrera por el Biobio (8).

VIII. El feliz éxito de esta espedicion a la frontera fué altamente celebrado en el campamento del jeneral en jefe, aunque tan próspero resultado se presentaba ante los ojos de muchos como dudoso. La importancia del triunfo infundia esos recelos: el coronel O'Higgins, que habia salido de Collanco al mando de 40 soldados, avisaba desde los Anjeles que habia reunido una division de mas de mil hombres, bien armados i equipados, i remitia además seis cañones que podian ser de gran utilidad al ejército.

La importancia de los triunfos de O'Higgins no podia ocultarse a Carrera; pero celoso de la gloria con que habia sabido cubrirse desde el principio de la campaña i en particular en la reciente espedicion, quiso despojarlo mañosamente de una parte de ella, para quitarle ese vasto prestijio, peligroso casi siempre en un ejército desmoralizado. Para hacer creer que su posicion, léjos de serle favorable, era mas peligrosa de lo que pensaba, encargó a su hermano don Juan José, cuya division era inmensamente inferior a las fuerzas que habia reunido O'Higgins, que defendiera a éste de cualquier golpe de mano que intentara el enemigo desde Chillan; i, cuando no necesitaba de ausilio alguno, le remitió

(8) *Mem. sob. los hechos mas not. de la revol. de Chile*, cap. X, Mss.—Esta campaña de O'Higgins era uno de los sucesos mas desconocidos en la historia militar de las primeras campañas. Don Diego Benavente le ha consagrado dos líneas en su *Memoria* citada, i Gay media pájina. Mas minucioso que estos anduvo el señor Albano en su *Memoria biográfica del jeneral O'Higgins.*

300 granaderos, a las órdenes del comandante don Enrique Campino. Fué cierto que en aquellos dias despachó Sanchez contra O'Higgins una partida de 200 hombres con dos cañones; pero se volvió a Chillan así que se hubo acercado a las orillas del rio Diguillin, sabedores sus jefes de la gran superioridad numérica de las tropas de los Anjeles.

Apesar de estas ventajas urjia mucho apurar las operaciones de la guerra, para concluir con las fuerzas que habian quedado en Chillan. Concepcion abundaba en recursos militares, i en Talcahuano se encontró abundante armamento i bastantes cañones clavados, pero servibles despues de una compostura que se encargó de hacer el cónsul Poinsett. De ambos puntos sacó don José Miguel injentes recursos para proseguir la campaña.

Para esto era preciso vencer grandes dificultades: los realistas habian sabido aprovecharse del descuido del enemigo, i habian construido fortificaciones que a la distancia parecian formidables. En Concepcion se ponderaba tanto su solidez que el jeneral creyó indispensable el envio de artilleria de grueso calibre. Con este objeto pidió a Talca dos cañones de a 18, i sacó de Talcahuano otros dos de a 24, que remitió el 20 de junio al jefe de la segunda division: estos debian marchar en grandes carros, construidos a propósito, arrastrados por muchas yuntas de bueyes, precedidos por peones destinados a la compostura de los caminos, i escoltados por fuerzas respetables. El coronel don Luis Carrera i el cónsul Poinsett salieron dos dias despues a juntarse con don Juan José, i a dirijir la

marcha de esos dos cañones, que tan necesarios se creian para el asedio de Chillan.

Don José Miguel dejó tambien a Concepcion el siguiente dia: el servicio reclamaba su pronta presencia en Talca a fin de apresurar la marcha de la division de reserva, que mandaba don Juan de Dios Vial, i que acababa de engrosarse con 300 hombres, que sacó de Santiago el teniente coronel don Francisco Calderon. Esa reserva tardaba tanto en socorrer la division del coronel Cruz, que hacia temer alguna desgracia.

Antes de ponerse en marcha, Carrera quiso cimentar el órden público, i dejar planteado un gobierno en aquella importante provincia. Para atender a la tranquilidad de los pueblos meridionales durante el transcurso de la guerra i para favorecer el envio de algunos ausilios, formó en Concepcion una junta gubernativa compuesta de tres miembros, los presbíteros don Salvador Andrade i don Julian Uribe, i el secretario de la intendencia don Santiago Fernandez, i estableció en la Florida un presidio, para asegurar a todas las personas sospechosas de mantener comunicaciones con los realistas. Quedaba este a cargo del subdelegado don José Maria Victoriano.

Como ya trataba Carrera de estrechar al enemigo en Chillan, pensaba acercar a sus inmediaciones todo su ejército. Aunque no dudaba del buen éxito de la empresa, pidió al gobierno de Santiago, para mayor seguridad, todas las fuerzas que pudiesen remitírsele, i en particular una division de 300 hombres que acababa de llegar de Bue-

nos-Aires. Componian esta los ausiliares que a las órdenes del capitan don Andres de Alcázar pasaron en 1811 a socorrer al gobierno arjentino en sus escaseces de tropas. El gobierno los habia pedido a la primera noticia de la invasion del jeneral Pareja, i ellos se apresuraron a venir al llamado de las autoridades de su patria.

La division salió de Buenos-Aires el 18 de abril i llegó a Chile a fines del mes de mayo: el gobierno de aquellas provincias habia premiado a cada oficial con un grado, que la junta de Santiago les reconoció por un decreto supremo (9), al mismo tiempo que se daban órdenes a los prefectos de Santa-Rosa i San-Felipe para recibirlos i obsequiarlos del mejor modo que les fuese posible. Esos pocos hombres eran en su jeneralidad esperimentados veteranos, a quienes el gobierno queria mantener contentos i ligados a la causa de la revolucion, i de cuyos servicios en el ejército se esperaban buenos resultados.

IX. Un peligro inesperado hizo que el gobierno no mandase al sur la division de Alcázar. Cuando ménos se esperaba, i en los momentos en que se celebraban en la capital los triunfos de Carrera, llegó la noticia de una segunda espedicion invasora que ya habia intimado rendicion al Huasco, i que se decia de acuerdo con otra que debia atacar a Valparaiso. En el primer momento de alarma, nadie atinaba a descubrir la verdad de lo ocurrido, i el gobierno i el pueblo se dejaron llevar del temor de una nueva invasion en los puertos del norte, que

(9) Decreto de junio 8 de 1813.

estaban indefensos. Para no dejar duda. la noticia se habia recibido por un parte del gobernador de Coquimbo, en que copiaba la nota de intimacion.

Esa noticia llegó a Santiago a mediados de junio. Con una actividad estraordinaria, el gobierno comenzó a impartir órdenes a los diversos partidos para organizar la resistancia que queria oponer a esas dos divisiones espedicionarias. Para esto necesitaba de dos ejércitos que guardasen las costas i puertos de Coquimbo i Valparaiso, regularmente armados i dirijidos por jefes de intelijencia i confianza. El gobernador de Valparaiso, coronel don Francisco Lastra, reasumió el mando de uno de ellos: debia componerse de las milicias de aquella ciudad, Quillota i Aconcagua, del rejimiento de Melipilla que habia vuelto del sur conduciendo los prisioneros de guerra, i de una parte de la division llegada de Buenos-Aires, que debia conducir el coronel Alcázar. El de Coquimbo fué confiado al jefe político i militar de los partidos del norte, coronel don Tomas O'Higgins, militar irlandes, tan intelijente como laborioso, que residia en Chile desde algunos años atras, i que habia simpatizado con la causa de la revolucion. Las milicias de Petorca, Illapel i Huasco debian formar sus fuerzas.

Tantos preparativos, por fortuna, no tenian una causa séria; la alarma era producida por un embuste de los fujitivos de Talcahuano que alcanzaron a embarcarse en la fragata *Bretaña*, que mandaba don Francisco Parga. Impotente para hacer otro

mal, ese buque se habia acercado al puerto del Huasco el 11 de junio, i desde allí oficiaron los pasajeros al subdelegado, mandando poner a su disposicion "los minerales, la capital i demas pueblos, con las armas i milicias de su jurisdiccion," i amenazando con pasar a cuchillo a todos los individuos que se encontrasen armados. A fin de hacer mas creible esta supercheria, decian en su nota que la fragata ***San-Juan*** (así denominaban a la ***Bretaña***) formaba parte de la tercera division que venia del Perú a las órdenes del coronel don Mariano Ossorio, a quien conducia a su bordo con encargo de desembarcar en el norte, al mismo tiempo que el brigadier don Joaquin de la Pezuela ocupaba a Valparaiso i las provincias centrales. Esa nota iba suscrita con el nombre de Ossorio, i en ella se pedia ademas al gobernador que apronta-se los caballos i víveres necesarios para una division de 800 hombres (10).

El subdelegado del Huasco, tomando a lo sério la intimacion, no se manifestó dispuesto a rendirse desde luego. Reunió los pocos elementos de resistencia que poseia, i pasó nota al gobernador de Coquimbo, reclamando ausilios, i contestó al mismo tiempo al supuesto coronel Ossorio pidiéndole ocho dias para reunirle los recursos que necesitaba, aunque con el verdadero propósito de juntar tropas. La fragata sin embargo se hizo a la vela, despues de prevenir que volveria con otros buques al siguiente dia.

(10) Ese curioso documento fué publicado en el *Monitor Araucano*, núm. 32.

La *Bretaña* no volvió a aparecer en aquellas costas, pero ya habia despertado la alarma en todo el reino. El gobernador de Valparaiso fué el primero en sospechar que todo era un embuste (11); la junta dudó por largo tiempo, la simple noticia de haberse distinguido una vela en toda la estension de la costa, desde Maipo hasta Atacama era un motivo de nuevos aprestos militares i de un envio de comunicaciones a todas las provincias, para estar sobre las armas.

La alarma producida por la *Bretaña* dió un resultado que no era de esperarse: el gobierno encargó al jeneral Carrera que activase las operaciones de la guerra, a fin de concluir cuanto ántes con las fuerzas que se hallaban encerradas en Chillan, i para ponerse en estado de rechazar otra espedicion. De esta órden nació la actividad con que don José Miguel comenzó los aprestos para asediar al enemigo en sus posiciones; pero, por desgracia, ese empeño venia demasiado tarde, cuando los realistas se habian fortificado i estaban prevenidos para sostener el sitio.

(11) Nota de Lastra, de 18 de junio de 1813.

CAPITULO VI.

I. Toma Sanchez el mando del ejército realista.—II. Se fortifica en Chillan, i organiza guerrillas.—III. La division del coronel Cruz cae prisionera.—IV. Se acerca a Chillan el ejército insurjente.—V. Comienza el asedio de la plaza.—VI. Accion del 3 de agosto.—VII. Incendio de la pólvora de la bateria avanzada.—VIII. Situacion respectiva de los dos ejércitos.—IX. Accion del 5 de agosto. X. Carrera intima rendicion a Sanchez.—XI. Levanta el sitio de Chillan.

I. La entrega de Concepcion, el feliz asalto de Talcahuano i la toma de las ciudades fronterizas no habian abrumado a los realistas de Chillan. Sus ánimos estaban connaturalizados con la desgracia; i ni la desmoralizacion de la tropa, que traia por resultado la desercion i el desórden, ni la pérdida de sus posiciones, que los privaba de sus recursos, bastaban a abatirlos. Estaban resueltos a defenderse miéntras les fuese posible, i todos los contratiempos que hasta entónces habian sufrido no eran capaces de hacerlos desistir de sus propósitos.

Ese espíritu de tenaz resistencia estaba dignamente representado por el coronel Sanchez, sucesor del brigadier Pareja. Una fiebre inflamatoria, que no pudo cortarse con los reducidos recursos médicos del campamento, llevó al sepulcro a este desdi-

chado jeneral en la tarde del 21 de mayo, despues de haber nombrado aquel sucesor para el mando de sus tropas.

La muerte de Pareja fué llorada en el ejército. Su carácter bondadoso i su espíritu superior le granjearon profundas simpatias entre los subalternos, i su fallecimiento causó un profundo pesar en toda la ciudad. Su cadáver fué sepultado en la iglesia de San-Francisco el dia 23, en medio de las lágrimas de su tropa, i de la pompa que los relijiosos del colejio de propaganda supieron preparar (1).

Pero Sanchez no se abatió un solo momento. Con ánimo firme se preparaba para la resistencia, i no perdia un instante en reunir elementos de guerra, no solo para sostener el sitio, sino tambien para tomar la ofensiva. En medio de la tosquedad de sus maneras i de su aparente ignorancia, fruto de una vida pasada toda entera en los campamentos, Sanchez poseia bastante penetracion i un buen juicio poco comun para desempeñar con tino el delicado puesto que ocupaba.

Frizaba en aquella época en los cuarenta i cinco años: era natural de la provincia de Galicia, i habia abrazado la carrera de las armas siendo mui jóven: en ella comenzó por los grados mas ínfimos de la milicia, de modo que su carácter se empapó desde luego con el espíritu de severidad i rijidez de un ejército moral i bien disciplinado.

Sin muchos esfuerzos llegó a ser un buen sol-

(1) *Informe sobre la conducta observada por los PP. Misioneros. Ms.*

dado de infanteria, tan intelijente en la táctica militar como fiel observante de la disciplina. Sanchez sirvió con el grado de sarjento en el rejimiento de "las tres armas," que creó en Madrid el coronel don Fernando de Abascal, virrei del Perú mas tarde, i mereció despues el favor i la proteccion del distinguido jeneral O'Really, que siempre lo tuvo a su lado con un empleo en la secretaría de ejército. Entónces vió el fuego de las batallas.

En 1795 llegó a Concepcion en clase de ayudante mayor del batallon de infanteria veterana, i con el despacho de capitan graduado. En breve Sanchez se hizo notable por la austeridad de su carácter, su celoso empeño en el fiel cumplimiento de sus deberes i por la firmeza de sus resoluciones. Sus compañeros de armas lo llamaban el *gallego*, no tanto aludiendo a su nacionalidad como a su obstinacion i porfia : con ese apodo se le conoció siempre entre amigos i enemigos durante la guerra de la independencia.

No fué en Chile mas feliz para sus ascensos que lo que habia sido en España. En 1810 era todavía capitan del mismo batallon ; pero léjos de manifestarse quejoso por esto, o de adherir a la revolucion, como otros muchos militares que se sentian agraviados por igual causa, Sanchez se declaró en Concepcion enemigo descubierto del cambio gubernativo de setiembre, a punto que las autoridades de la provincia juzgaron conveniente colocarlo en alguno de los fuertes fronterizos, alejándolo del sitio en que pudiese trabajar por una contra revolucion. En consecuencia se le dió el mando

de un piquete de tropa que debia guarnecer la plaza de Santa-Bárbara : allí permaneció hasta que el brigadier Pareja hubo ocupado a Concepcion (2).

II. Sanchez sin embargo no era de modo alguno un gran militar, i ni siquiera un valenton audaz: su mérito principal consistia en su porfiada tenacidad para la defensiva, i en un buen ojo para aprovechar sus elementos i escojer a los hombres de accion, sin los cuales mui poco habria podido hacer. Por desgracia de la revolucion, no escaseaban en su campo esa clase de servidores dispuestos a arrostrarlo todo en defensa de la causa por que pelean. Sin recursos para cubrir los sueldos a su oficialidad, Sanchez recurrió al único arbitrio que le era posible tomar en su situacion : era éste aumentar los grados de sus servidores por despachos que él firmaba, i que pretendia que fuesen ratificados por el virei del Perú.

Ellos debian ayudarlo poderosamente, ya que el destino lo habia obligado a encerrarse en una plaza desguarnecida e indefensa. Sin pérdida de momento habia activado la obra de fortificaciones i trincheras, i entre los subalternos encontró un hombre práctico, capaz de dirijirle esos trabajos : era éste el comandante de artilleria don José Berganza, que en pocos dias habilitó el fuerte de San Bartolomé, situado al sur de la ciudad, i lo puso en un respetable estado de guerra.

(2) El documento anteriormente citado da esta última noticia, que de allí toma el P. Martinez. Debo estos datos sobre Sanchez a los señores don Manuel Novoa i don Antonio M. Villavicencio : ambos lo conocieron de cerca.

Sanchez tambien contaba en aquella plaza con los abundantes ausilios que podian proporcionarle los padres misioneros, i con el vasto influjo de estos en el pueblo i en las milicias. Los relijiosos habian combatido la revolucion desde sus primeros dias, i esta los habia incomodado lo suficiente para que ellos se creyesen las primeras víctimas de la insurreccion. Juzgándose perseguidos, no economizaron sacrificios para combatir a sus perseguidores: hicieron de su convento un depósito de prisioneros, i sus graneros i bodegas, bien provistos de comestibles i vinos, estaban a disposicion del ejército. Con no ménos decision se empeñaban en probar con palabras acaloradas que la causa de Sanchez era la de Dios, representado en la tierra por el rei de España, Fernando VII, a quien locamente se queria despojar de sus prerogativas i dominios. "Desde este punto, dice un curioso documento de que se sacan estas noticias, el ejército i el colejio se miraban como un sólo cuerpo unido para sostener con la mayor pujanza la justicia de la causa (3)." La hacienda de los padres proporcionó a Sanchez considerables partidas de caballos, i los libros de la biblioteca del convento i los de los relijiosos suministraron papel abundante para hacer cartuchos. Para privar a los insurjentes del abrigo que podian encontrar en las habitaciones inmediatas a la ciudad, ellos dieron el primer paso a la guerra sin cuartel, incendiando el caserio de la hacienda de su propie-

(3) *Informe del P. Ramon sobre la conducta observada por los PP. Misioneros del colejio de Chillan. Ms.*

dad, denominada los Guindos, cuatro leguas al oriente de la poblacion.

No satisfecho ya con haber alentado los espíritus i reunido los elementos para sostenerse, Sanchez supo aprovecharse del desacierto del enemigo que lo dejaba en libertad para reorganizar su ejército i fortificar sus posiciones. Creyendo que miéntras Carrera tenia divididas sus fuerzas él podria obtener algunas ventajas de interes sobre sus partidas, concibió el atrevido proyecto de tomar la ofensiva, organizando guerrillas que debian observar los movimientos del enemigo, interceptarle las comunicaciones, tomarle algunos víveres i atacarlo cada vez que las circunstancias les fuesen favorables. Para esto montó en buenas cabalgaduras algunos piquetes de soldados escojidos de sus batallones, i les dió por jefes a varios oficiales de milicias conocedores del terreno, a los cuales juzgó aptos para el destino.

De este número eran don Ildefonso Elorreaga i don Antonio Quintanilla, españoles dependientes de comercio en Concepcion i oficiales de milicias de la provincia; don Luis Urrejola i don Juan Antonio Olate, chilenos comerciantes de Chillan, jefes tambien de milicias de este partido, i hombres decididos i entusiastas por la causa del rei (4).

III. Desde luego comenzaron esas guerrillas a inquietar a los insurjentes, aunque no con favorable resultado. Una que se dirijia a la frontera, fué bati-

(4) He tomado estas noticias de los guerrilleros de unos apuntes sueltos sobre esa campaña escritos en ingles por el jeneral O'Higgins.

da por la guerrilla insurjente del catalan Molina, enviada por O'Higgins.

Este contratiempo no desalentó a los realistas de Chillan. Don Luis Urrejola, que, como mas conocedor del terreno, dirijia las operaciones militares fuera de la plaza, concibió el proyecto de atacar la division que habia dejado Carrera a las órdenes del coronel Cruz. Relacionado de antemano con algunos oficiales i con un capellan de esta division, Urrejola se impuso perfectamente de las posiciones que ocupaba, del número de hombres que tenia, i del desaliento de los soldados en vista del abandono en que se les dejaba.

En realidad la situacion de Cruz no era mui lisonjera: la desercion habia diezmado sus filas, i la insubordinacion de la tropa produjo un motin contra los oficiales que obligó a este severo jefe a hacer pasar por las armas al soldado que lo encabezaba. Sin fuerzas con que imponer al enemigo, Cruz pasó mas de un mes sin recibir ausilio alguno, i tuvo que replegarse poco a poco hácia el norte, segun le habia encargado el jeneral Carrera.

Conocedor de estas circunstancias, Urrejola le habia incomodado en sus posiciones, i aun le habia tomado algunos prisioneros que fueron llevados a Chillan: pero noticiado por los espias que tenia en el campo de Cruz del abandono en que lo dejaba Carrera, dispuso un nuevo ataque, cuya ejecucion confió al esforzado capitan Elorreaga. Para esto le dió 114 fusileros i 100 milicianos, i a su cabeza salió de Chillan en la tarde del 30 de junio, dispuesto a caer sobre el enemigo en la mañana siguiente.

Elorreaga comprendió mui bien lo que debia hacer: para mejor ocultar sus movimientos a los parciales de Cruz, que podian informarlo de su salida de Chillan, finjió dirijirse al sur, hasta que entrada la noche cambió de rumbo, i se acercó al Ñuble con el objeto de cruzarlo. La lluvia que no habia cesado en todo el dia habia engrosado su corriente, al paso que la oscuridad hacia sumamente difícil el descubrir el vado; pero sin vacilar un instante se metió al rio, i llegó ántes de amanecer a la hacienda de don Juan Manuel Arriagada, en cuyas casas estaba acampado el coronel Cruz.

Habia dividido este sus fuerzas en dos cuerpos, que ocupaban dos edificios separados por cerca de una milla. Elorreaga, que estaba informado de las posiciones que ocupaba, dividió igualmente sus fuerzas en dos partidas, i, dando el mando de una al capitan Quintanilla, le encargó que atacase a Cruz, miéntras él se dirijia contra el otro cuerpo que mandaba el capitan don Pedro Nolasco Victoriano. Sus providencias, como se ve, eran dictadas con perfecto conocimiento de la situacion del enemigo, i no podian dejar de ser mui acertadas.

En efecto, los soldados de Cruz fueron sorprendidos cuando apénas amanecia, i su jefe, que no se hallaba en estado de presentar resistencia alguna, tuvo que rendirse a discrecion. La traicion lo habia vendido al ejército realista, i una inesperada sorpresa lo puso en manos de sus enemigos.

Elorreaga, sin embargo, no fué tan feliz en la parte que le cupo en aquella empresa. Apercibido por el valiente Victoriano, preparó este una resis-

tencia tenaz con que destrozó la primera partida que al cargo del guerrillero Cháves se acercó a sus posiciones. Colocó ventajosamente a sus fusileros, i comenzó un fuego graneado bien dirijido : de la primera descarga hizo morder el polvo a Cháves i a siete de los suyos, obligando al resto a replegarse. Elorreaga, que se veia perdido, reunió sus fuerzas, i se acercó mañosamente al edificio en que estaba atrincherado Victoriano, poniéndose a cubierto de las balas detras de una murilla : desde allí ganó el corredor de la casa i no pensó mas que en asaltarla i ponerle fuego. Forzoso le fué entónces al esforzado Victoriano entregarse al enemigo, como lo hizo despues de obtener una capitulacion honrosa, que Elorreaga violó inmediatamente.

Toda la division quedó prisionera del jefe realista, con la sola excepcion de treinta hombres que, a las órdenes de don José Ignacio Quezada, se hallaban en las inmediaciones, i de los heridos a quienes inhumanamente dejó tirados en el campo. En el mismo dia dió la vuelta a Chillan, conduciendo a Cruz i Victoriano con todos sus soldados ; i apesar de la lluvia incesante que cayó todo el dia, entró al pueblo ántes de oscurecerse.

Allí fué recibido como si hubiese alcanzado un triunfo espléndido i completo sobre el enemigo : los repiques de campanas i una gran iluminacion anunciaron al pueblo la victoria que se acababa de obtener, miéntras se preparaban estrechos calabozos para los prisioneros. Para mayor castigo de estos, se hizo entrar al coronel Cruz desnudo i en un mal ca-

ballo, que excitaba la risa del pueblo agrupado en las calles, para ver pasar al vencedor.

El activo Elorreaga mereció los elojios de toda la poblacion por el feliz éxito de la empresa : en ménos de veinte i cuatro horas i en medio de un temporal deshecho habia cruzado dos veces un rio caudaloso, batido i capturado fuerzas superiores a las suyas, i desvanecido en gran parte el desaliento que produjeron los triunfos de los insurjentes(5).

IV. Carrera recibió esta noticia cuando ya se dirijia a Chillan a poner el sitio, i se resolvió a estrechar desde luego al enemigo para evitar mayores males. Con este objeto, dió órden a las otras divisiones de su ejército de acercarse a Chillan, i despachó al capitan de la Gran guardia don José Maria Benavente con cien hombres a guardar el vado de Cocharcas en el Ñuble, e impedir a las partidas realistas el paso al canton del Maule. El mismo siguió avanzando a juntarse con el resto del ejército, con la lentitud a que lo obligaba la prudencia, para no verse atacado por las partidas realistas: solo el 11 de julio pasó el Ñuble, favorecido por las guerrillas de los capitanes Prieto i Serrano.

Las otras divisiones habian pasado el Itata en los primeros dias de julio, burlando o atacando a las guerrillas enemigas que quisieron oponerse a su paso. El dia 7 lo cruzaron las últimas partidas, i el siguiente

(5) Torrente dá algunos detalles de esta expedicion en el tomo 1°. cap. XXVIII de su *Historia de la rev. hisp. am.*, que no he querido apuntar en el testo por que esta parte de su obra abunda en inexactitudes, i no he encontrado mas datos autenticos que los que dejo asentados.

todas ellas se hallaban acampadas a dos leguas de Chillan, en las casas de Fonseca. Desde allí salieron los coroneles don Luis Carrera, Mackenna i O'Higgins, i el cónsul Poinsett, acompañados por 180 fusileros con el fin de reconocer la plaza; i aunque una partida enemiga quiso estorbarlo, abandonó el campo perdiendo dos de sus soldados, i dejando prisioneros otros dos. Mackenna aprovechó esta escursion para levantar un plano del campo destinado a ser teatro de la guerra que le pedia el jeneral Carrera. — El 10 avanzaron, por órden de este, a ocupar la altura de Collanco.

Don José Miguel llegó al campamento el 11: venia con la division de reserva que habia organizado en Talca el coronel Vial i dos cañones de a 18, para comenzar el sitio de la plaza. El mismo, acompañado del cónsul Poinsett, recorrió el terreno para reconocerlo, desatendiendo asi el plano que habia levantado el cuartel-maestre Mackenna. Desde entónces no pensó mas que asediar a Chillan, para lo cual reconcentró todas sus fuerzas en Collanco, esperando tan solo los cañones de a 24, que habia sacado de Concepcion, para comenzar las hostilidades.

Dificultades invencibles para hombres ménos decididos que los soldados que componian el ejército insurjente habian retardado el arribo de esos cañones. Las repetidas i prolongadas lluvias de ese crudísimo invierno habian cortado los caminos mas llanos i transitables; i para mayor trabajo las carretas que los conducian marchaban por laderas escarpadas que hacian sumamente difícil su tránsito. Por contentos i satisfechos se daban sus conducto-

res si caminaban dos leguas en un dia, i si no tenian que emplear largas horas en sacar las carretas de un atolladero de barro que diezmaba a los bueyes i caballos.

Para colmo de males, el enemigo sabia que se esperaban esos dos cañones, i aguardaba la oportunidad de posesionarse de ellos. Miéntras Carrera avanzaba a las márjenes del estero Maipon, un cuarto de legua de Chillan, para estrechar mas i mas a Sanchez, las guerrillas de este salian frecuentemente de la plaza por la parte del sur, para quitarlos. El jeneral en jefe, que fué informado de sus intenciones por un espía, despachó a su hermano don Luis con una division a protejer los cañones, i al fin llegaron al campamento el dia 25 de julio. Con ellos el ejército insurjente podia comenzar las operaciones del sitio.

V. No tardó mucho, en efecto, el jeneral Carrera en dar principio. El siguiente dia 26 sus guerrillas ocuparon las alturas del lado suroeste de la poblacion, i en la noche construyó el cuartel-maestre Mackenna, a una distancia de 1500 varas de la plaza, la primera batería con salchichones i sacos rellenos. Detras de ella se acampó el ejército, aunque una parte se estendió sobre una lengua de lomas que avanzaba hácia la plaza: sus flancos estaban resguardados por dos grandes pantanos o pajonales, de modo que si bien en aquella posicion tenia que sufrir los terribles estragos de un crudísimo invierno, estaba defendido contra una sorpresa de los realistas. Desde ese momento Carrera podia impartir la órden de principiar el fuego contra la plaza.

Sin embargo, este no comenzó. Enorgullecido el jeneral patriota, con las ventajas de su posicion, creyó que una intimacion suya al cabildo de Chillan decidiria a esa corporacion a dar algunos pasos para evitar los estragos del sitio i el fuego que pensaba ponerle. Con esta mision entró a la plaza el teniente coronel don Francisco Calderon; pero tuvo que volver al campamento sin contestacion alguna: don Antonio Adriazola, que la trajo el siguiente dia, aseguró que apesar de la terca negativa del cabildo i de Sanchez para rendirse, no le parecia difícil hacer una capitulacion ventajosa para ambos ejércitos.

Preciso fué entónces comenzar las hostilidades. En consecuencia, a las tres de la tarde del dia 29, mandó Carrera romper el fuego de artillería; i el ejército vió con gran contento que sus tiros alcanzaban sobradamente a la ciudad, a tal punto que las dos primeras balas fueron a caer a la plaza misma. El castillo de San-Bartolomé contestó con bastante acierto, pues obligó a la parte avanzada del ejército insurjente a replegarse detras de la batería. Desde entónces el cañoneo continuó hasta el anochecer, sin causar grave daño a ninguno de los dos ejércitos.

No satisfecho con esto, el jeneral Carrera pensó ordenar el asalto del castillo en la noche, i sin duda lo habria emprendido sin la desconfianza que le inspiraba la falta de disciplina de la tropa. Por esta causa, se contentó con mantener el fuego de cañon el siguiente dia, i aun pretendió hacer efectiva la amenaza que habia hecho al cabildo de Chillan, de incendiar el pueblo si no se rendia el ejército realista.

Con este objeto se le dieron al coronel O'Higgins 800 soldados de infanteria, i 80 al capitan don José Maria Benavente: debian entrar a la ciudad por el sur i norte i prender fuego a algunas casas, despejando así el camino que precisamente debia de andar el ejército para penetrar en la ciudad.

Esta operacion fué desempeñada felizmente por esos jefes durante la noche, sin ser notados del enemigo. Pero no satisfecho O'Higgins con haber allegado el fuego a algunos edificios de los arrabales del pueblo, avanzó a atacar al enemigo en sus mismas trincheras, hasta que, despues de un corto tiroteo, al que puso término el amanecer, tuvo que retirarse a su campo. El enemigo lo habria perseguido si no hubiesen salido del campo insurjente algunas partidas a sostenerlo.

VI. La mayor parte de los jefes patriotas se hallaban animados de los mismos sentimientos que el coronel O'Higgins de atacar cuanto ántes al enemigo para concluir la campaña. El sitio de Chillan costaba muchos sacrificios desde sus primeros dias, para que se mirasen con ojo indiferente los sufrimientos sin término que habian molestado a la tropa. Las lluvias incesantes habian convertido en barriales toda la campiña, i los terribles vientos que les acompañaban destrozaban las tiendas i ponian al soldado fuera del abrigo que ellas podian proporcionarles. Las caballadas sufrian cuanto es dable: por una imprevision de los jefes no se habia conducido forrajes al campamento, de modo que la intemperie vino a diezmarlas cuando ya se hallaban aniquiladas por el hambre.

El ejército patriota, por otra parte, no era bastante poderoso para poner un sitio en regla, i ni siquiera para cercar malamente la plaza. Habia ocupado una altura, desde la cual dominaba un solo punto del pueblo; de modo que su posicion, mas que la de un sitiador, era la de un ejército mal alojado, que tiene en frente otro que disfruta de las comodidades de que él carecia. Sus municiones no eran abundantes, i los víveres comenzaban a escasear en el campamento, por mala disposicion de los jefes, pues en el canton del Maule se encontraban los convoyes que remitia el gobierno de Santiago.

Carrera mismo conocia perfectamente su situacion, i adheria al parecer de sus subalternos de estrechar al enemigo, ya que se habia empeñado el ejército en esta empresa. Los coroneles Mackenna i O'Higgins, que habian desaprobado el proyecto del jeneral en jefe como intempestivo, eran ahora los mas obstinados en atacar la plaza ántes que los estragos del invierno esquilmasen el ejército, como ellos lo habian previsto. En conformidad con el parecer de estos i el suyo propio, Carrera dió la órden de acercar sus baterias i estrechar el sitio de la plaza, que tan poco habia avanzado hasta entónces.

Mackenna era el injeniero con que contaba para estas operaciones. En efecto, en la noche del 2 al 3 de agosto, este jefe, acompañado de los coroneles O'Higgins i Spano, i del sarjento mayor Oller, fué a situarse en una altura distante solo tres cuadras de la plaza. Allí colocó una bateria de seis cañones defendida por un ancho foso que hizo abrir, i le

dió 500 infantes para su custodia: un camino encubierto en cuanto era posible debia mantener la comunicacion entre ella i el resto del ejército. Confióse el mando jeneral de ella al coronel O'Higgins, i el de los infantes i artilleros a Spano i Oller.

Este trabajo se concluyó al amanecer del dia 8. A esa hora se apercibió Sanchez de la proximidad del enemigo, i, conociendo cuánto significaba la actividad del enemigo, despachó inmediatamente una columna de infantería, al mando del valeroso Elorreaga i del coronel Carvallo. Viendo estos que no podrian acercarse impunemente a la batería, recurrió a la estratajema de presentar su tropa con los fusiles boca abajo, con las apariencias de querer rendirse; pero descubiertos sus propósitos cuando ya se hallaba a mui corta distancia de los cañones, Spano mandó romper el fuego de fusilería, que fué en breve contestado por la columna realista. La accion fué bien sostenida por ambas partes, pero costó la vida del mayor de artillería don Hipólito Oller i del bizarro capitan de la misma arma don Joaquin Gamero, que denodadamente preparaban sus cañones contra el enemigo: allí tambien sucumbió el capitan de milicias don Juan José Ureta. Elorreaga, sin embargo, no se atrevió a cargar a la bayoneta, i empleó cerca de una hora en el ataque sin resultado alguno, apesar de haber sido reforzado con el batallon de Valdivia que mandaba don Lúcas Molina, i el de Chiloé a las órdenes de su comandante don José Hurtado.

Carrera veia todo esto desde la otra batería, que estaba mas retirada de la plaza, i reunia tropas con

que atacar la columna realista. Su hermano don Luis se puso a la cabeza de una gruesa partida de caballería para cargar sobre el enemigo por el flanco izquierdo, i el cuartel maestre Mackenna reunió 400 infantes con que avanzó en buen órden para tomarlo por la derecha. Inútil fué el cañoneo del reducto de la plaza i de dos piezas que los realistas habian colocado fuera del recinto de la poblacion: don Luis Carrera, contra cuyas fuerzas iba dirijido, avanzó con gran serenidad apesar de las pérdidas que esperimentaba, i habria cortado el paso a la columna de Elorreaga, que se empeñaba obstinadamente en acercarse a la batería de O'Higgins, si el prudente Sanchez, que veia comprometidas sus fuerzas, no hubiese mandado tocar retirada. Forzoso les fué volver a la plaza en gran dispersion i sin haber conseguido sus designios. Solo Hurtado con su batallon sostuvo el fuego en la retirada, i esto desde unos caserios que le servian de trinchera.

Los patriotas, sin embargo, léjos de intimidarse por el fuego de los dos cañones que Sanchez tenia en el campo, persiguieron a la columna de Elorreaga hasta dentro de la ciudad. O'Higgins, sobre todo, supo mostrarse digno del puesto que se le habia confiado: seguido de los infantes de la trinchera, que lo distinguian entre todos los jefes por una manta colorada que usaba de propósito, salvó audazmente el foso esterior que habian abierto en la noche, i entró a la plaza casi al mismo tiempo que el enemigo. En su persecucion llegó hasta la trinchera principal de Sanchez, situada en la calle de Santo Domingo, que intentó tomar por

asalto. Sus soldados, con no menor audacia, ponian fuego a los edificios inmediatos, i avanzaban atrevidamente por los tejados con ánimo de ocupar la ciudad.

El jeneral en jefe, entre tanto, veia con pesar el curso que habia tomado la accion. Sin conocer las peripecias i ventajas de una lucha, que solo veia a la distancia Carrera temió por la suerte del ejército. En su juicio las tropas no se hallaban en estado de dar el asalto a la plaza porque carecian de disciplina, i preveia solo desastres del ataque de O'Higgins. A fin de evitarlos, despachó a su edecan don Manuel Serrano a ordenarle que se replegase al campamento; pero los militares patriotas, envanecidos con sus ventajas, se negaron a obedecer, esperanzados en que podrian posesionarse de la trinchera i ocupar en poco tiempo mas la plaza. Alentados de un valor sobrenatural, no economizaban sacrificios para penetrar en la ciudad, i hasta se hallaban resueltos a desobedecer las órdenes de su jeneral.

Nada de esto calmó la desconfianza de Carrera i temiendo un desastre, insistió en que debian retirarse, i dió nuevamente la órden de abandonar la ciudad. Forzoso les fué a los jefes patriotas desistir de sus intentos, i abandonar una empresa en que se hallaban tan empeñados, cuando ya creian asegurado el triunfo: el calor de la batalla habia dado a ese puñado de valientes una enerjia superior para soportar las fatigas del ataque, i al regresar al campamento volvian quejosos de la órden del jeneral. O'Higgins, que habia sido el primero en sofocar su arrojo por obedecer a su jefe, no satisfecho sin

embargo con haber obligado al enemigo a encerrarse en la plaza, meditaba algun golpe de mano que indemnizase a la patria de las pérdidas del dia. A su vuelta a la trinchera, encontró un escuadron de caballeria de milicias que mandaba don Fernando Urízar, i pudo resolver a este jefe a dirijirse al castillo de San-Bartolomé a intimarle rendicion; pero recibido a cañonazos, tuvo que volver al campamento patriota despues de haber puesto su vida en inminente riesgo, i dejando en el campo algunos de los suyos.

Este primer ataque del sitio no mejoró la condicion de ninguno de los dos combatientes. Cada ejército tuvo sus pérdidas considerables, i el de Carrera la de tres oficiales: pero era este ejército el que habia combatido con mayor denuedo en la pelea, i él que estuvo mas inmediato a la victoria. Entónces se creyó que sin la órden de Carrera, O'Higgins habria concluido la campaña en ese dia.

VII. Mas no fué este el único combate de aquel dia. Apénas habian vuelto los soldados insurjentes a sus posiciones, cuando se supo que una partida realista, a las órdenes del guerrillero Olate, bajaba de la montaña conduciendo ausilios a la plaza. Inmediatamente salió en busca suya don José Maria Benavente al mando de la Guardia jeneral, i con ella sostuvo un choque, en el cual le quitó algunos prisioneros, que llevó al jeneral Carrera para que los examinara. Ocupábase en esto cuando fué informado de que el enemigo salia nuevamente de la plaza por el punto llamado el Tejar, al norte de la poblacion.

En efecto, Sanchez no habia podido resignarse a dejar sin castigo la audacia de las tropas de Carrera; i temiendo ademas un ataque formal por la noche, quiso precipitar los sucesos i provocar al enemigo. A las cuatro de la tarde salió por el punto indicado el batallon de Valdivia mandado por su jefe don Lúcas Molina: estendió este su línea a inmediaciones del pueblo, i despachó algunas partidas a atacar la bateria de reserva, colocada entre el Tejar i la bateria que mandaba O'Higgins. Allí se hallaba el valiente capitan de artilleria don Bernardo Barrueta, que con arrojo mas que natural defendió por largo tiempo sus cañones; pero habria tenido que sucumbir al mayor número si no hubiese sido reforzado por el coronel O'Higgins. Juntando este algunos granaderos de su bateria i las milicias de caballeria que pudo reunir, cargó contra el enemigo sin intimidarse por el fuego de la ciudad, que hacia grandes estragos en sus filas. La accion fué reñida: los fuegos de fusil i de cañon eran contestados por una i otra parte: la caballeria insurjente estuvo arrollada un momento en los pajonales i pantanos, pero rehaciéndola prontamente, supo el valeroso O'Higgins defender con heroismo la bateria amenazada.

Un accidente desgraciado vino a llamar la atencion de patriotas i realistas hacia otro punto. Cuando O'Higgins i Molina se hallaban mas empeñados en el combate, una bala del castillo San-Bartolomé cayó sobre el armon de una pieza de la bateria avanzada, e incendió la pólvora que contenia, i esta la demas del repuesto i hasta las cartucheras de

los soldados. Levántose una columna de fuego i humo en medio de una espantosa esplocion i de un terrible estruendo, que atrajo las miradas de ambos ejércitos hácia aquel punto. Los gritos de los moribundos i los movimientos desesperados de los heridos, que se creian víctima de una traicion, vinieron en breve a aumentar la confusion jeneral en la bateria, i la presencia del enemigo, que quiso aprovecharse de tan triste circunstancia, puso en gran peligro la suerte del ejército de la patria. Miéntras las fuerzas, que habian marchado a las órdenes de O'Higgins a defender la bateria de reserva, volvian al campamento patriota a prestar sus servicios en el punto en que mas se necesitaba de ellos, las tropas de Molina se movieron con gran precipitacion para caer sobre la bateria avanzada.

En aquellas circunstancias todo el ejército desesperó de su salvacion. Tan inesperada desgracia, i la actividad del enemigo para aprovecharse de ella introdujeron el desaliento por todas partes: pero por fortuna habian salvado en los fosos de la bateria algunos artilleros, el capitan Morla i los tenientes Millan, Laforest, Cabrera i Vazquez, que con valor estraordinario organizaron una vigorosa resistencia en medio de la confusion i del desórden que reinaba en ella. Don Antonio Millan, particularmente, viéndolo todo perdido, llenó con metralla uno de los cañones de a 24, i descargándolo en buena oportunidad sobre la columna mas avanzada, hizo tan terrible estrago que la obligó a replegarse. Las municiones, sin embargo, comenzaban a escasear, i habria esta falta reducido a la inaccion a ese puñado de héroes,

a no llegar el coronel O'Higgins, con un refuerzo de cartuchos, i de hombres con que venia a tomar parte en el combate.

El ataque fué sostenido entónces con valor i denuedo por el jefe realista. Carrera llegó a creer perdida la bateria, i dió repetidas órdenes de desistir de todo empeño para defenderla, encargando que clavasen los cañones, o mandando bueyes para retirarlos; pero los oficiales que la sostenian, desobedecieron sus órdenes, i supieron mantenerse en sus puestos, hacer volver caras al enemigo i perseguirlo tenazmente hasta la plaza. El teniente de granaderos don Francisco Barros, no contento con ver a los realistas dentro de la ciudad, saltó las trincheras seguido de algunos soldados i apoyado por las guerrillas de caballeria, los persiguió por las calles de la poblacion. Algunas partidas de dragones, una de las cuales mandaba el teniente don Venancio Escanilla, atravezaron la ciudad de un estremo a otro, i vinieron a juntarse con el ejército. Los defensores de la bateria pidieron empeñosamente a O'Higgins que los llevase a la plaza; pero como muchos de los soldados que asi hablaban estaban embriagados con el aguardiente que les habia hecho repartir en los primeros momentos, supo eludirse con prudencia a fin de evitar mayores desgracias.

Mucho tiempo pasó ántes que pudiese restablecerse el órden en el campo insurjente. Entónces se comenzó a transportar los heridos i quemados, que ascendian a ciento poco mas o ménos: entre ellos se contaban el valiente coronel Spano, el capitan Rencoret i el subteniente Currel: la pól-

vora habia ennegrecido de tal modo sus rostros, que era casi imposible conocerlos. No fué mas reducido el número de los muertos; entre estos se contaba el alferez de artilleria Zorrilla, i el cadete Fernandez.

VIII. Estas pérdidas fueron tambien considerables por parte del enemigo; pero sus tropas tenian en la plaza cuarteles resguardados de la lluvia i de la intemperie, miéntras los soldados de Carrera permanecian en un campo abierto, espuestos á la inclemencia de la estacion, i faltos de forrajes para sus caballos. En la ciudad, por otra parte, no se hacian sentir los sinsabores de la guerra, ni las amarguras de un sitio: si bien es cierto que la poblacion estaba espuesta á caer en poder de los patriotas, el ejército de Sanchez i el pueblo entero estaban mui alentados para desfallecer por los contratiempos del dia 3.

Contribuian poderosamente para mantener el espíritu público los padres del colejio de misiones. Altamente empeñados en el triunfo de Sanchez, esos relijiosos no economizaban dilijencia alguna para mantener bien alimentado a su ejército, i para excitar su ardor en defensa de la causa del rei. Miéntras las tropas se batian, ellos abrian su templo, i entonaban los cánticos de la iglesia para alcanzar de Dios el poder de arrollar a los insurjentes.

Este espectáculo enfervorizaba a los soldados, i los hacia soportar gustosos las fatigas de la guerra. Esos cuerpos, que se habian negado a pasar el Maule al principio de la campaña, se batian ahora con un arrojo que rayaba en heroismo, i llevaban á or-

gullo desafiar el peligro. No contentos algunos jefes subalternos con prestar el servicio ordinario de la plaza, habian solicitado i obtenido comisiones arriesgadas en varios puntos de las inmediaciones. Algunos de estos subalternos, al frente de su guerrilla, salian en busca de ganado, en compañia muchas veces de alguno de los relijiosos de Chillan, que, como mas conocedores de las localidades, prestaban los buenos servicios de guias i consejeros.

Uno de los mas audaces entre esos guerrilleros, don Mariano Cañizares, fué despachado por Sanchez a interceptar un convoi de municiones i pólvora que esperaba el jeneral Carrera para su ejército. Cañizares supo ocupar una posicion ventajosa en un vado del rio Itata, distante nueve leguas del campamento patriota: allí esperó el convoi, i sin mucho trabajo, favorecido por su posicion, batió el dia 4 a sus conductores, i se apoderó de las municiones que llevaban al ejército. No siéndole posible llevarlas todas a Chillan, arrojó una parte al rio, i entró con el resto a la plaza, en donde se comenzaba a necesitarlas.

En el campo de Carrera se necesitaba tambien de ese socorro, i se esperaba su arribo con vehementes deseos. El mismo dia 4, el jeneral en jefe hizo una revista de municiones, i pudo ver que si aun le quedaban once mil cartuchos de fusil i mui pocos para los cañones de 24, no bastaban estos para continuar el sitio, si se repetian los ataques. Como una de las piezas de mayor calibre se habia inutilizado el dia anterior, mandó deshacer algunos cartuchos para proveer a las piezas volantes, i despa-

chó al coronel Mendiburu i al mayor de órdenes Calderon, para que apresurasen la marcha de los ausilios: este último avisó en breve la desgracia ocurrida a orillas del Itata.

Para mayor daño del ejército insurjente, el fuego de cañon se sostuvo ese dia por ambas partes, obligando a los patriotas a consumir sus municiones sin ventaja alguna. Los dos ejércitos estaban bastante estropeados para intentar un nuevo ataque, de modo que pasaron todo el dia en sus respectivos campamentos sin intentar empresa alguna. La inaccion de ese dia era solo una tregua que ambos ejércitos se daban sin pedírsela i por interes propio.

IX. En la noche se tuvo noticia en el campo patriota de que Sanchez preparaba un nuevo ataque a la bateria avanzada. Deseoso de concluir una campaña que le costaba ya bastantes sacrificios, el jefe realista se habia atrevido a tomar la ofensiva, miéntras Carrera se defendia en sus posiciones sin aventurar empresa alguna contra la ciudad.

Con este aviso, Mackenna trabajó en la bateria desde el amanecer para ponerla a cubierto de toda tentativa del enemigo. Pero las fuerzas realistas sin embargo no atacaron tan temprano como se habia anunciado, i algunas partidas de caballeria insurjente fueron a incomodarlas en sus posiciones.

No tardó mucho Sanchez en hacer salir sus tropas. Una columna de mas de 200 hombres, mandada por el valiente coronel D. Lúcas Molina, salió de la ciudad, i avanzó hacia la bateria, haciendo sus fuegos, aunque con la intencion visible de cargar a la bayoneta. Encontrábase separada de ella por

mui corta distancia, cuando cayó el coronel Molina, mortalmente herido por una bala de fusil que le entró en la cabeza; pero sus soldados sin desordenarse por este contratiempo, marcharon denodadamente dispuestos a asaltar la bateria. Allí fueron contenidos por los patriotas. En vano fué que Sanchez reforzase sus tropas con otras partidas, porque el denuedo con que eran defendidos los cañones, i las medidas que habia tomado por la mañana el cuartel maestre Mackenna les opusieron una valla insuperable. Durante el ataque, que fué bastante récio, el comandante don Luis Carrera, que se hallaba en la bateria, se condujo como un bravo: se le vió organizar la resistencia en medio del peligro con ánimo esforzado, i esponer su cuerpo a las balas del enemigo.

Don José Miguel, que veia el combate desde una altura retirada, quizo aprovechar esta circunstancia para intentar la toma de la ciudad. Mandó reunir con este objeto algunas partidas de infantes i jinetes, i les dió la órden de entrar a la plaza, dejando a las fuerzas realistas empeñadas en la toma de la bateria: pero Sanchez, que tambien veia desde alguna distancia lo que ocurria, dió repetidas órdenes para que volvieron sus cuerpos a defender la plaza, amenazada por las partidas insurjentes que entraban por las calles, poniendo fuego a los edificios, i saqueando cuanto encontraban. El combate se empeñó en el pueblo mismo, pero con mui poco provecho para los patriotas: la poblacion entera se habia armado contra los agresores, i hasta las mujeres i niños, hostilizaban crudamente a los insurjentes con palos

lanzas i machetes, mientras los soldados descargában sobre ellos sus fusiles. En vista de tan tenaz resistencia les fué forzoso retirarse dejando muertos muchos de los suyos: el comandante don Fernando de la Vega, que tuvo la audacia de penetrar en la plaza por el lado del oriente, esto es el punto opuesto al que ocupaba Carrera, se encontró aislado, i tuvo que rendirse con veinte i siete soldados de su partida. Para mayor desgracia, se habia estendido la voz entre los insurjentes de que el ataque de la bateria era únicamente un movimiento estratéjico de Sanchez para llamar a la plaza a las partidas enemigas, i batirlas una vez que estuviesen encerradas: este temor apresuró la retirada de las tropas de Carrera.

Esta nueva jornada fué, como las anteriores, sin resultado alguno para la terminacion de la guerra. La perdida fué casi igual por ambas partes, i si bien los realistas tuvieron que lamentar la del comandante Molina, militar tan valiente como esperimentado, los patriotas sufrieron la del bizarro teniente Laforest, muerto heroicamente en el servicio de los cañones de la bateria avanzada.

X. Grandes sacrificios costaba el sitio al ejército de Carrera a los tres dias de estrechado. Los rudos ataques que habia sido necesario sostener, el incendio de la pólvera, i los estragos que hacia entre sus soldados i caballos la cruda estacion habrian abatido a militares ménos esforzados que los que formaban el ejército chileno; pero si el desaliento no cundia en las filas que empezaba a diezmar la muerte i la desercion, el jeneral Carrera creyó que sus tropas no podian sostenerse mucho tiempo mas en aquel punto;

Habia encontrado en la plaza mayor resistencia de la que esperaba, habia visto que el ejército que creia inerme i próximo a rendirse tomaba atrevidamente la ofensiva en vez de esperar que se le atacase en sus posiciones, i no se hallaba dispuesto a seguir combatiéndolo cuando tenia en contra suya tan grandes desventajas.

El mejor arbitrio que su inventiva le sujirió en aquellos momentos fué el de intimar nuevamente rendicion al enemigo. El ejército realista habia sufrido tambien mucho en esos pocos dias, i el pueblo de Chillan tenia ya grandes males que lamentar, para que no se hallase inclinado a aceptar la paz; pero Carrera, que conocia mui bien todo esto, no queria pedir una tregua, ni un tratado razonable, sino llana i simplemente que saliera del territorio chileno del ejército que comandaba Sanchez.

Con esta mision entró a la plaza el teniente coronel don Raimundo Sessé. Llevaba al jefe realista un oficio suscrito por Carrera, en que le ofrecia sus recursos para facilitar el embarco de sus fuerzas si se avenia a entregarle inmediatamente las armas: en él le hablaba del valor con que se habian batido las tropas patriotas, de los recursos con que estas contaban i de los refuerzos que esperaba de Santiago. Pero léjos de intimidarse por esas palabras, Sanchez ni aun contestó al oficio; i para manifestar al parlamentario las ventajas de su situacion, recurrió a todos los estratajemas del caso, recibiendole con gran formalidad, i dejandole traslucir que la plaza estaba tan bien guarnecida como fortificada.

Apenas hubo vuelto Sessé al campamento,

llegó el padre Fr. José Amirall, secretario i capellan jeneral del ejército realista, conduciendo un oficio de Sanchez. Manifestabase en él dispuesto a celebrar un tratado, pero sobre bases enteramente opuestas a las que le proponia el jeneral Carrera; era segun él tan grande su superioridad i ventaja que juzgaba intempestivas i desacordadas la oferta i las consideraciones en que la apoyaba, creyéndose él tambien vencedor en los combates anteriores, i en mejor pié para proseguir la campaña. Decia que no le era posible tratar bajo otra base que no fuese dejarlo dueño de las provincias del sur hasta el Maule, pudiendo tambien Carrera pasar este rio, i quedar dueño de las provincias septentrionales. Debian suspenderse las hostilidades por el término de seis meses para que el virey del Perú i el gobierno de Santiago celebrasen un convenio, a que se someterian ambos ejércitos. Pero distando tanto de estar acordes las exijencias de uno i otro, el padre Amirall volvió a Chillan en la misma tarde, sin mas contestacion que la obstinada negativa del jeneral chileno.

XI. En vista de esta imposibilidad para entrar en negociaciones, cada cual de los jenerales celebró en su campo esa misma noche junta de guerra para tomar consejo de sus jefes, sobre lo que deberia hacerse. En la que celebraron los realistas en Chillan se convino, despues de corto tiempo, en que debia sostenerse el ejército en la plaza hasta el último trance; puesto que poseian buenos cuarteles, municiones i viveres, mientras el enemigo estaba espuesto a la intemperie i comenzaba a carecer de estos

artículos. Por último resultado se avinieron todos en despachar al campamento insurjente al teniente coronel Carballo llevando un oficio de Sanchez, en que este jefe se negaba a toda avenencia.

Mui diverso fué el resultado de la junta de guerra celebrada en el campo patriota. Allí no se habló mas que de levantar el sitio ántes que sucumbiese el ejército, diezmado ya por los combates i la desercion. Segun se espuso en la junta, la situacion del ejército era tristísima: el hambre habia comenzado a hacer horribles estragos en sus filas, i la desnudez del ejército se hacia mas i mas amenazante. El campo estaba sembrado de cadáveres i caballos, los ausilios que se esperaban habian caido en poder del enemigo, i la inclemencia de la estacion, léjos de ir a ménos con la proximidad de la primavera, hacia cada dia mayores estragos en el campamento El cuartel maestre Mackenna fué el único que se opuso a este dictámen; manifestó que lo consideraba mui desacordado, porque el enemigo que segun él estaba en situacion semejante, debia caer sobre el ejército insurjente tan pronto como intentase retirarse, i que no creia posible la resistencia en esas circunstancias; pero como su voz no tuvo éco en la reunion, él mismo se prestó gustoso a tomar algunas providencias para hacer mas segura i fácil la retirada.

La primera dilijencia de Mackenna fué ver al coronel O'Higgins para convenir entre ambos el mejor modo de retirar la bateria. No queriendo este abandonar el punto cuya custodia le estaba confiada en una noche en que el enemigo podia intentar sor-

prenderlo, se abstubo de asistir a la junta; pero al saber que se habia acordado retirarse el dia 7, desaprobó acaloradamente esa resolucion, manifestando que sus soldados, cansados ya por tanto sufrimiento, no se hallaban en situacion de sostener en campo raso un ataque inevitable, desde que el enemigo se apercibiese de su retirada.

Por estas razones se acordó retirar la batería en la misma noche i con el mayor sijilo. Favorecido por algunas compañias que destacó el jeneral en jefe, O'Higgins movió los cañones i bagajes, i fué a situarse en el cuartel jeneral del ejército. El enemigo que durante el dia habia sacado algunas partidas para inquietar a los insurjentes, observaba sus movimientos, pero no se atrevió a salir de sus trincheras temeroso de una asechanza, i aun que en la mañana siguiente ocupó el lugar en que habia estado situada la bateria volvió luego a la plaza, sin intentar un ataque al campamento.

El movimiento, como se vé, se ejecutaba con bastante prudencia, abandonando poco a poco el terreno que habian ocupado el ejército: en el cuartel jeneral permaneció este dos dias mas, que se emplearon en ciertos arreglos necesarios para proseguir la retirada. A fin de emprenderla con menores embarazos despachó Carrera a Cauquenes al mayor jeneral don Juan de Dios Vial conduciendo los enfermos, que llevaban a hombros los soldados de milicias.

Sanchez, sin embargo, no desperdició esta oportunidad que le presentaba la retirada del enemigo para intentar nuevas empresas fuera de la plaza. El mismo dia 8 hizo salir de Chillan al atrevido guer-

rillero D. Mariano Cañizares, que tan bien se habia conducido en uno de los dias anteriores, con el encargo de sorprender el presidio de la Florida, que segun se le habia informado se hallaba casi indefenso. Cañizares llevaba solo veinte i siete hombres; pero con ellos pudo sorprender la guarnicion, compuesta de un número casi igual, poner en libertad mas de ochenta prisioneros, i volver con ellos a Chillan tres dias despues. Los centinelas que pudieron escapar volaron a Concepcion, haciendo subir a 500 hombres el número de los enemigos, i despertando por todas partes la alarma. Un destacamento de 200 ausiliares que llevaba al ejército el comandante Calderon se desbandó al saber esta noticia.

En la noche del 9 el jeneral insurjente movió otra vez su campo, i fué a situarse, despues de terribles fatigas, en el cerro de Collanco, primer punto que ocupó cuando se acercó a poner el sitio: allí su posicion eran ventajosa, i de fácil defensa, si no era atacado por sorpresa o con fuerzas mui superiores. Sanchez que habia notado este movimiento, quizo perseguirlo de cerca, i dispuso que al amanecer saliese en su alcance una gruesa division, compuesta de 800 fusileros, 100 dragones i 300 milicianos, a las órdenes del mayor jeneral don Julian Pinuel: tenia este encargo espreso de atacar las fuerzas de Carrera en cualquiera parte que las encontrase, i llevaba ademas un oficio de intimacion, suscrito por Sanchez, que solo debia usar en circunstancias imprevistas.

Una espesa niebla favoreció la marcha de Pinuel hasta aproximarse a la posicion del enemigo; pero

este militar irresoluto i debil por carácter, léjos de aprovecharse de esta ventaja formó su línea enfrente del ejército patriota, i encargó al teniente coronel don José Hurtado que presentase a Carrera la intimacion que le habia entregado Sanchez. Hablaba este jefe en su nota con toda la arrogancia de un vencedor, dispuesto a perdonar al vencido si queria entregarse a discrecion, pero amenazándolo en caso contrario con que lo trataria "con todo el rigor de las leyes militares" tan pronto como venciese la corta distancia que lo separaba.

Exijencia fué esta que despertó la risa del jeneral en jefe, i el fervor de sus soldados. En todos los cuerpos se hizo notar un entusiasmo estraordinario, que nadie habria esperado de un ejército en retirada: el brigadier don Juan José Carrera se puso delante de sus granaderos, i prorrumpió en bravatas que, si bien intempestivas, eran dictadas por el deseo de mantener ilesa la dignidad de las armas chilenas. El jeneral en jefe, por su parte, contestó el oficio de Sanchez con gran arrogancia, espresando su sentimiento por no haber tenido ya la ocasion de medir sus armas en campo raso fuera de trinchera, i mofándose de su prudencia que lo obligaba a quedarse en Chillan, cuando el ejército que mandaba salia a batirse. En presencia del parlamentario dió las órdenes necesarias para sostener el ataque; pero como durase su permanencia en el campamento patriota mas tiempo del que queria, Pinuel despachó al capitan don Antonio Vites Pasquel de segundo parlamentario para apresurar la vuelta de Hurtado. Delante de ambos, el jenerel Carrera dió a sus subal-

ternos la órden terminante de hacer la guerra sin cuartel, previniéndoles a ellos que si volvia a su campo otro parlamentario seria castigado como espia; i para que se persuadiesen de que el estado de su ejército no era tan precario como ellos creian, se les dejó reconocer libremente el campamento, i a su despedida se mando hacer una descarga de veinte i un cañonazos, para celebrar la próxima conclusion de la campaña.

De esperarse era que tan fuertes amenazas fuesen precursoras de una mortífera batalla; pero Pinuel no era hombre de arriesgar un combate, tanto mas cuanto que fué informado de la ventajosa posicion que ocupaba el enemigo, i de los recursos con que contaba todavia. Sin atreverse ni aun a quedarse en sus posiciones, mientras remitia a Sanchez la contestacion de Carrera, dió la vuelta a Chillan, seguido de una partida patriota, que lo pifiaba desde alguna distancia, disparándole, para mayor mofa, sonoros voladores (6).

(6) Para la relacion de los sucesos que forman este capítulo he tenido que consultar las *Memorias sobre las prim. camp.*, Cap. V, del S. Benavente, la *Historia de Chile* de don Claudio Gay, tomo V, Cap. XXIV, la *Revista de las obras sobre la guerra de la ind.* Mss. cap. II, del coronel Ballesteros, la *Memoria hist.*, Mss. año de 1813, del P. Martinez, i el curiosísimo *Informe* del P. Ramon. Mss.—Este último documento es de gran interes para conocer algunos pormenores del sitio de Chillan, i en él he llegado a descubrir incidentes tan curiosos como nuevos: con su ayuda he podido correjir los errores que se habian escapado a los otros historiadores. Me han servido igualmente algunos detalles que recojí de boca del coronel realista Ballesteros, i que he conservado en apuntes. He consultado tambien a algunos militares que sirvieron en aquella campaña, i debo al coronel D. Ramon Cavareda, algunas noticias complementarias de mucho interes.

Los documentos públicos de aquella época arrojan mui poca luz sobre estos sucesos; pero por fortuna he podido disponer de todos los papeles que formaban el archivo del jeneral O'Higgins, los cuales me han sido de gran utilidad. Casi todos los oficios que recibió en toda su

Una coincidencia singular reagrava mas la orijinalidad de la conducta de Pinuel. Al comenzar el sitio Carrera habia intimado rendicion a la plaza, en nombre solo de la humanidad i a fin de evitar los estragos de la guerra, i la cobardia del coronel Pinuel facilitó a Sanchez volverle la mano doce dias despues. Carrera se habia presentado con las apariencias de un poderoso conquistador, dispuesto solo a perdonar a los rendidos, i concluia la campaña con una forzosa i triste retirada. Tal es el principio, i tal el fin del desastroso asedio de Chillan.

Este sitio notable en los fastos nacionales por los padecimientos sin término que sufrió el ejército chileno, por el heróico valor que supo mostrar en el peligro cada uno de sus soldados, i por las infinitas

carrera militar i política, los borradores escritos de su puño i letra de los que el dirijió, un sin número de cartas de gran interes despachadas o recibidas por él, copias de los documentos que en algo le conciernen, la correspondencia sorprendida al enemigo, diarios que él llevó en ciertos tiempos, apuntes sueltos, escritos casi siempre en ingles, que debian servirle de memorandum, sus títulos i despachos, así como los de su benemerito padre don Ambrosio, i denuncios i avisos anónimos que recibió repetidas veces mientras desempeñaba los primeros puestos del ejército i del estado forman esa preciosa coleccion de documentos compuesta de mas de mil cuatrocientos pliegos, que nadie ántes que yo ha esplotado. Entre otros documentos que me han servido para averiguar algunas ocurrencias del sitio de Chillan, he encontrado una carta que O'Higgins escribió a su madre el dia 6 de agosto, desde la bateria avanzada cuya custodia se le habia confiado. — Notable es la sencilla modestia con que ese bizarro militar, el primero entre todos los heroes del sitio, cuenta a su madre los sucesos en que era actor principal. Su persona aparece mui poco en toda ella, i cuando habla de sí mismo es porque no podia dejar de hacerlo.—He querido copiar ese trozo de su interesante carta: dice así:—"Me hallo con el mando de las fuerzas unidas en la bateria del ejército restaurador, en donde nos ha atacado el enemigo con mucha furia: tres veces lo hemos rechazado matándoles muchisima jente. El ataque de ayer fue furioso; duró por tres horas; les matamos mas de ochenta hombres, entre ellos sus mejores oficiales (tambien hemos perdido oficiales valerosísimos); i los seguimos hasta la misma plaza de Chillan.—Solo el amor patrio me puede obligar a tomar a mi cargo tanto peso, i pasar trabajos indecibles."

desgracias que dió por resultado único aquella empresa forma el hecho de armas mas notable de la campaña. El ejército tuvo que pagar mui caro la imprevision del jefe que los llevaba a un sitio en una estacion tan cruda, i sin haber reunido los elementos que una empresa de esa especie requeria, pero supo mantenerse sereno en el peligro, i escarmentar a veces al enemigo. En esas pocas jornadas se pudo conocer cuanto habia que esperar de los valientes que a los cuatro meses de abierta la campaña combatian con el valor de militares aguerridos i el entusiasmo de buenos patriotas que pelean por ser libres.

CAPITULO VII.

I. Carrera i Sanchez dividen sus ejércitos en las provincias meridionales. — II. Principios de reaccion en los pueblos de la frontera: O'Higgins los sofoca en Hualqui i Yumbel. —III. Insurreccion de la plaza de Arauco.—IV. Se malogra una espedicion patriota contra ella.—V. Elorreaga se posesiona de las plazas fronterizas.—VI. Acciones de Huilquilemu i de Gomero.— VII. El jeneral Carrera pone en ejecucion un nuevo plan de campaña.—VIII. O'Higgins persigue las fuerzas de Elorreaga.—IX. Batalla del Roble.—X. Accion de Trocayan.

I. Al retirarse de Chillan el ejército insurjente tuvo que luchar con infinitos obstáculos que demoraron su marcha. Mas de una vez fué necesario cargar a hombros las piezas de artilleria para no dejarlas perdidas en los fangales, i fué preciso hacer reventar el único cañon de a 24 que quedaba, por que, no siendo posible sacarlo de un pantano en que se habia atollado, se temió que pudiese servir mas tarde al enemigo, cuyas guerrillas incomodaban continuamente a la retaguardia.

De este modo, i despues de trabajos indecibles llegó el ejército el dia 14 a un lugar denominado Quinchamali, a orillas del rio Itata. El jeneral Carrera habia resuelto ya fraccionar sus fuerzas en varios puntos de las provincias meridionales con el objeto de mantener su autoridad en todas ellas. A este fin

apartó una division de trescientos hombres, cuyo mando confió a su hermano don Juan José, con el encargo de situarse en Quirihue para defender el canton del Maule, i mantener espeditas las comunicaciones con la capital: con él debia marchar tambien el cuartel maestre Mackenna, en calidad de consejero. A fin de observar las posiciones del enemigo, reunir los milicianos i favorecer los correos, despachó a Collanco al teniente don Juan Felipe Cardenas, destacó igualmente algunas otras guerrillas, i para el cuidado de la balsa del Itata dejó una fuerte partida al cargo del capitan Calderon. En esa misma balsa pasó el rio el resto del ejército, reducido a 400 hombres, llevando a su cabeza al jeneral en jefe.

Esta guerra era la que mas convenia a Sanchez. No teniendo posiciones que perder, este jefe queria abrir la campaña de guerrillas para estender la línea de sus operaciones fuera de la ciudad de Chillan, a que habia estado reducido hasta entónces, no solo para sacar algunos recursos sino para hacerse dueño de mayor estencion del territorio.

Sanchez se apercibió prontamente de las disposiciones del jeneral enemigo, i con gran presteza distribuyó su ejército en varias partidas que debian obrar por el sur i norte, sujetándose en todo a él que quedaba en Chillan con una buena guarnicion para defender la plaza. Destinó al activo Elorreaga al mando de 350 fusileros con el objeto de hacerse dueño de Rere i de la frontera, para estender sus comunicaciones hasta Valdivia i Chiloé, de donde podia recibir ausilios, i mandó otro

destacamento de 80 hombres a cargo de don Manuel Lorca, a inquietar al enemigo por el lado de la Florida. Para espedicionar al norte del Ñuble fué comisionado el guerrillero don Juan Antonio Olate, con una division de mas de doscientos hombres.

De todos estos guerrilleros, fué Olate el primero que tuvo que batirse, intentando apoderarse de un valioso convoi de municiones i dinero que venia de Santiago para el ejército, bajo la custodia del capitan don Joaquin Prieto. Habia ido este a buscarlo a Talca para resguardarlo, i marchaba a juntarse con el ejército insurjente cuando fué informado de la proximidad del enemigo: con este motivo se encerró en la villa de Quirihue, i sostuvo un vigoroso ataque contra triple fuerza de que salió vencedor al cabo de poco tiempo.

No bien seguro con este triunfo, i no habiendo recibido un ausilio de 100 hombres que le mandaba Carrera, el capitan Prieto se replegó a Cauquenes, en donde se hallaba el coronel don Juan de Dios Vial; pero espiado desde alguna distancia por el tenaz Olate, no tardó mucho este en caer sobre esta villa, con 400 hombres i dos cañones, e intimarle rendicion. Vial, cuyas fuerzas reunidas con la guerrilla de Prieto montaban a 150 soldados, se negó a toda avenencia, i atrincherado en la plaza del pueblo con murallas de adobes, que se construyeron con la mayor actividad, i en el campanario de la iglesia supo escarmentar al guerrillero realista, i obligarlo a desistir de su empresa (1).

(1) *Relacion de las campañas del jeneral Prieto.* Mss.—Conver.

II. Grandes trabajos se les esperaba a los guerrilleros insurjentes que marchaban a la frontera. La mayor parte de los pueblos inmediatos a Concepcion, i esta misma ciudad se sentian fuertemente ajitados i dispuestos a negar obediencia a las autoridades patriotas. Esas poblaciones estaban indignadas con los estragos de una guerra a que no se le veia término; las exacciones que producia el mal arreglo en las recaudaciones de viveres, i la rapacidad de algunos subalternos habia agotado el sufrimiento de los indiferentes, i encendido el ánimo de los enemigos de la revolucion. Los mas moderados murmuraban de los encargados de hacer prorratas de caballos para el ejército patriota acusándolos de imponer pesadas contribuciones, con las apariencias de emprestito, pero para no devolver jamas lo quitado. Por degracia no faltaron espíritus turbulentos que fomentasen estas quejas en favor de una reaccion.

En la capital de la provincia fué en donde primeramente se hicieron sentir los síntomas de descontento. Allí se reunieron varios realistas i fraguaron una conspiracion, poniéndose de acuerdo, con algunos audaces campecinos de las inmediaciones, que se hallaban dispuestos a defender con las armas el movimiento revolucionario.

El momento era bien escojido. De Concepcion habia salido el teniente coronel don Francisco Calderon, conduciendo al campamento de Chillan un convoi de municiones, i doscientos hombres; de modo que la seguridad del pueblo quedó confiada a

sacion con el señor don Ramon de la Cavareda, que servia en calidad de ayudante del coronel Vial.

una escasa guarnicion, compuesta de unos pocos artilleros i algunas compañias de infanteria de milicias. Aprovechándose de esta circunstancia, los conspiradores convinieron en echarse una noche sobre el cuartel de artilleria, asaltándolo por los pies, para lo cual se pusieron de acuerdo con algunos soldados de la misma arma, con muchos cívicos de infanteria i aun con varios individuos de la guarnicion de Talcahuano. Su plan era vasto, i en él entraron muchos vecinos respetables de aquel pueblo. Pensaban estos nada ménos que someter a la autoridad de Sanchez la ciudad de Concepcion i el puerto de Talcahuano, i estender la línea de sus operaciones a la frontera, para lo que contaban con la cooperacion de un antiguo cura de Hualqui, don Gregorio Valle, sacerdote dotado de un verdadero espíritu militar, que se manifestaba resuelto a tomar en breve las armas.

La conspiracion fué tramada con el mayor secreto: i seguramente habria tenido buen éxito a no descubrírsela una mujer, que estaba iniciada en ella, al soldado Manuel Amaya, a fin de que no durmiese en el cuartel la noche señalada para dar el golpe. Amaya era asistente del capitan don Pedro Nolasco Vidal, que desempeñaba en Concepcion el cargo de comandante jeneral de artilleria; i no vaciló en referirle todo lo que sabia, prestándose a ofrecer sus servicios a los conspiradores a fin de descubrirlos. Vidal aceptó su propuesta; i Amaya se avino con la citada mujer a que seria presentado en la noche del 13 de agosto, a algunos soldados de infanteria cívica, iniciados en la trama.

Vidal comunicó su descubrimiento al vocal de la junta don Julian Uribe, i entre ambos convinieron apresar a todos los soldados que se reuniesen la indicada noche, para descubrir por medio de ellos el hilo de la conspiracion : pero, creyendo de su deber informar de lo ocurrido al presidente de la junta, don Salvador Andrade, se propaló el secreto, i se frustraron sus planes. Este último, atemorisado con tan sérios preparativos, se consultó con muchas personas; i la noticia pudo llegar a oidos de los conspiradores.

Descubiertos en sus planes no tuvieron estos otro arbitrio que tocar que entregarse a la fuga, ántes que recayese sobre ellos la persecucion, mientras las autoridades tomaban las mas rigorosas medidas para evitar un golpe de mano. Para ello se atrincheraron i fosearon las ocho bocas calles de la plaza, en donde se reunian durante la noche todos los patriotas, se separaron los cívicos sospechosos, se reforzó el reten de la artilleria con los soldados convalecientes que estaban en estado de tomar las armas, i Vidal i el comandante militar capitan don Juan Luna, se encargaron de la defensa de la plaza. El presbítero don Julian Uribe asumió en aquellas circunstancias una actitud militar : organizando patrullas de caballeria compuestas de los vecinos mas comprometidos, se hizo cargo de mantener el órden, i de guardar las avenidas de la plaza (2).

(2) He recojido todas estas noticias de boca del coronel D. Pedro Nolasco Vidal, actor principal en aquellos sucesos. A él debo una

Cuando supo estas ocurrencias, el jeneral en jefe se hallaba todavia a orillas del Itata, dividiendo su ejército en varios puntos, i acababa de despachar al coronel O'Higgins a mantener su autoridad en la Florida; pero sabedor de lo ocurrido en Concepcion, apresuró su marcha, i llegó a la ciudad cuando se sabia en ella la noticia de que el cura don Gregorio Valle habia ocupado a Hualqui i se preparaba a seguir sus escursiones, con propósitos de avanzar hasta Concepcion.

En esas circunstancias, Carrera no vaciló un instante en manifestar un alto desprecio por el enemigo, aparentando poseer sobradas fuerzas para proseguir la campaña con buen éxito. Por esto hizo demoler las trincheras i cerrar los fosos de la plaza por mano de los prisioneros realistas; pero deseando cortar con tiempo un peligro que parecia inminente no se descuidó un instante en llamar a O'Higgins, a quien queria ocupar en la pacificacion de Hualqui.

Recibió este jefe la nota en que se la llamaba en la tarde del 19 de agosto. El tiempo estaba tempestuoso, los caminos intransitables i los rios sin vado; pero el esforzado O'Higgins, sériamente alarmado por la noticia que se le comunicaba, dejó el mando de las fuerzas al comandante de la Gran-guardia, i partió en la misma tarde para Concepcion. Caminando toda la noche, a pesar de la copiosa lluvia que caia, i cruzando a nado todos los riachuelos,

interesante i circunstanciada relacion de todos ellos, que publicaré entre los documentos justificativos bajo el nº 1.

convertidos a la sazon en torrentes, llegó a la ciudad en la mañana del siguiente dia, para salir en la misma tarde en busca del enemigo.

Eran tan escasos los recursos con que contaba el ejército, que se necesitó de mucho empeño, para proporcionar a O'Higgins una partida de sesenta hombres equipados, para emprender la campaña: Carrera mismo se desprendió de los caballos de su uso, a fin de montar esa pequeña division. A su cabeza ocupó O'Higgins en la misma noche a Hualqui, que habia abandonado el cura Valle sabedor de su aproximacion, i el 21 lo persiguió por el lado de Yumbel hasta hacerle repasar el Itata, quitándole quince prisioneros (3).

III. El movimiento no se habia limitado a estos solos puntos: mui grande era el disgusto de esos pueblos por una guerra tan prolongada, i que tantos sacrificios costaba ya, y mucho el desprestijio que las autoridades revolucionarias se habian acarreado con las tropelias de sus subalternos para que los turbulentos habitantes de la frontera no se apresurasen a armarse contra los insurjentes. Al lado sur del Biobio habia tomado la insurreccion gran incremento, i en Arauco sobre todo contaba con importantes recursos para resistir a las divisiones insurjentes.

La plaza de Arauco habia adherido a la revolucion, i se hallaba en poder de los patriotas desde que estos se posesionaron de Concepcion: pero sus

(3) *Mém. sobre los hechos mas notab. de la revol. de Chile.* Cap. XII. Mss. Conversacion con el Sr. don Pedro Nolasco Vidal.

habitantes no simpatizaban con el nuevo sistema, i se mostraban poco dispuestos a contribuir con las repetidas erogaciones de caballos i demas recursos para la guerra. Los vecinos del inmediato lugar de Ranguil, que sufrian las mismas exacciones, aconsejados por el juez del distrito don Bernardo Hermosilla, se negaron en una ocasion a contribuir por mas tiempo al sostenimiento del ejército, y pasaron una nota al coronel Sanchez, suscrita por Hermosilla, preguntándole si podian contar con su proteccion i apoyo.

Sabida esta ocurrencia por la junta de Concepcion, concibió este cuerpo la lisonjera esperanza de calmar la excitacion de los ánimos dando la comandancia de la plaza a don Joaquin Huerta, natural del mismo pueblo, i sujeto sagaz en alto grado. Finjiendo olvidar las anteriores desavenencias, Huerta entró a Arauco con apariencias pacíficas, i solo algunos dias despues, habiéndose reunido casi todo el pueblo en la plaza, con motivo de una revista de las milicias, apresó a Hermosilla, al capitan de cívicos don Fermin Hernandez, al padre misionero frai Juan Ramon i a otras seis personas que fueron remitidas a Concepcion.

Burlados así, los vecinos de Arauco no quisieron dejar sin venganza esta conducta. Tan pronto como Huerta hubo licenciado las milicias, muchos de ellos se reunieron en Ranguil, i fueron a implorar el apoyo de los indios Araucanos, esos terribles auxiliares aparentes solo para defender la peor de las causas, la de la desolacion i barbarie, arma envenenada

que entonces, y mas tarde usaron los enemigos de la independencia nacional.

Allí organizaron una fuerza bastante considerable, compuesta en gran parte de araucanos mandados por cuatro de sus caciques; pero no teniendo mas armas que lanzas i palos se contentaron solo con interceptar las comunicaciones i con mantenerse en los vados de los rios para impedir su paso. A nada mas se habrian atrevido a no haber accedido el jeneral Carrera a los pedidos de don Jaime de la Guarda, aquel patriota de Valdivia que tanto figuró en la junta de aquella provincia i que atravezaba ahora el territorio araucano con el encargo de revolucionar nuevamente la plaza. Guarda quizo hacerse el mediador entre los insurrectos i el gobierno, i para tranquilizar los espíritus solicitó i obtuvo de Carrera la libertad de los presos que habia remitido Huerta. Esa jenerosidad con jente incapaz de apreciarla, léjos de despertar el reconocimiento, vino a dar pábulo a la sublevacion.

Entre los prisioneros que obtuvieron su libertad se contaba el juez Hermosilla. Instado este por el coronel Sanchez que acababa de contestarle su nota, reunió las fuerzas aliadas, i a su frente entró a Arauco el 24 de agosto sin encontrar resistencia alguna: el comandante Huerta, que confiaba en los resultados de la política de Guarda, i este mismo cayeron prisioneros del enemigo. Inmediatamente se nombró por eleccion gobernador de la plaza al oficial de milicias don Manuel Martinez, i su primer cuidado fué mandar pequeñas partidas al cargo de

oficiales de confianza i de valor, que se posesionasen de las plazas de Santa-Juana, San-Pedro i Nacimiento (4).

IV. Este suceso era una nueva desgracia para el ejército patriota. Aquel punto no era solo un puerto por donde podia Sanchez recibir recursos, sino tambien un fuerte avanzado en el territorio araucano desde el cual podia el enemigo llegar a comunicarse con Valdivia i Chiloe, i hasta sacar indios para engrosar su ejército. Carrera lo comprendió así, i con actividad estraordinaria se empeñó en ponerle un pronto i eficaz remedio.

Pero sus recursos no bastaban para hacer frente a las necesidades de la guerra : su ejército estaba fraccionado, i apenas tenia consigo tropas capaces de defender a Concepcion en caso de un ataque, i sus municiones eran tan escasas i su armamento tan malo que le fué preciso tocar recursos estremos. Se despojó a los particulares por medio de venta forzosa del poco plomo que tenian en sus casas i a unos buques balleneros, que habia fondeados en Talcahuano, de los cañones de sus bombas i otros objetos.

Provisto ya de tan importantes artículos, el jeneral Carrera se encontró entónces sin los medios de utilizarlos para su ejército. No tenia un solo oficial armero, y hasta carecia de un molde para hacer balas; pero residia en Concepcion un italiano de Malta, herrero mui hábil i reconocido por godo de todas las personas que lo trataban. A él se dirijió Carrera, i aun cuando se escusó con toda clase

(4) Martinez, *Mem. hist.* Mss. año de 1813.

de pretestos, el jeneral supo imponerle miedo con una formal amenaza de pasarlo por las armas, i el italiano le construyó algunos baleros que fueron de gran utilidad.

Sin embargo el plomo era mui poco, i fué necesario pensar en hacer balas de bronce o cobre, que era aun mas abundante en el pueblo. El oficial de montaje, D. Antonio Besa, español adicto a la revolucion, ideó unos moldes para fabricarlas, i su descubrimiento, que dió un resultado bastante lisonjero, surtió al ejército de este artículo. Por desgracia, esas balas acompañadas de la mala pólvora que se fabricaba en el pais no tenian el alcance de las del enemigo.

Afanes semejantes costó la organizacion i equipo de una reducida caballada: fué necesario que los mas decididos partidarios de la revolucion diesen el ejemplo de desprendimiento presentando caballos de sus propiedad, para autorizar la venta forzosa a que obligó el jeneral Carrera a algunos vecinos (5).

Resuelto a promover la reconquista de Arauco, el jeneral Carrera puso veinte i cinco soldados bajo el mando del coronel de milicias don Fernando Urizar. Creia de tan poca importancia los recursos de la plaza, que en su juicio esa fuerza bastaba para someterla; pero Urizar, que no tardó mucho en salir de Concepcion, lo sacó en breve de su engaño, noticiándole que los insurrectos habian aumentado tanto sus fuerzas que no le habia sido posible avanzar mucho, temeroso de ser envuelto por partidas mas gruesas.

(5) Conversacion con el Sr. don Pedro Nolasco Vidal.

Las repetidas instancias de Urizar decidieron a Carrera a reforzarlo con 80 hombres mandados por el capitan don Juan Luna, que debia subrogar a Urizar en el mando de la espedicion, i los tenientes don Pablo Vargas i don Gregorio Allende. A fin de reforzarlos aun mas, mandó salir de Talcahuano dos lanchas con un cañon, i el bote del resguardo a las órdenes de don Rafael Freire, para servir a Luna en el paso del rio Carampangue. Engrosadas sus fuerzas con dos pedreros de poco calibre, que tomó en el fuerte de San-Pedro, i de las milicias de este fuerte i de Colcura, siguió su marcha para tomar la plaza: tan segura debia contar la victoria que así que hubo llegado a Colcura intimó rendicion al comandante Martinez.

Este, sin embargo no se hallaba en el caso de rendirse, ni carecia del valor necesario para sostener un ataque. Persuadido de que la mejor ocasion para defenderse seria mientras el enemigo pasaba el Carampangue, habia armado seis cañones arrumbados que habia en el fuerte, i colocado dos en una trinchera que hizo construir en la ribera sur de aquel rio. Para la mejor defensa de esta puso en ella la mejor parte de sus milicias i los indios ausiliares, resuelto a impedir el paso del rio al enemigo.

Luna, que no esperaba encontrar esta resistencia, se acercó al rio el 30 de agosto, i aun avanzó hasta una isleta situada a poca distancia de la ribera. Desde allí sostuvo una hora entera el fuego de fusileria i de cañon contra la trinchera enemiga; pero temiendo un descalabro, segun le hacia presajiar tan inesperada resistencia, i viéndose abandonado por

los milicianos de San-Pedro i Colcura, que fugaron ántes de comenzar la accion, Luna, de acuerdo con el coronel Urizar, resolvió suspender la ejecucion de un ataque que le parecia imprudente i aventurado.

Faltos de resolucion para llevar adelante la proyectada empresa, Luna i Urízar dieron vuelta al norte i fueron a ocupar la plaza de Santa-Juana, defendida por una débil guarnicion que quedó prisionera. Desde allí comunicaron al jeneral en jefe el resultado de su espedicion; pero léjos de satisfacerle este, no pudo ocultar su rabia, i aun pensó en mandar enjuiciar a sus jefes por el mal cumplimiento de sus deberes militares: solo las consideraciones de las circunstancias pudieron abstenerlo de hacer un escarmiento en aquellos jefes (6).

V. La toma de Santa-Juana, sin embargo, no aseguró por mucho tiempo su posesion. Sanchez habia despachado de Chillan, a mediados de agosto, al esforzado Elorreaga al mando de una columna que engrosó despues hasta hacer subir su número a cerca de cuatrocientos hombres, con el encargo de posesionarse de las plazas fronterizas, i de estender la línea de sus operaciones al otro lado del Bio-bio. Con esas fuerzas Elorreaga creia hacerse dueño de toda la frontera.

En efecto, estaba ésta tan desguarnecida que Elorreaga pudo cruzar el rio de la Laja i enseñorearse fácilmente de todo el litoral del Bio-bio dejando solo algunos soldados en cada fuerte. El co-

(6) Martínez, *Mem. hist. etc.* Ms. año de 1813.—Benavente, *Mem. sob. las prim. campañas*, cap. VI.—*Diario militar* del jeneral Carrera. Ms.

mandante de frontera don Gaspar Ruiz tuvo que abandonar la plaza de los Anjeles, en que residia, por no tener recursos con que defenderla, de modo que el caudillo realista la ocupó sin encontrar resistencia alguna. De allí pasó a la de Santa-Bárbara, Príncipe Cárlos i Nacimiento, que recibieron sin disgusto la guarnicion que quiso ponerles.

No satisfecho con esto, i confiando en la importancia de sus recursos, Elorreaga avanzó mas al poniente con el objeto de posesionarse de las otras plazas i de socorrer a los sublevados de Arauco, sin manifestar temor a las partidas patriotas que recorrian esos campos. Pasó el Bio-bio i ocupó fácilmente a Santa-Juana, que habia desamparado el capitan Luna, para replegarse a San-Pedro, plaza importante, separada solamente de Concepcion por las aguas de aquel rio.

Su marcha, como se ve, habia sido la de un poderoso conquistador, a quien nadie osa resistir. Se habia apoderado de todas las plazas, a las cuales se acercó, i habia hecho un sin número de prisioneros entre los soldados fujitivos i los vecinos comprometidos por la causa de la patria. Entre estos últimos cayeron tambien la señora doña Isabel Riquelme, madre del coronel O'Higgins, i la hermana de este, doña Rosa, que marchaban de los Anjeles a Concepcion, en busca de un asilo contra la saña de los realistas (7).

VI. O'Higgins que se hallaba en Yumbel, reci-

(7) Martinez, *Mem. hist. etc.* año de 1813, Mss.—*Mem. sobre los hechos mas not. de la revol. de Chile*, cap. XII. Mss.—Documentos i papeles del jeneral O'Higgins.

bió esta noticia por medio de sus espias, junto con la de haber caido la plaza de Santa-Juana en poder de Elorreaga, i de quedar ocupada por una buena guarnicion. Sin vacilar un momento se dispuso a atacar esa plaza, i se puso en precipitada marcha a la cabeza de todas sus fuerzas. Queria castigar con nuevas hazañas la cruda guerra que comenzaba a hacerle el enemigo aprisionando a su madre i hermana.

Sin encontrar obstáculo alguno, avanzó hasta la plaza de Talcamavida, situada enfrente de Santa-Juana, i separada únicamente de ella por el Bio-bio, i la habria atacado a no recibir noticia de que el caudillo Elorreaga lo buscaba por el lado de Yumbel para batirlo. Su natural audacia i la rabia que le inspiraba la prision de su madre, lo decidieron a dar vuelta para encararse cuanto ántes con su perseguidor, abandonando la empresa que lo habia llevado hasta allí.

A las siete de la mañana del dia siguiente, 6 de setiembre, se avistó con el enemigo, en el lugar denominado Huilquilemu o Estancia del rei. Inmediatamente destinó una guerrilla de diez jinetes, al mando del bizarro teniente don Ramon Freire a contener una partida realista, que, conducida por el cura Valle i el capitan Arriagada, avanzaba a gran prisa a reconocer el campo: se condujo Freire con tanto arrojo en el cumplimiento de esta órden que dispersó completamente al enemigo matando a Arriagada, i obligando al cura Valle a salvarse a pie en una quebradilla inmediata.

Antes de un cuarto de hora se presentó Elorreaga en buen órden de batalla, i esperando solo que

se le atacase para romper sus fuegos. Sus fuerzas eran mui superiores en número, i la prudencia aconsejaba al coronel O'Higgins no batirse bajo tan desventajosas condiciones; pero no queriendo perder esta oportunidad de medir sus armas con Elorreaga, i no pudiendo desentenderse de las reiteradas instancias de sus subalternos, que se sentian alentados por el buen éxito de la primera escaramusa, dió la órden de cargar por el flanco a la caballeria enemiga que ocupaba la derecha de la línea. Los jinetes de O'Higgins la arrollaron en pocos momentos i la obligaron a replegarse detras de la columna de infanteria; pero atajados por los fuegos de fusileria i las puntas de las bayonetas, los soldados que pronto tuvieron siete muertos i algunos heridos, comenzaron a volver caras gritando que no era posible resistir a tanta fuerza; i fué necesario abandonarse a una fuga precipitada como el único medio para evitar una derrota desastrosa.

O'Higgins no se creyó aun completamente perdido, si bien es cierto que el enemigo lo perseguia de cerca. Tomó el camino de Quilacoya, i al llegar a Gomero se encontró con el teniente Freire, que por su órden se habia adelantado con algunos dragones para preparar una emboscada a los realistas. Entónces cabalmente era cuando mas necesitaba de ese ausilio: al saltar una cortadura del camino se rompieron las cinchas de su silla, i quedó en tierra resistiendo al enemigo en compañia de los dragones de Freire; pero sin duda habria quedado prisionero del enemigo si el soldado de artilleria Gavino Gonzalez no le hubiese presentado su caballo, ofrecién-

dose él a ocultarle en un bosque vecino. El capitan de dragones don Agustin López, que desde entónces mostraba por O'Higgins una decidida adhesion, volvió tambien en su busca con doce hombres, i con ellos cooperó empeñosamente a contener al enemigo i a matarle quince soldados; mas no siendo posible a los insurjentes mantenerse mucho tiempo en aquel punto, i habiendo perdido cuatro hombres en esta corta escaramusa, siguieron su retirada, llevando consigo al soldado Gonzalez.

Irritado por esta desgracia, O'Higgins no pensó mas que en pedir refuerzos al jeneral en jefe para caer nuevamente sobre Elorreaga, i vengar la derrota que acababa de sufrir. Por fortuna recibió ese mismo dia un ausilio de cien hombres, que le remitió Carrera de Concepcion, i con ellos se estacionó en Quilacoya, i aun comenzó a fortificarse para no ser sorprendido: pero Carrera, que conocia la importancia del sostenimiento de O'Higgins en aquel punto lo reforzó de nuevo con otras partidas que le llevaron los capitanes don José María i don Diego Benavente. Con ellas sus fuerzas alcanzaban a cerca de 400 fusileros, i dos cañones (8).

El activo Elorreaga, entretanto, no habia estado ocioso. Sin abandonar la posicion de Gomero, habia reforzado a la plaza de Arauco, i quitado la de San-Pedro al coronel Urízar que la ocupaba. Para favorecer al ejército realista en sus escaseces de dinero encaminó por el territorio araucano a un

(8) Benavente, *Mem. sob. las prim. camp.* cap. VI.—*Mem. sob. los hechos mas not.* Mss.—Partes de O'Higgins. Mss.

relijioso franciscano de Chillan que tuvo la audacia de ofrecerse para irlos a pedir a la plaza de Valdivia (9).

En la proximidad en que se encontraban ambas fuerzas no se podia desconocer en una los movimientos de la otra. O'Higgins estaba al corriente de lo que pasaba en el campo realista, i en la mañana del 16 de setiembre supo que el enemigo avanzaba hácia Quilacoya para atacarlo; pero no queriendo esperarlo en aquel puesto, se movió con direccion a Gomero, i avanzó una partida de 50 hombres al mando del capitan don Francisco Cuevas para llamar la atencion de los realistas. La atacaron estos; i como esa partida tenia encargo de retirarse poco a poco lo hizo así para que las fuerzas de Elorreaga llegase al punto en que estaba el grueso de la division. La accion sin embargo no duró mucho tiempo; i la artilleria insurjente no alcanzó a hacer fuego, como estaba preparado, porque la tropa se apresuró a cargar al enemigo. O'Higgins que solo perdió un soldado, pudo cantar victoria vista la pronta retirada del enemigo, i la pérdida de veinte hombres que dejó en el campo (10).

VII. Este resultado del plan de campaña que acababa de adoptar vino a hacer mucho mas crítica la situacion del jeneral patriota. Los enemigos se mostraban por todas partes atacando sus partidas, cortando sus comunicaciones i hostilizándolo con rigor i perseverancia. A los pocos dias de haber de-

(9) *Informe sobre la cond. de los PP. misioneros.* Mss.
(10) *Mem. sob. los hechos mas notables de la revol. de Chile,* cap. XII, Mss.—*Epocas i hechos memorables de Chile,* Mss.—Parte de Carrera a la junta de Santiago.

sistido de la empresa de tomar a Chillan, el ejército que se habia mantenido encerrado en la plaza se estendió por todas las provincias meridionales, desde el Maule hasta el territorio araucano, miéntras Carrera perdia una a una las posesiones que habia ocupado anteriormente. A fines de setiembre nó tenia ya mas que unas pocas leguas por el lado de la costa para comunicarse con la capital, miéntras el enemigo ocupaba los campos del centro.

Desde luego, i como para remediar su triste situacion, el jeneral patriota no pensó ya mas que en llevar a cabo un nuevo plan de campaña. Se reducia este a encerrar nuevamente al enemigo en la plaza de Chillan, i ponerle sitio formal. Para ello habia comenzado a reforzar los diversos destacamentos que tenia diseminados en la provincia, i a reunirlos poco a poco para acercarse a Chillan i obligar al astuto Sanchez a abandonar sus nuevas conquistas para defender esta plaza. Las guerrillas de Barrueta, Cárdenas i Vargas fueron reforzadas, i pudieron batirse sino con ventajas evitando al ménos graves males.

En conformidad con este plan, Carrera dió órden a su hermano don Juan José de acercarse a Concepcion, con las fuerzas de su mando, para defenderla de un amago del enemigo, i a fin de marchar en seguida sobre Chillan; pero considerando impolítico este movimiento cambió de parecer i ordenó que volviese a Quirihue a engrosar su número i disciplinar sus soldados (11). Solo a principios de

(11) *Informe de Mackenna sobre los Carreras.*

octubre avanzó la division a situarse cerca del Membrillar, para llamar la atencion del enemigo por aquel punto, i distraerlo de la frontera en que habia obtenido tantas ventajas. A fin de reforzar esta division, el jeneral Carrera mandó que se juntasen al ejército los ausiliares que habian vuelto de Buenos-Aires, i que entónces se hallaban en Talca; pero su jefe don Andres del Alcázar se negó a pasar el Maule bajo pretesto de carecer de órdenes de la junta ejecutiva de Santiago, autoridad única a quien respetaba.

Consecuente con su propósito, el jeneral Carrera no descuidó un momento el equipo del ejército; pero eran tan escasos sus recursos, tenia que vencer tantas resistencias que se habia visto obligado a resignarse a esperar la llegada de un convoi de municiones que habia salido de Talca en la primera mitad de agosto, escoltado por el capitan don Joaquin Prieto. Solo el 5 de octubre llegó a Concepcion: el enemigo lo habia perseguido desde que hubo cruzado el Maule; como queda dicho, Olate al mando de su division, lo atacó en Quirihue i Cauquenes, i mas adelante el coronel Lantaño al mando de 400 hombres habia intentado tomarlo en las vegas de Itata, pero temiendo hallarse cortado por las fuerzas que lo escoltaban i un destamento, que a las órdenes de don José María Benavente estaba colocado en Dihueno, a nada se atrevió, i lo dejó pasar a Concepcion, en donde se esperaba con ansias.

En efecto, Carrera carecia de los recursos mas necesarios para el ejército, i las depredaciones de los subalternos i comisionados para el acopio de

víveres, caballos i forrajes habian despertado las resistencias por todas partes. Solo por la fuerza se podian obtener algunos ausilios, i estos eran tan módicos, como habian sido ántes repetidos i abundantes. El jeneral mismo conoció la necesidad de limitar su antigua profusion fijando bajo buenas bases el reparto de víveres i forrajes, i espidió con fecha 1.° de octubre un reglamento provisorio, destinado, segun dice el preámbulo, á "poner reparo á las informalidades i desarreglos que hasta ahora se han observado" en la administracion de víveres (12).

Ese convoi en efecto, era tanto mas valioso cuanto que eran tan grandes las necesidades del ejército. Consistia en 30,000 pesos en dinero, algunas municiones, víveres i vestuarios: la mitad de todo él fué entregada a la division del centro, i aun cuando el resto fuese mui poca cosa para llenar las necesidades del ejército, Carrera lo recibió con gran satisfaccion i contento. Con él venia el obispo ausiliar Andreu i Guerrero, i el coronel don Rafael de la Sota, que fué nombrado gobernador de Talcahuano. Desde luego comenzó el jeneral a impartir órdenes conducentes para estrechar a Sanchez.

El enemigo tenia conocimiento perfecto de cada evolucion del ejército patriota; pero léjos de querer encerrarse voluntariamente en la plaza de Chillán, no perdia ocasion alguna de atacar las divisiones insurjentes, cuidando de mantenerse en buen terre-

(12) *Reglamento provisional, etc.* Mss. He encontrado entre los papeles de O'Higgins una copia de este reglamento escrito i firmado por don José Miguel Carrera.

no para retirarse cuando conviniese a sus propósitos. Apénas supo el movimiento de la division que mandaba el brigadier don Juan José Carrera, se acercaron algunas fuerzas superiores en número a las órdenes inmediatas del comandante Urrejola, i la sitiaron en sus posiciones. Allí sostuvo varios choques, i uno que tuvo lugar el 9 de octubre fué bastante sério (13).

Este era un nuevo conflicto para el jeneral en jefe que empeoraba mas i mas su situacion. Sin tener recursos para reforzar la division del Membrillar, Carrera resolvió ponerse prontamente en marcha á defenderla, con todas las fuerzas que poseia en Concepcion, como lo efectuó el 8 de octubre, despachando por otro camino al capitan don Diego Benavente con la Guardia jeneral i algunos dragones. Estas fuerzas se engrosaron en su marcha con la partida que estaba colocada en Dihueno al cargo del capitan don José María Benavente, i marcharon con gran presteza en ausilio de la division del Membrillar, hasta que sabedor de que Urrejola dejaba sus posiciones para atacarlas, Benavente resolvió replegarse en busca del jeneral en jefe para reunir toda la division (14).

VIII. El coronel O'Higgins, miéntras tanto, no dejaba de perseguir al enemigo, en los campos de Rere i Yumbel. El jeneral Carrera le remitió desde Concepcion, ántes de abrir la nueva campaña, un ausilio de tropa, i el 15 de octubre se le jun-

(13) Parte del brigadier don Juan José Carrera.—Ms.
(14) Benavente, *Mem. sob. las prim. camp.*, cap. VI.

taron los dos hermanos Benavente, con las fuerzas de su mando. De este modo las tropas de O'Higgins, conocidas con el nombre de division de observacion, constaban de quinientos hombres poco mas o ménos.

El mismo dia en que se reunieron a su division las partidas de los Benavente, avanzó O'Higgins hasta Yumbel en busca de Elorreaga, a fin de obligarlo a lo ménos a repasar el Itata para encerrarse en Chillan, segun le encargaba Carrera. Allí supo que el activo Elorreaga le llevaba cuatro horas de camino, i que marchaba con gran prisa para evitar un encuentro que no podia serle favorable : pero no queriendo O'Higgins perder esta oportunidad de batirse con notoria ventaja, se adelantó con solo veinte i cinco dragones a fin de entretenerlo miéntras llegaba el resto de la division, i al oscurecerse llegó a las orillas del Itata, en los momentos mismos en que trataban de pasarlo las últimas partidas de Elorreaga. Con su sola presencia se dispersaron estas, dejándole mas de 400 vacas encerradas en un corral i algunas cargas de víveres.

Viendo asi frustrados sus planes, el coronel O'Higgins se puso inmediatamente en marcha para juntarse con el jeneral en jefe, que avanzaba hácia el Itata, i ambos se reunieron en la tarde del dia 16. A las cuatro llegaron al vado del Roble, diez millas al oriente del Membrillar, punto en que acababa de situarse la division del centro a las órdenes de don Juan José Carrera, i don José Miguel resolvió pasar allí la noche.

La posicion no era de modo alguno ventajosa para acampar. El terreno inmediato estaba cubierto

de árboles, i varios tiros de fusil i de cañon que se oyeron probaban claramente que habian algunas partidas enemigas al otro lado del rio. O'Higgins pidió que se elijiese una colina sobre el lago de Abendaño, distante solo ocho cuadras del punto que habia ocupado la division, como lugar mas apropósito para colocar un ejército con toda seguridad, i aun propuso hacer pasar algunas partidas al otro lado del rio: pero confiando Carrera en que el enemigo no se atreveria a atacarlo, dió la órden de acampar en el mismo punto, aprovechándose de las pequeñas eminencias que dominan el vado. En ellas colocó un cañon de a 4 al cargo del capitan Morla, sostenido por 150 granaderos i 40 fusileros que contestaron los fuegos del enemigo. "La Guardia nacional, que habia servido de infanteria, dice el jeneral Carrera, ocupaba la izquierda de la línea de infanteria i era sostenida por la caballeria del capitan Benavente, que se acampó en la arboleda que está al pié de la altura. La artilleria se colocó en el centro de la infanteria. Todo el campo se cercó de centinelas, i se colocaron grandes guardias desde la hacienda de Mardones hasta el vado del Peñasco, que distaba una legua al sur del campamento (15)." El jeneral pensaba dejar en este punto toda la division al mando de O'Higgins, i volver él mismo a Concepcion para reunir sus fuerzas restantes, i marchar a Chillan a poner el nuevo sitio.

IX. Estos movimientos no pasaron desaperci-

(15) *Diario militar del jeneral Carrera*, Mss.

bidos de los realistas. Sanchez, que por medio de sus partidas i de sus espias estaba al corriente de cuanto pasaba en el teatro de la guerra, quiso aprovecharse de la separacion de las dos divisiones para atacarlas en detall, i mandó salir de Chillan en la tarde del 19 al coronel Urrejola al mando de 200 fusileros i 4 cañones, con encargo de engrosar sus fuerzas, i atacar la division del Roble. Aumentó en efecto sus tropas con las partidas de Elorreaga, que por enfermedad de este quedaron a cargo del comandante del batallon de Valdivia don Pedro Asenjo, i cruzando el Itata en su confluencia con el Diguillin, caminó toda la noche para acercarse al punto en que estaba acampado Carrera.

No se limitaron a esto solo sus providencias para engañar al enemigo. Al paso que él trataba de ocultar sus movimientos, encomendó al guerrillero Olate, que mandaba las partidas colocadas enfrente del vado del Roble, que mantuviese sus fuegos toda la noche i que sus centinelas no cesasen de dar señales de alerta, i sus tambores de tocar diana la mañana siguiente: con esto se proponia mantener a Carrera en la confianza de que el rio lo separaba de sus enemigos, miéntras las tropas de Urrejola caian por el flanco derecho i por su espalda.

Con tan acertadas providencias, su proyecto no podia dejar de darle un buen resultado. En el campo patriota, aunque se supo por comunicaciones interceptadas que Sanchez estaba al corriente de sus movimientos, se ignoraban la salida de Urrejola de Chillan i sus aprestos de ataque. Por esta causa las tropas dormian confiadamente sin temer una sor-

presa, cuando poco ántes de amanecer cayó de improviso sobre ella la division enemiga haciendo sus descargas de fusileria. Una guardia de cuarenta hombres que ocupaba la posicion mas avanzada de retaguardia, sufrió los primeros estragos de la accion; sus soldados fueron en la mayor parte pasados a cuchillo cuando todavia no se reponian de la sorpresa de las primeras descargas; el centinela Miguel Bravo que dió repetidas voces la voz de alarma, quedó tirado entre los muertos con tres heridas en la cabeza, i el teniente de la partida don Manuel Valenzuela pudo escapar felizmente del furor con que atacaban los enemigos.

Grande fué tambien la alarma en el centro de la division. Los tiros de fusil despertaron a la tropa, i en el primer momento de sorpresa los soldados, que no alcanzaban a distinguir al enemigo ni los puntos por donde eran atacados, comenzaron a formarse en pelotones dispersos: varias partidas realistas habian penetrado en el campo patriota, i se ocupaban en llevarse los caballos i mulas. El jeneral Carrera, que despertó a las primeras descargas, quiso organizar la resistencia, i salió de su carpa con este objeto; pero los enemigos habian formado la línea en el sitio mismo en que estaba destacada la guardia de Valenzuela, i sus tiros caian por todas partes. A su propia vista cayó el caballo del capitan don Diego Benavente cuando lo montaba, i al ver esto el jeneral quiso seguir a este jefe que subia la loma, acompañado por algunos dragones: separado de su propósito por el ayudante Barnachea, que le ofrecia un caballo para andar con mas pres-

teza, tomó otro camino, i subió a la loma en que estaba situada la artillería de Morla para darle algunas órdenes, i bajaba con el objeto de acercarse a su línea, cuando fué descubierto i perseguido por una corta partida de milicianos de caballeria que a las órdenes de Olate habia cruzado el rio para apoyar a Urrejola: Carrera descargó sobre su jefe una pistola, que por casualidad estaba sin bala, i uno de los soldados de ella lo hirió de una lanzada en el costado, i su caballo recibió tambien dos golpes. Olate lo persiguió de cerca preparando su carabina para descargarla a boca de jarra, pero por una feliz casualidad no le dió fuego, i pudo salvar el jeneral insurjente. Forzoso le fué arrojarse al rio, seguido de dos asistentes, pasarlo a volapie, repasarlo mas abajo, i dirijirse a la division que mandaba su hermano.

La ausencia de Carrera, sin embargo, no se hizo notar en la organizacion de defensa: ni la sorpresa turbó por mucho tiempo al ejército, ni la falta del jeneral en jefe desconcertó a los subalternos en aquel momento crítico. El coronel O'Higgins, que estaba despierto a la hora del ataque, fué el primero en llegar al punto amenazado, i en organizar la resistencia, reuniendo en el peligro las atribuciones de su jefe, que no se presentaba por ninguna parte. Desde luego se elijió la altura que guarda el vado para punto de defensa: allí se hallaba situada la artilleria al mando del capitan Morla i del teniente don Nicolas Garcia, i a ese mismo punto se fueron replegando algunas partidas de caballeria desmontada, que conducian los capitanes don Joaquin Prie-

to i don Diego Benavente. Un piquete del batallon cívico de Concepcion, que mandaba el sarjento don Nicolas Maruri, se adelantó algo mas, i parapetado detras de unos peñascos, sostenia sus fuegos de fusileria con bastante acierto.

El enemigo, que se habia creido vencedor con la sorpresa, que habia recorrido todo el campo insurjente, i posesionádose de las caballadas de Carrera, casi no esperaba resistencia alguna. La vista de las fuerzas que organizaba O'Higgins vino a sacarlo de este engaño; i sus partidas, dispersas al principio del ataque, comenzaron a replegarse sobre una loma que habia ocupado Valenzuela, separada de la altura en que se defendian los patriotas por un bajo de mas de doscientas varas.

Desde entónces, la accion se sostuvo con valor por ambas partes, aunque con desventajas para los patriotas. El fuego del enemigo hacia grandes estragos en la artilleria, a tal punto que un solo soldado de esta arma, que escapó ileso, pudo salvarse porque cargaba los cañones tendido en tierra para que los disparase el teniente Garcia. En los otros cuerpos, el daño era menor; sin embargo los oficiales Benavente, Morla, Benitez, Ureta i Prast fueron heridos en la pelea, i él mismo coronel O'Higgins, que no se habia separado un momento del sitio del peligro, recibió un balazo en una pierna.

El fuego duró mas de tres horas continuas. El enemigo habia intentado moverse repetidas veces, i quizá habria avanzado a no adelantarse los patriotas, a quienes mandaba O'Higgins cargar a la bayoneta. Con esto solo la victoria se pronunció por ellos;

entónces los realistas se movieron en retirada; pero la vista de una corta partida de caballeria que con grandes trabajos pudo organizar el capitan don José María Benavente, i con que los perseguia, apresuró su marcha i se entregó a una completa fuga, dejando en el campo bastantes muertos i heridos, 130 fusiles, dos cañones i algunos cajones de cartuchos. La victoria habria sido mas completa todavia si el teniente don Ramon Freire, que al mando de su guerrilla de caballeria se dejó ver en una altura inmediata, hubiese acudido prontamente en persecucion de los realistas.

Los patriotas sin embargo podian cantar victoria; i solo la falta de caballeria les impidió la destruccion completa del enemigo; pero la ausencia de su jefe, cuya suerte se ignoraba en el campo, vino a disminuir el contento de la tropa. Algunos soldados decian haberlo visto echarse al rio, pero nadie sospechaba siquiera su paradero, O'Higgins, temeroso tambien por su suerte, despachó a su ayudante, el cadete de dragones don Pedro José Reyes, a comunicar lo ocurrido a la division del centro, i a ponerlo de acuerdo con su jefe para buscar a don José Miguel. Este, felizmente encontró a Reyes en el camino; i ambos volvieron al sitio de la accion, en donde fué recibido el jeneral con gran alborozo por los soldados i oficiales que acaban de batirse con tanto denuedo.

Tal fué el resultado del combate del Roble: si bien no fué una batalla de grandes i decisivos resultados, en ella, mas que en cualquiera otra de las ac-

ciones de esa campaña, el ejército insurjente supo batirse con arrojo i heroismo, i no solo escarmentar con ventaja al enemigo, sino tambien convertir en victoria una desastrosa sorpresa. O'Higgins, el primero entre los héroes de aquella jornada, habia dado pruebas de un valor sobrenatural en los momentos de mayor peligro: con un fusil en la mano, enseñaba a sus soldados, en lo mas rudo de la pelea, a hacer un uso ventajoso de su arma; i miéntras él esponia su ancho pecho a las balas del enemigo no cesaba de recomendar a sus subalternos que se parapetasen detras de unas rocas para no presentar su cuerpo al fuego de los realistas. El jeneral Carrera, a su vuelta al campamento, pudo esclamar: "¡Gloria al invicto jefe que ha salvado la division i la patria! (16)".

XI. Cualquiera que fuese la importancia de la

(16) Para la narracion de esta jornada he consultado las relaciones de los historiadores i el parte del jeneral Carrera: pero me ha servido principalmente una noticia escrita por el señor jeneral don José Maria de la Cruz, que se batió ese dia. Debo tambien algunos curiosos detalles al señor coronel don Pedro Nolasco Vidal, que los recojió cuatro años despues de boca del guerrillero Olate. Todas las relaciones i documentos dan a O'Higgins una gran importancia en la jornada, considerándolo como el organizador de la vigorosa defensa de los patriotas. Torrente, Martinez i Ballesteros, de ordinario parcos en el elojio de los patriotas, hacen a O'Higgins la justicia merecida. El *Monitor Araucano* lo ensalzó en su heroismo con la publicacion de algunas cartas de los oficiales del ejército en que se le hacian pomposos elojios. Carrera dice al gobierno ejecutivo, en su parte de la jornada, que debe considerar a O'Higgins como "un soldado capaz en sí solo de reconcentrar i unir heroicamente el mérito de las glorias i triunfos del estado chileno." I en un *Manifiesto* publicado en Buenos-Aires en 1818, con el principal objeto de desprestijiar a O'Higgins, no pudo Carrera dejar de hablar de la parte que tuvo en la victoria el valor con que el jefe de la division animó a sus soldados: véase la páj. 9. Era entónces cabalmente, en 1818, cuando Carrera i sus parciales escribian desde el otro lado de los Andes, que habian visto al coronel O'Higgins escondido detras de una tapia, en una de las acciones del sitio de Chillan. La pasion dictaba esa calumnia.

victoria, ella no decidió al jeneral Carrera a cambiar en sus propósitos. No creyendo suficientemente escarmentado al enemigo, i sospechando que su ejército no bastase para poner el nuevo sitio a Chillan, don José Miguel solo se demoró en dictar algunas providencias militares para volver a Concepcion. Mandó situar la division del centro en Bulluquin, i la de O'Higgins un poco mas al oriente del lugar que ocupaba, en la confluencia del Itata i Diguillin, tras de parapetos i fosos improvisados que construyó el cuartel maestre Mackenna. Ambas divisiones debian sostenerse allí a la defensiva únicamente. El jeneral se separó de ellas el dia 19, despues de recomendar a sus jefes la prudencia i tino que exijian su delicada situacion.

O'Higgins sin embargo no podia conformarse con la inaccion a que lo obligaban las órdenes de su jefe. La division de su mando se habia engrosado con una partida de doscientos fusileros montados que, a las órdenes del capitan don Pedro Valenzuela, habian llegado en su ausilio, remitidos por don Juan José Carrera, el dia de la accion. Al paso que se sentia fuerte para tomar la ofensiva, sabia por buenos informes que el enemigo se habia encerrado en Chillan; de modo que solo el espíritu de subordinacion militar, que siempre distinguió a O'Higgins, pudo reducirlo a mantenerse en aquel punto sin intentar empresa alguna.

Sin embargo, queriendo mantener espeditas sus comunicaciones con el canton del Maule i con Talca, de donde se esperaban municiones i víveres, encargó al capitan don Pedro Valenzuela para que,

repasando el Ñuble al mando de cien granaderos, guardase la ribera norte de este rio, i cubriese San-Cárlos i el Parral contra cualquiera tentativa del enemigo. Uno de los primeros servicios que prestó esa partida fué llevar algunos ausilios a la division de Bulluquin.

Valenzuela era un buen militar, que gozaba entre sus compañeros de la reputacion de valiente; pero era jóven, i gustaba desafiar el peligro con demasiada temeridad. En esta ocasion lo hizó así: habiendo podido llegar a Bulluquin en la misma tarde, prefirió pasar la noche en Santa-Rosa de Trocayan sin manifestar temor a las guerrillas enemigas; i, de acuerdo con su teniente don Rafael Balverde, dió la órden de echar pie a tierra i de acampar cerca de un caserio.

Esta inadvertencia no pasó desapercida de los realistas. En las inmediaciones se hallaba la partida del guerrillero Olate, compuesta de cerca de 400 hombres, el que, noticiado por sus espias del punto en que habia acampado Valenzuela, resolvió atacarlo al anochecerse. Al primer amago de ataque, el jefe patriota que no se habia descuidado se atrincheró con gran prontitud detras de los sacos de galleta i de los lios de charqui, que llevaba a la division del centro, i desde allí comenzó a hacer un fuego bien nutrido sobre las fuerzas de Olate. Una bala de fusil quitó la vida al capitan Valenzuela en los primeros momentos; i poco despues cayó el teniente Balverde, que lo habia reemplazado en la direccion de la defensa, i el sarjento Ortiz. El subteniente don Gaspar Manterola, que apesar de su corta

edad, reasumió el mando en aquellas circunstancias; sostuvo el fuego con gran teson por mas de cuatro horas; entónces sus municiones comenzaron a escasearle; i sus soldados, reducidos en el combate a ménos de la mitad, no se hallaban en situacion de seguir batiéndose por mas tiempo, cuando dió Manterola la órden de cargar a la bayoneta sobre el enemigo, que tambien habia sufrido bastante. Pocos momentos duró este nuevo choque: el enemigo, estropeado en la refriega, no resistió mucho tiempo a Manterola, que pudo llegar sano i salvo a la villa de Cauquenes, conduciendo sus heridos (17).

Tan triste fin tuvo la espedicion del capitan Valenzuela. Cuando se creia que, confiada a un jefe de conocido valor, ella pudiese mantener espeditas las comunicaciones con el canton de Talca, el combate de Trocayan vino a llevarse esa ilusion, i a empeorar aun mas la situacion del ejército patriota. Los realistas, que no fueron perseguidos despues de la batalla del Roble, habian vuelto a tomar la ofensiva, i comenzaron a estenderse en guerrillas por el canton del Maule. Desde entónces la seguridad de las provincias centrales era absolutamente ilusoria.

(17) Benavente, *Mem. sob. las, etc.* cap. VI.—Gay, *Hist. de Chile,* tom. V, cap. XXVII.—Parte del Jeneral Carrera. Mss.

CAPITULO VIII.

I. El gobierno declara la libertad de imprenta.—II. Estado de atraso de la instruccion pública en Chile ántes de la revolucion.—III. El gobierno manda fundar escuelas en todos los pueblos.—IV. Solemne apertura del Instituto Nacional.—V. Formacion de una biblioteca pública.—VI. Otras medidas del gobierno.—VII. Adelanto de la idea de independencia.—VIII. Sublevacion realista en Santa-Rosa.—IX. Derrota i castigo de los sublevados.

I. Miéntras el ejército patriota defendia en las provincias del sur la causa de la revolucion, los corifeos de esta no habian cesado un momento de promover en Santiago las reformas que creian de mas alta importancia, i que formaban el objeto principal del movimiento de setiembre. Poseia Chile por fortuna en aquella época unos cuantos hombres superiores a su tiempo i al pais, que habian emprendido la difícil obra de rejenerar la patria, i que no economizaban sacrificio alguno para lograrlo. Para ellos la apetecida independencia en cuya causa se habian comprometido tanto, era solo el medio para llegar a sus apetecidos fines.

Fué una de las primeras entre estas medidas la esplícita declaracion de la libertad de imprenta, por un supremo decreto de 23 de junio. La junta gubernativa habia creido de urjente necesidad esta

declaracion, i penetrada de ella, de acuerdo con el senado, no quiso ponerle muchas trabas i restricciones para las discusiones políticas. "Cuando hemos visto, decia en el preámbulo del decreto, que los déspotas han mirado siempre como el medio mas seguro de afianzar la tirania, prohibir a todo ciudadano la libre comunicacion de sus ideas, i obligarles a pensar conforme a los caprichos i vicios de su gobierno, i finalmente cuando todos conocen que tan natural como el pensar le es al hombre el comunicar sus discursos, seria presuncion querer decir algo de nuevo sobre este precioso derecho, tan propio de los hombres libres (1)".

Animado de sentimientos tan liberales, el gobierno fué, como queda dicho, mui esplícito para declarar la libertad de la prensa: "Habrá desde hoi entera i absoluta libertad de imprenta. El hombre tiene derecho de examinar cuantos objetos esten a su alcance," decia el primer artículo del decreto. Para garantir este precioso derecho, el decreto lo ponia bajo la salvaguardia del senado, i en especial de uno de sus miembros, encargado de velar por él, i de una junta protectora compuesta de siete individuos, a la cual correspondia tambien la declaracion de si los escritos eran o no ofensivos a la relijion del estado, al sistema de gobierno o a los ciudadanos en particular.

Al sostenimiento i defensa de la relijion del estado estaba tambien consagrado otro artículo del decreto. En esta parte la junta gubernativa se manifestaba

(1) Decreto de 23 de junio de 1813.

inflexible con los contraventores a la lei. En su juicio era un delirio el que los hombres quisiesen discutir sobre esas cuestiones, i para evitarle un agravio, la lei exijia censura prévia para cualquier escrito sobre la materia, i creaba las autoridades que debian juzgar a los que la infrinjiesen en este punto.

II. Esa libertad limitada hasta cierto punto era la única que queria conceder el gobierno, i era quizá la única que convenia en aquellas circunstancias. La junta tenia muchos trabajos a que atender, i en algunos de ellos debia obrar sin miramientos, i quizá con arbitrariedad, i no queria atarse las manos voluntariamente sometiéndose a una crítica intempestiva.

Sus esfuerzos, por otra parte, iban dirijidos a reformas de gran utilidad, i mui en particular al fomento i ensanche de las escuelas i colejios. Para el gobierno eran estos un motivo principal de desvelos i fatigas de que no lo separaban ni los aprestos para el sostenimiento de la guerra del sur, ni las resistencias que solia encontrar en su marcha administrativa.

Desde los primeros tiempos de la revolucion, los diversos gobiernos que se habian sucedido en el mando habian tomado a empeño la reforma i ensanche de la instruccion pública. Este importantísimo ramo de la administracion era en efecto uno de los mas desatendidos por el gobierno español en todas sus posesiones de América, i mui particularmente en Chile. La ciudad de Santiago que gozaba de las atenciones i prerrogativas de capital del reino con-

taba apénas siete escuelas de primeras letras, miéntras muchos pueblos de provincia tenian una sola, i algunos ninguna.

La instruccion superior se hallaba en peor estado todavia. Los pocos colejios con que contaba el pais hasta aquella época estaban cimentados bajo una base bárbara, que, mas que a fomentar el amor al estudio, contribuia a desterrar de sus aulas a los alumnos. Sometida al rigor de un preceptor adusto, i a fuertes castigos corporales, la juventud acababa por mirar con desprecio lo que habia considerado al principio con horror.

La direccion de esos colejios estaba confiada por lo jeneral a eclesiásticos. Los estudios comenzaban por la latinidad, como base principal para los otros ramos, que se cursaban en su mayor parte en ese idioma. En latin se enseñaba la filosofía, el derecho, la medicina i la teolojía, i en latin sostenian los alumnos los escolásticos certámenes a que los sometia el pésimo sistema de enseñanza. La ciencia estaba convertida en una jerga de clasificaciones fútiles con que se pretendia aguzar el injenio de los jóvenes, i con ellas se eludian sus dificultades mas sérias (2).

Los idiomas estranjeros, i el español mismo, la química i la historia natural, no entraban en el plan de estudios : inútil fué que el director jeneral de mineria don Manuel Salas pidiese con celoso empeño, en 1801, que se trajesen profesores de química, que

(2) *Ensayo sobre la educacion* por Camilo Henriquez, *Revista del estado anterior i actual de la instruccion pública en la América ántes española,* por don Juan Garcia del Rio.

tanto se necesitaban para el laboreo de las minas, i para la justa interpretacion de la ordenanza: su solicitud quedó sometida a informes i traslados i archivada en un espediente, que se ha conservado hasta hoi para honra de su memoria (3). El doctor Martinez de Rozas, ese patriarca de la revolucion de Chile, que enseñaba filosofía en 1781, se avanzó a dictar a sus alumnos un curso de física esperimental, que se creia entónces íntimamente relacionada con aquella ciencia (4).

III. En esos colejios, i bajo ese sistema, se educaron todos los hombres de pensamiento que encabezaban la revolucion; i mui pocos entre ellos habian ampliado el caudal de sus conocimientos en los colejios de Europa, si bien todos ellos poseian libros cuya introduccion era prohibida. A esos hombres no se ocultaban sin embargo los defectos de tal sistema de enseñanza, i estaban resueltos a dictar un nuevo plan de estudios bajo mui diversa base.

La campaña militar, que habia preocupado sus ánimos en el primer momento de la invasion, no lo distrajo de sus propósitos. Meditando ya la creacion del instituto nacional, el gobierno creyó preciso comenzar la reforma por la instruccion primaria, queriendo inculcar entre los niños las virtudes i hábitos republicanos, empresa árdua que no podia acometer sin imponerse primero de los inconvenientes con que debia tropezar, i de los mejores medios para subsanarlos. Para esto nombró una "comision

(3) *Espediente seguido a instancia del director jeneral de minería para que se pidan a España profesores de química.* Mss.
(4) *Relacion de méritos i servicios del Dr. Martinez de Rozas.*

compuesta del senador Dr. don Juan Egaña, del director jeneral de estudios Dr. don Juan José Aldunate i del rector del convictorio carolino Dr. don Francisco José de Echaurren, para que a la mayor brevedad formen i presenten al gobierno un plan de educacion nacional, que proponga la instruccion moral i científica que debe darse a todos los chilenos, i la clase de virtudes que especialmente puedan hacer mas feliz este pais, i en que el gobierno debe empeñar sus cuidados para transformarlas en costumbre, i hacer de ellas como un carácter propio i peculiar de los habitantes de Chile. La comision propondrá cuanto hallare conveniente, contando con los vivos deseos que asisten al gobierno para emprender esta grande obra (5)".

De estos pasos preliminares resultó el decreto de 18 de junio de 1813, por el cual mandaba la suprema junta que se crease en cada pueblo de cincuenta vecinos una escuela de primeras letras costeada con los propios del lugar: para no gravar de modo alguno a los padres de familia cada escuela debia surtir a los alumnos de los libros necesarios, i el reglamento no se descuidaba en señalar aquellos cuyo espíritu i estilo podian contribuir a fortalecerlos en la virtud i formarles el gusto literario: entre estos entraba el precioso *Compendio de la historia de Chile* del jesuita Molina.

La lectura de ese libro podia inculcar en el alma de los jóvenes el amor a la patria de que contiene tantos ejemplos, i con los excelentes catecismos de

(5) Decreto de 1.º de junio de 1813, inserto en el *Monitor Araucano*, núm. 29.

relijion de Fleury, Pouget i Pinton, cuyo estudio debia hacerse en las escuelas, se pensaba mantener viva en su espíritu la fé de nuestros padres. Pero el gobierno queria tambien imbuir en los niños los principios de moralidad i buena conducta que solo podia inspirarles el ejemplo de los preceptores: para esto el decreto exijia de todos los maestros informaciones i certificados de notorio patriotismo i buenas costumbres, i ordenaba que el decano del cabildo de cada pueblo visitase a menudo la escuela, e informase al gobierno sobre su estado (6).

IV. Iguales deseos animaban al gobierno cuando trabajaba con tanto ahinco por abrir el instituto nacional. La autoridad se habia preocupado con esta idea desde 1812, i la junta ejecutiva, que la habia activado sin cesar, llegó a anunciar en un manifiesto que el 1.° de agosto de 1813 tendria lugar la solemne apertura del establecimiento.

Sin embargo, solo pudo llevarse a efecto el 10 del mismo mes. Ese dia clásico en los anales de nuestra revolucion fué celebrado con gran pompa por la junta gubernativa i las corporaciones de la capital. Todas ellas concurrieron al claustro de la universidad en donde se inauguró el instituto. Allí leyó el Dr. Vera un himno entusiasta en honor de las ciencias que se iban a cultivar en Chile con los primeros albores de la libertad, manifestando que el vil despotismo que habia cerrado las vias de la ilustracion i de la cultura seria sostituido en breve por la independencia, cuyo imperio comenzaba a cimentarse.

(6) Decreto de 18 de junio de 1813, inserto en el *Monitor Araucano*, núm. 36.

El secretario de la junta don Mariano Egaña espuso a nombre de ella en un sentido discurso la necesidad que el pais tenia del instituto, i los fines que con su creacion pensaba alcanzar: "Diez i nueve cátedras de todas las ciencias, un museo que comprende todos los departamentos para sus esperiencias i progresos, una educacion pública gratuita abierta a todos los ciudadanos del estado," eran segun él la base del plan de estudios del instituto (7).

La creacion de este establecimiento en efecto, introducia en la enseñanza un cambio tan radical, cuanto era dable esperar de la época i del pais. Sin grandes conocimientos científicos i sin libros para enseñar, esos profesores acometian la árdua empresa de sostituir un plan de estudios metódico i sistemado al embolismo escolástico del antiguo colejio del rei.

(7) Para apreciar mejor este plan de estudios basta conocer los ramos que él comprendia: he querido tambien anotar los nombres de sus primeros profesores i empleados.

Protector civil el senador don Francisco Tagle.—Rector el Dr. don José Francisco de Echaurren.—Ministro vice rector el presbitero don Domingo Antonio Izquierdo.—Inspector de manteistas i de las aulas públicas el presbítero don Pedro Seballos.

Catedráticos.—De elocuencia doctrinal, oratoria i panejírica el senador Dr. don Juan Egaña.—De sagrada escritura el presbítero Dr. don Juan Aguilar de los Olivos.—De teolojia dogmática e historia eclesiástica padre lector frai José Antonio Urrutia.—De derecho natural, de jentes i economia política el presbítero Dr. don José Maria Argandoña.—De leyes patrias i derecho canónico el presbítero Dr. don Juan de Dios Arlegui.—De física esperimental el presbítero Dr. don José Alejo Bezanilla.—De química don Francisco Rodriguez Brochero.—De ciencias militares i jeografía don Manuel José de Villalon.—De matemáticas puras el padre lector fr. Francisco de la Puente.—De dibujo don José Gutierrez.—De lójica, metafísica i filosofia moral don Pedro Nolasco Carvallo.—De latinidad para mayoristas, i estudiantes de relijion el padre jubilado fr. José Maria Bazaguchascuad.—De la misma para minoristas, don José Miguel Munita.—De primeras letras fr. José Antonio Briseño. Algunas otras clases no se abrieron hasta algun tiempo despues. Entónces rejentó la de ingles don Joaquin Egaña i la de frances don Reinaldo Breton. Las de botánica i medicina tardaron aun mas.

Si tenia algun defecto capital el nuevo i estenso programa de enseñanza, provenia este del poco reparo que habian tenido sus fundadores para acometer una empresa tan superior a sus fuerzas, abriendo cátedras que ningun chileno podia rejentar.

V. La formacion de una biblioteca pública fué una medida que se creyó complementaria de la creacion de este colejio. Cuando habia en el pais tan grande escasez de libros para la enseñanza que no era posible juntar varios ejemplares de algunas obras que debian servir de testo en el instituto, sin una imprenta montada en un buen pie capaz de suplir por medio de reimpresiones a estas necesidades, el gobierno juzgó indispensable la creacion de un establecimiento, en donde se encontrasen reunidas a disposicion de todo el mundo las obras mas notables del injenio humano en todas sus ramificaciones.

El gobierno español ni aun se habia fijado en esta necesidad de su colonia: Santiago no poseia hasta esa época mas que las bibliotecas de los conventos, la del cabildo eclesiástico, de la real audiencia i de la universidad, que sobre ser sumamente reducidas i compuestas de libros sobre materias especiales, estaban sustraidas al dominio público. En Chile, por otra parte, no se vendian libros, i solamente la introduccion de ciertas obras era permitida a los particulares que las encargaban. Por esto mismo, era mas indispensable aun la formacion de la biblioteca nacional.

La junta ejecutiva se manifestaba dispuesta a comprar todos los libros que se le ofreciesen en venta, i aun a pedirlos a Europa para surtir pronta-

mente la biblioteca; pero contaba tambien con los donativos graciosos de los particulares, i en esta sus esperanzas no quedaron burladas. El presidente del senado don Juan Egaña, que habia trabajado empeñosamente por el fomento de la instruccion pública, obsequió al naciente establecimiento un lujoso ejemplar de las obras de Bufon, i algunos otros libros de amena literatura, don Mateo Arnaldo Hœvel entre otras una voluminosa obra sobre bellas artes, don José Gregorio Argomedo algunos libros de jurisprudencia, el ex-jesuita don Juan Gonzalez i don Feliciano Letelier algunas de enseñanza i don Martin José Munita la "Política indiana" de Solorzano.

Este jeneroso desprendimiento, cuando los libros eran tan escasos en el pais, i su precio tan subido, fué en breve imitado por muchos otros ciudadanos, i de las provincias llegaron tambien algunas obras que sirvieron para echar los cimientos de la biblioteca. Esos pocos volúmenes en efecto fueron la base de ese precioso establecimiento que ha llegado a ser un motivo de orgullo para el pais.

VI. Mas no eran estos proyectos los únicos que ajitaron al gobierno en aquella época. La junta patrocinaba ciertas ideas que juzgaba de importancia, aunque en gran parte ellas eran solamente un paso dado para mas ámplias e importantes reformas.

Fué una de estas la de formar un censo jeneral de todos los habitantes del reino, como medida altamente necesaria para "dar a los pueblos aquella organizacion i representacion política que corresponde a un sistema popular," i para emprender con

cálculo seguro las reformas sociales que necesitaban de esos datos (8).

Para facilitar una operacion larga i engorrosa, i a fin de obtener con fijeza las noticias estadísticas de mayor interes, el gobierno mandó imprimir estados que simplificaban mucho el trabajo, i con cuya disposicion se podia alcanzar fácilmente un conocimiento exacto de la edad, oríjen, estado i profesion de cada individuo. Por este medio el gobierno se ponia en situacion de emprender algunas reformas, partiendo de una base fija.

Sin embargo de tan buenas intenciones, pudo en breve convencerse que no era aquella la época mas aparente para un trabajo de esta especie. Las provincias del sur estaban envueltas en una guerra que impedia la realizacion de este proyecto; i en las del centro i norte no bastaron las dilijencias i empeños de los comisionados para persuadir a los campesinos que ningun perjuicio, ni aun el de reclutamiento forzoso para el ejército, se seguiria a los individuos que se inscribiesen en aquellos estados.

Se afanó tambien el gobierno en la reforma de ciertos abusos locales que exijian un pronto i eficaz remedio, i en promover algunas medidas de hacienda, necesarias para cubrir el déficit que abria la guerra. Se prohibió revender los abastos públicos, se fijaron aranceles para el pago de médicos i boticas conforme al parecer del protomedicato de Santiago, se tomaron algunas medidas sanitarias para impedir el rápido progreso de algunas enfermeda-

(8) Circular al juez mayor de cada provincia.

des, i se dictaron providencias rigorosas para cimentar bajo buena base la administracion de tabacos i la venta del papel sellado.

Entónces tambien se trató de plantear un cementerio al norte de la poblacion, a fin de borrar la perniciosa costumbre de enterrar en las iglesias, situadas en el centro de la ciudad. Esta idea tuvo su oríjen en el congreso de 1811, i sin duda se habria llevado a efecto en 1813 si las fatigas i afanes que procuraba la direccion de la guerra, no hubiesen llamado la atencion del gobierno hácia otra parte.

VII. En efecto, la junta trabajaba con gran tezon en mantener encendido el espíritu público en aquellas circunstancias, i en reunir elementos para el sostenimiento de una guerra que se alargaba de dia en dia. En este punto sus medidas fueron prudentes, i su principal empeño iba dirijido a evitar las exacciones de los subalternos del ejército, i a indemnizar los perjuicios que sufrian los particulares. Sin recursos para emprender esta obra de reparacion, el gobierno se desprendió de cantidades exorbitantes, si se atiende a su escasez i a sus necesidades, para cubrir una parte de sus pérdidas a los individuos mas perjudicados. Por esta razon se decretó que se remitiese a la provincia de Concepcion la suma de 10,000 pesos para repartirla conforme a los perjuicios i necesidades de aquellos vecinos que mas espoliaciones hubiesen sufrido en la campaña. Con el objeto de evitar estos males, el gobierno se empeñó en poner sérias restricciones en el cobro de las contribuciones para impedir los abusos i daños.

El mantenimiento del espíritu público reclama-

ba por cierto ménos trabajos. Estaba tan pronunciada la opinion en favor del movimiento revolucionario que se descubrian a cada paso bellos rasgos de civismo i de patriótico desprendimiento para contribuir con erogaciones al sostenimiento de la guerra. Las victorias del ejército insurjente, i muchas veces se contaban por victorias los sucesos mas insignificantes, eran celebradas en la capital con gran entusiasmo, i una noticia favorable del ejército era el motivo de manifestaciones espontáneas en honor de los jefes que lo mandaban.

Entónces, tambien, la idea de la independencia nacional se habia jeneralizado bastante entre todos los ciudadanos. Los decretos del gobierno habian borrado poco á poco las fórmulas de obediencia a Fernando VII, reasumiendo en sí la soberania nacional i algunas de sus providencias dejaban traslucir, claramente que la independencia de Chile era el principal objeto de la revolucion. El periódico oficial, el *Monitor Araucano*, no habia cesado de hablar de los tiranos i de la nacionalidad americana, sin dejar escapar un solo razgo de obediencia i fidelidad al monarca cautivo, cuya prision se presentaba como interminable.

Pero mas clara manifestacion que esas débiles reticencias fué sin duda un decreto supremo dado por la junta de gobierno a mediados de junio sosti tuyendo la bandera tricolor a la española. Mandábase en él que todos los rejimientos de milicias que concurriesen a la plaza de armas el 17 de ese mes con motivo de la festividad de Corpus debian presentarse con el nuevo estandarte, i considerando abo-

lido por este sólo decreto el uso de la bandera española en las provincias del estado i en la marina mercante (9).

VIII. Fueron talvez estas avanzadas providencias las que mas irritaron a los enemigos de la revolucion. Aun que alejados de los negocios públicos por las autoridades patriotas, ellos habian descubierto las miras i tendencias del movimiento, i se manifestaban dispuestos a combatirlas por todos los medios posibles; pero reducidos a la impotencia, perseguidos i vejados, esperában siempre una circunstancia favorable para vengar sus ultrajes, i para someter el pais a la autoridad del rei. Si bien es cierto que muchos de ellos creian irrealizable una contra-revolucion, tambien es verdad que no faltaban algunos que no querian desesperar.

Por desgracia, el espíritu reaccionario que habia asomado en Concepcion i en los pueblos fronterizos tuvo eco en las provincias centrales. Algunos jóvenes audaces i atolondrados, que no contaban con los elementos necesarios para hacer una revolucion, alucinados con la resistencia que Sanchez hacia en el sur, i creyendo que encontrarian muchos partidarios en el primer momento, se atrevieron a levantar la bandera de la insurreccion en la villa de Santa-Rosa de los Andes.

Poco despues de la invasion del jeneral Pareja, el gobierno de Santiago hizo salir para Mendoza a muchos españoles, o chilenos realistas, que podian conspirar; pero cuando hubieron llegado a Acon-

(9) Decreto inserto en el *Monitor Araucano*, núm. 30.

cagua dió contraórden para que quedasen en el pais los mas insignificantes entre ellos. Varios de estos eran tan destituidos de relaciones i recursos, que prefirieron quedarse en Santa-Rosa, i todos ellos vivian allí en la mas estrecha amistad. Aventureros sin fortuna que perder casi todos, pensaron por mucho tiempo hacer una revolucion contra el gobierno establecido, i sea por casualidad o porque ellos los llamasen, se juntaron a los pocos meses en ese mismo pueblo algunos otros españoles de los lugares inmediatos, i todos ellos se reunian frecuentemente a tratar de su proyecto favorito que los iba a transformar como por encanto en grandes i poderosos. Esos ilusos proyectistas creian firmemente que las armas de Sanchez estaban victoriosas en el sur, i que la junta gubernativa o ignoraba esto, o pretendia mantener su efímera autoridad apoyándose en embustes ridículos i groseros.

El jefe de la revolucion fué un jóven español sin fortuna ni relaciones llamado José Antonio Ezeyza. Habia sido comerciante de reducido jiro en Santiago, i sus especulaciones le dieron en corto tiempo algunas ganancias i no poco crédito. En una ocasion en que debia mas dinero que de ordinario sea que se hallase atrasado o que quisiese guardar algo para sí por un medio fraudulento, resolvió fugarse secretamente i embarcarse en un buque que zarpaba en esos dias de Valparaiso. Su proyecto fué bien ejecutado, i habria conseguido salir de Chile, si las autoridades, impulsadas por las instancias de los acreedores de Ezeyza, no hubie-

sen despachado otro buque en su alcance (10). Volvió entónces a Santiago en donde tuvo que pasar por las tramitaciones de un concurso. Su oríjen español fué mas tarde la causa de su confinacion a Mendoza.

El 3 de agosto estalló la sublevacion. En ese dia Ezeyza a la cabeza de treinta hombres, de los cuales solo cinco llevaban fusil, se posesionó de Santa-Rosa de los Andes, i apresó al prefecto de la villa i a los demas empleados que podian resistirle. Inmediatamente comunicó el movimiento a varias personas de prestijio de las inmediaciones, a quienes creia interesados en la sublevacion, i dándose las apariencias de comisionado de la junta gubernativa de Santiago, para lo cual mostraba papeles falsificados, declaró que esta corporacion queria el pronto restablecimiento del réjimen colonial, como el único medio de evitar mayores males.

Natural pareceria que aquellas palabras no hubiesen sido creidas: pero hablaba Ezeyza con tanta confianza i seguridad que no faltaron infinitos vecinos que le dieran entero crédito. Ese jóven, oscuro la víspera del movimiento, consiguió en poco rato formarse séquito i reunir el rejimiento de milicias, a cuya cabeza se puso él mismo dándose el título de jeneral: su propósito era posesionarse de San-Felipe, que debia estar desguarnecido, para dar a reconocer el cambio gubernativo que habia intentado.

IX. En San-Felipe entre tanto se organizaba

(10) Conversacion con el señor don Ramon de la Cavareda.

una pronta resistencia a los sublevados de los Andes. Algunos fujitivos de este pueblo llevaron allí la noticia el siguiente dia. Sin pérdida de tiempo el prefecto don José Santos Mascayano mandó reunir las milicias para marchar contra Ezeyza ; i por medida mas pronta dispuso que su yerno don Francisco de Paula Caldera al mando de treinta hombres que habian reunido le saliese al encuentro. Con esa corta division el prefecto Mascayano pensaba sofocar la insurreccion de Santa-Rosa, o al ménos presentarle alguna oposicion hasta la reunion del rejimiento de milicias.

Esas fuerzas, en efecto, se encontraron con las de Ereyza en Curimon ; pero en vez de empeñarse un rudo combate, como era de esperarse, solo se dispararon algunos balazos, que no hicieron daño en ninguna de las dos divisiones. Caldera se adelantó a sus soldados para persuadir a las tropas enemigas que desistiesen de sus intentos, i estas comenzaron a desbandarse entregándose a una precipitada fuga, o pasándose a la division de San-Felipe. Ezeyza, que habia comenzado el combate disparando el primer tiro, se encontró abandonado hasta de sus amigos i consejeros, i tuvo que fugar a gran prisa para no caer en manos de Caldera.

La victoria, como se vé, no habia costado a este jefe mas que un movimiento audaz i decidido : pero léjos de contentarse con su triunfo avanzó hasta Santa-Rosa, i se posesionó del pueblo al anochecer del mismo dia. Su primer cuidado fué poner en libertad al prefecto i demas empleados, a quienes encarceló Ezeyza, i reducir a estrecha prision a este i a

todos sus parciales que pudo haber a la mano (11).

Grande fué la sensacion que produjo en Santiago la noticia de lo ocurrido en los Andes. Si bien es cierto que mui pocos temieron sérias consecuencias de un movimiento aislado hasta aquel momento i que encabezaban algunos mozos sin prestijio, se creyó sin embargo que podia ser el primer síntoma de la reaccion en las provincias centrales. La junta de gobierno misma vaciló sin saber que pensar de aquel suceso, i quiza no se habria atrevido a tomar providencias enérjicas a no reclamarlas con vehemencia el vocal don José Miguel Infante, que estaba de turno en la presidencia del cuerpo. Animado del mas sincero deseo de salvar la revolucion del abismo que parecia abrirse, el severo Infante se ofreció inmediatamente a pasar en persona a Aconcagua a seguir el proceso, sustanciar la causa i castigar prontamente a los facciosos para hacer un escarmiento ejemplar.

Valia mucho la actividad en aquellos momentos para que el dilijente Infante se demorase en inútiles preparativos. Acompañado del senador don Joaquin Echeverria, del secretario de gobierno don Jaime Zudañez, de dos escribanos, de una partida de soldados de milicias i del verdugo, salió para Aconcagua en ese mismo dia, dispuesto a hacer pagar caro a sus fautores el motin que habia turbado la tranquilidad pública. Creyendo de gran trascendencia el movimiento marchaba dispuesto a obrar con bastante enerjia para estirpar el mal de raiz.

. . . .

(11) Partes del prefecto Mascayano.—Agosto 4 de 1813.

En efecto, tan luego como hubo levantado el proceso, trabajo que concluyó con gran actividad, sentenció a muerte a Ezeyza, don Manuel Gagos, don Juan Isidro Zapata, don Francisco Herrero, Francisco Novas, José Rafael Carmona e Isidro Raposo, principales instigadores del movimiento, e hizo fusilar en la plaza pública a los dos primeros el dia 19. La junta gubernativa sin embargo conmutó la pena a estos en destierro a Mendoza, i mandó poner en libertad a algunos individuos enjuiciados, cuya culpabilidad no aparecia comprobada en el proceso (12).

A pesar de esta benignidad de la junta gubernativa, sus miembros creyeron que la insurreccion de los Andes era un suceso de consecuencias, i aun pensaron que estaba intimamente relacionado con el proyecto reaccionario descubierto en Concepcion a mediados de agosto. Los documentos públicos de aquella época dejan traslucir claramente estas sospechas del gobierno; i sin duda la junta, que no tenia plena seguridad en su base temió entónces el principio de un desquiciamiento completo. Los pacíficos ciudadanos que la componian tuvieron que pasar por grandes ansiedades, que solo fueron los precursores de mayores afanes i fatigas.

(12) *Manifiesto de la junta gubernativa.*—Nota al subalterno de Aconcagua.—Algunos documentos sueltos de aquella época.

CAPITULO IX.

I. Relaciones del gobierno con el jeneral Carrera.—II. El pueblo i la junta desaprueban la suspension del sitio de Chillan.—III. Vacilaciones del gobierno para quitar el mando a don José Miguel.—IV. Conducta de este i de don Juan José en aquellas circunstancias.—V. Efervescencia de los ánimos en Santiago.—VI. Se traslada a Talca la junta gubernativa, e intima rendicion al jefe enemigo.—VII. El gobierno pide su renuncia al jeneral Carrera.—VIII. Operaciones militares de las guerrillas insurjentes.—IX. El ejército i el gobierno de Concepcion se oponen a la renuncia del jeneral en jefe.—X. La junta gubernativa da este destino al coronel O'Higgins.

I. Cuando salió de Santiago don José Miguel Carrera a contener a los invasores, todo el mundo creyó que la campaña duraria apenas unos pocos dias. Se ponderaba tanto la fuerza del ejército insurjente i la debilidad de las tropas de Pareja, que solo se esperaban en la capital la noticia de los triunfos del sur. Un solo encuentro era necesario segun muchos para pacificar completamente el pais. Los primeros partes del jeneral en jefe fortificaron esa creencia, i la sorpresa de Yerbas-Buenas fué mirada como el principio de los grandes desastres que aguardaban al invasor.

El tiempo vino en breve a probar a los patriotas de Santiago que se engañaban grandemente. La posicion de don José Miguel no era ni con mucho

tan alhagüeña i ventajosa, i su decantada victoria de San-Cárlos no equivalia en realidad a un triunfo mediocre. Carrera pidió con instancias al gobierno de la capital refuerzos de tropas para estrechar al enemigo en Chillan, i esto hizo sospechar que su ejército no era tan poderoso ni su enemigo tan débil como se habia creido.

Entónces todavía sobraron ilusos que creyeron en todas las palabras enfáticas de los partes del jeneral en jefe. En ellos no se conténtaba ya con ponderar las ventajas de su posicion, sino que anunciaba paladinamente la próxima conclusion de la campaña. "No pasará la próxima semana, escribia en 8 de julio en marcha para Chillan, sin que tenga V. E. la satisfaccion de anunciar al pueblo nuevos truinfos." "Ya estamos en vísperas de acabar con la gabilla de piratas, que se muestra aun tenaz, decia en uno de 25 de julio escrito enfrente de Chillan, i pasado mañana tal vez tendré la satisfaccion de anunciar a V. E. la total tranquilidad del estado." "Viva V. E. seguro de que no tarda el momento feliz de nuestra tranquilidad," decia en 5 de agosto al dar cuenta de las ocurrencias del sitio.

Es verdad que no faltaban militares que impusiesen al gobierno de la realidad de lo ocurrido; pero este conocia la necesidad de mantener el entusiasmo, i sabia bien que esos partes contribuian poderosamente a ello. El gobierno guardaba para sí un conocimiento perfecto de la marcha de la campaña; i aglomeraba sijilosamente graves cargos contra el jeneral Carrera.

Los miembros que componian la junta gubernativa miraban desde tiempo atras con gran ojeriza a Carrera, que no habia desvanecido del todo el peligro comun de la patria. Don José Miguel Infante le hizo el primer cargo acusándolo de haber dado a sus hermanos los puestos mas importantes del ejército; i el plan de campaña adoptado por él fué el motivo de mil críticas, que si bien se hacian con gran cautela i sijilo, no eran por eso ménos amargas. Mas de una vez la junta pidió al jeneral en jefe noticias de la guerra mas circunstanciadas que esos partes tan reducidos con que informaba al gobierno de ciertos sucesos de ella. Don José Miguel por su parte contestaba a esta exijencia prometiendo pasar un informe detallado sobre la campaña, tan pronto como tocase a su fin, que él consideraba próximo.

Esas seguridades no impulsaron al gobierno a desatender el ejército que mandaba Carrera: lo reforzó con cuanto pudo, mandó organizar en Talca una division de reserva, i solo el 23 de julio, cuando se hallaba poseido del temor que supo introducir la intimacion de la fragata *Bretaña* en el Huasco i cuando comenzaba a tomar el peso a los injentes gastos de la guerra, contestó la junta una nota del jeneral en jefe en que le pedia refuerzo para atacar al enemigo, esponiéndole su escasez de recursos, i la imposibilidad en que se hallaba el gobierno para aumentar el ejército. En ese oficio decia la junta a Carrera que habia consultado el parecer del senado, i que no hallando arbitrio alguno para crear recursos, le parecia mejor que en vista de los antecedentes que le remitia él i los jefes subalternos podian

acordar el mejor medio para subsanar falta tan grave (1).

II. El desastroso fin del asedio de Chillan vino a quitar a Carrera el poco prestijio que le quedaba ante los miembros de la junta, i el crédito que sus anunciados triunfos le habian granjeado en Santiago (2). Fué inútil que el gobierno quisiese probar en el *Monitor Araucano* que la suspension del sitio era un movimiento estratéjico i bien calculado: nadie lo creyó así, i solo se pronosticaron desastres i derrotas en la campaña que sostenia el ejército patriota.

Cuando se esperaba por momento la noticia de un triunfo completo i decisivo, segun anunciaban los partes del jeneral Carrera, esa noticia vino a turbar los ánimos i a despertar la desaprobacion contra la conducta del jefe del ejército. Sin conocer las causas que produjeron ese movimiento cada cual inculpaba a su agrado a don José Miguel, afeando sus hechos, reagravando sus errores, sin querer disculparle cosa alguna.

De estas quejas pasaron mas allá todavia los enemigos del jeneral Carrera. No contentos con acriminarlo en su conducta militar comenzaron a hablar de su despotismo, de la absurda constitucion que habia hecho reconocer por la fuerza en 1812, de su desmedida ambicion de mando, i del espíritu de esclusivismo que le impulsaba a depositar en su

(1) Nota del presidente de la junta don Francisco Antonio Perez Garcia al jeneral Carrera. Mss.

(2) Martinez, *Mem. hist.* año de 1818. Mss.— Gay. *Hist. de Chile*, tom. V, cap. XXX.

familia, cuyos sueldos costaban al estado muchos miles, todo el mando de las fuerzas; i como si esto no bastase para desacreditarlo recurrieron a hacerle críticas aun mas amargas. Por desgracia suya en el ejército se habian cometido muchas tropelias con los pacíficos hacendados de las provincias del sur, que el jeneral no habia castigado con la dureza debida por meras consideraciones muchas veces o porque los fautores de aquellos excesos eran sus deudos inmediatos. De ellos se agarraron sus enemigos para desprestijiarlo en los corrillos que comenzaron a reunirse en la capital con gran actividad i empeño desde que se divulgaron las últimas noticias del ejército (3).

La junta gubernativa por su parte desaprobó en secreto la conducta de Carrera: pero no pudiendo darse cuenta de las causas de los últimos movimientos del ejército, pidió esplicaciones al jeneral sobre su conducta. En su nota le espresaba con alguna dureza sus sérios temores de que el enemigo abandonando su encierro de Chillan quisiese cruzar el Maule i avanzar hasta la capital que estaba in-

(3) El Padre Martinez ha reunido en su *Memoria histórica* todos estos cargos con que él mismo acrimina al jeneral patriota. Dice así:—"El saqueo de las casas, los asesinatos, las violencias a las mujeres con el simulado título de los diferentes partidos, tanto entre sí como con los realistas ponian a todos en peligro de no tener un instante de seguridad en parte alguna. Tenian ademas los Carreras algunos deudos suyos empleados en las mas importantes comisiones, i siendo estos unos públicos facinerosos, conocidos por tales aun ántes de la revolucion, se puede conjeturar cuales serian ahora autorizados i defendidos con las facultades del gobierno. Estos era una de las principales causas de odio a los Carreras i los nombres de Bartolo Araoz con los Carreras de la Viña del mar i otra gran caterva de esta clase capitaneados de aquellos perpetuarian en Chile la memoria de la época de los delitos."—Véase la páj. 205 de la obra impresa.

defensa. Segun esa nota, el gobierno no habia estado al corriente de la guerra porque solo recibia algunas noticias sueltas del jeneral, e ignoraba las poderosas causas que lo habian obligado a levantar un sitio de que dependia la suerte del pais, i emprendido bajo los mas favorables auspicios segun las mismas palabras de don José Miguel.

Este mismo habia sospechado que se le harian en la capital fuertes cargos con este motivo; i desde Collanco, cuando se retiraba de Chillan, habia encargado a su hermano don Luis i al cónsul Poinsett que pasasen luego a Santiago a esponer su conducta al gobierno, i a sostener el prestijio de su nombre. Pero al imponerse del contenido de aquel oficio se apresuró a contestarlo refiriéndose a la mision de don Luis que debia satisfacer esos cargos, e informando detenidamente al gobierno de la situacion del ejército de su mando, i de la importancia de la insurreccion del sur. Bien hubiera querido intercalar en su nota algunas palabras duras para describir su escasez de recursos, que atribuia a próposito meditado del gobierno; pero las omitió por prudencia, contentándose solo con pedir refuerzos para principiar una nueva campaña (4).

III. Hasta entónces la junta gubernativa habia ocultado cuidadosamente sus motivos de disgusto con don José Miguel: si bien deseaba con vehe-

(4) Oficio de Carrera de 9 de setiembre de 1813. Mss. Este documento así como muchos ótros de gran interes para apreciar estos sucesos, existen autógrafos en mi poder. Conociendo que nadie ántes que yo los ha consultado, me he propuesto no omitir detalle alguno sobre él particular, i aun dar publicidad en el apéndice a los mas interesantes.

mencia separarlo de la direccion de la guerra, el gobierno no se atrevia a dictar una providencia decisiva temeroso de que ella produjese una rebelion armada, de funestas consecuencias. En su delicada situacion aglomeraba cargo sobre cargo contra el jeneral Carrera. No solo le reprochaba el espíritu de esclusivismo que lo habia inducido a dar a sus hermanos los mas importantes destinos del ejército, sino tambien ser la causa del movimiento reaccionario que ajitaba a los pueblos fronterizos. Sus vecinos habian sufrido tantas vejaciones de los subalternos de Carrera, i de sus comisionados para reunir caballos, forrajes i víveres, que era hasta cierto punto escusable la resistencia que ellos oponian a sus depredadores. Ellos habian apoyado i ausiliado con gran gusto el ejército insurjente en el principio de la campaña, i solo los vejámenes de que eran víctimas los habian obligado a cambiar de conducta.

No era por cierto don Luis Carrera el hombre mas aparente para desvanecer tan fuertes acusaciones. Inflamable por carácter perdia en breve la calma necesaria para contestarlas, i su cabeza, que carecia de los recursos que su situacion exijia, no bastaba a sacarlo de su embarazo. En sus conferencias con la junta gubernativa, pudo sospechar los cargos que se hacian a su hermano; i sin tratar de desvanecerlos con calma i reposo, apelaba a protestas i amenazas, manifestando siempre gran confianza en el ejército, que debia apoyarlos. Sus consejeros por otra parte no supieron conducirlo en aquellas circunstancias, i en su acaloramiento hizo

formal renuncia del mando del ejército, a nombre de su hermano don José Miguel; pero la junta gubernativa, temiendo por las consecuencias de una medida tomada en un momento de desesperacion i de despecho, se negó obstinadamente a aceptarla. Aprovecharse de sus palabras para separar al jeneral en jefe, sin conocer con certeza la opinion de éste, habria sido comprometer sériamente su autoridad, aventurando providencias que talvez serian desobecidas.

Por este mismo temor finjió la junta olvidar sus resentimientos para llegar cuanto ántes al fin deseado por los revolucionarios. Circulaban ya chismes que comprometian vivamente sus relaciones con el jeneral en jefe, i temeroso el gobierno de que pudiesen llegar a oidos de Carrera, i producir una ruptura de funestísimas consecuencias para la patria, quizo mas bien sacrificar sus rencores, i ofrecerse gustoso a reunir nuevos recursos para proseguir la campaña. La nota que le dirijió con este motivo, con fecha de 14 de setiembre, respira esos sentimientos: lamenta en ella el gobierno su pobreza, los apuros i escaseces porque habia pasado, los tropiezos que encontraron siempre sus medidas, i las angustias que habia sufrido, i le reitera sus encargos sobre la necesidad de evitar los medios violentos para hacerse de recursos. "Por cuanto tiene de sagrado el nombre de la patria i el honor, decia mas adelante, encargamos a V. E. que despreciando esos funestos i criminales chismes, que acaso pueden llegar a sus oidos, convierta toda su atencion a castigar con la mayor severidad, i de un mo-

do público a todos los malvados que hayan cometido vejámenes, a contener la inmoralidad, a consolar a las provincias, i no pensar jamas que podrá ser bien servido ni para su persona ni para su ejército por los hombres que se han hecho detestables en la opinion pública." Dábale cuenta de sus esfuerzos para reforzar el ejército i de las personas a quienes pensaba emplear; i al concluir le hablaba de la renuncia que a su nombre acababa de hacer su hermano don Luis (5).

Este por su parte habia dudado hasta entónces de la sinceridad de la junta. Creia tan profundos los resentimientos que en su juicio esas espresiones de reconciliacion de que se le habia hablado eran protestas falaces para esplotar su credulidad. En este sentido escribia a don José Miguel informándole de sus trabajos, de modo que este recibia las noticias de las ocurrencias de la capital vistas por un lado poco lisonjero para él. Don Luis habia descubierto una injuria en cada palabra de los miembros del gobierno, i la gravedad i circunspeccion de estos fué considerada por él como pruebas concluyentes del mal espíritu con que se miraba a su hermano.

Pero la junta gubernativa supo manejarse con bastante destreza, para desvanecer de su espíritu aquellas impresiones. A principios de setiembre se separó de su seno el vocal Perez i ocupó interinamente su puesto, solo para los asuntos de gran interes, el senador don Juan Egaña, hombre sin

(5) Nota de la junta al jeneral Carrera.—Va publicada íntegra entre los documentos, bajo el núm. 2.

odios ni rencores, lo que hizo sospechar a don Luis que la junta estaba inclinada a marchar en union con su hermano. Trataba entónces de reforzar el ejército, i el gobierno no perdió oportunidad alguna de consultarle su parecer, i de manifestarle cierta deferencia en todo, para desvanecer el encono del ánimo de don Luis.

La junta gubernativa, en efecto, consideraba mui esquilmado i reducido al ejército de la patria con las últimas ocurrencias de la campaña, i creia que era menester reforzarlo vigorosamente para que pudiese recomenzar la guerra con mejores elementos. Para esto, el gobierno meditaba la organizacion de una nueva division de 1000 hombres, formada con los ausiliares que habian vuelto de Buenos-Aires con Alcázar, i los reclutas que pudieran recojerse e instruirse; i habia llamado a la capital al gobernador de Valparaiso don Francisco Lastra, para que tomase el mando de ella, i a su cabeza pasase cuanto ántes a reforzar el ejército de Carrera (6). Con el objeto de arbitrar fondos, se ofició al cabildo de Santiago, para que propusiese con la mayor brevedad los medios conducentes a este objeto (7).

Esto haria creer que el gobierno estaba firmemente resuelto a seguir en buena armonia con los hermanos Carrera; pero léjos de ser esto así la junta gubernativa queria solo esplorar el campo, sin comprometer su autoridad, dictando providencias

(6) Tengo en mi poder algunas notas cambiadas entre Lastra i la junta gubernativa sobre la organizacion de esta division.

(7) Acta del Cabildo de Santiago de 10 de setiembre de 1813. Mss.

que serian desobedecidas. El golpe que meditaba exijia mucho tino, i la junta tocaba todos los arbitrios posibles para darlo con certesa, i evitar la resistencia que podia oponerle el jeneral i sus hermanos.

Para esto descubrió un recurso que creyó eficaz. El comandante de granaderos don Juan José Carrera habia estado casi siempre de contrapunto con su hermano don José Miguel, i era mui probable que ahora pretendiese el mando del ejército, i que apoyase las medidas hóstiles a este que dictaba la junta. Por esta razon creyó necesario ponerse de acuerdo con él, avisándole que don Luis acababa de hacer a nombre de don José Miguel la renuncia del mando del ejército i que el gobierno no estaba dispuesto a admitirla; pidiéndole que no diese oidos a los chismes que urdian espíritus mal intencionados, con el objeto de indisponerlo con la junta, i romper las buenas relaciones de armonia. La nota estaba escrita con bastante sagacidad para sonsacarle su parecer, i para hacerle concebir una esperanza lisonjera. Con ella la junta se proponia dividir a ambos, despertando el encono en el ánimo suceptible e irritable de don Juan José.

Don Luis que no estaba mui al corriente de estas tramas, estuvo al fin a punto de alucinarse tambien con la mentida sinceridad de la junta gubernativa. Creyó que se temia al espíritu turbulento de sus hermanos, i que ese temor reducia al gobierno a un cambio de política: habian sido tan terminantes i atrevidas sus amenazas que no trepidó un momento en creer que ellas habian surtido todo el efecto

que esperaba; i ni las voces vagas que se habian estendido en la ciudad, ni las noticias que le daban sus amigos acerca de la actitud hostil del gobierno bastaron a hacerlo persistir en el primitivo sistema de quejas i amenazas.

Como queda dicho, don Luis sufria en esto un grave engaño. Su ojo mui poco perpicaz, i su carácter débil, dispuesto tan pronto al odio como a la amistad, lo habian engañado colocándolo en una posicion falsa, de que no podia salir fácilmente. Sus cartas a don José Miguel habian pintado hasta entónces sus desavenencias con el gobierno con recargado colorido, i ántes que pudiese hablarle del cambio efectuado en sus relaciones nuevas ocurrencias vinieron a desvanecer sus ilusiones.

Antes de muchos dias se le presentó una ocasion de conocer nuevamente las pocas simpatías con que contaba su familia en el gobierno. En la solemne misa de gracias que se celebró en la catedral con motivo del tercer aniversario de la instalacion de la suprema junta, el padre Arce, que predicó el sermon, habló largamente sobre la mala direccion de la guerra i la necesidad de operar un cambio en el mando superior del ejército, para evitar mayores males.

Palabras fueron estas que irritaron vivamente a don Luis Carrera. Lleno de rabia i de altaneria, pasó a palacio a llevar sus quejas a la junta gubernativa, i a pedir un severo castigo para el sacerdote que tan sin respeto ni consideracion habia atacado a su familia, señalándola claramente al público, i amenazando con hacerse justicia por sí mismo si se desatendia su reclamo. El gobierno lo oyó con

calma; pero Infante, que estaba resuelto a no guardar ninguna consideracion, le contestó con mas rudeza que prudencia, justificando las palabras del predicador como proferidas por un hombre libre, capaz de formar conciencia por sí mismo, i de dar su opinion sin obstáculo alguno.

IV. Don José Miguel estaba al corriente de cuanto se hablaba en Santiago, i su ánimo se halló tambien perplejo con las diversas manifestaciones de la junta gubernativa. Pero al recibir las cartas de don Luis que acompañaban el oficio del gobierno, su indignacion llegó a su colmo, i no pensó mas que en tomar una actitud amenazante para imponer a sus enemigos.

Instruido por las cartas de don Luis, el jeneral conoció que su enemigo mas tenaz era don José Miguel Infante. Era este el que habia hablado con mayor claridad en contra suya, el alma de las decisiones atrevidas del gobierno, i era preciso comenzar por él el combate ofensivo i defensivo que queria presentar a la junta. Cegado por la rabia, no vió desde luego un sendero despejado que poder seguir en su embarazosa situacion, i recurrió a un arbitrio dictado solo por el despecho, i que acojió bien su espíritu atolondrado. "Si Infante, escribió inmediatamente a don Luis, no fuese un ignorante i no tuviese una alma vil no se habria atrevido a decir que reunir fuerzas en un ejército bajo el mando de un solo individuo es darlas a una sola familia. A otra proposicion semejante viene bien un bofeton, i puedes darlo en la intelijencia que lo recibe un intruso

gobernante, i un destructor de nuestra felicidad, i nuestra libertad (8)."

Predispuesto asi por su correspondencia privada, don José Miguel descubrió conceptos injuriosos para él en la nota de la junta gubernativa. Su contestacion, escrita en el mismo dia que la carta a su hermano, manifestaba a todas luces su exasperacion i su rabia. Lamentaba altamente los estragos de la guerra i la dificultad de concluirla vista la escasez de sus recursos i la conducta del gobierno, protestando bajo juramento por sí i por sus hermanos que su único interes habia sido la salvacion de la patria. Para probar esto hablaba de sus servicios, de su "desinteres i jenerosidad," i se empeñaba en presentarse como víctima de horribles conspiraciones fraguadas por chilenos ingratos para asesinar a él i a sus hermanos. "No tengo partido, decia, ni relaciones, ni solicito influencia en los negocios públicos, i solo quiero la conclusion de la guerra para separarme enteramente de unos hombres ingratos que tantas veces han fraguado planes los mas horribles para acabar con la existencia de unos ciudadanos jenerosos que se han sacrificado por la libertad jeneral."

Como si tan vanidosa acusacion no hubiese satisfecho el encono de Carrera, escribió tambien en su nota otros conceptos igualmente dictados por la exasperacion de su espíritu, i dirijidos a descar-

(8) Carta de don Miguel Carrera a su hermano don Luis, Concepcion, setiembre 28.

tarse de los fuertes cargos que le hacia la junta gubernativa. Segun él, era esta la verdadera causa del retardo de la conclusion de la guerra, por no haberle remitido algunos artículos, que habia pedido con instancia; i los enemigos fomentados por los sacerdotes realistas, habian sabido aprovecharse de esta oportunidad para incrementarse a su vista. Aseguraba tambien que jamas habia empleado en el servicio a subalternos de mal nombre, i que no habia dejado sin castigo a los autores de depredaciones (9).

Mui diversa a esta fué la contestacion de su hermano don Juan José. Alucinado por los términos afectuosos que empleaba en su nota la junta gubernativa, i engañado quizas por la esperanza de suceder en el mando a don José Miguel, no trepidó en manifestarse acorde en todo con el gobierno, i aun en criticar ásperamente la conducta militar de su hermano. "Desde el principio de nuestra pasada campaña, dice su oficio, lloré las desgracias que eran consiguientes a desórdenes que presenciaba sin poder evitar. Me aflijia i confundia en vano cuando veia despreciados mis avisos, i burladas mis justas predicciones. Ellas se han verificado (10)".

La junta gubernativa pudo conocer por ambas notas la opinion de los dos hermanos. De ellas infirió que podia contar con la division que existia entre ambos, pero no se disminuyeron sus temores

(9) Nota de don José Miguel Carrera, setiembre 23 de 1813.—La publico íntegra entre los documentos bajo el número 3.

(10) Nota de don Juan José Carrera, setiembre 19 de 1813. Véase el documento núm. 4.

por esto solo. Don José Miguel se manifestaba irritado, i aun cuando hablaba de renunciar el mando del ejército, el tono de su oficio hacia creer que estaba dispuesto i se consideraba fuerte para resistir las órdenes del gobierno jeneral. Con esto solo la posicion de la junta se hacia sumamente embarazosa: su impotencia la reducia a la inaccion en aquellos momentos en que mas necesidad tenia de obrar con enerjía, i esta flojedad, inusitada en circunstancias tan críticas despertó el desagrado en la capital.

V. La excitacion pública, en efecto habia llegado a su colmo en Santiago con motivo de la mala direccion de la guerra, i de la debilidad que manifestaba el gobierno para refrenar los males que desprestijiaban a la causa de la revolucion. Las lisonjeras esperanzas que se habian concebido en el ejército al abrirse la campaña se desvanecieron una a una, i solo se propalaban sérios cargos contra sus jefes, i algunas quejas contra el gobierno, que no ponia un remedio eficaz a tanto mal.

Moderadas estas quejas en el principio, se hicieron insolentes mas adelante, i llegaron a preocupar a la junta, que trabajaba entónces con gran teson, i de acuerdo con el senado, para activar con fruto las operaciones de la guerra, i desembarazarse de tantos obstáculos que se oponian a su marcha. Esta ajitacion, es verdad, no era bastante poderosa para alarmar al gobierno; pero comenzóse a hablar de la ilegalidad de su eleccion, i de la nulidad de la constitucion política, i la junta comprometida en sus relaciones con el jeneral en jefe, embarazada por la

ajitacion que reinaba en Santiago, i que de dia en dia tomaba mayor incremento, se halló sin resolucion para tomar medidas enérjicas.

Era el antiguo partido exaltado de 1811 el que dictaba estas quejas: separado desde entónces de la administracion de los negocios públicos, habia esperado una oportunidad favorable para reponerse de sus quebrantos, i solo la vió en los momentos de conflicto entre las autoridades militar i política. Por esto mismo, i contando entre sus enemigos al jeneral en jefe i a la junta gubernativa sus ataques iban contra ambos.

La junta lo comprendió así: en su juicio solo sus antiguos enemigos podian alzar ahora el grito contra su conducta, aprovechándose de aquellas circunstancias; i sin duda sus miembros habrian mirado con indiferencia aquellas quejas a no hablarse de la ilegalidad de su eleccion, i de la urjencia que habia de hacer un cambio en el personal del gobierno consultando la voluntad jeneral. Infante, que era el alma de las decisiones de la junta, cedia por carácter a quejas de esta especie, i no habria consentido por nada en conservar el poder si este no estaba satisfactoriamente autorizado por la libre voluntad de la mayoria nacional. Inducido por este sentimiento no trepidó en proponer el arbitrio de dejar el poder, sin considerar que los enemigos de la junta gubernativa iban a interpretar este paso como emanado por su falta de fuerza para dirijir los negocios en tiempos tan revueltos.

De acuerdo con el senado consultivo convino en reunir las diversas corporaciones de la capital i

los militares de mayor graduacion para tratar en un solo dia del remedio que debia ponerse a la embarazosa situacion del gobierno. Tuvo lugar esta el 3 de octubre; pero como nada se resolviese, quedó acordada segunda reunion para el dia 6: a esta concurrieron todas las personas de algun carácter público i los prelados de las órdenes relijiosas. Allí la junta espuso que estaba dispuesta a dejar la direccion de los negocios, porque habiéndose hablado de la ilegalidad de su eleccion, queria dejar a los pueblos en la libertad de nombrar sus gobernantes. El debate fué largo, i hubo gran diverjencia de opiniones entre los concurrentes: cada cual opinaba a su modo segun descubria la situacion, i en realidad se emitieron casi tantos pareceres como eran los asistentes. El senador Henriquez, el rejidor don Antonio José de Irisarri i algunos otros miembros del cabildo i del tribunal del consulado, opinaron que la constitucion era nula en todas sus partes, i que el nombramiento de senadores i rejidores era tambien nulo, reclamando la convocacion de una junta popular para proceder a la eleccion de nuevos funcionarios; pero varios jefes militares i algunos miembros del tribunal de apelaciones pidieron que quedasen las cosas en el mismo estado, llenando solo la vacante que dejaba en el poder ejecutivo la renuncia del vocal Perez.

Oidos los diversos pareceres, el gobierno i el senado se propusieron obrar con toda la actividad necesaria: la reunion se habia mostrado favorable a su autoridad, i estaban en el caso de conducirse con enerjia para poner un remedio a males segu-

ros e inevitables. Su primera providencia fué dictada el dia 8.: era esta un largo decreto que contenia las disposiciones mas urjentes, reasumiendo en sí el senado i la junta importantes atribuciones. Acordábase por él que la junta pasase con la mayor brevedad a Talca, revestida de facultades estraordinarias, a fin de "acordar con los jenerales, i aun con el enemigo todos los puntos de la paz interior i esterior del reino, i cuanto sea conducente a la pacificacion de las provincias del estado." Para esto llevaba ámplios poderes a fin de hacer una honrosa capitulacion con el ejército realista. Durante su ausencia debia gobernar un intendente superior nombrado para Santiago, con injerencia en el gobierno de las provincias centrales. Por otros artículos se decretaba la convocacion de un congreso jeneral, que debia instalarse en enero del siguiente año, i se daba el mando del ejército al gobierno ejecutivo tan pronto como se hiciese la capitulacion con el enemigo, con autorizacion para licenciar las milicias, i distribuir las tropas en nuevos cuerpos, que no podian mandar dos parientes hasta el cuarto grado (8).

Con esto solo el gobierno supo ponerse a la altura de su situacion: asumiendo una actitud mas decidida i enérjica la junta calmaba en parte la ajitacion pública, i se colocaba en situacion de imponer al jeneral Carrera que la habia insultado. Pero los mas decididos ajitadores no se conformaron con esperar la próxima apertura del nuevo congreso, i los

(8) Decreto etc. etc. Véase el documento núm. 5.

ataques de un periódico de que podian disponer, dirijidos en su mayor parte, contra don José Miguel Carrera, como autor de la constitucion política que llamaban absurda i defectuosa, fueron ásperos i duros.

Se publicaba en Santiago desde principios de agosto un periódico titulado *Semanario Republicano*, que redactaba don Antonio José de Irisarri. Desde sus primeros números habia hablado con gran calor sobre la necesidad de la independencia americana, como único término posible de la revolucion, i como el único sendero capaz de hacer felices a los pueblos subyugados tantos años por el mas duro despotismo. Camilo Henriquez decia lo mismo en el *Monitor Araucano*, pero Irizarri, que habia ajitado la reunion de las corporaciones i que en ella habia hablado acremente en contra del reglamento constitucional, pasó mas allá, i atacó rudamente a ese código i a sus autores, llamándolo "pieza completa de sandeces i arbitrariedades," hecho reconocer por la fuerza bruta i hollando los derechos de los pueblos (9). De aquí concluia que la junta gubernativa, el senado i el cabildo, formados con arreglo a esa constitucion, carecian de la lejitimidad necesaria.

Estos escritos avivaron mas i mas el desagrado que habia despertado la conducta del jeneral Carrera. En ellos Irisarri esponia a la execracion pública las tropelias cometidas por don José Miguel i sus hermanos para alcanzar el reconocimiento de la

(9) *Semanario Republicano* de 9 de octubre de 1813.

constitucion de 1812; i usaba para esto de un estilo acalorado i burlon, destinado a producir el efecto que se proponia. El número 10 del *Semanario*, que contenia el primer artículo obtuvo una gran circulacion; i si bien en él hablaba el escritor de la nulidad de la eleccion del gobierno ejecutivo, los reproches a Carrera venian a apoyarlo en aquellas circunstancias en que acababa de asumir una actitud decidida para separarlo del mando.

VI. La junta gubernativa en efecto no se habia descuidado un momento en los aprestos necesarios para emprender su viaje a Talca. Importaba mucho su presencia en aquel punto inmediato al teatro de la guerra para que no tomase a empeño activar su marcha, provista ya de facultades estraordinarias, i apoyada por una importante division.

Componian esta 200 ausiliares que se habian pedido a Buenos-Aires, llegados a la capital en los primeros dias de octubre, a las órdenes del comandante don Santiago Carrera, i alguna fuerza mas que se habia organizado bajo la direccion del teniente coronel don Enrique Larenas. Con este refuerzo el gobierno creyó fácil el triunfo sobre el enemigo: por esta razon recibió con el mayor contento a los ausiliares de Buenos-Aires, i aun concibió la lisonjera esperanza de obtener sin grandes trabajos la rendicion del ejército de Sanchez.

Tan alucinado con las futuras consecuencias de su viaje a Talca, el gobierno pensaba solo en separar del mando de las tropas nacionales al jeneral Carrera: si, como lo esperaba, la guerra se concluia por

un tratado de avenencia con el enemigo, la junta no necesitaba entónces de apelar a medidas violentas, porque el decreto que acababa de espedir conferia, al poder ejecutivo el mando inmediato del ejército, desde el momento en que cesasen las hostilidades. Por esto mismo, i a fin de no demorar la pacificacion del estado i evitar prontamente males de gran consecuencia, el gobierno procedió a nombrar un sucesor a don Francisco Antonio Perez en el puesto de vocal de la junta gubernativa.

La eleccion, que tuvo lugar el 9 de octubre, fué hecha por la junta gubernativa i el senado, i de ella resultó nombrado el cura de Talca don José Ignacio Cienfuegos. Era este un sacerdote de virtud sólida, de conocido patriotismo i de conocimientos nada comunes: su piedad era ejemplar i su caridad verdaderamente evanjélica, pero carecia del carácter firme i decidido que las circunstancias exijian del gobierno, i del ojo previsor del hombre público. Su eleccion fué para muchos una garantía de la sinceridad i honradez con que pensaba conducirse el gobierno, para otros fué solo una prueba de su falta de nervio i enerjia para dirijir la revolucion en circunstancias azarosas.

En ese mismo dia se elijió un gobernador intendente de Santiago, con amplias facultades para intervenir en el gobierno de las otras provincias. La persona nombrada fué el senador don Joaquin Echeverria, el presidente del alto congreso el dia en que lo cerraron las tropas de Carrera, i opositor decidido de la política de este. El debia sostener en la capital el prestijio i autoridad de la junta guber-

nativa, desde que se pusiese en marcha para Talca.

No tardó mucho en hacerlo. Evacuadas todas las dilijencias necesarias, el gobierno salió de Santiago el 15 de octubre, llevando a don Mariano Egaña i don Tadeo Mancheño en calidad de secretarios, i acompañado por las fuerzas ausiliares de Buenos Aires. En su tránsito recibió las mas ostentosas manifestaciones de simpatía i agrado en todos los pueblos por donde pasaba: las autoridades de cada villa salian a su encuentro, i a su entrada se seguian celebraciones públicas, en que tomaban parte todos los vecinos.

El 22 llegó por fin a Talca, en los momentos en que se celebraba en el pueblo la noticia de la victoria del Roble. Esta era una circunstancia mui favorable a sus propósitos de pacificar el pais con una simple intimacion al jefe realista, i no quiso la junta demorar un dia mas el envio de un parlamentario. Con este motivo salió en la tarde del mismo dia el capitan don Francisco Vergara, conduciendo pliegos para el coronel Sanchez en que la junta le esponia el crecido refuerzo de tropas que habia llegado a Talca con ella, sus disposiciones de comenzar mui pronto las hostilidades con notoria ventaja, i la necesidad en que estaba el jefe realista de entrar en transacciones, ofreciéndole las consideraciones i honores de la guerra si queria evitar la efusion de sangre i su completa ruina (10).

(10) Oficio de la junta gubernativa, octubre 22 de 1813. El padre Martinez alude en su *Mem. hist.* a este documento, pero no se rejistra entre los muchos que contiene su obra. He tenido a la vista el oficio orijinal, firmado por el vocal don Agustin Eyzaguirre que presidia la junta en aquellos dias.

El mismo dia despachó la junta al capitan don Patricio Letelier a Concepcion, llevando comunicaciones para don José Miguel Carrera en que le anunciaba su arribo a Talca, i la intimacion que acababa de dirijir a Sanchez. En su nota no le daba una sola escusa por su injerencia en los asuntos de la guerra sin consultar de antemano el parecer del jeneral en jefe: por el contrario estaba escrita con toda la terquedad del encono, i la firmeza del poderoso.

Estas disensiones entre el gobierno ejecutivo i el jefe del ejército no se habia ocultado mucho tiempo al jeneral realista. Sus partidas habian interceptado algunas comunicaciones de don José Miguel dirijidas a su hermano don Juan José i a varios jefes subalternos, i en ellas descubrió perfectamente la contraposicion de los dos poderes, i se resolvió a fomentarla por cuantos medios estaban a su alcance: su propósito era ganar terreno con la division de los enemigos (11). Por eso mismo contestó a la junta en una nota firmada por las corporaciones del pueblo i por los oficiales de su ejército, en términos de obstinada negativa a toda transaccion, vindicándose del cargo que se le hacia por los horrores i daños de tan prolongada guerra, como causados por los hermanos Carrera protectores de sus perversos subalternos, i mofándose de los poderosos refuerzos con que se le amenazaba, siendo que la carcoma de la division estaba entronizada entre los parciales del nuevo sistema. Para probar que

(11) Martinez, *Mem. hist.* año de 1813. Ms.

estaba al corriente de las ocurrencias del campo patriota hablaba largamente de las comunicaciones de Carrera interceptadas por sus partidas, en las cuales el jeneral descubria sus deseos i propósitos de sostenerse en el mando del ejército apoyado en las bayonetas de sus soldados; i a fin de no dejarle duda sobre la veracidad de su acerto, copiaba algunos fragmentos de esas cartas i uno en particular, en que se desataba en recriminaciones contra el honrado senador don Juan Egaña, que habia firmado una acre nota de la junta gubernativa.

VII. El encono i la division entre el gobierno i el jeneral en jefe eran en efecto tan notables como decia Sanchez. Carrera estaba mui irritado contra los gobernantes de la capital, i no habia perdido oportunidad alguna de conquistarse prosélitos para sostenerse en el mando de que se le queria despojar. Al mismo tiempo que se espresaba libremente con sus hermanos para incitarlos a la desobediencia i a la rebelion, se dirijia a los otros jefes en términos mas mesurados para descubrir sus opiniones i saber con certeza si podia contar con ellos. En este mismo sentido escribió una carta al coronel O'Higgins, que hasta entónces no se habia dado por apercibido de las diferencias entre Carrera i el gobierno: en ella se referia a otra por la cual se le informaba que la junta pensaba avanzar a las provincias meridionales para reconocer el ejército, "aunque, decia, me parece bastante difícil creer tan bajos a los facciosos de Santiago, i no tanto esto como el que se entreguen sabiendo el bocado que se les seguiria (12)."

(12) Carta de Carrera.—Concepcion, octubre 27 de 1813. Mss. Teni-

Esta irritacion de don José Miguel subió de punto cuando supo por la nota de la junta la parte que este cuerpo queria tomar en la direccion de la guerra. Exasperado por el poco miramiento con que se le trataba, Carrera tuvo un gran trabajo para refrenar su cólera i no romper abiertamente con el gobierno; pero preocupado como estaba contra él por las injurias que se le inferian, en todas partes veia los malos resultados de la política de la junta gubernativa, i aglomeraba cargos sobre cargos para hacer a su vez sus recriminaciones. La accion de Trocayan, acaecida el 29 de octubre, i la muerte de los oficiales Valenzuela i Balverde fueron para él un ancho campo de amargas quejas i de duros reproches que apresuraron su rompimiento con el gobierno.

Al dia siguiente de aquel suceso, apénas hubo recibido la primera noticia de él, escribió a la junta una larga nota en que le hacia las mas fuertes inculpaciones por su tardanza en socorrer el ejército, atribuyéndole a ella los desastres de las armas patriotas. "Estos i otros muchos males de gran bulto, dice en su nota, son debidos a la indiferencia con que mira i ha mirado V. E. el envio del pronto ausilio que hace dos meses pedí." En ella tambien se proponia justificarse de las recriminaciones que se le hacian, i con palabras enfáticas i altisonantes hablaba de los "heroicos esfuerzos de los jefes," que habian merecido la censura de la junta gubernati-

go en mi poder esta carta orijinal escrita toda ella por don José Miguel: forma parte del archivo del jeneral O'Higgins.

va, para procurar la felicidad de la patria; i emplazaba al gobierno a "responder por su conducta a presencia de un Dios que examina i rejistra en la oficina del corazon humano, segun sus propias palabras, cuantos designios se hospedan en ella (13)."

La simple lectura de esta nota hizo conocer a la junta que ya no era posible demorar por mas tiempo un golpe enérjico capaz de sacarla de su embarazosa situacion. La arrogancia de Carrera habia llegado a su colmo, i no era prudente conservarlo por mas tiempo en el mando del ejército: la junta tenia algunas fuerzas que le eran adictas, i confiaba que ellas le impondrian respeto i consideracion.

Resuelto ya el gobierno a separarlo del mando, le remitió una nota con fecha 9 de noviembre concebida en términos corteces, i hasta lisonjeros, pero en la cual le pedia paladinamente que tomase "el único partido que puede hacer apreciable su memoria"—hacer "una renuncia formal del mando del ejército asegurándole, decia la junta, por nuestro honor que no lo pondremos en manos de persona que sea sospechosa a V. E. ni que tenga relaciones, partido o familia." Para probar con mas evidencia la necesidad de dejar la direccion de la guerra recorria todas las ocurrencias de la revolucion desde que don José Miguel figuraba en ella, i trataba de manifestarle que desde el principio de su vida pública se habia acarreado antipatias profundas por

(13) Nota de 30 de octubre. Mss.—Tengo en mi poder esta nota autógrafa. Va publicada entre los documentos bajo el número 6.

el deseo de mandar que se le atribuia vulgarmente. Las resistencias que le opuso el alto congreso, la separacion de las provincias del sur i sus aprestos militares contra Santiago en 1812, las repetidas conspiraciones que se tramaron contra él, i el desagrado jeneral que se hacia sentir en todo el pais eran pruebas evidentes de su falta de popularidad: en valde el gobierno habia mandado que lo elojiase la prensa, porque desde la suspension del sitio de Chillan ese espíritu de oposicion habia tomado gran importancia hasta manifestarse en público el descontento, i no habia sido posible ponerle atajo alguno. "Decir que los que piensan así son facciosos, decia la nota, es lo mismo que si se asegurase que es faccion lo que quiere ardientemente la voluntad jeneral. Ya han llegado las cosas al estremo de que es tan decidida, tan universal i tan manifiesta la voluntad de que la fuerza se ponga en otras manos que hasta las personas que siempre han demostrado un ánimo tímido i contemplativo han prorrumpido del modo que V. E. ve en los papeles públicos, que el gobierno ha dejado correr porque hai libertad de imprenta (como debe haber en todo pais libre) i ciertas leyes conforme a las cuales deban juzgarse a los escritores siempre que los interesados reclamasen. Todos miran a V. E. al frente de un ejército: creen muchos, equivocando el carácter de V. E., que ese ejército (como lo ha dicho al gobierno el comandante de artilleria) vendrá a castigar a los que han manifestado sus sentimientos, i con todo no han podido dejar de espresarse así, porque el odio al despotismo es superior al temor, al

ántenes i a cuantos resortes puedan mover al corazon humano (14)."

VIII. Fácil es inferir cual sería la situacion del ejército en aquellas circunstancias. Pensando don José Miguel resistir a mano armada al gobierno de Santiago trataba de ganarse por todos medios la voluntad de sus soldados, i finjia no ver los excesos que cometian en los campos sus partidas volantes (15).

Algunos de los jefes abusaron entónces ámpliamente de la imposibilidad en que se hallaba el jeneral para castigarlos. Don Juan José Carrera, sobre todo, cuyo espíritu de insubordinacion costaba ya grandes incomodidades a su hermano don José Miguel, aprovechó estas circunstancias para ostentar su altaneria. Habiéndole avisado Alcázar que estaba dispuesto a socorrerlo con su division de auxiliares por haberle aprobado el gobierno esta determinacion, don Juan José le contestó una nota con fecha 22 de octubre, recargada de reproches contra la junta gubernativa, i aun contra aquel jefe: "Bien podia haber perecido esta division mas de cuatro veces, decia en ella, sin tener la precisa i rutinera precaucion de poner una fuerza que la auxiliara en caso apurado. Escuso hacer reflexiones sobre el particular, porque estoi seguro que ni pueden i que tal vez ni se entiendan. Es un milagro que no resulten al estado mil desgracias de la imposibi-

(14) Esta interesante nota, escrita con todo el tino i oportunidad del caso, no solo no ha sido publicada hasta hoi, sino que apénas será conocida por algunos curiosos. — Por esta razon la publico íntegra entre los documentos bajo el número 7.

(15) Martinez, *Mem. hist.* año de 1813. Mss.

lidad que tiene el señor jeneral para combinar sus operaciones—Estimo, agregaba al concluir, el ausilio que se me ofrece; pero entienda U. S. que ni lo necesito ni lo he pedido, aun cuando me he visto en los mayores peligros (16)."

Estas palabras en verdad eran dictadas por la indignacion que produjo en su ánimo la negativa del ausilio que habia pedido anteriormente al mismo coronel Alcázar; pero lo que es injustificable es que usando de los derechos de comandante de granaderos, mandase retirar la parte de este cuerpo que se hallaba a las órdenes del coronel O'Higgins, en la division mas avanzada hácia Chillan. Don José Miguel, que fué informado de esta ocurrencia, no se atrevió ni aun a reprender a su hermano por la falta, i solo escribió a O'Higgins en términos de escusa i satisfaccion. "Siento, decia en su carta, que Juan José haya retirado los granaderos, pero yo le mandaré a U. nacionales que no son mui malos (17)."

Este espíritu de insubordinacion por una parte, i la debilidad del jeneral en jefe para refrenarlo, no podian dejar de traer graves perjuicios al ejército; pero entónces la guerra se mantenia con ménos actividad, i felizmente no se hicieron sentir grandes males. El enemigo habia diseminado algunas partidas, i estas sostenian la campaña batiéndose en detall i en encuentros insignificantes con las fuerzas insurjentes.

(16) Nota al coronel Alcázar.—Bulluquin, octubre 22 de 1813. Ms.

(17) Carta del jeneral Carrera.—Concepcion, octubre 27 de 1813. Ms.

El jeneral Carrera separó tambien de su ejército algunas pequeñas partidas que se estendieron por varios puntos de los campos que eran teatro de la guerra. El teniente de dragones don Estevan Manzano salió de Concepcion al mando de una guerrilla de 25 hombres para las riberas del Itata desde su boca hasta el Membrillar, con el fin de mantener espedito el paso, protejer los correos i dar caza a las partidas de ladrones que saqueaban impunemente las propiedades de algunos vecinos indefensos. En esos mismos dias salió tambien la guerrilla del teniente Cárdenas a juntarse con la division de O'Higgins; pero preocupado con la idea de batir a Elorreaga, que se hallaba a las inmediaciones, se distrajo de sus propósitos, i lo persiguió tenazmente picándole la retaguardia hasta quitarle algunos carneros en el paso de Tarpellanca en el rio de la Laja (18). Una de las guerrillas patriotas, compuesta de noventa hombres que mandaba el teniente don Ramon Freire, sostuvo un vigoroso ataque, en el vado de Cuca, en el Itata, contra una partida mui superior en número a la suya, i la batió completamente, persiguiéndola con gran tezon hasta Larqui. La del teniente Manzano no fué ménos feliz en sus correrias en las riberas del Itata; batió las fuerzas de un famoso montonero llamado Dámaso Fontalva, que, declarándose defensor de la causa realista cometia las mayores espoliaciones en aquellos campos. El mismo cayó prisionero con dos deudos de los suyos, que fueron fusilados por

(18) Carta de don José Miguel Carrera a don Bernardo O'Higgins.—Concepcion, noviembre 8 de 1813. Ms.

órden de Carrera con algunos otros soldados que se sortearon para sufrir la misma pena.

Los realistas por su parte no se descuidaban en incomodar al enemigo siempre que podian hacerlo con ventaja, i en proporcionarse elementos para proseguir la campaña. Sanchez habia sabido aprovecharse de esta corta suspension de las hostilidades para estender sus relaciones mas allá del territorio ocupado por su ejército. Fué en aquellas circunstancias cuando pudo conocer la importante adquisicion que habia hecho al recibir bajo sus banderas la plaza de Arauco. A principios de setiembre arribó a sus costas el bergantin *Potrillo*, mandado por el virrei Abascal para informarse de la situacion del ejército realista, conduciendo al antiguo cura de Talcahuano don Juan de Dios Búlnes, exaltado enemigo de la revolucion i mui conocedor de las provincias meridionales, con el encargo de examinarlo todo por sus propios ojos, i de llevar a Lima una noticia individual i detallada del estado de la guerra. El cura Búlnes se comunicó con el padre misionero frai Juan Ramon i de él supo cual era la situacion, i cuales las necesidades del ejército de Sanchez. El *Potrillo* pasó a Chiloé a dejar allí al sarjento mayor don Ramon Jimenez Navia, encargado por Abascal de organizar en el archipiélago un rejimiento de 600 hombres para reforzar el ejército de Sanchez, i volvió a Arauco a tomar a su bordo los prisioneros patriotas de Chillan que debia conducir a Lima.

Al saber esta noticia la junta gubernativa que estaba en Talca, ofició inmediatamente al coronel

Sanchez pidiéndole la suspension de esta órden, i amenazándolo, en caso de embarcar a los prisioneros, con remitir a Buenos-Aires a los oficiales realistas que estaban en poder de los insurjentes, i mui en particular a aquellos que trajo a su bordo la fragata *Tomas*: pero Sanchez se negó a toda avenencia, diciendo que los prisioneros que pensaba remitir à Lima iban con sus procesos iniciados, i que quedarian en completa libertad si de su causa resultaban inocentes; agregando que no reconocia por oficiales suyos a los "traidores" de la *Tomas*, a quienes podia remitir a cualquier punto.

El jeneral Carrera por su parte tomó medidas mas eficaces aun para impedir el embarco de los prisioneros, bien que ellas no surtieron el efecto que esperaba. Dió el mando de cien fusileros al comandante don Fernando Urízar, con el encargo de atacar la partida de los conductores i aun de caer sobre la plaza de los Anjeles; pero este jefe anduvo tan desgraciado en esta espedicion, que sus soldados, que lo miraban con desden, lo abandonaron creyendo que se les traicionaba. O'Higgins quiso hacer algo por su parte para libertar a los prisioneros, i mui en particular al coronel don Luis de la Cruz, con quien lo ligaban relaciones de una amistad estrecha, i con este objeto intentó moverse de Diguillin para cortar al enemigo en su tránsito; pero no tenia caballos para efectuar un movimiento rápido como convenia, i don Juan José Carrera, a quien se los pidió con instancia, no se los mandó. Asi fué que pasó los momentos mas preciosos esperando un ausilio para acometer tan importante empresa.

Esta desgracia obligó al jeneral a reconcentrar mas sus fuerzas en las inmediaciones de Concepcion, con el objeto de atacar la plaza de Arauco, por donde el enemigo podia recibir refuerzos. Con este propósito habia ordenado la aproximacion de las fuerzas de la division del centro a la Florida, i el acantonamiento en la hacienda de Curapaligüe de la que mandaba O'Higgins, como puntos mas inmediatos del cuartel jeneral. Hizo preparar en Talcahuano algunas falúas o botes para atacar al *Potrillo*, i desembarcar fuerzas en Arauco, i dió su mando al valeroso teniente don Nicolas Garcia, a quien hizo venir de Diguillin.

Tantos preparativos sin embargo no sirvieron para nada. Sanchez, que estaba al corriente de ellos, mandó a sus partidas, que ocupaban los lugares inmediatos a Concepcion, que no cesasen de incomodar a las tropas de Carrera, finjiendo que proyectaban nada ménos que la reconquista de la ciudad, miéntras la plaza de San-Pedro, separada de ella solo por el rio Biobio, i que no tenia mas que cincuenta hombres de guarnicion, disparaba repetidos cañonazos cada vez que se acercaba a sus inmediaciones algun bote enemigo, haciendo entender que no carecia de recursos i municiones para sostener cualquier ataque. Con este simulacro de resistencia, que por todas partes se le presentaba, el jeneral Carrera demoró por algunos dias su proyectado ataque; i la cuestion tan importante para él de su separacion del mando del ejército vino a llamar su atencion hácia otra parte.

IX. En medio de los afanes que le procuraba la

guerra, don José Miguel no habia olvidado por un solo instante sus motivos de resentimiento con la junta de Santiago, i la actitud hóstil que esta acababa de asumir. A juicio suyo su rivalidad habia llegado a tal punto que sin gran abnegacion de su parte no le era ya posible transijir con el gobierno que se empeñaba en vejarlo a cada paso; pero sea que temiese por la suerte de la revolucion en caso de pronunciarse en abierta rebelion, o que no contase con los elementos para ello, estaba dispuesto a transijir momentáneamente con sus enemigos.

Fué entónces cabalmente cuando recibió una nota de la junta gubernativa incluyéndole las comunicaciones en que Sanchez, negándose a toda avenencia pacífica, hablaba de las cartas del jeneral patriota que decia haberle interceptado. El oficio del gobierno no contenia espresiones acres, i aun se manifestaba en él poco dispuesto a dar crédito a la nota del jefe realista; pero el jeneral Carrera, léjos de mirar con indiferencia la acusacion del jefe enemigo, dió las mas visibles pruebas de exasperacion i despecho. Creyendo que el mejor arbitrio que podia salvarlo de un sério compromiso en aquellas circunstancias seria negar abiertamente la existencia de las cartas que se decian interceptadas, ofició al gobierno con fecha de 12 de noviembre protestando de todos modos su inocencia, i haciendo alarde de la sanidad i pureza de su conducta como él mismo lo decia: "Me bastaria, Exmo. Sr., dice mas adelante en su nota, el testimonio de la pureza i sanidad de mi conducta tan autorizada i demostrada por mis hechos públicos que en nada contradicen

estos mismos sentimientos de honor i de virtud. Observe pues, V. E., que la acriminacion particular que forma contra mí el indigno Sanchez es trascribir a la letra las espresiones que he vertido contra Egaña; pero no sabe este infeliz pirata que siendo estas el verdadero i justo resentimiento de mi alma, no solo las he manifestado con franqueza en algunas de mis cartas misivas sino tambien a presencia de las personas mas justas i sensatas (19)."

Pocos dias despues de haber escrito esta nota recibió Carrera el oficio en que la junta gubernativa le pedia terminantemente que hiciese la renuncia del mando del ejército. Fácil es inferir cual seria su indignacion al ver que tan inconsideradamente se le queria separar de la direccion de la guerra; pero sin atreverse a manifestarse en abierta resistencia a las órdenes de la junta, don José Miguel quiso sondear la opinion de los jefes subalternos del ejército, de los cuales necesitaba en aquellas circunstancias.

El gobierno de Concepcion, que le pertenecia decididamente, convocó con este motivo una reunion, compuesta de los jefes i oficiales de mayor graduacion, i del cabildo i demas corporaciones del pueblo, para el 18 de noviembre: allí se trató con gran diverjencia de opiniones de la conveniencia o perjuicios que podia acarrear a la patria la renuncia del jeneral, i se convino al fin en oir el dictámen de los jefes que se hallaban fuera de Concepcion

(19) Nota de Carrera a la junta ejecutiva. Concepcion, noviembre 12 de 1813. Mss.

empleados en el servicio del ejército, i mui en particular el del coronel O'Higgins, a quien se ofició en el mismo dia para que remitiese su informe a la mayor brevedad.

El parecer de este jefe, si bien es cierto que fué bastante honroso para el jeneral Carrera, no era de modo alguno favorable a sus propósitos de rebelion. O'Higgins ante todo era hombre de órden; combatia únicamente por defender la causa de la revolucion i de la república tristemente amenazada, i ninguna consideracion habria bastado a decidirlo a romper con el gobierno apoyándose en las bayonetas que estaban a sus órdenes. "Despreciando, dice en su nota, las negras calumnias con que siniestros informes quieren oscurecer las glorias del jefe del bravo ejército restaurador, es mi dictámen que sin perder momentos se represente al exmo. gobierno superior de Chile la necesidad de no alterar el órden de los negocios presentes, ni ménos variar la direccion de la guerra, quitándole a un jefe tan utilísimo i necesario para la espulsion del enemigo que nos acecha en nuestras disensiones (20)."

La opinion sin embargo no estaba mui pronunciada en el ejército a favor de Carrera para que este dictámen tuviese mui benévola acojida: algunos jefes hablaron al jeneral con toda franqueza esponiéndole que el mejor partido que podia tomar en aquellas circunstancias era hacer lisa i llanamente la renuncia que se le pedia. El cuartel maestre

(20) Informe de don Bernardo O'Higgins. Curapaligue, 19 de noviembre de 1813.—Tengo en mi poder el borrador autógrafo que O'Higgins hizo para pasar su informe al gobierno de Concepcion.

Mackenna fué de este número, i en una entrevista que tuvo con el jeneral Carrera trató de probarle por todos medios que léjos de serle deshonroso dejar el mando del ejército en aquellas circunstancias era por el contrario el mejor medio de acallar las calumnias con que se pretendia mancillar su nombre. Segun sus propias palabras, Carrera no distaba de hacerlo, pero temia que el gobierno confiase el mando del ejército al coronel arjentino don Márcos Balcarce, que acababa de llegar a Talca a tomar el mando de los ausiliares en reemplazo del coronel don Santiago Carrera: algunas espresiones del oficio de la junta gubernativa le hacian creer que tal era su propósito, i aquello sobre todo de que el jefe electo no tendria "relaciones, partido o familia," no podia referirse mas que a un estranjero como el coronel Balcarce.

Por grandes que fueran los resentimientos de Mackenna con el jeneral en jefe, i sus deseos porque dejase el mando del ejército, no se manifestó por eso dispuesto a aprobar el nombramiento que sospechaba Carrera. El cuartel maestre era un buen chileno de corazon, que habia combatido con fé i valentia por la independencia de su nueva patria, i mal podia avenirse con que un estranjero mandase el ejército nacional. Para evitar que esto sucediese convino con don José Miguel en manifestar a la junta gubernativa que el coronel O'Higgins era el jefe mas aparente para suceder a Carrera i para conducir la campaña con el tino que se requeria. El jeneral manifestó adherir a este parecer, sin dificultad alguna.

X. La junta gubernativa entre tanto, que solo tenia una noticia vaga de lo que ocurria en Concepcion, veia pasar los dias sin recibir ninguna nota del jeneral en jefe que le esplicase sus disposiciones sobre dejar el mando que se le pedia. Su espectativa fué convirtiéndose en temor, i en poco tiempo mas comenzó a creer que la rebelion del jefe del ejército era segura e inevitable. En su juicio don José Miguel no podia resignarse jamas a renunciar la direccion de la guerra, i a dejar sin venganza la nota audaz que se le habia dirijido.

En su situacion creyó que le convenia consultar el parecer de algunos jefes del ejército del sur para no comprometerse mas en una empresa que podia traer funestas consecuencias. Sin vacilar un momento resolvió dirijirse con este objeto al coronel O'Higgins, el cual, si bien se habia manifestado mui retirado de toda disencion, gozaba del crédito de hombre de integridad i acierto. En una nota de 22 de noviembre, a que acompañaba copia del oficio remitido al jeneral Carrera pidiéndole su renuncia, la junta gubernativa le espuso su firme resolucion de quitar el mando del ejército a don José Miguel, cediendo al clamor universal de todos los pueblos de Chile, agregando que no habiendo contestado el jeneral en jefe ese oficio queria informarse del estado de las fuerzas que estaban sujetas a él, i de la opinion de la oficialidad para adquirir un conocimiento exacto de las cosas. "Nos son tan recomendables i gratos el patriotismo i heroico desinteres i desprendimiento de U. S., agregaba mas adelante, i miramos con tanta consideracion su per-

sona i méritos jeneralmente reconocidos por todos los ciudadanos, que depositamos en U. S. nuestra confianza i queremos que nos hable con toda la franqueza i libertad con que piensa el hombre que no reconoce mas interes que el bien de su patria, sobre el estado de las fuerzas sujetas al jeneral en jefe, sobre la opinion de la oficialidad, i sobre todo lo conducente a que formemos un buen conocimiento de las cosas (21)."

El coronel O'Higgins habia ya manifestado su opinion oponiéndose a la separacion de don José Miguel del mando del ejército. Esa opinion era dictada por un sentimiento de lealtad hácia Carrera i por el sincero deseo de mantener la unidad de la revolucion, impidiendo a todo trance la guerra civil que debia traer por consecuencia la separacion del jeneral en jefe. Segun él no era de modo alguno prudente el cambio que proyectaba la junta porque el primer síntoma de disension sería la ruina completa de los patriotas, espiados como estaban por el ejército enemigo. "En situacion tan lamentable, decia O'Higgins en su contestacion, creo que no es tiempo, Exmo. Sr., de querer lograr en un solo instante vencer al enemigo i afianzar la libertad del estado; eso seria arriesgar uno i otro. Vénzase la primera dificultad, que la segunda el órden mismo de los sucesos la proporcionará. Repetidas veces he oido protestar a los señores Carrera que vencido el enemigo se convocará un congreso nacional: dejan-

(21) Nota de la junta al coronel O'Higgins. Talca, noviembre 22 de 1813. Ms.

do a los pueblos la libertad de formar autoridades de su confianza, i a fin de que formen una constitucion libre adaptable i conforme a los deseos de la nacion chilena. No puedo ménos de hacerles la justicia de creer que asi lo efectuaran, i cuando ellos olvidados de tan justas insinuaciones se apartaren de la senda de la razon, lo que no es de esperar, juro por lo mas sagrado que emplearé mis débiles fuerzas para hacerles cumplir promesas tan solemnes. Esté V. E. persuadido que esta es la opinion de muchos de los hombres de honor que hai en el ejército, los cuales a costa de cualquier sacrificio, despues de salvar la patria, le afianzarán su libertad civil (22)."

Los jenerosos sentimientos del coronel O'Higgins, tan dignamente espresados en su nota, no alcanzaron a surtir el efecto que se proponia, porque la junta gubernativa habia precipitado los sucesos, sin querer esperar el dictámen que se habia pedido a este jefe. Cuando mas alarmado estaba el gobierno con el obstinado silencio del jeneral Carrera, un suceso inesperado, el arribo a Talca del cuartel maestre Mackenna i del teniente don Nicolas Garcia, vino a sacarlo de su embarazo.

Esos dos oficiales no abrigaban simpatias ni consideracion de ninguna especie por el jeneral Carrera. Ellos habian aprobado la idea de la junta, de separarlo del mando del ejército, i habian declarado franca i enérjicamente que el coronel O'Higgins de-

(22) Nota del coronel O'Higgins a la junta gubernativa. Collico, noviembre 20 de 1813. Mss.

bia sucederle en él. Predispuestos como estaban contra don José Miguel dieron mui poco crédito a sus palabras de asentimiento a esta opinion; i notando que no se apresuraba en contestar a la junta gubernativa, ni en tomar medida alguna dirijida a la realizacion de este pensamiento creyeron llegado el caso de trabajar por sí mismos, a fin de alcanzar el triunfo de sus propósitos. Aprovechándose de la independencia de que gozaba por su destino, el cuartel maestre pasó a Talcahuano el 23 de noviembre, i allí se juntó con el teniente Garcia, que mandaba las lanchas i botes del resguardo: en uno de ellos se embarcó con este oficial, i finjiendo que pensaba pasar a la isla de la Quiriquina dió la vela al norte, i el siguiente dia tocó tierra en la boca del rio Maule. En treinta horas mas ambos se pusieron en Talca, en donde fueron recibidos con grandes consideraciones por la junta gubernativa.

Mackenna estaba resuelto a trabajar con actividad i decision en favor de su pensamiento. Con este motivo espuso al gobierno que Carrera se hallaba dispuesto a dejar en manos de O'Higgins el mando de las tropas; a su juicio esta decision era la mas prudente por cuanto el jefe indicado reunia las mas brillantes cualidades para dirijir la campaña con valentia i acierto, i que el gobierno debia aceptar inmediatamente este partido como el único capaz de sacarlo de su embarazosa situacion. Todo esto se habló sin reserva ni disimulo: don Luis Carrera que permanecia en Talca, seguia paso a paso las francas deliberaciones del gobierno, i creyó de su deber adherir a este último dictámen, tan confor-

me con el parecer de su hermano, que no se manifestaba dispuesto a dejar el mando a un estranjero.

Esta declaracion de don Luis Carrera vino a simplificar mas las cosas, i a allanar las dificultades que hasta ese momento habian entorpecido la marcha de la junta. Desde entónces el camino se presentó mas llano i despejado, i el gobierno pudo obrar con decision i firmeza, i dar un golpe decisivo para destruir los planes de engrandecimiento personal que se atribuian al jeneral Carrera. El 27 de noviembre estendió cuatro decretos por los cuales separaba del mando del ejército i de la Gran Guardia al jeneral don José Miguel Carrera, de la comandancia de Granaderos a su hermano el brigadier don Juan José, i del mando de la artilleria a su otro hermano don Luis. El coronel O'Higgins, el mayor don Juan Antonio Diaz Muñoz, el coronel don Cárlos Spano, i el capitan don José Domingo Valdes debian sucederles.

La junta gubernativa sin embargo temió todavia el ser desobedecida, a pesar de la imponente enerjia que acababa de asumir. Por esta razon dirijió una nota en ese mismo dia al coronel don Pedro José Benavente, que residia en Concepcion, retirado del servicio militar, interesándolo a cooperar por su parte al fiel cumplimiento de sus decretos, i previniéndole que no eran el odio i la venganza lo que dictaba aquella providencia. Con estas notas partieron para Concepcion en la mañana del dia 28 el teniente de asamblea don Ramon Gaona i el oficial de la secretaria de gobierno don Gregorio Echagüe.

Entónces mismo la junta no contaba siquiera con la voluntad del jefe electo. O'Higgins ni aun sabia que se trataba de darle el mando del ejército, i en el asunto que se ventilaba su opinion habia sido siempre porque se conservase en él al jeneral Carrera. Al recibo de la nota del gobierno se hallaba accidentalmente en Concepcion hospedado en la casa de don José Miguel, i desde luego se manifestó poco dispuesto a echar sobre sus hombros tan pesada carga. En valde fué que don José Miguel le hablase empeñosamente para que desde luego se recibiese del ejército: O'Higgins se negó a todo, i despues de una larga conferencia se avino al fin a pasar a Talca, para obtener de la junta la revocacion del decreto espedido.

Con este objeto salió de Concepcion en la mañana del 6 de diciembre escoltado por las guerrillas del coronel don Manuel Serrano i del teniente don Estévan Manzano i para mayor precaucion se hizo propagar la voz de que marchaba a reunirse con la division de su mando, a fin de ocultar el verdadero objeto de su viaje. Llevaba consigo una carta de don José Miguel a la junta gubernativa, en la que le decia que O'Higgins espondria lo que él pensaba acerca de su separacion del mando del ejército.

La terca negativa de este jefe, sin embargo, no podia ya cambiar la determinacion que tan de improviso acababa de tomar el gobierno. El destino se habia complacido en burlar todas las previsiones humanas; i de aquella lucha en que se debatian intereses tan opuestos iba a surjir la elevacion del hombre que ménos la solicitaba, del mas modesto

entre todos los jefes del ejército, i del único quizá que se habia mantenido alejado de las intrigas i cábalas, en los momentos en que el interes de unos i la pasion de otros atizaban la inminente conflagracion. O'Higgins estaba destinado a figurar en mayor escala; i ni su propia modestia podia salvarlo del encumbrado puesto a que lo hacian acreedor sus brillantes servicios, su heroismo i el juicio certero que habia manifestado en la campaña. Fué, sin duda, la sinceridad de su patriotismo lo que motivó su elevacion.

CAPITULO X.

I. El intendente de Santiago pide a la junta gubernativa la destitucion del jeneral Carrera.—II. Reconocimiento del nuevo jefe del ejército.—III. Resistencia que opone el cabildo de Concepcion i el brigadier don Juan José Carrera a las órdenes del gobierno.—IV. Conspiracion realista, i castigo de los implicados en ella.—V. Junta de corporaciones en Concepcion para socorrer el ejército.—VI. Acepta O'Higgins el mando de las fuerzas patriotas.—VII. Mision del vocal Cienfuegos a Concepcion.—VIII. Marcha el coronel O'Higgins a tomar el mando del ejército.—IX. Sus trabajos en los pueblos de su tránsito.—X. Llega a Concepcion.

I. Los decretos del gobierno produjeron como era de esperarse grande excitacion por todas partes. La separacion de los Carrera del mando militar era una providencia que si bien muchos deseaban no todos la esperaban del gobierno. Se creia que esos tres hermanos estaban rodeados de un prestijio inmenso en el ejército, i que lo pondrian en juego tan pronto como el gobierno intentase separarlos del mando. En Santiago los temores de una rebelion armada habian preocupado mucho los ánimos, i la tardanza de la junta gubernativa para espedir el decreto de separacion de los Carrera hizo creer que la autoridad les temia.

Sin embargo, en la capital no habian cesado por un momento las quejas contra la conducta débil

que usaba la junta gubernativa. Los contrarios de Carrera habrian querido que echando a un lado los temores i consideraciones diese de una vez el gobierno un golpe sério al jeneral en jefe; i no habian perdonado medio alguno para persuadirlo de que era ese el camino que debia seguir. El intendente de Santiago, don Joaquin Echeverria, habia llegado a hacerse el órgano de esas quejas, i mas de una vez pidió al gobierno la pronta promulgacion del decreto de destitucion: pero como el horizonte no se presentaba mui despejado creyó de su deber aconsejar a la junta el mejor camino que a su juicio le convenia adoptar. "Mediante un oficio en forma de manifiesto de V. E., o como mejor hallare por conveniente decia en una de sus notas, haré convocar una junta solemnísima de todas las corporaciones de la capital, en donde instruyéndoles del estado de los sucesos acuerden como, lo espero, escribir a V. E. suplicándole que remita su oficio a los jenerales, cabildo de Concepcion i demas autoridades que hallase por conveniente, en cuyo oficio se propondrá con todo el peso de razones que da de sí este justísimo objeto, la necesidad que hai de que renuncien el mando militar en atencion a la espresa voluntad de todos los pueblos, sobre que no hayan partidos, divisiones, ni prepotencias, pues confiados los enemigos en suponerlos desunidos del gobierno, se hacen fuertes, e inspirar atrevimiento e insubordinacion a los pueblos refractarios: que en hacer este servicio tendrán un mérito con la patria mayor que cuantas victorias puedan adquirir: que la opinion jeneral es que el reino se va a perder por el empeño

que toman en sostener este mando; i que aunque se ganasen mil victorias, de ninguna de ellas se felicitarian, pues siempre se creerán esclavos del despotismo militar, que es mas fuerte que el de los tiranos. —Si a esta solicitud acompañase V. E. un decreto que en un momento se hiciese público en todos los puntos del reino hácia el sur, i que se incluyese a cada oficial militar con oficio, despachándose todos a un mismo tiempo para que la impresion fuese mas fuerte i absolutamente se quitase la timidez, en cuyo decreto se relevasen del mando a los jefes que V. E. hallase por conveniente, me parece que seria el único camino feliz que abren las circunstancias; a lo ménos yo no hallo otro en el estado en que ya se ha puesto V. E. Los males de la division no han de ser menores que los de una resolucion por aventurada que fuese (1).

II. Los decretos que habia espedido el gobierno el 27 de noviembre vinieron a calmar las inquietudes de los insurjentes de la capital. La noticia llegó a Santiago en la mañana del 4 de diciembre, e inmediatamente que recibió los oficios de la junta gubernativa el intendente Echeverria convocó a la sala de gobierno a todas las corporaciones de la capital i a las personas de alguna representacion civil o eclesiástica. Allí les esplicó en un breve discurso el estado deplorable de los negocios públicos, i les manifestó copias autorizadas de los decretos que

(1) Nota del intendente de Santiago don Joaquin de Echevarria a la junta gubernativa. Santiago, noviembre 29 de 1813. Mss.—Tengo en mi poder el manuscrito autógrafo de esta nota.

acababa de espedir el gobierno, tratando de probar que solo ellos podian remediar la situacion.

Despues de la lectura de aquellos documentos, que hizo el secretario jeneral de gobierno, todos los concurrentes dieron las mas señaladas muestras de aprobacion i aplauso. Segun el acta de aquella reunion "no solo celebraban i aplaudian las sabias resoluciones que ha tomado el supremo gobierno del estado, mirándolas como el gran paso que se ha dado a la libertad, órden i tranquilidad pública, sino que por lo tanto debian darsele las mas espresivas gracias a nombre de todo este virtuoso pueblo, que aumentará desde hoi en adelante sus desvelo i sacrificios por el amor de la patria i sosten de la justa causa que seguimos, i que ya contemplan desde este momento por indefectible la salud pública i la victoria contra sus enemigos; i para que un regocijo tan completo no se demorase un momento, sin llegar a noticia de todos los chilenos, eran de parecer que se imprimiese inmediatamente esta acta manifestando en ella la complacencia que ha causado, haya recaido el mando en una persona tan benemérita i de toda la confianza del pueblo, como son, el jeneralato en el ciudadano coronel don Bernardo O'Higgins, i la comandancia de granaderos en el ciudadano coronel don Cárlos Spano (2)."

A tan pública aprobacion de la conducta del gobierno siguiéronse manifestaciones de contento i regocijo, en que tomaron parte todos los ciudadanos. Las provincias celebraron del mismo modo los nom-

(2) Acta de la reunion de las corporaciones, inserta en el *Monitor Araucano* de 4 de diciembre de 1813.

bramientos, i las actas de sus cabildos eran igualmente mui lisonjeras a los nuevos jefes. Los enemigos de Carrera celebraban su ruina, miéntras los patriotas mas sínceros veian solo en las providencias de la junta gubernativa la cesacion de las diverjencias que mantenian rota la unidad de la causa revolucionaria. En juicio de todos ese paso era necesario para calmar las inquietudes del pais entero, i para poner en accion los recursos con que contaba para combatir al enemigo.

III. Miéntras los ajitadores i las autoridades de Santiago celebraban de un modo tan público la separacion de los Carrera del mando del ejército, el cabildo de Concepcion llevaba a empeño el sostenimiento de esos jefes, movido a ello, no por cariño a sus personas, sino por un bien dirijido patriotismo. Segun los miembros que componian ese cuerpo, no era aquella la ocasion mas oportuna para un cambio de esa especie, que podia producir funestas consecuencias, i quizá la pérdida de la revolucion. "Si en el ejército se han cometido algunos excesos, decia en una nota de 3 de diciembre, si la fuerza en manos de una familia es medio para su engrandecimiento personal, si son principios que preparan la arbitrariedad i el despotismo para no dejar obrar franca i libremente a los pueblos, para no averiguar la voluntad jeneral creemos ocasion inoportuna para remediarlo." "La buena fé, honor, conocimientos i patriotismo del benemérito coronel don Bernardo O'Higgins son inegables, agregaba mas adelante; valor e intrepidez le sobran;" pero a juicio del ayuntamiento tan relevantes cualidades

no bastaban a conquistarle todo el prestijio del jeneral en jefe, ni a evitar la desercion i los motines de la tropa, i era debido sin duda a este conocimiento el que O'Higgins se hubiese negado a tomar el mando que se le ofrecia.

Carrera por su parte se manifestaba hasta cierto punto inclinado a desistir de toda tentativa de resistencia a las órdenes de la junta gubernativa; pero don Juan José, por el contrario, habia dado las mas visibles muestras de desesperacion i rabia al saber cada uno de los pasos del gobierno para quitar a su familia el mando militar. Desde que perdió toda esperanza de suceder en la direccion de la guerra a su hermano don José Miguel, no habia perdonado circunstancia alguna para aconsejarle la rebelion armada contra el poder ejecutivo. Sus cartas escritas en el campamento, respiraban odios profundos i un deseo desenfrenado de vengarse de sus enemigos.

Sus manifestaciones de irritacion i encono fueron todavia mas allá al recibir el decreto de destitucion. Sin querer leer siquiera el oficio que le presentaban los emisarios de la junta gubernativa, lo rompió i pisoteó encolerizado, llenando de dicterios e inmoderadas injurias a aquellos dos inocentes empleados, por haberse prestado a las exijencias de sus enemigos; i prorrumpiendo en amenazas i protestas contra ellos i el gobierno, que los habia comisionado, dió la órden de conducirlos a una prision.

Esto ocurrió el 4 de diciembre. Habia llegado a Concepcion en ese mismo dia llamado por don José Miguel para que recibiese de manos de los emisa-

rios el decreto de destitucion; pero negándose decididamente a hacer su renuncia volvió en la tarde al campamento, dispuesto a resistirse a las órdenes de la junta gubernativa (3). El estaba al mando de una division del ejército insurjente, i a su cabeza podia mui bien imponer al gobierno, i hacerlo desistir de sus propósitos.

Por poco que fuera el aprecio que el jeneral en jefe hacia de su hermano, esta vez vaciló sobre si debia seguir sus consejos. Tenia a su disposicion un ejército aguerrido, que si bien solo montaba en aquella época a 2,300 hombres, contaba con las simpatías de sus jefes, que debian apoyarlo, aun cuando no queria deber el mando a los subalternos que dependian de él. Sin embargo sus providencias fueron mui débiles, i al parecer mas contaba con la division de sus enemigos que veia próxima, que con su ejército.

IV. Estos asuntos tan importantes para él habian separado su atencion de la direccion de la guerra en aquellos momentos en que convenia estar alerta sobre el enemigo, que se aprovechaba de las disenciones de los patriotas. Sanchez en efecto tenia espias mui fieles en Concepcion, que lo imponian de todo lo que pasaba entre el gobierno i el jeneral insurjente.

Por un conducto seguro el jefe realista pudo co-

(3) Carta de un espia de Sanchez, escrita en Concepcion el 6 de diciembre del 1813 inserta en la *Gazeta de Lima*, núm. 19, de 5 de marzo de 1814. En ese mismo periódico se publicaron varias cartas de don Juan José aconsejando a su hermano la rebelion, las cuales cayeron en poder de las partidas de Sanchez.

municarse con sus parciales de Concepcion, é inducirlos a tramar una conspiracion, ofreciéndoles para ello todo jénero de ausilios. En aquella ciudad residian muchos enemigos de la revolucion que estaban dispuestos a apoyar i protejer un movimiento reaccionario, i entre ellos un antiguo capitan de dragones, don Santiago Tirapegui, hombre de un carácter fuerte i decidido, capaz de encabezar una contrarevolucion. Antes de esta época habian caido sobre su persona las persecuciones de las autoridades insurjentes, i aun permaneció algun tiempo detenido en un buque habiéndosele creido interesado en apoyar la causa de Sanchez; pero su salud quebrantada i su aparente indiferencia por los negocios públicos, le facilitaron el quedar en su casa en calidad de arrestado.

Sin embargo, Tirapegui no habia podido ver con ojo indiferente las tropelias de que eran víctima los vecinos de Concepcion i los hacendados de sus inmediaciones: habia protestado en silencio contra las vejaciones que sufrian los enemigos de la revolucion, i su espíritu inflamable i decidido no le permitió permanecer mucho tiempo mas en calidad de impasible espectador. Se reunió con los descontentos, i resolvió aprovecharse de la desunion del enemigo para operar una revolucion contra el jeneral en jefe i las autoridades de la ciudad, proponiéndose entregarla al coronel Sanchez, con quien se comunicó de antemano. Para esto contaba con las fuerzas que al mando del capitan Quintanilla guarnecian la plaza de San-Pedro, con una columna que Sanchez

le habia ofrecido i con muchos milicianos que debian seducir i atraer a su causa los realistas iniciados en la conspiracion.

Su proyecto debia sin duda tener un éxito feliz: Tirapegui era un militar esperimentado, i no se habria hecho el jefe de una conspiracion sin contar con las probabilidades del triunfo. Pero por desgracia suya, sus parciales no tenian plena confianza en sus recursos, i solicitaron por todas partes apoyo i proteccion. Con este motivo hablaron a don Francisco Javier Solar, ciudadano pacífico cuyas opiniones, si bien estaban en favor del nuevo réjimen, no eran bastante firmes ni declaradas. Al saber la trama se apresuró a comunicarla a Carrera: para esto le dió una cita por conducto del licenciado don Manuel Novoa, para la iglesia de San-Agustin, que entónces se edificaba, a fin de hablarle allí de un asunto mui importante, sin ser oidos por nadie.

En la alarmante situacion del jeneral Carrera, estuvo éste a punto de creer que esa cita era un lazo pérfido con que se pretendia atraerle a un lugar solitario para cometer quizás un alevoso asesinato. Sin embargo don José Miguel no desconfió por mucho tiempo de las palabras de Solar, a quien creia honrado i decidido por la causa de la revolucion, i hasta por su persona. Por medida de precaucion previno al comandante de artilleria don Pedro Nolasco Vidal que estuviese sobre las armas para el caso de una sorpresa, i cargando cuidadosamente sus pistolas, se presentó en el edificio de San-Agustin a las dos de la mañana del 22 de diciembre,

acompañado solamente por don Manuel Novoa. Allí se impuso de los pocos pormenores de la proyectada conspiracion que estaban en conocimiento de Solar, e inmediatamente dió la órden de prision contra todos los iniciados en ella.

Sin duda la conspiracion denunciada no era un movimiento aislado, i en aquellos momentos de confusion i trastorno, en que preocupaban la atencion del jeneral en jefe intereses diversos, creyó fundadamente éste que se necesitaba de un castigo pronto i ejemplar que escarmentase a los conspiradores. Con este motivo formó en la mañana siguiente un tribunal especial compuesto de don Manuel Novoa, don Estévan Manzano i don José Vicente Aguirre, con encargo de enjuiciar a los conspiradores con la mayor brevedad posible.

Felizmente no se necesitó de muchas dilijencias para descubrir la conspiracion: fueron apresados en sus camas los iniciados, i por las declaraciones de un soldado miliciano, i de un tal Narciso Cigarra se pudo descubrir el hilo de toda ella. Tirapegui, que fué reducido a prision en la misma mañana, se condujo en aquellas circunstancias con toda la enerjia de un esforzado caudillo, i aunque convicto i confeso de su culpabilidad personal no confesó el nombre de ninguno de sus cómplices, ni de sus declaraciones se pudo sacar cosa alguna por donde descubrirlos. Por esta razon el consejo que lo juzgaba, de acuerdo con el jeneral en jefe, demoró algunos dias mas la terminacion del proceso, a fin de aclararlo todo, i solo a principios de enero del

siguiente año estendió la sentencia condenatoria de los reos. Por ella Tirapegui, don José Maria Reyes, Tadeo Revolledo, Mateo Carrillo, Antonio Lobato, e Hilario Vallejo fueron condenados al último suplicio i ejecutados en la plaza de Concepcion. Algunos otros cómplices cuya culpabilidad era menor alcanzaron la conmutacion de esta pena en destierro fuera del pais, i las señoras San-Martin i muchas otras personas sospechosas, fueron condenadas a detencion en la isla de la Quiriquina (4).

V. Grande fué la turbacion que produjeron estos sucesos en el ánimo del jeneral Carrera. Los conspiradores habian acertado elijiendo un momento mui favorable para la realizacion de sus proyectos, cuando todo el mundo se preocupaba con las disensiones de los patriotas olvidando inconsideradamente al enemigo comun, de modo que la primera noticia de sus tramas bastó para despertar otra vez la desconfianza i el temor. Don José Miguel por su parte volvió de nuevo su atencion al ejército, i con celoso empeño comenzó a colocar diversas guerrillas en los puntos en que mas necesidad habia de ellas. Por desgracia suya, algunas de estas habian sido batidas por el enemigo en las orillas del Itata, i sus recursos para socorrer las otras eran

(4) Notas de don José Miguel Carrera a la junta gubernativa. Mss. Don Claudio Gay, que da algunas noticias de esta conspiracion en el último capítulo de su Historia, ha incurrido en el error de asentar que Tirapegui fué ejecutado en Santiago el mismo dia en que se descubrió la conspiracion. En una nota del jeneral Carrera con fecha de 6 de enero de 1813 avisa al gobierno quedar preso todavia el capitan Tirapegui, i en otra de 15 del mismo enero le da parte de haberse ejecutado la sentencia. Debo tambien algunos detalles sobre esta conspiracion al coronel don Pedro Nolasco Vidal.

tan escasos que tuvo que recurrir a pedirlos a los vecinos de Concepcion.

Citó con este objeto a las corporaciones i a los vecinos de mas representacion e influjo para una reunion que tuvo lugar el 2 de enero de 1814. A ella concurrió el jeneral en persona, i la abrió con un enérjico discurso en que, despues de anunciar el peligro en que habia estado la patria, i la urjente necesidad de recursos que tenia en aquellos momentos para socorrer su ejército i hacerse respetar del enemigo, protestaba solemnemente que si no era ausiliado por el pueblo se retiraria de la ciudad con sus tropas dejándola abandonada a las fuerzas de Sanchez, que podian ocuparla fácilmente. Segun sus palabras aquella reunion era convocada constitucionalmente para apersonarse en la direccion política del estado, usando de los derechos de los pueblos libres.

Esta amenaza, que debió haber producido gran excitacion entre los concurrentes, no abatió de modo alguno a los enemigos del jeneral Carrera. En Concepcion habia muchos que desaprobaban altamente su conducta militar i política, i ni sus amenazas i protestas bastaban a hacerlos guardar silencio cuando estaban resueltos a obrar a cara descubierta. Tan luego como don José Miguel se hubo retirado de la reunion, para dejar discutir con mayor libertad a los concurrentes, levantaron muchos la voz haciendo los cargos mas sérios al jefe del ejército que trabajaba por quedar a su cabeza a pesar de las terminantes órdenes de la junta gubernativa de la capital. Dos de entre ellos, conoci-

dos por patriotas decididos, dotados de una intelijencia clara i despejada i de una enerjia superior a todo elojio, el licenciado don Miguel Zañartu i el cura don Isidro Pineda, se hicieron notar por la virulencia de sus discursos, i por las protestas que hicieron contra la conducta que observaban el gobierno de la provincia i el jeneral en jefe, trabajando públicamente para desobedecer los decretos del 27 de noviembre. Con este motivo se hizo llamar nuevamente a la sala al jeneral Carrera: i cuando creia que su sola presencia impondria respeto a los facciosos, vió con gran sorpresa que se levantaba don Miguel Zañartu con toda la resolucion i firmeza de un audaz tribuno para dirijirle a nombre de la reunion los mas duros reproches. "La voluntad del pueblo, dijo solemnemente, es que V. E. deje el mando del ejército en manos de la junta de esta provincia, para alejar los recelos que tiene el gobierno supremo de que V. E. no lo entregará al nuevo jeneral, por cuya razon no remite los ausilios que se le piden." A todo esto agregó que el pueblo se constituia responsable ante el gobierno por la separacion del mando del ejército que le pedia por su conducto.

Zañartu habia hablado con mas fervor que razon: se habia dejado arrastrar por su encono contra Carrera, i sin considerar lo delicado de la situacion se habia avanzado a pedir lo que el jeneral no podia ni queria conceder. Su discurso fué aplaudido por muchos de los concurrentes, que miraban las cosas por un prisma igualmente apasionado; pero Carrera, que se hallaba atacado cuerpo a cuerpo

i en un terreno no mui seguro, quiso salvar su dignidad personal contestando tan duros reproches, i recurriendo a las amenazas para intimidar a sus enemigos. "Estoi dispuesto, contestó, con este motivo, a dejar el mando en manos de un cabo de escuadra si asi me lo manda el gobierno superior, pero no lo estoi a acceder a las locuras que se me piden a nombre del pueblo. Mi empleo i autoridad, como jefe que soi de un ejército reconquistador de estas provincias, no pueden someterse sino al gobierno superior del estado. La junta de esta provincia i los pueblos deben de sujetarse a mis órdenes en la parte que corresponde. Solo yo soi responsable del ejército, i sería un criminal si por debilidad accediese a tan locas pretensiones. Si mando ahora el ejército es a solicitud del nuevo jeneral i con la voluntad del gobierno supremo." No contento con haber contestado los cargos que le hacia su adversario pasó de allí a dirijir a Zañartu los mas duros reproches, por las intrigas reaccionarias de uno de sus hermanos, encausado por la conspiracion de Tirapegui, i por su espíritu sedicioso que asumiendo por voluntad propia la representacion del pueblo, se habia avanzado a hacerle tan infundados reclamos en términos irrespetuosos: i como sus palabras no alcanzaron a amedrentar a sus enemigos, recurrió a emplear con enerjia i decision las protestas i amenazas, anunciando que estaba dispuesto a usar de las bayonetas para imponer respeto a los facciosos.

Como se ve, la reunion se separaba del asunto que debia ventilarse en ella: las exijencias avanza-

das de Zañartu pidiendo al jeneral Carrera la pronta entrega del mando militar no eran por cierto el objeto de la junta a que éste los habia convocado: pero los ánimos estaban mui acalorados, i pocos de los presentes se hallaban dispuestos a respetar los límites de la discusion ni a guardar consideraciones de ninguna especie; i si las terminantes amenazas de don José Miguel redujeron a sus enemigos a desistir de sus reclamos i observar algun órden en la reunion, fué solo para protestar mas tarde contra todo lo acordado en ella, como obra de la fuerza.

Desde luego rodó la discusion sobre la urjente necesidad de reforzar inmediatamente al ejército para evitar grandes males. El jeneral en jefe habló con este motivo del precario estado de la caja militar, i de la obligacion en que estaban aquellos vecinos de socorrer las tropas de la patria, pidiendo un empréstito o contribucion de 20,000 pesos, que le fué acordado despues de corto debate. En la misma reunion se decretó la formacion de un nuevo gobierno para la provincia compuesta de don José Antonio Fernandez, don Pedro Ramon Arriagada i don Juan Estévan Manzano, i el nombramiento de un vocal i dos senadores para formar el gobierno jeneral del estado, segun la constitucion provisoria que entónces rejia.

Las amenazas de Carrera produjeron esta resolucion: pero si bien ellas obligaron a sus enemigos a guardar silencio en el momento, no los intimidaron por largo tiempo. El siguiente dia se le presentaron algunos de ellos a protestar de lo acordado a viva

fuerza en la reunion del 2, i el coronel don Fernando Urizar, que iba entre estos, le dirijió toda clase de cargos i recriminaciones. Segun él la reunion habia sido compuesta de jente sin crédito e influjo sometida a sujestiones ajenas, i sobornada por él. Esta queja fué acompañada de espresiones tan acres e insultantes, que Carrera, no queriendo dejar impune tamaños ultrajes, lo mandó arrestado a un castillo de Penco (5).

VI. Al mismo tiempo que se manifestaban tan exijentes los enemigos del jeneral Carrera en Concepcion, la junta gubernativa allanaba en Talca las muchas dificultades que a cada paso se le presentaban para hacer efectivo el cambio de personal en la direccion de la guerra. Resuelto como estaba a dar cumplimiento a los decretos de 27 de noviembre, el gobierno no habia dado la mas lijera señal de desaliento en medio de los inmensos trabajos i fatigosos afanes que preocupaban su atencion.

En aquellas circunstancias le fueron de gran utilidad los consejos e indicaciones del cuartel-maestre Mackenna, tan conocedor de las operaciones de la guerra i de los jefes que mas se habian distinguido en ella, i tan decidido a apoyar las medidas de la junta. Su amistad estrecha con el coronel O'Higgins, la conciencia perfecta que habia adquirido del carácter i del valor de este jefe, fueron los motivos que le indujeron a indicarlo como el hombre llamado para proseguir con acierto la campaña comenzada: i habia hablado con tanto empeño a la junta

(5) Nota del jeneral Carrera a la junta gubernativa. Enero 6 de 1814. Mss.

gubernativa sobre esto mismo, que sus miembros, que miraban a O'Higgins con particular distincion, llegaron a persuadirse que la nacion no tenia otro jefe militar capaz de mandar el ejército. Fué esta persuasion lo que decidió al gobierno a instar reiteradamente a O'Higgins que reasumiese el mando para recomenzar la campaña con mayor actividad i empeño.

O'Higgins llegó a Talca a las tres de la mañana del dia 9 de diciembre; i, segun espuso desde luego estaba resuelto a no echar sobre sus hombros tan pesada carga: ni se creia con los conocimientos necesarios para dirijir la campaña, ni queria tomar bajo su responsabilidad la direccion de un ejército desmoralizado por los últimos sucesos, i ante el cual su crédito e influjo no eran bastante considerables para mantener la subordinacion militar. Por esta misma conviccion habia pedido empeñosamente el mantenimiento de Carrera en el mando de las fuerzas de la patria; i al pasar a Talca llevaba por principal objeto probar a la junta los perjudiciales efectos de las medidas que acababa de dictar.

La obstinada negativa de O'Higgins era un nuevo i poderoso obstáculo para la realizacion de los proyectos de la junta gubernativa que era preciso allanar a todo trance. Para ello el gobierno i sus parciales le representaron en la misma mañana, de un modo decidido i terminante, la obligacion en que se hallaba de aceptar el mando que se le ofrecia como el único arbitrio capaz de salvar a la patria en sus conflictos; i para decidirlo definitivamente,

la junta espuso que no volveria jamas sobre sus pasos revocando el decreto que habia estendido.

La posicion del jefe electo se hacia mas i mas embarazosa. Las exijencias de la junta gubernativa i de sus amigos, tanto en Concepcion como en Talca, lo ponian en la obligacion de acceder, i O'Higgins creyendo que era llegado el caso de vencer su repugnancia i aceptar el mando del ejército, hizo el mismo dia 9 de diciembre, el solemne juramento de defender la patria de sus enemigos interiores i esteriores.

VII. El juramento que acababa de prestar O'Higgins vino a sacar de sus conflictos a la junta gubernativa. Este jefe poseia un valor a toda prueba; i si bien se manifestaba dispuesto a seguir en buena armonia con el jeneral Carrera, no habia que temer que se dejase influenciar por él, ni mucho ménos que siguiese su ejemplo pretendiendo dirijir el gobierno político del pais.

En su contento, la junta comunicó la noticia con la mayor brevedad al intendente de Santiago, i a los prefectos de las provincias. En todas partes fué recibida con jeneral aplauso: si los enemigos de Carrera la celebraban porque veian su ruina, los patriotas sin odios ni pasiones la recibieron con agrado, porque el jefe electo gozaba de la reputacion de un militar prudente i valeroso, animado del mas sincero deseo de ser útil a su patria. Para estos últimos su modestia constituia su mas relevante mérito: de él no habia que temer que pretendiese usurparse atribuciones ajenas ni gobernar el pais im-

poniendo miedo al poder ejecutivo. Hasta aquella época, solo se hacian alabanzas de O'Higgins: sus virtudes privadas i su brillante comportacion en la campaña le granjearon la estimacion i el aprecio de cuantos chilenos oyeron pronunciar su nombre. Con su nombramiento debian concluir las rivalidades i disensiones entre este i el jeneral en jefe; i el gobierno, que ya no tenia motivos de desconfianza en el jefe del ejército, estaba en el caso de ausiliarlo poderosamente para proseguir la campaña bajo auspicios mas favorables i con mejores probabilidades de buen éxito.

Grande fué tambien la excitacion que causó la noticia en el centro mismo del ejército: los jefes subalternos no se creyeron ya en la obligacion de respetar a Carrera, i cada cual pensó que era llegado el momento de obrar por sí mismo sin consultar previamente la voluntad del jeneral. En vano se afanaba éste por reorganizar el ejército para entregarlo a su sucesor, en un buen estado de disciplina, i en situacion capaz de recomenzar la campaña: la desmoralizacion habia llegado a su colmo, i la desercion de piquetes enteros de tropa, mandados por algunos oficiales que eran desafectos a Carrera, comenzó a reducir notablemente sus fuerzas. Como si el pais estuviese dividido en dos bandos opuestos, muchos subalternos se separaban de las filas del ejército del sur, para ir a Talca a ofrecer sus servicios al nuevo jeneral. En una ocasion desertó de la division de don Juan José Carrera un grueso destacamento de granaderos al mando del capitan don Juan Miguel Cevallos; i poco despues siguió sus huellas el te-

niente del mismo cuerpo don Juan Manuel Benavides, al mando de otra partida.

Sin duda alguna esta desercion era fomentada por la junta gubernativa a fin de engrosar las fuerzas con que contaba, i de quitar a don José Miguel todos los elementos de resistencia. Mackenna mismo, cuyo influjo en el ejército era mui considerable, habia interpuesto sus relaciones para atraer a Talca a muchos oficiales, creyendo desprestijiar con esto al jeneral en jefe.

La junta, sin embargo, si se proponia herir al jeneral Carrera no queria dar principio a los nuevos cargos i recriminaciones que esa conducta podia producir. En su juicio era menester arreglarse definitivamente con don José Miguel allanando todas las diferencias de un modo pacífico, i olvidando o finjiendo olvidar las pasadas disensiones. Por esta razon comisionó a uno de sus vocales, el cura Cienfuegos, para que pasase inmediatamente a Concepcion, llevando un ausilio de 50,000 ps. al ejército, i encargado de interponer su influjo en favor de la buena harmonia i de obtener de Carrera la pronta entrega del ejército.

No era Cienfuegos el hombre mas a propósito para desempeñar la comision que se le confiaba. Su ánimo se hallaba mui impresionado contra el jeneral Carrera, a quien solo conocia hasta entónces por los cargos i las recriminaciones de la junta gubernativa; por esta razon estaba dispuesto a conducirse con terquedad en el desempeño de su comision, pero carecia del carácter fuerte i decidido que necesitaba para ello, i por desgracia suya tenia que habér-

selas con un jóven enérjico, exasperado ya por la conducta del gobierno, i dispuesto a no guardar consideraciones a sus contrarios. O'Higgins previó los disgustos que iba a ocasionar la mision, i quiso evitarlos a todo trance ofreciéndose a pasar inmediatamente a Concepcion, para recibirse del mando del ejército. Su amistad estrecha con don José Miguel era para el nuevo jeneral una garantia de que podria avenirse con él sin agriar los ánimos, i sin recurrir a medidas estremas: Carrera lo habia propuesto para su sucesor, i en sus conferencias lo habia envalentonado para recibir el cargo manifestándose resuelto a servirle en cuanto estaba a sus alcances. Pero la junta se negó a aceptar el arbitrio propuesto: temiendo que O'Higgins cediese en algo a la amistad de Carrera, el gobierno insistió en el viaje de Cienfuegos, i no hizo caso alguno de las tristes predicciones de aquel (5).

Para el desempeño de su comision salió el plenipotenciario de Talca en los primeros dias de enero: lo acompañaba el coronel don Luis Carrera que habia prometido a la junta gubernativa influir en el ánimo de su hermano para que la entrega del ejército fuese pacífica a fin de evitar grandes males. Su viaje fué feliz, apesar de que las guerrillas enemigas tenian ocupados los campos de las inmediaciones; en Quirihue se juntó con una partida que llevaba un convoi de víveres a Concepcion, i en las orillas del Itata fué ayudado por la division de Alcázar.

Cienfuegos llegó a Penco a las diez de la maña-

(5) Nota de O'Higgins a la junta gubernativa. Mss.

na del 26 de enero; allí fué recibido con todas las demostraciones de respeto i aprecio a que su elevado puesto i sus virtudes privadas lo hacian acreedor: i al emprender su marcha para Concepcion fué acompañado por muchas personas respetables de esta ciudad que habian pasado a Penco a felicitarlo. El mismo jeneral Carrera, acompañado de su hermano don Juan José, le salió al encuentro en el camino para darle la bienvenida, i lo llevó a Concepcion a su casa en medio de un verdadero triunfo.

Solo don José Miguel i su hermano don Juan José no aplaudieron de corazon estas manifestaciones. Instruidos por don Luis del verdadero objeto de la mision del vocal Cienfuegos, ellos se encontraron disgustados con el ostentoso recibimiento que tan voluntariamente le habia preparado el pueblo cuando se les despojaba del mando; i si bien se manifestaron mui contentos i complacidos con su presencia, estaban dispuestos a conducirse con él de mui deverso modo.

El siguiente dia 27 le pasó un oficio don José Miguel pidiéndole que pusiese en tesoreria los caudales de que era conductor, para distribuirlos entre los habilitados de los diferentes cuerpos del ejército, a fin de pagar los sueldos atrasados de la tropa. A esta exijencia se negó terminantemente Cienfuegos diciendo que él mismo podia distribuir los caudales en su propia casa, i que en caso de pasarlos a la tesoreria debia hacerse el reparto con su entero conocimiento.

La desconfianza que manifestaba Cienfuegos irritó vivamente a don José Miguel. En su despecho le

exijió las credenciales de su comision, i aunque asintió el plenipotenciario convocando a todas las corporaciones para esa misma noche a fin de manifestarlas en público, el jeneral en jefe no solo impidió aquella reunion, sino que quiso burlarlo haciendo tocar jenerala i rodeando su casa de guardias con apariencias alarmantes, como si los enemigos estuviesen a las puertas de la ciudad, o como si temiese una formal revolucion.

Estas amenazas sin embargo no alcanzaron a intimidar a Cienfuegos: aquellos intempestivos movimientos de tropa lo alarmaron sériamente, pero el plenipotenciario supo manifestar mayores ánimos de los que le suponia el jeneral Carrera, apesar de que todo aquello tomaba visos alarmantes. Algunos oficiales de la guarnicion, que pasaron con este motivo a ofrecerle sus servicios, fueron apresados por don José Miguel, i la conduccion de cañones de un punto a otro del pueblo hacian creer que lo que ocurria no era un suceso insignificante. Cienfuegos quiso averiguar de Carrera lo que motivaba aquel estraño movimiento; pero no obteniendo mas que contestaciones vagas i hasta amenazantes, el plenipotenciario despachó a su sobrino don José a informar a O'Higgins de lo que pasaba para que apresurase su marcha (6).

Estas ocurrencias retardaron el reconocimiento de la autoridad de Cienfuegos hasta el 29 de enero. En este dia el plenipotenciario fué solemnemente reconocido por las tropas, en virtud de sus ámplios

(6) Declaracion de don José Cienfuegos, enero 29 de 1814, Mss.— Véase el documento núm. 7.

poderes para allanar todas las diferencias suscitadas hasta entónces, i aun para recibirse del mando del ejército. El jeneral Carrera se manifestó desde luego mui dispuesto a entregárselo en el mismo instante, para que lo mantuviese hasta la llegada de O'Higgins, a quien se esperaba de dia en dia.

En esta proposicion iba envuelta sin duda una burla de don José Miguel: el carácter sacerdotal de Cienfuegos lo imposibilitaba para tomar el mando de las tropas, i por esta razon el plenipotenciario lo rechazó empeñosamente, contentándose con oficiar en el mismo dia al coronel O'Higgins, para que avanzase con la mayor brevedad a recibirse del ejército. "Don José Miguel, decia Cienfuegos en su nota, ha querido entregármelas, pero yo ignoro las ordenanzas militares, no tengo conocimiento de los oficiales i el enemigo está mui inmediato, por lo que no me atrevo a hacerme cargo de ellas; i le he suplicado espere dos o tres dias interin V. E. llega a esta (7)." Don Julian Uribe fué el conductor de esta nota.

VIII. El nuevo jeneral en efecto se hallaba ya en marcha para Concepcion, i solo los trabajos consiguientes al cargo que desempeñaba lo habian demorado en el camino. O'Higgins conocia mui bien el estado de desmoralizacion del ejército, la nece-

(7) Nota de Cienfuegos a O'Higgins—Concepcion 29 de enero de 1814. Hasta ahora no se habia contado todas las ocurrencias de la mision de Cienfuegos a Concepcion; pero he podido descubrirlas con ayuda de los papeles del jeneral O'Higgins, entre los cuales he encontrado los documentos orijinales que me han servido para este punto de la historia. Tengo en mi poder una nota de Cienfuegos a la junta gubernativa de 1.º de febrero de 1814.

sidad de concluir una campaña que costaba ya tantos sacrificios, i con una actividad singular se habia dedicado á los trabajos que le demandaba su nuevo destino.

Desde el mismo dia en que prestó el juramento de estilo, el nuevo jeneral insurjente se ocupó en los aprestos necesarios para recomenzar la campaña, imponiéndose circunstanciadamente de los recursos con que podia contar el ejército de su mando, de los ausilios que necesitaba i de los jefes i empleados que mas útiles podian serle. Con no menor empeño recabó de la junta gubernativa el pronto envio de nuevos socorros para las tropas; i en la mañana del 20 de diciembre salió de Talca, acompañado por el cuartel-maestre Mackenna i el capitan don Nicolas García, a reunirse con el ejército.

O'Higgins se proponia reconocer por sí mismo la division ausiliar, que a las órdenes del coronel arjentino don Marcos Balcarce habia salido de Talca algunos dias ántes, i seguir su marcha con ella hasta situarla en una posicion ventajosa. Contaba esta division con seis piezas de artilleria i una gruesa partida de caballeria de milicias que debian servirle para el reconocimiento de las localidades: pero su jefe, que no conocia absolutamente el terreno que ocupaba, no se habia atrevido a avanzar mas que unas pocas leguas al sur del rio Maule, hasta el lugar denominado Villavicencio, en donde se le juntó O'Higgins al siguiente dia de su salida de Talca.

Desgraciadamente las guerrillas realistas recorrian el canton del Maule. El plan de campaña

adoptado por el jeneral Carrera al retirarse de Chillan, i la inaccion del ejército insurjente producida por las disensiones entre su jefe i la junta gubernativa les habian permitido ensanchar mas i mas el campo de sus operaciones militares, i si sus partidas no se habian dejado ver de la division de Balcarce, se conocia fijamente que andaban por las inmediaciones. Por esta razon, O'Higgins no quiso seguir marchando al sur hasta no haber recibido los pertrechos de guerra que esperaba de Talca para esta division, temiendo que cayesen en manos de las partidas enemigas si se internaba algunas leguas mas en el territorio que ellas recorrian.

Sin embargo de esto, el nuevo jeneral supo aprovechar el tiempo que permaneció en aquel lugar. Situó su campamento en un punto inmediato, en que por via de ejercicio militar, mandó construir atrincheramientos con baluartes para sus cañones. Allí sus soldados se adiestraban continuamente en el manejo de las armas, i en las evoluciones militares que él mismo dirijia, ya cediendo a su natural aficion, o por penetrarse mejor del grado de confianza que debian inspirarle la táctica i disciplina de sus tropas.

Hallábase aun allí el 30 de diciembre cuando llegaron a su campo los pertrechos de guerra que esperaba de Talca. Todos ellos no eran mas que una parte de los que necesitaba, pero O'Higgins creyó que era llegado el caso de acercarse al teatro de la guerra. Con este objeto salió la division para Cauquenes en la mañana del 1.° de enero.

Tan luego como O'Higgins hubo ocupado este pueblo, pudo ya comenzar a intervenir en la direc-

cion de la campaña, ausiliando a las guerrillas insurjentes i dictando sus órdenes para que obrasen con mayor certeza en sus operaciones. Una de esas guerrillas, que mandaba el capitan de granaderos don Santiago Bueras, salió de Quirihue en los primeros dias de enero a acordonar las orillas del Itata; pero sabiendo que se hallaba en Dómuelo una partida enemiga que conducia una gran cantidad de ganado, se dirijió a este punto, i sin darle tiempo de evitar un ataque, cargó sobre ella i le tomó quinientas vacas, diez prisioneros, siete fusiles i algunas municiones.

A la primera noticia del movimiento de Bueras, O'Higgins despachó en su ausilio al c[illegible] Garcia i al teniente de granaderos don Francisco Barros, con un cañon i una partida de infantes. Estos atravesaron una distancia de catorce leguas en solo doce horas, i llegaron a Quirihue en la tarde del 8 de enero. Allí supieron que Bueras se habia adelantado hasta el Manzano en busca de la division realista que mandaba don Juan Antonio Olate, i los fuegos de fusil que se oian perfectamente no dejaban la menor duda de que se estaba batiendo. Por este motivo salió Barros inmediatamente a reforzarlo con sus granaderos.

Bueras en efecto se batia en aquel punto con fuerzas mui superiores a las suyas. Llevado por el deseo de cortar la retirada a la division de Olate, que se hallaba en Coelemu, pasó a situarse en el Manzano, i en la tarde del 8 de enero la cargó bizarramente a la bayoneta sin tomar en cuenta la ventajosa posicion que ocupaba. La ala derecha de la

division realista fué batida completamente a la primera carga, i desde entónces se siguió un fuego de fusileria bien nutrido que duró mas de tres horas, hasta mui entrada la noche. Esta puso término a la pelea; i al amanecer del siguiente dia pudo descubrir Bueras que el enemigo habia abandonado sus posiciones, i, dando una vuelta, habia seguido a encerrarse a Chillan (8).

Por este motivo, Barros volvió a juntarse con el capitan Garcia sin haber alcanzado a batirse en el Manzano. Ocupáronse ambos dos dias mas en algunas correrias para dar caza a varias partidas de montoneros o bandidos que inundaban las inmediaciones, i dieron la vuelta a Cauquenes, en donde se juntaron con el coronel O'Higgins, que se disponia ya para seguir su marcha a Concepcion (9).

IX. Las circunstancias, en efecto, lo llamaban imperiosamente a aquella ciudad, convertida entónces en cuartel jeneral del ejército insurjente; pero eran tantas i tan graves sus ocupaciones en cada pueblo que atravesaba, que su marcha se hacia lentamente, apesar de sus vehementes deseos de recomenzar en breve la campaña con mayor actividad. Solo el 15 de enero entró a Quirihue, i allí las aten-

(8) Parte de Bueras, La-Rayo, enero 13 de 1814. Mss.—Parte de Barros, Quirihue, enero 8 de 1814. Mss.

(9) Parte del capitan Garcia.—Quirihue, enero 11 de 1814. Mss.—*Diario de las operaciones militares de la division ausiliar comandada por el coronel don Juan Mackenna.* Mss. Este interesante documento, que comprende todas las operaciones desde su salida de Talca, el 19 de diciembre de 1813 hasta el 3 de mayo de 1814, me ha sido de gran utilidad para escribir la historia de la campaña que mandó O'Higgins.—Es un diario redactado en vista de los sucesos por el mismo capitan don Nicolas Garcia.

ciones anexas a su cargo lo preocuparon grandemente, i aun lo demoraron muchos dias.

O'Higgins queria aprovechar el viaje que hacia para conocer por sí mismo las necesidades del ejército, i para ponerles el remedio que estaba a sus alcances. Guiado por este propósito tenia particular cuidado de imponerse hasta de los mas ínfimos detalles de la organizacion del ejército, i de todas las medidas conducentes a su provision i equipo. Su correspondencia durante los dias de su marcha, que existe íntegra en su archivo, manifiesta a las claras cuan grande era su constancia, i cuan empeñosos eran sus cuidados por el ejército que se le habia confiado. Los proveedores militares se dirijian al jeneral en jefe para todo, i éste llevaba una cuenta exacta de las monturas que mandaba hacer, de las vacas que pedia para la provision de sus soldados i de las cantidades mas insignificantes que invertia en sus tropas. Sus jinetes estaban a pié por falta de caballos i monturas, i la compra de aquellos i la construccion de estas habrian bastado a demorarlo algunos dias en Quirihue si la necesidad de distribuir bien su ejército para recomenzar la campaña no lo hubiese detenido.

O'Higgins se proponia ante todo restablecer los medios de comunicacion entre Concepcion i Talca, para poder trasmitir fácilmente sus órdenes a la division que pensaba dejar a orillas del Itata, i para esto no vió mejor medio que situar en puntos determinados gruesos destacamentos que mantuviesen espeditos los caminos. Con este objeto despachó al comandante don Andres del Alcázar al mando de

una division de 150 hombres a situarse en Dañicalquimuelo (10): su comision era la de alejar de aquellas inmediaciones a las guerrillas enemigas, i llevaba a mas el encargo de custodiar al plenipotenciario Cienfuegos i los caudales que conducia a Concepcion, hasta dejarlo en Coelemu al otro lado del Itata. Allí se hallaba el capitan don Diego José Benavente al mando de una division de 200 veteranos, con órden espresa de protejer la marcha de O'Higgins i de facilitar las comunicaciones (11).

Despues de haber tomado estas medidas, el jeneral en jefe permaneció mui pocos dias mas en Quirihue. El 29 de enero llegó a aquel pueblo el teniente coronel don José Cienfuegos, despachado de Concepcion por su tio don José Ignacio a informar a O'Higgins de las alarmantes ocurrencias que habian tenido lugar a su arribo a la ciudad, i de la urjencia con que lo necesitaba, para evitar el desprestijio de la autoridad ejecutiva, atropellada en su persona, como decia su emisario, por el jeneral Carrera. Segun los informes que éste daba, el vocal plenipotenciario quedaba reducido a prision, i la guarnicion de la ciudad sobre las armas, como si el enemigo estuviese a sus puertas (12).

O'Higgins habia oido muchas quejas contra don José Miguel; la junta gubernativa se lo habia pintado como un ambicioso corrompido, sin mas mérito ni virtud que su audacia, i los razgos de arro-

(10) Notas i estados de la division de Alcázar—enero de 1814. Mss.
(11) Carta del capitan Benavente al coronel O'Higgins, Enero 18 de 1814. Mss.
(12) Declaracion de don José Cienfuegos. Mss.

gante petulancia, tan naturales en un jóven, que ántes de los treinta años habia alcanzado a los mas altos puestos del gobierno i del ejército, i sus juveniles travesuras, fueron presentadas ante sus ojos como las pruebas claras de su carácter despótico i de sus inclinaciones depravadas. O'Higgins, sin embargo, no habia dado crédito alguno a aquellas palabras, que creia dictadas por la pasion i el encono; i aunque se le manifestaron notas i cartas de Carrera con que se pretendia apoyar tan graves cargos, él no dudó un momento de la sinceridad de su conducta. Al saber ahora las ocurrencias de Concepcion llegó a sospechar que el parlamentario hubiese despertado en el ánimo de Carrera el espíritu de resistencia a la autoridad del gobierno con medidas violentas e intempestivas, i creyó que su deber le mandaba presentarse inmediatamente en Concepcion a recibirse del mando de las tropas para evitar males de trascendencia.

A consecuencia de esta determinacion se preparaba en la mañana siguiente para ponerse en camino cuando llegó el presbítero don Julian Uribe, conduciendo las notas de Cienfuegos i Carrera en que ambos le pedian encarecidamente que marchase cuanto ántes a Concepcion a restablecer el órden alterado por las últimas ocurrencias, i a contener con su presencia la desercion, que de dia en dia se hacia mas notable en el ejército. Dejó en Quirihue la division ausiliar al mando del coronel Mackenna, i emprendió su marcha a Concepcion (13).

(13) Diario del capitan don Nicolas García. MS.

IX. El coronel O'Higgins llegó a Penco en la mañana del 2 de febrero, escoltado por la division del capitan don Diego Benavente; desde allí anunció su arribo a Carrera, i en la tarde de ese mismo dia hizo su solemne entrada en Concepcion en medio de las aclamaciones que despertaban el brillo del poder i el prestijio de su nombre. Los patriotas lo recibieron con jeneral contento: segun ellos la excitacion de los ánimos habia llegado a su colmo con motivo de los últimos sucesos, i se necesitaba de la presencia del nuevo jeneral para acallar las disensiones.

Pasado el bullicio i las felicitaciones, el nuevo jeneral tuvo una conferencia a solas con su antecesor. O'Higgins, usando de la intimidad de un amigo i de la franqueza del soldado, le representó en ella la desconfianza que abrigaba de poder dirijir con acierto la campaña, i la necesidad de buenos consejos que tenia en aquellas circunstancias; a todo esto agregó que solo el deseo de servir a la patria en cuanto estaba a sus alcances habia podido reducirlo a echar sobre sus hombros tan pesada carga, i concluyó por solicitar su cooperacion i apoyo para evitar los desórdenes de las tropas en los primeros dias de su mando. Don José Miguel, por su parte, se empeñó en alentarlo, manifestándole que su natural modestia le hacia ver escollos insubsanables en un sendero despejado, i que le sería mui fácil conducir la guerra con ventaja, si se aprovechaba con tino de su prestijio en el ejército, i de los elementos i recursos que debia proporcionarle el gobierno; concluyendo por pedirle que se recibiese del mando

el dia siguiente, para calmar la exitacion pública. Ambos jenerales hablaron al parecer sin reserva alguna: sus palabras fueron las de amigos leales cuyos esfuerzos iban dirijidos al triunfo de una sola causa i por un mismo sendero."

En virtud de esta conferencia, O'Higgins, que ya habia sido dado a reconocer como jeneral en jefe, se recibió del mando del ejército en la mañana de 3 de febrero. Constaba entónces de 2300 hombres de todas armas segun inventarios; pero estaban divididos en su mayor parte en varias partidas volantes cuya fuerza real i cuyo armamento eran mui inferiores a los que fijaban los estados militares del cuartel jeneral. En este número entraban tambien los últimos refuerzos que habian llegado al ejército, de modo que todo él no era apénas una cuarta parte de las tropas que habia mandado el jeneral Carrera ántes del desastroso sitio de Chillan. La desercion habia enrarecido las filas de los cuerpos, i algunos de los que comenzaron la campaña en abril de 1813 estaban o reducidos a ménos de la mitad, o completamente deshechos, sin que ni el jeneral ni sus jefes inmediatos supieron darse cuenta de las causas de su disolucion.

El equipo del ejército correspondia al reducido estado en que se hallaba. Sus caballadas no bastaban para montar ochocientos hombres. No poseia ni siquiera un centenar de bestias de carga, i los víveres eran tan escasos en los campos que las guerrillas volantes solo se mantenian con los carneros que compraban por la fuerza a los campecinos, convertidos a la sazon en declarados enemigos de los insurjentes.

La desmoralizacion del ejército hacia aun mas embarazosa la situacion del nuevo jeneral en jefe. Los últimos sucesos habian producido razgos inauditos de desobediencia militar; los comandantes de guerrillas se habian movido de un punto a otro con desprecio de las órdenes del jefe. O'Higgins habia desaprobado la conducta de los oficiales que, abandonando sus divisiones respectivas, pasaban con los soldados de su mando a ponerse a sus órdenes, i aun habia castigado al teniente don Juan Manuel Zorrilla por haberse puesto en marcha para Talca sin órden alguna de su jefe (14); pero la desmoralizacion habia cundido por todas partes, i se necesitaba de mucho celo i empeño para poner al ejército en pie de recomenzar la campaña.

Por fortuna el nuevo jeneral era un prodijio de constancia i de tezon. Así como jamas lo habia arredrado el peligro en el campo de batalla, los escollos i embarazos que ahora encontraba, no bastaron a abatir su espíritu superior, i con valentía i resolucion puso el hombro a la difícil empresa en que, con tanto desagrado suyo, se hallaba comprometido. Si los obstáculos se multiplicaron mas adelante, tambien se aumentó su celo; i apesar de tantos inconvenientes supo dejar victoriosas las armas de la patria durante el tiempo de su mando.

(14) Apuntes del coronel O'Higgins escritos en enero de 1813. Mss.

CAPITULO XI.

I. Llega a Arauco el brigadier Gainza a tomar el mando del ejército realista.—II. Apurada situacion de O'Higgins al comenzar la campaña.—III. Gainza pasa a Chillan.—IV. Primeras operaciones militares de O'Higgins.—V. Accion de Cucha-cucha.—VI. Medidas conciliadoras de O'Higgins para con los parciales de Carrera.—VII. O'Higgins hace salir de Concepcion a don José Miguel i a don Luis.—VIII. Caen en poder de una guerrilla realista.—IX. Derrota de Gomero.

I. Miéntras el jeneral Carrera se encontraba preocupado con las últimas ocurrencias de su mando militar, desembarcaba a pocas leguas de Concepcion un poderoso refuerzo que venia a engrosar las tropas enemigas. Constaba este de 800 hombres bien armados, i un buen equipo de víveres, municiones i dinero, procedentes de Chiloé i del Perú. Al mismo tiempo llegó el brigadier don Gavino Gainza, nombrado por el virrei Abascal sucesor de Sanchez en el mando del ejército realista.

La separacion de este jefe era el fruto de siniestros informes que se hicieron llegar hasta el gobierno de Lima. Algunos oficiales del campo realista habian visto con desagrado la marcha puramente defensiva de la campaña que mandaba Sanchez, i poseidos de un alto desprecio por sus reducidos conocimientos estratéjicos, no vacilaban en decir que

el sostenimiento del ejército se debia solo a Urrejola, Lantaño i demas jefes subalternos. El intendente de ejército don Matias de la Fuente, el secretario militar frai José Almirall i varios jefes subalternos, le criticaron su conducta, i sin disculpar uno solo de sus errores lo presentaron, en los informes que dirijian a las personas allegadas al virrei Abascal, como un soldado ordinario, sin táctica ni valor, que no habia sabido aprovecharse de los recursos que le presentaba el pais para concluir su pacificacion en poco tiempo.

Esos informes fueron llevados al Perú por el cura Búlnes, i sin obstáculo alguno alcanzaron entero crédito en el gobierno. Sanchez no tenia defensores ni amigos en la corte de los virreyes: no era mas que un capitan plebeyo, desvalido ante los grandes, i su nombre apénas habia llegado a oidos del poderoso jefe de que dependia. Sus servicios, de que él mismo hablaba con modestia, i su fidelidad a toda prueba no eran méritos suficientes para salvarlo de la ingratitud de sus superiores. Su remocion fué una medida tomada sin muchas meditaciones.

Abascal, sin embargo, no tenia muchos hombres de quienes echar mano en aquellas circunstancias. Para suplantar a Sanchez dió el mando de las fuerzas que éste mandaba al brigadier Gainza, jefe favorito del virrei, comandante entónces de un rejimiento de la guarnicion de Lima, pero cuya hoja de servicios no abundaba en razgos brillantes, i cuya reputacion ante la aristocracia del Perú habia sufrido mucho por su pasion al juego.

Don Gavino Gainza contaba en esa época cua-

renta i ocho años de edad: era natural de Viscaya en España, i descendia de una familia ilustre en aquella provincia. Dedicado a la carrera militar desde sus mas tiernos años, alcanzó en ella rápidos ascensos, i pasó al Perú con un batallon denominado de *Blanquillos*, favorecido con mui lisonjeras recomendaciones, i condecorado con la cruz de la órden militar de San-Juan. Gainza en efecto era un jefe de honor, afable en su trato, caballeroso en su conducta i acreedor bajo muchos aspectos al aprecio i consideracion de sus superiores. Buen oficial de guarnicion, él habia combatido mui poco en la península, i se hallaba ya en el Perú cuando estalló la guerra contra Napoleon, que abrió a los soldados españoles una carrera de glorias i ascensos. Tenia pues mui poca esperiencia en los asuntos de la guerra cuando pasó a América, i en el Perú no tuvo teatro para adquirir los conocimientos de que carecia. Allí sirvió simplemente en la guarnicion de varios pueblos de la costa i fué despues empleado en el rejimiento denominado el Real de Lima; lo mandaba todavia cuando fué encargado por el virrei Abascal de la direccion de la reconquista de Chile, empresa que, en vista de los informes que habia recibido aquel gobierno, se creia en el Perú que no presentaba grandes dificultades (1). Decíase allí que si el ejército de Chile habia sobrevivido al jeneral Pareja era porque en el mismo pais contaba con recursos para subsistir largo tiempo.

(1) He recojido algunas de estas reducidas noticias biográficas de boca de varias personas que hicieron con Gainza la campaña de 1814, i mui particularmente del señor don Antonio M. Villavicencio.

Esta confianza sin embargo no hizo creer a Abascal que la pacificacion de Chile seria solo un paseo militar. Se le anunciaba que los insurjentes estaban divididos en dos bandos opuestos, i a punto de tomar las armas para combatir el uno contra el otro; sabia que se organizaba en Chiloé un cuerpo de 600 ausiliares para reforzar el ejército realista; pero estaba íntimamente persuadido que los revolucionarios de Chile tenian elementos para resistir largo tiempo. Las instrucciones dadas al brigadier Gainza prueban a todas luces la poca confianza que tenia Abascal en el resultado de la campaña. Le recomendaba en ellas el virrei que procediese en todo con la mayor cautela, i no aventurase movimiento alguno sin conocer primero las posiciones que ocupaban los insurjentes, i sin ponerse de acuerdo con el ejército realista de Chillan. Detallábale ademas la conducta militar que debia seguir, en vista de las dificultades que podia encontrar; i le aconsejaba que no confiase enteramente ni en Sanchez ni en sus subalternos.

Ese mismo temor dictó un artículo de las instrucciones por el cual le encargaba el virrei que capitulase con los enemigos, si estos se avenian llana i simplemente a rendirse para que se les perdonase sus estravios(2). Entónces, el jeneral debia tomar el título de presidente i capitan jeneral de Chile con poderes necesarios para arreglar el gobierno interior

(2) *Instruccion que deberá observar el señor brigadier don Gavino Gainza en el mando del ejército de la Concepcion de Chile a que va destinado, en relevo del coronel don Juan Francisco Sanchez* inserta en el *Pensador* del Perú.

del pais, i pacificarlo completamente: para esto puso a su lado con el empleo de auditor de guerra al Dr. don Jose Antonio Rodriguez, chileno de nacimiento, tan hábil como conocedor de la lejislacion española, que debia servirle de consejero en el gobierno político del pais.

Los aprestos de Gainza no fueron largos. Abascal no tenia muchas tropas de que disponer, i solo le dió 200 hombres del rejimiento de su mando; pero contaba con otros elementos de guerra, i pudo proporcionarle 50,000 pesos en dinero, 100,000 tiros de fusil, 30,000 de cañon, 6 piezas de artilleria de á 4 i 60,000 pesos en tabaco, vestuarios i azúcar para el ejército i para los indios ausiliares, valioso ausilio con que se pretendia poner en estado de reabrir la campaña al desnudo ejército de Chillan. El embarco de la tropa i de estos artículos a bordo de la fragata *Sebastiana* i el bergantin *Potrillo*, que debian transportarlos, concluyó el 31 de diciembre, i el siguiente dia la espedicion reconquistadora zarpó del Callao con destino al puerto de Arauco.

Su navegacion fué corta i feliz. A pesar de los vientos del sur, tan frecuentes i fuertes en esta estacion i en aquellos mares, la *Sebastiana* i el *Potrillo* arribaron a Arauco el 31 de enero sin daño ni averia. En ese mismo puerto encontró Gainza a las fragatas *Trinidad* i *Mercedes*, que transportaban de Chiloé el batallon de ausiliares organizados en aquella provincia por el coronel don Manuel Montoya i el sarjento mayor don Ramon Jimenez Navia, que lo mandaban.

Gainza fué bien recibido por las tropas i por las

autoridades de Arauco. Los ausilios que traia, los latos poderes del virrei Abascal i el prestijio que le aseguraba su encumbrada graduacion infundieron desde luego en todos los ánimos las esperanzas mas lisonjeras acerca del resultado de la campaña. Nadie dudó de que el nuevo jeneral ocuparia a Santiago ántes de dos meses, i él mismo creyó que los insurjentes no podrian resistirle.

II. La junta gubernativa recibió de Lima la noticia de la espedicion de Gainza, cuando éste acababa de salir del Callao; i habia pasado aviso a O'Higgins para que se posesionase con la mayor brevedad de la plaza de Arauco, a fin de remediar así el descuido de su antecesor. Pero cuando el nuevo jefe recibió el oficio en que se le comunicaba la noticia, el jeneral enemigo habia desembarcado ya en Arauco, i la deplorable situacion del ejército de su mando no le permitia entónces moverse del cuartel jeneral.

La desmoralizacion de las tropas en efecto habia llegado a su colmo, i cada dia se presentaban nuevos ejemplos de insubordinacion militar, fomentada, segun resulta de los documentos de la época, por los hermanos i parciales del jeneral Carrera. Con dañadas intenciones hicieron éstos propagar la voz de que O'Higgins conducia sumas considerables de dinero i cantidades inmensas de tabaco i víveres para repartir al ejército, i mui disimuladamente hicieron creer a los soldados que guarnecian los puntos inmediatos a Concepcion, que era mui probable que no alcanzasen nada en el reparto si no se presentaban ellos mismos a cobrar sus sueldos i diarios. Los

soldados comenzaron a desertar de los cantones en que estaban estacionados: una partida de tropa de la guarnicion de Talcahuano se separó de sus compañeros en el momento que se les pasaba la lista, i como se quisiese hacerla entrar en su deber, con una órden del gobernador de la plaza don Rafael de la Sota, supo ella hacerse respetar echando mano a las armas, i siguiendo el camino de Concepcion (3).

Como si todo esto no bastase a mantener vivamente preocupado el ánimo de O'Higgins, se le tendieron acechanzas para desprestijiarlo ante la junta. En la noche del 6 de febrero, a los tres dias de haber tomado el mando del ejército, debió estallar en Concepcion un movimiento revolucionario, destinado, segun decian sus autores, a manifestar al gobierno que el ejército desaprobaba su conducta i mui particularmente ciertas medidas que por su sola voluntad acababa de tomar el parlamentario Cienfuegos. El nuevo jeneral tuvo noticia de la trama por algunos de los iniciados en ella que se avanzaron hasta ponerla en su conocimiento, invitándolo a ponerse a la cabeza de la revolucion: se trató de probarle que el gobierno no queria remitirle los ausilios pedidos porque no comprendia las necesidades de la guerra. O'Higgins supo conducirse en aquellas circunstancias con toda la jenerosidad posible. Su negativa fué terminante i enérjica; pero no quiso aprehender a nadie, i por medida de precaucion solamente hizo salir para Penco al cura Cienfuegos, i mantener una parte de sus tro-

(3) Nota del gobernador de Talcahuano don Rafael de la Sota, febrero 5 de 1814. Mss.

pas sobre las armas para acudir con presteza al punto amenazado, si se intentaba el movimiento (3).

Nada sucedió en efecto: sea que la terca negativa de O'Higgins i sus providencias para reprimir el movimiento hiciesen desistir de sus propósitos a los conspiradores, o que no contaran estos con los elementos necesarios para asegurar el triunfo, no hubo accidente alguno que turbase el órden en la noche señalada para dar el golpe.

Pero no por esto desmayaron los incansables enemigos de la tranquilidad pública. Con intrigas i manejos secretos fomentaron diestramente la desercion del ejército insurjente, haciendo valer para con unos el influjo de los jefes depuestos, i la falta de sueldos i la escasez de víveres para con otros. Don Juan José Carrera, que no cesaba de dar muestras de desesperacion i de despecho por su separacion del ejército, era uno de los jefes que con mayor ahinco fomentaba la desunion i el trastorno. Manifestando que deseaba volver a Talca, pidió su pasaporte al jeneral en jefe, i salió de Concepcion el 8 de febrero; pero ántes de dos dias desertaron mas de cien granaderos, llevando todos su armamento, segun complot que habia dejado dispuesto (4).

La escasez de recursos vino a hacer mas angustiada la situacion de O'Higgins. El ejército comenzó a sentir las mas apremiantes necesidades: los capitales que llevó Cienfuegos alcanzaron apénas

(3) Conversacion con el señor don Manuel Novoa.—*Epocas i hechos memorables de Chile*. Mss.

(4) Nota de O'Higgins a la junta gubernativa, febrero 10 de 1814. Va publicada entre los documentos bajo el núm. 8.

para satisfacer malamente las escaseces del momento, i la falta de víveres empezaba a producir el hambre. Los vendedores de ganado, que al principio de la campaña se acercaban a las divisiones insurjentes a ofrecerles la venta de sus vacas, les huian ahora el bulto, sea porque arbitrariamente se les hubiese despojado de ellas alguna vez, o porque les presentaban mayores garantias las transacciones con el enemigo.

Mas no se crea que la junta gubernativa habia desatendido al ejército. Informada como estaba de la falta de vestuario, víveres i armamento, se habia conducido con una singular actividad para remitirlos a O'Higgins; pero los convoyes que los conducian tenian que atravesar campos dilatados i montañosos, poblados de partidas enemigas, i les era forzoso marchar con lentitud i precaucion para no caer en una emboscada. Por todos estos motivos de demora, solo el 11 de febrero recibió el nuevo jeneral el primer ausilio, compuesto de 56 lios de charqui, de los cuales "inmediatamente se empezó a dar raciones a la tropa, dice O'Higgins en una nota escrita ese mismo dia, i las recibió llena de complacencia por la estrema necesidad en que nos hallábamos (5)."

Este socorro, sin embargo, no podia mejorar la situacion de los patriotas. El mismo jeneral lo espuso así al gobierno en la nota citada, recabando el pronto envío de dinero, vestuarios, caballos i arma-

(5) Nota de O'Higgins a la junta gubernativa, febrero 11 de 1814. Ms.

miento. "Los ahogos, decia, crecen. Ya llegó el caso de mandar suspender el sueldo de los oficiales, i aun para diario de la tropa no hai para cuatro dias. Así es necesario se sirva V. E. activar las dilijencias para que lleguen los caudales. El vecindario que podria hacer algun suplemento no está en estado de hacerlo. Sus fondos estan escasos, su comercio es ninguno. El numerario que los han obligado a exhibir las variedades de gobiernos a que han estado sujetos, los tienen estrechados hasta lo sumo; de modo que aun cuando se les impusiese una suscripcion, o hiciesen el último sacrificio en servicio de la patria, tendrian efecto en pequeñas cantidades.

III. Miéntras O'Higgins se afanaba por contener la desercion en su ejército, i en remediar sus necesidades, el enemigo, que estaba al corriente de su apurada situacion, se habia conducido con singular actividad para principiar la campaña bajo tan favorables auspicios. La forzada inaccion del jefe insurjente era sin duda una ventajosa circunstancia de que debia aprovecharse el jeneral Gainza.

En efecto, al siguiente dia de haber desembarcado en Arauco, celebró junta de indios a que concurrieron los principales caciques de las inmediaciones. Los recibió en un campo vecino al pueblo con todas las formalidades de estilo entre aquellos salvajes: allí les dirijió una breve arenga, por medio de los lenguaraces, a fin de interesarlos en su causa en la campaña que iba a abrir, les obsequió a nombre del virrei del Perú, como delegado de Fernando VII, galoneadas casacas i grandes medallas de metal que debian llevar en sus pechos en premio

de su fidelidad, i les hizo repartir licores con una profusion estraordinaria (6).

La noticia del arribo de Gainza se estendió con gran velocidad por todos los campos de las inmediaciones, i se comunicó á los jefes realistas que recorrian la ribera norte del Bio-bio. El diligente Elorreaga, que mandaba una division estacionada en Rere, la dejó al mando de un subalterno, i voló ai presentarse al jeneral Gainza. Proponíase informarlo detenidamente de las ocurrencias del campo insurjente, tan ventajosas para el triunfo de sus armas, de los caminos que debia seguir para llegar a Chillan, i del estado de pobreza i desnudez del ejército realista. En este particular, el mismo Elorreaga era una prueba concluyente de la exactitud de su relacion: por toda casaca vestia una chaqueta ordinaria a cuya manga prendia los galones correspondientes a su graduacion, i no llevaba mas capote que un enorme poncho del pais. Uno de los oficiales del *Potrillo* le regaló un frac de marino de su propio uso, que Elorreaga conservó como un valioso presente (7).

Informado Gainza de las ocurrencias del campo patriota i del estado de los caminos que conducian a Chillan, solo tardó unos pocos dias en los aprestos mas necesarios para ponerse en marcha i comenzar las operaciones de la guerra. El 8 de febrero cruzó el Bio-bio por el paso de Santa-Juana, a la cabeza de 800 soldados de infanteria, i se juntó con la division de Elorreaga que estaba estacionada en Rere,

(6) Conversacion con don Antonio Maria Villavicencio.
(7) Conversacion con don Antonio M. Villavicencio.

Allí separó algunos jinetes de esta division, i engrosando con ellos las fuerzas que traia de Arauco, confió el mando de todas a Elorreaga, con encargo de marchar inmediatamente a inquietar al segundo cuerpo del ejército patriota. El resto de la division de Flores quedó al mando del capitan don Leandro Castilla, jóven peruano que servia en los dragones de la frontera.

Gainza prosiguió su viaje a Chillan acompañado solamente por sus edecanes. En este pueblo fué recibido por el ejército i el vecindario con todas las consideraciones debidas a su graduacion. Los padres misioneros se apresuraron a felicitarlo por su feliz arribo i a ofrecerle todos los recursos i auxilios de que podian disponer (8). El coronel Sanchez, por su parte, se manifestó dispuesto a entregarle el mando de las tropas, sin manifestar el menor disgusto por la destitucion que sufria. Segun daba a entender, consideraba ya cumplido el encargo que le hizo al morir el brigadier Pareja, conservando la honra del pabellon español i combatiendo en su defensa con enerjia i acierto. Los oficiales que acompañaban a Gainza tuvieron que admirar la jenerosa conducta del jefe depuesto, i en sus comunicaciones al gobierno del Perú no economizaron los elojios i alabanzas de aquel buen servidor de la corona.

Gainza mismo supo apreciar la honrosa comportacion de su antecesor, i se empeñó en no herir de modo alguno su suceptibilidad. Apesar de los apa-

(8) *Informe de la conducta observada por los PP. misioneros, etc. etc.* Mss.

sionados informes que habian llegado al Perú acerca de la profusion de grados militares con que Sánchez premiaba a sus subalternos, Gainza manifestó que aprobaba aquellas medidas, i no vaciló un instante en emplear en la nueva campaña a todos los favoritos de su antecesor, seguro de que sus méritos habian producido su elevacion. A Sanchez mismo le ofreció varios destinos de importancia; pero este jefe se negó a aceptar ninguno, contentándose con recomendar a los oficiales de su ejército. A uno de ellos, al coronel Berganza, dejó en el honroso puesto de jefe político i militar de Chillan, al mando de 700 hombres.

El dia 19 de febrero pasó Gainza al campamento de Quinchamali, en donde se hallaba una division de tropas realistas, i fué reconocido en ella jeneral en jefe del ejército. Desde allí despachó una partida de 100 hombres de caballería, a las órdenes del coronel don Clemente Lantaño, con el encargo de impedir toda comunicacion entre la division que mandaba el coronel Mackenna i el cuartel jeneral de Concepcion. Esa fuerza debia recorrer la orilla sur del Itata, i ponerse de acuerdo con otra que, a las órdenes de don Manuel Barañao, ocupaba los campos de la costa con igual objeto.

IV. Hasta ese momento el brigadier Gainza habia atravesado una vasta estension del territorio que era a la sazon teatro de la guerra, sin oir siquiera el ¡quién vive! de los centinelas insurjentes. Aunque él habia tenido buen cuidado de alejarse cuanto le era posible de los puntos que ocupaban las

fuerzas patriotas, el nuevo jeneral concibió desde luego las mas lisonjeras esperanzas en el resultado de la campaña, con tanta mayor razon cuanto que sabia el cúmulo de insubsanables circunstancias que detenian a O'Higgins en Concepcion.

Este jefe, en efecto, no habia podido moverse del cuartel jeneral. La desercion de sus soldados, por un lado, la falta de municiones, vestuarios i víveres por otro, i la mala intelijencia que reinaba por todas partes, lo reducian a la inaccion en aquellos momentos en que mas deseaba moverse para tomar la ofensiva. Estas causas frustraron su primer plan de atacar inmediatamente la plaza de Arauco; i el mismo dia en que recibió el primer convoi de ausilios, el enemigo comenzó a inquietarlo en sus propias posiciones.

Tan luego como Gainza hubo pasado el Bio-bio, la *Sebastiana* i el *Potrillo* se acercaron a la isla de la Quiriquina, voltejeando por sus alrededores como si se propusiesen bloquear el puerto de Talcahuano, apoderándose de aquella isla. Lo intentaron en efecto el dia 11, desembarcando alguna jente de cinco botes, i elijieron un punto de la isla separado solo del continente por un angosto canal, denominado la Boca-chica. En Tumbez, así se llama la playa que enfrenta a la isla, habia destacado O'Higgins una partida de 100 fusileros a las órdenes del capitan don Juan Calderon, los cuales se mantuvieron en emboscada, sin ser vistos por los enemigos, hasta despues de haber bajado a tierra. Los fuegos de fusilería, que hicieron entónces algun

estrago entre los marinos, los obligó a reembarcarse precipitadamente (9).

A esta se siguieron varias escaramuzas mui insignificantes que sostuvieron con resultado vario las guerrillas que mantenia O'Higgins fuera del pueblo. Este reforzaba frecuentemente a sus destacamentos, i tenia gran cuidado de mantenerlos en buen pié; pero solo esperaba el arribo de los ausilios que debia remitirle el gobierno para principiar la campaña. "En el momento que lleguen los ausilios pedidos, decia en una nota a la junta gubernativa, pasará una respetable division a obrar contra la frontera, esto es a tomar las plazas de los Anjeles i Nacimiento, pues la espedicion de Arauco inter dura bloqueado el puerto es impracticable. Los caminos por tierra son de cordillera i desfiladeros por donde no puede conducirse artilleria, i apostado en ciertos puntos un pequeño número de enemigos, resistirá i destrozará cualquiera fuerza que se le oponga; pero tomadas aquellas plazas se les corta la comunicacion con Valdivia, i aun con el mismo Chillan, situando una division en Rere, por cuyo efecto i con el objeto que la mande espero de un dia a otro al coronel don Andres del Alcázar (10). Este oficial, ademas de las apreciables circunstancias que le adornan, tiene pleno conocimiento de la frontera, i un grande ascendiente sobre sus habitantes, cuyas circunstancias facilitarán a ménos costa la toma de

(9) Parte de O'Higgins al gobierno, febrero 11 de 1814. Mss.

(10) Nota de O'Higgins a la junta gubernativa. Concepcion, febrero 11 de 1814. Mss.

dichas plazas, i quedará aislado el enemigo en su Arauco."

V. Para la mejor realizacion de su plan, O'Higgins dió órden al jefe de la segunda division, que estaba acantonada en Quirihue, de avanzar a orillas del Itata i acampar en el sitio denominado el Membrillar. Era éste un punto mas avanzado hácia el cuartel jeneral de los realistas, i O'Higgins se proponia dividir su atencion por ese lado, miéntras él emprendia la campaña contra las plazas fronterizas, de que queria posesionarse.

El coronel Mackenna, que la mandaba, conoció toda la importancia de este movimiento, i se apresuró a efectuarlo. Salió con este objeto de Quirihue el 9 de febrero, pero eran tan malos los carros de guerra, i tan escasos los medios de conduccion que poseia, que solo llegó al Membrillar despues de cinco dias de camino. Allí ocupó las posiciones fortificadas en que estuvo en octubre de 1813 la segunda division, que mandaba el brigadier don Juan José Carrera, i se preparó para resistir a los ataques del enemigo. Las fuerzas que la componian eran 800 infantes, 100 dragones i 6 piezas de artilleria.

Sus movimientos no habian pasado desapercibidos de los realistas. Una guerrilla, que ocupaba las alturas de Cucha-cucha observaba impasiblemente todas sus evoluciones; i una corta partida, a las órdenes de un audaz montonero de Chillan, apellidado Zapata, ponia fuego a los campos en que pastaban los caballos de la division insurjente. Por las noticias que llegaban al campamen-

to se sabia que el enemigo se ocupaba tambien en reunir sus fuerzas en las inmediaciones (11).

Mackenna no tuvo calma para permanecer impasible en aquel punto. Por sus espias supo que se organizaban dos partidas realistas en dos distintos puntos, en Coimaco, al sur del rio Itata, i en la hacienda de Cucha-cucha propiedad de uno de los jefes realistas, el coronel Urrejola, tres leguas al oriente del campamento del Membrillar. La escasez de caballos que esperimentaba lo indujo a atacar con preferencia ésta última, "no solo, dice él mismo, por no haber rio que atravesar, sino porque lo escabroso del terreno era mas apropósito para las maniobras de infanteria, que se puede decir es la única fuerza de esta division (12)."

Con este objeto se puso en marcha a las doce de la noche del dia 22 de febrero a la cabeza de una columna compuesta de 300 fusileros, 40 dragones i 2 piezas de artilleria, llevando consigo, en clase de segundo jefe, al coronel don Andres de Alcázar. La division marchó con prudencia i cautela, i al amanecer se halló en las casas de la hacienda de Cucha-cucha, que el enemigo acababa de abandonar, pasando el rio Ñuble para evitar un ataque. Mackenna, que queria sacar algun provecho de la espedicion, dispuso que miéntras la tropa descansaba de la marcha que acababa de hacer, saliesen dos piquetes a recorrer el campo, i a recojer el ganado de Urrejola; pero observado este movimiento por los

(11) Diario del capitan Garcia. Mss.
(12) Parte del coronel Mackenna.—Membrillar, febrero 23 de 1814.

enemigos, que permanecian emboscados en la orilla opuesta del Ñuble, repasaron este rio en número de 140 hombres de caballeria, dispuestos a resistir a las fuerzas patriotas, Prontamente fueron atacados por el teniente coronel Bueras, que mandaba una guerrilla insurjente, obligándolos a replegarse a gran prisa a las alturas inmediatas. Impotentes para sostener un combate, los enemigos se mantuvieron en aquel punto, contentándose con destacar pequeñas partidas, que fueron rechazadas i perseguidas por las guerrillas de Bueras i un piquete de Voluntarios a las órdenes del alferez Allendes.

La falta de caballeria no permitió a Mackenna atacar al enemigo en sus posiciones. Los realistas estaban mui bien montados, i sabian aprovecharse de esta ventaja retirándose mañosamente para evitar un ataque de funestas consecuencias. Desesperado por esto mismo, el jefe patriota dió la órden do volver al campamento, lo que solo pudo conseguir despues de mucho rato porque las guerrillas de Bueras i Allendes se obstinaban en perseguir al enemigo apesar de la notoria desventaja de marchar a pié.

Este contratiempo obligó a Mackenna a volver al Membrillar a las 10 de la mañana. Habia andado la mitad de su camino cuando cayó de improviso el enemigo, considerablemente reforzado, intentando cortar la guerrilla de Bueras, que se habia separado un poco del grueso de la division. Este bizarro militar hizo frente por todas partes a las fuerzas realistas, que se empeñaban en envolverlo, i, con un heroismo superior a todo elojio, se sostuvo hasta el momento

en que fué ausiliado por el valeroso sarjento mayor de ausiliares de Buenos-Aires, don Juan Gregorio Las-Heras. Traia este 100 hombres de su cuerpo; i sostenido por uno de sus oficiales, el capitan Vargas, avanzó con el mejor órden sobre el enemigo, i le obligó a replegarse a una altura vecina, que dominaba la posicion ocupada por los insurjentes.

Esta desventaja no desconcertó a Mackenna. Sin inquietarse un instante quiso batirse con el enemigo, i con este objeto dió órden al capitan don Nicolas Garcia de romper el fuego con sus cañones. Este esperto artillero dirijió sus tres primeros tiros con tanto acierto que hicieron gran estrago en los desordenados pelotones que formaban los realistas; pero despues de ellos se inutilizaron completamente sus piezas, i le fué forzoso a Mackenna cambiar de posicion para evitar una desastrosa derrota.

El terreno en que habia empeñado la accion era disparejo, i por tanto imposibilitaba las evoluciones de la caballeria. Mackenna supo aprovecharse de esta circunstancia al cambiar de posicion, i trepar en buen órden a una altura que flanqueaba la del enemigo. Pero este, léjos de acometer a los insurjentes, dió su vuelta a gran prisa para no ser inquietado en su retirada.

En estas escaramuzas, a que se dió entónces el nombre de accion de Cucha-cucha, el enemigo perdió algunos soldados, miéntras Mackenna tuvo únicamente dos heridos entre los suyos. Mas seguro en su tropa desde ese dia, este jefe pudo estender sus operaciones i movimientos mas allá de su campo, confiado en el pavor que habia sabido infundir al

enemigo. En una de esas escursiones por los alrededores, el coronel don Andres del Alcázar rescató, a viva fuerza, de una guerrilla enemiga, un convoi de veinte i cuatro cargas de municiones i víveres que la junta gubernativa mandaba a la division del Membrillar.

VI. La noticia de estos sucesos fué recibida con gran aplauso en el cuartel jeneral de Concepcion. Ellos probaban claramente que el ejército estaba en situacion de encararse con el enemigo, i que sus soldados no se sentian amilanados con los contratiempos sufridos hasta entónces; i venian a alentar al nuevo jeneral en jefe en los trabajos que lo tenian preocupado.

O'Higgins trabajaba entónces en la reorganizacion de su ejército, procurando la reconciliacion de los ánimos, i promoviendo por todos medios, hasta sin obedecer las órdenes del gobierno, la union de todos sus subalternos. La junta gubernativa habia encargado a O'Higgins que mantuviera alejados de los primeros puestos del ejército a los amigos i parciales de Carrera, a fin de evitar que cundiesen en sus filas la influencia del jeneral destituido; pero el nuevo jefe no estaba dispuesto a satisfacer en este particular al gobierno, de quien dependia. Sin tomar en cuenta las opiniones de los jefes subalternos, O'Higgins se propuso ocuparlos segun su mérito i consultando únicamente el buen servicio del ejército. El capitan don José Maria Benavente, que se habia manifestado siempre adicto al jeneral Carrera, fué entónces nombrado comandante de la Gran guardia a solicitud de O'Higgins, i

su hermano don Diego quedó en el mando de la guardia jeneral.

Proponíase O'Higgins desvanecer con su conducta jenerosa los rencores i enconos que pudiesen existir a causa de las últimas desavenencias entre el gobierno i el jeneral Carrera. En su juicio miéntras las opiniones estuviesen divididas en el ejército, no poseia él todo el prestijio de que necesitaba para mandar con la confianza i la seguridad de ser respetado i obedecido; i estas ventajas solo se podian conseguir por los medios pacíficos, guardando en todo buena armonía i las consideraciones debidas a sus antiguos camaradas. Altamente confiado en la eficacia de su sistema, O'Higgins llegó a olvidar las recientes órdenes, i al comunicar al gobierno sus aprestos militares para principiar la nueva campaña, le hablaba sobre el particular de un modo mui lisonjero. "Ya la providencia, decia en una nota, ha dispuesto raye la aurora de la tranquilidad. Han cesado los motivos que dieron mérito a algunas inquietudes interiores i solo se descubre union i fraternidad, i un jeneral deseo de atacar i destruir al enemigo (13)."

VII. O'Higgins se engañaba mucho cuando juzgaba definitivamente establecida la tranquilidad en el ejército. Carrera i sus parciales, resentidos como estaban contra el gobierno, no podian mirar con agrado la elevacion de su sucesor, ni las distinciones que este hacia de algunos oficiales desafectos a sus personas. El sistema de conciliacion que O'Hig-

(13) Nota de O'Higgins. Febrero 11 de 1814. Mss.

gins acababa de adoptar no era de modo alguno de su agrado : el jeneral Carrera hubiese querido impregnar en el ánimo de O'Higgins sus pasiones i sus odios, i no siéndole posible esto veia con disgusto todas las providencias del nuevo jeneral, i encontraba una injuria a su persona o a sus amigos en las mas inocentes providencias.

La junta gubernativa se habia mostrado en este particular mas previsora que O'Higgins. Apesar de las notas de este, en que le hablaba de la tranquilidad que reinaba en el ejército, el gobierno no se habia descuidado un momento en dictar sus providencias para separar del cuartel jeneral a don José Miguel. Su jenio inquieto era para la junta gubernativa el motivo de mil temores, que no bastaban a calmar las seguridades del nuevo jeneral.

Para alejarlo del teatro de la guerra, el gobierno espidió un decreto el 12 de febrero nombrando a don José Miguel Carrera ministro plenipotenciario de Chile en Buenos-Aires, en reemplazo de don Francisco Antonio Pinto, que habia partido para Europa. Los términos en que estaba concebido eran altamente lisonjeros para el funcionario nombrado: decia en él la junta, que habiendo mandado el gobierno de Buenos-Aires con igual encargo a Chile al Dr. don Juan José Pasos, presidente i vocal que habia sido allí del poder ejecutivo, se creia en el caso de comisionar para representante de Chile en ese pais a una persona que hubiese desempeñado en su patria iguales destinos. Pero tomando por pretestos la necesidad que habia de mantener las buenas relaciones con la provincia de Buenos-Aires, i "con-

vencido, i como decia el decreto, del patriotismo, luces i carácter" de Carrera, el gobierno se manifestaba dispuesto a no admitir ninguna escusa de negativa, encargándole ademas que inmediatamente se pusiese en camino, sin tomar en consideracion los gastos necesarios para esto, porque la junta se los franquearia gustosa (14).

Con este destino se pensaba alejar a Carrera de un punto en donde era mui temible por su influjo: pero la junta gubernativa temió que don José Miguel, a pesar de las espresiones del nombramiento, se negase a salir de Concepcion, i previendo este caso, ofició a O'Higgins esplicándole el verdadero objeto que se habia propuesto i dándole sus instrucciones para proceder decididamente. "Conviene, le decia en nota de 12 de febrero, que él (Carrera) no permanezca en Concepcion por mas tiempo, i admita o no el nuevo empleo, U. S. lo obligará a que salga de allí dentro de tres dias (15)."

Sucedió, en efecto, lo que habia previsto la junta gubernativa. Carrera se hizo desentendido del nombramiento que se acababa de hacer en su persona, i, en vez de ponerse en camino para la capital, quedó en el pueblo, reuniéndose diariamente con sus amigos i parciales, sin darse por apercibido de las sospechas que infundia su conducta. O'Higgins, sin embargo, no se encontró dispuesto a servir de órgano a providencias que consideraba intempestivas: guardó con su antiguo jefe todos los fueros de

(14) Oficio de nombramiento. Mss.
(15) Nota de la junta a O'Higgins.

la amistad, i no cumplió con el mandato de la junta.

La desercion que diezmaba al ejército insurjente i las turbulencias de Concepcion decidieron al fin al jeneral en jefe a convocar las corporaciones, los oficiales de mayor graduacion i los vecinos mas respetables a una junta a que tambien debian concurrir los Carrera, con el objeto de tratar del mejor remedio para evitar tamaños males. Allí hubo muchos que levantaron la voz acusando don José Miguel i a su hermano don Luis como principales instigadores de la ajitacion que reinaba en el cuartel jeneral. A tan fuertes cargos estos contestaron que "solo habian procurado tomar algunas medidas para su seguridad personal, pues se les habia afirmado que se les iba a prender para remitirlos a la capital (16)."

Los oficiales del ejército que asi se habian espresado contra los Carrera, i algunos vecinos de respeto e influjo no se dieron por satisfechos con esta disculpa, i no cesaron de pedir a O'Higgins que los hiciese salir de Concepcion. El jeneral sin embargo se negó obstinadamente a dictar esa órden innecesaria segun él, i se mantuvo dos semanas consecutivas en pugna con los jefes de mayor graduacion, i en abierta desobediencia a los terminantes mandatos de la junta gubernativa.

La exasperacion contra Carrera no se limitó a esos solos reclamos, ni la acalló la indiferencia con que oia sus quejas el jeneral. El 1.° de marzo se reunieron los jefes militares en el cuartel de artille-

(16) *Epocas hechos memorables de Chile.* Ms.

ria, i dirijieron a O'Higgins la representacion que sigue: "Exmo. Señor.—Los comandantes, oficiales i vecinos de esta ciudad comprometidos por la seguridad i felicidad de la patria contra la dominacion de la casa destructora de nuestros sagrados derechos, ponemos en la sábia consideracion de V. E. que habiendo llegado ya nuestros justos enojos contra los dos Carreras i sus protervos satélites hasta el grado de una necesaria exasperacion; en mérito de los repetidos insultos con que a cada momento se burlan de la suprema autoridad de nuestro gobierno, de la de V. E. i la de todo ciudadano que ha manifestado su fidelidad i amor a tan sagrados deberes: consultando nuestra seguridad i la del estado no hemos podido ménos que acojernos en este momento bajo el sagrado de las tropas i cuarteles, desde donde imploramos sin pérdida de instantes la presencia de V. E., a efecto de que en primer lugar haga que estos individuos se retiren al momento de esta ciudad bajo la escolta de mayor confianza; en seguido que se recojan i pongan en buen depósito todas las cargas que tienen prontas para marchar por contenerse en ellas efectos conocidos peculiares al erario público, i hasta útiles de guerra de que tanto necesitamos: V. E. no debe ni puede en estos momentos despreciar la voluntad de este pueblo fiel i patriota. Sabemos positivamente que si se evitan estos pasos es vacilante nuestra seguridad i la del reino, i ántes de que lloremos nuestra inaccion perezosa queremos sacrificarnos gustosos por nuestra tranquilidad deseada."

En la noche O'Higgins ofició a don José Miguel i a don Luis Carrera para que saliesen de la ciudad el dia siguiente ántes de amanecer, a fin de evitar los movimientos i trastornos que mantenian la ajitaccion en el curtel jeneral; pero en su nota, i ni aun en una carta privada que les dirijió, dejaba traslucir las injuriosas quejas que los oficiales habian elevado. Ambos sin embargo se manifestaron mui exasperados al recibir aquella órden, bien que no la atribuyeron a mal espíritu del jeneral en jefe: don José Miguel le escribió inmediatamente dándole las gracias por las pruebas de amistad que de él habia recibido, en el corto tiempo que llevaba de mando, i prometiéndole abstenerse de tomar parte en "los males que se divisan." En su misma carta le pedia seis caballos para sus criados, i le anunciaba que el siguiente dia, a las once de la mañana, se pondria en marcha para Talca.

VIII. Salió en efecto don José Miguel acompañado por su hermano don Luis, i algunos otros oficiales i vecinos que se dirijian a las provincias centrales. Fuése a alojar a Penco, en donde pasó todo el dia en adquirir noticias sobre la seguridad de los caminos que debia andar; i aunque se engrosó considerablemente el número de sus compañeros de viaje, la caravana no se atrevió a salir del pueblo, temiendo a las guerrillas realistas, que, segun exactos informes, recorrian los alrededores.

Gainza tenia noticia de la marcha de Carrera, comunicada, sin duda, por sus espías de Concepcion. En conformidad dió órden a sus comandantes Lantaño i Barañao de atacar a la comitiva en el

camino, i de llevarlos prisioneros a Chillan. Ambos jefes se pusieron de acuerdo para esta empresa; Lantaño debia ocupar el camino del centro que conduce al Membrillar, miéntras Barañao se pose ionaba del de la costa, i debian o caer de acuerdo sobre Penco o sorprender a la caravana en su marcha. Con este objeto Lantaño mudó de posiciones, i llegó al oscurecerse al punto denominado Rafael, pocas leguas al norte de Penco. Disponiase a pasar allí la noche cuando se le presentó un español apellidado Vidal, prisionero de la frágata *Tomas*, trayéndole la noticia del arribo de Carrera a Penco, i probándole que le sería mui fácil echarse sobre la comitiva, i llevarla prisionera a Chillan. Vidal estaba al corriente de todo: habia visto i contado la guardia que escoltaba a Carrera, i se habia acercado tanto a ella para imponerse de sus recursos, que uno de los soldados que la formaban le rompió la barba de un golpe que le dió con el cañon de su fusil para separarlo del paso.

No se descuidó el activo Lantaño. Inmediatamente dió la órden de ensillar los caballos, i, favorecido por la oscuridad de la noche, se puso en marcha para Penco. Llegó allí al amanecer, e instruido por Vidal de la casa que ocupaba don José Miguel i su comitiva, la atacó sin demora. En el primer momento fueron pasados a cuchillos seis hombres de la escolta de Carrera, i ántes que nadie pudiese reponerse de la sorpresa penetraron los realistas en el interior sin resistencia alguna: el alferez don José Ignacio Manzano, que mandaba la partida de

escolta, fué mortalmente herido cuando se afanaba en reunir algunos soldados de los suyos.

La victoria quedó desde luego por Lantaño. Acompañado de su segundo, el capitan don Lorenzo Reyes, penetró en la habitacion de los hermanos Carrera i los hizo prisioneros sin la menor resistencia, tomando con ellos sus equipajes, miéntras sus soldados apresaban al coronel don Estanislao Portales, al capitan de artilleria don Servando Jordan, i a los demas compañeros de viaje. El fuerte de Penco disparó algunos cañonazos, cuando se retiraba la partida; pero, por desgracia, la casa en que fueron sorprendidos los Carrera estaba situada fuera de sus tiros, i no hicieron daño alguno en ella. La fragata *Sebastiana* i del bergantin *Potrillo*, que apercibieron los fuegos de tierra, dispararon tambien algunos cañonazos contra el fuerte de Penco, los cuales distrajeron la atencion de sus artilleros. El comandante Barañao, que venia con su division por el camino de la costa, se juntó a Lantaño cuando éste salia de Penco. Las fuerzas de ambos alcanzaban a 300 hombres, i en todas las inmediaciones no habian tropas que pudiesen resistir.

Lantaño i Barañao siguieron su marcha sin ningun tropiezo. Una partida de desertores patriotas que habian dejado el cuartel jeneral para seguir a los Carrera, intentó oponerles alguna resistencia; pero, como mui pocos de los soldados que la componian llevaban municiones, i eran tan considerables las fuerzas enemigas, desistió de sus propósitos, i se ocultó cuidadosamente en el monte. Los prisioneros

i sus conductores llegaron a Rafael, en donde Lantaño los entregó a la guerrilla de don Anjel Calvo, quien los condujo en triunfo al cuartel jeneral de Chillan (17).

La noticia llegó a Concepcion tres horas despues de haber salido Lantaño de Penco en marcha para los campos del norte; pero los patriotas de aquella ciudad no desesperaron de salvar a los prisioneros. O'Higgins hizo aprestar una partida de jinetes, que no pudo salir con toda la presteza necesaria por la escasez de caballos que habia en Concepcion; i a pesar de haberse movido con la mayor prontitud posible, no pudo alcanzar a la guerrilla realista, que le llevaba tantas ventajas en su marcha.

IX. No fué esta la única desgracia que sobrevino a las armas insurjentes en aquella noche infausta. Dos horas hacía apénas a que habia llegado a Concepcion la noticia de la prision de los Carrera cuando se divulgó en el pueblo la nueva de otro descalabro que acababa de sufrir una division patriota en los campos de Gomero.

El jeneral en jefe proyectó un ataque a las fuerzas realistas que habia dejado Gainza en Rere a las órdenes del capitan don Leandro Castilla. En los últimos dias de febrero, despues de muchos traba-

(17) Don José Miguel Carrera cuenta este suceso en su *Manifiesto a los pueblos de Chile* de un modo diferente a mi relacion, i se supone vendido a los realistas por el oficial don Manuel Vega, secretario, segun él dice, de O'Higgins. Fué cierto que Vega se pasó al enemigo en setiembre de 1814, pero es mui dudoso de que entónces estuviese en relaciones con los realistas. Debo la mayor parte de estas noticias al señor don Manuel Barañao, actor en estos sucesos. La *Revista de las obras sobre la guerra de la independencia* del coronel Ballesteros, mui digna de fé en esta parte, no se separa en nada de las noticias que me han sido comunicadas.

jos i gracias a los ausilios que le llegaron de Santiago, consiguió organizar una division de 300 hombres de caballeria, i dos cañones bien equipados i armados. Para el mando de estas fuerzas se necesitaba un hombre de valor i tino; pero O'Higgins cometió el indisculpable error de confiarlo a un militar de poco arrojo i de ningun acierto, que habia malogrado ya una importante espedicion que le encomendó el jeneral Carrera.

Era este el coronel de milicias don Fernando Urízar, antiguo comandante del rejimiento de lanzeros de Rere. Poseia la audacia de un tribuno, i gozaba en el cuartel jeneral de gran crédito e influjo, pero no era el jefe mas aparente para un golpe de mano. Las recientes ocurrencias de Concepcion, i el fervor con que habia atacado a Carrera en el último tiempo de su mando le acarrearon las persecuciones, i un arresto en el fuerte de Penco, de donde salió por el influjo i ruegos de su deudo inmediato el coronel Alcázar (18); pero en vez de perder su prestijio con la prision consiguió reponer su nombre del descrédito que le acarreó la malograda espedicion de Arauco. El fué uno de los oficiales que con mayor empeño pidieron la salida de los Carrera de Concepcion, i supo despertar la animadversion contra ellos en muchos de los espíritus indiferentes.

La espedicion salió de la ciudad en la mañana del 3 de marzo. Sabedor de que Castilla estaba acampado en Gomero, Urízar avanzó hasta este

(18) Carta del jene al Carrera a O'Higgins.—Concepcion, enero 26 de 1813. Mss.

punto, a donde llegó a las diez de la noche. El enemigo, en número de 200 hombres, estaba en completo descuido, sin sospechar siquiera la proximidad de los patriotas: bastaba solo presentarse de sorpresa para concluir definitivamente con él. Este era el deber de Urízar; para conseguirlo contaba con llegar de noche a Gomero a fin de no ser visto hasta el momento de caer sobre los realistas. Sus combinaciones fueron acertadas, pero en el instante en que enfrentó las fogatas del campamento enemigo dió la órden de cargar sobre él al son de cajas, como si quisiese despertar la alarma. Castilla tuvo tiempo de organizar una vigorosa resistencia, no solo para defenderse en sus posiciones sino tambien para tomar la ofensiva con ventaja. Urízar no conocia el terreno como el enemigo, i, en vez de sorprender las fuerzas realistas, se encontró sorprendido i envuelto por ellas en la primera carga. Desde entónces el desórden fué completo: en medio de la oscuridad de la noche, todo era confusion i desconcierto, i por felices se daban los soldados patriotas que podian escapar llevando su armamento. Los muertos pasaron de veinte, entre ellos el capitan de dragones don Juan Estévan Reyes, i los heridos i prisioneros que quedaron en poder de Castilla fueron muchos. Los dos cañones fueron abandonados por sus conductores; i el enemigo tomó posesion de ellos así como de bastantes fusiles, gran cantidad de municion i muchos útiles de guerra (19).

Los patriotas que salvaron de aquella catástrofe

(19) Benavente, *Mem. sob. las prim. camps.*, cap. VIII.

llegaron a Concepcion desordenados i dispersos. Mui pocos entre ellos podian dar cuenta de lo ocurrido en la noche: pero de la relacion de todos se podia sacar en limpio que la division habia sucumbido dejando al enemigo dueño del campo i de un valioso botin.

CAPITULO XII.

I. La junta gubernativa vuelve a Santiago.—II. Cae Talca en poder de los realistas.—III. Creacion de un Director supremo para el gobierno del estado.—IV. Apuráda situacion del coronel Mackenna.—V. Sale O'Higgins en su socorro.—VI. Movimientos de Gainza.—VII. Batalla del Quilo.—VIII. Victoria del Membrillar. —IX. Reunion de Mackenna i O'Higgins.

I. La mision principal de la junta gubernativa a Talca quedó concluida a fines de diciembre de 1813. Entónces ya O'Higgins se habia puesto en marcha para recibirse del mando del ejército, i quedaban en ejecucion las medidas que reclamaban su presencia en aquel punto; pero el gobierno temió siempre por la tranquilidad interior en el cuartel jeneral, i creyó que su proximidad podria evitar males de consideracion.

El ejército, por otra parte, necesitaba socorros i ausilios para ponerse en un regular pié de guerra, i en estado de batirse con las fuerzas realistas que acababan de desembarcar; i a juicio de la junta su permanencia en Talca era de la mayor necesidad para organizar sus recursos i remitirlos sin demora. Sin descuidarse un instante, en efecto, se habia afanado para enviar a O'Higgins los ausilios que con tanta urjencia habia pedido, i si estos no fueron tan

considerables como se necesitaba era porque el gobierno no los poseia. El despacho de la junta gubernativa en los primeros dias de febrero se redujo casi esclusivamente a anunciar a O'Higgins las cantidades de dinero, víveres, vestuarios i armamento que habian salido, o que debian marchar para el ejército.

Estos trabajos, sin embargo, no hicieron borrar del ánimo del gobierno los motivos de temor i desconfianza que le inspiraba Carrera. En su juicio don José Miguel no debia permanecer quieto en Concepcion, i era preciso separarlo de ese punto bajo cualquier pretesto. Con este motivo le nombró, como queda dicho, representante de Chile en Buenos-Aires.

Pocos dias despues de haber estendido este decreto, el 17 de febrero, la junta gubernativa espidió otro concediendo a Carrera la pension de 600 pesos anuales sobre el sueldo efectivo de coronel de caballeria, o "sobre el que en adelante gozare por sus mayores graduaciones." El decreto era mui honroso para don José Miguel: segun él, el gobierno queria premiar de un modo mejor el distinguido mérito que se habia labrado en el tiempo que estuvo al frente del ejército patriota; pero su escasez de recurso no le permitia hacer mas (1).

La junta gubernativa, sin embargo, espidió en esos mismos dias otro decreto, que probaba claramente que los sentimientos que lo dictaron estaban en abierta oposicion con el contenido de aquellos. Por ese decreto, que lleva la fecha de 18 de febre-

(1) Decreto de 17 de febrero de 1814, Mss.

ro, se anulaban las sentencias de destierro pronunciadas contra varios patriotas por las conspiraciones tramadas en los años anteriores para concluir con la prepotencia militar de los Carrera, "no obstante, dice, que conoce (el gobierno) que nunca es el camino lejítimo para evitar los males de esta naturaleza" promover un desórden (2).

Despues de espedir estas providencias, i varias otras de menor importancia, la junta acordó volver a Santiago. En efecto, en la mañana del 1.° de marzo, salió de Talca acompañada por 40 granaderos que debian servirle de escolta, i siguió su marcha con gran lentitud deteniéndose en todos los pueblos de su tránsito, imponiéndose de los ausilios con que podian contribuir al sostenimiento de la guerra, i empeñándose en mantener encendido el espíritu revolucionario.

A su paso por San-Fernando la junta se impuso de hallarse preso en la ciudad el brigadier don Juan José Carrera, de órden del gobernador intendente de Santiago. Temiendo Echeverria turbulencias i trastornos en la capital si llegaba a ella alguno de los hermanos Carrera, i sabiendo que don Juan José habia salido de Concepcion seguido de muchos desertores, comunicó sus órdenes privadas al prefecto de San-Fernando para que lo apresase en su marcha. Efectuólo este, i sin duda la prision del ex-comandante de granaderos habria sido mui larga a no dar la junta gubernativa la órden de ponerlo en libertad (3).

(2) Decreto supremo, etc. inserto en el *Monitor Araucano.*
(3) *Epocas i hechos memorables de Chile.* Ms.

II. El gobierno político i militar de Talca fué confiado al coronel graduado don Cárlos Spano: quedaban a sus órdenes 110 fusileros, 70 soldados de artillería i 30 lanceros de milicias. Tan débil guarnicion no bastaba para defender el pueblo de un ataque que podia mui bien intentar el enemigo; i la junta, que, contra el parecer de Spano, llevó para su escolta 40 granaderos, le dejó el encargo de defender la plaza i ausiliar a la division que mandaba Mackenna, remitiéndole municiones i víveres. Inútil fué que Spano representase la debilidad de sus fuerzas para lograr ambos objetos: la junta no tenia tropas que dejarle, i no quiso volver a Santiago sin la escolta de los 40 granaderos.

Poco despues de haber salido la junta de Talca, llegó un propio de Concepcion trayendo comunicaciones del jeneral en jefe, en que pedia mui encarecidamente el pronto envío de algunas cantidades de dinero, i municiones de guerra para recomenzar la campaña, i una nota del coronel Mackenna dando cuenta del estado de pobreza i apuro en que se hallaba la division de su mando. Segun esta nota, la situacion de aquellas fuerzas era tristísima: el enemigo, en número considerable, estaba acampado a su vista, en Quinchamalí, sin serle posible a Mackenna intentar empresa alguna contra él por su escasez de caballería, i la falta de municiones, víveres, dinero i aquellos medicamentos mas necesarios para el ejército.

En Talca habia entónces municiones en abundancia, i una gruesa suma de dinero, i en Curicó se encontraban 28,000 pesos; pero era sumamente difí-

en el trasporte de aquellos artículos, teniendo que atravesar un territorio ocupado por partidas enemigas, i tanto mas cuanto que Spano tenia a sus órdenes mui pocos hombres de que disponer. Este digno jefe, sin embargo, creyó de su deber esponerse a un sacrificio casi seguro por reforzar al ménos a la division del Membrillar, ya que no le era posible hacer llegar los ausilios hasta el cuartel jeneral. Con este objeto organizó una escolta de 200 hombres, aunque compuesta en gran parte de milicianos lanceros, que salió de Talca en la tarde del 3 de marzo a las órdenes del comandante accidental de granaderos don Juan Rafael Bascuñan, conduciendo 34,000 pesos, cuatro cargas de pólvora, cuatro de balas de fusil, algunas medicinas i trescientos caballos (4).

El envio de este ausilio importaba la pérdida segura de la plaza. El mismo dia en que despachó al Membrillar el convoi pedido habian llegado a Talca las primeras noticias de haberse avistado en la orilla sur del Maule algunas cortas partidas enemigas, i de que se reunian en número mas considerable en el pueblo de Linares. Sus intenciones no podian ocultarse a nadie: Talca estaba desguarnecida i podia ser ocupada mui fácilmente por los realistas.

El primer cuidado de Spano al saber esta noticia fué despachar al teniente coronel de caballería don Manuel Serrano al mando de algunas partidas con el cargo de vijilar los movimientos del enemigo en

(4) Nota de Spano a la junta gubernativa. Marzo 3 de 1814. Ms.

las orillas del rio; pero los oficiales subalternos de este abandonaron sus puestos en la noche, i el enemigo, en número de mas de 300 hombres a las órdenes del atrevido comandante Elorreaga, lo cruzó sin obstáculo alguno por el paso de Paredones, i fué a situarse a las inmediaciones de Talca. Desde allí despachó un parlamentario a intimar rendicion; en su oficio Elorreaga fijaba solo un cuarto de hora para que resolviese el gobernador i el cabildo lo que debian hacer, i amenazaba con pasar a cuchillo la guarnicion si se le oponia la menor resistencia.

Las circunstancias de Spano no eran para resistir muchas horas al enemigo; pero, deseando ganar tiempo, contestó su oficio manifestándose dispuesto a entregar la plaza despues de una honrosa capitulacion (5). En el mismo momento hizo salir al teniente coronel don Feliciano Letelier con el encargo de alcanzar a Bascuñan, que en esa noche habia pasado el Maule, para que volviese con sus fuerzas a engrosar la guarnicion de Talca, i despachó un propio a alcanzar a la junta gubernativa, que debia estar en San-Fernando, para que hiciese volver la escolta de cuarenta granaderos que la acompañaba.

El activo Elorreaga no quiso aguardar nada: el jeneral Gainza tenia noticias ciertas del pobre estado de la plaza, i algunos de sus vecinos estaban dispuestos a segundar el ataque. Las partidas realistas avanzaron hasta los suburbios de la ciudad, i sin

(5) Intimacion de Elorreaga.—Marzo 4 de 1814.—Contestacion de Spano. Mss.

duda habrian penetrado fácilmente si Spano no hubiese tomado ciertas providencias militares para oponerles algun atajo. Del mejor modo que le permitia el cortísimo tiempo de que podia disponer, atrincheró la plaza del pueblo, colocó los tres cañones que poseia en tres de sus esquinas para atender a la vez a seis bocas calles, i se dispuso a resistir firmemente hasta que le llegasen los ausilios que esperaba.

La resistencia, en efecto, fué heroica: el teniente de artilleria don Márcos Gamero i el mismo Spano hicieron prodijios de valor en la defensa de la plaza. Confiados en que podrian resistir hasta la vuelta de Bascuñan, que debia llegar en la tarde, no economizaron sacrificio alguno para resistir hasta esa hora : pero por desgracia los enemigos fueron favorecidos por algunos vecinos de la ciudad, i penetraron con su ayuda por el interior de las casas. Desde los balcones i ventanas dirijian un mortífero fuego sobre los patriotas, que estos contestaban del mejor modo que les era posible. Una partida, que ocupó la casa de don Vicente Cruz, hizo grandes estragos en la fuerza de artilleria, i dió muerte al bizarro teniente Gamero, que no habia cesado de organizar la defensa.

Desde entónces quedó despejado el camino que debia andar Elorreaga. Sus soldados penetraron hasta la misma plaza, batiendo las últimas partidas que resistian, i apresando a los reclutas indefensos. Algunos de ellos se adelantaron a tomar el estandarte tricolor que servia de enseña a la division, i como Spano quisiese defenderlo cayó con él cubier-

to de heridas, i espiró en el acto. Elorreaga se posesionó entónces de la ciudad sin trabajo alguno, i desde luego dictó todas las providencias necesarias para impedir el saqueo.

Bascuñan, entre tanto, al saber la apurada situacion de Spano, repasó el Maule apresuradamente, a fin de llegar a tiempo para ausiliarlo. Temiendo que el enemigo pudiese sorprender los caudales que conducia al Membrillar, los confió a una escolta mandada por el alferez Rivera, con órden de seguir para el norte por el camino de la costa, miéntras él mismo marchaba a ocupar una altura al norte del estero Larqui, para llamar la atencion de los realistas hácia este punto. Allí supo que Talca acababa de caer en poder de Elorreaga; i una gruesa partida de las fuerzas de este fué a atacarlo en aquella posicion. Bascuñan se defendió con valor por mas de tres cuartos de hora, quedando dueño del campo; pero al oscurecerse, cuando el enemigo volvia a Talca, él siguió su marcha para Santiago, i fué a amanecer en la Ovejeria de Cruz. Su objeto principal era engrosar sus fuerzas, i volver nuevamente contra Talca, que queria quitar al enemigo (6).

III. La junta gubernativa se hallaba todavia en el camino, en marcha para la capital, cuando recibió la noticia de la ocupacion de Talca por las fuerzas realistas; i a fin de evitar la desfavorable impresion que debia producir, dió sus órdenes terminantes para impedir que se divulgase en Santiago. En efecto nada se supo de pronto: la junta hizo su solemne

(6) Suplemento al *Diario* del capitan Garcia. Mss.

entrada el dia 6 de marzo en medio de las celebraciones públicas que habia decretado el gobernador intendente para su recepcion; i nadie se dió por apercibido de las tristes ocurrencias del teatro de la guerra, ni del atrevido paso que acababa de dar el enemigo cruzando el rio Maule, i posesionándose de un punto tan importante.

En aquella noche la junta recibió de las personas mas caracterizadas de Santiago las felicitaciones i plácemes por el feliz resultado de su viaje al sur: la concurrencia de palacio era mui numerosa, i por todas partes se hablaba únicamente de la próxima conclusion de la campaña. No faltó sin embargo quien diese cuenta de la importante ventaja que acababa de obtener el enemigo; i, a pesar del secreto con que se trataba sobre el particular, se estendió en breve la noticia con comentarios alarmantes. Al retirarse del palacio, todos los concurrentes estaban informados de la pérdida de Talca, i se alejaban abatidos por tan triste nueva.

Algunos patriotas con todo creyeron que no era llegado el caso de desesperar: eran estos, en su mayor parte, los exaltados de 1811, los cuales acusaban a la junta de lenta e irresoluta en sus determinaciones, atribuyéndole a ella las desgracias del ejército. Muchos de estos se reunieron en la misma noche a tratar del remedio que debia ponerse a males de tanta consideracion, i todos acordaron que era preciso juntar al pueblo en un cabildo abierto, para acordar allí las medidas que debia tomarse. El Dr. don Bernardo Vera, los Allendes, los Astorga, los Formas i varias otras personas fueron encar-

gadas de reunir en la mañana siguiente a lo mas selecto del vecindario de Santiago en la plaza principal.

La reunion, en efecto, fué mui numerosa: la plaza se cubrió de grupos compuestos de personas decentes, i en todos ellos reinaba buen órden i bastante moderacion. De su seno salió don Mariano Vidal, arjentino de nacimiento, con encargo de pasar a la sala de cabildo a esponer los deseos que tenia pueblo de ser oido para acordar las medidas que fuesen mas conducentes a la salvacion de la patria amenazada. El ayuntamiento acojió con agrado la solicitud del pueblo, i el cabildo abierto quedó instalado ántes de una hora.

El rejidor don Antonio José de Irisarri fué el primero que tomó la palabra. En un breve pero enérjico discurso trazó a grandes razgos el verdadero cuadro de la situacion, i ofreció el remedio que divisaba. Segun él la capital estaba abierta al ejército enemigo, no habiendo en ella fuerzas organizadas con que defenderla, i no siéndoles posible a O'Higgins i Mackenna moverse de sus acantonamientos con toda la presteza que las circunstancias reclamaban. Espuso entónces que la mas urjente de todas las necesidades era la de crear un gobierno fuerte, vigoroso, enérjico i con todas las facultades absolutas que se daban en Roma a los dictadores en las estremas crísis de la república: que este gobierno debia residir en una sola persona, i no en dos, ni en tres, porque todo el tiempo que se empleaba en deliberar i en concordar pareceres lo aprovechaba el enemigo que venia marchando sin encontrar

oposicion: hizo ver que los patriotas de Santiago estaban rodeados de vecinos que eran espias del enemigo i sus consejeros, e interesados en el triunfo de los realistas; i que sin separar de la capital estos enemigos domésticos, no era posible triunfar del ejército español. De allí pasó Irisarri a proponer al coronel don Francisco Lastra como el hombre que las circunstancias requerian para el nuevo gobierno.

Su discurso fué mui bien acojido por toda la concurrencia; i casi sin oposicion alguna en el mismo instante se proclamó a Lastra supremo director del estado de Chile. Don Mariano Vidal, que habló despues, trató de probar la importancia de la actividad en aquellos momentos, i propuso que se nombrase un director interino, que sirviese miéntras venia Lastra de Valparaiso, e indicó al mismo Irisarri para el desempeño de este cargo, como hombre de enerjía i decision. Esta proposicion fué igualmente aceptada por el pueblo; i en la acta de la reunion se acordó que sin perder instantes se recibiese del mando Irisarri, "a quien los actuales gobernantes, decia aquel documento, noticiaran puntualmente de todas las medidas que hayan tomado, i órdenes impartidas al ejército."

A todo se prestó la junta gubernativa. Sus miembros se habian conducido siempre como verdaderos patriotas, sin ambiciones ni interes. En el tiempo de su mando habian hecho cuanto estaba a sus alcances en favor de la revolucion sin abrigar miras mezquinas, ni deseos de elevacion personal; i no habrian querido conservar el mando contra la opi-

nion popular, tan claramente espresada en el cabildo abierto. Ellos mismos conocian mui bien los inconvenientes de esos cuerpos gubernativos, i las ventajas del poder unipersonal para conducir la guerra con toda la actividad necesaria. Sin vacilar un solo momento estendieron el decreto supremo por el cual mandaba reconocer la autoridad del nuevo gobierno, creado por la voluntad popular (6).

Desde entónces quedó reconocido el nuevo gobierno del estado. Sus facultades, deslindadas en un reglamento constitucional, que se formó por encargo del cabildo i del senado, eran amplísimas e ilimitadas para casi todos los asuntos públicos. El tiempo de su gobierno debia durar diez i ocho meses, i tenia por consejero un senado consultativo, compuesto de siete miembros, elejidos de una terna que debian presentar las corporaciones (7).

El gobierno unipersonal era sin duda una ventaja para la revolucion. Depositada la autoridad suprema en un solo individuo, este podia conducir los negocios públicos con resolucion i firmeza, i prestar a la guerra toda la atencion que ella merecia. Irisarri habia subido al poder animado por el mas ferviente deseo de dar impulso a la revolucion, i hasta sus mas insignificantes providencias llevaban el sello de la enerjia i voluntad. Ninguno de los gobiernos que se sucedieron desde 1810 habia trabajado mas

(6) Nota del cabildo de marzo 7.—Decreto de la junta id. id.—Manifiesto del supremo director de marzo 8.—Noticias comunicadas por el señor don Antonio José de Irisarri.

(7) Este senado fué elejido por Lastra el 17 de marzo de 1813, i se compuso del Dr. don José Antonio Errázuriz, don José Ignacio Cienfuegos, el padre Camilo Enriquez, don José Miguel Infante, don Manuel Salas, Dr. don Gabriel Tocornal i don Francisco Ramon Vicuña.

claramente en favor de la independencia, i ninguno de todos ellos tuvo mejor tino para sacar del pais pobre i esquilmado cuantiosos recursos para proseguir la campaña con mas probabilidades de acierto. Fué en el corto tiempo que duró el interinato de Irisarri, cuando se removió de sus empleos a todos los españoles de nacimiento que aun no estaban en posesion de la carta de ciudadania ; i fué tambien entónces cuando se organizó una gruesa division para rescatar la ciudad de Talca.

IV. El ejército necesitaba de este ausilio. El enemigo habia pasado el caudaloso Maule, establecido posesiones a ochenta leguas de la capital, i cortado las comunicaciones entre Santiago i los jenerales insurjentes, miéntras estos no podian moverse de los puntos que ocupaban.

O'Higgins, en efecto, falto de dinero, caballos i víveres, tocaba los últimos recursos para poner en buen órden las fuerzas de su mando, en los mismos momentos en que Mackenna se hallaba sitiado en sus posiciones por tropas mui superiores a las suyas. La comunicacion de este con el cuartel jeneral era mui dificultosa, sus víveres escasos, i los proveedores que ántes solian acercarse con bastante frecuencia al campamento a vender sus ganados comenzaron a alejarse; i los pocos que se presentaban eran, segun creian los oficiales, espias del enemigo. Las escaramuzas con las fuerzas realistas no habian cesado : casi todos los dias se movian algunas partidas, que si bien no eran destrozadas por el enemigo, estaban obligadas a consumir inútilmente sus municiones. En tan angus-

tiada situacion Mackenna trató de mantenerse a la defensiva hasta la llegada de O'Higgins para evitar mayores males; i con este fin aumentó sus fortificaciones con otro reducto que hizo construir al norte de su campamento (8).

O'Higgins en verdad debia salir de Concepcion en su socorro; pero tambien esperimentaba la escasez de recursos i de medios de movilidad. Su ejército, mal vestido i mal pagado, no estaba en situacion de emprender la campaña: la junta por una parte no habia podido remitirle desde mediados de marzo los recursos necesarios, temiendo que fuesen sorprendidos sus convoyes por las partidas enemigas, i una desgracia de tristísimas consecuencias, la pérdida de 400 caballos, por otra, lo imposibilitaba para moverse de Concepcion. Pastaban estos en la hacienda de Hualpen, al poniente de la ciudad en las orillas del Bio-bio, custodiados por una partida de dragones; pero una noche pasó este rio el gobernador de San-Pedro, don Antonio Quintanilla, a la cabeza de sus tropas, i aprovechándose del descuido de los patriotas, que habian abandonado sus puestos, arrearon con los caballos, llevándose en calidad de prisioneros a un sarjento i dos soldados, que quisieron oponer alguna resistencia.

En la division del centro se recibió la noticia de este suceso junto con la de quedar ocupada Talca por las fuerzas enemigas. El desaliento que ambas ocurrencias produjeron en la oficialidad del Membrillar fué grande. Mackenna mismo, tan resuelto i

(8) Diario del capitan don Nicolas Garcia. Mss.

decidido de ordinario, creyó ahora de su deber celebrar inmediatamente una junta de guerra, para acordar lo que fuese mas prudente en aquellas circunstancias. Tuvo lugar esta el 7 de marzo, i en ella se trató de abandonar por la noche el campamento, i de seguir a Santiago tomando camino por la sierra. El coronel Balcarce, que propuso esta medida, intentó probar que la pérdida de la division era segura e inevitable, puesto que no podia ser reforzada por ninguna parte, i que ya no era posible comunicarse con el jeneral en jefe. Su parecer fué aprobado por muchos otros oficiales, i quizá la mayor parte se habria decidido a seguir su consejo, a no levantarse el capitan de artilleros don Nicolas Garcia para combatirlo. Espuso este que el proyecto era irrealizable por las dificultades sin términos que debia encontrar la division para moverse; i con una enerjia superior agregó que ese pensamiento era altamente indecoroso para las armas chilenas si se dejaban sacrificadas las fuerzas de Concepcion, lo que equivalia a la ruina segura de la patria. "Es necesario mantener la division en el Membrillar, dijo con este motivo, hasta no tener noticias mui exactas del estado del cuartel jeneral: debemos enviar diversos avisos al jeneral en jefe; pero nuestro deber nos manda mantenernos aquí."

El coronel Mackenna aplaudió este parecer: tambien él creia que era mui deshonroso para la division el abandono de las posiciones del Membrillar, i que era preciso esperar allí la llegada de O'Higgins; pero quiso conciliar el parecer de todos los jefes, i para esto propuso que se esperase en ellas

ocho dias mas al ejército de Concepcion, ofreciendo desampararlas si este no venia o si no llegaban noticias del cuartel jeneral. Desde entónces se tomaron las mas activas providencias para defender el campamento: se preparó en su ajuste un enorme mortero, se aumentaron las fortificaciones i se repartió entre ellas la fuerzas de la division.

Todas estas providencias, sin embargo, no alcanzaron a mejorar la situacion de Mackenna. Acaeció por desgracia que en uno de esos dias se llevó el enemigo los caballos de la division, que pastaban en las inmediaciones: los jefes pidieron de nuevo que se abandonase el campamento, i sin la sagacidad de Mackenna para pedir plazo sobre plazo a fin de alargar su permanencia en aquel punto, quizá se habrian hecho sentir los efectos del desaliento (9).

Sus cartas al jeneral en jefe, escritas en ingles, manifestaban claramente la inquietud de que se hallaba poseido su espíritu en aquellas circunstancias. En ellas Mackenna pedia encarecidamente a O'Higgins que marchase cuanto ántes en su ausilio, para salvar la division de su mando i tomar la ofensiva sobre el enemigo. Usando de la franqueza de un amigo sincero, lo declaraba paladinamente responsable ante la patria por su tardanza para socorrerlo. El jefe del Membrillar no sabia que miéntras él se espresaba así, el jeneral, venciendo una infinidad de obstáculos, marchaba en su ausilio.

V. O'Higgins, en efecto, no era culpable por su inaccion. Falto de medios de movimiento, él habia

(9) Diario del capitan Garcia. Mss.

trabajado sin cesar a fin de ponerse en marcha para el Membrillar. Solo el 12 de marzo empezaron a salir las tropas de su mando, i fueron a acampar en el Troncon, a tres o cuatro leguas del cuartel jeneral. "El ejército, dice un diario del mayor jeneral de esa division, estaba desnudo, las armas en mui mal estado, sin plata, víveres, ni ausilios, escaso de todo, i la tierra que pisábamos era enemiga, porque la poseia el godo: asi era que nos armábamos con las bayonetas, marchábamos con cuanto pillábamos, i se amanzaban yeguas, potros i hasta burros para montar la tropa (10)." La division no arreaba ganado vacuno porque no lo poseia; pero llevaba para el rancho de los soldados grandes cantidades de ovejas, que daban mil afanes en el paso de cada riachuelo.

Disponiase O'Higgins para salir a la cabeza de su ejército en la mañana del 14, cuando recibió una triste noticia. El comandante de la plaza de Penco don José Ramon Torres, seguido de la guarnicion, habia desertado en la noche anterior, dejando el pueblo abierto e indefenso. Sin duda esta noticia era un funesto presajio sobre la suerte de las posiciones que el jeneral dejaba a sus espaldas; pero sin arredrarlo esta consideracion despachó a Penco al teniente don Lúcas Melo al mando de 20 hombres, con encargo de guarnecerlo; i para la defensa de Concepcion formó una junta de gobierno compuesta de los tenientes coroneles don Santiago Fernandez,

(10) Diario del mayor jeneral Calderon de la primera campaña de 1814. Mss.

don Juan de Luna i don Diego José Benavente. Dejó a estos, ciento cincuenta fusileros i sesenta milicianos de caballeria, con encargo de mantener la plaza hasta el último trance, i de remitirle ausilios de municiones si podian procurarse.

Todo quedó pronto en el Troncon para romper la marcha al amanecer del dia 15; pero desgraciadamente nuevos tropiezos vinieron a retardarla por algunas horas mas, cuando tanto importaba no perder un solo minuto. Un arriero que cargaba municiones de guerra desertó del campamento en la noche llevándose quince mulas, i fué necesario pedir otras tantas a Concepcion para poder empezar la marcha. Se emprendió esta, en efecto, en la mañana del 16: entónces se movió la vanguardia mandada por el coronel don Juan de Dios Puga, i fué a acampar a Dihueno; pero O'Higgins solo salió del Troncon el dia 17, despues de tocar "todos los resortes de la miseria;" segun dice el diario citado. "Solo a esfuerzos de este gran jeneral (O'Higgins), agrega mas adelante este mismo documento, pudo haberse dado impulso a la marcha; nada llevábamos, i todo iba a la espartana. Cuando ya íbamos a hacer que marchasen las municiones se incendió una carga. En este dia llegamos a Curapaligüe, i allí el virtuoso patriota Guajardo dió al jeneral algunas reces que nos sirvieron infinito, porque este ejército va mantenido por la divina providencia (11)."

VI. Venciendo tantas dificultades se acercó el

(11) Diario del mayor jeneral Caledron. Mss.

ejército a las alturas de Ranquil en la mañana del 19. Los espias avisaron que las lomas del Quilo, que era forzoso atravesar, estaban ocupadas por fuertes partidas realistas, dispuestas al parecer a impedir el paso a los patriotas. Al oir esta noticia O'Higgins se adelantó a su tropa, para reconocer las posiciones del enemigo i en breve rato volvió a su campo resuelto a atacarlas inmediatamente.

Gainza en efecto habia concebido el plan de batir en detall al ejército insurjente, cuando los dos cuerpos que lo formaban, estaban separados por el caudaloso Itata i la montañosa porcion del territorio que se estiende desde Concepcion hasta las orillas de este rio. Con este proyecto habia estrechado con la mayor parte del ejército al coronel Mackenna en el Membrillar, pero el jefe realista dejó pasar el tiempo sin emprender un ataque contra fuerzas tan inferiores a las suyas.

En esta inmovilidad pasó Gainza hasta mediados de marzo. Supo entónces que O'Higgins salia de Concepcion; pero temió que en vez de ausiliar a Mackenna como era de esperarse, marchase sobre Chillan, i se posesionase fácilmente de la plaza. Para evitar este golpe el jeneral realista repasó el el Itata el 16 de marzo, se acampó en la ribera meridional de este rio, i mandó a las órdenes del comandante Barañao una division de 400 hombres a ocupar las alturas del Quilo, posicion ventajosa por donde O'Higgins debia pasar para socorrer a Mackenna i para dirijirse a Chillan.

El activo Barañao en efecto, se colocó en aquel sitio en la tarde del 18 de marzo. En ese punto pe-

dia sostenerse a la defensiva contra tropas superiores a las suyas; pero sus fuerzas no bastaban para rechazar a la division de O'Higgins, qué segun las noticias que recibió en la noche, se hallaba mui inmediata a sus posiciones. Con este motivo, inmediatamente pidió a Gainza un refuerzo de tropas, i se dispuso a mantenerse firme en aquel punto. Sea por desconfianza en el plan que acababa de adoptar, o porque creyese que bastaban las tropas de Barañao para resistir a O'Higgins, el jeneral realista se mantuvo impasible i no reforzó su division avanzada (12).

VII. Las alturas del Quilo se veian a la distancia coronadas de tropas que parecian dispuestas a resistir todo ataque. No era posible conocer el número; pero las ventajosas posiciones que ocupaban favorecian mucho a los realistas, por débiles que fuesen. Estas consideraciones, sin embargo, no obligaron a O'Higgins a suspender su marcha. Hizo salir al comandante don José María Benavente al mando de varias guerrillas sueltas de tiradores de a caballo, sacados del cuerpo de dragones i de la Granguardia, los cuales podian servir como infantes; i las reforzó con 40 granaderos a las órdenes del teniente don Pablo Vargas. Estas avanzaron fácilmente por entre los bosques de las inmediaciones hasta llegar a la falda de la loma: allí echaron pié a tierra i acometieron a los realistas con gran denuedo, contestando sus fuegos, i batiéndose con tanto arrojo que ántes de tres horas el enemigo ha-

(12) Conversacion con don Manuel Barañao.

bia abandonado sus posiciones dejando en el campo algunos prisioneros i no pocos muertos. Los insurjentes los incomodaron bastante en su retirada, pero sus enemigos se replegaron sobre otra loma que ocupaba otra division realista, dejando paso libre a las tropas patriotas (13).

O'Higgins no se habia quedado atras miéntras se batian sus guerrillas. A la cabeza del grueso de su division habia avanzado hasta acampar en las alturas del Quilo, que ocupaba el enemigo; i desde allí pudo dominar con su vista todos los campos de las inmediaciones, i divisar las fuerzas del Membrillar. Para anunciar a esta su arribo mandó disparar tres cañonazos que fueron contestados inmediatamente.

Las dos divisiones del ejército insurjente se encontraban entónces separadas por una distancia de cinco leguas de mal camino, ocupado en su mayor parte por el grueso de las fuerzas de Gainza, que no era posible atravezar en las pocas horas que quedaban de dia. O'Higgins creyó que debia quedarse en el Quilo, puesto que el movimiento que hiciese para incorporarse a Mackenna, podia costarle una derrota inevitable. Con este motivo se resolvió a acampar allí mismo i ocupó dos lomas, desde las cuales podia defender fácilmente su division si se le atacaba en la noche.

VIII. Grande fué el contento que causó en el Membrillar el arribo de la division de O'Higgins. La vista de las fuerzas que marchaban en su ausi-

(13) Diario de Calderon. Mss.—Parte de O'Higgins. Ranquil marzo 19 de 1814.

lio alentó a los soldados de Mackenna, i despertó por todas partes el entusiasmo desfalleciente ya a causa de las últimas ocurrencias.

Desde el momento en que este jefe vió a O'Higgins en las alturas de Ranquil aprontó una division de 450 fusileros i tres piezas de artilleria para marchar sobre la retaguardia de Gainza, si este emprendia un ataque jeneral contra las fuerzas que venian de Concepcion. Pero nada de esto sucedió: el jefe realista, viendo frustrado su plan de impedir el paso a O'Higgins, únicamente habia proyectado un ataque al oscurecerse, de que desistió ántes de intentarlo (14).

La derrota de su vanguardia en las alturas del Quilo, bastó en efecto para desconcertar completamente al jeneral Gainza. Por ella O'Higgins habia acampado en las ventajosas posiciones en que él colocó sus tropas, burlando sus previsiones i desbaratando su plan de campaña. Desde entónces la situacion de los realistas era mui desfavorable, puesto que se hallaban colocados entre dos fuertes divisiones mandadas ambas por jefes cuyo valor i cuya táctica estaban probados.

Gainza, que no habia sabido aprovecharse de las circunstancias, conoció ahora mui bien la desventajosa posicion en que lo habia puesto su falta de enerjía. En su juicio solo un movimiento rápido podia salvarlo de verse en la mañana siguiente colocado entre dos fuegos, i atacado por las divisiones que tenia a su frente i a su espalda, i para evitarlo se

(14) Ballesteros, *Rev., etc.* año de 1814. Mss.

movió ocultamente en la noche, dejando solo algunas guerrillas en observacion de O'Higgins, con encargo de engañarlo por medio de evoluciones falsas, miéntras el comandante Lantaño, a la cabeza de una considerable partida de caballeria, se colocaba en frente de la division del Membrillar. Con el resto de su ejército, Gainza, ántes de amanecer del dia 20, repasó los rios Itata i Ñuble un poco mas arriba de su confluencia, i fué a acampar en las casas de Muñoz.

O'Higgins i Mackenna conocieron al venir el dia que Gainza habia dejado sus posiciones; pero uno i otro calcularon que era menester moverse con mucha precaucion para evitar una sorpresa. El jeneral en jefe hizo reconocer el campo por sus partidas esploradoras, i estas le avisaron que se hallaba una division realista asilada en las casas de Baso, en el camino que debía andar para reunirse con Mackenna. Al saber esta noticia el mismo O'Higgins salió en su persecucion con dos piezas de campaña, 120 dragones i 200 granaderos; pero los realistas abandonaron su posicion en precipitada fuga, ántes que el jefe insurjente los atacase.

Mackenna por su parte no se descuidó un instante en observar los movimientos de Lantaño, de quien solo estaba separado por el rio, esperando descubrir por ellos las intenciones del jeneral Gainza. Estos fueron mui variados, i solo a la una del dia su columna, comenzó a replegarse rápidamente sobre las orillas del Itata. Pocos momentos despues pasaron este rio, dirijiéndose al parecer a Cuchacucha.

En vista de este movimiento el coronel Mackenna creyó que iba a ser atacado por Gainza en ese mismo dia. Inmediatamente dió órden de recojer el ganado; i a las tres de la tarde despachó una partida de infanteria con encargo de favorecer esta operacion, sin adelantarse mas allá de una viña en que pastaban sus animales. Un arrojo inconsiderado impulsó al jefe que la mandaba a avanzar hasta una altura o colina inmediata al vado por donde pasaban los enemigos.

En esos momentos Gainza dictaba las órdenes necesarias para comenzar el ataque; pero el coronel Lantaño, cuyos soldados estaban desprovistos de municiones, no pudo contenerse de cargar a la partida insurjente, que divisaba en el interior de la viña antedicha. Sin respetar las voces del jeneral, que se oponia a aquel ataque, Lantaño cargó contra los insurjentes obligándolos a retirarse precipitadamente a sus posiciones, i sin duda los habria cortado a no despachar Mackenna en su ausilio una corta division protejida por la artilleria.

Las fuerzas patriotas ocupaban mui ventajosas posiciones para querer batirse fuera de ellas. La ciencia principal de su jefe era la de acampar bien; i ahora habia sabido aprovecharse de su permanencia en el Membrillar para situarse con toda seguridad. La division poseia tres reductos colocados sobre otras tantas colinas, separadas entre sí a ménos de tiro de fusil: dos profundas quebradas en que estaban situados el hospital i los ganados hacian mui difícil el ataque por el frente i los flancos. Los reductos de derecha e izquierda estaban un poco

mas avanzados hácia el norte, i por tanto en estado de hacer fuegos cruzados de flanco sobre el enemigo que osase atacar al reducto del centro. Nada habia que temer por la espalda: el caudaloso Itata tiene allí por ribera una escarpada cortatura que hace imposible el acceso.

Sea que el jeneral enemigo no considerase las ventajas de los patriotas, o, como dice un escritor contemporáneo que sus soldados no respetasen sus órdenes (15), las tropas avanzaron con arrojo singular por una quebrada, i su vanguardia, que llevaba el estandarte real, vino a salir al pié de la loma. Desde allí comenzó a subirla a toda carrera para echarse sobre el reducto del fondo: los fuegos cruzados de artilleria i los de fusil del reducto de la izquierda, a cuya inmediacion tenian que desfilar los realistas, no alcanzaron a intimidarlos. Sin embargo, muchos soldados de las otras divisiones, al ver la considerable pérdida que sufria la vanguardia, volvieron la espalda; pero una division de mas de 400 hombres, a cuya cabeza marchaba el atrevido comandante Barañao, avanzó denodadamente, i se acercó al reducto del centro con intenciones de posesionarse de él. En aquellas circunstancias, Mackenna creyó que solo un movimiento audaz podia salvarlo, i no vaciló un instante en dar la órden de hacer una salida de las trincheras. Apartó con este objeto 60 ausiliares de Buenos-Aires, mandados por el coronel Balcarce, 80 voluntarios de la patria a las órdenes del capitan don Hilario Vial, la guerrilla de Bueras i 60

(15) Ballesteros, *Rev., etc., et.*, año de 1814. Mss.

milicianos de lanza de Rancagua, a cuyo frente marchó su comandante don Agustin Almanza. Ellos cargaron denodadamente a la bayoneta, haciendo un estrago formidable en las filas enemigas, i la pusieron en precipitada fuga, despues de una cortísima resistencia que costó la vida al valeroso Almanza.

Batida la primera division realista, Balcarce volvió a las trincheras trayendo consigo fusiles, sables i otros despojos : pero el enemigo no habia sufrido tanto que sus destrozos arredrasen a sus jefes de dar la órden de una carga jeneral. Alentado por varios oficiales de elevada graduacion, avanzó con cuatro piezas de artilleria, i si bien le faltó la resolucion para cargar a la bayoneta a los reductos de Mackenna, tuvo bastante sangre fria para mantenerse a tiro de pistola de las fuerzas patriotas, sufriendo un fuego vivísimo de metralla que vomitaban seis cañones, i el de 700 fusileros bien atrincherados. La accion se hizo entónces jeneral ; i el fuego fué tan tenaz que se sostuvo por mas de cuatro horas sin descanso alguno. El enemigo intentó posesionarse por el flanco del reducto de la derecha, i aun avanzó dos veces con este objeto ; pero sus columnas volvian desordenadas, asi que avanzaban hasta la distancia de ocho pasos, rotas por el fuego de la trinchera.

El coronel Mackenna, apesar de estas ventajas, temió que el reducto fuese tomado si no se le ausiliaba. Con este motivo él mismo pasó al reducto del centro, que defendia Balcarce, i llevó 50 infantes para defenderlo contra los ataques de los realistas. Para

reforzar mas ese punto, que era por donde cargaba con mayor fuerza el enemigo, mandó Balcarce una culebrina de a 8: en esos momentos los realistas habian abocado tres piezas contra el reducto amenazado; pero sus fuegos eran vigorosamente contestados por los fusileros insurjentes que peleaban detras de sus trincheras.

La accion, sin embargo, duró en toda su fuerza hasta despues de oscurecerse: entónces comenzó a caer una fuerte lluvia, que si bien no mitigó el ardor de los combatientes inutilizó en parte sus municiones. El reducto de la izquierda fué el primero en suspender sus fuegos: "se ignora con que motivo lo hizo media hora ántes de terminar la accion, dice el diario de un oficial de artilleria que servia en el centro, pudiendo ofender al enemigo por el flanco, pues el mucho fuego i la lluvia nos habian inutilizado la mayor parte de nuestros fusiles, i era preciso contestar por la izquierda a sus tres cañones, i por la derecha a las partidas que se aproximaban a ménos de tiro de piedra. En lo árduo de la accion, por desgracia, se nos clavó un cañon de a 4, al introducir la aguja en el oido, pero en cambio al enemigo les desmontó otro nuestra culebrina." Este infortunio, junto con la dispersion que producian la oscuridad de la noche, la lluvia, la fatiga i el cansancio consiguiente a tan obstinado combate, obligó a retirarse a los realistas que ocupaban la izquierda: una partida considerable, que se habia avanzado mas arriba de la loma, por el lado de la derecha, se movió en breve en fuga precipitada. Por toda la línea se estendió la voz de retirarse a Cu-

cha-cucha; i los soldados i jefes, sin preguntar quien daba la órden, siguieron tras de la primera partida que dejó el campo.

Los realistas fugaron en completo desórden. Emprendieron su marcha por los campos del oriente, pero dispersos i amilanados corrian sin direccion fija, sin oir la voz de los jefes ni respetar la disciplina. El jeneral Gainza, acompañado de su edecan Tirapegui, pasó el resto de la noche al abrigo de un espino, que podia favorecerlo mui poco de la fuerte lluvia que caia, i en inminente riezgo de ser hecho prisionero. "Si un tambor nuestro, dice el diario citado, hubiese salido tocando ataque, las pérdidas del enemigo habrian sido incalculables: habia dejado abandonada su artilleria en una quebrada a una milla del campamento, i su dispersion fué excesiva." "No se le persiguió en su retirada, dice Mackenna, recelando que fuese finjida para sacarnos de las trincheras i maniobrar en emboscadas, como le permitia lo quebrado del terreno, sobre todo la estrema oscuridad de la noche ocasionada por un furioso temporal de agua i viento que principió al concluir la accion." En la mañana siguiente los patriotas recojieron del campo de batalla 38 fusiles, 2,000 cartuchos, un armon, una cureña, i algunos otros pertrechos de guerra.

Apesar de esto la victoria fué mui importante: Mackenna supo poner en derrota a un enemigo poderoso i hacer grandes estragos en sus filas con mui poca pérdida por parte suya. Segun documentos fidedignos solo perdió ocho hombres en la accion, entre ellos el comandante Almanza i el ayu-

dante mayor de granaderos don Claudio José Cáceres; i despues de tan reñido combate solo resultaron heridos diez i ocho hombres. El mismo coronel Mackenna fué de este número: una bala de fusil le rasmilló lijeramente la garganta, en los momentos en que con mayor vigor disponia la resistencia (16).

IX. Tan luego como se hubo retirado el enemigo Makenna se ocupó en reparar los daños que habian sufrido sus trincheras i en prepararse para resistir un nuevo choque si volvia a ser atacado. En estos trabajos pasó la noche entera, sin intentar nada contra el enemigo. Antes de amanecer despachó un correo llevando al coronel O'Higgins un papel, escrito en ingles, en que encarecidamente lo llamaba para reunirse cuanto ántes, i operar con todo el ejército en un solo cuerpo. "El camino hasta este lugar, decia Mackenna en él, está libre de enemigos. Le suplico que venga hoi, i con su union tocarán a su fin las calamidades de la patria."

(16) Parte oficial del coronel Mackenna publicado en el *Monitor Araucano* de abril 13 de 1814.—Diario del capitan García. Mss.—Ballesteros, *Revista, etc.* Mss.—El parte de Mackenna, que contiene las mejores noticias sobre la accion, elojia mucho el valor de los insurjentes. Segun él los que mas se distinguieron fueron los siguientes: Los coroneles Balcarce, Alcázar i don Joaquin Guzman. Entre los artilleros, los capitanes García i Zorrilla i el teniente don José Manuel Borgoño.—En granaderos los oficiales don Santiago Bueras i don Francisco Barros, i los sarjentos Carreño i Guerrero. Entre los ausiliares de Buenos-Aires el sarjento mayor Las-Heras, el capitan don Prudencio Vargas, el teniente don Roman Dehesa, los subteniente Aldai i Aldao i el cirujano de ellos don José Martel. En voluntarios los capitanes Vial i Elizalde, los subtenientes Belismelis, San-Cristóval, Millalican i los abanderados Allende i San-Martin.—En el rejimiento de Rancagua que sirvió en la infanteria el comandante Almanza, un hijo de éste, i el capitan don José Antonio Cuevas. En la caballeria el mayor don José B. Videla i el sarjento Francisco Ibañez. Los ayudantes Cáceres, Ceballos i Astorga, i los jefes de caballeria miliciana Achurra, Bravo i Campos se hallan igualmente recomendados.

Tambien O'Higgins esperaba esas mismas ventajas de la reunion del ejército insurjente; pero la lluvia de la noche anterior habia convertido en intransitables fangales las cinco leguas de laderas que tenia que andar i con tamaño contratiempo no le era fácil mover un ejército casi enteramente desmontado ni conducir la artilleria de la division. El tiempo por otra parte no estaba mui sereno, i era de temerse que la lluvia volviese a descargarse con nueva fuerza. Por esta causa O'Higgins se resolvió a quedarse un dia mas en aquel punto esperando, que se secase algo mas el camino para emprender su marcha (16).

En la mañana del 22, cuando apénas amanecia, comenzó a moverse la tropa; pero apesar de la lijereza con que se marchaba la division alcanzó únicamente a colocarse en la noche enfrente del Membrillar, separada de Mackenna por el rio Itata i una distancia de veinte cuadras poco mas o ménos. Al amanecer del siguiente dia O'Higgins mandó hacer una salva de siete cañonazos, para saludar a sus compañeros de armas, que fué contestada por otra de veinte i uno; i, despues de tomar varias providencias para reconocer los campos de las inmediaciones, i mui en particular el camino que dejaba a sus espaldas, él mismo pasó el rio acompañado por el mayor jeneral de su division.

Grande fué el contento que produjo la presencia de O'Higgins en la division del Membrillar. La

(16) Diario de Calderon. Mss.—Diario de Garcia. Mss. Benavente, que critica con aspereza la tardanza de O'Higgins en esta campaña, asienta equivocadamente que se movió el dia 21 de marzo.

reunion de todo el ejército era sin duda el único medio capaz de calmar el desaliento de la tropa, i la presencia del jeneral en jefe i la proximidad de sus fuerzas dejaban conocer claramente que se efectuaba el movimiento deseado. La division, en efecto, pasó el rio en la tarde, i, reunido ya todo el ejército acampó en las lomas del Membrillar, dispuesto a seguir su marcha en la mañana siguiente. Constaba entónces de 1,400 fusileros, 18 piezas de artilleria, i un crecido número de tropas de caballeria veterana i de milicias.

En esa noche se reunieron todos los jefes en junta de guerra para acordar el mejor plan de campaña que debia seguirse. Allí nadie estaba al corriente de los últimos sucesos de la capital, i todos la consideraban inerme e indefensa, espuesta a ser presa de las partidas enemigas que habian cruzado el Maule, i posesionádose de Talca. Con ese movimiento, el ejército insurjente se encontraba incomunicado con Santiago, fuente principal de sus recursos. En la discusion, todos opinaron que era preciso volar en su ausilio, adelantándose a los realistas a fin de interponerse entre éstos i la capital. Solo asi podrian recibir de Santiago los ausilios que necesitaban para proseguir la campaña. El movimiento debia efectuarse con tino para ocultarlo al enemigo.

En virtud de este acuerdo, en la mañana del 24 rompió la marcha el ejército, dividido en tres cuerpos, que mandaban los coroneles Puga, Balcarce i Alcázar. Las partidas esploradoras del enemigo se dejaron ver en las alturas inmediatas ; pero el ejér-

cito insurjente, sin querer atacarlas, siguió adelante i fué acamparse a la loma del Palo, pocas leguas al norte del Membrillar. El jeneral O'Higgins no tenia entónces mas que una sola mira; su único plan era cortar al enemigo, cruzar ántes que él el caudaloso Maule i salvar la capital amenazada.

CAPITULO XIII.

I. Organizacion de una division ausiliar en Santiago.—II. Avanza hasta Quechereguas.—III. Sus primeras evoluciones militares.—IV. Derrota de Cancha-rayada.—V. O'Higgins i Mackenna se dirijen a las orillas del Maule.—VI. Movimientos de ambos ejércitos.—VII. Pasan el rio en una misma noche.—VIII. Accion de los Tres Montes.—IX. Paso del rio Claro.—X. Defensa de las Quechereguas.—XI. Los realistas ocupan a Concepcion.

I. La ocupacion de Talca por las fuerzas realistas era un suceso de mucha trascendencia en la suerte de la guerra. La alarma que ella produjo en Santiago no cesó con el cambio gubernativo : pero, por fortuna, don Antonio José de Irisarri que ocupaba interinamente el cargo de director no se descuidó en preparar una nueva division con que resistir a las avanzadas de los realistas. Sus primeros decretos fueron dirijidos a este objeto, i sus providencias tocaron de lleno todas las dificultades que se presentaron. Felizmente, el 11 de marzo, a los cuatro dias de haber subido al gobierno, pudo anunciar la salida de un cuerpo de 600 infantes, 6 piezas de artilleria servidas por 70 hombres i una division de caballeria miliciana.

Para obtener este resultado, el director interino don Antonio José de Irisarri declaró, por un decre-

to de 10 de marzo, batallon de infanteria de línea al segundo cuerpo del rejimiento de Voluntarios de la patria, i confió su mando al teniente coronel don Fernando Marquez de la Plata. Habia salido este poco ántes para Talca con cien hombres a ausiliar a Spano, i se hallaba detenido en Rancagua, cuando se comenzó a organizar la nueva division. Allí se le juntaron 300 hombres mas del mismo rejimiento i las milicias de infanteria de Aconcagua, a las órdenes de don Fermin Torres. La artilleria debia seguirlos en breve.

Faltaba sin embargo un jefe para la division. La mayor parte de los oficiales de algun conocimiento militar servian en el sur a las órdenes de O'Higgins, i los pocos que habia en la capital no contaban con la confianza del gobierno. Casualmente servia en la artilleria con el grado de teniente coronel un jóven distinguido por su educacion, que se habia hecho notar el dia del cabildo abierto que produjo el último cambio gubernativo.

Este jóven era don Manuel Blanco Encalada, natural de Buenos-Aires, pero hijo de una señora chilena. Habíase educado en España, en el seminario de nobles de Madrid, i en la escuela de marina de la Isla de Leon, i habia servido en su escuadra, i en las fortalezas de Cádiz, cuando este puerto estaba ocupado por las naves francesas. Sus conocimientos militares eran los de un buen oficial de artilleria, i sus servicios le valieron una honrosa medalla. A principios de 1810 pasó por Chile, en viaje para el Perú, a donde iba destinado con el empleo de oficial del apostadero

del Callao: pero temeroso el virrei Abascal de que Blanco estuviese imbuido en las ideas de los revolucionarios de Buenos-Aires i Chile, lo retiró a España en la primera oportunidad. De allí volvió a América en las tropas que debian guarnecer a Montevideo, i durante el sitio de esta plaza, se pasó a los insurjentes que la asediaban, llegó a Buenos-Aires i vino a Chile a juntarse con su familia i a ofrecer sus servicios al gobierno patriota. En Chile obtuvo el grado de teniente-coronel de artilleria i el mando de la tercera division que debia salir en breve a campaña.

II. Llevaba esta por único objeto la reconquista de Talca, i como una empresa de tanta importancia debia acometerse con la mayor prontitud posible, a fin de evitar que el enemigo reforzase la guarnicion de la plaza, todas las órdenes del gobierno iban dirijidas a activar los movimientos de la division. Para alcanzar este resultado, a costa de mil sacrificios se reunieron caballos para toda la tropa, i merced a este arbitrio los voluntarios de Santiago i los milicianos de Aconcagua llegaron en dos dias a San-Fernando, en donde se hallaba el teniente coronel Marquez de la Plata.

En ese mismo pueblo se juntó a la division el comandante don Juan Rafael Bascuñan, que venia de Talca a la cabeza de una columna de 80 granaderos veteranos. Poco despues se agregaron las milicias de caballeria de Colchagua, que mandaba el coronel don Ramon Fórmas, i los cañones que, a las órdenes del teniente don Ramon Picarte, debian servir en la campaña. La division constaba entónces de 670 infantes,

700 milicianos de caballería, i seis piezas de artillería servidas por 70 hombres. Bascuñan tomó el mando en jefe de los primeros, i don Enrique Larenas llegó de Santiago a recibirse de la comandancia jeneral de la caballería.

En la organizacion de estas fuerzas, el director supremo habia vencido dificultades que parecieron insuperables a sus antecesores. Poco ántes la junta gubernativa habia hecho grandes esfuerzos para reclutar tropas i engrosar el ejército, i solo habia podido conseguir pequeñas partidas de 300 hombres. Creyendo que el pais no podia producir un ejército superior al que mandaba O'Higgins, el gobierno escribia a éste, i anteriormente a Carrera, lamentando la escasez de recursos del reino, que no le permitia engrosar su fuerza. Miéntras los jinetes del ejército del sur marchaban con sus monturas al hombro por falta de caballos, la nueva division los tenia en abundancia para todos sus soldados, aun para los de infantería.

La calidad de las tropas por desgracia no correspondia a su equipo. Era compuesta en su mayor parte de reclutas bisoños, i muchos de los veteranos que contaba en sus filas eran desertores o licenciados del ejército del sur. Es cierto que en toda la division reinaba un buen espíritu i un entusiasmo admirables, pero era menester conducirla con mucho tino i prudencia en la campaña, o adiestrarla previamente, i era esto lo que no podia hacerse a causa de la premura del tiempo. Ella, por otra parte, marchaba sin combinacion alguna con el ejército de O'Higgins, con quien naturalmente debia obrar

de acuerdo, i por única instruccion se habia encargado a su jefe que a la mayor brevedad cayese sobre Talca.

Blanco, sin embargo, tardó dos dias mas en llegar a San-Fernando; pero en virtud de sus órdenes salieron del pueblo dos cuerpos de la division con encargo de situarse a orillas del rio Teno, que no debian pasar con motivo alguno. El primero fué en efecto a acamparse en las riberas del Teno, en donde se juntó el coronel de milicias de Curicó don José Antonio Mardones, i por instancias de este jefe, que aseguraba que el enemigo estaba mui retirado, Bascuñan se resolvió a pasarlo, i a ir a situarse en los potreros de la hacienda del mismo coronel Mardones.

Encontrábase allí la primera division en la noche del 15, cuando llegaron los oficiales Larenas i Villota anunciando que se acercaba una considerable partida realista mandada por don Anjel Calvo, con el visible propósito de sorprender a los insurjentes. Desde luego Bascuñan mandó ocupar el cerrillo de Curicó, a inmediaciones de este pueblo, como un lugar seguro para resistirle. Allí, apesar del desórden de la tropa, la division pasó toda la noche sobre las armas; pero solo al amanecer se vieron desde léjos las fuerzas enemigas, reforzadas por dos piezas de montaña. En esos momentos llegó Blanco de San-Fernando: lleno de rabia al ver desobedecidas sus órdenes mas importantes, reprendió ásperamente los jefes subalternos por su temeraria imprudencia; i reasumiendo el mando de la division dió a los soldados la órden de echar pie a

tierra, i formar en línea para simular una columna de infantería, dispuesta a defenderse en su ventajosa posicion. Temiendo, sin embargo, verse atacado mandó acelerar la marcha de la segunda division que habia quedado en Chimbarongo, i despachó una partida de fusileros montados a las órdenes del teniente don José Miguel Cruz para escaramusear con las avanzadas del enemigo.

La estratejia de Blanco surtió todo el efecto deseado. Su línea infundió respeto a Calvo, que la miraba a la distancia; i viendo burladas sus esperanzas, este audaz montonero comenzó a retirarse mañosamente, batiéndose en guerrillas, miéntras los insurjentes daban vuelta al norte en marcha para Chimbarongo. Desde este punto destacó Blanco una partida de 24 hombres a las órdenes del teniente Gonzalez en observacion del enemigo, i siguió su marcha hácia San Fernando, en donde pensaba reorganizar la division, para hacerla salir toda en un solo cuerpo.

Este primer contratiempo era debido a la desmoralizacion de las tropas novicias i bisoñas que mandaba Blanco. Sus jefes subalternos se habian avanzado a desobedecer sus órdenes terminantes, comprometiéndose imprudentemente sin contar con el número de soldados preciso para acercarse al enemigo, ni con las municiones necesarias para batirse. Ese espíritu de desobediencia habia cundido por toda la division: apesar de los espresos mandatos de Blanco la tropa se dividió en guerrillas durante su marcha en la noche del 16, i despues de cometer algunas partidas varias depredacio-

nes en el camino, entraron a San-Fernando en completo desórden, descargando sus fusiles sin objeto alguno, i despertando por todas partes la confusion i la alarma.

Estas circunstancias obligaron a Blanco a quedar tres dias acuartelado en San-Fernando. Empleó ese corto tiempo en moralizar la tropa castigando ejemplarmente a los soldados que habian desobedecido sus órdenes, en adiestrarlos en el manejo de las armas i en la táctica, i en organizar las secciones de su division, distribuyendo en ellas los recursos i elementos con que contaba. En esos mismos dias llegaron de Santiago las municiones de artilleria, i el 20 de marzo, a las dos de la tarde, pudo salir de San-Fernando para comenzar la campaña.

Toda la division iba bien montada, i sus marchas eran tan rápidas como convenia al objeto de la espedicion : apesar de haber dormido en el camino, ántes de veinte i cuatro horas toda ella entró a Curicó, en donde debia esperar un refuerzo de 100 milicianos bien disciplinados, que habian salido de Aconcagua. Inmediátamente despachó Blanco algunas partidas avanzadas a guardar las riberas del Lontué, que corre a pocas leguas al sur de aquel pueblo, miéntras el grueso de la division quedaba adiestrándose en el cuartel jeneral.

Las avanzadas enemigas a las órdenes de Calvo, entre tanto, no atreviéndose a quedar en el mismo puesto despues de la escaramusa del 16, habian vuelto al sur i fueron a acampar en la hacienda de las Quechereguas. Allí se engrosaron considerable-

mente con nuevas partidas que vinieron de Talca, i recibieron órdenes de adelantarse para distraer a la division insurjente con evoluciones falsas, a fin de ganar tiempo miéntras llegaban refuerzos del ejército realista. Calvo era sin duda un jefe mui aparente para esa clase de movimientos; con una audacia singular avanzó hasta las orillas del Lontué, i el dia 24 amagó pasarlo, rompiendo sus fuegos contra las partidas insurjentes que lo guardaban.

En vista de esta ocurrencia, Blanco salió de Curicó en la mañana del 25 a la cabeza de toda su division, i ántes de llegar a la ribera del Lontué destacó varias guerrillas de fusileros montados para batir a los enemigos que se oponian al paso del rio. Estas lo cruzaron fácilmente sin ser incomodadas por los realistas, que finjian replegarse a las Quechereguas; mas como sus fuerzas no habrian bastado para sostener un encuentro con esperanzas de buen éxito dieron prontamente la vuelta hácia el norte. En ese momento cayeron algunas partidas enemigas sobre la guerrilla que mandaba el oficial don José Gregorio Allendes, i se empeñó un reñido combate en que los patriotas se batieron con gran valentia, pero habrian tenido que sucumbir ante el mayor número sino se hubiese acercado Blanco con toda su division a las orillas del Lontué, con intenciones de pasarlo. La vista de tan respetables fuerzas hizo desistir a los realistas: sin querer presentar la menor resistencia dejaron el campo con pérdida de siete muertos i quince prisioneros, i abandonaron sus posiciones de Quechereguas para replegarse mas al sur.

III. Este primer encuentro era un anuncio lisonjero del favorable resultado de la espedicion. Los insurjentes le dieron una gran importancia, i llegaron a creer que el enemigo iba en completa fuga, i que para alijerarla habia abandonado dos cañones. Con este motivo, Blanco despidió a Allendes desde las Quechereguas con encargo de traerlos al campamento en la misma noche.

La retirada de Calvo no era por cierto lo que creian los insurjentes: se habia movido con bastantante maña para evitar un encuentro que podia ser desastroso para él, i habia dejado varias partidas colocadas en diversos puntos i encrucijadas del camino con el objeto de caer sobre las guerrillas patriotas si estas intentaban perseguirlo en su retirada. Colocáronse algunas de ellas en dos potreros separados solamente por un ancho callejon que servia de camino público, i por donde debian pasar los perseguidores. La partida de Allendes llegó a aquel punto como a las nueve de la noche, i como la oscuridad no le permitia distinguir al enemigo entró confiadamente en el callejon. Allí fué sorprendido por los fuegos de los tiradores de Calvo; su primera descarga costó la vida del ayudante don José Vicente Guzman i de un soldado; i sin duda habrian sido mayores los estragos a no replegarse inmediatamente Allendes a Quechereguas, para evitar tan desventajoso combate.

Blanco sin embargo creyó que era llegado el momento de marchar con toda su division para no dar a los realistas el tiempo de reforzarse. Al amanecer

del dia 26 salió esta en busca de Calvo, que se hallaba acampado en las casas de Parga; i habia apénas andado unas pocas cuadras cuando se le presentó un parlamentario del enemigo trayendo una nota de su jefe. Se quejaba en ella Calvo del mal trato que habian recibido el dia anterior sus prisioneros, prometiendo tomar represalias en los patriotas que tenia en su poder si se confirmaba la noticia que se le habia dado. Su emisario, por su parte, procuró intimidar a los subalternos de Blanco, refiriéndoles, miéntras éste contestaba la nota de Calvo, que Concepcion i Talcahuano se habian rendido a los realistas, i que la causa de la patria tocaba ya a su completa ruina.

La estratajema de Calvo para demorar a Blanco no era mui mal concebida, mas ella no surtió todo el efecto que podia esperar. Es cierto que algunos de sus prisioneros habian sido mutilados por un oficial de milicias de San-Fernando; pero el único propósito de Calvo era el de intimidar a Blanco con sus amenazas. La pronta contestacion de este negando el cargo que se le hacia i manifestando un alto desprecio por las palabras de su enemigo desconcertó su plan, i lo obligó a seguir su retirada a Talca. A fin de retardar algunos momentos mas la marcha de éstos, miéntras él i sus fuerzas avanzaban en su retirada, despachó nuevamente al parlamentario a decir a Blanco que le señalase el lugar en donde queria que se batiesen ambas fuerzas.

El jefe insurjente era de carácter franco i caballeroso: juzgando por sí mismo, Blanco creyó que era aquel un lance de honor i que debia aceptar el

desafio que tan paladinamente le hacia el enemigo. En este sentido contestó al parlamentario de Calvo fijándole el sitio mismo que ocupaba, e inmediatamente formó su línea de batalla resuelto a sostener allí el combate, si, como lo creia, era atacado por los realistas. Con este motivo permaneció allí todo el dia, i solo al oscurecerse, canzado ya de tan inútil espectativa, volvió la division a las casas de Quechereguas en donde pasó la noche.

La pérdida de un dia entero, en una campaña en que tanto importaba la presteza, era sin duda de mucha importancia. Blanco mismo lo conoció, i a las seis de la mañana del 27 se puso en marcha con direccion a Talca; pero entonces le convenia avanzar con cautela para verse libre de emboscadas, i por esto llegó en la noche solo a Pilarco, en donde acampó la division. Disponíase a salir de este punto el dia siguiente cuando llegó a su campo un oficial del ejército del sur con comunicaciones del jeneral en jefe don Bernardo O'Higgins. Decia en ellas que en siete dias mas cruzaria el Maule con todas sus fuerzas para interponerse entre el enemigo i la capital, i encargaba encarecidamente a Blanco que sin empeñar accion alguna se acercase a las orillas del Maule para protejerlo en el paso del rio contra la division realista de Talca.

Este plan era en verdad mui acertado. O'Higgins traia 2,023 fusileros, 600 soldados de caballeria i veinte cañones, de modo que una vez reunidos con los soldados de Blanco, i entreverados estos en los cuerpos veteranos que venian de Concepcion, el ejército insurjente quedaba montado en un pié bri-

llante, i en disposicion de concluir la campaña en mui pocos dias. En vista de la nota en que se le proponia este plan, Blanco se consultó con todos los oficiales de alguna graduacion, i todos ellos opinaron porque debia atacarse a Talca, puesto que su guarnicion no bastaba para defender la plaza contra sus fuerzas. El presbítero don Casimiro Albano, que acompañaba a la division en calidad de capellan militar, trató de probar que ningun perjuicio se seguiria con avanzar hasta las inmediaciones de Talca, si se tenia el cuidado de acampar en una altura situada a veinte i tres cuadras de la plaza que la dominaba completamente. Blanco dió entónces la órden de marcha: su division fué a acampar esa noche a la Ovejeria de Cruz, al sur del rio Larqui, i en la siguente mañana se halló sobre Talca, en el sitio designado por Albano.

IV. Esta posicion no era ventajosa como se le habia dicho: "podia tener todas las seguridades descritas por Albano, dice el jefe de la division en su parte oficial, ménos la de hallarse dominante, ántes por el contrario, estaba dominada por una altura" mas inmediata a la plaza. Los soldados conocieron mui bien esta desventaja; pero sabedores de la debilidad del enemigo, comenzaron a pedir que se les llevase inmediatamente al ataque, persuadidos como estaban de que no encontrarian una resistencia capaz de contenerlos.

Blanco sin embargo temió dar el ataque. El enemigo estaba atrincherado en la plaza de la ciudad detras de murallas de adobes, desde donde su artilleria podia destrozar las columnas patriotas en

las calles; i a juicio del jeneral en jefe sus soldados novicios i bisoños no podrian mantenerse en buen órden en las circunstancias que preveia. Por esto se contentó solo con desplegar su línea de batalla para imponer al enemigo, i con este objeto colocó sus cañones en el centro de su infanteria, i su caballeria a retaguardia dividida en dos alas, a fin de conservarla fresca, para perseguir al enemigo por derecha e izquierda si llegaba el caso de que saliese de Talca para batirse. A las once del dia le intimó rendicion por medio de un parlamentario; pero Lantaño, que mandaba las fuerzas de la plaza, contestó a ella que tenia un tercio mas de tropa que la que lo atacaba, i que no se rendiria jamas, agregando a todo esto una formal amenaza de pasar a cuchillo a los soldados insurjentes si intentaban quemar la ciudad.

Esta contestacion no intimidó a los subalternos i soldados de Blanco: "insistiendo todos, dice este jefe, que era engaño (lo que decia el enemigo acerca de sus fuerzas) i que solo pensaba en fugarse, resolví siempre amenazarle, i marché en batalla hasta una cuadra de las bocas-calles que miraban a la plaza." Ocupó en efecto los arrabales del norte i desde allí su artilleria comenzó a batir las trincheras de los realistas. Una partida de 40 voluntarios, a las órdenes del alferez don Florentino Palacios, avanzó por la calle de San-Agustin, apoyada por un cañon i un piquete de infantes, que mandaban los oficiales don Ramon Picarte i don Blas Reyes, i tomó posesion sin dificultad alguna de la iglesia de ese nombre. Sus fuegos obligaron al enemigo a

encerrarse en la plaza por aquel punto, i dejó libre un barrio de la ciudad, por donde salieron de ella muchos vecinos a juntarse con la division patriota. Ellos aseguraron a Blanco que la fuerza sitiada era mui pequeña, i que los primeros tiros de su artilleria habian destruido una trinchera de la plaza.

Desde entónces el resultado del combate no podia ser dudoso: pero, desgraciadamente, llegó un espia de Blanco a avisarle que una fuerza enemiga compuesta de 300 fusileros pasaba el Maule en ausilio de Talca. El jefe patriota reunió en el instante a algunos jefes subalternos para consultarles lo que debia hacer. Temerosos estos de que el refuerzo del enemigo los atacase por la espalda i los envolviese entre dos fuegos en las calles del pueblo, aconsejaron a Blanco que debia retirarse: i no queriendo éste arriesgar una accion bajo auspicios desfavorables, i desobedeciendo las órdenes terminantes del jeneral O'Higgins, mandó replegarse sobre la chacha de Albano, situada a pocas cuadras de la plaza. El movimiento fué ejecutado con buen órden: la tropa se formó en línea de batalla, i dando el frente al norte siguió su marcha al punto fijado. Para que esta fuese mas ordenada, Blanco mandó que ningun soldado volviese cara al pueblo, i que ni siquiera disparase su fusil si se intentaba atacarlos por la espalda.

Los realistas entre tanto se habian visto en las mayores aflicciónes en la plaza. Sitiados por fuerzas tan superiores a las suyas, ellos estaban convencidos que no podrian resistir muchas horas sino les llegaban refuerzos del sur: pero al ver la retirada

de los insurjentes no vacilaron en perseguirlos. Por desgracia, Blanco habia cometido el error de no dejar fuerza alguna que entretuviese al enemigo para protejer su retirada: ántes de mucho tiempo los fuegos de éste comenzaron a llegar a la línea patriota, pero como su jefe dió la órden terminante de no volver caras i de continuar la retirada, sufrian sus estragos sin disparar un solo tiro. Dos veces las milicias de Aconcagua quisieron abandonar la línea, i las dos veces fueron obligados a seguir su retirada en buen órden, apesar de la activa persecucion de los realistas. Los soldados sin embargo creyéndose traicionados, comenzaron a tirar al suelo su armamento, i muchos de ellos prorrumpian en gritos de desesperacion i despecho cuando llegaban al sitio denominado Cancha-rayada.

Allí mandó Blanco volver frente al enemigo; pero la vista de este acabó de introducir la confusion i el desaliento entre los patriotas. La accion no alcanzó a durar un cuarto de hora: los cívicos de Aconcagua i los milicianos de caballeria de Colchagua fueron los primeros en emprender la fuga, i a ellos los siguieron en breve los voluntarios i los artilleros. Inútil fué entónces que el jefe de la division, los comandantes Bascuñan, Larenas i Plata, i los oficiales Reyes, Thompson, Diaz, Allende i Espinosa hiciesen prodijios de valor para contener la fuga de sus tropas. El teniente don Ramon Picarte disparó sus cañones miéntras tuvo soldados para su servicio, i cuando estos huyeron se sentó en la cureña de uno de ellos a esperar su suerte.

El enemigo entre tanto continuaba avanzando i

dirijiendo sus fuegos de artilleria. Aprovechándose de la confusion i fuga de los insurjentes se apoderó sin dificultad alguna de sus cañones, le tomó 300 prisioneros, entre ellos el teniente Picarte, los oficiales Thompson i Reyes de voluntarios i el capitan Espinosa de los cívicos de Aconcagua, i acabó de dispersar a los fujitivos.

Estos siguieron su marcha a Santiago en completo desórden, i algunos de ellos llegaron a la capital en la noche del siguiente dia. En su marcha despertaban la alarma en todos los pueblos de su tránsito. El director Lastra, prevenido de la derrota en los primeros momentos, no economizó sacrificio alguno para evitar la consternacion i el desaliento que esa noticia debia producir. Publicó un manifiesto con el título de ***Estado de la guerra i necesidad de concluirla***: en él se empeñaba en manifestar que la situacion militar de la patria no era tan precaria como se creia, i anunciaba la reorganizacion del tercer cuerpo del ejército nacional para marchar a unirse con O'Higgins que debia ya haber cruzado el Maule. En esos momentos sin embargo todas las esperanzas de la revolucion estaban cifradas en este jeneral: solo él era capaz de salvarla del caos que se abria (1).

(1) Para la relacion de la campaña de la tercera division me ha servido mucho un diario anónimo de las operaciones de la division, que comienza con la salida de San-Fernando i acaba con la derrota de Cancha-rayada. Mss. He tenido a la vista el parte de Blanco, i varios otros papeles i documentos de importancia; pero he alcanzado a investigar algunas otras noticias consultándome con los señores don Fernando Marquez de la Plata i don Blas Reyes. Ambos me han informado mui detenidamente de todos los movimientos i operaciones de la campaña, i a ellos debo en parte el caudal de noticias que contiene esta parte de mi trabajo.

V. O'Higgins, entre tanto, habia seguido su marcha a las orillas del Maule sin encontrar tropiezo alguno. Si bien es cierto que sus medios de movilidad no les permitian andar con toda la presteza necesaria, él habia sabido aprovecharse de las circunstancias para moverse, i marchaba del mejor modo que le permitian sus recursos. El 25 de marzo llegó al porteznelo de Duran, i el siguiente dia alcanzó a alojar en la hacienda de don Felipe Lavanderos. En este último dia se dejaron ver en las alturas inmediatas algunas partidas enemigas.

Gainza en efecto habia alcanzado ya a reponerse de la derrota del Membrillar. Al siguiente dia de ese desastre volvió a su cuartel jeneral de Chillan, i sin muchos esfuerzos despachó un cuerpo de 400 hombres a ocupar la villa de San-Cárlos i sus inmediaciones. Su objeto era entónces el de cruzar el Maule, para seguir hasta la capital, dejando a sus espaldas al ejército patriota. Con este propósito se juntó en aquel pueblo todo el ejército el dia 28, i se dirijió al norte, trazando en su marcha una línea paralela a la que seguian los insurjentes. Miéntras estos marchaban por el centro de la provincia, los realistas caminaban a su derecha separados de ellos por una distancia de dos o tres leguas.

Estos por su parte marchaban con toda la presteza que les permitia su escasez de recursos. Faltos de caballos andaban de ordinario a gran prisa, para no quedar atras del enemigo, que los tenia en abundancia. Llevaba consigo grandes cantidades de carneros, i arreaba con las pocas vacas que encontraban en el camino, "porque, dice el diario de uno de

los jefes, no habia mas víveres, ni mas recursos que los que tomábamos a la fuerza."

Fácil es inferir cual sería la precipitacion con que se hacia esa marcha, i cuales los fundados temores que a cada instante debian asaltar a los jefes patriotas. Los dos ejércitos marchaban paralelos, separados solo por una corta distancia; i a cada instante llegaban al campo noticias alarmantes acerca de los preparativos que hacia el enemigo para dar un ataque.

En la noche del 28 acampó O'Higgins en un lugar denominado Maritemu. Los espias habian avisado que el enemigo meditaba atacar por sorpresa al campamento insurjente i las noches se pasaban en acecho i vijilancia sin que suceso alguno turbase el órden i la tranquilidad. Esa noticia, sin embargo, habia alarmado sériamente a los patriotas, que marchaban con precaucion para evitar los desastres de un ataque inesperado. En la mañana del siguiente dia despachó O'Higgins un espia a San-Cárlos en busca de noticias, que solo volvió en la tarde, cuando el ejército estaba ya acampado en Mellocavan: trajo éste la nueva de haber salido los realistas de aquel pueblo en la tarde del dia anterior dando por objeto de este movimiento un premeditado ataque sobre el campo de O'Higgins, i aun aseguraba haber visto en la misma tarde un cuerpo de tropas que a marchas forzadas se dirijia a Mellocavan. "El jefe del centro, Balcarce, que tuvo la primera noticia, dice el diario citado, mandó tocar jenerala; se puso en movimiento el campo, se comenzó a formar la línea i se iba replegando a ella el todo del ejér-

cito, cuando se supo que era la retaguardia nuestra que llevaba sus marchas mas prolongadas."

VI. O'Higgins, sin embargo, no queria evitar una batalla decisiva; pero temia que el enemigo adelantase algunas leguas mas, si él en vez de seguir siempre su marcha hácia el Maule, intentaba atacarlo. Por esta razon se contentaba con despachar algunas guerrillas a tomarle sus ganados i caballos; i solo preparó una sorpresa para la noche del 1.° de abril, cuando ambos ejércitos se hallaban separados por una corta distancia. El enemigo habia llegado esa noche a Linares casi al mismo tiempo en que O'Higgins acampaba en la orilla derecha del rio Archibueno, una legua hácia al poniente de aquel pueblo.

El jeneral insurjente, que estaba informado de su inmediacion, dispuso que su ejército se moviese a las doce de la noche, i que, favorecido por la espesa niebla, cayese sobre las fuerzas de Gainza. Sus mulas quedaron aparejadas i todo estaba pronto para la sorpresa; pero sea por causa de la lluvia que cayó esa noche, o por la lentitud del capitan de artilleria don Manuel Vega para mover el parque, como dice el diario de un oficial, el proyectado ataque se dejó para la madrugada. Al efecto, los soldados se pusieron sobre las armas ántes de amanecer, i se disponian a marchar cuando un accidente inesperado vino a desconcertar el plan de O'Higgins. Fué este el repentino incendio de una parte de sus provisiones de guerra; una mula, que iba cargada de municiones, produjo este desastre revolcándose cerca de una fogata. Una horrible esplosion acompa-

ñó al incendio: gran cantidad de cascos i de balas subieron por los aires, i al caer produjeron nuevos estragos en las demas cargas de cartuchos; mas por fortuna no ocasionaron ninguna averia en el ejército. Los soldados, sin comprender lo que pasaba, i temiendo que fuese aquello un violento ataque del enemigo, formaron apresuradamente la línea, desatendiendo para esto la vijilancia de los pocos prisioneros de guerra, que seguian al ejército. Uno de estos, Vicente Benavides, tan famoso mas tarde por sus proezas i crueldades, se escapó del campamento, i fué a dar parte al jeneral realista de la proyectada sorpresa.

El plan de O'Higgins quedó desbaratado con esta desgracia; léjos de abatirse por ella, rompió de nuevo su marcha a las ocho de la mañana i siguió derecho hasta los altillos de Elguen. En esa misma tarde Gainza acampó en Yerbas-Buenas, a pocas cuadras de su enemigo. Las guerrillas insurjentes, estuvieron en continuo movimiento, incomodando a los realistas, interceptando sus comunicaciones con Calvo, que mandaba en Talca, i batiendo a sus partidas sueltas, miéntras el cuerpo del ejército marchaba ordenadamente a ganar las orillas del Maule.

El jeneral realista marchaba tambien con gran presteza en la confianza de que el resultado de la campaña seria favorable al que primero cruzase este rio. Sus partidas avanzadas de Talca habian recibido órdenes suyas de acercarse a la orilla norte del Maule, para favorecer el paso a su ejército e impedirlo al enemigo; pero habia llevado su camino

mui inmediato a la cordillera, i en lugar de hallarse en frente de Talca, se encontró en la noche del 2 de abril a algunas leguas al poniente de los vados que guardaban sus avanzadas, i le faltó el valor para intentar pasar el rio por aquel punto. La marcha de los insurjentes lo habia puesto en este conflicto.

Para el jeneral patriota era tambien aquel un contratiempo de importancia. Hallábase ya inmediato al rio Maule, que ansiaba pasar; pero por desgracia estaba colocado en frente del vado de Alarcon que guardaba desde la ribera norte una columna enemiga. O'Higgins sin embargo no vaciló en seguir adelante: destacó solo una division de 300 hombres mandados por el coronel Alcázar para distraer al enemigo, i a las nueve de la mañana mandó romper la marcha con direccion al Maule. Al cabo de cuatro horas de camino llegó en efecto al vado de Alarcon, que defendia el enemigo por la banda del norte con dos o tres piezas de artilleria i bastantes fusileros. Las guerrillas insurjentes intentaron forzar el vado; pero en vista del poco éxito de esta empresa, O'Higgins celebró inmediatamente junta de guerra para resolver lo que debia hacerse. El coronel Balcarce, que asistió a ella, inflamado por un heroico ardor, sostuvo que debia pasar todo el ejército por ese vado, a lo que se opusieron los demas jefes. El jeneral mismo espuso que era mucha la caja del rio en ese punto, i sumamente arriesgado pasarla puesto que el enemigo la defendia, i que Gainza, que se habia quedado mas atras, podia caer sobre ellos por la espalda, i aca-

barlos en pocos minutos: segun él, valia mas tomar uno de los vados de mas arriba, o empeñar una batalla en aquellas inmediaciones.

Al efecto dispuso su línea en órden, i mandó cortar muchos árboles corpulentos que le quitaban la vista de los campos del sur, por donde debia marchar Gainza; i con ellos comenzó a formar trincheras. "En efecto, a las tres i media, dice el diario del mayor jeneral, se nos presentó, como a ocho cuadras de distancia, una línea de caballeria que seguia el mismo camino que habiamos traido."

Era esta la caballeria realista. Queriendo Gainza cruzar el Maule por el paso de Bobadilla, protejido por la guarnicion de Talca, se habia quedado atras, i dirijió su marcha hácia el noreste, pensando ocultar en los montes sus movimientos a O'Higgins, a cuya retaguardia tenia que pasar. Las medidas que acababa de adoptar el jeneral insurjente frustraron su plan: el terreno estaba desmontado, i los realistas no pudieron evitar que se descubriese su movimiento. Su caballeria, segun se veia en el campo insurjente, iba formada en media luna: detras de ella estaba colocada su infanteria.

"El jeneral O'Higgins, dice el diario citado, se puso inmediatamente a la cabeza de su caballeria i cargó sobre las realistas." Empeñóse entónces un corto tiroteo; pero el enemigo siguió solo su marcha hácia el poniente eludiendo el combate a que se le provocaba. Los patriotas, sin embargo, reforzados con una carronada de a 8 i 100 soldados de infanteria, los persiguieron hasta que comenzó a oscurecerse.

VII. Los dos ejércitos se encontraron entónces a orillas del caudaloso Maule; pero miéntras los realistas ocupaban el paso de Bobadilla, que les guardaba Calvo desde la ribera del norte, i tenian a su disposicion espaciosos lanchones para cruzarlo, O'Higgins se encontraba cerca del vado de Alarcon, con enemigos en la orilla opuesta, i sin mas recursos para atravesarlo que los estropeados caballos de su tropa.

El jeneral insurjente no se abatió en vista de tantas contrariedades. Tan luego como hubo vuelto a su campo dió órden al cuartel maestre Mackenna de ir a tomar posesion del vado del Carrizalillo, o de las Cruces, a la cabeza de 250 granaderos i 180 milicianos de caballeria apoyados por dos cañones de campaña. O'Higgins le siguió en breve; pero tuvo el cuidado de tender sus carpas i encender grandes fogatas enfrente del vado de Alarcon, para engañar a las partidas enemigas que lo guardaban. Con igual objeto dejó por aquellas inmediaciones al teniente Molina al mando de 100 hombres; i miéntras éste hàcia mover algunas carretas cargadas de piedras como si quisiese dirijirse rio abajo, para llamar la atencion de los realistas por aquel punto, el jeneral insurjente marchaba a ganar uno de los vados de arriba. Con estas providencias logró moverse sin ser sentido.

El vado de las Cruces no era por cierto un paso fácil. Las copiosas lluvias del año anterior habian aumentado de tal modo el caudal de los rios que en abril de 1814 no se podia pasar ninguno de los vados del Maule sin vencer sérias dificultades; i el

de las Cruces, inseguro de ordinario, presentaba mil riesgos en aquella época. O'Higgins no vaciló en arrostrarlos todos a trueque de cortar al enemigo el camino de la capital. Poco despues de haber oscurecido dió órden de abandonar todo el equipaje que no fuese de absoluta necesidad para el ejército, i de emprender inmediatamente el paso del rio. Para no demorar esta operacion, O'Higgins se resolvió a abandonar el ganado lanar que arreaban sus soldados.

El mismo jeneral en jefe i el cuartel maestre Mackenna dirijieron de cerca el movimiento. El sarjento mayor don Enrique Campino recibió la órden de comenzar el paso del rio: a la cabeza de 50 milicianos de caballeria, que llevaban a la grupa a otros tantos granaderos, lo atravezó sin pérdida alguna, i protejió desde la orilla del norte el paso de todo el ejército. El agua cubria los pechos de los caballos i algunos infelices que tuvieron la desdicha de separarse un poco del sendero del vado fueron arrastrados por la corriente del rio. Estas desgracias no amortiguaron el entusiasmo de los oficiales i soldados insurjentes; cuando un cañon o alguna de las treinta i seis carretas del ejército se atajaban en las piedras del rio, ellos se echaban al agua para moverlos a brazos.

A las dos de la mañana se encontró O'Higgins con todo el ejército en la orilla norte del Maule. Habia dejado en él tres cañones, algunas cureñas rotas i una gran parte de su equipaje; pero como el enemigo no se presentase en la siguiente mañana O'Higgins se ocupó desde el amanecer en sacarlas,

lo que consiguió al fin, aunque no sin grandes trabajos. El ganado menor que arreaba el ejército, reducido ya en el paso de los otros rios a la mitad de su número, quedó abandonado.

Los realistas no tuvieron que vencer ningun obstáculo para cruzar el Maule. Elorreaga defendia el paso de Bobadilla desde la ribera opuesta miéntras Gainza lo atravesaba cómodamente en espaciosas lanchas i sin peligro alguno, pero no sin alarma i sobresalto. Varias partidas que dejó en la banda del sur para favorecer la operacion, recorrieron en la noche los campos inmediatos, i sin duda habrian llegado hasta el vado de las Cruces a no encontrarse con las fuerzas del guerrillero Molina, que tomaron por las avanzadas del campamento insurjente, cuyos fuegos divisaban a lo léjos.

Informado de esta última ocurrencia, Gainza creyó que O'Higgins esperaba la luz del dia para cruzar el rio. Engañado por sus propios esploradores pasó el resto de la noche en la confianza de que los insurjentes tendrian que quedarse al otro lado del Maule, cuyos pasos podia él guardar mui fácilmente, miéntras su ejército marchaba sin dificultad, ni tropiezo hasta la capital. En su juicio, el solo movimiento de aquella noche importaba la reconquista de Chile.

En esta persuacion despachó ántes de amanecer al coronel Elorreaga al mando de una columna de 400 hombres con encargo de guardar los vados de arriba, para frustrar así el proyecto que le suponia a O'Higgins. Elorreaga, en efecto, se acercó al vado de Alarcon, i al ver desierto el campo patriota

apresuró su marcha para cortar a los insurjentes cuando comenzasen a pasar el rio. Fácil es inferir cuál seria su sorpresa al encontrarse atacado por las partidas avanzadas de O'Higgins, i al divisar el grueso de su ejército, que reparaba en esos momentos los estragos sufridos en la noche anterior para seguir su marcha. Confundido i alarmado el jefe enemigo volvió inmediatamente a su campo, en donde la noticia sembró en el instante la consternacion i el desaliento (1).

VIII. El paso del Maule, en efecto, fué un movimiento estratéjico de grandes resultados en la campaña. O'Higgins habia logrado no solo alcanzar a los enemigos salvando esa inmensa barrera, sino tambien acercarse al principal almacen de sus recursos, miéntras los realistas se alejaban mas i mas de su cuartel jeneral de Chillan.

Gainza vió desde luego burlado su plan de campaña. Ya no le era posible seguir su marcha a la capital si no queria verse perseguido de cerca por el ejército de O'Higgins; i sus propias tropas, que habian dado visibles señales de descontento porque se les separaba del antiguo centro de sus operaciones, se sintieron dispuestas a negar obediencia a su jefe.

(1) Para la relacion de todos estos sucesos me ha sido de suma utilidad el diario del mayor jeneral Calderon minucioso i detallado en la narracion de todas las operaciones de la campaña. Me ha servido igualmente el diario del capitan don Nicolas Garcia, que, si bien no contiene tantos pormenores como el de Calderon, i si está recargado de injustas i exajeradas recriminaciones a los jefes superiores i algunos oficiales subalternos, es bastante noticioso. He consultado las relaciones impresas i manuscritas i muchos documentos referentes a aquellos sucesos; pero a esos dos diarios debo la mayor parte de las noticias del testo. El señor jeneral Aldunate, que hizo toda esta campaña en calidad de ayudante de granaderos, me ha aclarado algunos detalles que se presentaban algo confusos en ambos documentos.

Los insurjentes por su parte se encontraron mui estropeados despues del paso del Maule. Sus carros habian sufrido cuanto es dable, i sus caballadas estaban casi rendidas. Emplearon todo el dia 4 en recojer equipajes, sacar del rio los cañones abandonados i las carretas de municiones i prepararlo todo para romper la marcha en la mañana del siguiente dia. Para evitar en lo sucesivo los desórdenes i depredaciones, que tantos enemigos habian acarreado al ejército patriota, O'Higgins hizo publicar solemnemente en la órden del dia que seria pasado por las armas el soldado que robase la cantidad de cuatro reales en especies o dinero. Con tan severo castigo pensaba refrenar la rapacidad de la tropa, i granjearse las simpatías de los habitantes de las inmediaciones.

Como se habia propuesto el jeneral chileno, a las nueve de la mañana rompió la marcha su ejército. El mal estado de sus carretas, el cansancio de la tropa i de sus caballos i lo tortuoso i quebrado del camino le impidieron que avanzase mas adelante de los altos de Lircai, en donde acamparon cuando ya la noche estaba mui entrada. Una gruesa partida enemiga se dejó ver a la distancia, pero ni aun intentó oponerse al paso de los insurjentes.

Al dia siguiente los espias de O'Higgins comunicaron noticias ciertas acerca de los propósitos del enemigo. Pensaba éste atacar con sus partidas avanzadas a los insurjentes en varios puntos del camino; pero sea el temor de empeñar una accion jeneral con todo el ejército de O'Higgins, que marchaba unido i compacto, o sea que no creyesen ven-

tajosos los sitios que habian elejido al principio, sus partidas se fueron replegando hácia Talca sin emprender ataque alguno. Los patriotas siguieron tranquilamente su marcha venciendo las grandes dificultades que les oponia lo quebrado del camino i el mal estado de sus carretas, dos de las cuales se quebraron ese dia, i a las doce de la noche lograron llegar al sitio denominado los Tres-Montes de Guajardo.

La proximidad de las partidas enemigas era efectiva. Los dos ejércitos seguian entónces tambien una marcha paralela hácia el rio Cláro, cuyo paso querian disputar los realistas; i entre tanto sus partidas incomodaban a los insurjentes por el flanco izquierdo i por el frente. Al amanecer del dia 7 se divisó una columna de caballeria realista, compuesta, segun el cálculo de testigos presenciales, de 700 hombres. O'Higgins sin embargo no se detuvo en su marcha, ni manifestó el menor desaliento; pero cuando almorzaba la tropa, las guerrillas, enemigas se echaron sobre algunas mulas i caballos del ejército patriota, i obligaron a su jefe a tomar inmediatamente la ofensiva. Despachó con este objeto en diversas partidas al comandante don José María Benavente con sus nacionales, al coronel don Andres del Alcázar con los dragones de la frontera i al teniente don Francisco Barros con 50 granaderos apoyados por dos piezas de artilleria.

La accion fué corta, pero bastante reñida. Ambos combatientes echaron pie a tierra. Hubo un momento en que los realistas se acercaron a tiro de pistola de sus enemigos apesar de los bien dirijidos fuegos de artilleria; i sin duda se habrian abalanzado sobre los

cañones; i quizá los habrian tomado en un instante en que estuvieron casi abandonados, a no presentarse el teniente Barros a defenderlos denonadamente con sus granaderos. El grueso del ejército se acercaba miéntras tanto: los fuegos certeros de una pieza que hizo salir O'Higgins al cargo del capitan Garcia, que hicieron algunos estragos en el flanco del enemigo: acabaron de ponerlos en completa fuga. Su pérdida fué, segun consta de documentos no mui fidedignos en este particular, mui superior a la de los patriotas: estos tuvieron solo tres húsares muertos i once heridos (2).

IX. El grueso del ejército, en efecto, no habia cesado de caminar. O'Higgins, que estaba vivamente empeñado en llegar esa misma noche a Quechereguas, no interrumpió su marcha por la pequeña accion que acababa de presentarle el enemigo. Antes de las dos de la tarde llegó a la orilla izquierda del rio Claro; pero, por desgracia, la caballeria realista ocupaba ya la ribera opuesta, i se manifestaba en disposicion de disputar el paso a los insurjentes. Una gruesa partida se habia posesionado de las casas de Parga, situadas al frente del punto por donde queria pasar O'Higgins, i otra, no ménos considerable, i que contaba con un cañon de a 4, estaba colocada diez cuadras mas abajo. El comandante don Anjel Calvo llegaba por el lado de arriba, a reforzar esas dos partidas, en los momentos en que O'Higgins se acercó al rio.

(2) Diario de Calderon. Mss.—Diario de Garcia. Mss.—Parte del coronel Benavente. Mss.—El jeneral Aldunate me ha comunicado algunas noticias sobre la accion de Tres-Montes que he intercalado en el testo.

Una dificultad insubsanable se oponia a su paso. La caja del rio estaba encerrada por altos barrancos, i la pérdida de los patriotas habria sido segura e inevitable si hubiesen cometido la imprudencia de penetrar en ella. O'Higgins, viendo esta desventaja, situó favorablemente sus cañones en las alturas de la izquierda i dió órden de romper sus fuegos sobre el enemigo. El capitan don Nicolas Garcia i el teniente don José Manuel Borgoño, artilleros ámbos de pericia i sangre fria, dirijieron sus tiros con bastante acierto, i obligaron a los enemigos a abandonar sus posiciones. El coronel Benavente pasó entónces al mando de un cuerpo de caballeria, acabó la dispersion de los realistas i los forzó a repasar el rio algunas cuadras mas abajo, a la vista del ejército insurjente.

Desembarazados de este obstáculo, los patriotas atravesaron el rio sin dificultad alguna. Por mayor precaucion O'Higgins habia hecho repasar a la banda izquierda al comandante Benavente, con el fin de contener a los realistas que habian cruzado de nuevo el rio; i sin necesidad de muchos movimientos supo este imponerles i mantenerlos alejados del punto cuya defensa se le encomendaba. El ejército todo se halló en la orilla derecha ántes de las tres de la tarde: no solo no perdió un solo hombre en el paso del rio, sino que sorprendió e hizo prisioneros a un oficial i siete soldados enemigo (3).

VI. La situacion del ejército insurjente cambió mucho con este solo movimiento. En la misma tar-

(3) Diario de Calderon. Mss.—Id. de Garcia. Mss.—Conversacion con el jeneral Aldunate.

de logró dejar atras a los realistas i siguió adelante a acampar en las espaciosas casas de Quechereguas, en donde la tropa tenia un alojamiento cómodo, desde el cual podia defender fácilmente el camino para la capital, al paso que le ponia en la mejor disposicion de recibir los refuerzos que venian de Santiago. Para mayor ventaja, en la misma tarde llegó el guerrillero Molina conduciendo 300 vacas quitadas a las partidas enemigas que recorrian los campos del sur del Maule, o sacadas de las haciendas de aquellas inmediaciones.

Apesar de todo esto se pasó la noche en alarma i sobresalto. Las guerrillas de observacion no dejaron de moverse, i por las noticias que llegaban al campo insurjente se sabia que las partidas enemigas no habian cesado de dar señales de alerta. En las Quechereguas se reunieron los jefes para acordar lo que debiera hacerse en aquellas circunstancias, i discutir el mejor plan de campaña que convenia adoptar. Allí la opinion fué casi unánime de que era necesario quedar en el mismo punto para defender el camino de la capital: el coronel Balcarce que, a causa sin duda de su ningun conocimiento del territorio en que se batia, opinó de diverso modo, tuvo al fin que ceder al parecer de la mayoría de los jefes.

Los enemigos, entre tanto, preparaban un ataque jeneral a los insurjentes. A las nueve del dia 8, juéves santo, se acercó todo su ejército al campamento de Quechereguas; pero visto desde léjos por el jeneral O'Higgins pudo prepararse para la defensa. Esperaba por momentos que le llegase de la

capital un cuerpo de reserva, organizado por el coronel arjentino don Santiago Carrera con los restos de la division de Blanco, i creyó que mas le convenia mantenerse a la defensiva para obligar al enemigo a consumir sus municiones sin arriesgar una accion. Al efecto hizo construir precipitadamente una sólida trinchera de lios de charqui i panzas de cebo, que se sacaron de los graneros de la hacienda, cubrió los tejados de las casas con infantes, puso andamios en los corrales para que desde ellos pudiesen hacer sus fuegos los fusileros, abrió portillos en las paredes para sus cañones i saco al frente toda su caballeria, con encargo de cargar precipitadamente sobre los realistas, tan pronto como estos hiciesen el primer movimiento para volver.

Por desgracia, al flanco izquierdo de la posicion que ocupaba la caballeria patriota habia una corrida de paredones o restos de tapia detras de los cuales fué a colocarse el enemigo. Estendió su línea apoyando su izquierda en el rio Claro, i su derecha en Lontué, i comenzó un vivísimo cañoneo dirijido con mucho acierto. Inmediatamente O'Higgins i Mackenna introdujeron su caballeria al corral de matanza de Quechereguas, movieron algunas piezas de artilleria i comenzaron tambien un nutrido fuego de cañon. Su certera punteria desconcertó a los artilleros realistas, "que al fin, dice el entendido capitan Garcia en su diario militar, no disparaban un solo tiro de provecho." Desde luego las ventajas estuvieron por los patriotas: mejor colocados i mejor defendidos no solo hicieron grandes destrozos sobre el enemigo, sino que lograron impedirle el paso del rio

Lontué, que algunas de sus partidas se proponian pasar, i consiguieron felizmente apagar el fuego que los realistas pusieron a unas cercas de ramas, que iban a rematar en los edificios, con el propósito de incendiarlos.

El enemigo, sin embargo, intentó mas de una vez atacar a O'Higgins en sus posiciones; pero sus soldados ni aun se atrevieron a acercarse a los edificios, que no cesaban de vomitar metralla, i sus cuerpos volvian atras inmediatamente. La caballeria fué la primera en retroceder; siguiéronle en breve los fusileros i artilleros, de modo que a las tres de la tarde el campo estaba enteramente desembarazado de enemigos. Algunos oficiales propusieron a O'Higgins que se cargase al enemigo en su retirada; pero el jeneral en jefe i los coroneles Mackenna i Balcarce creyeron mas conveniente esperar la llegada de don Santiago Carrera para tomar la ofensiva.

En ese mismo dia llegaron al campamento noticias de hallarse Carrera inmediato a Quechereguas: eran traidas por una partida de milicianos que escoltaba un convoi de víveres para la tropa. Pero, léjos de sentirse todo el ejército alentado por esta noticia i por la victoria de ese dia, no faltaron jefes que pidiesen en aquella noche un nuevo consejo militar para discutir el plan de campaña que debia seguirse. Balcarse insistió otra vez en que convenia pasar el Lontué i seguir la marcha al norte hasta juntarse con Carrera i engrosar su ejército(4); pero

(4) *Mem. sob. los hechos mas not. de la revol. de Chile*, cap. XVI. Mss.—Diario de Calderon. Mss.—Diario de Garcia. Mss.—Ballesteros, *Revista*, etc., año de 1814. Mss.

O'Higgins, Mackenna i el capitan Garcia se opusieron a ese proyecto diciendo que su derrota seria segura si eran atacados en el paso del rio.

Sobraban motivos para temer que asi sucediese: el enemigo se habia retirado hácia al sur, pero no habia desistido de su propósito de atacar las casas de Quechereguas. En la mañana siguiente en efecto renovó sus ataques, aun que no ya con la enerjia i empeño del dia anterior. Se batieron únicamente las guerrillas dispersas de ambos ejércitos, i a las dos de la tarde Gainza dió vuelta hácia el sur seguido de cerca por la caballeria patriota.

Con esto solo la defensa de Quechereguas equivalia a una espléndida victoria. El jeneral realista, avergonzado i confundido, se resolvió a irse a encerrar en Talca, despues de nuevas e inútiles tentativas para batir las guerrillas insurjentes, miéntras el ejército patriota recibia los refuerzos que esperaba de Santiago. El 11 llegaron a su campo 200 hombres i 500 caballos, i pocos dias despues se le juntó el resto de la division. Desde entónces podia tomar la ofensiva sin temores de ser derrotado.

X. La situacion del ejército realista habia empeorado considerablemente con las últimas ocurrencias. La desercion habia comenzado a enrarecer sus filas: la tropa se manifestaba disgustada en Talca, i los soldados no pensaban mas que en volver al sur en busca de buenos i seguros cuarteles de invierno. Su jefe, falto de resolucion i valentia para hacer frente a tan tristes circunstancias, pensaba solo en cruzar el Maule, cuando le llegó la noticia de haber caido en poder de sus subalternos la ciudad de Concepcion i el puerto de Talcahuano.

Cuando el jeneral Gainza salió de Chillan, a fines de marzo, dejó encargo al comandante de la plaza de San-Pedro don Antonio Quintanilla, de que no cesase de hostilizar a los patriotas de Concepcion, i que, si sus recursos se lo permitian, emprendiese un ataque jeneral a la plaza. Quintanilla habia cumplido en cuanto le era posible el encargo de Gainza: sus partidas volantes molestaron sin cesar a la guarnicion de la ciudad, i supieron mantener en continua alarma a la junta gubernativa que allí mandaba. Esta se habia visto precisada a cortar con trincheras guardadas por cañones las bocas calles que dan entrada a la plaza principal, i a tener en servicio activo a la reducida guarnicion, i a los patriotas mas pronunciados, los cuales se prestaban gustosos a patrullar en las noches por los lugares inmediatos.

En los primeros dias de abril el intendente del ejército realista don Matias de La Fuente concibió el proyecto de posesionarse de Concepcion. En virtud de órdenes de Gainza, habia salido poco ántes a juntarse con Quintanilla: entre ámbos organizaron una division de cerca de 800 hombres compuesta de milicianos i soldados de las guarniciones de Arauco, San-Pedro i parte de la de Chillan, i, en la confianza de que sus fuerzas sobraban para tomar la ciudad, en la noche del 10 de abril, se adelantaron hasta los campos de sus inmediaciones.

"Antes de amanecer el 11 de abril, dice uno de los jefes que mandaban en Concepcion, recibió la junta de gobierno la noticia de que una division enemiga habia acampado en la chacra de las Mon-

jas, i se destinó una partida de veinte fusileros montados a las órdenes del teniente de granaderos don Juan Manuel Correa para que fuese a hacer el reconocimiento; la que encontrando las primeras avanzadas cerca de Palomares se comprometió en un pequeño combate. Cinco soldados se pasaron al enemigo, lo que obligó a Correa a ponerse en retirada hasta el Aguanegra, donde encontró a Benavente con una pieza volante de artilleria i 40 fusileros. Luego se avistó la fuerza enemiga en número mui considerable, i la nuestra se replegó sobre la plaza. El ataque era combinado con las fuerzas de San-Pedro i Rere, i todas ellas traian una marcha simultánea. Así fué que casi a un tiempo cubrieron las alturas de Chepe, Puntilla i Caracol, estableciendo su cuartel jeneral en las casas de Lúcares. El 12 hicieron repetidas entradas por diversas calles, i en todas fueron rechazados, no atreviéndose a presentarse por aquellas que miraban a la plaza i estaban guardadas por los cañones. La noche se pasó en continua alarma, amagando el enemigo por todas partes con el intento de incomodar a la guarnicion, hacer consumir municiones que escaseaban mucho, i robar algunas casas. En la madrugada del 13 hicimos una salida por el costado de la laguna del Gabilan, para dar agua a la poca caballeria que teniamos; pero el enemigo cargó con tanto arrojo que no logramos el objeto, tuvimos tres muertos, un herido, prisionero el cadete don Francisco del Rio i dos soldados, i perdimos tambien algunos caballos. No fuimos mas felices en otra salida que hicimos despues por la parte del Bio-bio, en la que nos hi-

rieron gravemente al oficial de infantes de la Patria don Ramon Gil i tuvimos tambien tres muertos. Se circunscribió la defensa al estrecho cuadro de la plaza, i el enemigo emprendió el ataque por dentro de las casas, las que de paso eran entregadas al saqueo para satisfacer la rapacidad del enjambre de huasos que habian arrastrado de toda la campaña. A medio dia llegaron a apoderarse de la casa de los Benaventes que linda con el palacio, i se trabó la pelea encima de los tejados. Por otro punto tenian la casa de los Novoas, que comunica con la recoba por medio de una ventana, i en ella se estableció tambien la lucha. En estas circunstancias, i segun se dijo, por los ruegos de la señora de don Pablo Hurtado, despachó el comandante realista don Matias de la Fuente, un parlamentario intimando rendicion i ofreciendo una capitulacion honrosa. Fué necesario aceptarla, pues la plaza no podia sostenerse dos horas, las fuerzas que la atacaban eran diez veces mayores que las que la defendian, i el ejército patriota se hallaba a cien leguas de distancia. El resto de ese dia se gastó en concertar la capitulacion, quedando por último convenido en que a la mañana siguiente la guarnicion rendiria las armas en la plaza, saldria de ella con tambor batiente, i no volveria a servir contra el rei; que los vecinos no serian incomodados por sus opiniones, i que el cumplimiento del pacto era *garantido por todo el honor de la nacion española*. En esta virtud se rindieron 130 fusileros, 60 lanceros de los Andes con sus respectivos oficiales i doce vecinos que habian quedado en el cuadro. El honor de la nacion

española, representado por los realistas de América, fué siempre la garantia mas ineficaz, por no decir atroz. Asi es que el mismo dia los defensores de Concepcion fueron declarados reos de estado, i encerrados en estrechos calabozos o lugares habilitados al efecto, como el *De profundis* del convento de la Merced, miéntras se preparaba la nueva iglesia de la catedral para depósito jeneral, en que entraron hombres de todas clases, ancianos de 80 años, i niños de 15. El ayudante de plaza Mantecola, que por su ardiente patriotismo i carácter osado i bullicioso, se habia granjeado el odio del partido realista fué castigado con bofetadas i palos; i tendido en el suelo con las manos amarradas i una mordaza en la boca, permaneció muchas horas, para ludibrio del soldado. Los oficiales don José Santiago Gomez, don Juan José Quijada i don Santiago Flores curaron sus heridas en la prision; pero don Ramon Gil murió en ella i el valiente don Juan Manuel Vidaurre sucumbió ántes de entrar. Los demas fuimos tratados con el mayor rigor: por muchos dias fué mi colchon un pellejo de carnero, mi almohada un ladrillo i mi cobija un pedazo de capote, i con todo no era de los peor parados. Las mujeres que quedaron en las casas, con mil apuros podian proporcionarnos el diario sustento i al introducirlo era desfalcado por la guardia. Esta era mui numerosa, i constantemente tenia abocados a la única puerta que se habia dejado, dos cañones cargados a metralla, la mecha encendida i la órden de disparar sobre nosotros al menor movimiento que hiciésemos.—La desierta isla de la Quiriquina fué

tambien convertida en depósito de prisioneros. Se nombró una junta para instruir los procesos, pues todos éramos considerados reos de lesa majestad. Se aguardaba solo la conclusion de ellos, para imponer las mas severas penas a algunos oficiales, asi en Concepcion como en Chillan, i para remitir otros a las Casas-matas del Callao. Todos sufriamos con serena fortaleza el rigor de nuestro destino, i los insultos de oficiales improvisados ; o de partidarios triunfantes en una guerra civil, i en quienes ni la educacion ni los sentimientos de honor, mitigaban el acaloramiento de las pasiones (5)."

(5) Benavente, *Memoria sobre las prim. camp.*, cap. X.—He tenido a la vista el parte que pasó Benavente al jeneral O'Higgins en 1.° de junio de 1814. Se halla publicado en el *Araucano* núm. 179 de febrero 14 de 1834.

CAPITULO XIV.

I. Situacion respectiva de los dos ejércitos.—II. El virrei Abascal comisiona al comodoro Hillyar para tratar con los insurjentes de Chile.—III. Causas de sus demoras para llegar a Santiago.—IV. Es nombrado mediador entre los belijerantes.—V. Entrevista de los jenerales.—VI. Firman los tratados de Lircai.—VII. Gainza se pone en marcha para Chillan.—VIII. Su ejército recibe mal los tratados.—IX. Los insurjentes se oponen a su cumplimiento.—X. El jeneral O'Higgins espone al gobierno la necesidad de recomenzar la guerra.

I. La situacion del jeneral Gainza sin embargo léjos de mejorar con la nueva conquista que acababan de hacer sus subalternos se hizo mas angustiada. Con la noticia la desercion aumentó considerablemente: los campesinos de las provincias meridionales que servian en el ejército realista, creian que la reconquista de Concepcion i Talcahuano era lo mas que podia pretender Gainza, que era loco i aventurado proseguir la campaña al norte del Maule; i se manifestaban quejosos contra los jefes, i dispuestos a volver a sus hogares, que habian abandonado muchos por engaño i otros por temor. Esos campesinos habian llenado las bajas de los cuerpos de Valdivia i Chiloé, de modo que su desercion disminuyó mucho la fuerza real del ejército.

Bien habria querido Gainza repasar el Maule i

seguir a encerrarse a Chillan; pero su ejército estaba mui estropeado para emprender una marcha de esa especie cuando indudablemente debia ser perseguido de cerca por los patriotas, i quizá atacado en el paso mismo del rio. Faltábanle ademas los medios de movilidad para emprender la marcha. Su caballeria, compuesta en la totalidad de milicianos de la frontera, estaba reducida a ménos de un tercio de su número; i sus bestias de carga no bastaban para mover la mitad de sus útiles de guerra. Obligado así por la mas imperiosa necesidad tuvo Gainza que quedar en Talca (1).

La situacion de O'Higgins, por el contrario, era sumamente lisonjera. Su ejército se habia acercado a la capital, habia rehabilitado sus comunicaciones con ella, i al cabo de pocos dias comenzó a recibir los recursos de que carecia. Le llegaron víveres en abundancia, bastantes caballos i municiones de guerra en cantidad suficiente para equipar bien su ejército.

No era esto todo: en la segunda mitad de abril llegó a Quechereguas la division de reserva que mandaba don Santiago Carrera, i casi junto con ella algun dinero i vestuario que O'Higgins distribuyó a sus soldados, disponiéndose a concluir en breve la campaña. Su tropa estaba entónces animada de un buen espíritu: las ventajas de que gozaba la habian envalentonado, i el jeneral en jefe queria aprovecharse a todo trance de tan favorables circunstancias para batir al enemigo.

(1) Ballesteros, *Revista de las obras*, etc. etc, año de 1814. M

II. Un acontecimiento inesperado vino a salvar al jeneral Gainza de la segura e inevitable ruina del ejército de su mando. Fué este la llegada a Santiago del comodoro ingles Mr. James Hillyar, comisionado por el virrei del Perú para pacificar el reino de Chile por medio de una honrosa rendicion de las armas insurjentes.

Hillyar recorria el Pacífico al mando de la fragata *Phœbe* i de la corbeta *Cherub* para protejer el comercio i los buques ingleses, amenazados por la *Essex* i otras embarcaciones menores de los Estados-Unidos de América, a la sazon en guerra con la Gran-Bretaña. Hallábase en el Callao en enero de 1814, a la época de la salida de la espedicion del brigadier Gainza, i en varias conferencias que tuvo en ese puerto con el virrei Abascal le manifestó el sentimiento que le causaban las desavenencias entre la España i sus colonias, los horrores de una guerra jeneral i prolongada, i los fundados temores que él abrigaba de que la lucha sin principios ni bandera que sostenian entónces los insurjentes de muchas provincias fuese solo del deseo de segregarse definitivamente de la madre patria. Hillyar comprendia que la España no se hallaba en estado de poder sofocar una conflagracion jeneral, i pensaba que mas valia la paz con tratados, o mas bien con una promesa franca i esplícita de completo olvido de las pasadas desavenencias, i no vaciló en aconsejarle a Abascal la política de reconciliacion.

Preparábase entónces el comodoro ingles para darse a la vela con direccion a las costas de Chile, en busca de los buques americanos: con este motivo

se ofreció al virrei para servirle de mediador entre los insurjentes de este país, i el jeneral don Gavino Gainza. Abascal aceptó su propuesta: él tampoco tenia gran confianza en el ejército realista de Chile ni esperaba la pronta pacificacion del reino por medio de las armas; i creyó que valia mas aprovecharse de la mediacion de un personaje que, por su nacionalidad i graduacion militar, podia prestar algunas garantías a los insurjentes.

En esta persuacion Abascal dió a Hillyar sus credenciales cerca de Gainza, que habia zarpado de Callao once dias ántes, i un pliego de las instrucciones que debia seguir para celebrar el tratado. En ellas se estendia Abascal enumerando las inmensas ventajas que por todas partes alcanzaban las armas españolas, la abundancia de recursos con que contaba el Perú, i la poca necesidad que aquel país tenia del comercio de Chile: segun él no eran ni el temor ni el cálculo lo que lo inducia a entrar en transacciones i tratados, sino solo "el horror con que miraba el derramamiento de sangre i el dolor de que estaba penetrado por su imprescindible obligacion de usar de la fuerza contra los insurjentes." Por esto mismo en esas instrucciones ofrecia Abascal, como única base, un completo olvido en pago del desistimiento de todos los propósitos de los revolucionarios: "Siempre que los chilenos, decia en el artículo 10, ratifiquen el reconocimiento que han hecho de Fernando VII, que en su ausencia i cautividad reconozcan la soberanía de la nacion en las córtes jenerales i estraordinarias, i reciban i juren la constitucion española hecha por las

mismas, los recibirá en sus brazos (el virrei) como un verdadero padre, echando en olvido todo lo pasado sin que directa ni indirectamente se proceda contra ninguno por mas o ménos parte que haya tenido en la revolucion; en el concepto que deben admitir la audiencia, gobierno i empleados por la soberania, como lo estaban ántes, con solo la diferencia dictada por la propia constitucion, i que para el resguardo de las personas, propiedades i sosten de la administracion de justicia han de recibir la guarnicion necesaria de tropas chilotas interin se organiza otras de todo el distrito (2)."

Con estas instrucciones zarpó del Callao el comodoro Hillyar el 11 de enero de 1814. Lleno de esperanzas alhagüeñas en el resultado de su mision, el marino ingles se lisonjeaba entónces con la idea de ver pacificado el reino de Chile, merced solo a sus buenos oficios.

III. La *Phœbe* i la *Cherub* arribaron a Valparaiso en la mañana del 8 de febrero; pero, contra los deseos del comodoro Hillyar de concluir en breve el tratado de pacificacion de Chile, encontró anclados en la bahia a la fragata americana *Essex* i dos de sus presas. Con esto solo ya no le era posible pasar a Santiago.

Para mayor causa de demora, el comodoro Porter, que mandaba las naves americanas dió principio a las hostilidades, promoviendo la desercion en los buques ingleses; pero sin intentar ataque alguno contra ellos. El territorio neutral que ocupaban era

(2) *Instrucciones, etc., etc.,* insertas en el *Pensador del Perú.*

para ambos un impedimento sério que no les permitia batirse; i Porter, que se consideraba mas débil que su enemigo, se obstinaba en no salir de la bahia, sino era burlando a Hillyar. Todos sus movimientos para lograr esta ventaja fueron infructuosos.

Pásose así mes i medio. En la tarde del 28 de marzo, el comodoro Porter, aprovechándose de una brisa favorable, salió por fin del puerto. Hillyar lo siguió de cerca, i le dió alcance a una milla mas al norte de la punta denominada de la Caleta. En poco tiempo mas se empeñó entre ambos un reñido combate, en que salió vencedor el comodoro ingles. Desde entónces, Hillyar podia pasar a Santiago a entenderse con las autoridades chilenas para celebrar el tratado.

IV. Hillyar llegó a la capital a principios de abril. Inmediatamente se presentó al supremo director don Francisco de la Lastra, le manifestó los poderes i credenciales del virrei Abascal i le espresó los buenos deseos de que se sentia animado para trabajar en favor de la paz del reino. No satisfecho con esto, trató de probarle que el mal estado de la insurreccion americana, i las ventajas que obtenian en la península los ejércitos ingleses i españoles eran claros indicios de que se les acercaba su fin a los independientes del nuevo mundo, i que convenia mas celebrar un tratado que esponerse a la saña de los vencedores.

Entónces cabalmente llegaban a la capital las noticias del paso del Maule i de la ventajosa defensa de Quechereguas; pero eran tan tristes las que

venian del esterior que Lastra i sus consejeros llegaron a creer que las victorias del ejército patriota servirian apénas para alcanzar condiciones mas ventajosas en el tratado. Las tropas arjentinas acababan de sufrir dos grandes derrotas en Vilcapujio i Ayohuma; Caracas i las provincias del norte de la América meridional habian sido subyugadas; la España estaba libre de sus invasores a los cuales habian batido sus aliados en Vitoria i los Pirineos; i, para colmo de males, la insurreccion de sus colonias léjos de contar con el apoyo de algun estado poderoso de Europa, era mirada, segun se decia en Santiago, como un movimiento ridículo i sin consecuencias.

Los políticos que dirijian la revolucion chilena desde la capital se sintieron desalentados con tan tristes noticias; pero a estas causas de abatimiento se agregaban otras que, si bien caseras, eran aun mas poderosas. La campaña del sur se habia alargado todo un año sin fruto alguno; el erario público se habia agotado sin que los donativos voluntarios bastasen a satisfacer las necesidades del ejército; todos los chilenos tenian que lamentar males i perjuicios causados por la guerra; el comercio estaba paralizado; las tropas habian asolado las ricas i fértiles provincias de su tránsito; i cada batalla costaba a la patria algunos centenares de chilenos, porque, por desgracia, eran chilenos los soldados de ambos ejércitos.

En el campamento, es verdad, no se habia sentido aun desfallecer el espíritu marcial; pero en las ciudades i particularmente en Santiago todo el mun-

do miraba la guerra con disgusto. Ya no se creian las victorias del ejército insurjente, acostumbrados como estaban todos a ver celebrar por tales las acciones de la campaña de 1813; i si faltaban quienes propusiesen rendirse al enemigo era solo porque temian los castigos a que los hacian acreedores sus compromisos.

El supremo director no podia dar ánimo a sus correlijionarios: él mismo veia la situacion por un prisma igualmente fatídico. Los horrores de la guerra, los sacrificios que costaba, i sobre todo la imposibilidad en que se creia para sostener la causa de la revolucion en aquellos momentos lo impulsaron a aceptar el tratado, pero solo como una tregua de poco tiempo para que la patria se repusiese de sus quebrantos, i bajo bases mas ventajosas que las propuestas por el comodoro Hillyar. Para esto convocó al senado consultivo, i de un acuerdo de este cuerpo resultó la aprobacion de las bases e instrucciones que debian seguir los jenerales O'Higgins i Mackenna para tratar con el enemigo. No importaban estas una pronta i absoluta rendicion como queria Abascal, i como habia pedido Hillyar en virtud de sus poderes: el mismo comodoro se habia penetrado de la ventajosa posicion de los insurjentes, i por su sola voluntad, i despreciando las instrucciones del virrei, llegó a modificarlas i correjirlas.

Esas instrucciones, en verdad, se oponian abiertamente a la anunciada independencia de la nacion chilena; pero tampoco no se sometian sus autores a la antigua sumision de la colonia como lo queria Abascal. Segun ellas el gobierno patriota debia

subsistir tal como fué aprobado por la rejencia española de 1811, i debian salir del pais las tropas realistas, quedando Chile obligado a mandar diputados a la península para arreglar definitivamente todas las diferencias, i a dar todos los ausilios que estuviesen a sus alcances para el sosten de la España. A juicio de Hillyar las bases que le fijaban los insurjentes eran un justo medio entre las avanzadas pretensiones de los dos partidos, i mui aceptables por el virrei que deseaba evitar los horrores de la guerra, i la efusion de sangre. Con ellas partió de Santiago el comodoro ingles, en compañía del doctor don Jaime Zudañez, hábil abogado arjentino, que debia asesorar a los plenipotenciarios O'Higgins i Mackenna.

V. El ejército insurjente estaba entónces reforzado con la division ausiliar que le habia llevado el coronel don Santiago Carrera. Su jefe se preparaba para atacar a Gainza en Talca cuando llegó a Quechereguas el comodoro ingles conduciendo las instrucciones para formar el tratado de paz, i algunas cartas particulares para el brigadier O'Higgins.

Eran estas escritas por varios de los personajes de mayor importancia i suposicion en la política del pais, i en ellas se empeñaban en probarle la necesidad que habia de tratar con el enemigo para evitar males de funestísimas consecuencias. El mismo director Lastra, que en su oficio daba a O'Higgins ciertas esplicaciones, no habia vacilado en mandarle que capitulase con el enemigo; i en carta particular le hablaba del hastío que ya habian pro-

ducido en su ánimo los negocios públicos, i del descrédito que siempre acarreaba su direccion.

En vista de esas notas el jeneral O'Higgins aceptó gustoso la mediacion que le ofrecia Hillyar, pero le previno que solo trataria con el enemigo bajo las bases convenidas en Santiago, i que deseaba aun fijar claramente ciertos puntos de importancia. Al efecto el comodoro partió para Talca el dia 27 de abril con el objeto de conferenciar con el jeneral realista, i de dar principio al desempeño de su mision.

Hillyar fué bien recibido por el brigadier Gainza. En la apurada situacion en que este se encontraba era sin duda una importantísima ventaja la espectativa de un tratado que lo salvase de una derrota segura. Pero al ver las bases acordadas en Santiago estuvo a punto de negarse enteramente a entrar en avenencia. Por dos artículos de sus instrucciones, Gainza estaba autorizado para tratar con su enemigo si este consentia en rendirse a fin de alcanzar el perdon de sus faltas; pero las bases que por conducto de Hillyar ofrecian los insurjentes se apartaban mucho del punto de partida que le habia fijado el virrei. En efecto contestó al comodoro ingles que si bien estaba mui dispuesto a tratar con sus enemigos no podia hacerlo bajo las bases que ellos proponian; a esto agregó que no le parecia sin embargo imposible entenderse con ellos, i que convenia pedir un armisticio para tener una conferencia con el jeneral patriota, quedando miéntras tanto el ejército de este en el campamento de Quechereguas.

Esto no era ya posible. O'Higgins se movió con

direccion a Talca en la mañana del 28 i fué a acampar a las casas de Parga, al sur del rio Claro, i el siguiente dia a Santa-Rita a orillas del Lircai. Allí recibió la nota en que Hillyar le avisaba el resultado de su entrevista con el jeneral Gainza; pero léjos de ceder a sus exijencias, le ofició inmediatamente con toda la firmeza i resolucion que las circunstancias exijian de él. "La estacion de las lluvias, decia en su nota, se acerca a gran prisa; i Gainza debe determinarse sin demora a seguir la guerra o a negociar, bien entendido que solo se tratara bajo las bases que estan en su conocimiento." Sin tardanza, i como si sus palabras no mostrasen por sí solas la firmeza de su resolucion, atravesó el Lircai con todo su ejército, i quedó acampado a cuatro leguas de Talca.

Grande fué la consternacion que produjo esta noticia en el ánimo de Gainza. En las noches anteriores las guerrillas insurjentes habian tomado algunos prisioneros realistas, i la marcha de O'Higgins no dejaba la menor duda acerca de sus intenciones, i de su confianza en las fuerzas de su mando. Sériamente alarmado, contestó Gainza en el mismo dia la nota del jeneral patriota: decíale que se hallaba dispuesto a tratar en los términos convenidos, pero que le parecia sumamente necesario tener el dia siguiente una entrevista para ponerse de acuerdo en los pormenores i detalles del pacto, i le fijaba el sitio en que esta debia tener lugar.

En la mañana del dia siguiente, 1.° de mayo, salieron del campamento con direccion a Talca los brigadieres O'Higgins i Mackenna i el secretario

don Jaime Zudañez, escoltados por un piquete de 25 dragones mandados por el capitan don Ramon Freire. En la mitad del camino encontraron a Gainza acompañado por Hillyar i el auditor de guerra don José Antonio Rodriguez Aldea, igualmente escoltados por otra partida de dragones mandados por don Anjel Calvo. Unos i otros se desmontaron en un rancho, en que Gainza habia hecho preparar algunas viandas para almorzar juntos; i allí tuvieron una discusion que duró tres horas consecutivas. En ella O'Higgins no solo no quiso ceder un ápice de sus instrucciones, si no que le fijó al enemigo el término de 30 horas para abandonar a Talca, i el de 80 dias para salir del pais, amenazándolo con el ejército de su mando en caso de no aceptar Gainza este punto del tratado. El jeneral realista, que conocia mui bien su situacion, tuvo que pasar por todo; pero su secretario Rodriguez, mas sincero que él en esta vez, confió a Zudañez los temores que abrigaba de que Abascal no aprobase el tratado.

Esto sin embargo no influyó en el ánimo de las partes contratantes para desistir. Hillyar aseguró que el virrei estaba dispuesto en favor de la paz, i el jeneral Gainza, cuya posicion era mui desesperada si no se concluia el tratado, se manifestó resuelto a adherir a todo. Tratóse tambien de la necesidad de abrir los puertos de Chile al comercio estranjero, como una medida de gran utilidad para el pais, i como un premio para la Inglaterra, que con tanto empeño habia trabajado por la independencia de la monarquia española. Hillyar, O'Higgins i Macken-

na abogaron por la aprobacion de este artículo, i Gainza cedió al fin sin gran disgusto. En el mismo dia se estendió el convenio en términos mas ventajosos aun para los insurjentes que los que señalaban las instrucciones de sus plenipotenciarios. Gainza quedó encargado de hacerlo sacar en limpio, i remitirlo firmado desde Talca para que se le enviase al supremo director, miéntras que el comodoro Hillyar, dando por concluída su mision se volvia a Santiago, conduciendo la primera noticia de quedar concluidos los tratados.

VI. Gainza se separó triste i abatido despues de aquella conferencia. El tratado que acababa de celebrar no era de modo alguno de su agrado; nada le importaba a él que los insurjentes declarasen formar "parte integrante de la monarquía española," porque en el convenio se establecia una especie de independencia disimulada i ciertas bases muí degradantes para el ejército realista. Segun el artículo 6.° sus oficiales no podian gozar en Chile de mas grado que los que tenian ántes de la guerra; por otros artículos debia abandonar todas sus conquistas a los insurjentes, que quedaban sometidos a un gobierno enteramente nacional, i dueños de todo el territorio que ocupaban ántes de la invasion del jeneral Pareja.

A su vuelta a Talca, el jeneral realista se sintió asaltado por dudas i vacilaciones sobre si debia firmar un convenio que iba a acarrearle tanta mengua i tanto desprestijio. Por desgracia suya, su posicion no le permitia negarse desembosadamente a cumplir lo que se habia acordado en la mañana. Se propuso

burlar al enemigo, i creyó que podria aprovecharse ventajosamente del armisticio convenido, cruzar el Maule i seguir su marcha a encerrarse a Chillan, en donde debia defenderse hasta que le llegasen nuevos refuerzos del Perú.

En la misma noche fué O'Higgins informado por sus espías de las determinaciones i preparativos del jeneral Gainza. Inmediatamente se puso sobre las armas, i una hora ántes de amanecer rompió la marcha a la cabeza de todo su ejército para atacar al enemigo ántes que atravezase el rio. Su vanguardia habia avanzado hasta el cerrito de Talca, cuando se presentó al jeneral en jefe un edecan de Gainza, encargado por este de asegurarle su buena disposicion para firmar prontamente el tratado sin reparo ni modificacion alguna, agregando ademas que por demora de sus copistas no le habia sido posible remitírselo firmado.

Esta esplicacion del enemigo detuvo la marcha de O'Higgins; pero dudando siempre de las protestas de Gainza hizo solo un movimiento de flanco i fué a situarse a Cancha rayada, dispuesto a no retirarse de esas inmediaciones hasta que la evacuacion de Talca por las fuerzas realistas le permitiese acuartelar sus tropas en la misma ciudad. Con este propósito el brigadier Mackenna i el capitan Sepúlveda buscaron i atrinchereraron un sitio aparente para acampar en la noche sin temor de una sorpresa.

En la mañana del dia 3, O'Higgins recibió, despues de una formal intimacion, los tratados firmados por Gainza, e inmediatamente los remitió a

Santiago para que fuesen ratificados por el supremo director. De acuerdo este con el senado consultivo los firmó el 5, i lo avisó a O'Higgins para que les diese cumplimiento en lo que le correspondia, i exijiese de Gainza la pronta evacuacion de Talca (3).

VII. Sin duda ambas partes contratantes obraron con doblez al estipular aquel convenio. Obligados por las circunstancias, el gobierno insurjente i el jeneral realista habian firmado un compromiso que no querian cumplir. Desde luego uno i otro apelaron a subterfujios i pretestos a fin de no entregar los rehenes prometidos para garantizar el tratado. Los patriotas se negaron a entregar al brigadier O'Higgins, como estaba convenido, escusándose con la necesidad que tenia el pais de este buen servidor, al mismo tiempo que Gainza se negaba a remitir a sus jefes veteranos, i ofrecia a los guerrilleros chilenos que servian en su ejército. Ambos consiguieron fácilmente lo que se proponian: al efecto los realistas dieron a los coroneles don José Hurtado i don José Ramon Vargas, i los insurjentes a don Juan de Dios Puga i don José Maria Soto, militares de igual graduacion.

Un nuevo inconveniente vino a ofrecerse al exac-

(3) Para la relacion de todas estas ocurrencias he tenido a la vista muchos papeles i documentos de aquella época; pero me ha servido principalmente un diario manuscristo de las conferencias i demas incidentes de la capitulacion, escrito en ingles por el jeneral O'Higgins. No hai pormenor alguno de mediana importancia que no tenga su lugar en ese diario; i la apreciacion de los sucesos es siempre exacta i hasta imparcial. En una nota escrita posteriormente a aquella época se espresa asi: "No se puede fallar en justicia si Gainza firmó el tratado de mala fe. Si es cierto que él no salió de Chile como lo habia prometido, tambien es cierto que el gobierno no pudo facilitarle buques para llevar al Callao sus tropas, en número de 2,000 hombres."

to i fiel cumplimiento del tratado. Gainza tenia que evacuar a Talca a las treinta horas despues de habérsele notificado su ratificacion, pero carecia de elementos para ello. En carta de 6 de mayo esponia a O'Higgins su escasez de recursos i la imposibilidad en que se hallaba para moverse de aquel punto. "En este estado, decia con este motivo, ocurro a U., lleno de los mejores deseos i con designio formal de que todo se cumpla, rogándole me ausilie como precisamente lo he menester.... Cien mulas aparejadas i 60 yuntas de bueyes es lo que pido a U. me franquee el dia que llegue la ratificacion: con eso i lo que tengo emprendo el viaje i cumpliré lo ántes que pueda mi contrato (4)."

Estas palabras de Gainza esplicaban a medias su apurada situacion. Asi lo comprendió el jeneral O'Higgins; pero léjos de querer aprovecharse de las circunstancias para destruir al enemigo despreciando los tratados que acababa de firmar, como le aconsejaron algunos jefes, contestó inmediatamente al jeneral realista ofreciéndole no solo los ausilios pedidos sino tambien una division de 300 milicianos de caballeria para servirle en el paso del Maule. Estos socorros salvaron al ejército en su retirada. Con ellos pudo Gainza salir de Talca el 8 de mayo cruzar aquel rio el dia siguiente, i encontrarse por fin en camino para su cuartel jeneral de Chillan.

VIII. Mayores fueron sin duda las dificultades que encontró el jeneral realista para aca-

(4) Carta de Gainza. Mss.—Tengo en mi poder muchas cartas escritas en esas circunstancias por este jeneral i dirijidas a O'Higgins.

llar el descontento de sus tropas. Los tratados que acababa de firmar estaban en abierta oposicion con las opiniones de los suyos i hasta con los intereses de los oficiales i empleados del ejército. Eran estos en su mayor parte chilenos de nacimiento, o españoles avecindados en el pais, relacionados i emparentados con familias chilenas, i no podian resolverse a salir de él para ir a buscar servicio en el ejército del Perú. Ellos veian desbaratadas sus esperanzas de ascensos i elevacion, i se encontraban reducidos a la dura necesidad de alistarse en el ejército de Chile conservando solo el grado i sueldo que tenian ántes de la guerra.

En el cuartel jeneral de Chillan se recibió la noticia con un descontento universal. Los oficiales que no habian cruzado el Maule i los primeros que llegaron a Chillan despues de la vuelta del ejército recriminaron al jeneral Gainza sin reboso ni disimulo, i hasta se complotaron para quitarle el mando por medio de una revolucion militar. El intendente interino de ejército, don Matias de la Fuente, el secretario frai José Almirall, i el auditor de guerra don José Antonio Rodriguez encabezaban el proyecto, i contaban con la cooperacion i apoyo de muchos jefes de segundo rango.

El jeneral español estaba en el sitio denominado las Trancas de Longaví cuando recibió informe del complot que se tramaba contra él. Temiendo las consecuencias de una conspiracion encabezada por personas de tanta importancia en el campamento, Gainza halló mas prudente demorarse en el camino i despachar a Chillan al coronel don José Balleste-

ros. Llevaba este el encargo de desvanecer las tristes impresiones que los tratados de Lircai habian producido en el ánimo de sus subalternos, apelar a la fidelidad de todos, representándoles que la division i la anarquia eran entónces mas perjudiciales que nunca, puesto que aun estaban al alcance del ejército de O'Higgins, que podia aprovecharse de tan favorable circunstancia, para acabar de batirlos. Sea que esta consideracion influyese en el ánimo de algunos de los caudillos de la proyectada revolucion o que el comisionado no alcanzase a penetrarse bien del espíritu de los militares, a los pocos dias de haber llegado a Chillan, avisó a Gainza, que se hallaba en las orillas del Ñuble, la buena disposicion del ejército para con él (5).

Por insignificante que fuese en sí el proyecto de revolucion, él era la obra del desagrado estraordinario que despertaron la conducta militar del jeneral Gainza, i las degradantes capitulaciones con que concluia la campaña. Los padres misioneros de Chillan, autoritarios por sistema i hasta entónces parciales decididos de Gainza, se avanzaron a manifestarle su desaprobacion a los tratados del modo mas claro i esplícito. Su guardian o provincial se negó terminante a interponer su influjo i relaciones para hacer reconocer "unos tratados que envolvian la ruina del ejército i la del todo el reino (6)."

Las tropas entretanto i el cabildo de la ciudad no

(5) *Relacion de méritos del coronel Ballesteros.* Mss.—*Revista, etc., etc.*, año de 1814. Mss.
(6) *Relacion de la conducta observada por los PP. misioneros.* Mss.

habian cesado de manifestar su descontento. Nadie en el pueblo aceptaba la paz comprada con el deshonor de las armas realistas, despues de tantos trabajos i sacrificios. El proyecto de conspiracion ganaba terreno de dia en dia entre los jefes i oficiales del ejército, i sin duda habria estallado el movimiento a no emplear algunos, ántes de apelar a las vias de hechos, las representaciones francas i sinceras. Gainza, que conocia mui bien su situacion, supo conciliarlo todo dejando entrever que no cumpliria jamas los tratados de Lircai, i que su propósito era demorar cuanto le fuese posible su salida de Chile, para que llegasen nuevos socorros del Perú (7).

IX. El gobierno insurjente se hallaba en la misma disposicion del jeneral Gainza para no dar cumplimiento a los tratados. Solo el desaliento de sus parciales de la capital i las noticias funestas a la causa de la independencia americana que de todas partes se recibian obligaron al director Lastra a capitular con el enemigo; pero él consideraba el pacto como un armisticio de corta duracion, durante el cual la patria recobraria sus fuerzas, desfallecientes entónces, i se pondria en disposicion de recomenzar la lucha con mayores esperanzas en su resultado.

Estos sentimientos respiran dos notas, dirijida una a don Francisco Antonio Pinto, enviado estraordinario de Chile en Lóndres i otra a don José Miguel Infante, diputado diplomático en Buenos-Aires. "Esté U. cierto, decia al primero en nota de 28

(7) Id. id. Conversacion con el señor don Manuel Barañao.

de mayo, que (Chile) no sucumbe; que está resuelto a ser libre a toda costa, que miéntras mas conoce sus derechos, mas odia la esclavitud: que ha olvidado absolutamente el sistema antiguo; que apetece un sistema liberal, i que proporcione a esta parte de América, la mas abandonada i abatida, las ventajas que hasta hoi ha desconocido. Estos son los íntimos i verdaderos sentimientos de Chile, i estos los principios liberales, bajo que se ha propuesto sostenerse. Si en la correspondencia oficial notase U. alguna ocasion espresiones que digan otro sentido, debe U. creer, que la variacion es accidental, i porque las circunstancias o conducto así lo exijen.—Por este seguro antecedente dirija U. todas sus operaciones i planes, i solo cuando U. vea en estos reinos tanta fuerza que no podamos resistir, dirá U. que Chile cederá al esterior con interior oposicion i violencia que harán algun dia su efecto." "Prevenga U. a Pinto, decia Lastra con la misma fecha al diputado Infante, que Chile está resuelto a ser libre a toda costa, que miéntras mas conoce sus derechos, mas odia la esclavitud; que ha olvidado absolutamente el sistema antiguo, que apetece un sistema liberal, i que proporcione a esta parte de América, la mas abandonada i abatida, las ventajas que hasta hoi ha desconocido, i cuanto mas concurre a descubrirle nuestros íntimos i verdaderos sentimientos (8)."

Sin embargo, el supremo director se creyó en la

(8) Estas dos notas se hallan reproducidas en un folleto publicado por Ossorio a su entrada a Santiago, en octubre de 1814, i que tiene por título:—*Conducta militar i política del jeneral Ossorio*.

necesidad de ocultar sus verdaderas intenciones. Con la paz alcanzada habia calmado en parte sus temores, pero no habian cambiado las circunstancias que lo obligaron a tratar. En la capital se anunciaron los tratados con repique jeneral de campanas, salvas de artillería i un solemne Te Deum en accion de gracias que se cantó en la iglesia catedral el 9 de mayo, con asistencia de todas las autoridades civiles, militares i eclesiásticas. Por todas partes se celebraba, con encargo del gobierno, la paz que aseguraba el pacto de Lircai. "De hoi en adelante, dijo el supremo director en su manifiesto, no será la sangre de los chilenos, no serán los estragos de la guerra los que compren la felicidad de Chile. Serán las razones, las amigables conferencias, la mútua confianza las que esclarezcan nuestros derechos...... ¿Cuál ha sido el pais que despues de mil victorias ha sacado mas ventajas de la guerra? (9)"

Esas manifestaciones con todo no alcanzaron a desvanecer la funesta impresion que los tratados produjeron en el ánimo de los patriotas mas exaltados. Ellos, los mas valientes el dia del peligro, no podian avenirse con tener que rendir de nuevo vasallaje a la España, i protestaban en secreto contra los tratados, que calificaban de degradantes al honor i a la dignidad nacional. Los oficiales que habian hecho la campaña se manifestaban igualmente dispuestos a desobedecer los tratados i toda pro-

(9) *Manifiesto que hace a los pueblos el supremo director de Chile.* Mayo de 1814.

videncia que tendiese a darle autoridad i prestijio.

Como era de esperarse, las pasiones i rencores entre godos i patriotas no se estinguieron por el solo hecho de haberse concluido el tratado de Lircai. Unos i otros se echaban en cara sus pasadas opiniones con encarnizamiento i calor: sarracenos e insurjentes eran los apodos con que se llamaban en sus disputas i en los pasquines que diariamente amanecian fijados en los puntos mas notables de la ciudad; i, sin cuidarse de la conservacion de la paz, unos i otros hacian cuanto les era dable para mantener encendido el espíritu de bando, hasta el punto de darse de palos en una noche de retreta, en la plaza pública.

El supremo director no pudo ver sin gran pesar el acaloramiento de los ánimos en aquellos momentos, en que, a juicio suyo, se necesitaba de calma i disimulo para ocultar al virrei del Perú el verdadero objeto de los tratados. Alentado por las mejores intenciones, creyó que su deber le mandaba ser conciliador: con este deseo mandó publicar un bando en el cual se disponia que "nadie so pena de estrañamiento insultará a otro llamándole sarraceno o insurjente, ni fijará, ni leerá, ni hará conversacion de pasquines alusivos a estas materias." Los consejeros del supremo director creian que ese simple mandato bastaria para calmar los espíritus.

En el mismo dia, 11 de mayo, se hizo publicar otro bando de tendencias verdaderamente reaccionarias. Mandábase en él que el ejército nacional, las plazas fuertes, los castillos i buques del pais no usasen de otra bandera que la española, ni

que las tropas llevasen otra cucarda que la que usaban ántes de la revolucion. Segun los considerandos de ese decreto el cambio de bandera, producido por "un abuso de la autoridad de un gobierno arbitrario," habia causado la guerra.

El resultado que inmediatamente produjo dicho bando distaba mucho de ser el que deseaba el supremo director. La bandera tricolor, que aun no tenia dos años de edad, habia guiado al ejército insurjente a la campaña, i contaba ya con el amor de todos los soldados que habian combatido por ella. Estos no pudieron resignarse a obedecer el bando del supremo director; protestaron en secreto contra él, i, para escarnio de la bandera española, que se les mandaba respetar, la pusieron dos dias consecutivos en la horca que estaba plantada en la plaza mayor de Santiago.

No quedaron reducidas a esto solo las manifestaciones de los revolucionarios. En los cuarteles de la capital se recibieron con jeneral desagrado las cucardas españolas que, por órden del gobierno, se repartian a la tropa i a la oficialidad; i mas de una vez se vieron manifestaciones mui francas de desprecio por la antigua escarapela i de adhesion a los colores de la patria. El batallon de voluntarios del mando de don José Antonio Cotapos, que el supremo director mandó volver de Talca, dió el primer dia de su entrada a Santiago una prueba de insubordinacion a las órdenes del gobierno, presentándose en la plaza principal con cucardas tricolores en las gorras de todos los soldados, i dando gritos de ¡viva la patria! El capitan de granaderos don Jo-

sé Santiago Aldunate, que hacia la guardia en el palacio, lejos de emplear la fuerza de su mando para atacar a los voluntarios, siguió su ejemplo pisoteando él i sus soldados la escarapela española, que usaban por mandato del gobierno (10).

En el cuartel jeneral de Talca las protestas no fueron ménos sérias i esplícitas. En la primera revista militar los cuerpos prefirieron presentarse sin estandarte ántes que alzar la bandera española; i tanto en esta ocasion, como en una carrera de caballos, a que asistió casi todo el ejército, la tropa de caballería, a ejemplo del comandante de húsares de la gran guardia don Joaquin Prieto, puso la cucarda en las colas de sus caballos. Para mayor desprecio de los mandatos del gobierno, el jeneral O'Higgins, en vez de castigar este acto de indisciplina, celebró la ocurrencia del comandante Prieto, i disimuladamente impidió que los soldados de su ejército usasen la bandera i la cucarda española, miéntras los tratados no tuviesen la ratificacion del virrei del Perú (11).

X. El jeneral en efecto era, entre todos los oficiales del ejército, el que estaba mas dispuesto a romper los tratados que él mismo celebró con el enemigo. Convencido como estaba de que Gainza no habia de darles cumplimiento, O'Higgins no cesó de manifestar al gobierno la necesidad de recomenzar la guerra, i de pedir al enemigo la pron-

(10) Conversacion con el jeneral don José Santiago Aldunate.

(11) Noticias comunicadas por el jeneral de division don José María de la Cruz.

ta evacuacion del territorio chileno, en virtud del artículo segundo de los tratados de Lircai.

Gainza por su parte no se hallaba mui dispuesto a dar cumplimiento a ese artículo. Desde que pasó el Maule comenzó a ponderar a O'Higgins las dificultades inmensas que se oponian a la movilidad de su ejército, las lluvias i temporales que lo atajaban, disculpando asi su tardanza para salir de Chile. "No podré esplicar bastantemente a U., le escribia en carta confidencial desde Chillan en 18 de mayo, mis trabajos para llegar a esta plaza i han sido i son de todo jénero."—"Ha tres dias decia el 22 del mismo, que estamos casi a oscuras con un temporal tan récio de viento i agua que lo creo razon suficiente con que contestar su nota en que me insta sobre la pronta salida de estas tropas (12)."

El jeneral O'Higgins, sin embargo, se cansó de oir esas mismas escusas dos meses consecutivos. Exasperado por la estudiada tardanza del jefe realista, despachó a don Miguel Zañartu i al cura don Isidro Pineda con el cargo de plenipotenciarios hábiles para entenderse con Gainza i disponerlo todo para el mas pronto cumplimiento de los tratados. Su mision estaba reducida a exijirle el cumplimiento del artículo segundo del convenio, i a interponer su influjo para con los habitantes de las provincias meridionales, a fin de que estos cesasen de hostilizar a los realistas en su retirada.

Esta providencia del jeneral O'Higgins puso en

(12) Cartas del jeneral Gainza a O'Higgins, Mss.—Tengo en mi poder muchas otras cartas de Gainza, escritas todas ellas en el mismo sentido.

duro conflicto a Gainza. Los dos plenipotenciarios eran sujetos notables por su penetracion, enerjia i patriotismo; i, segun se presentaban las cosas, no le era ya posible mantenerse en Chillan apoyado en los groseros subterfujios, que hasta entónces le habian servido de escusa para no cumplir los tratados. Entónces, por otra parte, esperaba de dia en dia noticias del Perú, i quizá un poderoso refuerzo con que recomenzar la guerra con mas probabilidades de buen éxito; pero necesitaba mantenerse un mes mas bajo cualquier pretesto, engañando al enemigo a fin de evitar que engrosase su ejército i se preparase para la guerra.

En su apurada situacion, Gainza hizo cuanto le era dable para disimular sus propósitos. Ofició a los gobernadores i subdelegados del camino que debian andar Zañartu i Pineda recomendándoles que los tratasen con la mayor consideracion i respeto, i aun avisó a ambos que habia espedido aquellas órdenes para su recepcion en los pueblos de su tránsito; pero se negó cortezmente a recibirlos en calidad de plenipotenciarios por no traer poderes del gobierno jeneral del reino. Despues de cambiar algunas notas, Zañartu i Pineda, sin aceptar las atenciones de Gainza, dieron la vuelta a Talca a comunicar a O'Higgins el ningun resultado de su mision (13).

La falta del jefe realista quedaba descubierta con esto solo. No era posible ya creer en las protestas de su sinceridad i buena fé despues de la conducta

(13) Tengo en mi poder los documentos relativos a esta mision. Todos ellos no arrojan mas luz que lo que queda apuntado en el testo con detalles de mui poco interes.

que usaba con los plenipotenciarios de O'Higgins. Este mismo, lleno de una justa indignacion, no hizo otra cosa que reclamar del gobierno medidas enérjicas i decisivas contra los enemigos de Chile, i una pronta declaracion de guerra. Su nota, escrita el 26 de julio, manifiesta claramente los sentimientos que lo animaban en aquellos momentos, i su vehemente deseo de recomenzar la guerra contra los "insaciables tiranos" de la América. Es como sigue:

"Exmo. señor.—El dia de esta fecha ha llegado a esta ciudad el licenciado don Miguel Zañartu, i mañana entrará el cura don Isidro Pineda: por la correspondencia que estos señores han tenido con el jeneral Gainza, i que acompaño en testimonio, quedará V. E. cierto hasta la evidencia, que los recelos que desde el principio tuvimos de la poca fé de dicho jeneral, se hallan hoi realizados a pretestos fútiles, ridículos i despreciables, queriendo solo ganar tiempo para saber del virrei del Lima si ha de dar cumplimiento a los tratados, o si ha de seguir en el propósito de la desolacion del reino, único objeto de estos tiranos insaciables de la envidia de los virtuosos americanos: V. E. verá cuan claramente se lo espongo en contestacion al oficio de anoche que separadamente he recibido de Gainza, i que acompaño igualmente en testimonio; desentendiéndome de la llegada de Zañartu por esperar la de Pineda, que trae un oficio de aquel jeneral que contestaré igualmente tan claro como deseo, i de todo noticiaré a V. E. inmediatamente.

"Con lo dicho solo habria un suficiente motivo para que V. E. inmediatamente hiciese la formal

declaracion de guerra; pero aun hai mas que como aquel jeneral ha tenido siempre dobles intenciones, ha procurado en tiempo hacer cuantas hostilidades le ha suscitado su tiranía en perjuicio de los patriotas de la provincia que ocupa: la casa de Mendiburu ha sido obligada por este pirata á contribuir con diez mil pesos, la de Benavente con cinco mil, i así sucesivamente hasta haber dejado los campos sin ganado, i sus habitantes sin socorro alguno para la mantencion necesaria para sus familias, pues a pretesto de las necesidades de su ejército ha hecho un saqueo jeneral, con el que es de inferirse quiere sostener la guerra, o cuando ménos aprovecharse de todo como buen ministro del señor virrei de Lima; i supuesto pues que ya Chile en la línea de condescendiente toca los límites de humillacion indecorosa, que le denigrará á la presencia de los pueblos que sostienen i han sostenido a toda costa su libertad sagrada, es de necesidad, es preciso, i no hai otro medio sino que V. E., a la posible brevedad, haga que se acopie en cajas públicas de esa ciudad hasta medio millon de pesos, exhibidos por los infinitos enemigos de nuestra causa, a quienes inmediatamente se les deberá poner en la mas estrecha captura, hasta consumirlos i esterminarlos al todo, pues es el único medio de que la patria se salve; yo al par el dia de hoi, i por medida de precaucion, les echaré mano a cuantos en esta ciudad sé i me consta deben pagar con sus bienes i la vida las perfidias i traiciones que han fomentado i fomentan contra su suelo, contra la humanidad i contra la quietud pública.

"Defendido asi, señor Exmo., i tomando V. E. inmediatamente las mas sérias providencias para surtir al ejército de armeros, cureñas, obuses, fusiles, i cuantos útiles de guerra sean en abundancia bastantes para una guerra decisiva; con el apresto de cuantas tropas hai en esa capital para que caminen a primera noticia mia: afirme desde ahora V. E., como yo lo hago con mi vida, que no solo haremos cumplir a Gainza con lo estipulado, sino que obligándole cuando ménos a dejar el armamento, i sin necesidad de mandar mártires a Lima, daremos mui en breve un ejemplo al mundo, i recojeremos todas las glorias, que habiamos sacrificado en las aras de la humanidad, con asombro eterno de los tiranos del mundo, i bajo el supuesto, que las naciones cultas con la Inglaterra bendecirán las huestes de Chile, que así saben hacer respetar el órden sagrado de los pactos.

"No es hora ya, Exmo. señor, de trepidar un momento en esta materia, ni V. E. crea en protestas, simulaciones i cuantos mas arbitrios quieran dictar los tiranos de este pais. Tenga V. E. entendido, que aquellos son la causa de todo, i que cuantos males se les irrogue en sus bienes i personas, sin respetar casados ni solteros, son otros tantos grados de honor i gloria, que adquirirá Chile en su sistema, i obligará a las jeneraciones posteriores a bendecir con alegria las sábias manos que fabricaron el firme edificio de su felicidad.

"Bien sabe V. E. que nuestros mayores apuros en la guerra pasada han sido solo por falta de fusiles; i suponiendo en el dia que a nuestros her-

manos los de Buenos-Aires les sobra demasiadamente armamento de toda clase, soi de parecer que V. E. inmediatamente le haga un espreso a aquel exmo. director, significándole la falta que tenemos de este armamento, i los motivos que nos obligan a ponernos a cubierto de las insidias de los tiranos de nuestros sagrados derechos, con cuyas razones i el interes formal que aquel estado tiene en la conservacion del nuestro, no dudo que rápidamente socorrerá con dos mil fusiles, que considero mui bastantes para doblados enemigos; asegurando a V. E. que pondré en esta ciudad tantos soldados de línea, cuantos fusiles sean los que se me remitan.

"Nuestro Señor guarde a V. E. muchos años, Talca i julio 26 de 1814.—Exmo. señor.—*Bernardo O'Higgins.*—Exmo. supremo director del estado chileno."

CAPITULO XV.

I. Prision de los Carreras en Chillan.—II. Alcanzan su libertad.—III. Pasan por el cuartel jeneral de Talca.—IV. Ajitacion que produce en la capital el arribo de los Carrera.—V. Revolucion del 23 de julio.—VI. El ejército de Talca no reconoce al nuevo gobierno.—VII. Se pone en marcha para Santiago.—VIII. Accion de Maipo.—IX. Reconciliacion de O'Higgins i Carrera.

I. El jeneral don José Miguel Carrera i su hermano don Luis permanecian prisioneros en Chillan miéntras O'Higgins dirijia la gloriosa campaña que vino a concluir con los tratados de Lircai. A ellos no les toca en nada la vergüenza de haber reconocido de nuevo la soberanía de la metrópoli; pero tampoco habian alcanzado el renombre que su sucesor obtuvo en el campo de batalla batiendo al enemigo i dirijiendo operaciones bien combinadas.

El mismo dia en que los Carrera i sus compañeros cayeron prisioneros en poder de Lantaño (4 de marzo) (1), fueron conducidos a Chillan, a donde llegaron poco despues de oscurecerse. El coronel Berganza, que mandaba en la plaza, dió la órden de poner en la cárcel a todos los prisioneros, i remitió

(1) Véase la pájina 326.

a los Carrera a la casa del intendente de ejército don Matías de La Fuente, para que este dispusiese de ellos como lo creyese necesario. Por casualidad, La-Fuente habia salido ese dia fuera del pueblo, i cuando volvió, que ya era mui avanzada la noche, encontró en el patio de su casa a don José Miguel i don Luis Carrera, cargados con una barra de grillos i rendidos de cansancio i de fatiga producidos por una marcha precipitada por ásperas laderas i en malos caballos.

El intendente tenia un gran encono contra don José Miguel. Gravemente perjudicado en sus intereses por la confiscacion de una valiosa fábrica de salitres que poseia en Tumbez, La-Fuente guardaba un vivo rencor al jeneral Carrera, atribuyéndole a él lo que era solo efecto de la guerra. Quizá a causa de este encono se puso a su disposicion a los prisioneros; pero el intendente de ejército supo mostrarse jeneroso en aquellas circunstancias. Olvidando sus resentimientos los acomodó en dos cuartos separados inmediatos a su casa, i, aunque les puso una buena guardia para su seguridad, les mandaba diariamente cuanto podia hacer mas lijera su prision. Allí pasaron dos meses consecutivos sin comunicarse ni verse mas que con sus centinelas i los criados del servicio de La-Fuente, que les llevaban la comida.

A los pocos dias de su prision se inició contra ellos la causa criminal, como revolucionarios i traidores declarados a la autoridad i soberania del rei de España. Con este objeto comisionó Gainza al coronel Ballesteros, para que, en calidad de fiscal,

siguiese el proceso hasta dejarlo bastante avanzado, a fin de remitirlo a Lima con los prisioneros. Sea en virtud de órdenes superiores del jeneral, o solo por un efecto del carácter bondadoso de Ballesteros, este los trató con todas las consideraciones posibles, i en los primeros dias de mayo, dando por concluidas sus tareas, salió de Chillan para juntarse a Gainza, e informarlo del resultado de su comision. Entónces el jeneral realista habia celebrado el convenio de Lircai, i la causa de los Carrera i su deportacion al Perú quedó reducida a simples proyectos.

II. A consecuéncia de esos tratados O'Higgins i Gainza pusieron en libertad a sus prisioneros de guerra; pero por un artículo secreto los Carrera quedaron siempre en Chillan. El director supremo temia que la presencia de don José Miguel en el campamento ocasionase movimientos i trastornos en el ejército; i a fin de evitarlos dió sus órdenes a O'Higgins para que estipulase un convenio con el enemigo que pusiese al cuartel jeneral al abrigo de los males que él presajiaba.

En virtud de este encargo el jeneral patriota convino con Gainza que los hermanos Carrera fuesen embarcados en Talcahuano, i remitidos a la mayor brevedad al puerto de Valparaiso. Desde allí don José Miguel debia partir para el esterior, con una mision diplomática del gobierno de Chile (2). El

(2) El artículo secreto de los tratados de Lircai, de que se habla en el testo, ha sido desfigurado por los detractores del jeneral O'Higgins. Se ha dicho que este jefe convino con Gainza en remitir presos a los Carrera a las casas-matas del Callao, a la disposicion del virrei del Perú. Si hubiera de desmentir esta asercion reproduciendo todos los

jeneral realista se comprometió formalmente a su cumplimiento.

Apénas hubo cruzado el Maule, Gainza avisó al gobernador de Chillan el convenio que acababa de celebrar con el enemigo. En esta virtud, i por empeño de un oficial italiano que servia en el ejército realista, se les quitaron los grillos a los Carrera, i se les permitió salir libremente de la prision, sin mas garantia que su palabra de honor. Ellos por su parte usaron ámpliamente de esta libertad: contrajeron relaciones con varios oficiales del ejército realista, levantaron entre estos i algunos vecinos un empréstito de quinientos pesos, i se prepararon perfectamente para fugarse. La familia del intendente La-Fuente, a la que visitaban con mucha frecuencia, favoreció su proyecto; i en la noche del 12 de mayo, durante un baile que se daba en la casa de esta, los Carrera, que tambien habian asistido, desaparecieron sin ser notados por la concurrencia. A

documentos que tengo en mi poder, tendria que ocupar muchas pájinas. Baste solo el estracto siguiente de dos interesantes notas. En una dirijida por O'Higgins al supremo director Lastra, con fecha de 9 de mayo, dándole cuenta del resultado de su mision para tratar con Gainza, se encuentran las palabras siguientes: "Entre los tratados celebrados con el jeneral Gainza se acordó que los prisioneros de una i otra parte debian restituirse a sus destinos; entre los nuestros se hallan los caballeros Carrera que tambien deben ser comprendidos i para estos he tratado con el espresado jeneral Gainza, sean conducidos al puerto de Valparaiso a disposicion de V. E."—En otra nota de Gainza, de 13 de mayo, dirijida a O'Higgins para darle cuenta de la evasion de los Carrera, se espresa así: "Celoso de cumplir exacta i relijiosamente, en cuanto alcance nuestro convenio o tratados, dirijí prontamente su órden para poner en libertad los prisioneros de Concepcion i Chillan, previniendo al comandante de este segundo punto que lo es don Luis Urrejola, que los Carrera debian embarcarse en Talcahuano para Valparaiso de lo que debia cuidar."—No he visto un solo documento que manifieste lo contrario de lo que dicen las notas, ni los detractores de O'Higgins lo han citado jamas.

las doce de la noche todo el mundo sabia en Chillan que don José Miguel i su hermano habian fugado: nadie lo estrañó ni lo sintió, porque se conocian sus preparativos, i todos deseaban su evasion. Resueltos como estaban a desobedecer los tratados de Lircai i a recomenzar la guerra, los jefes de la guarnicion de la plaza creian firmemente que los prisioneros excepcionados en el convenio serian el oríjen de la discordia en el campamento patriota; i si no fomentaban su evasion al ménos no hicieron nada para impedirla.

Los fujitivos entretanto encontraron en una de las calles estraviadas de Chillan dos caballos ensillados i un muchacho práctico de los caminos, que les habia preparado la señora doña Maria Loaiza, esposa del intendente de ejército don Matias de La-Fuente. Sin pérdida de momentos salieron del pueblo con la intencion de dirijirse a Talca por senderos estraviados.

Aquellos campos se hallaban entónces poblados de bandidos dispuestos a robar i a asesinar al viajero que no tenia la precaucion de acompañarse con las guerrillas que los cruzaban en todas direcciones. La noche estaba oscura i lluviosa, i sin el guia que se les habia proporcionado en Chillan no habrian podido separarse del pueblo ni unas pocas cuadras siquiera. Para colmo de males, el muchacho que los acompañaba tuvo miedo de verse en el campo a aquellas horas de la noche, i se volvió a Chillan, dejando a los viajeros perdidos en un camino que no conocian, i que la oscuridad no les permitia distinguir.

Por fortuna distinguieron a lo léjos la débil luz

que despedia una fogata encendida en un rancho: allí encontraron una vieja que les dió algunas indicaciones del camino, i mas adelante uno de esos mismos salteadores, cuya presencia querian evitar. Los dos hermanos le impusieron miedo: don Luis lo amenazó con una pistola si hacia el menor ademan a dañarlos, i don José Miguel le ofreció una buena gratificacion en dinero si los llevaba hasta Talca por laderas estraviadas. El bandido halagado con la esperanza del premio, e intimidado por las amenazas de don Luis, no vaciló en servirles de guia.

III. El jeneral O'Higgins tuvo noticia de la fuga de los Carrera un dia despues de acaecida. Gainza, que aun no habia entrado a Chillan, se la anunció en la mañana del trece de mayo, desde el sitio denominado las Trancas de Longaví, con una hipocresía mui naturalen su posicion. Lamentaba en su nota este accidente, i se empeñaba, aunque con disimulo i maña, en disculpar a sus subalternos, de la complicidad que el jeneral insurjente debia atribuirles; pero nada le decia en ella de sus providencias para apresar a los fujitivos.

Fuera de esto nada se sabia en Talca del destino i paradero de los Carrera, cuando en la noche del 14 de mayo, poco despues de oscurerse, los dos se presentaron al jeneral O'Higgins en su propia habitacion. Este abrazó cordialmente a don José Miguel, estrechó fuertemente la mano de don Luis, los alojó en su casa, i se empeñó en atenderlos en cuanto le fué posible.

Apesar de todas estas manifestaciones, O'Higgins

tuvo particular cuidado de no divulgar la noticia del arribo de los Carrera. Su presencia en el cuartel jeneral, cuando en él habia tantos jefes que se declaraban en abierta oposicion con la paz alcanzada por el convenio de Lircai, iba a ponerlo en una situacion mui embarazosa. O'Higgins previó males incalculables, i comenzó a temer movimientos i trastornos semejantes a los que embarazaron la realizacion de sus proyectos militares cuando se recibió del mando del ejército.

En esta virtud O'Higgins pidió encarecidamente a don José Miguel i a don Luis que no saliesen de su casa con ningun motivo. Para ocultarles sus temores trató de probarles que tenian muchos enemigos entre los jefes del ejército insurjente, i que él mismo iba a hallarse mui embarazado si alguno de estos cometia algun desacato en sus personas. Pero estas consideraciones nada pudieron en el ánimo de don José Miguel; i, sea que alcanzase a vislumbrar los sentimientos que dictaban este encargo, o que no abrigase temor alguno sobre lo que pudiesen intentar sus enemigos, recorrió toda la ciudad en compañia de su hermano don Luis, jactándose ambos de la alarma que su sola presencia habia despertado en el cuartel jeneral.

Su permanencia en Talca fué sin embargo de esto sumamente corta. Despues de haber visitado a sus amigos, i de haber reconocido personalmente el estado del ejército, se resolvieron sin dificultad a seguir su camino para Santiago. Segun ellos les convenia mucho llegar cuanto ántes a la capital, para que quisieran demorarse mas tiempo en aquel pun-

to. Con este objeto salieron del pueblo en la tarde del 15 de mayo, resueltos a juntarse a su padre que entónces residia en el campo.

IV. La primera noticia de la evasion de don José Miguel i don Luis conmovió grandemente al gobierno de Santiago. A juicio del supremo director, don José Miguel no debia conformarse jamas con verse reducido a llevar una vida oscura, alejado de los negocios públicos, que él habia dirijido a su arbitrio; i el cuidado que los Carrera tomaban para no presentarse en la capital, léjos de acallar sus sospechas, no hizo mas que producir mayor desconfianza.

Don José Miguel i don Luis, en efecto, habian tenido la precaucion de no entrar a Santiago. Con el motivo de que su familia residia en la hacienda de San-Miguel, ellos se dirijieron a este punto, i desde allí dieron parte a Lastra de su arribo con fecha de 19 de mayo. Contestó este evasivamente a don José Miguel, ofreciéndose a servirle en todo aquello que no comprometiese su autoridad; pero, sériamente alarmado con la excitacion que se hacia sentir en la capital, despachó al capitan don Pablo Vargas con un piquete de fusileros a prender a los dos hermanos. Despues de inútiles pesquisas la tropa volvió a Santiago sin noticia alguna del paradero de los perseguidos.

Con esta ocurrencia los temores del gobierno se aumentaron considerablemente. El supremo director no cesaba de culpar a O'Higgins como causa principal de las angustias i zozobras del gobierno. "En lo sucesivo, le decia en una nota de 18 de ma-

yo, es preciso que V. E. abandonando esa parte de bondad que le es característica, sostenga con entereza las determinaciones del gobierno que todas son dirijidas a la conservacion de las glorias que V. E. le ha adquirido." "Los efectos de la fatal condescendencia de V. E., decia en otra nota de 21 de mayo, en el permiso de la venida de los Carrera, motivó la fermentacion del pueblo, i me obligó la providencia ejecutiva de mandarlos prender i asegurar como reos de estado, i atentadores de su libertad (3)."

Desde entónces comenzó para los Carrera una vida errante i de proscripcion; pero, por fortuna, contaban con amigos decididos, dispuestos a servirlos en todo i a sacrificarse por ellos. Don José Miguel ha dicho que entónces tuvo la idea de buscar un asilo contra la saña de sus perseguidores en las provincias del otro lado de los Andes, i que para esto se puso en camino, pero que las nieves habian cerrado todos los pasos de la cordillera, i que mui a su pesar se quedó en Chile.

Sea cual fuere la verdad de este aserto, los amigos de los Carrera no cesaron de ajitarse i de trabajar por un cambio gubernativo. El directorio se habia desprestijiado completamente despues de la ratificacion de los tratados de Lircai. Si habia querido calmar los temores de algunos por la suerte de la guerra firmando un convenio que no pensaba respetar, el director Lastra habia tambien despertado el descontento de los patriotas mas fervientes, de los mas dispuestos a desobedecer al gobierno.

(3) Notas de Lastra. Ms.

Estos no conocian las verdaderas intenciones de los gobernantes, ni los motivos que los habian obligado a capitular con el enemigo; pero murmuraban i combatian el tratado que creian degradante, i se preparaban para romperlo.

V. La presencia de Carrera vino a exaltar mas aun a algunos de estos fervorosos revolucionarios. Un movimiento armado necesitaba de un caudillo influente i atrevido que lo encabezase, i ninguno era mejor que don José Miguel para un trabajo de esta especie. Emparentado i relacionado con muchos oficiales de la guarnicion de Santiago, él podia hacer lo que no les era dado a sus parciales.

La revolucion quedó desde luego convenida i acordada entre ellos. Todos los actores del drama que se preparaba repartieron hábilmente sus papeles entre sí, i solo pensaron en los aprestos necesarios para el movimiento. Miéntras algunos de estos se encargaban de mantener encendido el descontento, de murmurar del gobierno en las tertulias i reuniones, i de propalar noticias falsas o alarmantes sobre la triste situacion del pais, otros se ocupaban en conquistarse prosélitos entre los oficiales de la guarnicion para tenerlos propicios.

El gobierno no ignoraba estos aprestos. Los consejeros del supremo director no cesaron de representarle el peligro de que se hallaba amenazado el órden público; pero Lastra, bondadoso por carácter, no tomó las medidas mas eficaces para sofocar la revolucion en su cuna. Persiguióse si con gran tenacidad i empeño a los dos hermanos Carrera; i despues de mil pesquisas i dilijencias inútiles, una cor

ta partida de voluntarios, que mandaba el teniente don Blas Reyes, aprehendió en la noche del 9 de julio al coronel don Luis Carrera, en la casa de doña Ana Maria Toro.

Por insignificante que parezca esta ventaja el gobierno la celebró mucho. Inmediatamente se le sometió a juicio, se le tomaron declaraciones acerca del paradero de su hermano don José Miguel, i se dió principio a nuevas dilijencias para prender a éste. Siguiendo la fórmula usada, se le citó solemnemente por edictos i bandos, sin que tanto trabajo diese resultado alguno.

Los parciales de Carrera entre tanto se movian con mas acierto que el gobierno. Todos sus aprestos iban dirijidos a un solo objeto; i fueron tan felices en la combinacion de sus planes, que, apesar del anuncio vago que por todas partes circulaba, las autoridades no tomaron las providencias enérjicas con que se podia sofocar la proyectada revolucion.

En la noche del 22 de julio, en efecto, todo quedó pronto para el movimiento. Sin aparato ni ruido, don José Miguel ocupó el cuartel de artilleria a las dos de la mañana del siguiente dia: su guarnicion, que estaba de acuerdo con él, ni siquiera dió la mas débil señal de resistencia. Desde allí sacó algunos cañones, que colocó en varios puntos de la ciudad, i despachó diversas partidas a aprehender a todas las personas que podian oponerse a sus proyectos; i con órdenes, que hizo firmar a algunos de estos, sometió a su autoridad al batallon de voluntarios. El brigadier Mackenna, el coronel Urízar, el intendente de Santiago don Antonio José de Irisarri

i otros sujetos de menor importancia fueron conducidos al cuartel de San-Pablo. El supremo director Lastra fué tratado con toda consideracion, i quedó en su casa en plena libertad.

Al amanacer la revolucion estaba hecha. A esa hora Carrera ocupaba ya el palacio de gobierno, i el pueblo, atraido por la novedad, se reunia a gran prisa en la plaza principal. De su seno salieron al poco rato el coronel don Rafael de la Sota; el capitan don Antonio Bascuñan i don Cárlos Rodriguez para convocar las corporaciones a un cabildo abierto, segun la voluntad del pueblo.

Acudieron estas a la citacion, i desde luego se comenzó a tratar del cambio gubernativo que exijian las circunstancias. Con una enerjia superior a todo elojio alzaron la voz don Manuel Antonio Recavarren i don Gaspar Marin para protestar solemnemente contra toda mudanza operada por la sola voluntad de los sublevados, i sin derecho ni razon que la justificase. En sus discursos trataron de probar que el cambio de gobierno porque se trabajaba en esos momentos no haria mas que perjudicar a la causa de la revolucion, i echaria por tierra el réjimen representativo que se iba a plantear con el nuevo congreso que trataba de reunir el director Lastra. A ambos contestó don Cárlos Rodriguez en lenguaje igualmente acalorado, defendiendo el movimiento de ese dia como mui necesario para cimentar un gobierno bajo bases sólidas i equitativas.

La mayoria de los miembros de aquella reunion era compuesta de parciales decididos de Carrera i

de sacerdotes u hombres que por su carácter débil no eran capaces de oponerse enérjicamente a sus pretensiones. Recavarren i Marin, viéndolo todo perdido, se retiraron de la sala, dejando a los miembros restantes en completa libertad para llevar adelante el proyectado cambio gubernativo. Desde luego, todos los presentes opinaron por la creacion de una junta de gobierno, i sin mucha discusion se procedió al nombramiento de su personal. Carrera i sus partidarios lo habian arreglado todo tan bien que ni aun hubo diverjencia de votos en la eleccion: despues de una tramoya de poco momento quedó formada la junta con el brigadier don José Miguel Carrera, el presbítero don Julian Uribe i el teniente coronel de milicias don Manuel Muñoz Urzúa.

La nueva forma del gobierno no era sin duda el cambio mas radical que se introducia en la administracion. Las personas que componian la junta, estrechamente ligadas al jeneral Carrera, subian al poder dispuestos a ayudarlo en todo i a servirlo por cuantos medios estaban a sus alcances. Uribe era un sacerdote de carácter fuerte i emprendedor, mas dispuesto a ceñir la espada i a mandar un batallon que a someterse a ser un consejero moderado. Habíase distinguido en Concepcion, siendo miembro de una junta gubernativa de la provincia, por su singular actividad i por la exaltacion de sus principios revolucionarios. Muñoz Urzúa, por el contrario, aparecia ahora por primera vez en el campo de la política. Empleado esclusivamente en el comercio de ganados venia con frecuencia de Curicó, lugar de su nacimiento, i contrajo relaciones estrechas con

los hermanos Carrera. El subia al poder dispuesto a segundarlos decididamente en todos sus proyectos.

Los primeros trabajos del nuevo gobierno llevaban el sello de la resolucion i firmeza que animaban a Carrera i Uribe. En su manifiesto hablaban enérjicamente contra una faccion que habia trabajado por combatir la "felicidad de Chile," i prometian la próxima formacion de un congreso; pero, contra los deseos de los patriotas, guardaban silencio sobre la declaracion de guerra. Sus primeros decretos fueron dirijidos a la remocion del cabildo i tribunal de apelaciones, suplantando a los antiguos miembros de ambos cuerpos con personas que les eran adeptas. Inmediatamente don José Miguel suspendió el destierro de su hermano don Juan José, que habia sido confinado a Mendoza por el director Lastra, puso en libertad o confinó a varias provincias de Chile a algunas de las personas apresadas en los primeros momentos de hecha la revolucion, i desterró a Mendoza a las mas importantes entre ellas (4).

Con no menor actividad la junta gubernativa

(4) He aquí una lista de los desterrados a Mendoza.—Brigadier don Juan Mackenna, don Antonio José de Irisarri, doctor don Hipólito de Villegas, don Juan Agustin Jofré, doctor don José G. Argomedo, el padre Oro, provincial de Santo-Domingo, el padre Jara, don Nicolas Matorras, don José Antonio Ariz, don Agustin Llagos, el coronel don Fernando Urízar, el sarjento mayor don Francisco Formas, i el padre Arce.—Cuando estos pasaban la cordillera, se encontraron con don Juan José Carrera, i allí se demoraron un corto rato. El brigadier Mackenna sostuvo con él una corta conversacion sobre los sucesos de Santiago, i acabó por decirle: "U. vuelve a Chile cuando nosotr salimos de él: ántes de cuatro meses todos los patriotas chilenos q escapen del campo de batalla vendrán a juntarse con nosotros. V mui próxima la ruina de la patria, i el triunfo de los godos." (Notic comunicada por don Antonio José de Irisarri.)

anunció su formacion a todos los pueblos i villas cabeceras para obtener su formal reconocimiento. Con igual prontitud mandó salir de Santiago al teniente coronel don Diego José Benavente, con encargo de llevar comunicaciones para el jeneral O'Higgins avisándole el movimiento efectuado en la capital i el cambio producido en el gobierno. Benavente debia llegar hasta Chillan i entregar una nota al jeneral Gainza, en que la junta le manifestaba su "deferencia al pacto de Lircai," i los buenos deseos que tenia de respetarlos i hacerlos respetar en todas sus partes (5).

(5) La nota que conducia Benavente fué entregada al jeneral O'Higgins, i pasó mas tarde al poder de Carrera, en cuyas manos se estravió, sin duda, puesto que no se encuentra citada en ninguno de los opúsculos i memorias que se han escrito sobre aquellos sucesos; pero, por fortuna, se ha conservado otra nota a Gainza en que Carrera alude a su primera, i en que espone lo que yo asiento en el testo. Es la siguiente:

"Sobre una silla de gobierno a que jenerosamente me han ascendido mis conciudadanos, i con toda la dignidad de su representacion, aseguro a V. S. que conozco la responsabilidad de mi comision: que sé mis deberes: que nunca abusaré de su confianza. Chile será feliz en cuanto alcancen mis facultades: i quisiera cubrirlo, quisiera asegurarlo a costa de mi propia sangre.

"A la entrada de gobierno escribió a V. S. la junta su deferencia a los pactos que nos impone la capitulacion de mayo, i protesta siempre soldar su cumplimiento, si es posible enmendar sin indecencia la disolucion que V. S. nos anuncia penosamente.

"Tales son los sentimientos que nos animan, tal es mi verdadero empeño. V. S. los leerá mas espresivos en los pliegos que firma el gobierno.

"Bien convencido de las obligaciones de mi majistratura, no necesito para ellos la esperiencia, el honor, ni el talento, de que V. S. me escribe con la larga franqueza que reconozco. Creo los recomendables de V. S. i todas sus virtudes dispuestas al m's no fin. Seremos pues felices, i llevaremos a los pueblos la quietud i la conveniencia enterando sus relaciones i su comercio.

Dios guarde a V. S. muchos años. Santiago 19 de agosto de 1814.

José Miguel de Carrera.

Señor don Gavino Gainza, brigadier i jeneral en jefe del ejército de Lima.

El decreto i el bando que siguen ratifican lo mismo.

VI. Benavente llegó al cuartel jeneral de Talca el 27 de julio, pocas horas despues de haberse divulgado en el pueblo la noticia de la revolucion operada en la capital. En esos dias O'Higgins se sentia vivamente preocupado con la idea de recomenzar la guerra con los realistas, como lo habia pedido al director supremo descubriendole la falsia de Gainza. El cambio de gobierno era un sério contratiempo para la realizacion de sus proyectos; i la mision de Benavente cerca del jeneral realista le esplicaba claramente cuales eran las determinaciones de la junta a este respecto.

O'Higgins desaprobó desde luego la revolucion

DECRETO DEL GOBIERNO.

Santiago, agosto 19 de 1814.

"Visto con lo espuesto por el senado que representó al Directorio desde 4 de julio i ha repetido; por el cabildo; conforme al clamor jeneral, i en efecto de la conveniencia convencidas en diversos serios acuerdos de gobierno, se declara libre i franca la carga i salida de los buques anclados en Valparaiso, i su comercio con los puertos del virreinato del Perú. ¿Para qué la paz, si corren los años sin sentir su fruto? Las últimas comunicaciones del señor jeneral don Gavino Gainza ratifican la duracion de nuestras capitulaciones. Publíquese en bando esta providencia, imprímase, i circúlese al reino.

Carrera—Uribe—Muñoz—Diaz.

BANDO.

"Silencio: las razones a la razon de la necesidad i la conveniencia. Desde hoi es libre la carga i salida de los buques anclados en Valparaiso i su comercio con los puertos del virreinato del Perú. Así ha declarado el gobierno en efecto de la capitulacion de mayo, en atencion a representaciones que ha repetido el senado desde 4 de julio, a los informes del cabildo, i al clamor jeneral. Sientan el Perú i Chile el fruto albagueño de una paz celebrada tantos meses ha, descansen ambos pueblos en su duracion que ratifican las últimas comunicaciones del jeneral Gainza. Sala de Despacho de Santiago, agosto 19 de 1814.

José Miguel de Carrera—Julian de Uribe—Manuel Muñoz i Urzúa—Agustin Diaz, Escribano de gobierno.

En medio del embolismo gerundiano en que estan concebidos estos tres documentos el lector podrá comprender que la junta gubernativa no queria la disolucion de los tratados de Lircai, como han escrito los parciales de Carrera.

operada en Santiago. Para él el gobierno depuesto era el único legal, i no se hallaba en disposicion de reconocer a la junta formada por medio de un movimiento tumultuario. Sus amigos de Santiago, personajes importantes en la política, miembros muchos de ellos del cabildo o de los tribunales de justicia, le escribieron reservadamente pidiéndole su cooperacion i apoyo para desbaratar la junta gubernativa. Estas cartas llegaron a Talca casi al mismo tiempo que Benavente: despues de su lectura O'Higgins mandó apresar al emisario de Carrera, i anunciar al ejército en la órden del dia la revolucion de Santiago, recordándole el deber en que estaba de hacer respetar al gobierno caido. Segun sus propias palabras, era necesario tomar las armas para restablecer el directorio.

El jeneral en jefe sin embargo no quiso echar sobre sus hombros toda la responsabilidad de la empresa que iba a acometer. Citó a todos los jefes del ejército para un consejo militar, i les concedió derecho de voz i voto a todos los oficiales desde la clase de capitan. Ellos debian discutir entre si i resolver lo que fuese mas conveniente a la causa pública.

La reunion tuvo lugar el mismo dia 27 de julio al anochecer. A ella asistieron todos los oficiales del ejército, con la sola excepcion del coronel don José María Benavente, que desde algunos dias atras estaba retirado con licencia en la hacienda de Cumpeu. El jeneral O'Higgins abrió la discusion con un corto discurso en que esplicaba la situacion del ejército en aquellas circunstancias. "Yo,

dijo solemnemente, no deseo seguir mas tiempo a la cabeza del ejército, pero tampoco quiero sacrificar la obediencia de la tropa poniéndola a disposicion de los que han escalado el gobierno por medio de un motin."

Sus palabras fueron mui bien acojidas por todos los presentes. Carrera no tenia muchos partidarios en el ejército; i los pocos oficiales que no estaban predispuestos en contra suya no se atrevieron a hablar una palabra, i se dejaron arrastrar por el influjo del jeneral i de sus adeptos. La discusion no fué larga ni acalorada: todos los oficiales se manifestaron acordes i dispuestos a marchar hasta Santiago para reponer con las armas al gobierno caido.

VII. Apesar de tan enérjica decision la salida de Talca se retardó algunos dias. Sea que O'Higgins esperase que la actitud que habia tomado el ejército inclinase a Carrera a una transaccion que evitase el derramiento de sangre, o que no poseyese los medios de movilidad de que necesitaba para emprender la marcha, la salida de las tropas de su mando principió solo el 6 de agosto.

En ese dia salió la primera division compuesta de un escuadron de dragones que mandaba don Andres del Alcázar i dos cañones a las órdenes del capitan don Nicolas Garcia. Siguiéronla por partes los otros cuerpos de modo que solo el 13 de agosto se encontró fuera de Talca todo el ejército. El jeneral O'Higgins dejó en esta ciudad alguna tropa, i al comandante interino de húzares de la Gran Guardia don Joaquin Prieto con el mando político i militar de aquellas provincias.

La marcha de O'Higgins se hacia con lentitud. Deseoso al parecer de transar con Carrera i evitar la efusion de sangre, no se apuraba mucho en llegar cuanto ántes a Santiago.

Cuando se hallaba en Rancagua en efecto recibió a don Antonio Hermida i a don Ambrosio Rodriguez en calidad de parlamentarios mandados por Carrera invitándolo a transacciones pacíficas; pero eran tan desventajosas sus propuestas que casi equivalian a una rendicion. Segun ellas el gobierno debia quedar como lo formó la revolucion del 23 de julio, O'Higgins i don José Miguel tomarian cada uno el mando de un cuerpo del ejército, i darian el mando jeneral a un tercer jefe, que no podia ser otro que alguno de los hermanos de Carrera. O'Higgins se negó decididamente a tratar bajo esa base.

El jeneral en verdad creia que una parte de sus tropas bastaria para disolver la junta gubernativa. En esa persuasion marchaba él a la vanguardia con el batallon de infantes de la patria, el escuadron de dragones, dos cañones i algunas guerrillas de caballeria que mandaban oficiales de su entera confianza. El 26 de agosto O'Higgins atravezó el el Maipo a la cabeza de estas tropas, miéntras que el resto de su ejército, que no le inspiraba tanta seguridad, permanecia acampado en fracciones en varios puntos del camino. En ese mismo dia los granaderos estaban acampados en el Mostazal, los húzares en Rancagua i el parque de artilleria, que custodiaba una partida de dragones al mando del

teniente don José María de la Cruz, se encontraba todavía en Rengo (6).

VIII. Don José Miguel Carrera entre tanto no se habia dado un momento de descanso. Habia hecho reconocer la autoridad de la junta en los pueblos mas inmediatos a Santiago por medio de los ayuntamientos, i con el empeño de sus emisarios, i habia tomado medidas activas para hacerla respetar. El gobernador de Valparaiso don Francisco Formas, que se negó a reconocerla, fué suplantado por el coronel de milicias don Francisco Javier Videla.

Tan luego como supo por la relacion de su emisario Benavente la actitud que habia tomado el ejército de Talca, comenzó a dictar todo jénero de providencias a fin de formar algunos cuerpos de tropas para resistir a O'Higgins. En la capital estaba entónces el rejimiento de voluntarios, i habia además alguna fuerza de granaderos i una brigada de artillería; pero Carrera no podia tener plena confianza en los granaderos, i no consideraba el resto suficiente para oponerse a los veteranos del ejército del sur. A fin de proveerse de caballería, hizo reunir i venir a Santiago todas las milicias de Aconcagua, a las órdenes de su comandante don José María Portus. Si esos cuerpos carecian de instruccion militar, en cambio estaban intactos porque hasta entón-

(6) Para la relacion de estos sucesos he tenido a la vista la *Memoria de los hech. mas nót. de la revol.*, atribuida al jeneral O'Higgins, cap. XVII. Mss., i me han servido mucho algunos detalles comunicados por el jeneral don José María de la Cruz, i el coronel don Pedro N. Vidal.

ces ninguno de sus soldados habia salido a campaña.

Nada de esto sin embargo bastaba á calmar los justos temores de don José Miguel. Desde su exaltacion al mando no habia pasado casi un solo dia sin que se hiciesen sentir diversos síntomas de una contrarevolucion, cuyas ramificaciones se estendian hasta las tropas de su mando. Por esta causa pensó en capitular con O'Higgins; pero, como no queria desistir de sus propósitos, vió desechadas sus propuestas por su rival.

Desde luego no le quedaba mas arbitrio que batirse en batalla campal. Sus tropas eran pocas i mal disiplinadas; pero confiado en su fortuna i en los recelos que manifestaba O'Higgins por sus soldados, no vaciló un instante en adoptar este arbitrio. Salió en efecto de la capital al mando de sus tropas i fué a colocarse en el espacioso llano de Maipo: allí destacó diversas partidas para inspeccionar los movimientos del enemigo.

En la mañana del 26 de agosto se avistaron las fuerzas de O'Higgins en la hacienda de Chena. Don Luis Carrera, que se habia adelantado a su hermano con la mayor parte de su ejército, en vez de pensar en atacarlos, trató solo de replegarse a Santiago, dejando en observacion algunas milicias de caballeria. O'Higgins habia cruzado el rio sin dificultad alguna; i desde luego sus guerrillas comenzaron a esplorar el campo, i a tirotearse con las milicias de Carrera. Una de esas guerrillas, que mandaba el bizarro capitan don Ramon Freire, desobedeciendo las órdenes del jeneral, cargó vale-

rosamente contra los milicianos, los obligó a ponerse en precipitada fuga, i los persiguió de cerca sin darles un momento de descanso.

Don Luis Carrera entretanto se habia replegado prudentemente mas al norte del punto denominado Tres-Acequias. Trabajábase entónces el cauce de Ochagavia: los desmontes de tierra i piedra de la obra formaban al lado norte del canal un débil parapeto de que supo aprovecharse don José Miguel. Segun habia acordado de antemano, colocó allí infantes i dejó a su retaguardia un cuerpo de 250 fusileros montados, que mandaba el teniente coronel don Diego José Benavente. Su plan estaba reducido a mantenerse allí a la defensiva, resistir las primeras cargas del enemigo, i despues evolucionar con sus jinetes.

Antes de mucho rato se acercaron a la vista de Carrera los milicianos de su mando, siempre perseguidos por la guerrilla de Freire. Contra las órdenes terminantes de O'Higgins se acercó éste hasta ponerse a la vista de don José Miguel: sus soldados sufrieron el fuego i volvieron atras en desórden. Cargó entónces O'Higgins con el grueso de sus fuerzas, i sin arredrarlo las posicion de su enemigo se acercó hasta cambiar sus fuegos con él. Sus dos cañones, que mandaba el valiente capitan Garcia, dirijieron sus tiros contra la línea de don José Miguel; pero la artilleria de éste, mas numerosa que la de su enemigo, rompió sus fuegos, sino con certera punteria, al ménos con bastante actividad para permitir que avanzasen las tropas de O'Higgi La accion se sostuvo bien por mas de una hora, s

grandes perjuicios para los combatientes, i sin que ninguno de los dos retrocediese un solo paso.

El comandante Benavente, entre tanto, se separó mañosamente del campo de batalla, i, dando un rodeo por el oriente, cayó sobre el flanco derecho i la retaguardia de la division de O'Higgins. Los soldados de Benavente rompieron un nutrido fuego de fusil que hizo bastantes estragos en las filas enemigas, i alcanzaron a introducir el desórden i la confusion. Algunos jefes subalternos de O'Higgins, i éste mismo, quisieron cambiar de frente para batirse con la tropa que los atacaba de cerca: pero sus soldados no estaban en disposicion de obedecer sus órdenes i comenzaban a dispersarse por todas partes. El comandante Alcázar se vió abandonado por sus dragones, i los infantes, que mandaba el coronel Larenas, tomaron el mismo camino que habian traido. Inútil fué que O'Higgins impartiese toda clase de órdenes i que el valiente capitan García sostuviese la accion con sus cañones por algun tiempo mas: la tropa no obedecia ya a las órdenes de sus jefes, i nadie pensaba en otra cosa que en tomar la fuga. O'Higgins, guiado por su ayudante Barnachea i acompañado por Alcázar, las guerrillas de Freire i de Anguita i algunos otros oficiales de caballería, marchó por Lonquen i repasó el rio Maipo sin ser perseguido. El comandante Elizarde i Larenas con sus infantes siguieron por la hacienda de Chena, burlando en cuanto les era posible la persecucion de Benavente.

La division de Carrera quedó dueña del campo. Miéntras la jornada costaba a las tropas de O'Hig-

gins mas de cuarenta muertos i setenta prisioneros, las de don José Miguel tuvieron solo cuatro o cinco muertos i unos pocos heridos. A las ocho de la noche, no teniendo nada que temer de sus enemigos, que no se divisaban por ninguna parte, se replegó toda su division, por encargo de don Luis Carrera, a las casas de Ochagavia. Inmediatamente se hizo salir para Santiago a los prisioneros enemigos i se tomaron todas las providencias necesarias para pasar allí la noche.

IX. Despues de anochecer llegó O'Higgins a las casas de la hacienda de doña Concepcion Jara, situada al lado sur del rio Maipo. A ese punto se fueron replegando los dispersos de su division; i tanto el jeneral como algunos jefes subalternos pasaron la mayor parte de la noche en tomar providencias militares para alojar bien a sus soldados i evitar una sorpresa. En la misma noche despachó órdenes terminantes al comandante don Juan Rafael Bascuñan, que se hallaba en el Mostazal, para que se le juntase inmediatamente con los granaderos i la artilleria. Con igual urjencia despachó otros propios con las mismas órdenes para que se le reuniesen los húsares, que estaban en Rancagua, i el parque que aun se hallaba en Rengo.

Esperaba O'Higgins la llegada de estos cuerpos para volver a atravesar el rio Maipo, cuando sus partidas de retaguardia le presentaron á un oficial realista que marchaba con direccion a la capital, acompañado por un corneta. Era este el capitan don Antonio Vites Pasquel, oficial español a quien O'Higgins habia conocido en tiempo atras. Rec

biólo afectuosamente, i tuvo con él una larga conferencia, que ambos sostuvieron en frances para que no los entendiesen los jefes i oficiales del ejército de O'Higgins. Pasquel le anunció á éste que acababa de desembarcar en el puerto de Talcahuano una respetable division de tropas españolas, á las órdenes del coronel don Mariano Osorio, a quien mandaba el virrei Abascal para concluir la reconquista i pacificacion de Chile. A todo esto agregó que él mismo era parlamentario de Ossorio, que conducia un pliego para el gobierno jeneral de Chile, pidiéndole la rendicion de su ejército, como el único arbitrio capaz de salvarlo de su saña. Segun se espresó, Ossorio estaba dispuesto a marchar inmediatamente sobre Santiago si no eran aceptadas sus propuestas. El mismo Pasquel, que habia salido de Chillan el 21 de agosto, a los tres dias de haber ocupado Ossorio aquella plaza, aseguraba que lo habia dejado mui adelantado en sus preparativos de viaje. Pasquel habia marchado con toda precipitacion para entregar las comunicaciones de que era conductor. En la mañana del 26 de agosto salió de Curicó, en la tarde llegó a Rengo, en donde encontró el parque de la division de O'Higgins, i a las dos de la madrugada del siguiente dia siguió su viaje para Santiago (7).

(7) Se ha pretendido que el parlamentario Pasquel hizo su viaje a Santiago midiendo sus marchas para llegar al campo de batalla despues que se hubiesen batido O'Higgins i Carrera. Mal pudo suceder esto cuando Pasquel salió de Chillan en la mañana del 21 de agosto, conduciendo un pliego que habia sido firmado en la tarde del dia anterior, i que tuvo que cruzar una gran porcion de territorio en la peor estacion del año, cuando las lluvias habian convertido en intransitables fangales los caminos de las provincias del sur. Del mismo

En vista de estas exijencias, O'Higgins contestó al parlamentario realista que nada podia hacer él en el particular, i que debia entenderse con el gobierno de la capital. Pasquel siguió su viaje para Santiago, cruzó el rio Maipo por el punto denominado los Morros, i se encontró en el campo de batalla con el comandante Benavente, que en esos momentos se ocupaba en enterrar los muertos de la jornada del dia anterior. Presentólo éste al jeneral Carrera para que le entregase los pliegos de que era conductor.

Grande fué la sorpresa que causó en el ánimo de Carrera la lectura de la nota de Ossorio. El tono altanero en que estaba concebida, las amenazas que dirijia al gobierno insurjente, si éste lo ponia en la necesidad de usar de la fuerza, i el desden con que pretendia mirar a la revolucion de Chile i a sus hombres, exaltaron sobre manera el ánimo inflamable de Carrera. El parlamentario Pasquel, que se apresó delante de él con descomedimiento i hasta insolencia, quedó preso en un cuartel de Santiago.

El jeneral O'Higgins entretanto no habia quedado impasible en el punto que ocupaba despues de su entrevista con Pasquel. Inmediatamente escribió una nota a don José Miguel allanándose a todo pa-

modo se ha asegurado que O'Higgins salió de Talca en los mismos dias en que Ossorio ocupaba a Chillan, i que aquel tenia noticia del arribo del jeneral realista i de sus hostiles aprestos en esta ciudad. Las últimas partidas del ejército de O'Higgins salieron de Talca el 10 de agosto, el mismo dia en que la espedicion de Ossorio desembarcaba en Talcahuano; i solo el 18 de ese mes llegó a Chillan el jeneral realista. La cronolojia, la guia mas segura de la crítica histórica, tiene aun que desvanecer muchos errores sobre aquellos sucesos, i muchos cargos injustos que se han hecho a los padres de la patria.

ra reorganizar el ejército insurjente i resistir al nuevo jeneral realista. Pedia en ella la union de todos los chilenos en favor de una sola idea, que se hiciese un buen arreglo en el gobierno jeneral del estado i en la organizacion del ejército, i se ofrecia a servir en cualquier puesto militar para batirse con el enemigo. Con esa nota marchó para Santiago el coronel de milicias don Estanislao Portales.

En el mismo dia salió O'Higgins a juntarse con una division de sus tropas que se hallaba acampada en las casas de la hacienda del hospital. Ocupóse allí en dictar las medidas necesarias para la reorganizacion de sus tropas, no ya con el objeto de marchar de nuevo contra el gobierno de Santiago, sino para resistir al ejército de Osorio.

Hallábase aun allí el 31 de agosto cuando volvió el coronel Portales trayendo la contestacion de don José Miguel. Era esta sumamente vaga en el fondo: si bien el jeneral Carrera se manifestaba en ella dispuesto a hacer cualquier sacrificio para rechazar al jactancioso Osorio, nada decia sobre el arreglo necesario para unir las dos divisiones que acababan de batirse. O'Higgins reunió inmediatamente a los oficiales de mayor graduacion para discutir los medios mas conducentes a un buen arreglo. "Se adoptó por la totalidad, dice este jeneral a don José Miguel en su nota del mismo dia, el medio humano i conciliatorio de aproximar las fuerzas del ejército a la capital en igual distancia a la que debe estar el ejército del mando de V. S.; que en tal disposicion de las fuerzas, que no puedan violentar la eleccion se elija por el pueblo un

gobierno provisorio, presidiendo dichas elecciones con facultades de calificar los votos, el cabildo depuesto, siendo precisa condicion que a esta asamblea libre no concurra individuo alguno de los dos ejércitos, i que se restituyan inmediatamente para que sancionen este acto en union de los demas los ciudadanos que estuvieron espatriados por sus particulares opiniones."

Carrera sin embargo no se avino a aceptar este partido que se le proponia. Sea que no creyese mui prudente el arbitrio propuesto por O'Higgins de hacer en aquellos momentos elecciones populares, o que sospechase que el resultado de estas no le fuese favorable, don José Miguel se negó decididamente a aceptarlo. En este sentido le dirijió una nota citándolo a una entrevista personal para avenirse definitivamente, i aprovechar el tiempo que se perdia en escribir oficios i contestaciones.

La entrevista tuvo lugar en los callejones de Tango. Allí se juntaron ambos jenerales en la mañana del dia 2 de setiembre, i, despues de una corta conferencia, se estrecharon cordialmente entre sus brazos, prometiéndose ambos olvidar todo lo ocurrido. O'Higgins quiso sacrificarlo todo ante el peligro de la patria, desistió de todas sus pretensiones, se ofreció a servir a las órdenes de su rival, en cualquier puesto del ejército con tal que se le colocase en un punto en que debiese batirse con el invasor. Segun sus propias palabras, nada le importaban los honores i las distinciones cuando se trataba de pelear con el enemigo.

El dia siguiente Carrera i O'Higgins entraron

a Santiago, i ámbos fueron a hospedarse a la casa del primero. Recorrieron juntos las calles de la poblacion, i visitaron los cuarteles manifestando por todas partes la unidad de sus intenciones i la buena armonia que reinaba entre ellos. "Un mismo deseo, un mismo propósito, decia una proclama firmada por Carrera i O'Higgins que circuló en Santiago el dia 4, animan el corazon de ámbos jenerales i de toda la oficialidad.... La muerte será el término preciso del que recuerde las pasadas disensiones condenadas a un silencio imperturbable.... Conciudadanos, compañeros de armas, abrazaos i venid con nosotros a vengar la patria, a afianzar su seguridad, su libertad, su prosperidad con el sublime triunfo de la union."

Apesar de esta reconciliacion, sincera en verdad por parte de muchos, hubieron aun algunas pendencias entre los soldados de ámbas divisiones, en que se llegó hasta a hacer uso de las armas. Los jenerales no creyeron que era este un motivo fundado de alarma, i solo trataron de reunir i engrosar el ejército. O'Higgins salió de Santiago el 5 de setiembre a juntarse con sus tropas, para organizar la primera division. Siete dias ántes, el 27 de agosto, la junta gubernanativa habia contestado la nota de Ossorio, en términos atrevidos i enérjicos; i, declarándose defensor de los tratados de Lircai, acusaba al virrei Abascal de déspota, que pensaba tiranizar la América, en perjuicio de los intereses del rei de España i contra sus órdenes.

La guerra iba a comenzar de nuevo.

CAPITULO XVI.

I. Antecedentes biográficos del jeneral Osorio.—II. El virrei Abascal le dá el mando del ejército de Chile.—III. Sus aprestos para abrir la campaña.—IV. Trabajos combinados de Carrera i O'Higgins para resistir al enemigo.—V. El jeneral O'Higgins ocupa a Rancagua.—VI. Osorio intima rendicion a los insurjentes.—VII. Atraviesa el Cachapoal i avanza hasta Rancagua.—VIII. Manda a sus divisiones a sitiar la plaza.—IX. Heroica defensa de Rancagua.—X. O'Higgins pide a Carrera que ataque con la tercera division.—VI. Movimientos de éste.—XII. O'Higgins se abre paso por entre los sitiadores salvando una parte de sus tropas.—XIII. Los realistas ocupan la plaza.

I. El jeneral español que acababa de desembarcar en el puerto de Talcahuano para tomar el mando del ejército realista de Chile, era el coronel de artilleria don Mariano Ossorio. Formado en el ejercicio de las armas este jefe habia adquirido la reputacion de un militar valiente i entendido, capaz de llevar á cabo empresas importantes. En el Perú sobretodo se habia granjeado muchas simpatías por su carácter afable i cortez, i ante el vulgo alcanzó todo el prestijio de un hombre importante bajo muchos aspectos.

Ossorio nació en Sevilla por los años de 1770. Hizo sus estudios en un famoso colejio que habia entónces en Segovia, i desde luego se contrajo a las matemáticas i ciencias militares. Sus padres

lo dedicaron a la carrera de las armas desde el colejio. De allí salió a servir en el real cuerpo de artilleria, i habia alcanzado el grado de capitan a la época de la invasion francesa en la península. Tuvo la fortuna de ocupar puestos distinguidos durante la gloriosa lucha de la independencia española, i por tanto de obtener rápidos ascensos. Hallóse en el primer sitio de Zaragoza, i, segun constaba de sus títulos, se batió con valor en el servicio de una bateria. En uno de los infinitos combates que sostuvieron sitiados i sitiadores, Ossorio fué herido por una bala de cañon que le llevó la pantorrilla de la pierna derecha. Esta desgracia le granjeó la reputacion de un militar valiente.

En 1812 pasó al Perú con el grado de coronel de artilleria, i en calidad de maestro de matemáticas de un colejio militar. El virrei Abascal estaba entónces escaso de jefes para sofocar la conflagracion revolucionaria que tenia preocupada su atencion; pero mantuvo siempre en Lima al coronel Ossorio como hombre mui útil que debia guardar para un caso estremo.

II. A fines de junio llegó a Lima la noticia del pacto celebrado en Lircai por el jeneral Gainza. Desde luego Abascal se negó decididamente a aprobarlo, i solo pensó en reforzar el ejército de Chile, mudarle jefe i hacer abrir una nueva campaña reconquistadora. Su camarilla, que siempre se habia manifestado disgustada con la eleccion del brigadier Gainza, le indicó al coronel Ossorio como un militar capaz de llevar a cabo la proyectada empresa. Al virrei le agradó esta indicacion: él tenia

por Ossorio mucha afeccion, i si bien no habia concebido una alta idea de sus talentos militares, pensaba que podia mui bien pacificar a Chile.

Habia llegado de España poco tiempo ántes, el 25 de abril, el navio *Asia*, conduciendo a su bordo el rejimiento de Talavera, que mandaba el coronel don Rafael Maroto. De este cuerpo sacó Abascal 550 hombres bien disciplinados, tomó 50 artilleros de la guarnicion de Lima i el Callao, reunió un reducido cuerpo de oficiales, considerable porcion de municiones, efectos i dinero, i puso todo esto a disposicion del coronel Ossorio, fijándole las instrucciones conforme a las cuales debia obrar en la campaña. Segun ellas él desaprobaba en todas sus partes los tratados que celebró Gainza; i no autorizaba a su sucesor para tratar bajo otra base que no fuese una completa rendicion de los insurjentes (1).

Destinóse el navio *Asia* para el transporte de la espedicion. Embarcóse en él el coronel Ossorio en medio del entusiasmo de sus soldados, que creian marchar a un simple paseo militar. El 19 de julio se alejó de las costas del Callao, dejando al virrei en la confianza de que Chile seria reconquistado.

III. La espedicion reconquistadora entró al puerto de Talcahuano el dia 13 de agosto. Inmediatamente se dió principio al desembarco de las tropas, i ántes de pocas horas todas las fuerzas habian bajado a tierra sin dificultad ni averia alguna. La poblacion de Talcahuano i las autoridades de

(1) *Instruccion que deberá observar el coronel Ossorio en el mando del ejército real de Chile a que va destinado*—inserta en el *Pensador del Perú.*

Concepcion recibieron al nuevo jeneral con claras i esplícitas manifestaciones de adhesion i respeto a su persona, felicitándolo por su feliz arribo, i celebrando el rompimiento de la paz comprada a costa de los tratados de Lircai.

No queriendo permanecer mucho tiempo en Concepcion, el coronel Ossorio se puso luego en márcha para la ciudad de Chillan, a donde llegó el 18 de agosto. Allí los relijiosos del colejio de propaganda lo recibieron con repiques de campanas i un solemne *Te Deum* en accion de grácias por su próspero viaje, i lo llevaron al convento, en donde le habian preparado un alojamiento cómodo para él, i los altos del colejio para la tropa. Los curanderos del ejército habian dicho que los soldados de Talavera i los artilléros, que venian de un clima mas benigno, no podrian resistir a las enfermedades producidas por la humedad de los cuarteles de la plaza.

Desde luego el brigadier Gainza se prestó gustoso a la pronta entrega del ejército de su mando, i sometióse contento a la decision de un consejo de guerra que debia procesarlo, en la confianza de que en justicia habia de declarársele inocente de los cargos que se le hacian (2). Ossorio, que se hizo reconocer inmediatamente por jeneral en jefe

(2) En la *Reconquista Española* por M. L. i G. V. Amunátegui se asegura equivocadamente que tan luego como Ossorio se recibió del mando del ejército realista remitió a Lima a su antecesor.—Gainza pasó a Santiago poco despues de haber entrado Ossorio, i en esta ciudad fué sometida a juicio su conducta. El fiscal fué el capitan de Talavera don Salvador Domingo Gali, i su defensor el teniente del mismo cuerpo don Vicente Meneses. Elevada la causa a proceso, fué remitido Gainza a Lima i sometido a consejo de guerra de oficiales jenerales, por el cual fué absuelto. Tengo en mi poder algunas piezas de ese curioso proceso, i la sentencia definitiva. Véase el documento núm. 10.

del ejército, recibió de él i de los jefes subalternos algunos lijeros informes, i comenzó con gran presteza los preparativos para abrir la campaña.

Con este objeto mandó formar un escuadron de caballeria con el nombre de carabineros de Abascal, cuyo mando confió al comandante don Antonio Quintanilla. Dió a éste las monturas, uniformes i armamentos necesarios, i agregó a su cuerpo gran parte del cuadro de oficiales que traia del Perú. En pocos dias el activo Quintanilla levantó el escuadron pedido: su fuerza montaba a 150 soldados.

Igual encargo confió Ossorio al comandante don Manuel Barañao; pero a éste no le dió ni vestuario ni armamento, i ni aun puso a sus órdenes un solo oficial subalterno. Este jefe sin embargo supo sacar provecho de todas las circunstancias, i levantar i equipar el escuadron de húsares de la Concordia. Vistió algunos milicianos con merino colorado que le dieron varios comerciantes realistas de Concepcion, los adiestró en el manejo de las armas i a los cinco dias de haber recibido el encargo de Ossorio, se presentó con su escuadron dispuesto a comenzar la campaña que iba a abrirse.

El ejército realista montaba entónces a cinco mil hombres (3). Estaba formado de cuatro divisiones,

(3) Compuesto en la forma siguiente :

VANGUARDIA.

	plazas.
Coronel Elorreaga con milicianos........................	200
Teniente coronel de milicias Quintanilla con un escuadron...	150
Coronel Carvallo, con su batallon de Valdivia..............	502
Coronel Lantaño, con el batallon de Chillan.....	600
Total.............	1452

confiadas al mando de militares de valor i táctica, capaces de obrar por sí mismos, i sin necesidad de órdenes superiores, en un caso de apuro. Si los soldados no estaban mui bien instruidos en la táctica, los jefes no dudaban de salir airosos en la campaña que iban a comenzar.

En esta confianza el coronel Ossorio hizo salir de Chillan a su vanguardia el dia 28 de agosto. El siguiente dia la siguió la primera division, el 30 la segunda i el 31 la tercera con los pertrechos, equipajes, municiones de boca i guerra i las demas provisiones del ejército. Ossorio queria avistarse cuan-

Con cuatro cañones de campaña.
Jefe de la caballeria, Elorreaga.
Id. de la infanteria Carvallo.

PRIMERA DIVISION.

Jefe coronel de ejército don José Ballesteros con el batallon voluntarios de Castro	800
Id. de Concepcion	600
Total	1400

Con 4 cañones de campaña.

SEGUNDA DIVISION.

Jefe coronel de ejército don Manuel Montoya con el batallon de Chiloé	500
Id. auxiliar de id.	550
Total	1050

Con 4 cañones de campaña.

TERCERA DIVISION.

Jefe coronel de ejército don Rafael Maroto con el batallon de Talavera	550
Dos compañías del real de Lima	200
Escuadron de húsares	150
Fuerza total	900

Con 6 cañones de campaña.

TOTAL.

Infanteria	4352
Caballeria	500
Artilleria con 18 cañones	120
Suman	4922

to ántes con el enemigo para aprovechar las circunstancias: desde Talca dió órden para que en todas las iglesias matrices del otro lado del Maule se hiciese una piadosa rogativa a la vírjen del Rosario, patrona del ejército realista, ántes del 21 de setiembre, porque pensaba que en ese dia presentaria la batalla al enemigo (4).

IV. Carrera i O'Higgins entretanto hacian grandes esfuerzos para organizar el ejército insurjente con que debian resistir al de Ossorio. Sin perder tiempo en inútiles recriminaciones, ellos trataron solo de reclutar jente, disciplinarla, reunir vestuarios i víveres i fabricar municiones i hasta ciertas piezas del armamento. Por desgracia, este trabajo ofrecia las mas sérias dificultades: Chile estaba esquilmado con la guerra, los soldados desertaban de las filas de su ejército, i su armamento era tan reducido i malo que segun una nota de O'Higgins, de 8 de setiembre, la infanteria de su mando, que alcanzaba a 897 hombres, tenia solo 697 fusiles, i muchos de estos inservibles.

La junta gubernativa secundaba en todo las miras de los jefes del ejército; pero la reorganizacion de éste exijia gastos considerables, que no podian hacerse porque las arcas nacionales estaban exaustas. Para salvar este inconveniente, el gobierno, o mas bien dicho el jeneral Carrera que estaba a su cabeza, repartió una contribucion, que queria hacer montar hasta 400,000 pesos, entre los capitalistas españoles o chilenos desafectos a la causa de la revo-

(4) *Relacion de la conducta observada por los padres del colejio de Chillan.* Mss.

lucion. Con el mismo objeto empleó la plata labrada que entónces abundaba en las iglesias, i mandó que todos los deudores al erario nacional cubrieran sus créditos con la mayor prontitud.

Esto sin embargo no era mas que una parte de las necesidades de la patria en aquellos momentos de peligro i confusion. Los cuerpos del ejército estaban entónces mui reducidos, i era preciso llenar sus plazas, i aun crear algunos nuevos. Con este motivo proclamaron la libertad absoluta de todos los esclavos que quisiesen alistarse en un batallon que se acababa de crear con el nombre de injenuos; pero el tiempo estaba mui angustiado i la instruccion de los reclutas exijia mas de un mes de trabajo. Para subsanar esta dificultad, los jenerales acordaron colocar las tropas mas disciplinadas en la division de vanguardia, que debia oponer la primera resistencia al enemigo. Con urjencia i presteza se despachó al comandante don Joaquin Prieto a las provincias del norte, a reunir las milicias, i se pidió al gobernador de Mendoza el batallon de auxiliares de Buenos-Aires, que habia pasado la cordillera despues de los tratados de Lirchi.

A la cabeza de la vanguardia salió O'Higgins de Santiago a principios de setiembre, i fué a estacionarse en el llano de Maipo, en donde debia disciplinarla e instruirla. Desde allí despachó a algunos jefes de su division a informarse de la marcha de Ossorio, pensando que aun podia ganar mas terreno adelantándose al sur, i se resolvió a preferir la villa de Rancagua para punto cén-

trico de la defensa. El no queria abandonar al enemigo una vasta estension del territorio ni empeñar la batalla en las goteras de la ciudad i a campo raso, contra fuerzas tan superiores a las de su mando; miéntras que desde Rancagua podia defender el paso de Cachapoal i sostenerse en la plaza por largo tiempo. "Se puede hacer en este punto, decia O'Higgins a Carrera en oficio de 14 de setiembre, una vigorosa defensa sin esponer mucha tropa, ni aventurar la accion, aun cuando nuestra fuerza sea la quinta parte menor."

El jeneral Carrera por su parte pensaba de mui distinto modo. Ménos resuelto i decidido que O'Higgins, él creia que su deber le mandaba demorar una accion decisiva, para disciplinar sus tropas i burlar al enemigo. Su plan de campaña se reducia a disputar a los realistas el paso del Cachapoal; i en caso que éstos lo forzasen, los insurjentes debian replegarse al sitio denominado la Angostura de Paine, estrecha garganta de terreno plano, cortada por dos cordones de cerros bajos. En ella mandó el jeneral Carrera formar dos baterias, que construyeron los peones del canal de Maipo, bajo la direccion del cura don Isidro Pineda, i se resolvió decididamente a fijar allí el punto principal de la defensa.

El sitio de la Angostura en efecto presentaba grandes ventajas para la resistencia; pero don José Miguel olvidaba que podia verse colocado entre dos fuegos, sin poder evitar su derrota, si el enemigo tenia la precaucion de flanquear sus posiciones, haciendo desfilar sus infantes por las cerranias inmediatas; i era preciso que los jefes realistas fuesen

mui torpes para que no aprovechasen esta circunstancia (7).

A esta desventaja se agregaba otra mayor, que tuvo mui presente O'Higgins para oponerse al plan de Carrera. "Los Angosturas de Paine, le decia en una carta confidencial, no son suficientes para contener al enemigo: hai otro camino (que conduce a la capital) por Aculeo, que aunque difícil para artillería gruesa no lo es para la de montaña, i dirijiéndose por él puede dejar burlada la division de Angosturas (8)." Si esto sucedia, Ossorio se hacia dueño de Santiago sin disparar un tiro.

Sea por la conviccion de la ineficacia de su plan, o por una prueba de deferencia al parecer de O'Higgins, el jeneral Carrera aceptó al fin la propuesta de este jefe para posesionarse de Rancagua ántes que el enemigo pasase el Cachapoal. Allí debia colocarse con la division de su mando, fortificarse, defender el paso del rio, i sostenerse, si era atacado en el pueblo, hasta que las divisiones del centro i de retaguardia llegasen en su socorro. Don José Miguel sin embargo, no desistió de su proyecto favorito de mantenerse en la Angostura, i para calmar los temores de sus subalternos se manifestó dispuesto a replegarse al llano de Maipo, si se veia obligado a abandonar sus posiciones, i defender el paso del rio de este nombre, o presentar en esa vasta campiña la batalla decisiva.

V. Estas diverjencias entre las opiniones de

(7) Conversacion con el señor don Manuel Barañao.
(8) Carta de O'Higgins.—Maipo, setiembre 14 de 1814.

O'Higgins i Carrera no suponian de parte del primero mala voluntad para obedecer los mandatos de su jefe. Al someterse gustoso a servir a sus órdenes, O'Higgins habia olvidado sus anteriores resentimientos a fin de servir con mayor eficacia a la causa de la revolucion tristemente amenazada. Para esto no vacilaba en sacrificar su orgullo i en ofrecerse espontáneamente a tomar el fusil i a batirse como soldado bajo el mando de su antiguo rival. "U. debe ocupar el lugar de jeneralísimo, decia a Carrera en una carta confidencial: es preciso salvar a Chile a costa de nuestra sangre: yo a su lado serviré ya de edecan, ya dirijiendo cualquiera division, pequeña partida, o manejando el fusil: es necesario para la conservacion del estado no perdonar clase alguna de sacrificios. El influjo de U. en el ejército i algun pequeño mio reunido será alguna ayuda (9)."

Animado por estos sentimientos, O'Higgins ocupó a Rancagua en la tarde del 20 de setiembre (10). La division de su mando constaba entónces de 1,100 hombres de todas armas, en gran parte milicianos de escasa instruccion militar, a quienes habia disciplinado en su marcha. Sin darse un momento de descanso, su jefe comenzó a construir trincheras de adobes en las calles, i a organi-

(9) Carta dé O'Higgins a Carrera. Setiembre 14 de 1814.

(10) En la *Reconquista Española* por don M. L. i G. V. Amunátegui (páj. 16) he encontrado un pequeño error en esta parte. Dicen los autores que la division de vanguardia, que mandaba O'Higgins, se posesionó de Rancagua el 30 de setiembre, siendo que ese dia ya habian concluido los insurjentes la construccion de sus trincheras en el pueblo. Tengo en mi poder varias notas i cartas escritas por O'Higgins en Rancagua el dia 21 de setiembre.

zar por todas partes la resistencia. Convencido de la oportunidad de su proyecto, no vacilaba en asegurar a Carrera que Rancagua seria la tumba del enemigo, si él i sus hermanos lo apoyaban con toda la eficacia necesaria. En carta de 26 de setiembre, escrita en el pueblo, O'Higgins le ponderaba las ventajas que ofrecia aquella plaza para la defensa, i le pedia encarecidamente olvidase hasta el último vestijio de odio o rencor por las pasadas desavenencias: decíale allí que algunos hombres depravados se habian empeñado en probarle que el jeneral en jefe trataba de perderlo, i que por eso le habia confiado el mando de la vanguardia; pero que él no creia esos chismes, i que aceptaba gustoso el delicado puesto que se le habia confiado, porque él iba a ser el primer chileno que resistiese al invasor.

Carrera sin embargo no estaba mui decidido en favor del plan de O'Higgins. En sus notas no cesaba de recomendarle que se replegase a la Angostura si era atacado por todas las fuerzas del enemigo, i todas sus providencias iban dirijidas a organizar la resistencia en este punto: pero firmemente persuadido de que era menester defender el paso del Cachapoal, mandó avanzar la division del centro, que mandaba su hermano don Juan José, con el objeto de acordonar la ribera del rio para oponerse al enemigo desde una legua mas arriba de Rancagua. El 27 de setiembre acampó esta, fuerte de 1,800 hombres, en la chacra de Valenzuela, una legua al oriente de Rancagua, i el jeneral en jefe, con la tercera division compuesta de 1,000 hombres, que

mandaba don Luis Carrera, ocupó el 30 los graneros de la hacienda de la Compañía, situados al noroeste del pueblo, i a tres leguas de distancia.

VI. El jeneral realista por su parte no habia andado mui activo para acercarse a la capital. Irresoluto i débil por carácter, el coronel Ossorio marchaba con timidez i vacilacion sin conocer el pais que cruzaba, ni los jefes mas distinguidos de su ejército i el grado de confianza que debian merecerle. Arrastrado mas bien por la enerjia i decision de estos, él seguia la campaña a la cabeza de las tropas sin ideas mui fijas sobre sus operaciones.

El 29 de setiembre se encontró en las casas de la hacienda de la Requinoa. Informábase allí de las posiciones que ocupaban los patriotas, cuando recibió nueva órden del virrei Abascal para que a la mayor brevedad celebrase con los enemigos el tratado mas ventajoso que pudiese alcanzar, i se reembarcase en Talcahuano con el batallon de Talaveras i algunas otras fuerzas. Allí debia hacerse a la vela para alguno de los puertos del sur del Perú, a fin de engrosar el ejército del jeneral Pezuela, que se hallaba amenazado por las tropas arjentinas, vencedoras en Montevideo, que marchaban a reforzar el ejército insurjente del Alto Perú. La órden de Abascal era el triplicado de otras que se le habian remitido, i su mandato era decisivo i terminante(11): segun ella, la proyectada reconquista de Chile era una empresa secundaria,

(11) *Relacion del gobierno del marques de la Concordia*, manuscrito citado por el jeneral Garcia Camba en sus *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú*, cap. VI.

que era preciso dejar de la mano para atender a la seguridad interior del virreinato.

Inmediatamente reunió Ossorio una junta de jefes militares para tratar de lo que debiera hacerse en aquellas circunstancias. Allí se acordó desobedecer la órden de Abascal, pasar el rio i atacar prontamente al enemigo aprovechándose del desconcierto que debia existir entre los jenerales patriotas. A juicio de algunos de los jefes realistas, bastaba solo una simple intimacion para rendir a los insurjentes; i Ossorio mismo, sea por no desobedecer al virrei Abascal o por conviccion de la debilidad del enemigo, no trepidó en aceptar este arbitrio. Su nota, recargada de citas de los documentos contradictorios de los insurjentes, exijia lisa i llanamente la rendicion jeneral del reino si sus jefes querian evitar el inútil derramamiento de sangre. Para engañar al enemigo acerca de sus movimientos i proximidad, Ossorio tuvo el cuidado de fechar su oficio de intimacion en la villa de San-Fernando que habia dejado desde algunos dias.

VII. Este ardid del jeneral realista no surtió efecto alguno en el campamento insurjente. Carrera i O'Higgins sabian mui bien su proximidad para dejarse engañar por el oficio de Ossorio, i desatender en esta confianza la organizacion de la defensa. Sin dignarse siquiera contestar su nota, los jenerales insurjentes siguieron en los aprestos de guerra, aleccionando sus reclutas, distribuyendo sus partidas de tropa i preparándose por todas partes para guardar el Cachapoal i organizar la resistencia.

Por desgracia, el reconocimiento del rio vino a

manifestar que era imposible impedir el pasaje a los realistas. Hasta entónces no habia comenzado el deshielo de las nieves, i su caudal de aguas estaba tan reducido que podia vadearse mui fácilmente en toda su estension. Para aumentarlo algo mas i ayudar a defender el paso, se mandó cerrar todas las bocas-tomas del Cachapoal; pero ni aun esta medida bastó para disminuir el mal. El jeneral O'Higgins se decidió por fin a colocar en los vados principales del rio diversas partidas de observacion a cargo de buenos jefes.

Ossorio supo aprovecharse de esta ventaja. En la tarde del 30 de setiembre colocó en la orilla sur del Cachapoal los escuadrones de carabineros, húsares i lanceros de los Anjeles en número de 650 jinetes; i a las nueve de la noche se puso en marcha con todo su ejército hácia el poniente, para atravesar el rio por el vado de las Quiscas o de Cortés, dos leguas mas abajo de Rancagua. La noche estaba en estremo oscura: las tropas marchaban formadas en columnas por divisiones, llevando a la cabeza 25 zapadores i 50 granaderos, reforzados por cuatro cañones i los húsares de Barañao, i seguian en todo las instrucciones de sus jefes para no fatigarse en la marcha, para no ser descubiertos por el enemigo i para no separarse inadvertidamente de la formacion. Despues de cada hora de marcha los soldados tomaban un momento de descanso; pero tenian particular encargo de no hablar una palabra i aun de no fumar un cigarro para no advertir a los patriotas de su movimiento. Durante la marcha reinaba un silencio profundo, en medio del cual solo

se oia el ruido de los cañones en los pedregales del rio (12). Gracias a todas estas precauciones, los realistas anduvieron un cuarto de legua por la ribera sur del rio i lo cruzaron felizmente sin ser notados por las partidas de observacion del jeneral O'Higgins. El capitan don Rafael Anguita, que guardaba ese vado, no sintió el movimiento de Ossorio sino cuando la vanguardia de éste ocupó la ribera derecha del rio.

O'Higgins tuvo noticia del movimiento del enemigo cuando apénas amanecia. Inmediatamente pasó aviso a don Juan José Carrera de que se replegase a juntarse con él, i despachó a su ayudante Garai a poner en conocimiento del jeneral en jefe lo ocurrido. En esos momentos los realistas se hallaban colocados entre las fuerzas de vanguardia i las del centro acampadas al oriente, i la division de retaguardia, mas débil aun que las otras, que estaba colocada al noroeste, en los graneros de la Compañia. O'Higgins llegó a sospechar que atacase a esta última, para tomar el camino de Santiago; i lleno de esperanzas en el triunfo se puso a la cabeza de su division, aguardando solo que se moviese Ossorio para cargar por el flanco i la espalda con sus tropas i las de don Juan José. Si esto sucedia el enemigo se iba a ver mal colocado, i el triunfo de los patriotas ya no era por cierto un imposible.

Por desgracia, Ossorio se resolvió a marchar hácia Rancagua. Formó en batalla todo su ejército, apoyando su derecha en el rio, i encargó al teniente

(12) Parte del jeneral Ossorio.—Santiago, octubre 12 de 1814.

coronel don Pedro Asenjo, i al capitan don Leandro Castilla, cada uno al mando de cien jinetes, que tiroteasen por la izquierda a un cuerpo de 280 dragones, que a las órdenes del valiente capitan don Ramon Freire se habia adelantado a las fuerzas patriotas. Estos se replegaron hácia la villa, hasta juntarse con la division de O'Higgins, escaramuceando siempre con las avanzadas realistas.

El ejército de Osserio formado en línea de batalla ocupaba una vasta estension de terreno, i parecia a la distancia aun mas formidable de lo que era en realidad. Su jefe ademas tuvo la precaucion de separarse de las riberas del Cachapoal, corriéndose mañosamente hácia el norte para acercarse a Rancagua de frente, i ocupar los caminos que conducen a Santiago. De este modo, O'Higgins i don Juan José Carrera, que no podian empeñar una accion contra 5,000 hombres, tuvieron que replegarse al pueblo, para resistir al enemigo detras de sus trincheras. En su retirada, el brigadier Carrera dejó atras 1,153 hombres de las milicias de caballeria de Aconcagua, del mando del coronel Portus, que formaban parte de su division. Estas se dispersaron, i, dando grandes rodeos, fueron a juntarse con el tercer cuerpo del ejército, que se hallaba en el camino de la capital. La accion comenzaba, pues, bajo mui malos auspicios para los insurjentes.

VIII. Rancagua era entónces un villorio pobre i desmantelado, sin mas fortificaciones que los campanarios de tres iglesias. Su plaza, a diferencia de las de todos los otros pueblos de la república, tie-

ne solo cuatro salidas, que nacen en la medianía de las cuatro cuadras que la forman. O'Higgins habia construido en las cuatro calles, i a una cuadra de la plaza, trincheras de adobes, con tres frentes, mirando a la calle principal i a las dos laterales. Tenian éstas vara i media de alto, i detras de ellas debia colocar sus cañones para sostener el ataque.

Despues de los primeros movimientos, las divisiones que mandaban O'Higgins i don Juan José Carrera entraron a la plaza por la calle del sur, llamada de San-Francisco, miéntras el bizarro capitan Freire escaramuceaba aun con sus dragones por la cañada situada al norte del pueblo Este entró luego por la calle de la Merced, e inmediatamente se dió principio a todos los aprestos inmediatos para la defensa. El brigadier Carrera, sea por un acto de deferencia por el jefe de vanguardia, o, lo que es mas probable, porque no se hallaba con ánimo para dirijir la resistencia, cedió a O'Higgins la parte que le correspondia en el mando de las tropas. Desde entónces iba a pesar sobre éste la enorme responsabilidad de defender la plaza contra fuerzas tan superiores a las suyas.

O'Higgins no tenia a sus órdenes mas que mil setecientos hombres entre artilleros, dragones e infantes; pero muchos de éstos carecian de armas, i su instruccion militar era mui limitada. Por fortuna, el jeneral poseia una alma superior, que no se dejaba intimidar ni por los peligros ni los contratiempos; i con una calma singular comenzó a dictar las órdenes necesarias para la defensa de la plaza. Para manifestar al enemigo la firme reso-

lucion en que estaba de batirse a todo trance, enlutó sus banderas con jirones negros, i asi las colocó en los puntos mas visibles. Dividió las tropas de su mando en las cuatro trincheras que habia construido de antemano, colocando en cada una de ellas algunos cañones, i una buena partida de fusileros, distribuidos en los tejados i troneras que habia abierto en los edificios. Colocó con este objeto en la trinchera del sur o de San-Francisco a los capitanes don Manuel Astorga i don Antonio Millan, con doscientos infantes el primero, i tres cañones el segundo; en la del norte, o de la Merced, al capitan don Santiago Sanchez con cien infantes i dos piezas de artilleria; en la trinchera de la calle de Cuadra, o del poniente, al capitan don Francisco Molina a la cabeza de ciento cincuenta soldados con igual dotacion de cañones; i en la calle que mira al oriente destacó al capitan de voluntarios don Hilario Vial al frente de dos piezas, i cien hombres de fusil. El resto de las fuerzas quedó de reserva en la plaza, para acudir al punto en que se necesitase.

Estas providencias en gran parte estaban dictadas de antemano; pero fué preciso ejecutarlas con la mayor presteza. El jeneral Ossorio habia marchado rápidamente contra la plaza cuando las fuerzas insurjentes se replegaban a ella, i se colocó con su estado mayor en los arrabales del sur, miéntras sus partidas de caballeria, batiéndose con los dragones de Freire, ocupaban los del norte. En ese punto Ossorio dividió su ejército en cuatro cuerpos que debian atacar a la ciudad simultáneamente por sus cuatros avenidas.

En conformidad con sus órdenes, los coroneles Lantaño i Carvallo, al mando de sus respectivos batallones con una fuerza de 1,100 hombres i cuatro cañones, debian ocupar la calle del norte; Montoya, a la cabeza de 1050 infantes de los batallones de Chiloé i cuatro piezas de artilleria, por la del oriente; Maroto i Barañao al frente de mil hombres i seis cañones, por la calle del sur; i el coronel Ballesteros, con los batallones de Concepcion i voluntarios de Chiloé con cuatro piezas, debia atacar por el oriente. La caballeria, a las órdenes de Eleorreaga i Quintanilla, quedó en la cañada de Rancagua con el encargo de interceptar las comunicaciones entre la plaza i la capital. Por consejos de algunos vecinos del pueblo que se juntaron a su ejército, i para hostilizar a los insurjentes por todos medios, Ossorio mandó torcer el curso de la acequia que dá agua a la poblacion. Con estas solas providencias, creyó que su ejército penetraria en la ciudad ántes de mucho tiempo.

IX. Sus tropas en efecto avanzaron en buen órden para ocupar los puestos a que estaban destinadas, en la confianza de que solo necesitaban presentarse para rendir a los insurjentes. Las banderas negras que O'Higgins habia puesto en sus trincheras despertaron solo la risa de los sitiadores, i atribuyendo esa manifestacion de firmeza a una ridícula fanfarronada, los realistas persistieron en creer que serian dueños de la plaza despues de una hora de combate.

Esa conviccion era aun mas firme en el ánimo de los jefes i soldados españoles que por primera

vez se batian con los insurjentes de Chile. Los oficiales de Talavera, i aun su comandante don Rafael Maroto, juzgaban al ejército patriota por las relaciones exajeradas del campamento enemigo, i creian asegurada la victoria con solo penetrar en las calles de la ciudad. Alentado por esta confianza, el jefe de este cuerpo, reforzado con 200 hombres del Real de Lima i los húsares de Barañao, entró al pueblo por las calles de San-Francisco formando en columna cerrada, como si nada tuviese que temer de la artillería insurjente. Para mayor engaño suyo, sus soldados no vieron la trinchera de los patriotas porque la ocultaba la puente alta de una acequia que atraviesa la calle a dos cuadras i media de la plaza del pueblo; i no apercibiendo apresto ninguno de resistencia marcharon resueltamente.

Los insurjentes en efecto habian tenido la precaucion de dejar avanzar la columna enemiga sin descargar un fusil; pero así que esta se hubo acercado a su bateria, rompieron un vivísimo fuego de cañon con tres piezas que habian cargado a metralla. Los estragos fueron horribles: la calle quedó sembrada de cadáveres, i durante un momento la columna realista no pudo moverse del punto que ocupaban. Poseidos de un terror pánico, por la inesperada sorpresa que esperimentaban, los soldados trataron solo de huir; pero los muertos les impedian retroceder, i el fuego de la trinchera seguia causando en sus filas grandes daños. Pasada la confusion, los realistas pudieron acojerse a las calles atravesadas, escurriéndose por la orilla de las paredes.

En esos mismos instantes, las otras divisiones del ejército de Ossorio atacaban la plaza por las otras avenidas. En todas partes fueron recibidas con una nutrida lluvia de metralla, miéntras los infantes, que ocupaban los tejados i las troneras practicadas en los edificios, descargaban sus fuegos sobre ellos. El combate se empeñó con un ardor estraordinario: sitiados i sitiadores estaban separados por una corta distancia, i los daños que éstos sufrieron en los primeros momentos, si bien no fueron mui considerables, les obligaron a replegarse para atacar desde las bocas calles, o desde los tejados i ventanas.

El jeneral realista entre tanto se habia tendido a descansar en los corredores de una casa situada en las inmediaciones del pueblo, miéntras sus soldados se batian en las calles de la ciudad. A ese sitio le llegaron los avisos del descalabro que acababa de sufrir la columna de Maroto en la calle de San-Francisco: algunos oficiales de Talavera, testigos presenciales de todo lo ocurrido, exajeraban el número de los patriotas, i daban a su derrota el colorido de una sorpresa a traicion. Apesar de esto, nadie entre ellos dudaba del triunfo completo i de la toma de la plaza en el dia. Ossorio mismo no se manifestó desalentado con la dispersion del batallon de Talavera; i cegado por la cólera i el despecho, dió al bizarro comandante de húsares don Manuel Barañao la bárbara órden de tomar con sus jinetes la trinchera defendida por cañones i fusiles, llevando sable en mano i tercerola a la espalda. Con estas providencias hacia alarde de su desprecio por la resistencia de los sitiados.

El nuevo ataque, sin embargo, no fué mas feliz: los húsares sufrieron las primeras descargas de los cañones patriotas, i la metralla hizo destrozos entre ellos. Su jefe, que, apesar de su repugnancia para obedecer la desacertada órden de Ossorio, habia cargado con un valor sobrenatural, no halló otro arbitrio para salvar a sus soldados que replegarse a las calles atravesadas, demontarlos i romper el fuego con sus tercerolas desde los tejados inmediatos. Barañao dió el ejemplo a sus tropas: su plan dió los mas lisonjeros resultados, i permitió el adelanto de los trabajos del sitio por aquella calle. Protejido por los fuegos de los húsares, el capitan de la sesta compañia de Talavera, don Vicente Zambruno, reunió sus soldados en la misma calle, formó una bateria i rompió los fuegos de cañon contra la trinchera insurjente. El comandante Barañao fué gravemente herido en los mismos momentos en que dirijia nuevas operaciones de ataque.

O'Higgins, que personalmente recorria los puntos de defensa de la plaza, conoció en breve la importancia de la obra que acaba de construir el enemigo, i se resolvió a atacarla inmediatamente. Con este objeto encargó al subteniente de la lejion de Arauco don Nicolas Maruri i al alferez de dragones don Francisco Ibañez, que a la cabeza de cincuenta infantes destruyesen la trinchera enemiga, clavasen sus cañones i, si les era posible, los condujesen a la plaza. A juicio del jeneral O'Higgins un ataque de esta especie iba a probar a los sitiadores que en la plaza habia hombres i elementos no solo para resistir sino tambien para tomar la ofensiva.

Los dos oficiales electos eran acreedores a la confianza que en ellos depositaba O'Higgins. Ibañez i Maruri, animados de un valor sobrenatural, aguardaron solo a que Millan descargase los cañones que tenia a sus órdenes: envueltos entónces en una nube de humo, avanzaron a gran prisa, atacaron a viva fuerza la trinchera de Zambruno, se hicieron dueños de ella en el primer empuje, i comenzaron a destruirla apresuradamente. Los realistas, amilanados en el momento, apénas hicieron una corta resistencia; pero vueltos de la sorpresa, se reorganizaron i cayeron con gran ímpetu sobre los patriotas, obligando a estos a replegarse momentáneamente para dejar obrar a la artilleria de Millan. Recomenzaron entónces los fuegos de cañon, miéntras Ibañez i Maruri se rehacian en una calle atravesada.

El astuto Zambruno sin embargo no se habia contentado con salvar su trinchera del riesgo que corria. Queriendo concluir con la partida de Maruri, despachó a uno de sus subalternos para que, penetrando por los interiores de las casas a la cabeza de un piquete de infantes i un cañon, rompiese sus fuegos sobre los insurjentes, cuando estos se retirasen a la plaza; pero, por fortuna, estos tuvieron noticia de lo que ocurria i supieron tomar sus precauciones. Inducidos por el ejemplo del subteniente Maruri, treparon algunos a los tejados vecinos, rodearon otros el patio en que se hallaban los Talaveras, preparando su cañon para romper los fuegos sobre la calle, i solo esperaron la señal del jefe para acometer. Esta señal la dió el mismo

Maruri arrojando al patio una granada de mano, que le habia remitido O'Higgins de la plaza. Ella produjo una confusion estraordinaria entre los realistas: todos quisieron huir del peligro que los amenazaba, pero todos fueron pasados a cuchillo por los patriotas; un tambor i dos soldados, los únicos que escaparon con vida, cayeron prisioneros. Maruri volvió a la plaza por los interiores de los edificios, conduciendo el cañon, los fusiles i las municiones; i apénas hubo entrado, el jeneral O'Higgins lo dió a reconocer a sus tropas con el grado de capitan de ejército, en premio de su heroica conducta en aquel ataque.

El combate se habia empeñado con igual ardor, aunque no con estas peripecias, en las otras calles. En estas no se peleaba cuerpo a cuerpo, ni se habia llegado al caso de atacarse a la bayoneta; pero ambos combatientes mantenian desde las troneras i tejados un vivo fuego de fusil i de cañon, que si bien se suspendia en ciertos intérvalos, recomenzaba cada vez que se avistaban las partidas enemigas. No satisfechos con hostilizar a los insurjentes por cuantos medios estaban a sus alcances, los realistas creyeron estrecharlos mas, incendiando algunos edificios para adelantar sus fuerzas por entre los escombros i ganar mayor espacio de terreno.

X. Apesar de la gran actividad que desplegaban en la refriega, los combatientes no estaban cansados al anochecer. Los fuegos no se interrumpieron, pero, poco despues de haberse oscurecido, el jeneral O'Higgins reunió en junta militar a todos los jefes de la plaza a fin de discutir las providencias

que debian tomarse en aquellas circunstancias. La reunion tuvo lugar en la casa del cura, situada en la misma plaza del pueblo; a ella concurrieron los comandantes de las trincheras i los oficiales de mayor graduacion que habia en Rancagua.

De la esposicion de todos estos se deducia claramente que hasta ese momento los sitiados eran los vencedores. Si bien era cierto que ellos habian sufrido mucho i se veian encerrados en la plaza, faltos de agua i escasos de víveres i municiones, tambien habian sabido resistir a los reiterados ataques del enemigo i causar en sus filas grandes destrozos. El desaliento por otra parte no se habia apoderado de los insurjentes: ninguno de los miembros de aquella junta habló de capitulacion.

Léjos de eso, el jeneral O'Higgins propuso quemar el último cartucho i resistir a todo trance hasta que llegase a auxiliarlo don José Miguel Carrera con la tercera division del ejército. Persuadidos de que el enemigo tendria que sucumbir si se veia atacado por la espalda por tropas de refresco, todos los jefes creyeron que se debia anunciar al jeneral Carrera el estrecho sitio que los realistas habian puesto a sus posiciones i la necesidad en que se hallaban de ser socorridos para concluir con ellos. Las municiones de cañon abundaban aun en la plaza, miéntras las de fusil, que tanto se necesitaban en aquellos momentos, cuando se combatia desde los tejados i ventanas, habian comenzado a escasear, i no era posible sostenerse mucho tiempo mas si no se les auxiliaba. La comunicacion con el jeneral Ca-

rrera estaba absolutamente cortada, i era mui difícil, ya que no imposible, hacer llegar a sus manos un papel o una noticia cualquiera; pero hubo un atrevido soldado de dragones, cuyo nombre no se halla apuntado en las memorias i documentos de la época, ni lo recuerda la tradicion, que se encargó gustoso de salir del pueblo, disfrazado de mujer, i de presentar al jeneral en jefe un papel de cigarro, en que O'Higgins habia escrito con lápiz estas palabras: "Si vienen municiones i carga la tercera division, todo es hecho".

Mayor aun era el desórden i la confusion que reinaba entre los realistas. Habian encontrado en la plaza una resistencia que no esperaban, habian sufrido pérdidas mui considerables en el ataque, i si bien los subalternos no se sentian abatidos, el jeneral Ossorio no deseaba otra cosa que levantar el sitio, para salvar su responsabilidad personal. Contra las órdenes terminantes i repetidas del virrei Abascal, i cediendo solo a las influencias de los jefes de su ejército, el jeneral realista habia cruzado el Cachapoal i empeñado la batalla en la confianza de que solo necesitaba presentarse para batir a los insurjentes. La resistencia que habia encontrado lo hacia vacilar; i su debilidad le aconsejó el mal arbitrio de retirarse con sus fuerzas, dejando a los enemigos dueño del campo que él abandonaba.

Los jefes de division se abstuvieron de cumplir esta órden, que, segun ellos, importaba la ruina segura del ejército realista. El mayor jeneral don Luis Urrejola lo representó a Ossorio, probándole el inminente peligro que corrian sus tropas si, co-

mo era de esperarse, el enemigo los atacaba por la espalda en su retirada i los perseguia en el pasaje del Cachapoal, i manifestándole la obligacion en que ellos estaban de transportar sus heridos, entre los cuales habia un jefe i algunos oficiales, para librarlos del mal trato de los insurjentes. Estas reflexiones apénas hicieron vacilar al jeneral realista; pero, por desgracia, se pasaron en la noche dos soldados patriotas, que descubrieron la verdadera situacion de las tropas de la plaza i la escasez de recursos que se comenzaba a esperimentar entre los sitiados. Con esta noticia, nadie, ni Ossorio mismo, volvió a pensar en la retirada.

XI. En aquellos momentos de angustia i confusion para los realistas, cuando la inmensa superioridad numérica no habia podido salvarlos de verse rotos i desconcertados, una carga de la tercera division del ejército insurjente habria bastado para destruirlos complemente. Estaba esta acampada en los graneros de la hacienda de la Compañía, a tres leguas de Rancagua; desde allí se oian perfectamente los cañonazos de la batalla, pero no se movió ni una sola partida para socorrer a los sitiados.

El jeneral en jefe del ejército insurjente, don José Miguel Carrera, se habia juntado a la tercera division el último dia de setiembre, i ocupaba con ella el punto antedicho. A la primera noticia que recibió de O'Higgins de haber pasado el enemigo el rio Cachapoal, Carrera despachó a su edecan don Rafael de la Sota a ordenar al jefe de la vanguardia que se replegase inmediatamente a la Angostura,

aun cuando fuese necesario clavar la artillería i perder las municiones. En su sentir, la resistencia debia organizarse en aquel punto, a pesar de las desventajas que le encontraban O'Higgins i los otros jefes patriotas.

La órden del jeneral era dictada a la distancia, i carecia del acierto necesario para aquellas circunstancias. El ejército realista constaba de 5,000 hombres, i formados en batalla, como marchaban al acercarse a Rancagua, se estendian en una vasta estension i no permitian al enemigo movimiento alguno que no fuese encerrarse en la plaza. Cuando Sota se acercó a Rancagua, ya O'Higgins i los suyos estaban sitiados por el ejército de Ossorio.

La caballería de la tercera division avanzó entónces hasta las inmediaciones de la villa; pero despues de habér cambiado algunos tiros con las fuerzas enemigas que ocupaban la cañada, volvió a los graneros de la Compañia, engrosada con varias partidas dispersas del rejimiento de Aconcagua. En ese punto se mantuvo impasible hasta la mañana siguiente.

En la noche recibió Carrera el papel en que O'Higgins le pedia que atacase al enemigo para concluir de un solo golpe su derrota. El emisario mismo era un testigo ocular de cuanto habia ocurrido, i pudo informar a don José Miguel de las ventajas que habian alcanzado los patriotas en el principio de la accion, i de la escasez de municiones, agua i víveres que habia empezado a esperimentarse en la plaza. El jeneral en jefe escribió por toda contestacion estas palabras: "Municiones no

pueden ir sin bayonetas. Al amanecer hará sacrificios esta division: para salvar a Chile se necesita un momento de resolucion." Temiendo que la esquela fuese interceptada por los realistas, i que ella descubriese sus planes, encargó al atrevido dragon que dijese a los jefes sitiados que contasen con que él atacaria con la tercera division.

Al amanecer del domingo 2 de octubre, en efecto, Carrera ocupó la quinta de Cuadra, situada a una milla del pueblo. Allí dispuso la línea de su division, i mandó a su hermano don Luis que avanzase por los callejones con 200 infantes i dos piezas volantes de artilleria. Alcanzó éste a cambiar algunos tiros con los de un cañon que los enemigos colocaron en la boca de la cañada, miéntras el coronel don José Maria Benavente, a la cabeza de tres escuadrones de caballeria, ocupaba los potreros de la derecha del callejon, obligando a la caballeria enemiga, casi sin disparar un tiro, a replegarse a la cañada. Una parte de ésta, que intentó atacar a los insurjentes por la retaguardia, tomando para ello los campos de la izquierda, fué rechazada por el escuadron que mandaba el teniente coronel don Diego José Benavente.

A pesar de haber alcanzado tan importantes ventajas en los primeros momentos, el jeneral Carrera no avanzó de ese punto. Desde allí no podia incomodar a los realistas, i ni aun alcanzaba a dividir su atencion para favorecer a los sitiados, que en ese momento se batian con una heroicidad i denuedo superiores a todo elojio. Fuera del alcance de los fuegos del combate, don José Miguel permaneció a

la entrada de los callejones que conducen a la cañada de Rancagua, sin intentar ataque alguno. Poco despues del mediodia dió la órden de retirarse al norte, con el propósito, segun dice él en su diario militar, de reorganizar la defensa en otra parte.

XII. Los sitiados, entre tanto, no habian cesado de combatir. Pasaron la noche entera con las armas en la mano, dirijiendo sus fuegos a los puntos por donde oian ruido, componiendo sus trincheras i preparándose para seguir en la defensa miéntras les fuese posible. Alentados con la promesa del jeneral Carrera de atacar en la mañana siguiente, los jefes de la plaza no desesperaron de alcanzar el triunfo.

Desde el amanecer subió al campanario de la Merced una partida de observacion, encargada de anunciar los movimientos de Carrera. Poco rato despues avisó ésta que la tercera division se acercaba en efecto por los callejones del norte, i mas tarde que dispersaba a la caballería enemiga; pero desde entónces se la vió impasible, sin intentar siquiera un nuevo movimiento, i como si su obligacion se redujese en aquellos momentos a mantenerse a la espectativa. Ni las señales que hacian los sitiados, ni los repiques de campanas con que pretendian llamar a don José Miguel, bastaron para hacerlo avanzar de sus posiciones.

O'Higgins sin embargo creyó que se le habia llegado el caso de cargar sobre el enemigo. En la calle de Cuadra, en donde los realistas habian hecho muchos destrozos, se presentó una partida de éstos en columna a posesionarse de una casa. El jeneral O'Higgins despachó inmediatamente en contra de

ellos al capitan Molina, a la cabeza de un piquete de fusileros. Cargaron éstos a la bayoneta, hicieron grandes estragos entre los enemigos, i, temiendo que fuesen reforzados, volvieron precipitadamente a la plaza.

A las doce del dia hubo un corto momento en que se mitigaron los fuegos de los sitiadores. O'Higgins creyó que el jeneral en jefe habia atacado con su division a la caballeria realista, i con el objeto de tomar sus providencias, subió a los tejados de la casa del cabildo, desde donde podia divisar lo que pasaba en las inmediaciones. Con gran sorpresa suya vió entónces que la tercera division se alejaba de Rancagua, dejándolo abandonado, próximo ya a ser víctima de una derrota desastrosa e inevitable.

La batalla, en efecto, estaba a punto de decidirse. Los soldados patriotas, reducidos en el combate a la mitad de su número, se encontraban rendidos de cansancio i de fatiga. Sus municiones no bastaban para sostener el fuego muchas horas mas: los víveres se agotaban, i una sed rabiosa comenzaba a hacer los mas funestos estragos entre los hombres i los caballos. A la primera noticia de la retirada de don José Miguel, los soldados de las trincheras, considerándolo ya todo perdido, alzaron el grito de ¡traicion! Hubo un instante en que el mismo O'Higgins sintió que su ánimo superior comenzaba a desfallecer; pero por fortuna, su desaliento no alcanzó a manifestarse a sus compañeros de armas. Finjiendo creer que su situacion no era tan angustiada, ese heroico hijo de la guerra montó un caballo,

desenvainó su sable, i, para infundir coraje a sus soldados, visitó en persona las trincheras, alentando a los suyos con su ejemplo i pronunciándoles sencillos pero enérjicos discursos: "¡Soldados! dijo a los defensores de una bateria, miéntras nosotros existamos la patria no está perdida." "Es preciso pelear hasta morir, i morir como leones, dijo en otra parte; el que hable de rendicion será pasado por las armas."

La tropa en verdad siguió batiéndose con un valor estraordinario. Muchos vecinos de Rancagua i hasta algunas mujeres tomaron un fusil en aquellas circunstancias supremas, i fueron a engrosar el número de los defensores de la plaza, i a resistir las reiteradas embestidas del enemigo. Desde que don José Miguel volvió las espaldas al sitio de la batalla, los realistas cargaron sobre la plaza con nuevo furor; sus defensores, sin embargo, resistieron con enerjía i decision, sin perder un palmo del terreno que ocupaban. El combate se sostuvo con gran teson hasta las cuatro de la tarde; pero a esa hora O'Higgins habia perdido cerca de dos tercios de sus tropas, i los soldados que aun vivian no tenian en su cartuchera mas que dos o tres tiros, i muchos de ellos ninguno. Los artilleros de las trincheras habian perecido en el servicio de sus cañones, i soldados de infanteria habian ido a reemplazarlos en sus puestos. Las calles i la plaza estaban sembradas de cadáveres. Los escombros de las casas que los realistas habian incendiado caian por todas partes, aumentando el ruido i el horror de aquel cuadro de muerte i desolacion.

A esa hora el ejército de Ossorio dió una nueva

i mas vigorosa embestida contra las trincheras de los patriotas. Alentados los Talaveras con las palabras del mayor don Antonio Morgado i del capitan Conde, cargaron por la calle de San-Francisco; pero fueron desordenados por la metralla de los insurjentes, i los escombros que caian de los tejados. La division del coronel Ballesteros embistió tambien por la calle del oriente: sus zapadores, conducidos por el capitan del batallon de Concepcion don Joaquin Pino i el sarjento Vicente Benavides habian abierto grandes brechas en las murallas vecinas, que permitian a los realistas acercarse a la trinchera patriota sin sufrir sus fuegos; pero los defensores de ésta resistieron aun con un valor estraordinario, i obligaron a los enemigos a desistir de sus intentos. El capitan don Hilario Vial, que mandaba las fuerzas patriotas en aquel punto, sucumbió en su defensa, dictando las órdenes necesarias para mantener la resistencia.

Estas ventajas no alcanzaban a mejorar la situatuacion de los sitiados. Sin darse por batidos, los realistas redoblaron sus ataques por todas partes, miéntras los insurjentes se veian forzados a abandonar la defensa por falta de jente i municiones. Las piezas de artilleria se habian caldeado: en la plaza faltaba el agua necesaria para refrescarlas, i solo una culebrina de a ocho, que tenia el capitan Millan en la trinchera de San-Francisco, podia seguir manteniendo sus fuegos. O'Higgins mismo creyó perdida toda esperanza de resistencia por mas largo tiempo, i solo pensó en salvar a los suyos de quedar prisioneros.

En un momento de audaz inspiracion, O'Higgins concibió el atrevido proyecto de atacar las columnas realistas i abrirse camino por entre ellas para llegar a la capital. La plaza tenia cuatro salidas; pero de nada le habria servido al jeneral patriota salir del pueblo por tres de ellas, puesto que iba a verse separado del sendero que le convenia seguir, i cortado por la caballeria realista, que se hallaba rezagada i fresca hasta entónces. En su situacion solo debia acometer por la calle del norte, la de la Merced, que conduce al camino de Santiago; pero le era forzoso atravesar la cañada, en donde estaba estacionada la caballeria de Ossorio. Salir de Rancagua por esa calle era una empresa superior a cuanto podia esperarse de los héroes del sitio.

El ánimo superior del jeneral O'Higgins no se abatió con tamaño obstáculo. Hizo tocar llamada en la plaza del pueblo, reunió precipitadamente a los oficiales i soldados que no se hallaban heridos, i, despues de pronunciarles una breve arenga, dió la órden de montar a caballo para intentar la salida. O'Higgins tenia consigo 280 caballos de los dragones de su division, i en ellos se acomodaron hasta 300 soldados patriotas. Los dragones desenvainaron sus sables para cargar al enemigo.

El heroismo de los chilenos no quedó reducido a esto solo en aquellos momentos de angustia i confusion. El bravo capitan don Ramon Freire, que mandaba los dragones, dispuso su tropa formando un círculo i dejando en el centro un espacio para colocar al jeneral O'Higgins. Este notó las disposiciones de su subalterno, i apretándole fuertemente la

mano le dijo :—"Capitan Freire, Vd. es un valiente: celebro mandar hombres de su temple; pero no puedo aceptar el sitio que Vd. me prepara. Yo, dijo colocándose delante de los suyos i echando su sable al hombro, debo atacar de frente al enemigo."

Clavó, en efecto, las espuelas a su caballo, i seguido de cerca por sus soldados, cargó precipitadamente a los realistas, gritando a voces: "Ni damos, ni recibimos cuartel." El primer empuje, sin embargo, no fué feliz; pero alentados nuevamente, los patriotas dieron una segunda carga con sable en mano. Pisoteando i arrollando a cuantos enemigos encontraron delante, saltando los cañones de los realistas i los escombros i maderos que habian arrojado, i atropellando por todas partes la resistencia que se les oponia, O'Higgins i los suyos llegaron felizmente a la cañada. Allí los atacó por el flanco otra division realista: los fuegos de esta les causaron algunos estragos; pero, sin demorarse en organizar la defensa, los patriotas pasaron casi sobre sus enemigos, i tomaron el camino de Santiago. Algunas partidas de caballeria realista, que intentaron perseguir a O'Higgins volvieron en breve a la plaza, desesperando de darles alcance.

XII. En los mismos momentos en que O'Higgins salia de la plaza, los realistas entraban a ella por la calle de San-Francisco. El valiente capitan don Antonio Millan habia defendido con un coraje sobrenatural la trinchera que la guardaba; pero en la tarde del segundo dia fué herido en una pierna por una bala de fusil, i en los últimos instantes del combate se encontró sin soldados que lo ayudasen a

defenderla. La muerte habia hecho los mayores estragos en aquel punto, i para mayor desgracia se incendiaron algunas municiones, introduciendo la confusion entre los patriotas i alentando a sus enemigos. Millan llegó arrastrándose hasta la plaza, i entró a la iglesia matriz, llena entónces de mujeres i niños que buscaban un asilo contra la saña de los vencedores, i allí fué hecho prisionero por algunos soldados de Talavera.

Casi al mismo tiempo entraron los realistas a la plaza por las otras calles. Los pocos patriotas que quedaron en la ciudad, despues de la salida de O'Higgins, siguieron aun resistiendo con el valor de la desesperacion. El teniente de voluntarios don José Luis Ovalle, en lo mas crudo de la refriega, mantuvo izado el estandarte tricolor en el centro mismo de la plaza, hasta que cayó herido por una bala de fusil; i si bien alcanzó a montar a caballo i seguir a O'Higgins en su salida, le cupo la desgracia de recibir dos lanzasos i de quedar en poder del enemigo. El teniente don Jose Maria Yañez, que relevó a Ovalle, murió heróicamente en su puesto, defendiendo con denuedo la bandera nacional. El capitan don José Ignacio Ibieta, a quien una bala de cañon le habia cortado las piernas, defendió puesto de rodillas con un valor sobrehumano el paso de una trinchera; i, despreciando las promesas de perdon que a nombre de Ossorio le hacian sus enemigos, se mantuvo firme en su puesto, hasta que sucumbió acribillado de balas.

No fueron estas las únicas muertes que se siguieron a la entrada de los realistas a la plaza.

El teniente coronel de milicias don Bernardo Cuevas, que se habia batido con valor en la trinchera de la calle de la Merced, fué hecho prisionero en la retirada de los patriotas, i bárbaramente asesinado por los enemigos. Confundiéndolo algunos con el jeneral O'Higgins, porque llevaba una casaca galoneada, pretestando otros que habia intentado escaparse despues de haber caido prisionero, i deseando todos satisfacer una inútil venganza, lo fusilaron en la calle, sin proceso ni ceremonias. Igual suerte cupo a muchos soldados que intentaron defender sus puestos o resistir por mas tiempo.

Desde entónces la ciudad fué entregada al saqueo. Los soldados realistas hicieron por todas partes grandes daños rompiendo las puertas de las casas i destruyendo todo lo que no era para ellos objeto de lucro i de provecho. Con las culatas de los fusiles destrozaron los cajones de la sacristia de la matriz, i robaron en un instante los ornamentos de la iglesia. La soldadesca cometió todo jénero de crímenes en esa horrible tarde.

Miéntras tanto, nadie se acordaba de cortar el fuego que los realistas habian puesto a algunos edificios durante el sitio. Ocupados unos en robar i saquear las casas i otros en defender sus propiedades o esconder sus bienes, el incendio habia cundido sin obstáculo, i habia llegado al sitio que servia de hospital de sangre a los heridos de la trinchera de San-Francisco. Las llamas devoraron fácilmente el edificio, sin que ninguno de los infelices que en él se hallaban asilados pudiese evitar tan triste suerte. Al siguiente dia se encontraron allí veinte i ocho

cadáveres reducidos a cenizas: de las rejas de las ventanas estaban aun aferradas algunas manos, como si esos desgraciados hubiesen querido escapar de la horrible suerte de que se hallaban amenazados (7).

¡Con tan trájica escena se abria ese horrible período de la historia nacional que comenzó con la funesta jornada de Rancagua!

(7) Para la relacion de los sucesos que forman la última parte de este capítulo he tenido a la vista un gran acopio de memorias, documentos i papeles de gran interes. El parte del jeneral Ossorio, el diario del jeneral Carrera, las memorias atribuidas al jeneral O'Higgins i su correspondencia, la obra del coronel Ballesteros, la relacion de méritos de este jefe, la hoja de servicios i varios papeles del jeneral Maroto son los principales entre ellos. Esta parte de mi historia contiene muchos detalles que he recojido en esos documentos i papeles; pero debo noticias mui curiosas e importantes a algunos testigos i actores en aquellos sucesos. El coronel Ballesteros, don Manuel Barañao, i don Antonio Garcia Aro, ayudante de Maroto entónces, me han informado mui detenidamente en muchos pormenores del campo realista. Don Antonio Millan i don Nicolas Maruri, entre los patriotas, me han referido incidencias enteramente desconocidas sobre la defensa de la plaza. El primero de estos ha tenido la modesta i honrada jenerosidad de asegurarme que son enteramente falsos algunos razgos de decision i tenacidad que le han atribuido Benavente i Amunátegui, en sus obras citadas.

CAPITULO XVII.

I. Providencias del gobierno de Santiago durante el sitio de Rancagua.—II. Los restos del ejército insurjente siguen su marcha para la capital.—III. Medidas del jeneral Carrera para reorganizar sus fuerzas.—IV. Abandona la capital.—V. La ocupan las fuerzas realistas.—VI. Emigracion chilena.—VII. Aprestos de resistencia de don José Miguel.—VIII. Pasa la cordillera con sus fuerzas.—IX. Próspero fin de la campaña de Osorio.—X. Llega al Perú la noticia de la reconquista española.

I. Miéntras el jeneral O'Higgins se batia en Rancagua con tanto denuedo i decision, los patriotas de Santiago se hallaban sobresaltados i confusos. Los partes de don José Miguel Carrera, que llegaban por momentos a la capital, aunque no anunciaban las alternativas del combate, dejaban traslucir claramente la desconfianza. Todos aguardaban con la mayor ansiedad una noticia definitiva del resultado de la batalla; pero despues de dia i medio de espectativa, solo se sabia que el valiente O'Higgins continuaba resistiendo con enerjia i resolucion.

En medio de la alarma de todo el pueblo, el gobierno, o mas bien dicho el presbítero Uribe, que desde la salida de Carrera habia asumido la direccion administrativa, tomaba las medidas que creia

necesarias para reunir los elementos de resistencia. Persuadido, en vista de los partes de Carrera, de que O'Higgins habia de sucumbir sin remedio, pensaba solo en aglomerar recursos para organizar la defensa en otra parte. Con este objeto hizo empaquetar los caudales de la casa de moneda, i reunir el armamento i la tropa que habia quedado diseminada en varios puntos.

Tan luego como llegó a Santiago la noticia de haberse retirado don José Miguel Carrera de las inmediaciones de Rancagua, las medidas de Uribe fueron aun mas enérjicas i vigorosas. Con mas atolondramiento que prudencia, ofició al gobernador de Valparaiso para que despues de incendiar los buques se retirase a la capital con todas sus fuerzas. "Acelere sus marchas destruyendo enteramente el puerto, le decia en un segundo oficio de ese dia. No deje U. S. un solo cañon útil. Incendie los buques, bodegas, i cuanto haya (1).

II. El jeneral en jefe del ejército insurjente entre tanto se hallaba en marcha para la capital. Despues de haberse retirado de las inmediaciones de Rancagua, comenzó a dictar sus medidas para reunir un nuevo cuerpo de tropas con que organizar la defensa en otro punto; pero la vista de los soldados de O'Higgins, que habian escapado de la plaza, produjo entre los suyos el terror pánico que era de esperarse. Al oir esta noticia, don José Miguel, que se habia adelantado a su division, aumentó sus guerrillas para sostener a los fujitivos, encargó a su hermano don

(1) Notas del vocal Uribe al gobernador de Valparaiso. Octubre 2 de 1814.

Luis que se mantuviese en la Angostura hasta la media noche, i él se puso en precipitada marcha para la capital (2).

Sus providencias no sirvieron de nada. Eran dictadas cuando el mal no tenia remedio, i cuando ni las promesas ni las amenazas bastaban para contener en sus puestos los soldados patriotas. El capitan don Patricio Castro, que mandaba una de las partidas de la tercera division, tuvo que usar de su sable para hacerse obedecer de su tropa, i aun asi los soldados se desbandaban de la fila. Convencido de la ineficacia de las órdenes de su hermano, el coronel don Luis Carrera esperó solo que se le juntasen algunos fujitivos de Rancagua, i dió la vuelta a Santiago poco despues de haberse oscurecido.

III. A su entrada a la capital, el jeneral Carrera vino a penetrarse de la importancia de la derrota que acababan de sufrir las dos primeras divisiones de su ejército. Las diversas partidas patriotas que guarnician a Melipilla i un destacamento que habia salido de Santiago a ausiliar la tercera division se dispersaron completamente a la primera noticia del descalabro, de modo que sus jefes se presentaron casi solos en Santiago a recibir las órdenes del jeneral. El desaliento habia cundido por todas partes, i nadie quizá pensaba en aquellos momentos que pudiese salvarse la patria.

Don José Miguel sin embargo no se dejó abatir. Queriendo reponer con una intempestiva actividad los males que habia causado su inercia, Carrera

(2) Diario del jeneral Carrera.

dictaba órdenes de todo jénero i despachaba propios en todas direcciones para reunir los elementos de resistencia. Llamó precipitadamente al batallon de ausiliares de Buenos-Aires, que habia llegado a Aconcagua, mandó al justicia mayor de esta provincia, Villaroel, que remitiese al gobierno 1000 mulas i 400 caballos, i que cubriese los pasos de la cordillera para que nadie la atravesase sin pasaporte. Con la misma urjencia ofició a todos los jefes de milicias de la provincias del norte para que las reuniesen a la mayor brevedad. Su plan entónces era organizar la resistencia en Aconcagua o Coquimbo.

Para esto quedaban aun en Valparaiso algunos elementos; pero mui poco habia que esperar de ellos despues del mandato que Uribe habia dado al gobernador de aquel puerto. La junta misma abrigaba sus temores, i su nota a este funcionario, dándole nuevas órdenes, los deja ver claramente. "Aunque a U. S. se le tiene prevenido, decia con fecha del 3, incendie los buques, si han quedado algunos menores haga U. S. que estos marchen a Coquimbo conduciendo los cañones i demas pertrechos. Se encarga de nuevo a U. S. no deje otra cosa que escombros (3)."

Alentado con la idea de llevar a cabo su plan, don José Miguel hizo salir para Aconcagua a su ayudante el capitan Barnechea, acompañado por el coronel Merino, conduciendo 300,000 pesos en oro i plata, que escoltaban veinte fusileros. Para reunir esta suma, el jeneral en jefe habia barrido con cuan-

(3) Nota de Uribe de 8 de octubre de 1814.

to se encontraba en la casa de moneda i demas oficinas públicas, i habia despojado a algunas iglesias de los lujosos adornos de plata que cubrian sus altares. Segun pensaba, con estos recursos podia engrosar sus fuerzas con las milicias i prolongar la lucha en las provincias del norte.

IV. En la mañana del siguiente dia 4 comenzaron a salir de Santiago las tropas insurjentes en marcha para Aconcagua. Algunas de ellas que habian quedado en observacion en el llano de Maipo atravezaron la ciudad, i siguieron por el camino del norte, dejando solo una partida de 20 fusileros mandados por los capitanes Molina i Maruri. Estos debian observar los movimientos del enemigo, miéntras el jeneral en compañia de su hermano don Luis, del vocal Uribe, de dos ayudantes i dos ordenanzas, quemaban los efectos del parque de artilleria, clavaban los cañones, incendiaban la casa de pólvora i los repuestos que habia de este artículo, i destruian por todas partes las oficinas en que el enemigo podia establecer sus trabajos militares.

En medio del trastorno i confusion que esta clase de afanes debia producir en la ciudad, el populacho dió principio al saqueo de algunas casas. Viveando al rei unos, i otros a la patria, pero todos de acuerdo, rompian las puertas de calle i robaban todo lo que habia despertado su codicia. Un batallon de Voluntarios, que mandaba don Pedro Nolasco Vidal, disparó al pasar para el norte seis balazos sobre la gavilla que saqueaba una casa en las inmediaciones del puente; pero si tan ejecutiva amenaza bastó para dispersarla, no alcanzó a evitar los

males que entónces comenzaban. El mismo jeneral en jefe, no tanto para distraer al pueblo del robo de las propiedades particulares como para privar al enemigo de los recursos pecuniarios i militares que habia en la capital, entregó al saqueo la administracion de tabaco, los almacenes de víveres i la fábrica de fusiles.

Fácil es inferir cual sería el desórden que reinaba en esos momentos en Santiago. Nadie obedecia los mandatos del gobierno: los vecinos mas pacíficos, aquellos que por imposibilidad física o por falta de todo compromiso con los patriotas, no dejaban la ciudad en seguimiento del ejército, se armaron gustosos i patrullaron en las calles, castigando a los delincuentes i conteniendo al populacho.

El jeneral en jefe salió de la capital en la tarde del mismo dia 4. Nombró gobernador militar al coronel de milicias de Colchagua don Eujenio Muñoz, ordenándole que comisionase una diputacion para acercarse al jeneral Ossorio, a fin de alcanzar de él que sus tropas no entrasen hóstilmente a la poblacion (4).

V. El jefe realista en efecto no habia querido demorarse mucho tiempo en Rancagua. En la mañana del 3, al dia siguiente de haber ocupado el pueblo, Ossorio hizo celebrar una solemne misa en el templo de San-Francisco, a que mandó concurrir a todo el vecindario, amenazando con castigos a las señoras que se negasen a pasar sobre los cadáveres para llegar a la iglesia. Inmediatamente dió al co-

(4) Diario militar del jeneral Carrera.

ronel don Juan Nepomuceno Carvallo el cargo de gobernador político i militar, con una guarnicion compuesta del batallon Valdivia, i ordenó la marcha de su ejército. En virtud de esta órden, salió para Santiago el escuadron de carabineros de Abascal, que mandaba Quintanilla, la caballería de Elorreaga, la division del coronel Montoya i el batallon de Talaveras.

Ossorio se movió en la tarde de ese dia, i llegó hasta la hacienda del Hospital. Desde allí dirijió en la mañana siguiente a sus soldados una proclama, recomendándoles la conducta que debian observar a su entrada a Santiago. "Es preciso, decia en ella, os manifesteis en la capital no con aquella severidad que en la infeliz Rancagua: los santiaguinos son nuestros hermanos i no nuestros enemigos que ya han fugado: usemos con ellos de toda nuestra ternura i compasion."

En ese mismo dia entraron a Santiago las primeras partidas del ejército realista. Se les habia preparado un espléndido recibimiento, se habian embanderado todos los edificios, i el vecindario los felicitaba por cuantos medios estaban a sus alcances. Los godos, sin impedimento alguno para espresar su alegria, recorrian las calles, ufanos con la victoria que acababa de alcanzar Ossorio, i preparándose para gozar largamente de su triunfo.

En estas manifestaciones tomaban tambien parte algunos indiferentes, que veian por fin el término de la guerra, i un gran número de patriotas. Deseando estos evitar el saqueo i las amenazas del enemigo, se empeñaban en aplacarlo para que su

entrada a la capital no fuese acompañada de robos i asesinatos.

Por fortuna, Quintanilla i Elorreaga venian horrorizados con las ocurrencias de Rancagua, i dispuestos a tratar mejor a los habitantes de Santiago. Animados de un buen espíritu, ellos supieron conducirse con jenerosidad i prudencia, i evitar el saqueo i las tropelias de la soldadesca. Constituyeron autoridades provisorias, formaron un cabildo compuesto de cinco miembros (5), i dictaron todas las providencias necesarias para mantener el órden público hasta la llegada del jeneral Ossorio.

VI. En Santiago quedaban entónces mui pocos patriotas. Temiendo los mas comprometidos la saña de los vencedores, se habian apresurado a dejar sus casas i a seguir a los restos del ejército insurjente. Ellos consideraban perdida toda esperanza de resistencia, i solo trataban de cruzar las cordilleras para buscar un asilo en las provincias arjentinas, sin cuidarse mucho de los aprestos necesarios para tan penoso viaje, ni de sus familias que dejaban abandonadas. Aquellos que por su edad avanzada o por otras causas no podian emprender tan larga peregrinacion, trataban de ocultarse en los campos vecinos para sustraerse a las persecuciones que los amenazaban.

El camino de Aconcagua, que seguian los esquilmados batallones del ejército insurjente, presentaba entónces un espectáculo lastimero. Hombres de todas

(5) Eran estos don Jerónimo Pizana, don Manuel de Araos, don Juan Nepomuceno de Herrera, don Pedro Antonio Villota, doctor don Pedro Ramon de Silva Bohorquez, rejidor secretario.

condiciones, i entre ellos los personajes mas notables de Chile, mal montados i peor equipados, acompañaban de cerca a las tropas, compartiendo con ellas los sinsabores i fatigas de una marcha precipitada i por ásperos caminos. Faltos de dinero i escasos de todo recurso, su viaje fué la romeria del proscripto, desde el momento en que dejaron sus casas i comodidades. Muchas mujeres, que acompañaban a sus maridos i padres, contribuian a aumenmentar con sus lágrimas el dolor de todos i a embarazar la marcha de los fujitivos.

VII. El 5 de octubre se hallaron por fin en los Andes los restos del ejército insurjente. Carrera comenzó desde luego a dictar las órdenes mas necesarias para la reunion de los dispersos a fin de reconcentrar las reliquias del ejército insurjente, pero en aquellos momentos nadie obedecia sus mandatos. Muchos de los oficiales de las divisiones que habia mandado O'Higgins en Rancagua se hallaban dispuestos a todo ménos que a respetar las órdenes de don José Miguel. Los ausiliares de Buenos-Aires, que mandaba don Juan Gregorio Las-Heras, se negaron a cumplir los mandatos de Carrera, i tomaron el camino de la cordillera el dia 6, seguidos de cerca por O'Higgins i muchos de sus soldados.

Seguian a estos una multitud de paisanos de todas edades i sexos. Por vehementes que fuesen sus deseos de ponerse fuera del alcance de los soldados realistas, su marcha se hacia con lentitud por los mil obstáculos que a cada instante encontraban al paso. Las cordilleras estaban cubiertas de nieve, como en lo mas rigoroso del invierno, i los caballos

que montaban apénas podian andar por aquellas asperezas.

Para colmo de males Elorreaga no se habia detenido en Santiago mas que el tiempo necesario para tomar ciertas providencias, i siguió su marcha precipitadamente para alcanzar a los fujitivos. El dia 7 se halló a las inmediaciones de las serranias de Chacabuco, i sin duda las habia cruzado fácilmente a no verlas defendidas por una fuerza que parecia respetable. Don José Miguel, temiendo en efecto verse atacado de cerca i separado de los refuerzos que esperaba de Valparaiso i Quillota, tocó todos los recursos que estaban a sus alcances, reunió los dispersos i arrieros de sus bagajes, los vistió i formó en la plaza con fusiles descompuestos, i despachó una partida de 80 fusileros montados a las órdenes de los capitanes don Francisco Molina i don Nicolas Maruri, a ocupar las alturas de Chacabuco. La vista de estos bastó para que Elorreaga diese su vuelta a Santiago a engrosar sus fuerzas.

Esta pequeña ventaja no alcanzaba a mejorar en nada la situacion de Carrera, ni a indemnizar otras pérdidas. Los soldados de Molina i Maruri, aprovechándose de la oscuridad, se desertaron en su mayor parte en la primera noche que pasaron en Chacabuco. El refuerzo que debia llegar de Valparaiso se pasó al enemigo, con los caudales de que era conductor. La desgracia perseguia por todas partes a los restos diseminados del ejército patriota.

VIII. Don José Miguel entre tanto no habia cesado de moverse en todas direcciones. Cansado de aguardar los refuerzos que esperaba se dirijió al

sur i llegó hasta el pueblo de Santa-Rosa, pero allí supo lo que habia ocurrido al capitan Molina i la traicion de las tropas de Valparaiso, i tomó de nuevo su marcha hácia el punto denominado la Ladera de los Papeles, en donde estaba reunido mas de un millon de pesos en especies i dinero.

En la noche del 9 recibió en ese punto un refuerzo de cuarenta fusileros, que a las órdenes del capitan don Servando Jordan le remitia su hermano don Luis desde el paso de la cordillera en donde se hallaba colocado. Con esta corta fuerza don José Miguel se puso en camino para Santa-Rosa, a fin de reunir algunas cargas de municiones o dinero, i protejer su marcha hácia el norte; pero sus primeras partidas se encontraron con las avanzadas del ejército realista, i despues de sostener un corto choque dieron la vuelta al norte en precipitada fuga.

En aquellos momentos no quedaba otro arbitrio que la fuga. Carrera se retiró con sus tropas el dia siguiente, el 11, a la Ladera de los Papeles, para seguir su marcha por las cordilleras. El 12 alcanzó hasta la Guardia, echando al rio de Aconcagua todo aquello que no se podia conducir, i no queria dejar en manos del enemigo que avanzaba precipitadamente. Una division de éste, compuesta al parecer de 400 hombres, alcanzó en la tarde de ese mismo dia a la retaguardia de los patriotas cuando comenzaban a moverse de la Ladera de los Papeles. Allí se empeñó una corta accion: los fujitivos, mandados por los capitanes Maruri i Molina, se batieron con denuedo i heroismo, aprovechándose de las ventajas del terreno montañoso que ocu-

paban; pero no pudieron evitar una derrota, i dejaron en el campo algunos muertos i muchos prisioneros. La oscuridad de la noche les permitió seguir precipitadamente su marcha, e internarse en el camino de la cordillera.

Los fujitivos tenian que andar de prisa para no caer prisioneros, destruyendo por sus propias manos los útiles i pertrechos que habian acopiado para que no quedasen en poder de los enemigos que los perseguian. Para mayor desgracia no encontraron en el camino ninguna partida que los reforzase: algunas partidas del batallon de ausiliares de Buenos-Aires, que ocupaban la posicion de Calaveras, se habian puesto en retirada sin dejar un solo hombre para ayudar a Carrera. Con mil afanes i fatigas este jeneral i sus soldados pasaron la cumbre de la cordillera el siguiente dia, 13 de octubre, i siguieron su marcha a Mendoza (6).

IX. El coronel Ossorio habia concluido su campaña a los dos meses cabales despues de haber desembarcado en Talcahuano. En su marcha a la capital se le habia recibido como vencedor, en medio de las mas claras manifestaciones de alegria.

Su entrada a Santiago fué sumamente solemne. Los godos de la capital no habian evitado dilijencia para que fuese suntuosa i triunfal, i los patriotas tivios, que querian reconciliarse con el partido vencedor, los ayudaron eficazmente en sus trabajos.

(6) Todos estos detalles estan tomados del diario militar de don José Miguel Carrera. Los autores de la *Reconquista española*, que lo siguen en esta parte, han asentado equivocadamente que el encuentro de la Ladera de los Papeles tuvo lugar el 11 de octubre.

Ossorio habia anunciado que su entrada tendria lugar el 9 de octubre: desde algunos dias atras estaban embanderadas todas las casas para felicitar a cada batallon realista que entraba a la ciudad; pero para celebrar la entrada de Ossorio, el entusiasmo de sus partidarios llegó al mas alto grado.

En la tarde de ese dia entró al fin Ossorio por la calle de Santa-Rosa, acompañado de su estado mayor i seguido de algunas tropas de su ejército. En su tránsito desparramaban de los balcones una variada multitud de flores, i hasta considerables cantidades de dinero que se arrojaba a los soldados. Un repique jeneral de campanas acompañaba a las músicas militares i a los desacordados gritos del populacho que viveaba al monarca español i al jefe realista que acababa de vencer.

Ossorio no se demoró mucho tiempo en la capital para gozar de su triunfo. Empeñado en perseguir a los patriotas salió de la capital el 13 de octubre para activar las operaciones militares de su division de vanguardia, dejando el gobierno de la capital al rejidor Pisana. En ese mismo dia Carrera habia cruzado los Andes con los últimos restos del ejército insurjente; i Elorreaga, desesperando de darle alcance, volvia con sus partidas a Santiago cuando se encontró con el jeneral en jefe. Entrególe allí nueve piezas de artilleria de diferentes calibres, mas de 300 fusiles i de 200 prisioneros, cuatro banderas insurjentes i diez i nueve cargas i media de oro i plata que habia quitado a los fujitivos. Ossorio se detuvo solo el tiempo necesario para mandar todo esto a la capital, i siguió su camino a Aconca-

gua, Quillota i Valparaiso. Desde allí despachó la goleta *Mercedes* con direccion al Callao, llevando a Abascal la noticia de la reconquista de Chile, i alguna parte del botin hecho a los insurjentes.

X. Grande era la ansiedad con que se esperaba en Lima las noticias del ejército de Chile. El mismo virrei Abascal ha consignado en documentos importantes sus temores i sobresaltos en aquellas circunstancias. "No se tenia noticia, dice, del comandante jeneral Ossorio en Chile, ni del estado de la guerra de aquel reino. Ignorábase la suerte de las órdenes que hasta por triplicado se habian pasado a aquel jefe, en conformidad de lo espuesto en junta de guerra para activar sus operaciones, para que en cualquier estado tratase con los insurjentes la negociacion mas decorosa que pudiese alcanzar para volar al socorro del jeneral Pezuela i de sus valientes i beneméritas tropas, i era en fin de recelar que reforzadas en Jujui i Salta, los enemigos del Rio de la Plata, en consecuencia de la pérdida de Montevideo, incomodasen i molestasen al ejército en término que ocasionasen su entera ruina i destruccion (7)."

La llegada de la corbeta *Mercedes*, el 6 de noviembre, convirtió en júbilo i contento los temores que habian asaltado al virrei i a su corte sobre la suerte del ejército realista de Chile. "Cuando mas atribulados nos hallábamos, la providencia nos ha proporcionado este gusto a tiempo que llorábamos la desercion de otra porcion de nuestros hermanos,"

(7) *Relacion de gobierno del marquez de la Concordia.*

dijo la *Gazeta* de Lima al anunciar esta noticia.

Inmediatamente que el virrei supo el arribo de la *Mercedes*, i que esta traia a bordo nueve banderas que Ossorio habia quitado a los insurjentes de Chile, mandó que se depositasen a bordo del navio *Asia* miéntras se hacian los preparativos para su recepcion. En la mañana del siguiente dia se desembarcaron, i en la tarde se llevaron a Lima escoltadas por dos compañias de soldados. Las conducian nueve oficiales de los mismos que se habian batido en Rancagua, i llevaban estos las mismas casasas con que habian hecho la campaña. Salieron a servirlos dos bandas de música militar, i el mismo virrei, a cuya vista las tendieron en tierra: la carróza de éste pasó varias veces por delante de ellas (8).

Las celebraciones públicas duraron en Lima algunos dias mas. El virrei, su corte i los realistas todos creian perfectamente asegurada la dominacion española en Chile, i pensaban que jamas volveria a asomar la insurreccion. Ellos no sospechaban que los héroes de Rancagua habian de armarse de nuevo para emprender la reconquista de la patria; pero el espíritu de independencia, aunque sofocado en aquellos momentos, estaba aun vivo i pronto a manifestarse de nuevo i con mayor vigor.

(8) La *Gazeta* de Lima de 12 de noviembre da muchos detalles de estas celebraciones. El jeneral Garcia Camba' que dá en sus *Memorias* algunas noticias sobre el particular, asienta equivocadamente que la primera noticia de la reconquista de Chile llegó a Lima el 2 de noviembre.

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS.

Número 1, páj. 170.

De resultas de haber salido el teniente coronel don Francisco Calderon para el sitio de Chillan con un convoi de municiones escoltado por 200 hombres, quedó la ciudad de Concepcion con una escasísima guarnicion compuesta de unos pocos artilleros i algunas compañias de milicias de infanteria. Queriendo los realistas aprovecharse de esta situacion para apoderarse de la ciudad, tramaron una conspiracion que fué descubierta por el artillero Manuel Amaya, asistente del capitan Vidal que habia quedado de comandante de artilleria de la plaza. Amaya comunicó a su comandante que una mujer, con quien estaba en amistad, despues de exijirle juramento de guardar secreto, le habia comunicado que los realistas iban a apoderarse de la ciudad echándose sobre el cuartel de artilleria i que para salvar su vida no debia recojerse al cuartel la noche que ella le avisase iba a darse el golpe. El comandante encargó al soldado no comunicase a nadie aquella noticia, que esa noche se fuese a dormir a casa de su amiga i le asegurase que amándola mucho i deseando casarse con ella queria tomar parte en la conspiracion si el golpe era seguro, para lo que deseaba le dijese con que elementos contaban, pues en los cuarteles habia mucha vijilancia.—La mujer le aseguró que encabezaban la conspiracion varios individuos de su posicion cuyos nombres no habia querido revelarle su hermano, i mas de cien hombres resueltos a tomarse el cuartel de artilleria para asegurarse de las armas i municiones; que lo asaltarian por los pies, para lo que estaban de acuerdo varios artilleros realistas

de los prisioneros de Talcahuano que habian sido incorporados a los patriotas, i con varios de los cívicos de donde era sarjento su hermano, i que procuraria entrar de guardia la noche convenida i sublevar su cuerpo en el momento que estuviese tomado el cuartel de artilleria.—El soldado Amaya le dijo a la mujer que el golpe le parecia seguro, que entraba en la revolucion i que en lugar de dormir fuera la noche del asalto convenia que estuviese dentro para encerrar con llave a su comandante lo que era mui fácil; pues dormia en la pieza anterior con su asistente, pero que era indispensable lo pusiese en relacion con los artilleros comprometidos para que supiesen que era de su partido i le ofreciesen respetar la vida de su comandante. La mujer lo convidó a merendar a las oraciones del dia siguiente, ofreciéndole que encontraria en su casa a todos los artilleros comprometidos para que los conociese i entrase en relacion con ellos.—Con estos antecedentes, Vidal, de acuerdo con don Julian Uribe, determinaron echarse la noche siguiente sobre la mujer i sus convidados, pero habiendo dado cuenta de todo al presidente de la junta el Dean don Salvador Andrade. Este señor se alarmó i atemorizó tanto que apesar del encargo de guardar secreto lo comunicó esa noche a varios amigos, i de unos en otros al amanecer del dia siguiente la conspiracion era pública en toda la ciudad, i habian desaparecido la mujer, su hermano i varios cívicos i artilleros. Cortado ya el hilo que debia conducir a descubrir los cabezas, se tomaron medidas para evitar un golpe de mano a que podia conducirlos la desesperacion, i para ello se atrincheraron i fosearon las ocho bocas calles de la plaza, se reunieron en ella de noche todos los patriotas, se separaron todos los cívicos sospechosos, se reforzó el cuartel de artilleria (que estaba en la plaza) con los soldados combatientes que estaban en estado de tomar las armas. Vidal i el capitan Luna se encargaron de la defensa de la plaza, i don Julian Uribe de mantener el órden en la ciudad i guardar las avenidas con patrullas de caballeria compuestas de los vecinos mas comprometidos. En este estado se mantuvo Concepcion por varios dias hasta la llegada del jeneral Carrera a quien se le habia dado parte de lo ocurrido: el jeneral, al dia siguiente de su llegada, para dar confianza al pueblo i manifestar cuan poco temia un ataque, mandó allanar las trincheras i segar los fosos, mandando al coronel O'Higgins sobre Hualqui para perseguir a Valle.

Número 2, páj. 227.

Exmo. Señor:

Como nada sería mas peligroso en las actuales difíciles circunstancias de nuestra situacion que el que se creyesen disensiones entre el gobierno i los jenerales, i como los espíritus egoistas i sin amor a la patria, por la miserable bajeza de sacar partido, o de hacerse espectables, tiran a fomentar estos recelos, i a formar misterios de lo que no saben, o de las acciones mas sencillas; es preciso que por el bien del estado, por el nuestro individual, i por la responsabilidad en que nos hallamos con los pueblos, hablemos mútuamente de una vez franca i abiertamente, i que V. E. nos crea como unos hombres que no tenemos partidos ni relaciones, que jamas hemos solicitado influencia en los negocios públicos: que tenemos la resolucion mas firme de no gobernar, i que solo ansiamos el momento de la conclusion de esta guerra para retirarnos a nuestras casas, aun cuando nos costara la vida esta resolucion.

Primeramente V. E. debe cerciorarse del estado esterior e interior de nuestros negocios. Por la parte de Lima, aunque la actual contienda que tiene con Buenos-Aires parece que debe agotar sus recursos; pero si se hace cargo V. E. del interes que le resulta en sacar tropas i caballerias de Chile: de la necesidad en que se halla de proveer con nuestros abundantes víveres sus ejércitos, i de la facilidad con que puede poner todo esto en las costas del Perú, i en las campañas de Córdova: de que parece se halla desahogada por la parte del norte, que tiene todos sus buques ociosos i al ancla en el Callao, que le faltan armas, i aquel comercio, que en sustancia no tiene otra navegacion que la de Chile, debe hacer los últimos esfuerzos para franquearla, veria V. E. con estos antecedentes, que no es tan difícil como se creeria el tener sobre nosotros una espedicion de aquel virrei. Cuando prefirió remitir a Chile sus mejores oficiales en circunstancias de hallarse batido el ejército del Perú, es sumo el interes que tiene contra nosotros; i si por desgracia sucumbiese Belgrano, jamas podriamos dudar de los estraordinarios esfuerzos que emprenderá contra Chile.

En este estado de cosas considere V. E. nuestra situacion interior. El erario sin entradas por mar ni cordillera se halla enteramente agotado. Nuestros sucesos de Yerbas-Buenas, San-Cárlos i Talcahuano, hacian aguardar por momentos la conclusion de esta ruinosa guerra; i cuando todos consolaban sus pérdidas con la próxima esperanza del fin, i ninguno pen-

saba ya en ulteriores sacrificios, es cuando sabemos los movimientos de Concepcion, la insurreccion de las provincias, la considerable fuerza de Chillan, i por consecuencia de estos la necesidad de cargar, como se ha hecho, fuertes i prontas contribuciones sobre todos los pudientes, de sacar cuantas milicias sea posible para el ejército i para las guarniciones de la capital i de Valparaiso, i de arrancar cuasi todas las caballerias de las provincias, porque en efecto fuera de los 2,000 caballos que se mandan aprontar para las ocurrencias, se ordena marchar al ejército 2,400, 1,200 hombres de caballeria, i 1,000 para estas guarniciones, respecto de que se mandan al ejército por 800 a 1,000 hombres de nuestra tropa veterana, a mas del arrieraje que necesita esta division, i la conduccion de cañones. Considere V. E. que esto sobreviene cuando estan estancadas las ventas de los frutos del reino i cuando los infelices labradores iban precisamente a verificar las siembras del año venidero. V. E. no podria pensar la consternacion i el abatimiento que han causado estas providencias, i la que causaran en las provincias. El poco espíritu público ha desaparecido, i un sordo i lastimero lamento sucede a las bellas esperanzas i lisonjeras enhorabuenas que ántes encantaban al pueblo. Por desgracia se repiten i multiplican diariamente por todos los que vienen de ese ejército i provincias, los inauditos i jeneralísimos robos i vejaciones que han sufrido aquellos miserables habitantes, ya por los comisionados, i ya por los bandidos, que tomando el nombre de comision han asolado la fortuna i la existencia de todos los particulares. Aunque la absoluta conformidad de relaciones no dejan lugar a dudar; i aunque el mismo señor don Luis conviene en mucha parte de estos excesos, bien nos persuadimos que la distancia aumentará alguna cosa; pero todos jeneralmente atribuyen nuestros atrasos i los movimientos de las provincias a la violenta odiosidad que han causado estos bandidos.

Puesto el gobierno en estas circunstancias, considere V. E. qué angustias, qué tropiezos i qué contemplaciones no necesitará para cada paso que se emprenda. Es preciso vencer la opinion con la opinion: no tenemos una fuerza con cuya autoridad i prepotencia saquemos la nueva fuerza que necesitamos, i con la celeridad que debe marchar. No nos queda mas recurso que el de hacernos amar, multiplicar las providencias de órden, de justicia i de atencion hacia los pueblos i reconquistarnos la afeccion que podiamos haber perdido.

Por cuanto tiene de sagrado el nombre de la patria i el honor i opinion que en esta guerra debemos ganar o perder enteramente encargamos a V. E. que despreciando absolutamente esos funestos i criminales chismes, que acaso pueden llegar a sus oidos, convierta toda su atencion a castigar con la

mayor severidad i de un modo público a todos los malvados que hayan cometido vejaciones, a contener la inmoralidad, a consolar las provincias, i a no pensar jamas que podia ser bien servido ni para su persona, ni para su ejército por los hombres que se han hecho detestables en la opinion pública. El gobierno correjirá sin la menor contemplacion cuanto se halle a sus alcances; pero es preciso que ninguno piense que ha de encontrar la menor proteccion en los jenerales, aunque les hagan cargos de servicios a que habrán contribuido mas por satisfacer su rapacidad que por el bien del estado o el honor de sus jefes. Si V. E. hubiese sido bien servido no se hallaria repetidas veces pereciendo el ejército, cuando Talca se hallaba abastecido de forrajes i víveres para un año, como ha escrito con frecuencia el gobernador. Díganos igualmente V. E. que providencias convendrá que tome el gobierno, así para calmar la insurreccion de las provincias, como para saber directamente cuales son los pensamientos de los chilotes, qué esperanzas, qué partidos, o qué arbitrios políticos deberian tomarse, para que estos dos puntos, asi como en que en lo sucesivo sea bien servido el ejército por aquellas provincias con su menor daño posible; está acordando noche i dia principalmente sobre el fruto que se podria sacar de que el gobierno hablase directamente con las tropas de Chillan (que no lo ha hecho hasta ahora) i con los puntos insurreccionados.

Aunque desde el primer aviso que se recibió habrá un mes i medio por el gobernador de Talca, que incluia algunas declaraciones de noticias funestas del ejército, se pensó mandar a don Francisco Lastra con la division que debia ausiliarlo, i aunque ahora se dieron nuevas órdenes para lo mismo, sin que el señor don Luis hubiese puesto dificultades cuando fué llamado de Valparaiso, i se lo avisamos, pero posteriormente nos ha hecho algunos reparos que probablemente nos desanimarán; bien que en las difíciles circunstancias de estar comprometido con este meritísimo ciudadano, que hoi mismo llegará. La comandancia de la caballeria se pondrá a cargo del teniente coronel Alcázar, i en la infanteria estamos vacilantes; porque el sujeto de que nos habla el señor don Luis no tiene aquella opinion que necesita en circunstancia que somos esclavos de los pensamientos públicos.

Las armas, municiones, etc., ajita cuanto puede el señor don Luis que estraordinariamente se ha hecho cargo de avisar estas dilijencias, i cuya superintendencia tiene el señor Eyzaguirre, en que no descansa mañana i tarde; pero apesar de cuántos liberales, francas i amistosas confianzas, procura estrechar el gobierno con un comisionado, i hermano de V. E., las instigaciones llegan a término que el dia de ayer nos ha estrechado con el mayor esfuerzo i resolucion previniendo al

gobierno que renuncia por sí, i que tiene órden formal de V. E. para renunciar el mando del ejército: es preciso que V. E. nos hable con toda franqueza (i como ciudadano que ama a la patria mas que a sus sentimientos particulares) qué oríjen tiene esta deliberacion; i si acaso es, como presumimos, un acto de mero acaloramiento, desprecie como es justo los influjos de los malvados, que nada pierden con causar males a su patria, con tal que lo pasen bien la hora en que respiran.—Dios guarde a V. E. muchos años. Santiago, 14 de setiembre de 1813.—*José Miguel Infante.*—*Agustin Eyzaguirre.*—*Juan Egaña.*—P. D. Al marchar este propio, ha ocurrido nuevamente el señor don Luis asegurando que acaba de recibir nuevas órdenes de V. E. en que le previene que absolutamente haga formal renuncia a nombre de V. E. del empleo del jeneral, i repitiendo la suya. El gobierno, despues de haberle propuesto las dificultades que ofrece este paso, ha resuelto no hacer novedad hasta que V. E. con la franqueza e injenuidad que exijen las circunstancias le hable de los motivos que le obligan a dar este paso. Sobre todo se espera la contestacion de V. E. con la mayor brevedad i si fuese posible ántes de dos dias.

Número 3, páj. 233.

Reservado.

Exmo. Señor:

Cuantas reflexiones me hace V. E. en su oficio de 14 del actual relativas al interes que tiene el virrei de Lima sobre este reino son bien manifiestas i constantes, asi como el de todos los mandatarios europeos que han jurado perpetuar la oscuridad i abatimiento de los americanos; pero no comprendo el fin a que se dirijen cuando nos hallamos en estado de esterminar los tiranos invasores, si vienen aceleradamente de esa capital las tropas de fusil que se preparan, i que ya debian estar aquí. Si V. E. las indica con el objeto de que desistamos de la guerra en que estamos empeñados, la responsabilidad en que nos hallamos con los pueblos, esa es la que nos impele a continuarla de un modo que los salve, sino para siempre, al ménos en la presente revolucion de la América en que los tiranos se han propuesto sostener su preponderanc i orgullo a costa de la sangre de nuestros ciudadanos. Cre V. E. que si Lima no hace todos sus esfuerzos ántes de " mes i nosotros logramos tener aquí dentro de pocos dias

ausilios que ansiosamente esperamos, Chile triunfará de sus enemigos con lo ventaja de hacerse temible en todos tiempos, i si el virrei insiste despues en sus ambiciosas i codiciosas miras, tendrá que costear una espedicion de ocho a diez mil hombres para tentar de nuevo nuestra constancia i valor.

Nuestra situacion interior, yo a la verdad la considero i lamento, mas no por eso debemos acobardar cuando al reino sobran recursos. Los espíritus egoistas i sin amor a la patria por fines particulares han contribuido a fomentar disensiones, que no trato por ahora de indagar. Yo aseguro a V. E. por Dios i por mi honor que jamas he tenido otro interes ni otras miras que ayudar en cuanto me permitan mis débiles fuerzas a la salvacion del pais en que nací i que amo como su verdadero hijo. No tengo partidos, ni relaciones, no solicito injerencia en los negocios públicos, i solo quiero la conclusion de la guerra para separarme de unos hombres ingratos que tantas veces han fraguado planes los mas horribles para acabar con las existencias de unos ciudadanos jenerosos i que se han sacrificado por la libertad i por la felicicidad jeneral. Cuando se presentó el enemigo en esta ciudad, aun no habiamos leido bien el parte del gobierno, cuando tomamos a impulso de nuestros buenos deseos cuantas providencias estaban a nuestros alcances para salvar la patria amenazada de un modo que hizo temblar a muchos de los que hoi desde su gabinete critican llenos de ignorancia los mejores pasos del ejército i los que nos han salvado.

No quiero traer a la memoria el eslabon de sucesos prodijiosos desde aquella época hasta la presente; solo quiero recordar a V. E. que cuando ibamos a concluir la guerra con el esterminio del último tirano nos vimos obligados a retirarnos por falta de algunos artículos que habia pedido a V. E. i que no habian venido por los motivos que claramente se dejan ver hoi. Resolví mandar a mi hermano para obtener lo que era indispensable para completar las glorias de la patria, le dí mis instrucciones, i le advertí que si observaba facciones, desconfianza e imposibilidad de allanar las dificultades que labran nuestra ruina hiciese por él i por mí una formal renuncia de nuestros empleos, protestando ante V. E. i el pueblo los poderosos motivos que nos obligaban a tamaña resolucion, para no sufrir algun dia el martirio de que nos titulasen autores de la esclavitud chilena. Aunque no he recibido sus avisos, tengo entendido se trataba de hacer a nuestro honor el mayor ultraje, i este poderoso motivo será una de las causas por qué con tanta decision clama por separarse.

Yo he informado a V. E. en mi oficio del 9 del actual, núm. 1, que el oríjen de la insurreccion de esta provincia es la falsa doctrina de nuestros antiguos rivales, i que ahora se

han reanimado las jentes del campo con el robo que les franquea el enemigo, protejidos con armas. Los que quieran atribuirlo a excesos de mis tropas o comisionados, deben no olvidar, que ántes de pisar un soldado ni molestar a ningun habitante de la frontera, ya se declararon abiertamente contra el sistema, saliendo el fuego de la insurreccion de la plaza de Arauco donde los frailes de aquella mision i la inmediata de Tucapel debian tener correspondencia con los de Chillan. La misma conducta observaron en los partidos de San-Cárlos i el Parral desde que se aproximó nuestro ejército. No crea V. E. que me sirvo *de hombres detestables en la opinion pública,* ni que los jenerales cometerán la bajeza de protejer a los inícuos. Mis órdenes repetidas han sido bien severas sobre esta materia, i se harán efectivas en cualquier tiempo i circunstancias que se justificase su transgresion.

Conocido pues el fundamento de la insurreccion, vendrá V. E. en conocimiento de que no está al alcance del gobierno tomar otras providencias que la de destruir al enemigo que la fomenta. Tampoco se halla V. E. en el caso de saber directamente cuales son los pensamientos de los chilotes porque ningun paso podria dar que no le fuese degradante, i por consecuencia que los ensoberbeciese. Las mejores insinuaciones son las bayonetas en circunstancias como las actuales en que nos hacen la guerra a sangre i fuego.

V. E. conoce cuan importante es la presencia del meritísimo ciudadano don Francisco Lastra en el gobierno de Valparaiso para pensar en separarlo destinándolo a este ejército, i no es ménos desairoso, i reparable, que no se confien las fuerzas que deben venir a esta capital al jeneral de vanguardia que arriesgando su persona ha pasado a ella con este solo objeto. Me persuado que no haya dificultad en que V. E. disponga que vuelva a su destino donde no es ménos útil a la seguridad de la patria.

Nuestro Señor guarde a V. E. muchos años. Concepcion, 23 de setiembre de 1813.

José Miguel de Carrera.

Exmo. Gobierno Superior del Reino.

Número 4, páj, 233.

Exmo. Señor:

Con gran dolor acabo de ver en el oficio de V. E. fecho en 14 del presente los sentimientos i aflicciones que ajitan su superior atencion. Ellos son propios de unas almas virtuosas,

i yo me lleno de honor cuando miro los mios tan íntimamente unidos a V. E.

Desde el principio de nuestra pasada campaña lloré las desgracias que veia sin remedio consiguientes a desórdenes que presenciaba sin poder evitar. Me aflijia i confundia en vano cuando veia despreciados mis avisos, i burladas mis justas predicciones. Ellas se han verificado, i aunque es temeraria injusticia esperar las resultas desgraciadas de una omision, somos tan felices que aun puede remediarse todo.

La esperiencia i los golpes enseñan a los hombres a ser prudentes i precavidos. Esta verdad i las grandes ventajas que de ella resultan, deben tranquilizar el ánimo de V. E. Las mismas desgracias, los peligros pasados, i los presentes apuros desterrarán el tolerantismo i los funestos errores, dejando a la virtud el lugar que corresponde. Ya esta se ve colocada tal vez en una parte de nuestro ejército, i espero que dentro de poco se estenderá en el todo. Entónces seguirán las glorias que habian desaparecido, i finalizarán las aflicciones de ese pueblo jeneroso, i de V. E. que tanto i tan justamente se ajita por su bien. Crea V. E. que sus desvelos no han de perderse, i que sus sacrificios son tan manifiestos que nadie podrá ocultarlos, aunque se empeñe la malicia mas apurada. Nada vale mi opinion, pero (dígnese V. E. creerme como un militar honrado) jamas han podido los atroces chismes de que V. E. se lamenta bajar un solo punto del respeto i amor con que le venero.

Con esta fecha escribo a mi hermano José Miguel manifestándole la sorpresa que me ha causado el proceder de Luis, que seguramente ha obrado a impulso de alguno de los muchos que se empeñan en nuestra ruina, pero esté V. E. cierto de que todo va a quedar en nada, i de que luego se convertirán los disgustos en placeres.

Dios guarde a V. E. muchos años. Canton de Quirihue i setiembre 19 de 1813. Exmo. señor.

Juan José de Carrera.

Número 5, páj. 237.

El supremo gobierno de Chile representante de la soberania de la nacion, despues de haber consultado por mas de veinte dias en sus acuerdos ordinarios i estraordinarios con el H. senado; despues de haber convocado en dos sesiones públicas, toda la representacion de la capital, comprendida en el senado, cabildo secular i eclesiástico, tribunal de justicia, jefes militares, i veteranos, prelados de las relijiones, todos los de-

mas tribunales, i los prefectos de los cuarteles; despues de haber tratado de la mayor parte de estos acuerdos con el señor brigadier de Carrera, i con el señor coronel don Luis, como apoderado de su hermano el exmo. señor jeneral en jefe; teniendo a la vista los oficios del señor jeneral, i del señor jeneral del centro el señor don Juan José de Carrera sobre los eficaces deseos de concurrir a la tranquilidad pública; despues de haber escuchado las jenerosas protestas de dicho apoderado señor don Luis, i de lo que ha pedido repetidas veces renuncia del mando militar, i buen órden interior, decreto lo siguiente de acuerdo con el senado i consulta de las corporaciones.

Art. 1.º Inmediatamente pasará el supremo gobierno al cuartel jeneral de Talca representando la completa soberania del pueblo, reasumiendo en sí solo todas las facultades ordinarias i las estraordinarias en que deberia necesitar del dictámen del senado. El exmo. señor presidente se adelantará a la marcha del gobierno, revestido de estas mismas facultades a tratar de acordar con los jenerales, ir aun con los enemigos a todos los puntos de la parte interior i esterior del reino i cuanto sea conveniente a la pacificacion de las provincias i bien del estado.

Art. 2.º Quedan ratificados i sancionados del gobierno i el senado los artículos de capitulacion que deberá proponerse al ejército de Lima, e insurjentes de las provincias con fecha de de , sin perjuicio de que el gobierno pueda añadir, o modificarlos, como lo requieran las circunstancias.

Art. 3.º El gobierno con previo dictámen del Senado i como han opinado las corporaciones, nombrará un vocal para que llene la terna por la escusa que ha hecho el señor don Francisco Perez.

Art. 4.º Vencidos o capitulándose con nuestros enemigos, inmediatamente tomará el mando del ejército el gobierno, i licenciando las tropas milicianas que no hubiesen de permanecer en un pie veterano i fijo, distribuirá el resto en cuerpos interinos cada uno de 200 hombres, cuyos comandantes no sean parientes entre sí hasta el 4.º grado, permaneciendo de este modo los cuerpos militares hasta el resultado del congreso jeneral.

Art. 5.º Se decreta la convocacion del congreso jeneral del estado, i dentro de 8 dias perentorios se despachará la convocatoria e instrucciones para la eleccion de los diputados de las provincias. El congreso se abrirá precisamente en uno de los dias del mes de enero que señala el gobierno.

Art. 6.º Por anuencia del gobierno se nombrará un gobernador para la provincia de Santiago, que tambien dirija la intendencia de la capital; i en los casos urjentes i estraordinarios procederá como representante del gobierno consultando

al senado. Este gobernador le nombrará el gobierno con acuerdo del senado.

Art. 7.º Con respeto a que el coronel i apoderado del señor jeneral en jefe ha pedido al gobierno se le oiga en el manifiesto que inmediatamente trata de presentar, i a que dicho señor apoderado se halla instruido de los puntos que contiene este decreto por las diversas sesiones que se han celebrado con su concurrencia; desde luego se reserva proveer el gobierno todos los demas artículos que sean justos i convenientes a vista del espresado manifiesto.

I asi lo decreta, i sanciona en el senado, en Santiago de Chile a ocho de octubre de mil ochocientos trece.—*Infante—Eyzaguirre—Egaña—Manuel Antonio Araoz—Echeverria.—Henriquez.*

Número 6, páj. 245.

Excmo. Señor:

Acabo de saber por don Antonio Merino coronel i justicia mayor del partido de Quirihue que en la tarde del 29 fué atacada la guerrilla del inmortal Valenzuela i Balverde, cuyo suceso ha comunicado al jeneral del canton del Maule; i por consiguiente ya lo sabrá V. E. En efecto nuestras armas se han cubierto de gloria i los que las dirijian son dignos de la mayor gratitud i reconocimiento. Nos faltan aquellos dos valientes i virtuosos oficiales, cuando mas los necesitamos, por haber muerto ambos en la accion. Estos i otros muchos males de gran bulto son debidos a la indiferencia con que mira i ha mirado V. E. el envio del pronto ausilio que ya hace dos meses que le pedí. En dicho canton se encuentran innumerables i copiosos recursos, i la principal fuerza del ejército no los tiene. Hai allí miles de caballos i aqui andamos a pie, sin podernos ausiliar humanamente con la prontitud a que nos obliga i estrecha el enemigo, por tener este mucha i buena caballeria.

Aun no viene el plomo, i estoi sin municiones, cuya falta por sí sola es bastante para arruinar el estado. Con igual desgracia no tengo un real para el pago de mis tropas i V. E. ni me dice la causa de no remitir caudales; ántes bien por el contrario con la negativa al lasto de las libranzas que he jirado a favor de varios individuos, sustrae a estos el ausilio que podian prestarme. Por esta conducta tan estraña i tan excéntrica a la esfera de la justificacion de V. E. en las mas críticas circunstancias del dia parece, o al ménos como que se trasluce (permítaseme usar de una satisfaccion) el sórdido i ram-

pante fomento de las facciones i que bajo del mismo aspecto nuestros papeles públicos, resultan dirijidos por una mano diestra para dar valor al enemigo (como sucede) i para destruir el valiente, el entusiasta i el virtuoso ejército restaurador, que a costa de los mayores sacrificios ha jurado i conseguirá precisamente la libertad de su patria. Segun esto ya colejirá V. E. la raiz i la ramificacion de males inherentes a este resultado. De la responsabilidad mas terrible i obligatoria para con Dios i los hombres.

Cuento en el ejército i guarnicion 2,500 veteranos que reunidos emprenderán su marcha antes de 15 dias para vencer o morir, i si V. E. no nos da anticipadamente una clara idea de sus intenciones i determinaciones. Por estar sin semejantes conocimientos hemos derramado la sangre mas preciosa de Chile i estamos espuestos a una total ruina. Sin embargo venceremos i triunfaremos solos; i daremos a nuestros conciudanos pruebas incontestables de los santos deseos que nos animan. Esta es la voz jeneral del ejército, que tengo el honor de mandar, la misma que estimula al indiferente a ser virtuoso, héroe. Con esta claridad i franqueza de alma puede hablar a V. E. un hombre que siendo un individuo del gobierno, obtuvo de él su voluntad para crear un ejército, dirijirlo, i llevar sus glorias hasta donde le permitiesen sus débiles fuerzas, o hasta donde ha alcanzado a conocer el bien: circunstancias que ciertamente se engrandecen a un grado superior cuando ha tenido la fortuna de reunir oficiales i soldados dignos por todos títulos de la justa admiracion del mundo. Si, señor excmo.: siempre han escarmentado estos con heróicos esfuerzos al enemigo; i jamas se ha conocido en ellos otro interes que la gloria de buscar con los mayores sacrificios la felicidad de su pais. Una virtud tan sublime como esta al paso que excita i conmueve la gratitud i reconocimiento de los mortales, vincula en V. E. la estrechísima obligacion de responder por su conducta a presencia de un Dios que examina i rejistra en la oficina del corazon humano cuantos designios se hospedan en ella, i en manos de los hombres que no son puramente espectadores de nuestras acciones sino ríjidos fiscales que acusan las manchas que los tisnan i envilecen. Con efecto este es el indispensable caso en que necesariamente debe constituirse V. E. si no pone de su parte i con abjuracion de todo espíritu de partido cuantos arbitrios esten en sus manos para esterminar brevemente al enemigo, sin demasiado sacrificio de los soldados de la patria i para evitar que cuando se lleve el armamento, único principio en que estriba la principal defensa del estado en lo futuro.

Por mi parte protesto, excmo. señor, con franqueza que no espero mas felicidad ni instante mas precioso de toda mi vida que

el de presentarme a la faz de Chile para que al lado del cadalso, i revestido de la virtud i justicia juzgue V. E. i el mundo entero mis operaciones. Entónces conoceremos de un modo evidente los autores de nuestros males que debiendo ahogarlos i sofocarlos en su oríjen incendiaron con su iniquidad la parte noble i sensata del pueblo de Chile, substrayendo a la inocencia los carácteres que lo distinguen de la escoria i la zizaña. Entónces repito, balanceándose el mérito de uno i otro aparecerá con toda su estension i brillantez la virtud i el desprendimiento de ánimo de todo buen patriota, i con verguenza i escándalo de la humanidad el feo escorpion del egoismo i la sucia intriga acompañada de la calumnia. En fin el tiempo decidirá de nuestra suerte.

Pero apesar de todo, no puedo ménos que decir a V. E. que desearia con ansia dar a V. E. una idea de nuestra profesion militar para que se convenciese a todas luces de la razon con que me quejo, mayormente cuando veo cierta nuestra destruccion i esterminio si no nos enmendamos i procedemos de acuerdo. Si V. E. es testigo de esta verdad, todo el ejército i los habitantes de esta provincia, que lloran sus desgracias, conocen sus defectos, i no pueden remediarlos. Viva pues V. E. íntimamente persuadido que el deseo de la justicia, el interes de la salvacion del estado, i la asecucion lisonjera de nuestra libertad e independencia son los únicos resortes que me arrancan del alma los sentimientos que he tenido el honor de esponer a V. E. Soi inviolable i aun cuando no lo fuese, siempre deberia hablar a V. E. con la misma injenuidad i sinceridad de espíritu que acompaño a mis espresiones.

Dios guarde a V. E. muchos años. Concepcion, octubre 30 de 1813.

Exmo. Señor.

José Miguel de Carrera.

Exmo. Gobierno Supremo del Estado de Chile.

Número 7, páj. 247.

Exmo. Señor:

Si las espresiones de que está sembrado el oficio de U. de 30 del pasado no las atribuyésemos en gran parte a un celo mal dirijido, i a la habitud de mandar, ellas nos harian ver el funesto estado a que hemos llegado, cuando un jeneral, esto es un funcionario sujeto al gobierno, manifiesta esa especie de

insubordinacion, i poco aprecio a la suprema autoridad; i ya las circunstancias nos han conducido al tiempo de que todos hablemos con franqueza, i de que V. E. haga a su patria el único servicio que puede salvarla i el mas grande que ella debió esperar de V. E. entendiendo que vamos a hablarle conforme a los sentimientos de nuestro corazon sin que ocultemos ni disimulemos cosa alguna. Las tres personas que subscriben este oficio son a los ojos de todo el mundo, i deben serlo a los de V. E., tan distantes de facciones, que el último vocal ha sido un hombre a quien para llenar estas funciones se le ha sacado del retiro i del pueblo en donde existia, i donde jamas se habia mezclado en negocios públicos; i los dos primeros si fueran capaces de tomar algun interes que no fuese el bien de la patria, lo tornarian a favor de V. E. i su familia, pues ellos han sido vejados por las personas que se han mirado como opuestas a V. E. No hai una mano diestra que nos dirija, ni la ha habido en el tiempo de nuestro gobierno, porque conduciéndonos por lo que nos han dictado la razon i el conocimiento de los sucesos i de los hombres, i no teniendo partidos, ni relaciones, jamas hemos seguido ciegamente la voluntad de otro, ni habrá uno que pueda echarnos en cara que nos hayamos prestado a sus seducciones. Procedemos llenos de buena fé i amor público, siendo nuestra constante i firme resolucion, procurar el bien de la patria miéntras gobernemos, i concluida la crísis actual dejar un mando que aborrecemos, i cuya renuncia no se nos quiso admitir en la junta de 6 de octubre a pesar de nuestros empeños, i resueltas instancias.

Vamos a decir a V. E. verdades de que está penetrado su corazon, i que deben obligarle a tomar el único partido que puede hacer para siempre amable la memoria de V. E. entre sus conciudadanos. El amor natural de los hombres a su libertad, ese amor a que no es capaz de contener ni el terrible imperio de la costumbre, ni el despotismo i opresion mas dura, obró en América los prodijios de que solo es capaz el deseo de ser libre. I la autoridad del rei, de los virreyes, i de los demas jefes sostenida por el uso envejecido, por los ejemplos, por el interes de una gran porcion del pueblo, por la opinion, por las armas, i aun para muchos por la relijion misma, fué atacada i destruida en el momento que una crísis favorable hizo parecer a los pueblos, ménos peligrosa la recuperacion de su libertad. La idea del despotismo es por sí tan horrible, i disgustante que aun a los hombres mas grandes, mas benéficos i mas adornados de virtudes se ha aborrecido, por el solo hecho de conceptuarles tiranos, i creerse que su prepotencia puede ofender aquella absoluta libertad, e igualdad de derechos que es alma de las repúblicas.

Los movimientos de 15 de noviembre i 2 de diciembre que

pusieron en manos de V. E. i sus hermanos el gobierno i toda la fuerza militar de Chile, hicieron tanta impresion en los ánimos, que V. E. vió entónces repetirse sucesos de que ni aun se tenian ideas. Una conspiracion sangrienta, la insurreccion de medio reino que se puso sobre las armas, i el descontento público mas manifiesto, fueron los resultados de aquellos movimientos. Chile se vió entónces envuelto en una guerra civil, i que habria hecho derramar una infinidad de sangre; si la providencia no hubiese dispuesto lo que es raro en el órden de los sucesos, esto es que se retirasen dos ejércitos sin batirse, en la esperanza de que los males se remediarian, ¿i en caso, como era probable, que se hubiese llegado a hacer uso de las armas, quien deberia haber respondido a Dios i a la patria de tantas víctimas, sino los que habian conducido las cosas a este estado? Este peligro es el mismo que nos amenaza siempre que la fuerza no se halle repartida, i no debe sernos objeto indiferente la vida de los hombres, ni permitir que nuestros hermanos sean espuestos a los males que es tan fácil evitar. No es necesario que el ciudadano en que se ven las armas, i el poder sea malo, para que se le aborresca, basta solo que pueda abusar i ser árbitro de la suerte de sus conciudadanos para que se desee su ruina aunque positivamente a nadie ofenda. Una prueba de esto tiene V. E. en lo mismo que aconteció en los movimientos referidos. El 15 de noviembre el pueblo, i entre las personas que por su mayor celo i amor público eran reputados por los mas decididos patriotas, proclamaron por brigadier al comandante de granaderos, i pidieron honores, i distinciones para su familia, i estos mismos persuadidos a los pocos dias que esta revolucion solo tenia por objeto el engrandecimiento personal, i reunion de toda la fuerza militar en una sola familia, procuraron la destruccion de los que con tanto entusiasmo i sinceridad habian deseado ántes honrar i distinguir.

Parecia imposible que dueños tres hermanos de las armas i del gobierno, i castigados los primeros conspirantes, hubiesen todavia hombres que intentasen maquinar contra sus vidas, pero V. E. ha visto repetirse conjuraciones, i ha sabido que apesar del temor, se ha hablado con suma libertad contra los que han creido sus opresores.

Pero donde V. E. debe conocer que no hai resorte capaz de contener a los hombres que se creen oprimidos del despotismo, es en los sucesos ocurridos durante la presente guerra. Todos vieron dar a V. E. i sus hermanos las mas activas disposiciones para la defensa de la patria; les vieron emprender marchas precipitadas i penosísimas; les vieron organizar un ejército que no habia, esponerse a los mayores peligros, sufrir incomodidades i trabajos; en una palabra todas las penalidades que debia traer una campaña dura, i en lo mas rigoroso

de la estacion: mas tantos trabajos, i tantos servicios no pudieron borrar la idea de que eran verificados por personas que podian de algun modo ofender la libertad pública. Manlio salvó a Roma; pero Manlio fué sacrificado porque se sospechó que trataba de tiranizarla, sin que le bastase presentar su pecho cubierto de infinidad de cicatrices que demostraban otras tantas heridas recibidas en defensa de su patria. Los cuidados del gobierno, las victorias del ejército restaurador pudieron contener i calmar las inquietudes; pero apénas se levantó el sitio de Chillan, cuando ya fué imposible poner freno al impetuoso torrente del descontento público. V. E. verá en los *Monitores* mil elojios tributados a su nombre; verá en nuestros oficios las mas espresivas i lisonjeras felicitaciones, sin que esto bastase a impedir o disminuir el fermento público. Convencidos de que no seria conveniente una division, hemos procurado acallar a los hombres mas decididos con la prepotencia militar de la familia de V. E. pero nada ha sido capaz de contener este deseo universal i constante, de que no esten todas las fuerzas militares de un pais que quiere ser libre en poder de tres hermanos que por los vínculos de la sangre i por razones de conveniencia recíproca tienen unos mismos intereses i unos mismos pensamientos.

Como no todos los hombres piensan con solidez i aguardan para resolver tener todos los conocimientos i datos suficientes, ha contribuido mucho a hacer disgustante el mando de V. E., la noticia de robos, vejaciones i asesinatos cometidos por parientes i comisionados de V. E. i a quienes se sustrajo, sin órden de las autoridades, del castigo que iban a sufrir por sus anteriores delitos. Nosotros hacemos la rigorosa justicia, tan distante de haber aprobado semejantes excesos, que conservamos su oficio en que nos habla de la prision de los Carreras i Araoz, i tambien sabemos que si V. E. trajo a los primeros al ejército, fué porque creyó que en él harian un servicio a la patria; pero ellos han causado males que se han atribuido por muchos al hecho de no haberse ejecutado los decretos de los tribunales.

V. E. habrá tenido noticias por las personas de su casa, i por el comandante de artilleria, de las juntas celebradas en Santiago sobre las ocurrencias del ejército, i si se escribe a V. E. con franqueza, como es de creerse, tendrá una prueba de que no hai un solo ciudadano de opinion i carácter público, que no desee ardientemente ver las armas i el poder repartidos de un modo que se afianze la libertad de los pueblos. Decir que todos los que piensan así son facciosos, es lo mismo que decir que es faccion lo que quiere ardientemente la voluntad jeneral. Ya han llegado las cosas al estremo de que es tan decidida, tan universal i manifiesta la voluntad de que la fuerza

se ponga en otras manos que hasta las personas que siempre han demostrado un ánimo tímido i contemplativo, han prorrumpido del modo que V. E. ve en los papeles públicos, que el gobierno ha dejado correr porque hai libertad de imprenta (como debe haberla en todo pais libre) i ciertas leyes conforme a las cuales debe juzgarse a los escritores, siempre que los interesados reclamasen. Todos miran a V. E. a la frente de un ejército: creen muchos equivocando el carácter de V. E. que ese ejército (como lo ha dicho al gobierno el comandante de artillería) vendrá a castigar a los que han manifestado sus sentimientos, i con todo no han podido dejar de espresarse asi, porque el odio al despotismo es superior al temor, al interes, i a cuantos resortes pueden mover al corazon humano.

Si todos los chilenos nos engañamos en esto, lo decidirán las otras naciones; pero lo cierto es que si V. E. pregunta cuales son nuestros pensamientos, ya sea en clase de ciudadanos particulares, o ya como mandatarios públicos, le aseguraríamos francamente que son los mismos que los de todo el pueblo: que nos horrorizamos al ver que este pais que ha trabajado tanto por su libertad, se vea reducido a la triste situacion de tener que esperarlo, o temerlo todo de tres hermanos, i que creeríamos hacer la mas infame traicion a nuestra patria si no procurásemos remediar estos males, aunque supiésemos que este empeño nos costaba la vida.

Por fortuna vivimos persuadidos de que el honor, la buena fé, i el amor a la patria dirijirán nuestros pasos i que V. E. se cubrirá de gloria; i de una gloria no pasajera i vana, sino de aquella que solo es reservada para los héroes. Nosotros exijimos de V. E. que haga una renuncia formal del mando del ejército asegurándole por nuestro honor que no lo pondremos en manos de persona que sea sospechosa a V. E. ni que tenga relaciones, partido o familia, i la recompensa de esta accion heróica i digna por todos estilos de la eterna gratitud del pueblo chileno será tal, cual V. E. jamas ha podido, ni puede esperarla siguiendo el órden actual de las cosas. Su nombre pasará hasta las jeneraciones mas remotas, quienes jamas podrán recordar sin término este paso tan suspirado por todos los hombres de bien, i tan propio de quien procede con honor, i desinteres. Por otra parte V. E. nada debe, ni tiene que recelar aun cuando viviese en la clase de ciudadano particular. Sería inútil esponer ahora las muchas razones que convencen que V. E. se vería dueño del amor i respeto de sus conciudadanos, desde el momento en que observasen esa grandeza de alma con que, superior a la vanidad, al amor propio, al interes i a cuanto es capaz de alhagar el corazon humano, se habia despojado voluntariamente del mando por amor a la patria; pero si V. E. quiere tener una seguridad que le parezca mas positiva, i no

bastase nuestra palabra de honor que damos como representantes de la nacion, i autorizados con todas las facultades de conservar indemnes la persona, familia i bienes de V. E., sino que ahora ni en tiempo alguno puedan recordarse los sucesos acaecidos para hacer cargo alguno de ellos; en la hora le remitiremos un salvo conducto que seria a V. E. de suficiente garantia, firmado por todas las majistraturas i autoridades, por todos los cuerpos públicos, por todos los jefes de cualquiera clase que sean, i en una palabra por todos los ciudadanos que de cualquier modo revistan carácter i representacion pública.

Una vida ajitada i llena de zozobras es la que ha traido V. E. desde el momento en que se ha visto elevado al gobierno, i con el poder a su disposicion. Las intrigas, las conspiraciones se han sucedido unas a otras de tal suerte que no han dejado a V. E. gozar un momento de aquella tranquilidad sin la cual es imposible puedan vivir los hombres. Los castigos no podrán contener a los enemigos de V. E. porque tampoco pueden sofocar el jérmen del disgusto, i odio que abrigan en su corazon. Los servicios, ni el mérito que labre V. E. serán suficientes para reprimir el entusiasmo de los que creen que no hai servicio que pueda hacer apreciar a un déspota entre sus conciudadanos, i si V. E. ha visto que en medio de sus mayores sacrificios, un disgusto público, i jeneralmente sostenido clama por su separacion ¿qué hai ya que esperar en lo sucesivo? Solo vendrán a conocer que V. E. es benemérito cuando separado del mando vean en don José Miguel de Carrera a un ciudadano que ha servido a su patria i no a un hombre a quien tengan que temer. La convulsion presente hará que los de un carácter emprendedor i atrevido o que con mas empeño han descubierto sus sentimientos, sean en adelante otros tantos que procuren la separacion de V. E. i que al cabo lo conseguirán así porque es difícil resistir à la voluntad universal i constante de un pueblo, como porque mas cautos con la esperiencia de las conspiraciones pasadas tomaron tales medidas que logren su empresa, a pesar de toda la vijilancia i poder de V. E. En el entretanto V. E. no vivirá sino en el medio de las amarguras i sobresaltos, i se verá reducido a la triste situacion de recelar de todos sus conciudadanos i mirarlos como enemigos.

Por el contrario una renuncia que llena a V. E. de gloria desde el momento mismo que la verifique, va a ponerle en el estado mas feliz que pueden desear los hombres sobre la tierra. Dias de serenidad i gozo sucederán a los sobresaltos, i dichoso en el seno de la tranquilidad será V. E. el objeto del amor i respeto de los chilenos. La providencia se empeña en proporcionar a V. E. el camino que seguramente debe conducirlo

a la felicidad; i es temeridad resistir al bien i conveniencia que se presentan espontáneamente.

Reflexione V. E. sin precipitacion sobre estas verdades, i cuando las vea producidas por hombres que jamas han tenido odios ni resentimientos con V. E., que no han entrado ni son capaces de entrar en conspiraciones, que se hallan distantes del lugar en donde mas se ha manifestado el disgusto de V. E., i que solo hablan cuando puestos a la frente del gobierno estan persuadidos que por su ministerio, i por el bien de la patria deben espresarse así, conocerá que no hai otro motivo a que atribuir nuestras determinaciones que el bien jeneral, i la conveniencia particular de V. E.

Todos los bienes que de la renuncia de V. E. deben resultar a la patria i a V. E. mismo, se aventurarian si V. E. los dilatase un momento solo, así porque el temor i consiguiente disgusto nunca pueden ser mayores que cuando vean a V. E. continuar a la frente de un ejército, i pasar con tropas a la capital, como principalmente porque se ha apagado el entusiasmo, creyendo todos que cuantos sacrificios hacen por apagar la guerra han de servir para el engrandecimiento personal de V. E. i su familia, i solo puede revivir el patriotismo, cuando los ciudadanos se desengañen de que las miras do V. E. son mas jenerosas i que otra persona va a dirijir la fuerza militar. No podemos recordar sin el mas íntimo dolor, que ha llegado el desaliento público a tal estremo que los que ofrecieron donativo para los gastos de la guerra se resisten a entregarlos hasta que no mejoren (como ellos dicen) las circunstancias.

Considerando las personas, fatigas, desvelos i trabajos que V. E. ha sufrido en toda la campaña, i que no se nos ocultan, i considerando que solo el temor i ofensa indirecta que reciben los pueblos de ver concentrados el mando i el poder en una sola persona, es la causa impulsiva de su separacion, el gobierno quiere premiar este heróico i sublime acto de amor a la patria de un modo brillante i distinguido.

Si V. E. quiere ausentarse de Chile, será V. E. nuestro diputado en Buenos-Aires, o en los Estados-Unidos de Norte-América; i en ambos casos se le asignará un buen sueldo, cuyo pago correrá de cuenta del estado de Buenos-Aires, i a ambos destinos irá V. E. con todas las distinciones que hagan honrosa su comision, asegurando por último a V. E. el congreso jeneral que se halla próximo a reunir, i para el cual ya se ha convocado, se ratificará i aprobará por un acto solemne todo lo que proponemos.

He aquí cuanto el gobierno en nombre de la patria exije i espera de V. E. Estamos seguros que nuestras insinuaciones tendrán el efecto que deseamos, i que V. E. mirará ya llegado el caso de manifestar la pureza i honradez de sus intencio-

nes. No queremos persuadirnos ni aun pensar se verifique otro estremo, que abrazar V. E. ciegamente las disposiciones de su gobierno, i tratamos de apartar de nuestra vista las funestas consecuencias que traeria el caso de que a V. E. se llamase rebelde i pereciese V. E. i tal vez la patria.

Atendida la urjencia que hai de saber pronto la resolucion de V. E. para que no se dilaten las operaciones del ejército esperamos su contestacion en el término de ocho dias contados desde esta fecha.—Dios guarde a V. E. muchos años. Talca, 9 de noviembre de 1813.—*José Miguel Infante.—Agustin Eyzaguirre.—José Ignacio Cienfuegos.*

Exmo. jeneral en jefe del ejército restaurador don José Miguel de Carrera.

Número 8, paj. 287.

Acompaño a V. E. la declaracion de don José Cienfuegos que acaba de llegar de Concepcion: por momentos espero noticias mas circunstanciadas acerca del particular. Me temo que al cabo se verifique lo que tanto anuncié a V. E. cuando se trató de la ida del señor Cienfuegos a Concepcion, i lo que debia haberse conseguido con moderacion i sagacidad, se haya violentado tal vez por falta de direccion. Si yo me hubiese apersonado ántes de la ida de este señor, creo no hubiese sucedido lo que se esperimenta, i lo mas qué debe seguir. Oportunamente daré parte a V. E. de los sucesos que llegasen a mi noticia de las provincias del sur.—Dios guarde a V. E. Quirihue, 29 de enero a las 9 de la noche.—*B. O'Higgins.* Exmo. Gobierno Supremo.

Ha llegado a este cuartel jeneral de Quirihue hoi 29 de enero a las cinco de la tarde, el teniente conorel don José Cienfuegos, prófugo de la ciudad de Concepcion, por disposicion del señor vocal plenipotenciario señor don Ignacio Cienfuegos i comunica las noticias siguientes:—Que habiendo llegado el señor don Ignacio el miércoles 26 del corriente a Penco, a las diez del dia, despues de pasado la mitad de este llegaron a felicitarle como cien personas de las principales del pueblo de Concepcion con demostraciones mui sinceras de un verdadero regocijo i muchos vivas al gobierno, con quienes a las cinco de la tarde salió dicho señor Cienfuegos para la ciudad i a la mediania del camino fué recibido por el brigadier don José Miguel Carrera a quien acompañaban sus hermanos don Juan José i don Luis con otros oficiales, en cuyo acto i el de la marcha continuaron los vivas i se repitieron a la entrada por to-

dos los habitantes con tal entusiasmo que causaron celos en don Juan José, quien manifestándose resentido se produjo con espresiones de incomodidad diciendo siempre habrán palos. El mismo le condujo hasta su casa i dejándolo en ella a poco rato volvieron los tres i le acompañaron por dos horas. Al dia siguiente don José Miguel ofició al señor vocal para que pusiese en tesoreria los caudales que habia conducido i habiéndole contestado que en su casa se haria la distribucion a los habilitados o que los haria pasar a las cajas con órden de que no se entregase de ellos cantidad alguna sin su consentimiento le reprodujo otro exijiéndole por las credenciales de su comision a que asintió el señor Cienfuegos i para hacerlas públicas mandó se citasen todas las corporaciones para las seis de la tarde, lo que impidió el señor don José Miguel, ignora con que pretesto pidiendo se suspendiese la convocacion. En la tarde fué aquel señor advertido de que se trataba sacarle los referidos caudales por la fuerza, i sabido por su tropa de escolta se pusieron oficiosamente todos sobre las armas ofreciendo él defenderlos i principalmente evitarle cualquier insulto. A las nueve i media de la noche se tocó la jenerala por el término de una hora: don Juan José se apoderó de la guardia del Palacio, la reforzó con cien hombres i un cañon; los oficiales Campino, Urízar, Urrutia, Mendiburu, Rencoret i Bezanilla se presentaron inmediatamente con otros varios al señor vocal, i se le ofrecieron en su ausilio. Este mandó con su ayudante a saber de don José Miguel la novedad que motivaba aquella alarma, i respondiéndole que no la habia que se echase a dormir sin cuidado i que si ocurriese despues la participaria, mandó se cerrase la puerta, i que si venian a saltearle no se tirase un tiro i dejasen que se llevasen el dinero. Luego se supo que acordonaban la casa con tropa armada que a los oficiales que se ofrecieron, a escepcion de Bezanilla que aun permanecia en ella, habian prendido ya, i mandado a la artilleria, i que allí permanecian hasta las nueve del dia siguiente en que verificó su salida el referido don José.—Es copia.—*José Cienfuegos.*

Número 9, páj. 306.

Exmo. señor:

El dia 8 salió para esa el brigadier don Juan José Carrera i a renglon seguido se desertaron mas de 100 granaderos. Estos han de pasar por la boca de Itata i Maule, i es indispensable se sirva tomar V. E. las providencias mas activas para su aprehension a fin de no perder el armamento que tanta falta nos hace. Estoi informado se hallan en Santiago cerca

de 400 que en pequeñas partidas han fugado anteriormente. Esta reunion de pérfidos en el centro del reino escudados con alguna proteccion pueden causar ruidosos movimientos, gravosos e incomodantes al estado.

Ya estoi acopiando los fusiles inútiles que llegaron a cuatro cientos para remitirlos a disposicion de V. E. Lo mismo haré con los salitres i algunos cañones del tren.

Espero que V. E. se sirva dar órdenes para que bajen a esta dos armeros pues los que tenemos aqui son cuasi inútiles, i por lo mismo es mui pequeño el número de los fusiles que dan corrientes en la semana.

Ya exmo. señor, llegamos al último estremo, rodeados de enemigos, sin víveres, sin dinero, caballos ni vestuario, todo falta i nada llega. Asi señor no hai sino hacer los últimos esfuerzos ántes que perezcamos miserablemente.

Dios guarde a V. E. muchos años. Cuartel Jeneral de Concepcion, 10 de febrero de 1814 a las 11 de la noche.

Exmo. señor.

Bernardo O'Higgins.

Exmo. Supremo gobierno del estado Chileno.

Número 10, páj. 466.

Habiéndose formado por don Salvador Domingo Gali, capitan de Talavera, el proceso que precede contra el brigadier de los reales ejércitos don Gavino Gainza, en el exámen de su conducta militar i política en el mando del ejército real de Chile, i por el tratado que celebró con los jenerales insurjentes de aquel reino el 13 de mayo de 1814 en Lircai, próximo a Talca, en consecuencia de la órden inserta por cabeza el 9 de octubre de dicho año, del señor don Mariano Ossorio, comandante jeneral interino de dicho reino en virtud de la de 8 de agosto anterior del Exmo. señor virrei del Perú Marquez de la Concordia i capitan jeneral de ambos reinos; i héchose por dicho fiscal relacion de todo lo actuado al consejo de guerra de oficiales del señor don Joaquin Molina, jefe de escuadra de la real armada, que lo preside en sus diez secciones anteriores desde el 27 último hasta hoi, siendo jueces de este consejo los señores mariscales de campo conde del Valle de Oselle, los brigadieres don Joaquin Alos, don Pedro Molina, don Mateo Cosio, don Simon Ravago, el marquez de Valdelirios, el capitan de navio don Pascual Vivero i el coronel de ejército don Francisco Araos Saavedra, i asesor el auditor de guerra de esta capitania jeneral, marques de Castel Bravo de

Rivero, comparecido en el mismo tribunal el referido brigadier acusado segun consta de las dilijencias, i oidos sus descargos con la defensa de su procurador, i todo bien examinado: ha resuelto dicho consejo de guerra, en atencion al arresto que ha sufrido, se le ponga en libertad reprobándoles los tratados que hizo con los jenerales insurjentes; i que al auditor de dicho ejército, actual oidor de la real audiencia de Chile, doctor don José Antonio Rodriguez Aldea, se le forme la correspondiente causa, por el Exmo. señor virrei sacándose del proceso en los términos que se indicàn en la votacion de la causa.—Lima, 14 de junio de 1816 —*Joaquin Molina.—El conde del Valle Oselle.—Joaquin de Alos.—Pedro A. Molina.—Mateo Cosio.—Simon Ravago.—Marquez Valdelirios.—José Pascual Vivero.—Francisco Saavedra.*

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE.

CAPITULO I.

CAPITULO II.

CAPITULO III.

CAPITULO IV.

CAPITULO V.

CAPITULO VI.

CAPITULO VII.

CAPITULO VIII.

CAPITULO IX.

CAPITULO X.

CAPITULO XI.

CAPITULO XII.

CAPITULO XIII.

CAPITULO XIV.

CAPITULO XV.

CAPITULO XVI.

Páj.

CAPITULO XVIII.


3 2044 048 599 666